MEMORIAL DE INGENIEROS

MEMORIAL

DE INGENIEROS

DEL EJÉRCITO

COLECCIÓN DE MEMORIAS

QUINTA ÉPOCA.—TOMO XLIV

(LXXXII DE LA PUBLICACION)

Año 1927

MADRID
IMPRENTA DEL MEMORIAL DE INGENIEROS
—
1927

INDICE

de la única obra que comprenden las entregas publicadas

POR EL

MEMORIAL DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO

en el año de 1927.

El capitán Luis Pizaño, por el Sr. Coronel de Ingenieros D. FERMÍN DE SOJO Y LOMBA.—Consta de 628 páginas y 57 figuras intercaladas en el texto y una lámina. *(El final de este trabajo, que se publicará en 1928, se distribuirá en un solo volumen oportunamente.)*

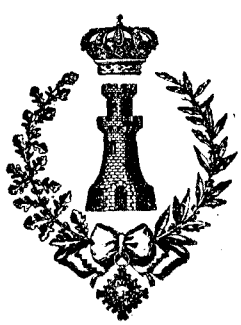
EL CAPITAN LUIS PIZAÑO

FERMIN DE SOJO Y LOMBA
CORONEL DE INGENIEROS

EL CAPITAN LUIS PIZAÑO

ESTUDIO HISTORICO-MILITAR REFERENTE A LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVI

TRABAJO PRESENTADO CON EL LEMA «NISI UTILE EST QUOD FACIMUS, STULTA EST GLORIA» Y PREMIADO EN EL PRIMERO DE LOS CONCURSOS CELEBRADO EN 1926 POR EL «MEMORIAL DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO» PARA LA ADJUDICACIÓN DEL PREMIO TORNER



MADRID.—IMPRENTA DEL «MEMORIAL DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO».-1927.

Al Excmo. Sr. D. Carlos Banús y Comas,

General de División

Dedica este trabajo en prueba de admiración a su fecunda labor en toda clase de disciplinas que, en mayor o menor escala, afectan a la Milicia, su respetuoso subordinado y antiguo discípulo,

El autor.

PROEMIO

El año 1902 me encontraba yo destinado en Barcelona a las órdenes de mi sabio y querido amigo el general D. Ramiro de Bruna, el cual, conocedor de mis aficiones arqueológico-militares, y siempre bondadoso conmigo, dejábame en libertad—salvando el tiempo preciso al cumplimiento de mis obligaciones—para entregarme de lleno, en el archivo de la Comandancia General de Ingenieros, a la investigación y estudio de las muchas obras de fortificación que en diversos tiempos en el Principado catalán se levantaron y por ende a trabar conocimiento con los ingenieros que, dedicando sus energías y ciencia a tan ingrato problema, las construyeron o modificaron.

Pronto llamó mi atención, entre los varios planos que por mis ojos pasaron, uno en el cual, en escala muy reducida, se representaba el Fuerte de la Trinidad, o, con nombre más poético, el Botón de Rosas, sin duda por encontrarse construído en la hermosa bahía de este nombre, cerca de la villa y a modo de ciudadela de ella o, mejor, fuerte avanzado de sus fortificaciones. Requerí en seguida las memorias escritas por ingenieros de los siglos XVIII y XIX, que en el archivo había, y en todas ellas encontré frases de elogio para el pequeño fuerte y, en alguna, la noticia de haber sido construido en los buenos tiempos del Emperador Carlos V.

Esto era más de lo que necesitaba para avivar mi curiosidad. Un fuerte en forma de estrella, caso particular de la fortificación atenazada tan encomiada por el ilustre ingeniero español Scribá, y del tiempo del Emperador, no era cosa vulgar ni corriente y por ello dediqué desde entonces mis horas de estudio a la averiguación del nombre del autor del fuerte y a la de la fecha exacta de su construcción, convencido por

otra parte de que con ello no sólo no me desviaba de la clase de estudios que por entonces absorbían mi atención, sino que, antes bien, la requería más de cerca.

Inmediatamente busqué, sin salir de Barcelona, libros y documentos que sobre el asunto pudieran darme alguna luz. Entre éstos figuró, en primer término, una copia de los sacados por el coronel de Ingenieros Camino en los años que pasó en el Archivo de la Corona de Aragón, con el fin de reunir los datos necesarios para reconstituir la historia de su Arma en este antiguo reino, y cuya copia encontré en el citado archivo de la Comandancia General de Ingenieros. Poco saqué en limpio de estos primeros escarceos informatorios, y como los documentos citados e informe sobre ellos publicado en el MEMORIAL DE INGENIEROS por Camino, me libraban de consultar más el Archivo de Aragón, pensé en trasladarme a Madrid, y para hacerlo con más libertad, solicité y obtuve un año de reemplazo.

Engolféme en la Corte examinando los miles de documentos copiados por el coronel de Ingenieros Aparici y por el de Artillería Salas en el Archivo de Simancas, cuyas copias se encuentran en los Museos de Ingenieros y Artillería (1). Acudí igualmente a los Archivos y Bibliotecas de la Nacional y de la Academia de la Historia, trabando conocimiento con la multitud de escritores que sobre la primera mitad del siglo XVI han escrito. Tampoco fuí muy afortunado en mis investigaciones en Madrid, pues Aparici, de quien mucho fiaba, fué muy parco en copiar documentos de principios de la citada centuria, obligado como se veía a marchar de prisa por el largo camino que se propuso recorrer. Sus noticias sobre las obras de fortificación de esta época y sobre los ingenieros que

(1) La gloria de haber iniciado la investigación militar en Simancas y Aragón, corresponde al general Zarco del Valle. Aparici fué el primero que llegó a Simancas y precedió en un año al artillero Salas y a una comisión que también fué del Arma de Infantería. El general Zarco ordenó a Aparici ayudara a éstos en su empeño, y él les dió a copiar todo lo ya recogido y que les afectaba convencido, de que lo que Zarco quería era: «la generalización de las luces y aclaración de la parte oscura de nuestra historia militar, fundado en aquel dicho de Fedro: *Nisi utile est quod facimus stulta est gloria*», según dice él mismo en su informe, parte segunda, página 96.

las construyeron no eran mucho más explícitas que las que había consignado en el informe que publicó en el MEMORIAL DE INGENIEROS acerca de sus trabajos en Simancas, el cual informe, muy conocido de mí de antiguo, lo era ya con más detalle y desde Barcelona en lo relativo al punto de que trato. De todos modos el trabajo realizado en Madrid, aunque penoso en extremo, no dejó de ser fructífero y sirvió para convencerme de la necesidad de acudir a Simancas guiándome en los primeros pasos por las indicaciones del mismo Aparici.

Me trasladé, pues, a Simancas y por cierto que no ví defraudadas mis esperanzas. Aquel rico tesoro se me mostró—gracias a la amabilidad de su director y empleados—con todo el brillo de sus preciosas piedras entre las cuales la Sección de Estado, perfectamente ordenada, se destaca de modo soberano saciando las aspiraciones del más descontentadizo.

A mi salida de Simancas, los materiales para el presente trabajo puede decirse estaban ya reunidos, pues muy poco es lo que después he encontrado pertinente al asunto. Y no es que desconozca la necesidad de visitar otros archivos, especialmente el de París, adonde fueron a parar tantos documentos de Simancas (1), los de Milán por la larga residencia que allí hizo mi biografiado y el de la Casa de Alba por el tiempo que juntos sirvieron en los ejércitos imperiales Pizaño y el gran general D. Fernando Alvarez de Toledo. Pero es que la experiencia me ha enseñado que en éste como en otros muchos asuntos es conveniente el salvar lo menos para no exponerse a perderlo todo. Sobre que conviene muchas veces reprimir los afanes de investigación propios, dejando la explotación de las canteras locales a sus dueños, y más, si como sucede en el caso presente con el señor de la Casa de Alba, se tiene la seguridad de que aquélla se ha de realizar de modo insuperable.

Así, pues, he renunciado a mayores investigaciones y me he limitado, durante los citados años, a evacuar cuantas ci-

(1) La publicación del índice por Morel Facio y la copia que he hecho después del único documento interesante a mi objeto, dejan sin valor este deseo.

tas he encontrado en revistas y libros que de vez en cuando he podido hojear. No ha sido ello mucho, por lo cual no creo ganará gran cosa el libro con haberse retrasado en ver la luz, si ya no es que le añade alguna oculta gracia el cumplimiento del precepto horaciano de no publicar las obras sin que antes pasen diez años de su composición. Y en verdad que la mayor parte de este libro cumple a maravilla el tal precepto, pues quedó escrito a poco de mi salida de Simancas, sino que es probable que para él ni Horacio aproveche, pues que no siendo vino de buena cepa, más ha de haber tendido a avinagrarse que a mejorar con el tiempo transcurrido.

Sea ello lo que quiera, cumplo con lo dicho anteriormente mi deber de consignar las fuentes de donde emana este estudio. En los documentos copiados especificaré su origen, y en los de los Archivos de Simancas y Aragón, añadiré los nombres de Aparici, Salas, Camino, en aquéllos que estos ilustres militares copiaron. De este modo los rindo el debido tributo de respeto, admiración y justicia, pues a ello son acreedores por los muchísimos años que pasaron en aquellos archivos entresacando miles de documentos, base de la historia de la artillería y fortificación españolas en los siglos XVI y XVII. No hay que decir que otro tanto haré con aquellos contados documentos que de otros autores haya tomado, debiendo entenderse de los que ninguna anotación lleven, que son encontrados por mí.

Antes de terminar quiero hacer presente que durante el desarrollo de mi trabajo he pasado por mil vicisitudes y alternativas de alegría y desfallecimientos. Ello ha sido debido a que al par que avanzaba en mis investigaciones esbozándose delante de mis ojos una figura militar de primer orden, la nacionalidad de mi biografiado iba presentándose cada vez más confusa. Por fin, y con gran alegría de mi parte y creo que de la de todos los amantes de nuestra querida Patria, aquella indecisión terminó cuando menos lo esperaba, resultando de mis afanes destacado—por los documentos—de una manera clara y precisa un valiente infante español de los tercios del Emperador, el capitán Luis Pizaño, ilustre artillero e ingeniero distinguido, en el cual se unieron todas

las virtudes y prendas que pueden hacer famoso un nombre, aunque este nombre se encuentre mezcladó con los de Leiva, Alarcón, Urvina, Gasto, Martinengo, Tartaglia y los Sangallo.

He creído oportuno hacer preceder este trabajo de un "Discurso preliminar„ que sirva de base para formar juicio crítico de Pizaño en sus dos aspectos de artillero e ingeniero. De esta manera despejo la biografía de digresiones acerca de la mayor o menor importancia de los trabajos realizados, y proporciono al lector la ventaja de enterarse pronto de la calidad de éstos, evitándole el proseguir la lectura si por acaso no son de los que seduzcan o arrastren su imaginación.

No he considerado necesario entrar en el "Discurso preliminar„ en consideraciones que a la táctica de infantería, del tiempo en que Pizaño militó, hagan referencia. Sus campañas como infante, en el libro han de quedar expuestas, pues a ellas alcanza también este trabajo y entonces será ocasión de hacer alguna referencia a la tal táctica. Por otra parte, los estudios de ésta y la descripción de campañas correspondientes a la primera mitad del siglo XVI, no escasean en España, y ello es natural, porque siendo éste el período más brillante de nuestra Historia Militar, la pluma de los escritores nacionales ha sido arrastrada por el fulgor de sus destellos y hase gozado en la descripción de sucesos en los cuales el amor propio halagado encontraba a cada momento motivos de aplauso y admiración. El lector militar está, pues, bien preparado para saborear con deleite las aventuras guerreras de Pizaño y aun, yo lo espero, dispuesto a perdonar la desmedrada fuerza del que a su cargo tomó el describirlas.

Y si esta esperanza no fuera más que una ilusión, sírvame su memoria de escudo protector, que bien sabe Dios que sólo por ensalzarla—una vez conocedor de cuán digna de ello era —tomé la pluma, pues de sobra conozco que no son estos trabajos de los que hacen medrar y enriquecerse, sino de aquéllos que aislando el espíritu dejan al hombre indefenso a la competencia de los émulos.

DISCURSO PRELIMINAR

I

Ligera idea del estado de la fortificación al aparecer en el siglo XIV la artillería pirobalística.

La aparición de la artillería pirobalística en los ejércitos de los pueblos de Europa, produjo un cambio radical en su modo de ser y causó una de las mayores revoluciones que el arte de la guerra ha experimentado desde que los hombres se agruparon orgánicamente para combatir unos contra otros.

Una de las manifestaciones bélicas donde primero se hizo sensible el cambio fué en el arte de la fortificación que, íntimamente ligado con el del ataque, sintió inmediatamente la necesidad de variar sus procedimientos, si había de continuar desempeñando la humana tarea que tomó a su cargo desde los primeros instantes de su existencia. Estas modificaciones se hicieron indispensables primero en la fortificación llamada permanente. Y ocurrió esto, porque los primitivos aparatos o bocas de fuego, por su tosquedad y dificultad de carga, no se prestaban con facilidad a rodar por los campos de batalla, pero en cambio podía conducírseles, aun a costa de esfuerzos inauditos, al través de montes y de ríos, para ser asestados contra los muros de un pueblo, cuyos moradores, más débiles o menos animosos, hubiéranse encerrado tras de aquéllos esperando encontrar así la salvación que en campo abierto comprendieran imposible.

Pero la contemplación por los sitiados de sus muros derruídos, de sus casas allanadas y de las vejaciones y daños sufridos en los asaltos subsiguientes, les enseñó bien pronto que, para oponerse a aquel nuevo modo de ataque, no había otro recurso que la adopción, por su parte, de las nuevas armas y su colocación en aquellas estrechas murallas que

hasta entonces habían sido suficientes para contener el ímpetu de sus ahora vencedores enemigos.

De aquí arrancaron las modificaciones que hubo necesidad de adoptar en la fortificación y cuyo estudio es uno de los más interesantes que presenta la Historia militar. No es mi propósito el hacerlo aquí muy detallado, pues es materia para tratada por sí sola y he de limitarme, por consiguiente, a lo meramente preciso para fijar el lugar que corresponde a Pizaño entre los hombres que en el largo período de transición en que vivió, se dedicaron a esta rama interesante de la actividad humana.

Mas antes de seguir adelante y con el fin de hacer más comprensibles las modificaciones que la fortificación experimentó con la invención de la pólvora, será conveniente echar una rápida ojeada sobre la situación recíproca en que el ataque y la defensa se encontraban al alborear el siglo XIV, siglo afortunado al cual cupo el honor, según todas las probabilidades, de haber oído por primera vez tronar a esas humanitarias—todo es relativo—armas de combate que hoy día conocemos con el nombre de cañones. Pues bien; para darse cuenta de la situación en que en la citada época se encontraba la fortificación delante de los medios de ataque en uso, utilizaremos tres puntos de vista que son los que se refieren a la *fuerza, seguridad* y *movilidad* y desde los cuales abarcamos todas las circunstancias que en el asunto hay que considerar. La fuerza de una fortificación se hace patente por la mayor o menor acción que ella—supuesta activa o sea provista de armamento—ejerce sobre el terreno exterior. La seguridad de una fortificación, por el contrario, marca la mayor o menor acción que desde el terreno exterior puede ejercer el enemigo armado sobre ella. Por último, la movilidad determina la que la fortificación permite a las tropas defensoras para acudir a los diversos frentes amenazados, y aun para accionar sobre el atacante en vigorosas reacciones ofensivas.

Desde los dos primeros puntos de vista conviene distinguir a su vez los dos casos de que la acción del atacante se ejerza desde lejos, y con poderosa maquinaria, o desde cerca y con armas manuales. Claro está que, dado el poco alcance y eficacia de la artillería neurobalística, existía en la edad media una especie de compensación en lo que podríamos llamar combate lejano, pues si pequeña era la acción que las máquinas arrojadizas (balistas, catapultas, etc.) ejercían sobre murallas de mampostería bien fraguadas, pequeña era también la que máquinas análogas situadas en torres y cortinas, podían ejercer sobre un enemigo colocado dentro de trincheras o detrás de accidentes del terreno convenientemente escogidos. Desde este punto de vista nada había decisivo y si bien podía intentarse por el atacante conseguir algún resultado con incendios provo-

cados en el caserío de la plaza, esto nunca podía determinar nada serio para su rendición. La seguridad, pues, de las fortificaciones en tal época ante el ataque lejano era muy grande, pero, en cambio, su fuerza en análogas circunstancias era casi nula y así había que recurrir siempre al ataque inmediato y a ello se llegaba de seguida si ya no se esperaba el resultado de otros métodos de ataque como el bloqueo o escalada.

Desde el punto de vista del ataque próximo los enemigos más temibles que la antigua fortificación tenía, los que la hacían más insegura, eran los que atacaban al muro en su base tratando de destruirlo a cubierto (minas, arietes y demás instrumentos de demolición) y los que trataban de inutilizarlo superándolo, es decir, las torres movibles (helió-polos, bastidas, etc.), hechas de madera, metal y cueros y que permitían saltar por medio de puentes giratorios, sobre los adarves, a los soldados que en ellas habían tomado puesto (1). Pero no obstante la energía de estos medios de acción del atacante, no le faltaban a los defensores otros con que contrarrestarlos, porque la situación de los soldados que manejaban el ariete, barras de hierro, picos, etc., era siempre muy comprometida al pie del muro, aun cuando protegidos por las tortugas o disposiones análogas, habida cuenta del efecto de las grandes piedras que sobre ellos podían arrojarse desde torres y murallas, siempre elevadas. El incendio, las salidas de la guarnición y los ataques de flanco ejecutados desde las torres inmediatas a la cortina atacada (2) terminaban por equilibrar las condiciones y si algo decisivo se obtenía, más que de las armas empleadas, dependía de las demás circunstancias del ejército atacante.

Otro tanto ocurría cuando eran las torres movibles las utilizadas por

(1) En muchas ocasiones se combinaban las dos clases de aparatos, pues las torres permitían funcionar en su base a los arietes.

(2) Creo oportuno recordar aquí un curioso expediente citado por el Infante Don Juan Manuel en el *Libro de los Estados* (tomo 51 de la Biblioteca Rivadeneyra): «et en el muro, entre torre y torre, que haya y muy grandes cantos colgados en cuerdas, según la manera que D. Julián, aquel amigo mío, falló, que es la mejor maestría del mundo, para que ninguna cosa non pueda llegar al pie del muro, para catar, nin poner gata, ni escalera, nin cosa que los pueda empecer.»

Es seguro que a estos cantos atados en lo alto de los adarves, se les imprimía un movimiento pendular por medio de otras cuerdas atadas por un extremo a las piedras y con el otro en manos de los defensores. Como, indudablemente, el punto de suspensión podía trasladarse a todo lo largo de las murallas, de paramentos verticales, no sería difícil herir de flanco cualquiera obra que el atacante hubiese construído para cubrirse al pie del muro. Tal modo de proceder de nada serviría si la obra del atacante era una trinchera o si éste colocaba en los flancos de su obra vigas de madera que parasen el primer golpe de las piedras, pero sin embargo siempre podrían herirse verticalmente los blindajes con la ventaja de recobrar las piedras, cosa conveniente, si éstas escaseaban.

éste; mas parecía existir ventaja de parte de las torres del recinto bien construídas y de materiales menos inflamables. Podíase además inutilizar en su avance aquellos artefactos, incluso utilizando ramales de mina que partiendo de galerías construídas en los cimientos de los muros, desde tiempo de paz, terminasen debajo de los heliópolos, con lo cual se los volcaba con facilidad, quedando así anulado, en pocos momentos, el esfuerzo y trabajo que su construcción y transporte al pie del muro representaban.

Mayor peligro para las obras ofrecía el empleo por el sitiador de las galerías de mina. Con ellas desembocaba en el interior de la plaza o se detenía al pie del muro, por cuyo cimiento se corría, socavándolo y sosteniéndolo al mismo tiempo con puntales, cuya desaparición posterior, por el fuego o por el empleo de aparatos de fuerza, llevaba aparejada la destrucción del muro. Pero aún esta empresa podía evitarse por un defensor vigilante, pues que no se podía realizar sin que el minador del ataque delatase su presencia y con ella el remedio para el sitiado de acudir a él con otros conductos subterráneos y trabar combate en la estrechez de tales comunicaciones. En estos lugares la superioridad numérica, privativa del sitiador, no podía hacerse efectiva y el resultado, inutilizadas las galerías o hechas inhabitables, dependía del esfuerzo o energía de los contendientes más que de las condiciones propias de las obras.

Manteníase, pues, el equilibrio, y si bien la Historia registra el caso de muchas plazas tomadas en períodos de tiempo no muy largos, y por ello adquirió fama en lo antiguo Demetrio Poliorcetes que supo reunir en cuerpo de doctrina cuantos medios la humana sagacidad había ideado antes, y a él mismo le había sugerido, para la empresa de tomar las fortificaciones, es lo cierto que a pesar de todo ello, y aun después de aquel guerrero, las plazas resistieron meses y años y hubo que admitir que no existía nada decisivo en el asunto y que otras cualidades de orden psicológico eran las que, en la mayoría de los casos, decidían el problema.

No faltaban tampoco a la fortificación antigua las condiciones de movilidad que una buena defensa reclamaba. Amplias escaleras daban acceso a las cortinas desde el interior o bien se subía a éstas por otras escaleras que en el interior de las torres se desarrollaban. Era fácil, pues, acudir desde la plaza y con prontitud a cualquier punto amenazado. No lo era tanto el proceder con reacciones ofensivas en grandes masas porque el deseo de hacer pequeños los espacios de comunicación con el exterior de las plazas por suponerlos, como lo eran efectivamente, puntos débiles, los inutilizaba para aquellas facciones. Hacíanse, en efecto, difíciles las salidas repentinas y corríase el riesgo de que, rechazadas las fuerzas que en ellas tomaban parte, no pudieran fácilmente penetrar en el recinto, sien-

do acuchilladas al pie mismo del muro, sin que los compañeros de la guarnición pudieran intervenir allí donde la mezcla de los combatientes impedía distinguir amigos y adversarios. A ello contribuía también la carencia de armas manuales precisas y de alcance. Pero, a pesar de todo, no dejaban de existir disposiciones de torres y muros avanzados que, ocultando las tropas al salir, prontamente las acogieran rechazadas y hasta expusieran a los que a sus alcances venían a quedar encerrados y sin posible retirada (1). Y aun para el caso desfavorable de que parte de las fuerzas sitiadoras penetraran en el interior de las obras, inventáronse mil expedientes para hacer de pequeño resultado la posesión de cualquier punto peligroso. Se aislaron las torres de las cortinas por medio de puentes levadizos; torciéronse los pasadizos y caminos en vueltas y revueltas batidas, cerradas y cortadas con troneras, rastrillos y con fosos donde menos se podía esperar y, por fin, se acumularon cuantas diposiciones podían disminuir la movilidad del sitiador, apoderado de parte de la obra, ya que la del defensor se hallaba favorecida por el conocimiento de las obras defendidas. En una palabra, no eran tampoco las condiciones de movilidad en las antiguas fortificaciones de índole de ponerlas en estado de inferioridad en presencia de los medios ordinarios de ataque.

Resumiendo, pues, todo lo dicho anteriormente observaremos que los enemigos más temibles de la antigua fortificación eran, por sí misma, el ariete, las torres movedizas y las minas. Pues con la adopción de los castillos roqueros, tan generalizados en la Edad Media, se amenguaban los efectos de estos enemigos en tales términos que aquéllos resultaban poco menos que inexpugnables, existiendo, por tanto, una preponderancia a favor de la fortificación que no había tenido jamás y que difícilmente volverá a adquirir en los tiempos venideros. Y es fácil comprender aquella inexpugnabilidad, pues siendo las murallas en su mayor parte prolongación de las rocas sobre las cuales el castillo se asentaba, no quedaba alrededor de aquéllas espacio suficiente para el empleo eficaz del ariete, ni de los helíopolos, y la misma naturaleza del asiento de la obra inutilizaba el esfuerzo de las minas.

Es verdad que ni aun en los castillos roqueros—cuanto más en las poblaciones fortificadas—solían faltar algunos frentes más accesibles, lo cual la comodidad de los habitantes reclamaba muchas veces. Pero, aun

(1) Una puerta de plaza de Mesenia es curiosa a este respecto. Delante de la puerta se hace un muro circular con otra puerta en el extremo del diámetro en que la primera se encuentra. El enemigo que forzara aquélla sin conseguir penetrar por la otra en el interior de la ciudad, quedaría encerrado, bien así como toro en un corral, en un recinto, del alto del cual y en todos sentidos, podía ser hostilizado incluso con las largas lanzas usadas en la falange.

cuando esto sucediese, fácil era acumular en espacios así restringidos las defensas necesarias a hacer peligroso un ataque de frente a tamaña resistencia, mayormente teniendo en cuenta que allí se acumulaba, con múltiples recintos, el exceso de guarnición que la intangibilidad de los otros frentes permitía concentrar en ellos. Manteníase, pues, el desequilibrio antes indicado, y era máxima la seguridad de las fortificaciones y máxima su fuerza, pues que la gravedad, gran auxilar de las armas primitivas, se encontraba incrementada con la mayor altura que los asentamientos culminantes proporcionaba.

Nada de particular tiene, por consiguiente, que en vista de estas desfavorables condiciones se recurriera, siempre que ello era posible, a otros géneros de ataque como el bloqueo y la escalada. El bloqueo era empresa larga, y sólo cuando los recursos del castillo o fortaleza eran pequeños, podía dar resultado pronto y eficaz. La escalada era empresa titánica en los castillos roqueros, y que sólo un valor temerario en el sitiador y el descuido o traición de la guarnición podían hacer posible (1).

Esta misma última circunstancia podía poner en manos del sitiador las puertas, postigos, poternas, bocas de mina, albañales, etc., y a ello se recurrió siempre que se pudo, poniendo en juego los guerreros, más que la espada noble y reluciente, las artes del soborno bochornosas, que se ejercitaban en comprar a míseros escuderos en quienes la confianza del señor fiaba. Este, por su parte, rodeábase de sus incondicionales y sólo a ellos se daba a guardar aquellos puntos de peligro cierto a semejantes ataques.

Mas no se atendió sólo al buen o mal cultivo de las leyes de la ética, sino que la fortificación se plegó a tales peligros y se aumentaron de un modo extraordinario los mil expedientes, ya citados, para hacer de pequeño resultado la posesión de cualquier punto peligroso. Todavía se aumentaron más las dificultades en la marcha interior por la fortificación con la adopción de la torre del homenaje, que aislaba del resto del castillo, si así convenía, al señor de éste, constituyendo el último reducto para él y sus más fieles partidarios. Las fortificaciones, pues, se convirtieron en su interior en un laberinto o carrera de obstáculos, ganando en lo pintoresco pero perdiendo, con la adopción de tales minucias, gran parte de su nobleza; cuya cualidad se hace patente en las obras de arte, como en el alma humana que las engendra, con sencillez y claridad en las formas y expresiones. Afortunadamente, la voz augusta del cañón, procediendo al igual que la del Sol, luz radiante con las sombras de la no-

(1) Puede citarse como modelo de escaladas la de la plaza de Alhama, el año de 1482, por fuerzas a las órdenes del marqués de Cádiz.

che, ahuyentó cuanto de tétrico y sombrío tenían semejantes obras medievales.

II

Primer período de transición motivado por el empleo del proyectil de piedra.

Con lo dicho anteriormente, podemos ahora darnos cuenta de las modificaciones que la fortificación tuvo que experimentar en presencia del cañón. Estas modificaciones corresponden, principalmente, a dos órdenes de ideas distintos. Uno comprende los procedimientos meramente pasivos cuya misión era resistir el ataque de los nuevos ingenios, dando a la fortificación la *seguridad* que la nueva arma exigía. Otro se refiere a los cambios introducidos para buscarles cómoda colocación en las murallas a fin de que su efecto sobre el sitiador, o sea la *fuerza* de la obra, fuese la mayor posible.

Estos cambios y modificaciones no fueron ni se sucedieron de un modo violento, sino que marcharon a compás de los progresos que fué experimentando por su parte el cañón, así como la carga y proyectiles por él empleados. Y esto es lógico y natural, que en esto como en todo, la Humanidad procede sin saltos bruscos y obedece a la ley eterna de la necesidad del momento.

Los primeros tubos que se construyeron con objeto de atormentar los muros de las fortificaciones, eran de gran calibre, construídos de hierro forjado, toscos, sin gran regularidad en sus ánimas y con afustes pesados y de lenta maniobra. La pólvora era imperfecta, y los proyectiles, de piedra, construídos en las canteras próximas a los emplazamientos de las baterías, la mayor parte de las veces con precipitación y, como se comprende, con no gran regularidad, dejaban grandes huelgos dentro del ánima, produciéndose, por consiguiente, una pérdida de gases en el disparo y, por ende, una trayectoria irregular que perjudicaba notablemente a sus efectos exteriores. Así, que tales artefactos manejados por gentes no siempre duchas en su empleo y reclutadas en los momentos de necesidad, no resultaban grandemente temibles para muros de dos metros de ancho y con mamposterías sólidamente trabadas por muchos años de existencia, como eran la mayor parte de las que ceñían los pueblos en el siglo XIV. Para tales muros, el efecto de un *bolaño* (1) apenas era más

(1) Nombre que se daba generalmente al proyectil de piedra en Castilla.

que un simple arañazo, y la formación de la ansiada brecha, tarea poco menos que imposible (1).

Pero si contra el grueso de los muros los efectos eran pequeños, no sucedía lo mismo contra aquellas partes de la fortificación medieval que, por no tener que resistir los efectos del ariete, eran débiles, o construídas de materias fácilmente inflamables. Tal sucedía con las almenas, matacanes, puertas y con los andamios de madera o cadalsos que se colocaban, en la ocasión, en lo alto de los muros para arrojar desde allí toda suerte de proyectiles que impidieran al atacante acercarse al pie del muro que el defensor quería conservar intacto el mayor tiempo posible. Contra tales elementos, sí tuvieron energía los proyectiles de piedra y los aparatos incendiarios, que con mayor precisión que las antiguas máquinas podían arrojarse con las nuevas.

Acudióse, pues, por la defensa, inmediatamente al remedio y se suprimieron los andamios de madera sustituyéndolos por pétreos y sólidos matacanes y garitas; robusteciéronse las almenas, disminuyóse el número y tamaño de las puertas y se las cubrió con una obra exterior para librarlas de los furiosos ataques del sitiador, que veía en ellas un punto débil, susceptible de ser fácilmente destruído.

Tales modificaciones hubieran sido suficientes si sólo se hubiese tratado de atender al punto de vista que antes hemos indicado como meramente pasivo, o sea a cubrirse de los ataques del cañón enemigo. Pero había que hacer más; había que devolverle golpe por golpe, y para esto no se prestaban las antiguas murallas, cuyas cortinas apenas tenían la anchura de dos metros, que hemos indicado, siendo incapaces, por lo tanto, de recibir un cañón en su parte superior, con el espacio necesario para su manejo. Tampoco las torres se prestaban al emplazamiento de la artillería. Aun prescindiendo de la dificultad de elevar ésta por las estrechas escaleras que a las plataformas de aquéllas conducían, ya que esto pudiera ser fácilmente ejecutado por fuera con aparatos de fuerza, había un inconveniente mucho más grave, y era la mucha dominación de las torres que dejaba delante de ellas un gran espacio sin batir, aun empleando ángulos de depresión exagerados.

Hubo que acudir, pues, simultáneamente con las otras reformas, a las de disminuir la altura de las torres sobre la campaña, achatándolas algun tanto, dándoles mayores dimensiones para facilitar la maniobra de las piezas y, al mismo tiempo, reforzar sus bóvedas que habían de resistir

(1) El general belga Wauwermans—*Arquitectura militar flamenca e italiana en el siglo XVI*— hace presente que en 1342 los habitantes de Hennebon, sitiados por Carlos de Blois, limpiaban con sus gorras, en son de burla, el polvo que los bolaños al romperse dejaban en las murallas.

los efectos bruscos del revolver de aquéllas. Pero como seguían aún empleándose por el sitiador las altas bastidas de madera, cuyo objeto era el obtener dominación sobre los adarves, para batirles cómodamente y preparar el asalto, dado desde ellas mismas, a favor de los puentes volantes que las acompañaban, surgió el temor de rebajar las torres demasiado y entonces, se acudió con prontitud a un expediente que compaginaba todas las necesidades. Tal fué la adopción del foso como elemento indispensable, pues aunque ya de muy antiguo era conocido, no siempre considerábase de absoluta necesidad. Con la adopción de los fosos, al principio de moderada profundidad, conseguíase rebajar la altura de las plataformas sobre el nivel de la campaña y, al mismo tiempo, no tener que disminuir demasiado la altura de las torres sobre el terreno inmediatamente anterior, que era el fondo del foso.

Claro es que así se obtenía otra ventaja que, si no muy necesaria en los primeros tiempos del empleo de la artillería, llegó a ser luego indispensable. Fué ésta la de resguardar la parte baja del muro de los tiros lejanos de aquella, con lo cual se impedía la formación de la brecha, a no acercarse el sitiador al borde del foso con la exposición consiguiente. (1).

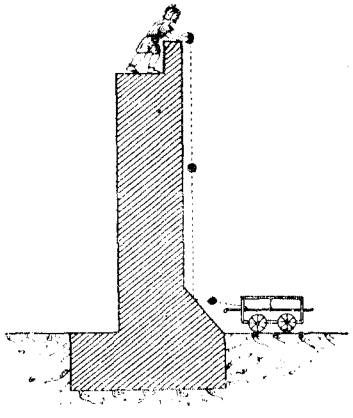


Fig. 1.

La profundidad del foso, que al principio era pequeña, fué sucesiva y lentamente aumentando con los progresos de la artillería. La causa de esto fué la extraordinaria repugnancia con que se acogía por parte de la defensa todo lo que representaba pérdida de dominación sobre el terreno exterior. Pocas ideas de fortificación han perdurado tanto, entre las dominantes en la edad en cuestión, como ésta de los relieves. La idea instintiva de alejarse del odiado enemigo y la de buscar en la fuerza de la gravedad la que faltaba a sus armas de proyección, justifican suficientemente aquella repugnancia.

Otra de las ideas que agitaron el ánimo de los ingenieros de esta épo-

(1) Esto último hicieron los españoles en el sitio de Málaga en 1487, según cuenta el autor de la *Historia de los hechos del Marqués de Cádiz* (tomo CVI de la Colección de Inéditos para la Historia de España) en la cual pueden leerse las dificultades que una operación de esta índole, y hecha a pecho descubierto, traía consigo, aun en una época en que la artillería dejaba bastante que desear.

ca, consecuencia natural de la mayor precisión y energía de las nuevas armas, fué la de la necesidad de evitar que el choque de los proyectiles con el paramento de las mamposterías se verificase en sentido normal a éste. Para conseguirlo debía tenerse en cuenta tanto el perfil como la planta de los muros (1). Desde muy antiguo habíase apreciado la ventaja que el escarpar ligeramente el pie del muro, en la forma que indica la figura 1, podía traer para el defensor. Conseguíase así, en efecto, además de su mayor estabilidad, un mayor espesor del muro en la base, muy a propósito para resistir al golpe del ariete y, además, el que los proyectiles arrojados desde la parte alta de aquél, rebotasen en su caída contra el paramento escarpado y fuesen a buscar al atacante escondido debajo de la tortuga o aparatos con los cuales se acercaba al muro a cubierto de los proyectiles verticales.

Contra los nuevos proyectiles, la ventaja de inclinar los muros resultaba aún mayor. En efecto; colocándose entonces las baterías del sitiador muy cerca de los muros, si había de conseguirse algún efecto útil, no era preciso tener en cuenta el ángulo de caída de los proyectiles, cuya trayectoria podía considerarse sensiblemente recta, hasta el punto del choque. Por consiguiente, si el muro era inclinado, facilitábase el rebote de los proyectiles, con gran ventaja de la defensa, pues no se aprovechaba, para el efecto útil de destruir el muro, más que la componente normal al paramento, siempre menor que la fuerza total del proyectil en su punto de aplicación. Esta consideración hubiera llevado a exagerar demasiado la inclinación para acrecentar la ventaja; pero el miedo a la escalada—más fácil entonces por la carencia de armas de mano de rápida carga y efecto útil—obligaba a limitarla y además a no llevar la parte escarpada demasiado arriba, antes por el contrario, haciendo que en parte de su altura siguiese vertical.

Una cosa análoga a lo que hemos dicho con respecto al perfil de los muros, sucedía con la planta de éstos. También desde los tiempos de la artillería neurobalistica, se había pensado en que la construcción de las

(1) Prescindimos aquí—por la poca generalización que tuvo en las obras realmente defensivas—del expediente de adornar los muros con salientes en forma de puntas de diamante, perlas, etc. Esto, que respondía al mismo orden de ideas de desviar los proyectiles de la dirección normal al paramento del muro, sólo pudo tener algún valor ante los proyectiles de piedra, y así su vida fué muy corta. Pero el Arte se apoderó de tales adornos, utilizándolos como elemento arquitectónico revelador de fuerza y de riqueza en las fachadas, y produjo esos preciosos ejemplares que se llaman palacio del Infantado, casa de las Conchas, etc. En las torres del castillo de Manzanares se notan estos adornos en forma de perla, como puede verse en las magníficas fotografías que avaloran la preciosa tesis de Lampérez a su entrada en la Academia de la Historia.

torres con un ángulo saliente a la campaña, podía ofrecer ventajas para la defensa, toda vez que los proyectiles normales al muro al chocar con las torres, habían de encontrar superficies inclinadas donde rebotar, evitando así que toda su fuerza viva se consumiera en perjuicio de la fábrica de éstas.

Torres de esta clase se han construído muchísimas. Carlos Promis y más tarde el Mayor Rocchi, han citado algunas construídas en Italia por los romanos, manifestando el primero que Filon de Bizancio las recomendaba ya con un ángulo flanqueado de 60°. Nuestro Varela y Limia, citó en su libro cuatro torres en el recinto antiguo de Guadalajara (le cree anterior al siglo XI), haciendo especial mención de las llamadas de la puerta de Bejanque y Cristo de la Feria, de las cuales, la última, existe todavía, y la primera la he visto yo demoler. Igualmente describió dos en el recinto exterior del Castillo de Niebla, que supone reconstruído muy poco después de su conquista en 1257, y otras dos en el recinto de la ciudad de Toledo. Por último, presentó en escala muy reducida el plano del muro que desde el siglo XIV corría por la renombrada Rambla de Barcelona y que sin duda merece especial mención, pues de un modo sistemático se calocaron en él, a iguales distancias, gran número de estas torres.

Según dos planos existentes en el Archivo de la Comandancia General de Ingenieros de Cataluña—uno de ellos anterior a la construcción de la ciudadela de Barcelona— esta muralla tenía, por lo menos, 22 torres, todas de planta pentagonal. Se apoyaba del lado del mar en la torre llamada de las Pulgas, la cual era octogonal, de 13 pies de lado exterior, 6 de expesor y 32 de diámetro del círculo circunscripto. A partir de dicha torre todas las demás eran pentagonales, y, según el plano, de plataforma al nivel del adarve de las cortinas.

Sólo una torre parece cerrada sobre sí e independiente, siendo lo más probable que en un principio todas fueran así. El frente formado por una cortina y dos torres era casi constante variando muy poco las dimensiones en todas ellas, que son las que se ven en la figura 2 (1).

Representa el conjunto de dos torres y una cortina, y es fácil ver el útil flanqueo rasante que desde el adarve de ésta se podía hacer, aun con

(1) Cerca de la torre las Pulgas había una puerta que venía enfrente de las Atarazanas y que no tenía torres. Después seguía la de la calle de Escudillers que probablemente debió estar entre dos torres, pero de las cuales no aparece más que una en el plano. Después seguían las puertas de la Boquería, Ferrisa y de Los Estudios entre dos torres pentagonales estas últimas y con una, y probablemente dos la primera. Poco después de la puerta de Los Estudios la muralla se unía al recinto entre los baluartes de Tallers y Puerta de Santa Ana.

la simple ballesta, de la cabeza de las torres. La muralla de la Rambla fué indudablemente el ejemplar más interesante que en Europa existía de tal sistema de fortificación.

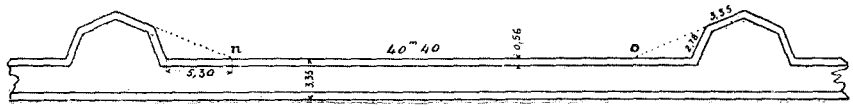


Fig. 2.

Personalmente he reconocido una torre de esta forma en el Castillo de San Vicente de la Barquera (fig. 3), que si no obra de Alfonso III, como quieren algunos, no puede ser más moderna que su descendiente Alfonso VIII, a quien se atribuye la fundación, o mejor, repoblación de las Cuatro Villas de la Costa (1); otra que remata la coracha (2) abovedada de bajada al río Sil, que existe en el Castillo de Ponferrada y otras dos, una en el recinto de Jaca, al lado del portal de San Pedro, y la otra en el derruído Castillo de Uceda (3).

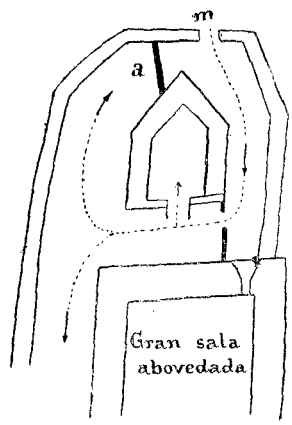


Fig. 3.

Asimismo en 1895 reconocí en el recinto de Teruel otra torre pentagonal análoga a las que hemos citado y aparte de ella una interesantísima torre llamada torreón de Ambeles de que más adelante tendremos ocasión de tratar. Por último, en el número de la *Esfera* correspondiente al 20 de noviembre de 1915, se inserta un grabado, representando la puerta llamada de Cantalapiedra en la villa de Madrigal, donde aparece una torre pentagonal. Seguramente existirán otras muchas en los variados restos que aún quedan por España.

(1) Castro-Urdiales, Laredo, Santander y San Vicente de la Barquera.

(2) Después de lo manifestado por el docto arqueólogo González Simancas en su precioso estudio de castillos portugueses a fines del siglo XV—estudio basado en el dichoso hallazgo de un códice en la Biblioteca Nacional de Madrid—no tengo inconveniente en llamar desde luego así a esta bonita pieza fortificatoria de los templarios. Más adelante hablaremos de la coracha de Salobreña que comprueba la afirmación del ilustre Simancas y por la cual había yo sospechado análoga significación de la palabra.

(3) En la relación de Uceda (Catalina García, *Relaciones Topográficas*) hecha en 1579, se dice que había dos, pero yo no pude encontrar más que una cuando estuve

Es indudable que la construcción de las torres en esta forma, presentaba la ventaja ya citada respecto a los proyectiles de la artillería neurobalística, así como también la de que, al ser atacadas de cerca por el ariete, obligaban al sitiador a presentar el flanco a los tiros procedentes de las cortinas inmediatas.

El nunca bastante bien celebrado escritor italiano Carlos Promis, tratando de esta clase de torres, rechaza la teoría sustentada por algunos,

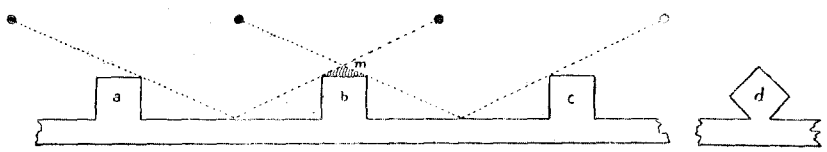


Fig. 4.

de que la idea de evitar el ángulo muerto *m* que existe delante de las torres cuadradas situadas tales como las *a*, *b* y *c* de la figura 4, cuando sólo se atiende a la defensa rasante, pudiera ser la causa de que a alguien se le ocurriera colocarlas como la *d*, con una diagonal perpendicular al muro (1).

Afirma, además, que no hay hecho histórico ninguno que acredite que las torres se hayan colocado en semejante situación. Esta afirmación no es rigurosamente exacta. Entre los documentos encontrados por Camino en el Archivo de la Corona de Aragón, existe uno, sobre el cual el ilustrado coronel no insistió como debía; tal es el que a continuación publicamos con la figura-5-que le acompaña (2):

hace años, y es la llamada Herrena. De ella decían los autores de la relacion que es: «una hueca, grande y mui fuerte torre que está en el medio, que se llamaba e llama oy día la Torre Herrena, hecha de cinco esquinas, a manera de punta e naríz de navío». En la misma relación se hace referencia a la otra torre, que era análoga, pero llena, y se habla de una *barbacana*, que se llama *antemural*.

(1) En la figura se ha supuesto que las torres *a*, *b* y *c* están espaciadas doble del alcance eficaz del arma manual, circunstancia que un buen trazado exigiría, al ser económico. Acercando las torres a distancia menor que el alcance de la flecha o ballesta, habría que tener en cuenta los tiros procedentes de las torres inmediatas, pero el ángulo muerto no faltaría nunca aunque disminuído.

(2) De las dos copias de este documento, que yo conozco, una existe en el archivo de la Comandancia General de Ingenieros de la 4.ª Región (Barcelona) y la otra en la Biblioteca del Museo de Ingenieros, en donde existe también una traducción al castellano, probablemente hecha por el mismo coronel Camino.

A ambas copias acompañan las correspondientes figuras.

«Lo Rey.=Vostra letra havem reebuda, e aquella be entesa, »responem vos: que ahut acort e deliberacio sobre la obra fahe- »dora en los Fayos, havem proveyt per aquesta forma, ço es, que »la sequia de la Rocha de los Fayos sie ben obrada, e en aquella »se fase una grant e molt noble e forts torre de bona argamassa, »axi alta com vos conexerets que afer fare, e ab voltes en la ma- »nera que vos nos habets fer saber, e que sie la dita torre de VIII »cayres o cantons, ço es, de VIII palms de gros, e que en los III o »IIII o encara V o VI cantons de la dita torre envers aquella part »on qui puxe tirar, sie la dita paret de la dita torre doblada, axi »que hace XVI palms de gros, en la forma que en la present vos »trametem descrita e divisada, e que la dita torre sia feyta per »manera quels cantons daquella sien o vinguen envers aquella »partida en la qual puxa esser trabucada, perço quels colps de les »pedres de lo gins no puxen ferir de ferm en lo pla de la dita »torre, mas en los cantons e en apedent, e no de ferm. Et si per »aventura vos vehets o conexets que la dita torre no puoxe esser »trabucada, sino duna part, e que fus profitosa hi fos fer una altra »torra quadrada, faessets la axi empero que sie posada en forma »de cayro, en manera que la dita torre reta cayro a la part de fora »et que pedra de trabuch no pogues ferir de ferm en la dita torre, »sino en fugent et en peudent o en le negent, segons que en la »present vos trameten de piste o divisit. Certificantvos que les »feles nostres, Berenguer de Relat, tresorer de la alta Reyna mu- »ller nostra molt cara, e en Pere de Marges, sots trasorer nostre, »vos trametem compliment de moneda ab la qual porets fer les »obres sobre ditas. Volem empero, et a vos manam, que la torre »apellada Parda, la qual es sobre la dita sequia de la Rocha de les »Fayos sie derrocada en manera que daquella dampnatge alcum »nos pogue seguir a la altra força de los Fayos. Manants a vos, »que en e sobre les dites cosas, haiats sobirara diligencia, segons »que de vos fiam. Datum en Barchinona 10° die nevembris en »lany de la natustat de nostre Senyor 1361.=P. Cancellarius.= »Dominus Rex mandavit. Bertrando de Pinós.=Al fell de casa »nostra, Bernal de Porta.» (A. G. A. R.° n.° 1469 folio 30 vuelto.)

Examinado detenidamente este importantísimo documento y figura de referencia, se ve cómo Pedro IV el Ceremonioso (1) se preocupaba

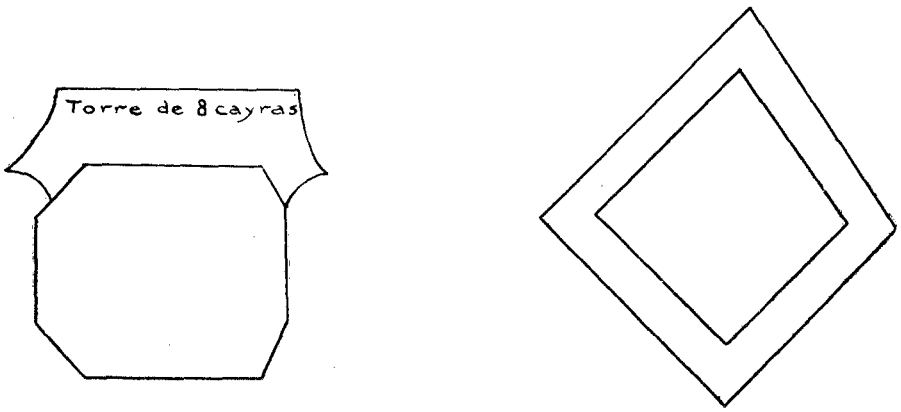


Fig. 5.

en la obra de los Fayos, más que de evitar los ángulos muertos delante de la cabeza de la torre, de impedir que las piedras puedan *ferir de ferm* en los muros; llegando a prescribir en el caso de sospecharse una sóla dirección para los proyectiles enemigos, el construir una torre cuadrada con el cantón hacia el enemigo, en la forma que la figura 5 demuestra y que es una contradicción de lo afirmado por Promis Este documento, es también clave para explicarse la construcción del célebre recinto ya, citado, de la Rambla de Barcelona, que fué obra del mismo Rey, y la de la curiosa torre llamada Torreón de Ambeles en el recinto de Teruel. Esta torre, no mayor que otras muchas construídas en los recintos medievales, tiene en planta la forma de estrella en lo cual fué sólo la condición de seguridad la que se buscó, pues no era posible el flanqueo de la cabeza de la torre desde las cortinas inmediatas.

El mismo documento sirve para aclarar cómo la disposición de las torres pentagonales con ángulo saliente, no prosperó por entonces como prosperó la modificación de escarpar los muros; disposición que ya nunca se abandonó, a no ser por imposibilidad material o ignorancia de los constructores de las obras. En efecto; se ve, por el documento, que Pedro IV trataba de buscar el rebote a toda costa, así es que, cuando la torre

(1) A Pedro IV y al Emperador Carlos V, se les puede considerar, con justicia, como excelentes ingenieros militares. Sus conocimientos en fortificación fueron poco comunes; y si bien ambos fueron dignos de consideración por otras muchas razones, no estaría demás que el Cuerpo les dedicara un recuerdo de respeto en su Museo.

puede ser *trabucada* por varios lados, comprendiendo que no es posible asegurar aquél, construye una torre octogonal procurando además doblar el grueso de las mamposterías. Se comprende pues, que como el caso más corriente era el de que las torres tuvieran que sufrir tiros en todas las direcciones del sector de 90 o más grados, (figura 6), anterior a la cortina, no era posible conseguir por el trazado el choque oblicuo apetecido, y se recurriera siempre, con preferencia, como hemos dicho, a inclinar el muro como medio más seguro de conseguirlo.

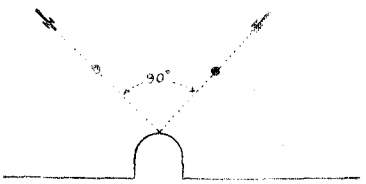


Fig. 6.

Pero no era esto solo, sino que colocar las torres en ángulo saliente,



Fig. 7.

para el caso de no ser obligada la dirección de los tiros enemigos, que era el corriente en un largo lienzo de fortificación, tenía un grave inconveniente cual era el de la debilidad del saliente y la relativa facilidad de su destrucción como indica la figura 7. Este inconveniente resultaba mayor en las torres de ángulo, pues, como indica la figura 8, las piezas destinadas a destruir el saliente no necesitaban estar tan arrimadas al lienzo y, por lo tanto, tan expuestas como en el primer caso, para conseguir su objeto.

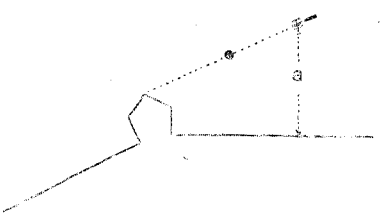


Fig. 8.

Se comprende, pues, que en esta época no se diera gran importancia a este trazado en salientes y que por el contrario se prefiriese, para las torres, la planta circular con espesor reforzado; con lo cual la resistencia en sentido los radios era considerable y en cualquiera de las direcciones de éstos. Es verdad que de esta manera prescindíase del flanqueo rasante de la cabeza de las torres; pero como aún el poder de las piezas de artillería era pequeño, se despreciaba esta ventaja, contentándose con el fijante que se obtuviera desde los matacanes, que hechos de sólida sillería se esperaba conservar intactos después del combate lejano y poco preciso de las rudimentarias bombardas. Solamente en puntos muy

singulares, como en el terreno anterior a las puertas, el ángulo saliente podía tener ventajas. Y como precisamente las puertas resultaban puntos débiles delante de la nueva artillería, se acudió con frecuencia a colocar una obra de mampostería delante de ellas; y en los casos en que no se había previsto esta contingencia, se construía con materiales de ocasión, como tierra, ramaje, piedra, etc.

Siguiendo ahora con las modificaciones experimentadas por la fortificación en presencia del proyectil de piedra, diremos que se hizo más patente ante él la necesidad de aumentar el número de recintos, en previsión de que el más cercano al enemigo se debilitara ante el ataque de éste. Tampoco esto ofrecía novedad alguna. Sin citar los múltiples recintos de las antiguas ciudades, basta recordar los castillos construídos en Tierra Santa por los cruzados. El encarnizamiento de la lucha obligaba a extremar la resistencia, cuyo término, de no ser la victoria, no podía ser otro que la esclavitud o la muerte. La brillante Arquitectura Militar de los templarios tuvo en España hermosas representaciones, entre las cuales basta recordar el castillo de Ponferrada, ya citado, y el de Cornatel, también en el Vierzo, que pereció víctima de las tropelías que la ignorancia ha cometido con tantas obras análogas. Pues bien, en la época a que venimos refiriéndonos y tratándose de la fortificación típica de la Edad Media, el castillo, se consideró desde entonces como necesario y parte vital de ellos una cintura o recinto exterior generalmente provisto de torres, que con el nombre de barbacana, y en Castilla, más generalmente, con el de *barrera* (1), estuvo destinado a sufrir los primeros ím-

(1) Como hemos de ver en el resto de este trabajo, la palabra *barrera* sale a relucir con mucha frecuencia en crónicas y documentos antiguos. Su relación con el verbo *barrear* expresa plenamente su significado genérico.

Para su construcción no se requería determinada clase de materiales, pudiendo ser de mampostería, las de carácter permanente, de tierra y madera, o de esta última solamente.

Todavía queda en las plazas de toros con uno de los significados que tuvo. Así la emplea Padilla, en la crónica de Felipe el Hermoso, cuando hablando de la toma de Melilla dice que, los españoles llevaron hecho un recinto de madera que sirviera como de barrera mientras se hacían los reparos en los muros que los moros habían aportillado al abandonarla.

Cuando nuestros soldados se pusieron en contacto con Italia, este recinto bajo y destacado que proporcionaba fuegos rasantes, tomó el nombre de *revellín* (infinitivo latino *revellere*, separar) en contraposición a las piezas fortificatorias dominantes que se llamaron *caballeros*. En tal sentido las usó Cervantes en su famoso «Discurso de las Armas y las Letras», como observó el docto general La Llave en un artículo publicado en el MEMORIAL DE INGENIEROS.

Esto no obstante, cuando con la adopción del frente abaluartado italiano, quedaron como únicas obras fuera del recinto las que cubrían las puertas, aquellas más

petus de la artillería, preservando, por lo tanto, el cuerpo principal o la *casa*, como se solía decir también en la citada región.

No faltó tampoco en los castillos de esta época la torre del homenaje, más alta y sólida que todas las demás, y en condiciones de poder aislarse del resto, constituyendo un último reducto, donde pudiera defenderse el castellano con sus más fieles partidarios.

Finalmente, como el sitiador no podía ni siquiera soñar en abrir brecha en muros de regular espesor, no se sintió tampoco grandemente la necesidad de un flanqueo eficaz de la cortina, el cual quedó confiado, principalmente, a las partes altas de aquélla, y así se adornaron los muros con esbeltas garitas y con bellas cresterías de canecillos en que se sumaban almenas, matacanes y saeteras de diversas formas, en las partes llenas de aquéllas. Empleáronse también las cañoneras, situadas en el encuentro del muro con las torres, por donde podían disparar piezas de pequeño calibre colocadas en los pisos de las torres, convertidos de esta manera en verdaderas casamatas.

Como consecuencia de todo lo dicho anteriormente, quedó consagrado a mediados del siglo XV un tipo de castillo—caso el más complejo de la fortificación medieval—al cual, con ligeras variantes, se subordinaron la mayoría de los que fueron construídos de nueva planta por esta época, cuando la topografía del terreno era favorable a su buen asentamiento. Un núcleo central llamado generalmente *la casa,* según hemos dicho, y de planta cuadrada. En tres de las esquinas colocábanse sendas torres, cuadradas casi siempre para comodidad de la vivienda, iguales, coronadas de almenas y matacanes y con muros verticales. En la otra esquina, se alzaba la torre del homenaje más elevada y también cuadrada. Cortinas llenas, igualmente coronadas de almenas, unían estas torres, y en una ellas se abría una puerta para comunicar el interior de la casa con el corredor o camino de ronda, que circundaba el citado núcleo central. Dentro de éste se hacían un patio de armas (1), las cuadras y habitacio-

bajas desde luego que éste, tomaron el nombre de revellines. Así lo usaron muchos militares y con tal acepción quedó consagrada por nuestros ingenieros hasta el siglo XIX.

(1) Este patio recibía en Castilla, según ha observado González Simancas, el nombre de Compás.

Aún se llama así en el Monasterio de las Huelgas de Burgos y célebre es, por haberlo inmortalizado la pluma de Cervantes, el Compás de Sevilla. Por la descripción que de él hace D. José María Asensio en su libro *Cervantes y sus obras* no queda duda de su significado de patio.

El Cura de los Palacios dice, hablando del año 1508 (capítulo CCXV), que Pedro Navarro tomó el Peñón que está muy cerca de Vélez «e lo pobló e puso allí guarnición de gente de a pie e de la mar, que está dentro de la mar *(sic)* la cosa más fuerte

nes, a las cuales las mismas cortinas o lienzos servían de muros de fondo (1).

Paralelamente a los muros de la casa, y dejando como hemos dicho un ancho corredor entre ambos, se alzaba el recinto exterior, barbacana o barrera. En las cuatro esquinas siempre, y algunas veces en puntos intermedios (2), se situaban cubos o torres de no gran relieve y con el paramento exterior en talud, en su mitad o dos tercios de su altura. Estos cubos macizos en su parte inferior, se ahuecaban a la altura del terreno natural, teniendo fácil entrada desde el camino de ronda. Estos huecos, verdaderas casamatas, presentaban de ordinario tres cañoneras: dos, en los puntos de contacto con los muros adyacentes, y la tercera en la capital de la torre. Las cañoneras, algunas veces, quedaban cerradas con una gruesa losa, en la cual se abría una cavidad circular por donde podían disparar las pequeñas piezas que en aquéllos se colocaban y desde luego los arcabuces y ballestas. La abertura circular de la losa se prolongaba para arriba, formando una cruz, que servía al defensor para mirar al terreno exterior y conseguir la puntería en los dos sentidos.

En uno de los muros o lienzos de la barrera, se abría la puerta principal, que nunca se correspondía con la que del camino de ronda iba al interior de la casa, con objeto de obligar al atacante, si por acaso forzaba la primera entrada, a seguir el callejón que formaba el camino de ronda, sufriendo los tiros de la parte alta de la casa. La puerta principal citada se abría entre dos torres. Por medio de un puente levadizo se salvaba el foso. El otro estribo del puente lo formaba una obra que, al cumplir esta misión, servía también para cubrir la puerta, punto débil como hemos dicho, en la fortificación de esta época.

Dada la poca eficacia de las primeras piezas, se comprende que este

del mundo y tiene en sí *buen compás*, donde ficieron casas y pueblos, donde echaron a perder a Velez de la Gomera, etc., etc.» La acepción, si no análoga, no difiere mucho, pues claramente se hace relación al espacio o *plaza* para colocar las obras.

Modernamente el castizo escritor andaluz Muñoz Pabón en un precioso artículo publicado en *El Debate* del 5 de junio de 1917 le da la acepción de vestíbulo, pues dice que los romeros al Rocío sacan a la Virgen al vestíbulo o compás.

(1) Dada la índole de este trabajo, no creo procedente entrar en los detalles del cierre de las puertas, aislamiento de la torre del homenaje del resto del núcleo, etc., Todo ello varía poco de las disposiciones descritas por Viollet-le-Duc en su célebre obra.

(2) Por regla general los cubos intermedios, eran de menores dimensiones y no arrancaban del fondo del foso, sino de más arriba; resultando complicado problema de corte de piedras en la intersección del cubo con el paramento escarpado, dificultad que desde luego desaparecía, si el muro se construía con materiales de pequeño aparejo.

tipo de obra resolvía las principales necesidades. El recinto exterior sostenía el combate de la artillería, sirviendo de escudo a la obra interior, contra la cual no había manera, eficaz, de dirigirse, sin destruir la primera. Quedaba separada la defensa rasante, a que obligaba el nuevo ingenio, de la fijante, encomendada al segundo recinto, y de la cual era fiel representante la torre del homenaje que venía a constituir un último reducto. La condición de seguridad quedaba perfectamente cumplida y la de fuerza cumpliase igualmente, puesto que, asegurando la acción a distancia de la nueva arma, no se abandonaba el efecto de dominación, asunto muy importante dada la poca eficacia de las armas en uso.

Resumiendo, vemos que durante este primer período del empleo de la artillería, las formas varían muy poco de las empleadas en la Edad Media, y sólo son algunos detalles los que se modifican. Este período abarca desde los primeros tiempos del empleo de la artillería, hasta mediados del siglo XV, y aún algo más adelante. Un ejemplo muy acabado de esta época lo podemos presentar en el castillo de Pioz, en la provincia de Guadalajara. También es digno de estudio el de la Mota, en Medina del Campo, en el cual es de notar, además, la galería alta de escarpa que corre por todas las cortinas. A esta galería vienen a parar unas pequeñas cámaras, verdaderas casamatas (1), separadas entre sí por fuertes estribos. Estas tienen losas y al exterior unas saeteras cruciformes, pero a través de las cuales podrían sin duda disparar las más pequeñas piezas de artillería. En general, sin embargo, las cortinas de la barrera eran ciegas, y ni en su interior, ni en el adarve, se situaban piezas de artillería, que sólo tenían colocación en los torreones o torres, con las modificaciones que hemos indicado.

En la figura 9 se presenta una vista parcial del castillo de la Mota, cuya barrera, por haberse tenido que ceñir el ingeniero a un antiguo núcleo defensivo de forma irregular, no es rectangular, lo que no influye en que sus directrices sean las expresadas.

Vése en primer término parte de la barrera, en la que se aprecia el escarpe o *alambor* de las cortinas que llega hasta el parapeto, constituyendo un acierto indiscutible. Es raro que el mismo ingeniero que proyectara éstas construyera los torreones cilíndricos sin variación alguna en sus bases.

Nótase en las cortinas los cubillos que arrancaban de la escarpa y contribuían al flanqueo utilizando el arma manual, arcabuz o ballesta.

A la izquierda se aprecian los dos cubos cilíndricos entre los que se

(1) Tan antiguas e importantes como las del Castillo de Ostia muy celebradas por los escritores italianos.

hacía la puerta, por la que se entraba utilizando un puente levadizo que, al caer, se apoyaba en una obra exterior—de la que se nota la gola en la figura—que al mismo tiempo que este papel de estribo, hacía el más im-

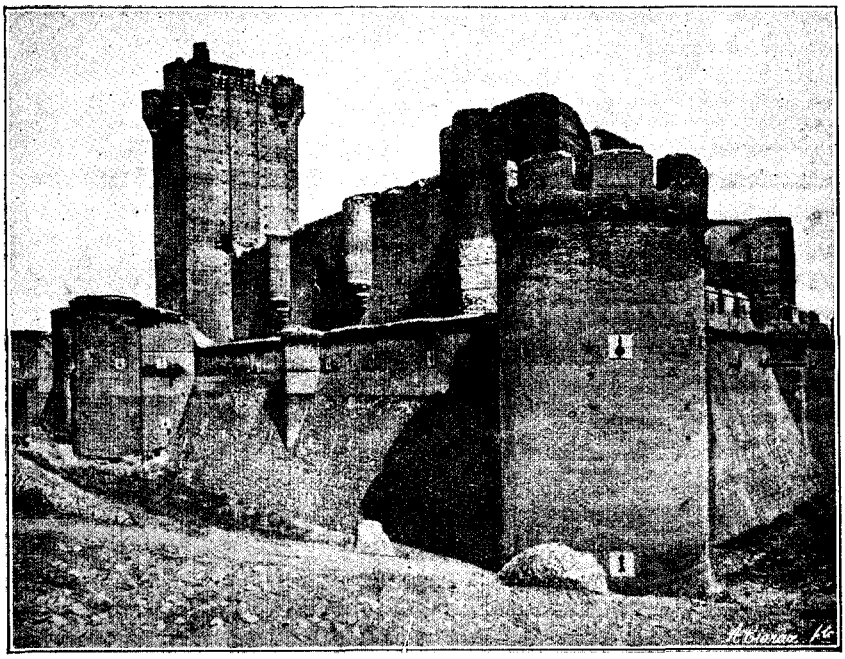


Fig. 9.

portante de cubrir y proteger la entrada contra los tiros enemigos. Esta obra, que no se conserva íntegra, debió tener un ángulo agudo a la campaña.

En el interior, o sea en la casa, se respetó la construcción primitiva, añadiéndole en un ángulo la torre de homenaje, cuyo dominio sobre el resto de la construcción se acusa fuertemente. La torre estaba cerrada por su base, entrándose en ella desde los adarves de las cortinas inmediatas, también modificadas en el siglo XV (1), como se nota en el grabado.

(1) Cuando visité este castillo hace muchos años se acababa de descubrir una escalera, empotrada en el grueso de la cortina, que permitía ascender, desde el interior del patio, a la torre.

En el *Boletín de la Sociedad de Excursiones* (tomo 2.º) ha publicado el Sr. Fernández Casanova una bonita monografía del castillo de la Mota. En la misma publicación (tomo 2.º) hay otro estudio, sobre lo mismo, del Sr. Gil.

III

Segundo período de transición nacido del empleo del proyectil fundido.—Se inicia con la tendencia de respetar las formas medievales.

En los términos descritos siguió la fortificación cumpliendo debidamente su misión por casi todo el resto del siglo XV, en la última parte del cual la artillería sufre una transformación importante, que hace pensar nuevamente en la necesidad de proseguir en el camino de los perfeccionamientos.

Esta modificación fué causada por el adelanto industrial en las regiones del norte de Europa, especialmente en los Países Bajos y norte de Francia (1). Debido a sus laboriosos ciudadanos, la fundición del hierro y del bronce da un paso gigantesco, y es posible obtener, por consiguiente, piezas de espesores proporcionados a los esfuerzos interiores, y al mismo tiempo proyectiles, cuyos calibres difieren poco del de las piezas que los han de disparar, siendo menor, por consiguiente, el escape de gases y mayor su efecto, incrementado además por la mayor densidad de sección del proyectil metálico. Estas piezas, más regulares y de más fácil carga, se montan ya en mejores condiciones y pueden seguir a los ejércitos en sus marchas. Esto es ya decisivo. Contra tales enemigos, no bastan las ligeras modificaciones que anteriormente hemos apuntado; hay que hacer algo más, y en este sentido se orientan los esfuerzos

(1) Véanse las cartas de Mosen Diego Valera a los Reyes Católicos, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos españoles. Este ilustrado escritor les aconseja en una de ellas que, para sus primeras empresas contra los moros, reunan buena artillería, especialmente de Bretaña, que era la mejor.

En la vida del Gran Cardenal Mendoza—su autor Francisco de Medina—se lee que aquél sostenía relaciones de amistad con el Emperador Federico, del cual recibió en 1498 un regalo de artillería y proyectiles, que seguramente serían metálicos.

Barrantes Maldonado, sobre la Casa de Niebla, dice haber llegado a Málaga durante el sitio —1487— dos naves, procedentes de Flandes, enviadas por el Rey de Romanos, hijo del Emperador y cargadas de artillería y municiones.

Guicciardini, hablando de la artillería, las llama perniciosas máquinas inventadas en Alemania.

En este mismo estudio hemos de encontrar documentos que corroboran la gran superioridad que en los detalles de la fundición tenían las piezas alemanas sobre las que en el resto de Europa se construían, hecho por lo demás bien patente con solo girar una visita por nuestro magnífico Museo de Artillería.

de los hombres de guerra, a cuyo cargo corría este interesante problema.

A propósito de este asunto, bueno sería repetir aquí lo que en nuestro trabajo *Minas Militares Terrestres* (tomo II, apéndice 1.°) hemos dicho sobre la pretendida superioridad italiana en todo cuanto en materia de adelantos en la fortificación tuvo lugar en esta época.

El argumento del mayor número de libros escritos en italiano sobre fortificación, así como el de ingenieros militares, sólo prueba que la nación entera italiana fué testigo de los hechos bélicos realizados en ella desde 1494 (invasión de Carlos VIII) hasta 1530 (campaña de Florencia) y, por tanto, que las plumas inteligentes del país recogieron cuanto en sus campos dejaron diseminado los milites que la invadieron.

Si Pedro Navarro hubiera vivido más años en su prisión y escrito, como le aconsejaba Jovio, su vida y hechos de guerra, ¿hubiera podido decir algo sobre el asunto que tratamos? Como que fué reclamado por el Papa Julio II para tomar parte en el célebre Congreso, del cual hase creído salieron gran parte de las mejoras de la fortificación abaluartada (1).

Y lo mismo que decimos de Pedro Navarro, podríamos decir de tantos otros, Pizaño entre ellos, pues sin dejar escritos libros, tuvieron conocimientos extraordinarios en la materia, como probaremos en este estudio.

No deben hacerse ilusiones los italianos en este punto. Todo lo más que podemos admitir, es que fuera Italia en esta época el horno alto donde se fundieron los minerales que, de veneros muy lejanos, allí se reunieron; minerales, algunos, mucho más ricos que los que en Italia pudieran explotarse, e indudablemente el más rico el español, procedente de sus sierras granadinas. Así lo reconoció el Abate Lampillas en su *Saggio della letter Spagnuola*, y así vino a reconocerlo el mismo Marini—al criticarlo por esta afirmación—diciendo que en fortificación es muy difícil inven-

(1) A propósito de Pedro Navarro, y como una comprobación de la tesis por mí sostenida (*Minas Militares Terrestres*, II tomo) respecto al dictado de traidor que se le ha querido atribuir, merecen tenerse en cuenta las cartas publicadas en la *Revista de Archivos* (año XXVII, página 404), por los Sres. Torre y Rodríguez Pascual.

Por una carta del Gran Capitán, sin fecha, pero con la probable de 1506 que le atribuyen los citados señores, se comprueba que entre Fernando el Católico y Navarro habían mediado ciertos asientos que, al no cumplírsele, hicieron a éste expresar su propósito «de despedirse de su servicio.»

Es decir, que Pedro Navarro, mucho antes de 1515 en que entró al servicio de Francia, no se consideraba ligado con el Rey de Castilla y Aragón mas que por *asientos*; como un aventurero cualquiera o como un extrangero, Andrea Doria, por ejemplo.

tar nada (1); dificultad que sin duda será general para todo el mundo, pero que había de ser más fácil de vencer, a los que lucharon en Baza y Málaga, que a los que en 1478 lucharon en la Roca de la Castellina del Chianti, modesto episodio italiano del cual pretende el ilustre Rocchi, nada menos que hacer derivar las grandes modificaciones del período de transición que estudiamos.

Ni puede tampoco servir de argumento el manoseado de ser la mayor parte de las palabras técnicas de fortificación de origen italiano. Fácil nos sería probar que sólo a la congregación de las diversas naciones, ya citadas, en Italia, se debió ésto, pues en España teníamos antes de ir Gonzalo de Córdoba a Italia, una tecnología propia, que hubiera sido suficiente para expresar todas las piezas fortificatorias de los primeros frentes abaluartados.

El deseo de no alargar este trabajo me contiene, reservando la prue-

(1) Pocas afirmaciones habrá más exactas que esta de Marini. Los principios que regulan el arte fortificatorio son eternos y los mismos hoy que en tiempos de Epaminondas. Toda la novedad que un libro de esta clase puede tener se reduce a una mayor habilidad para presentar aquellos principios o los que origine el empleo de materiales distintos como consecuencia de progresos en la industria o en el arte de construir. Cualquier ingeniero que haya visto, después de Puerto Arturo, recomendar por el ingeniero ruso Svart, el flanqueo de intervalos por la fusilería colocada en los puntos de apoyo, no podrá menos de recordar aquel período del siglo XVI en que se reconoció la necesidad de aproximar los baluartes para buscar en el tiro de arcabúz el regulador de la distancia entre éstos.

Y al contemplar los modernos acorazados americanos con sus blindajes *escarpados* si nacidos por la necesidad de economizar material hechos luego más prácticos al permitir la fotografía el estudio de la marcha del proyectil enemigo en su rama descendente, no se puede menos de volver la vista a los primeros muros escarpados que, buscando mayor espesor de mampostería al choque del ariete, resultaron luego doblemente prácticos como ofreciendo superficies inclinadas al de los proyectiles pétreos de las primeras bombardas.

Hoy, como ayer, el ingeniero que pretenda organizar una posición no deberá preocuparse más que del cumplimiento, hasta el límite posible, de las tres condiciones de seguridad, fuerza y movilidad; no olvidando que la visualidad, sobre y desde la posición, entra de lleno en las dos primeras. Los medios de acción del enemigo le darán la pauta de los que él debe emplear, pues absurdo sería la construcción de grandes festas contra tribus del interior africano como absurdo sería —pagado duramente en muchos casos—el creer que un simple muro no puede nunca ser obstáculo infranqueable al enemigo.

En este estudio vamos a presenciar ejemplos de lógica inflexible en los guerreros del siglo XVI, a los que las circunstancias llevaban a defender una sencilla torre medieval. Para rendirse exigían la presencia de los medios de destrucción necesarios a su segura ruina, con lo cual, si no la muerte de los héroes, alcanzaban la ventaja de que el enemigo no utilizara aquéllos contra sus compañeros combatientes en otro lugar del teatro de operaciones.

ba para la biografía del ingeniero Ramiro López que, Dios mediante, me propongo publicar.

Dando de lado esta cuestión, para no alejarme de mi intento, y prescindiendo de las naciones y hombres que en ella primeramente intervinieron, pasemos a indicar ligeramente la forma que la fortificación adoptó al hacerse patentes los nuevos progresos de la artillería.

Desde el momento que los efectos de penetración de la artillería aumentaron y su manejo y carga se facilitaron, las cosas cambiaron por completo. Los espesores de los muros medievales que habían podido resistir el proyectil de piedra, eran insuficientes. Así, pues, el agresor, acercando sus piezas a 100 ó 200 metros de los muros, lo cual podía hacer, bien por sorpresa o valiéndose de trincheras, plantaba sus baterías, para lo cual le bastaba el llevar rodando grandes cestones que inmediatamente eran rellenos de tierra, y entre dos de los cuales asomaba la boca de sus piezas. En estas condiciones entablábase una lucha, de la cual casi siempre salía victorioso, empezando por destruir la parte superior de los torreones, desmontando en seguida las piezas en ellos instaladas. Luego dirigía sus tiros sobre el centro de la cortina, destruía la parte superior del muro, la cual, cayendo del lado del foso, formaba una rampa de no difícil subida, por la cual se lanzaban prestamente al asalto las tropas preparadas para él y que se situaban lo más cerca posible aprovechando los espacios poco batidos de las inmediaciones, o acercándose sin temor por hallarse el enemigo retirado del adarve ante el temor de los proyectiles enemigos, que menudeaban, como es natural, cuando se intentaba dar el asalto a la brecha y que hacían difícil y peligrosa la estancia detrás de débiles almenas.

Para evitar todo esto surgieron una multitud de paliativos y cada ingeniero, con arreglo a su criterio, trató de hallar la solución más apropiada.

Apareció, desde luego, un primer tipo creado por una escuela eminentemente *defensiva* que aferrada a las tradiciones de trazado trató—preocupándose más de las condiciones de seguridad que de las de fuerza —de buscar con preferencia en el aumento de espesores, en la calidad del material y en su disposición en obra, la solución del problema. Conservároнse todavía las torres redondeadas, considerándolas como las más resistentes a proyectiles que podrían venir en el sentido de los radios de aquéllas, pero aumentados de modo extraordinario los espesores de sus muros. Reforzáronse del mismo modo, considerablemente, las cortinas y las almenas, que vinieron a perder del todo su antigua forma, quedando ahora constituídas por grandes trozos de muro o merlones que dejaban entre sí espacios o cañoneras suficientes para permitir el fuego de las pie-

zas y teniendo sus derrames generalmente para fuera (fig. 10). Además, tanto dichos merlones como cualquiera otra parte del parapeto, tenían su parte superior redondeada facilitando el rebote de los proyectiles que

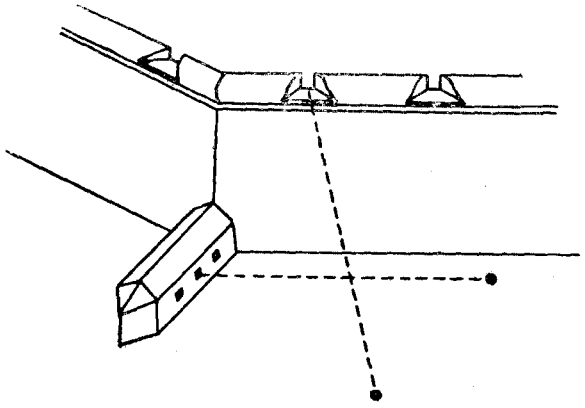


Fig. 10.

contra ella chocasen. Aún se abatieron más los torreones y se profundizó el foso y el escarpe, que antes apenas constituía los dos tercios de la altura total del muro, se remontó mucho más y alcanzó casi toda la altura total de éste.

Como el flanqueo de la cortina por matacanes o por almenas, resultaba ya inadmisible en sitios expuestos al fuego del cañón, se utilizaron como elemento indispensable en los torreones, y en la parte de unión con los muros, casamatas reforzadas donde pudieron colocarse piezas pequeñas que en los momentos del asalto defendiesen al pie de la cortina. A esto podían contribuir también las situadas en las plataformas de los torreones y que no hubiesen sido desmontadas en el cañoneo preliminar.

No se dió demasiada importancia al ángulo muerto que quedaba delante del torreón, consecuencia natural de su forma redondeada y de la dificultad de batirlo desde su parte alta, porque todo hacía presumir que el sitiador atacaría con preferencia las cortinas cuyas brechas le conducían directamente al interior de la plaza y no se había de empeñar en destruir el torreón que, más sólido, podía serle defendido en su parte más estrecha, allí donde se unía con las dos cortinas que a él concurrían. Sin embargo, semejante inconveniente no dejaba de existir, y así se acudió por los ingenieros a evitar este peligro empleando unas obras en el foso, verdaderas caponeras situadas en los salientes de los torreones. Tal es el tipo de la citada figura 10, obra a la cual llamaban los

italianos *capanatti*. Las construídas por Ramiro López, en Salsas, continuaban hasta las obras exteriores y tenían la parte superior, no en tejadillo sino redondeadas, como puede verse en la figura 11 trasunto del

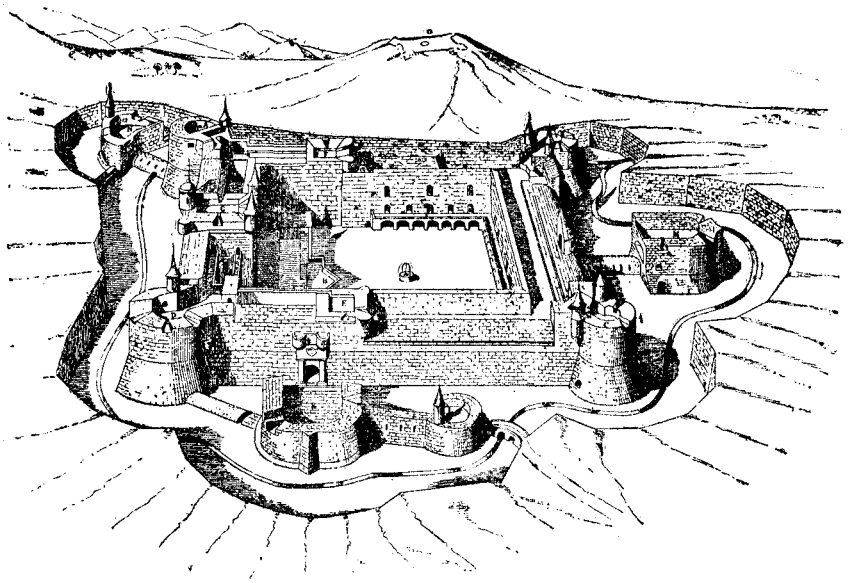


Fig. 11.

castillo de Salsas que presentó el francés Ratheau y ha sido luego reproducido por el coronel La Llave y por González Simancas (1).

Pero no eran solamente estas obras las que al flanqueo de las cabezas de los torreones podían atender. Debióse utilizar también para ello unas obras que, como hemos dicho, tomaron carta de naturaleza en el período antecedente. Me refiero a las que se colocaban delante de las puertas a manera de escudos y que tuvieron formas muy variadas, siendo unas veces simples torres, otras en forma de media luna, otras en forma de espolón y otras, como las de Salsas, de planta rectangular, con los ángulos redondeados y un a modo de tajamar en el centro del lado de la campaña. Estas obras, como se comprende, estando avanzadas sobre el

(1) Su bella monografía sobre el castillo de Salsas la publicó el capitán de Ingenieros francés A. Ratheau en el *Espectador Militar* de su país (primer trimestre de 1860).

La Llave y González Simancas en sus *Lecciones de fortificación* y *Castillos de Portugal*, respectivamente, presentaron la vista del castillo que en aquélla figura.

centro de la cortina, sitio donde por lo general se colocaban las puertas, y provistas en su plataforma de piezas de artillería, podían batir la parte delantera de los torreones inmediatos y contribuir eficazmente al flanqueo del foso, siendo las precursoras de los revellines y medias lunas del sistema abaluartado. Y las ventajas que de tales obras se sacaban, debió conducir bien pronto a su adopción en el centro de la cortina, aun no existiendo puertas en ellas que cubrir, o delante de los salientes o ángulos del recinto, que era preciso reforzar. Tal las construyó el ingeniero aragonés Ramiro López en el castillo de Salsas, cuyo invento le atribuye el ingeniero militar y distinguido escritor francés M. Ratheau ya citado.

Esto no obstante, no puede afirmarse en redondo que las obras avanzadas de Salsas fueran construídas con el objeto de flanquear lienzos y torreones, pues en tal caso otra hubiera sido la distribución en los frentes. Su principal objeto fué sin duda cubrir las puertas y cortinas y alejar al enemigo lo más posible del cuerpo del castillo, pero no se debió de escapar la idea de la protección lateral que a todos los elementos de éste proporcionaban tales obras.

Este castillo pertenece por completo al tipo de transición y tendencia que estudiamos y fué considerado en los primeros años del siglo XVI como una de las más poderosas fortalezas que había en la cristiandad (1), mereciendo que Alberto Durero, al publicar en 1527 su obra sobre fortificación, la alabase como tal y como un representante legítimo del sistema al cual pertenecía el ilustre artista alemán (2).

En el se reconoce claramente el arrastre de la levadura medieval, pues aún aparece erguido el homenaje, si bien con grande espesor en sus muros, y aún se conservan muchos de los *chicanes* medievales, vueltas y revueltas, encrucijadas, etc., con objeto de hacer más tenaz la defensa interior, en caso de una escalada o asalto no rechazado; no dejando de tener razón de ser semejante complicación, pues las armas manuales

(1) Ayora, en la carta cuarta escrita al Rey D. Fernando durante el sitio de Salsas por los franceses en 1503 dice haber sido enviado por el Duque de Alba para hablar con el Gobernador del Castillo y hacerle presente cuanto importaba a todos su buena defensa y que considerase «como estaban en la mejor y más famosa fuerza del mundo» y que Salsas era «tan gran cosa que, después de derribada, el montón de las piedras que quedare harían tanta fuerza que, a la gente que allí estaba, no era razón que nadie se la ganase por fuerza». Esta afirmación de Ayora es tanto más importante cuanto consta que conocía el Castillo de Milán tenido como lo mejor, en materia de fortificación, en Italia.

(2) En 1870 se publicó en Francia la obra de Durero, admirablemente editada y traducida por A. Ratheau con el título *Instruction sur la fortification de villes, bourgs et chateaux.*

dejaban mucho que desear, y aun la ballesta representaba un papel muy importante y constituía el armamento de la mayor parte de la infantería (1).

El reciente invento de las minas de pólvora obligaba a precaver tal peligro, y así en Salsas corría a lo largo de las cortinas una galería que permitía escuchar los trabajos del minador del ataque, salir al encuentro o limitar los efectos de los hornillos. Esto, no obstante, semejante fortaleza, en la que se nota la preocupación de su autor de resistir el efecto del proyectil de hierro, más que nada, por el espesor de los muros, costó muchísimo dinero y no habían pasado muchos años cuando ya se señalaban sus defectos por los ingenieros que siguieron las huellas de la escuela mixta, de que luego trataremos. Estos defectos no eran otros que el mucho coste, el poco flanqueo mutuo de las obras y, en una palabra, el desequilibrio entre las condiciones de seguridad y fuerza, que convertían a la fortaleza poco menos que en una hermosísima armadura, sin combatiente interior que la diese vida y movimiento.

IV

Origen y vicisitudes de la palabra «baluarte» y qué obras de fortificación se han expresado con ella.

La importancia que a las obras situadas delante de las puertas se dió en toda la segunda mitad del siglo XV, aun antes del proyectil fundido, fué grande. Ellas son, casi siempre, los célebres *baluartes* de nuestras cró-

(1) En la figura que publicamos, que es la que aparece en la bella monografía de M. Ratheau, el torreón del homenaje *G* se presenta muy achatado y acusado por garitones en los cuatro ángulos. Sin embargo, de otras vistas antiguas—una la que se incluyó en las Cartas de Ayora—se deduce que la primitiva torre era mucho mas elevada y dominante. En la figura puede apreciarse cómo, siendo el supuesto frente de ataque el de la derecha del espectador, la obra estaba organizada en forma de resistir hasta el final en este sentido. Así, pueden verse en los dos lienzos que unen, uno los torreones *C* y *D* y otro los *A* y *B*, sendas interrupciones representadas por dos medios torreones *E* y *F* con frente ofensivo hacia la derecha y, del mismo modo, en el patio otra cortadura *H* ofensiva en el mismo sentido.

Todavía supuesto al enemigo vencedor de estos obstáculos, y aún apoderado de los torreones angulares *A* y *B*, podría defenderse sólo el homenaje situado en el centro de la cortina que les une.

Vése también en la figura la obra *K* y otra *I* que a ella se une, que cubrían y defendían la puerta y el acceso al interior de la fortaleza. Las *M* y *N*, situadas una enfrente de un lienzo sin cubrir puerta, y la otra defendiendo un torreón, son las obras, cuyo invento atribuye, como hemos dicho, Ratheau al constructor *Don Ramírez*, que no es otro que el Ingeniero aragonés Maestro Ramiro López.

nicas, construídos de piedra, cuando hubo tiempo para ello, de tierra y madera cuando la necesidad apremiaba. Y como ha habido largas discusiones a propósito del origen de esta palabra y de su proceso al través de los tiempos, hasta llegar a ser la pieza fundamental de un sistema de fortificación, que tuvo tan larga vida como el abaluartado, vamos en las siguientes líneas—y antes de pasar adelante—a emitir nuestro modesto juicio sobre tan interesante asunto.

Es sabido que Varela y Limia, al publicar en 1846, en el MEMORIAL DE INGENIEROS, su «Resumen histórico del Arma de Ingenieros», se propuso demostrar que la prioridad del empleo de los baluartes, es decir de las obras que dieron nombre al sistema abaluartado corresponde a España. A ello le indujo el ver empleada la palabra baluarte en las crónicas y la contemplación de las torres pentagonales con un ángulo saliente a la campaña, de las cuales hemos hablado ya en este estudio. Firme en la idea de haber nacido en España el baluarte, necesitó que la palabra tuviera su origen al lado de acá de los Pirineos, y la supuso derivada de la árabe *balwward,* que significa, según él, *prueba o experimento del acceso, aproximación o llegada.* (1) La publicación simultánea en Italia de las celebradas *Memorias* de Carlos Promis (2) motivaron dos apéndices de Varela, en los cuales, no obstante, no salió el asunto aclarado por completo. La ofuscación primera de Varela fué tanto más extraña cuanto que, conocedor profundo de las *Crónicas de los Reyes Católicos,* especialmente de la de Pulgar, debió comprender desde el primer momento que con la palabra baluarte se expresaba cosa muy distinta de lo que en el siglo XIX hemos entendido por tal. En las líneas que siguen trataremos de aclarar, con documentos a la vista, todo el proceso de esta palabra.

En el vocabulario del *Poema del Cid,* publicado por el ilustre señor Menéndez Pidal, no figura la palabra baluarte. Tampoco la he encontrado en la *Segunda Partida,* del Rey Sabio, que trata, como es sabido, muy especialmente, de asuntos militares y desde luego de castillos y su preparación para la lucha.

La primera vez que la he visto citada es en Berceo, sobre Santo Domingo (3). Dice, refiriéndose al triste final que se prepararía el enfermo de gota o epilepsia sino se preocupara de su alma: «por lo al mas querria colgar de un *ualuerto*», «*c'est-a-dire* (comenta el Sr. Cirot) se *prendre a un*

(1) La misma opinión emitió el conde de Clonard en su *Historia orgánica* tan conocida.

(2) Fueron publicadas como ilustración al *Trattato di architettura civile è militare* de Francesco de Giorgio Martini, que Promis dió a conocer.

(3) Véase «*L'* expressión dans Gonzalo de Berceo», por Georges Cirot. *Revista de Filología Española.*—Tomo IX. – 1922.– Cuaderno 2.° Estrofa 404.

bastión», palabra esta última que expresa en Francia lo que baluarte en nuestra lengua, y ambas en el concepto que tenían en pleno siglo XIX.

No me atrevo a asegurar, con el Sr. Cirot, que con la palabra ualuerto quisiera Berceo expresar precisamente una obra de fortificación, aun cuando reconozco que parece ser la originaria de la posterior baluarte.

Yo no la he encontrado en las crónicas de Ayala, siendo la primera vez que la veo citada en la de D. Alvaro de Luna, empezada a escribir, según su comentador Flores, entre los años 1453 y 1460.

Esta falta de expresión de la palabra baluarte durante los siglos XIV y principios del XV en textos en que, por describirse muchos sitios de plazas, debía aparecer, me hace dudar sobre la significación que pueda tener en Berceo, pues por lo demás, si se admite, como luego veremos, su introducción en España por la vía de Francia, bien pudo emplearla aquel poeta, influenciado por los monjes cluniacenses traídos a España por Alfonso VI (1).

La palabra baluarte, como se deduce del estudio que vamos a emprender, es sinónima de la francesa *boulevart,* escrita en el siglo XV *boulevert.*

Carlos Promis la cree derivada—con Menage y anteriormente con Fabre y Dilich—del alemán *boltwerk,* construcción de madera, palabra que al pasar a Francia se transformó en *boulevert.*

La citada crónica de D. Alvaro tratando del sitio de Palenzuela—villa situada a la derecha del Arlanza cerca de su confluencia con el Arlazón—emprendido por D. Alvaro durante los meses de diciembre y enero de 1451 y 1452, respectivamente, dice que los sitiados habían construído un *baluarte* para defender la entrada del puente. Este baluarte era provisional, tenía su *cava* o foso y su *petril* (2) o parapeto, y era además susceptible de contener artillería. Durante el sitio, los defensores, ante el temor de ser expulsados de la obra, que hacía de verdadera cabeza de puente, decidieron retraerse cortando éste y construyendo otro baluarte del lado de la villa. Como se deduce de lo expuesto, los baluartes de Palenzuela fueron obras provisionales y su principal objeto la defensa de un punto preciso, el puente.

Aun cuando la crónica se empezó en la época citada, el suceso de

(1) Con autoridad nula en cuestiones de etimología no puedo separar la imaginación, sin embargo, tratándose del acto de ahorcarse, de los *velortos* que usamos en Trasmiera (Santander) que son muy útiles para el caso.

(2) Petril, dice Simancas (página 31), que no lo trae el *Dicionario de la Academia,* y que en su sentir es sinónimo de antepecho.

Desde luego, creo que el petril ha sido continuado por el pretril actual; pero, sin duda, en la Crónica, es equivalente a parapeto.

Palenzuela, narrado al final de ella, no es fácil deducir cuándo lo fué. No es esto, sin embargo, muy importante, pues no pudo ser muchos años después. Mas lo es, en cambio, la afirmación del comentador Flores, de que encuentra en el texto de la crónica muchas palabras de origen francés, introducidas sin duda en el reinado de D. Juan II, por el mucho trato que con Francia hubo durante él. Acaso una de ellas fuera la palabra baluarte que, como se vé en el de Palenzuela, no es otra cosa que el *boulevart* que nos describe Viollet, hecho con tierra, generalmente, y desde luego con objeto de cubrir un punto débil, avenida de puente, puerta de plaza, torre medieval de ángulo saliente de recinto, etc.

Estas obras fueron muy necesarias, especialmente en los recintos de plazas, y sus ventajas son las que más tarde indicaremos. El derroche, que ya en esta época se debió de hacer, siempre que la ocasión se presentaba, de esta clase de obras, y la importancia que indudablemente tenían, debió de ser causa de que se las considerara como la defensa por excelencia y de extender su significado al punto en que hoy se halla en el lenguaje corriente. Y esta generalización de la palabra ha sido la causa de muchos errores y dudas.

En la séptima década del siglo XV se apodera ya la poesía de ella. Así vemos a Jorge Manrique exclamar en una de sus célebres coplas:

Las huestes innumerables
Los pendones, estandartes
Y banderas.
Los castillos impunables,
Los muros y *baluartes*
Y barreras.
La cava honda chapada
O cualquier otro reparo
¿Qué aprovecha?
Que si tú vienes airada
Todo lo pasas en claro
Con tu flecha.

La idea que hemos deslizado de que la introducción de la palabra en España es del tiempo de Juan II, correspondiendo su generalización a los reinados siguientes, está conforme con la terminante afirmación de Camino, de que hasta el reinado de los Reyes Católicos, no encuentra, en el Archivo de la Corona de Aragón, usada la palabra baluarte; afirmación de peso indudable, teniendo en cuenta que el distinguido coronel consultó y copió miles de documentos.

Entrando ahora en la enumeración de documentos oficiales, encuentro la Carta real de 20 de febrero de 1477, en que los Reyes Católicos

dicen a la villa de San Sebastián, que saben lo que han gastado los vecinos de ella en «torrear e fortalecer la dicha villa e faser alrededor della *baluartes* y cercas con sus almenas, porque mejor se puedan defender si necesidad obiese, etc.» Como se vé por este documento, los baluartes parecen ser obras distintas de las torres y situadas, desde luego, en la parte exterior.

En 30 de septiembre de 1489, manda D. Fernando, a las autoridades de la ciudad de Jaca, que arreglen los muros viejos y que «ante todas cosas se entienda en facer una cava alderredor de la cerca e baluartes dentro, etc.» (1). De este documento parece deducirse que los *baluartes* son obra de campaña, lo que después se llamó *reparos,* los cuales con la cava envolviesen todas las murallas viejas de Jaca, necesitadas de arreglo, sirviéndolas aquellas otras obras de escudo o protección. Sin duda que los tales baluartes se harían con la tierra sacada de la cava.

En 1490 proyectó el ingeniero Ramiro López, obras para la plaza de Salobreña, y en el documento dice: «Otro sy. Será menester a la *puerta falsa* que sale al campo, cincuenta pasos de petril y almenas con un *baluarte* pequeño en lo más baxo, porque no vean salir a los de la fortaleça fasta que sean seguros de poder arremeter en el campo.» Más adelante dice: «Otro sy: será menester de facer un pedaço de coracha debaxo de la *puerta del socorro* de la mar, que se acerque cient pasos a la mar, para ayudar a defender la gente que viniere al socorro de la dicha fortaleza por la mar; e por ser tan luengo trecho será imposible poder entrar el socorro sin se facer esto, poque desde la dicha puerta fasta el Rostro de la mar ay quatrocientos e ochenta pasos.» (2).

Como se deduce de estos párrafos y del resto del documento, el baluarte es obra permanente y destinada a defender un punto preciso, puerta en el primer caso y extremo de la coracha en el segundo.

En el proyecto de la barrera de Huejar en 1492, se le ordena al mismo Ramiro López: «Otro sy: se an de facer en la entrada de la fortaleca de la dicha barrera dos cubos cuadrados o redondos, o de la condición que a Maestre Ramiro paresciere, e dos puertas, una dentro de otra, e un *baluarte* delante que no sea mucho grande, etc.» (3). Aquí el baluarte es también obra permanente, distinto de los cubos, y destinado a defender la puerta por el exterior o sea a cubrirla.

En el mismo documento y mas adelante dice: «Otro sy: que los dichos destaxeros sean tenidos de acer todo el alambor o alambores que

(1) A. C. A. Camino.
(2) Simancas. *Mar y Tierra.* (Legajo 1.315)
(3) Simancas. Salas y Aparici.

fueren menester en lienços e torres e *baluartes*, etc.» Aquí se marca bien la diferencia entre torres y baluartes, se hace patente ser éstos de mampostería, y se expresa claro el que todas las obras se hacían alamboradas o escarpadas.

Entre las obras que en el mismo año de 1492 se construían, por el propio ingeniero Ramiro López, en la Alhambra de Granada, figuran las de los *baluartes* de la Puerta Falsa y de la Puerta Principal, así como las de los *baluartes* de la Mezquita, Ribalfarax y el Olivo, que, si no puertas, serían puntos importantes que convendría reforzar con la construcción de tales obras.

En 1495 y a 23 de octubre, refiriéndose D. Fernando a los castillos de Castell-León y Salardú, ordena que, por estar en frontera con Gascuña, repasen las cercas, fossados y *baluartes*, haciéndolos de nuevo «en las partes que es más menester» (1).

Igualmente en 1499 y a 11 de noviembre, ordena D. Fernando, ante el temor de la venida del turco, que «todas nuestras civdades, villas e castillos en ese nuestro reino (Cerdeña), estén bien reparadas e fortificadas assi con *baluartes*, barbacanas y buenos fosos, como de todas las demás cosas necesarias» (2).

En estos dos últimos documentos se sospecha que, dada la premura del tiempo, que no admitía construcciones de mampostería, se debieron hacer las obras de tierra, y parecen expresar obras análogas a las dispuestas para Jaca.

En un documento sin fecha, pero probablemente de 1500, copiado por Aparici del legajo 1315 de *Mar y Tierra*, dice refiriéndose a Vélez-Málaga: «y porque bien no se podrá defender aquella puerta aviendo algún daño en el alcazaba, es menester que se haga allí un buen *baluarte* para que defienda la puerta principal de la dicha alcazaba y la otra puerta que sale junto con ella a la alcazaba, etc.» Aquí el baluarte defiende un punto preciso, que es la puerta.

En todos los documentos que tengo en mi poder referentes a la construcción de Salsas, por Ramiro López, y que expondré en su biografía, llama éste siempre torres de los cantones a las de los ángulos, llamando baluartes a las obras exteriores de que hemos hablado al describir el castillo, y que cubrían la entrada de éste, una de ellas por lo menos. Lo mismo hace Ayora en sus cartas, sobre el sitio de 1503, tan conocidas y de que luego tendremos ocasión de hablar.

En un documento que existe, y por casualidad he encontrado, en la

(1) A. G. A. Camino.
(2) Idem, idem.

Academia de la Historia (*Colección de Jesuitas,* tomo 115) el cual se encuentra firmado por el coronel Villalba, célebre en las guerras de principio del siglo XVI contra Francia, se dice, hablando de la villa de Canfranc, lo siguiente: «En la villa de *camphand* hay una muy buena torre con su *baluarte.* Ha menester sacar el *baluarte* como viene delante la puerta; e abaxo en la entrada de la calle del lugar, empar de la dicha torre, ha menester hacerse una puerta y a la parte del río un cubo para escusar hun paso que ay entre el río e las casas; que podrá costar doscientos ducados.» En este documento el baluarte es una obra que, como se ve, tiene por objeto defender la puerta.

En un memorial firmado por D. Fernando en 8 de junio de 1514, con referencia a obras proyectadas por el español Pedro de Malpasso para la ciudad de Alguer (Cerdeña), se dice: «Item. Es necesario facer delante la puerta Real un *baluarte* para defender la entrada de la dicha cava y responderá este *baluarte* a la torre nueva de Maesvol, que tiene sus bombarderas y responderá a una *casamata* que se ha de facer. Y porque no bastará este baluarte para defender toda la otra parte de la cava del medio día, es nesesario se faga dentro de la cava la casamata con sus bombarderas, que responderá al dicho *baluarte* y torre, y assi mesmo otras que tiren a la torre de la Real, que sean a la misma parte de medio dia. =Item. Aunque a la parte de fuera en derecho de la muralla de la marina no hay sino secamos *(sic),* será menester que para aquella parte se haga otro *baluarte* a la torre del mal pasatge el qual baluarte será en el lienço de la parte del puerto de la adobaría en que pueda guardar la parte del poniente y del medio dia para defender la marina y estorbar que galera o fusta no se allegue porque otramente, según la muralla es baja y la de la parte de la tierra alta, podrían facer mucho daño dentro si podrían llegar» (1). Este documento demuestra que los baluartes, no sólo se hacían delante de las puertas, sino delante de las torres, y que se confiaba ya en ellos para el flanqueo. Una de las casamatas que se proponen para el flanqueo son a modo de caponeras, de las que ya hemos hablado. Excusamos también llamar la atención del lector sobre la presencia de un ingeniero español, en el pleno uso de sus funciones, en tierra italiana.

Resumiendo todos los documentos oficiales que hemos apuntado se vé, que con la palabra *baluarte* se expresa una obra que, por regla general, tiene por objeto la defensa de un punto preciso, y que unas veces es hecha de mampostería, cuando se proyectan obras nuevas, y otras con materiales de ocasión, cuando el tiempo apremia.

(1) A. C. A. Camino.

Estudiemos ahora la crónica de Pulgar que escrita por este tiempo, y con referencia casi siempre a sitios de plaza, podemos considerarla como continuación de lo que se dice en la crónica de D. Alvaro, en el ya citado suceso de Palenzuela.

Por término general, Pulgar emplea la palabra *baluarte* unida a la de *cava* para expresar fortificaciones del momento. Así con *baluartes y cavas o cavas y baluartes* se fortificaron las estanzas contra el castillo de Burgos, y éste se fortificó, por las parciales del Duque de Arévalo, del mismo modo. Cita otros muchos ejemplos parecidos, de donde se deduce, que baluarte era el *reparo* u obra de tierra que se formaba con las tierras de la cava.

En contadas ocasiones (cerco de Ronda, y en los preparativos que se hicieron en Córdoba, para seguir la guerra con los moros, antes de ir a Galicia), dice cavas y albarradas, de donde se deduce que este nombre representaba para él lo mismo que baluarte.

Hablando del cerco de Loja, dice, que se «mandó hacer una cava muy fonda y tan larga que rodeaba gran parte de la ciudad, y en los lugares que no pudo alcanzar mandó hacer *baluartes* é palenques é otras defensas». Estos baluartes son indudablemente obras de campaña.

Que el baluarte provisional se podía hacer con piedra se deduce de lo que dice hizo Francisco Valdés en el puente de Zamora, pues como tenía trato con D. Fernando para entregarle el puente y no quería que el Rey de Portugal viese hacía defensas contra Zamora, construyó un *baluarte* de piedra detrás de las puertas en lugar de hacerlo delante, el cual sirvió para que más adelante los portugueses no tomaran el puente.

Es también importante el ver que con baluartes se rodeaban las ciudades en la ocasión, pues en Fuenterrabía los españoles se defendían desde los *baluartes* y cavas y desmocharon las torres de atrás para que los rebotes no les perjudicasen.

En el sitio de Málaga se hacían baluartes de *paso en paso* ganando terreno. Estos baluartes serían seguidos, en cuyo caso son las modernas zapas, o aislados; pero resultan siempre obras provisionales y de tierra.

Algunas veces dice Pulgar *cavas e palizadas* que viene a ser la fortificación romana y también *cavas, baluartes* y *palizadas.*

En el sitio de Baza se vé claro que los baluartes se hacían con tierra y es de citar la mucha gente que cavaba.

Prescindiendo ahora de Pulgar examinaremos, por último, las consecuencias que sobre el mismo asunto expone el docto arqueólogo González Simancas en su ya citado estudio sobre los castillos portugueses. Dice así en la página 91: «Admitiendo la hipótesis racional de la igualdad de esas construcciones (viene haciendo referencia a los baluartes) en toda

la Península Ibérica, tendremos que en nuestra fortificación de la Edad Media, según lo muestran los dibujos del códice y sus notas, los reductos conocidos por ese nombre debieron ser unos cuadrangulares como los de Castello Rodrigo y Lapella, este último destacado y en nada diferente a una torre cuadrada; otros en ángulo saliente como los de Miranda, y algunos redondos, conforme hemos dicho que se ven en el croquis de Montealegre. Su disposición tampoco fué la misma en los distintos modelos que citamos, aunque sí apropiadas casi siempre al empleo de la artillería, y prefiriéndose para su situación los parajes cercanos a las puertas, delante o a los lados de ellas, con objeto de batir los frentes como puntos los más débiles de las murallas y barreras.»

Cita en seguida Simancas otro texto sacado del «Libro de Visitas de la Orden de Santiago», correspondiente también a los últimos años del siglo XV en el cual se lee: «En el tiempo de las guerras pasadas entre Castilla y Portugal (1474-1479) el dicho Diego de Alvarado Comendador que fué mandó fazer alrededor de la dicha torre (refiriéndose a una del castillo de Lebón que ántes ha dicho había construído el mismo Comendador) algunos apozentamientos para gente y barreras y *baluartes* a su costa. Fízose de tierra muerta y desque fueron las pazes, como non se sostuvo cayose...»

Como se deduce de lo expuesto por González Simancas los baluartes examinados no requerían ser de un material fijo, pues, aunque la mayor parte son de mampostería y obras permanentes, se expresa ser otros hechos con tierra muerta. Aunque el señor Simancas manifiesta, con interrogación, refiriéndose a este último material «¿apagada con agua como el yeso y la cal?» yo creo más bien que el texto hace referencia a tierra ordinaria e inactiva, en contraposición a la que solía activarse con aditamento de cal para construir los hormigones terrosos. Pero sea lo que quiera es lo cierto que los baluartes expuestos no son de material y forma únicos y casi siempre se sitúan próximos a las puertas y armados con piezas de artillería.

Haciendo ahora un resumen de todo lo dicho en este estudio, y excusando nuevos ejemplos para no alargarle demasiado, hagamos constar:

a) Los baluartes se construían en toda clase de sitios alrededor de las plazas y castillos, bien fuera cerrando todo su circuito o bien solo delante de puntos especiales, como puertas, torres, extremo de una coracha, etcétera. También se construían por el atacante en los asedios de las plazas.

b) La forma no influía para nada en dar el nombre al baluarte, puesto que éste las tenia muy variadas y hasta indefinidas como las de los hechos alrededor de una población.

c) Se construyeron de tierra o piedra improvisándolo, o de mampostería como obra permanente, si bien en esta acepción aparece muy a final del siglo XV.

Reflexionando sobre todas estas circunstancias, me atrevo a asegurar lo siguiente: 1.° Que la palabra baluarte se afianzó en España en el siglo XV, expresando, lo mismo que la alemana *bollwerk,* construcción de madera y tierra muy usada desde los tiempos primitivos, de fácil y rápida ejecución, muy apropiada para servir de asiento a las piezas de artillería y poco vulnerable ante la usada por el enemigo. Su empleo era, pues, indispensable en las plazas medievales que se vieran sorprendidas por un enemigo bien provisto de artillería, caso que tuvo que ser muy corriente en todas partes durante el siglo XV, y desde luego corrientísimo en países como el nuestro que se vé de ordinario sorprendido por los sucesos más lógicos y esperados. 2.° Que por generalización se dió el mismo nombre de baluartes a las defensas improvisadas, aunque se emplease en su construcción la piedra u otro material cualquiera en análogas condiciones que la tierra. 3.° Que usándose esta clase de obras improvisadas especialmente para defender las puertas, punto débil por excelencia de los antiguos recintos medievales en presencia del cañón, se designó con la palabra baluarte la obra encargada de esta defensa, o sea el *boulevert* francés, y, por extensión, se llamaron así también en los recintos permanentes donde ya se construyeron con argamasa. 4.° Que como recordando su origen primitivo y su uso general y eficaz en toda clase de defensas contra el cañón—cuyo estampido tanto impresionó a los espíritus contemporáneos—se conservó en castellano la palabra baluarte como sinónima de defensa, y así lo usó siempre el vulgo que no se dejó arrastrar por lo que hombres y tiempos nuevos trajeron en materia de fortificación (1).

Para terminar, diremos que de 1520 a 1530 se consolidó lo que se ha dado en llamar primer sistema italiano, o sea el frente compuesto de dos verdaderos baluartes y una plataforma en medio de la cortina. No quedando por regla general más que una clase de obras fuera del recinto de cortinas, se fué consolidando para ellas el nombre de baluartes, pasando antes por un período de verdadera anarquía en que los tales baluartes son llamados turriones, cubos, belguardos, cantones, baluartes, bestiones, puntas de diamante, etc., etc., según la nacionalidad del ingeniero o conocimientos que en la materia tuviese el que los cita.

Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XVI no se consolida

(1) Juan de Castellanos *(Varones ilustres de Indias,* parte segunda, elegía III, canto cuarto) llama baluarte a una fortificación hecha por los negros.

la palabra en su moderno sentido, sin que ésto no obstante aparezca algunas veces con el vulgar y más general de defensa. Así por Real Cédula de 6 de diciembre de 1561 (1), se da comisión a Juan de Zorita, Capitán de Trincheras, para que pasase a Vigo a reconocer el proyecto de construcción de dos baluartes propuestos por la ciudad para la defensa de su puerto. Los tales baluartes eran dos torres aisladas, según consta de varios documentos que he visto.

Ingeniero de tanta talla como el Fratino, escribió en 1582 a D. Francés de Alava (2):

«Ill° Señor. He visto lo que la villa de Laredo y puerto de Santoña escriben a su Mag^{t} tocante a la torre o baluarte que su Mag^{t} mandó....»

Aun en el siglo XVII, y en su segunda mitad, he visto infinitos casos de llamar baluartes a obras que no lo eran y que no cito por abreviar.

Finalmente, el nombre de baluarte para expresar obras aisladas o torres subsistió en Filipinas hasta el final de nuestra dominación, y así se llamaban las que en la costa, y desarmadas como en España, quedaban en la isla de Luzón, o las que aun en estado de defensa permanecían en Calamianes y otras islas, de menor importancia, donde no se había hecho necesario el empleo de modernas fortificaciones.

V

Continúa el segundo período de transición.—Rompiendo los antiguos moldes se llega al llamado «Primer frente italiano».

Una vez comprendido cuanto hemos expuesto en los párratos anteriores, y vista la gran importancia que durante la segunda mitad del siglo XV se fué concediendo a las obras situadas delante de las puertas, no debe llamar la atención que si bien al construirlas de material de ocasión se diera a estos baluartes la forma redondeada en su cabeza, como más fácil de construir y de trazar, no se tardase en comprender—mayormente al construirlos de obra de fábrica en las nuevas construcciones—que era más conveniente el hacer las tales obras con un ángulo saliente a la campaña. Efectivamente, mientras los ataques siguieron dirigiéndose con preferencia a las puertas, el agresor situaba sus piezas en una paralela a la cortina, en cuyo centro solían colocarse aquellas, así es que, una obra en rediente a la campaña y delante de las

(1) Simancas. Registro del Consejo, libro 26.
(2) Simancas, *Mar y Tierra*, legajo 500.

puertas, presentaba grandes condiciones para resistir, toda vez que la mayor parte de los proyectiles herían oblicuamente a sus paramentos y producían, por consiguiente, poco efecto útil. Si estas mismas piezas querían dirigirse a los torreones inmediatos, estos resistían bien, por su forma redondeada, en todos los sentidos. Y que ésto, que era de sentido común, estaba en la mente de todos los conocedores del asunto, nos lo demuestra la vista (fig. 11) del castillo de Salsas, en que Maestre Ramiro López añade un pequeño espuntón a la cabeza de sus baluartes, que por lo demás era redondeada.

Pero hay más. En la Academia de la Historia existen las cartas que, durante el sitio de 1503, dirigió el célebre Gonzalo de Ayora a diversas personalidades de la Corte del Rey Fernando y a éste mismo. En dichas cartas, publicadas por Guillamas, se observa una vista del castillo tomada por Ayora con objeto de dar a entender mejor los progresos de los franceses, y se ven, con el nombre de baluartes, las obras exteriores

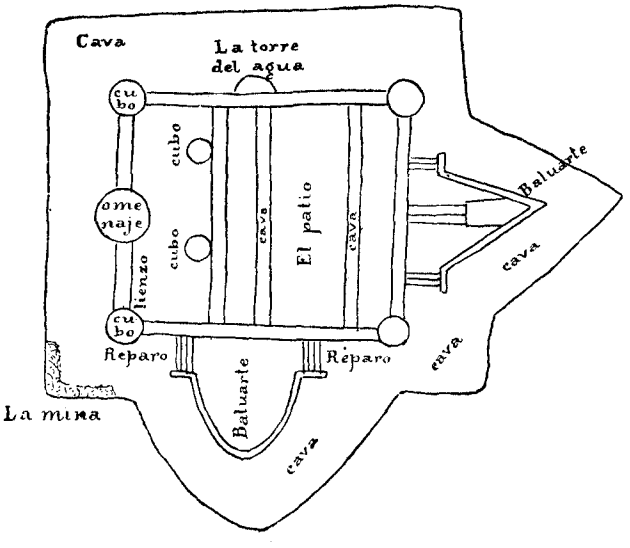


Fig. 12.

no como las describió Ratheau, sino como verdaderos revellines en la acepción moderna de la palabra. Esto mismo se marca, mucho mejor, en un plano que he tenido la suerte de encontrar en la misma Academia, y es sin duda enviado también por Ayora. No lo publico íntegro por reservarlo para la biografía de Ramiro López, limitándome a copiar solo la planta del castillo, pues el resto abarca todas las obras de ataque hechas por los franceses. En dicha planta (figura 12), se ven bien las dos

obras, a las que el dibujante llama baluartes, y se marcan, además, dos parapetos paralelos que, con el nombre de *reparos*, van desde el centro de la cortina a sus golas, formando un camino cubierto, aunque sin duda debió tener fuegos laterales sobre el foso a manera de flancos. Como es sabido que cuando los franceses atacaron en 1503 el castillo de Salsas, éste no estaba aún terminado, nos queda la duda de si estos revellines eran tal como los pintó Ayora, y por tanto tendrían que ser provisionales, o fué el tal dibujo una suposición de éste que, como es natural, sólo de prisa podía ver la obra cuando hizo el reconocimiento.

Cualquiera de las dos hipótesis nos demuestra lo mismo, pues igual es para nuestro objeto que así estuvieran construídos como que lo supusiese Ayora, pues que ello comprueba que la idea estaba divulgada; aun cuando hubiera sido preferible para la buena fama de Ramiro López, el que las obras definitivas hubiesen sido construídas con el mismo trazado con que se nos aparecen en la figura 12.

Y se comprende perfectamente que se ocurriera desde el primer momento el empleo de los baluartes con un ángulo saliente a la campaña. La idea no era nueva ni mucho menos, según hemos visto en este estudio anteriormente. Si tal forma pudo haber ocasiones que se creyera de oportuno empleo, cuando las armas de proyección eran poco temibles, no hay para qué decir cuán ventajosa se presentaría a los ojos de los que con ansia buscaban los medios de sustituir las superficies normales—a los presuntos tiros del agresor—por otras inclinadas. Con ésto se conseguía además una ventaja ahora mucho más apreciable, como era el poderse flanquear la cabeza de esta obra desde los muros de la plaza, pues no había que contar con que la misma obra defendiese esta parte, supuestas destruídas por el tiro enemigo todas sus defensas altas, almenas, matacanes, etc., si por acaso existían (1).

(1) Y por cierto que de admitir que los baluartes dibujados en el plano de Salsas que he encontrado, fueran obra provisional de tierra y madera, habría que creer que solamente por el deseo de poder flanquear su cabeza desde la obra principal se les había dado esta forma, pues a nadie se le podría ocurrir provocar un rebote serio en obras de tierra. Mas yo no me atrevo a asegurar que los baluartes de Salsas no fueran en 1503 de obra permanente, pues uno, por lo menos, debió serlo según se deduce del hecho de la mina defensiva volada por Ramiro, y de que trato en mi libro «*Minas Militares*». Parece así mismo comprobarlo la palabra *reparo* que se incluye en el plano y que, haciendo referencia sin duda a construcciones provisionales, parece puesta como en contraposición de los baluartes. Es raro, sin embargo, que siendo éstos obra permanente, fuera su forma modificada más tarde y aparecieran como los presenta Ratheau. Acaso pudiera tener explicación el hecho si la experiencia del sitio demostró que el saliente muy agudo no resistía bien el fuego de las baterías sitiadoras cuando éstas lo tomaban de flanco.

Con tales construcciones delante de las puertas, no cabe duda que el ataque a éstas resultaba ya difícil y que, por consiguiente, se pensara en que acaso el ataque al torreón pudiera resultar más ventajoso y, como consecuencia, también que se pensase por la defensa en utilizar las ventajas del flanqueo de la cabeza del mismo desde las cortinas que a él venían a concurrir. Estas ventajas aún resultaban más patentes en los grandes trozos rectos de las murallas de las poblaciones, pues en ellas, al colocarse el sitiador delante de estos torreones, disparaba en sentido normal a la cortina, y no había para la plaza el peligro de que algunas piezas pudiesen hacerlo con tal oblicuidad, que fácilmente destruyeran la extremidad saliente del torreón. Si quería hacer esto el sitiador, tenía que colocarse ya más cerca de las cortinas adyacentes, con el peligro consiguiente, cosa a que por entonces se dió muchísima importancia, como nos lo demuestra Tartaglia muchos años después.

Se llegó así, pues, de un modo lógico, a sustituir los antiguos torreones redondos por otros con un ángulo saliente a la campaña. Todavía se les añadió otra mejora que completó la obra y vino a formar lo que pudiéramos llamar «torre-baluarte», queriendo con esto expresar su descendencia legítima de la antigua torre, y que llevaba en sí el gérmen del futuro baluarte, tal como se ha entendido después. Esta mejora estaba fundada en la necesidad de batir bien de flanco toda la longitud de las cortinas para defender las brechas en ellas abiertas, u oponerse a que el minador enemigo se acercase a cielo abierto a abrir sus galerías. Ya hemos dicho que en los torreones construídos después de la invención del proyectil fundido, el flanqueo del foso está atendido por piezas colocadas en las plataformas, con sus cañoneras o lombarderas abiertas en la dirección del muro, y por otras colocadas en casamatas, en pisos bajos de las mismas torres, y con la misma dirección (1). No pudo tardarse en comprender que estas piezas, llamadas a jugar solo en los momentos más peligrosos, estaban inutilmente expuestas al fuego enemigo, en el período que este emplease en abrir la brecha o en batir una obra avanzada, por ejemplo. Conseguido este objeto por el atacante, o simultáneamente con él, podía dedicar algunas piezas a apagar los fuegos de aquéllas, destruyendo el torreón por aquella parte inmediata al muro que por su misma forma venía a ser un nido de proyectiles.

(1) Es muy interesante indicar una variante que he observado y consiste en hacer los torreones completamente abiertos por la gola de arriba abajo, sin duda para evitar los inconvenientes de las casamatas. Puedo presentar un ejemplo en la torre llamada la Lombardera, en Teruel, tres en la barrera construída en la Alcazaba de Almería después de su conquista y dos que forman la celebrada puerta de Serranos en Valencia.

Lo mismo sucedía si el atacado era un torreón. Las piezas extremas de la batería podían dirigirse contra aquella misma parte y conseguir análogos resultados.

Además, aun cuando el espesor de los muros de los torreones fuera muy exagerado, no podía ocurrir lo mismo con el muro de máscara de las casamatas flanqueantes, que forzosamente había de ser delgado para permitir a las piezas batir la mayor extensión de foso posible. De lo contrario los derrames de las cañoneras tenían que ser exagerados, quedando siempre el muro debilitado y facilitando además el embocar éstas por los proyectiles enemigos que, directamente o por rebote, podían inutilizar las piezas situadas en las casamatas.

Surgió para evitarlo, el retirar esta parte de los flancos del torreón un poco atrás, con lo cual el ángulo de éste servía como de escudo a lo demás, y allí escondidas y al abrigo de la parte anterior, podían esperar el momento en que les tocase cumplir su importante cometido.

Observando la planta del castillo de Salsas, que hemos presentado anteriormente, se vé que si en el camino cubierto que desde las cortinas conducía a los baluartes—y que por ser provisional estaba formado de reparos u obras de tierra y madera—se hubieran colocado algunas piezas en la parte próxima a los baluartes, éstos hubieran servido de amparo para ellas hasta el último momento, y, por lo tanto, el defensor contaría en él con piezas flanqueantes contra el asalto a los torreones. Pues esto mismo que aquí se hizo con una obra provisional, se hizo luego con las permanentes, y se acudió a retirar los flancos, probablemente al principio en



Fig. 13.

toda su longitud como se vé en la figura 13 en *A*, y más tarde, y observando que resultaba débil la protección de la punta de mampostería, retirando sólo la parte más cercana a la cortina, como se vé en *B* de la misma figura, parte que quedó como único flanco.

Todavía después de esconder así el flanco tras de una coraza de mampostería, se duplicó éste poniendo doble piso de casamatas, buscando así reforzar los fuegos sin hacer los flancos muy largos, con lo cual las casamatas más próximas a la cortina correrían peligro por los tiros de soslayo que pasasen rasando el escudo de mampostería. Finalmente, se introdujo otra modificación, que fué la de retirar —con referencia al perfil— las casamatas del piso alto hacia atrás, con lo cual les quedaba a las piezas

del flanco bajo una explanada que le podía servir para tirar a barbeta o

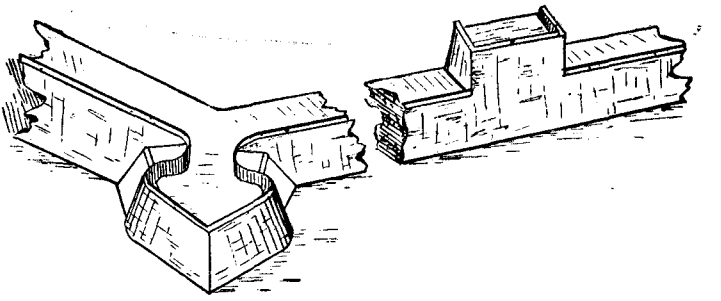


Fig. 14.

por cañonera, pero sin cubrir el techo, lo cual facilitaba la evacuación del humo (figura 14) (1).

Adoptada esta forma de «torre-baluarte» (2), y atendido que, por ser obra de sólida mampostería, y por consiguiente cara, no podía prodigarse

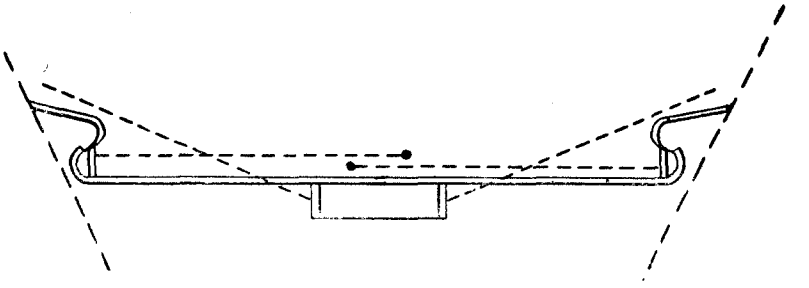


Fig. 15.

mucho, se las espació todo lo que daba de sí el tiro eficaz de la artillería de pequeño calibre, que para el flanqueo contenían aquéllas (fig. 15). Resultó

(1) Esta cuestión de los *flancos cubiertos*, como los llaman Scribá y otros ingenieros de su época, la estudió con gran detenimiento este autor, examinando las ventajas e inconvenientes de tener una o dos piezas por flanco y piso de las casamatas, de los flancos retirados con piezas a barbeta etc. etc. Conviene observar que antes de llegar al tiro a barbeta para evitar las molestias del humo en las casamatas, se pasó por el expediente de tirar en cañonera formada elevando el parapeto lo necesario para desenfilar por completo a los artilleros y toda la plataforma superior del baluarte. Así, pues, en muchos dibujos de la época se ven piezas disparando por cañoneras, sin que esto pueda considerarse siempre como indicio de casamatas. El ingeniero Benedicto de Rávena, que trabajó mucho en España, fué gran partidario de este procedimiento.

(2) Más adelante encontrará el lector algunos modelos de obras de esta clase, construídas o proyectadas en España antes de 1542.

pues el baluarte ni más ni menos que las caponeras modernas, y el trazado, un trazado poligonal tan en boga en nuestro tiempo como cosa nueva (1).

Faltaba un detalle que completar, que era la disposición para facilitar el flanqueo de las caras salientes del baluarte, desde las cortinas. Para esto se construían flancos de cortina, a cuyas lombarderas se daba la inclinación conveniente (fig. 17). Otras veces estos flancos se formaban por una obra especial, que no era más que una prolongación hacia arriba de un trozo de muralla, formando una especie de torre o plataforma (figs. 14 y 15), en la cual se colocaban las piezas, las cuales con gran dominación batían los salientes de los baluartes, pudiendo hacerlo de dos de éstos al mismo tiempo, y entonces se colocaba en el centro de la cortina. Pero conviene observar que la necesidad de la plataforma estaba unida al empleo de grandes cortinas, pues cuando por circunstancias especiales había que colocar en un frente pequeño más de un baluarte, no se hacía precisa aquélla, porque las piezas de la plataforma superior de un baluarte bastaba para cubrir de fuego el terreno anterior a los colindantes, y así ocurrió que con la adopción del verdadero frente abaluartado fueron desapareciendo las plataformas. No hay que decir que éstas son un último desahogo de la defensa fijante que inspiraba las obras de la Edad Media, pero que las hacía correr el peligro de ser víctimas del ataque lejano.

Cuando de castillos se trataba, todavía sacaba la cabeza la fijante, y rara vez falta en ellos una torre más elevada con el nombre, en España, de Homenaje o Macho. Otro de los recursos empleados para evitar la permanencia a cubierto del enemigo en las cabezas de los baluartes, fué el empleo de *botafuegos* o conductos para arrojar granadas y proyectiles incendiarios, disposición que ha subsistido hasta nuestros días.

Con esta traza y condiciones se desarrolló con pocas variantes una de las tendencias predominantes en la fortificación permanente durante el primer tercio del siglo XVI; torreones, cortinas y todos los demás elementos de mampostería como medio de oponerse al cañón exclusivamente, para lo cual procurábase también que las piedras de los paramentos fuesen lo más duras posibles (2).

(1) Claro está que el papel de caponeras lo hacían las torres simplemente en cuanto al flanqueo, pues por lo demás se diferenciaban de estas, en que podían tomar parte en el combate lejano con las piezas de la plataforma superior que mirasen a la campaña.

(2) En un trozo de muro de la plaza de Logroño, cuya construcción corresponde a principios del siglo XVI, se nota bien claramente la tendencia a resistir el cañón por solidez de la manpostería. Los dos paramentos, de duros sillares, no son otra cosa que fuertes maestras para contener un compacto hormigón, hecho con cantos rodados, que aun hoy desafiaría los efectos de la artillería de campaña.

Como ejemplo de este sistema puedo ofrecer el frente proyectado para la plaza de San Sebastián por el célebre ingeniero italiano Tadino de Martinengo, Prior de Barleta, de quien hemos de tratar más adelante con detalle. El frente proyectado fué construído en su mayor parte y estuvo destinado a reforzar el que de antiguo existía del lado de tierra, ocasionando, al desaparecer ambos en el siglo XIX, el hermoso paseo del Boulevard, orgullo de aquella población.

He sacado los datos, para dibujar las figuras, de una copia del proyecto original, a la cual no se acompaña información gráfica de ningún género, lo que debió ocurrir también con aquel, pues las obras quedaron replanteadas al marcharse Tadino de la plaza (1).

Como se ve en la figura 16, el proyecto abarcaba un baluarte central,

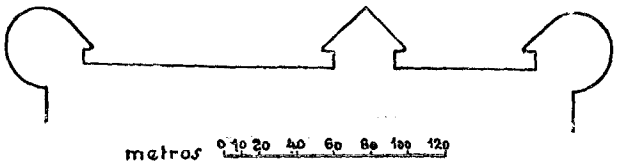


Fig. 16.

que tomó el nombre de Cubo Imperial, no obstante llamarle Tadino baluarte, y dos obras situadas respectivamente sobre la Zurriola y la Concha y en las que terminaban las cortinas que de aquél arrancaban.

El Cubo Imperial se representa con más detalle en la figura 17, ya citada. Como se ve tenía doble piso de casamatas con dos piezas por flanco. Además, en el piso superior y a barbeta podían establecerse piezas que batían todo el campo exterior. Para dar salida al humo se establecieron unos *espiráculos* y para evitar el efecto de las minas una galería de escarpa en comunicación con el piso bajo de las casamatas.

Para batir la cabeza del Cubo se dispusieron flancos de cortina y además *botafuegos* o tubos lanza-granadas empotrados en la misma mampostería.

Como se nota en los planos, Tadino no proyectó, en San Sebastián, plataformas; lo cual fué debido, indudablemente, a que toda la cortina era una pura plataforma, pues dispuso se rellenase con tierra el espa-

(1) Aquel documento lo he encontrado donde menos lo podía esperar, en la Colección de Jesuítas, leg.° 115, de la Academia de la Historia. Gracias a éstos beneméritos religiosos se ha salvado el proyecto más interesante de los formulados en su época (1524-28) en materia de fortificación.

cio comprendido entre la muralla nueva y la vieja, con lo cual había plaza para piezas en toda su extensión.

En cuanto a las obras extremas se componían de un medio baluarte—precisamente la mitad del Imperial, con lo cual se formaban dos frentes del lado de tierra—y rematadas con formas redondeadas de los lados de la Zurriola y la Concha, desde donde podían temerse ataques en todas direcciones.

Esta disposición era doblemente útil, pues del lado de tierra se obtenían todas las ventajas del frente a baluartes y además se evitaba la des-

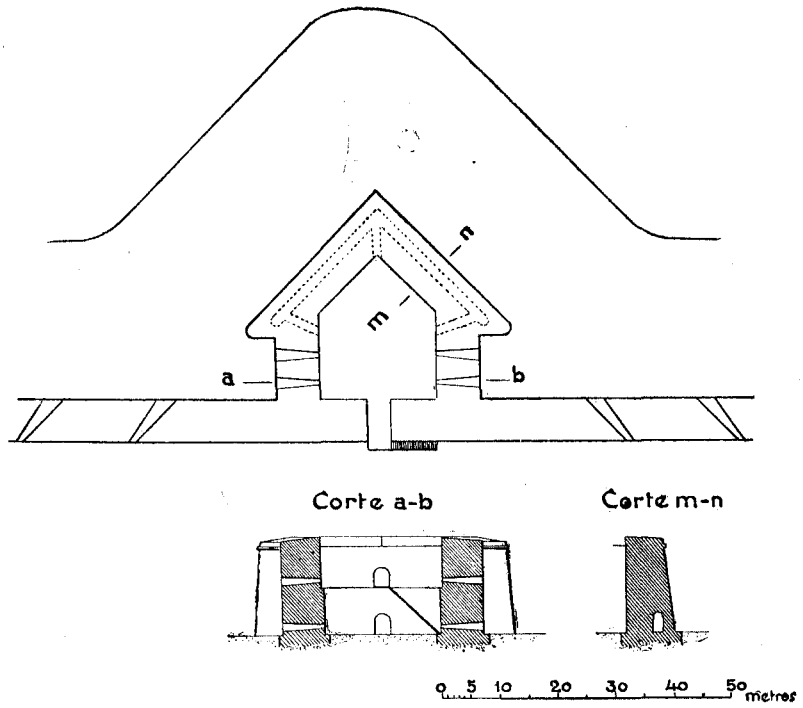


Fig. 17.

trucción de sus ángulos flanqueados cosa fácil si hubieran sido completos.

Finalmente se disponía alrededor del baluarte y de las cortinas el foso con una barrera que debía ser luego protegida por la tierra quedando convertida en una contraescarpa que Tadino proyecta muy alta, tanto, que no había de tener otro límite que el que impusieran los tiros de

las piezas del baluarte y cortinas que tenían que batir el terreno exterior.

Todo ello digno de uno de los mejores ingenieros de la época y como tal, defensor de Rodas, contra los turcos, en 1522.

Comparando este tipo de fortificación, que es el que se ha llamado *Primer frente italiano,* con el castillo de Salsas, puede notarse el progreso alcanzado en el lapso de tiempo que medió entre su construcción. En el primero los diversos elementos se prestan auxilio más eficaz, la fortificación es más activa, los baluartes, salientes, buscan por todas partes al enemigo con los fuegos de las piezas de su parte superior, y las situadas en las plataformas centrales baten las lejanías y buscan al enemigo en el fondo de sus trincheras aprovechando su mayor relieve.

Finalmente, cuando llega el momento del asalto, las piezas de los flancos, que hasta entonces han permanecido inmunes e inactivas, se encuentran en las mejores condiciones para rechazarlo, impidiendo la permanencia del sitiador al pie de la brecha, si por acaso la había producido.

Y esta mayor fuerza que la fortificación ha conseguido por el trazado, permite aligerar los espesores sin que se pierda en condiciones de seguridad, la cual se busca y se encuentra en el apoyo mutuo que se prestan baluartes y plataformas.

Para terminar con el estudio de los períodos de transición a que venimos refiriéndonos, diremos que en cuanto se relaciona con las condiciones de movilidad, poco se adelantó durante ellos en relación con lo que en la Edad Media sucedía. Rampas y escaleras permitían la subida de las piezas y los hombres a baluartes y cortinas. Las puertas siguieron siendo pequeñas, con los inconvenientes naturales para las maniobras ofensivas, aunque es verdad que la adopción delante de ellas de obras cubridoras con mayores dimensiones que las empleadas en la Edad Media, favorecía en mayor escala la ocultación de las tropas preparadas para aquellas facciones así como su recogida en caso de retirada o de derrota.

Pero el empleo del elemento principal a este respecto, o sea el *camino cubierto,* situado sobre la contraescarpa del foso, detrás del parapeto por el glacis formado, y siguiendo todos los entrantes y salientes de aquel obstáculo, no fué de uso en esta época. Y así Tadino de Martinengo, acaso el mejor ingeniero de su época, no lo usa en San Sebastián ni se usó aún bastantes años después.

VI

De la unión de los elementos constitutivos del primer frente italiano y de los que se originan del empleo de la tierra en las obras improvisadas, surge el sistema abaluartado que, con ligeras variantes, llega hasta 1870.

En todo lo expuesto, hemos dado cuenta de la marcha que la fortificación llamada permanente siguió a impulsos de las primeras manifestaciones de la artillería pirobalística. Así se ha podido observar que en las obras de nueva construcción se presenta, con el proyectil de piedra, un *primer período de transición* que termina cuando aparece el proyectil metálico. Ante este hecho surge lo que hemos llamado *segundo período de transición*, caracterizado primero por el deseo de resolver el problema sin romper por completo con la tradición antes bien, amoldando formas y dimensiones a las necesidades del nuevo proyectil; y más tarde —decididos los ingenieros militares a abordar el problema frente a frente—llegando en sus manifestaciones a constituir aquella fortificación que, por llamarla de algún modo, y por no ser tachados de iconoclastas, seguiremos designando con el nombre de primer sistema, o mejor aún, primer frente italiano.

Al describir semejantes transformaciones, nos hemos ceñido, en lo posible, a tratar tan sólo de lo que se ha llamado hasta el día fortificación permanente. Pero conjuntamente con estas manifestaciones de la defensa—y tan íntimamente ligada con ellas, que es difícil muchas veces trazar la linde de sus campos—preséntase un hecho de gran transcendencia y cuya iniciación hemos podido comprobar en aquellos párrafos que se han dedicado al estudio del origen y variadas acepciones de la palabra baluarte. Tal es el empleo de la tierra para sustituir, en los momentos de premura, la falta de obras, que en los recintos medievales existía, donde poder situar la nueva artillería con resistencia suficiente ante la empleada por el agresor. Estas obras de tierra cuya importancia, en muchos casos, fué tal que relegó en las plazas a segundo término lo que de antiguo existía construído, y que propiamente pudiéramos llamar de fortificación *semipermanente*, adquirieron un inmenso desarrollo, y de su combinación con las obras permanentes descritas, vino a formarse el tipo a que se sujetó casi siempre la ingeniería militar en los años que siguieron del siglo XVI y aun bastante después.

Las obras permanentes precisaban, para su construcción, en pri-

mer lugar tiempo, y luego, y como condición también indispensable, dinero en abundancia. Pero los acontecimientos se desarrollaban con demasiada rapidez en los últimos años del siglo XV y primeros del XVI. Nada hemos de añadir a lo ya dicho sobre los sucesos ocurridos en la Península Ibérica en este período y especialmente en el decenio 1482-1492, en el que se dió al traste con la dominación mahometana. Pues una cosa análoga ocurrió inmediatamente después en Italia. El clarín de guerra de Carlos VIII fué la señal que abrió la caja de Pandora y arrojó sobre la desgraciada península todos los males que tan en abundancia encierra en su interior. Sucedíanse con gran frecuencia las batallas campales, sitios de plazas, asaltos, etc., etc. Los españoles por un lado, los franceses por otro, los suizos, los alemanes, en una palabra, todos los *bárbaros ultramontanos* (1) se daban cita en aquella desgraciada nación, y los italianos, por su parte, incapaces de comprender lo que debía ser una política nacional, a pesar de las proféticas aspiraciones de Maquiavelo, contribuían con sus divisiones a hacer más grande el mal, echando el peso de sus talentos y aptitudes tan pronto a una parte como a otra, con lo cual aquél se acrecentaba y hacíase cada vez de más difícil remedio.

En tal situación, era inútil pensar en fortificar las plazas empleando los medios que anteriormente hemos descrito. Claro está que esto no puede considerarse como absoluto, pero es lo cierto, que el problema de la fortificación se presentaba casi siempre con un gran carácter de urgencia, para lo cual no resultaban prácticas las grandes construcciones. En tales momentos, y ante la inminencia del peligro, acudióse, y en gran escala, a un material tan abundante como la tierra, de tan fácil trabajo y que tan buenos resultados podía proporcionar. Ya se comprende que esto no era nuevo en la Humanidad; no hay más que recordar los campamentos romanos. Ni aún en la Edad Media había dejado de emplearse, unas veces recién removida, como ordenó Pedro IV en 1368 para el recinto del Mercadal en la plaza de Gerona, y otras bien apisonada, entre muros de ladrillo, formando un hormigón terroso suficiente para oponerse a los ataques de un agresor, en aquellos puntos donde la falta de sitio impedía colocar el ariete (2). Pero ahora se presentaban circunstancias que la hacía aún de más general aplicación. No podía ocultársele a los soldados de Gonzalo de Córdoba, testigos muchos de ellos de los grandes trabajos de aproche hechos en Málaga y Baza, el partido que podía sacarse de un material en el cual se hundían los proyectiles de la

(1) Nombre y calificativo con que solían obsequiar los italianos por esta época a todos los opresores de su patria.

(2) Las murallas de Daroca son un ejemplo hermoso de esto último.

nueva artillería, produciendo tan escasos desperfectos que apenas si merecían parar mientes en ellos (1).

Y lo que a los españoles se les ocurriera, creo se les ocurriría lo mismo a los demás hombres de guerra allí congregados, muchos de los cuales, los flamencos sobre todo, según el ilustre general Wauwermans, encontrábanse desde muy antiguo familiarizados con esta remoción de grandes masas de tierras en los diques de su país (2).

Acudióse, pues, pronto a la tierra, y ésta combinada con zarzos y fajinas sostenidos por un entramado de fuertes pies derechos y traviesas, proporcionaron elevadas murallas que tomaron el nombre de *reparos* y podían sustituir con ventaja, por el momento, a las de mampostería, mientras las inclemencias del tiempo no las destruyesen. La construcción de esta clase de obras generalizose de un modo extraordinario durante los primeros años del siglo XVI y formaba parte de los conocimientos generales que debía poseer un buen capitán de infantería.

Formábanse con estos materiales no solamente las cortinas, sino también los baluartes que generalmente tomaban el nombre de bastiones (3), y que por regla general tenían mayores dimensiones que las que por la misma época se hacían solamente de mampostería; aunque no fuera más que por la dificultad de construirlos de reducidas dimensiones.

Obras completas de esta índole podrían citarse muchísimas; tantas como poblaciones de importancia eran sorprendidas por un inme-

(1) Veánse los muchos ejemplos que de nuestra Patria hemos citado al tratar de los baluartes.

Diez años antes del sitio de Málaga, en la defensa de Fuenterrabía del año 1477, habían ya los españoles rodeado a ésta plaza de un cinturón o recinto de tierra, en el cual se defendieron desmochando las torres para evitar los rebotes. Como se ve por el texto rehuimos todo exclusivismo patriótico, pero afirmamos lo que ya en otro libro hemos dicho: que en las guerras de Granada se hizo todo lo que se sabía entonces en Europa, y mas que en ésta no se conocía o no había habido ocasión de aplicar.

(2) Además del estudio, ya citado en nota de la página 20, titulado *La arquitectura militar flamenca e italiana en el siglo XVI* débense al mismo general otros dos titulados *Los orígenes de la fortificación poligonal en Flandes* y *Alberto Durero*. Los tres, que he traducido, se publicaron en la *Revue belge*, en el último cuarto de siglo pasado, y son un modelo de patriótica erudición, siendo su objeto principal el recabar para los flamencos una intervención importante en el período de que en este Discurso nos ocupamos.

Aun cuando muchas de sus afirmaciones no han sido corroboradas, en vista de documentos posteriormente aparecidos, quedarán siempre aquellos trabajos como un modelo que imitar por los aficionados a esta clase de estudios.

(3) Cuando empezaron a llegar a España soldados procedentes de Italia,

diato peligro sin defensas de ningún género o con las incompletas que proporcionaban los muros medievales, de que la mayor parte hallábanse rodeadas. Estableciánse los reparos unas veces por la parte exterior de esta clase de muros, que generalmente estaban construídos en alto, siguiendo la tendencia, que hemos indicado en la Edad Media, de buscar la dominación a toda costa. En esta disposición las antiguas murallas venían a quedar como segundo recinto y casi siempre a caballero de la nueva construcción. Otras veces, por el contrario, adosábanse los reparos a la parte interior de los muros e inmediatos a él, aumentando así su espesor y quedando intactos, aunque fuese derruído el muro antiguo, que ahora venía a servir de muro de revestimiento. De este modo se conseguía, también, un mayor aumento en la anchura de los adarves que quedaban en condiciones de recibir artillería, con lo cual se aumentaban considerablemente los fuegos de la defensa.

Cuando se construían estos reparos por la parte interior, no siempre se consideraba necesario el hacerlo uniendo las tierras con las fajinas, porque si se veía que el antiguo muro tenía la suficiente fortaleza para resistir los proyectiles y el empuje de las tierras, o no era de temer por la parte donde se hallaba un ataque serio, bastaba arrojar las tierras y apisonarlas. Así se formaban, en diversos puntos de las cortinas, explanadas o plataformas para batir el terreno exterior y las profundidades de los fosos, incluso los correspondientes a los baluartes, con arreglo al mismo principio que para los de mampostería hemos indicado.

Aun en los casos en que estos reparos se hacían por la parte interior, rara era la vez que no se construían los bastiones, u obras encargadas del flanqueo de los fosos, por la parte exterior. Escogíanse entre los diversos puntos y torres que formaban el recinto medieval, aquéllos que se presentaban más en saliente hacia la campaña y que, por lo tanto, corrían más peligro de ser atacados, o tenían más vistas sobre las propias cortinas y se prestaban, así, a flanquear mayor longitud de ellas.

En tales puntos, se construían obras que, por lo general, tenían la forma redondeada, o la de las torres-baluartes, esto es, presentando un ángulo a la campaña y teniendo dos flancos retirados y cubiertos por las caras del frente. Estas obras eran esenciales y las primeras a cuya construcción se atendía siempre; las cortinas se reforzaban si había tiempo, y si no se las dejaba como estaban, teniendo cuidado, muchas veces, de destruir las torres antiguas, en la parte que sobresalían de las cortinas, para facilitar el flanqueo en toda la longitud de aquéllas. Construíanse también del mismo material, y en el interior de las poblaciones, elevados caballeros con gran dominación sobre la campaña, para ver y batir bien los alrededores de la plaza y oponerse a la

construcción de obras análogas por parte del sitiador, que hubiesen barrido los adarves y batido el interior de los bastiones (1).

Estos caballeros que, con objeto de aprovechar bien las piezas, se situaban generalmente entre dos torreones de los fortalecidos con obras de tierra en la forma que se ha dicho, batían admirablemente el terreno anterior a éstas y el fondo del foso que los precedía y constituían, por lo tanto, en su conjunto, el esquema improvisado de lo que, hecho después de obra permanente, se ha dado en llamar primer sistema italiano, que no tuvo de paternidad italiana más que el mayor uso que en aquella nación se hizo; pero en cuya formación arrimaron el hombro todos lo que en ella combatieron y, por tanto, en muy gran escala, los españoles.

Rodeados, así, los pueblos de estas magníficas defensas, en cuyo interior amortiguaban los proyectiles su ímpetu destructor, claramente se comprende no habían de ver con buenos ojos que las inclemencias del tiempo deshiciesen con rapidez el fruto de sus trabajos y pensasen, con fundamento, en utilizar lo hecho durante los momentos de angustia, como base para mayores mejoramientos. Pronto se ocurrió el revestir estas cortinas y baluartes con un muro de piedra que, sirviendo de contención, impidiese el desmoronamiento del resto. Este muro, así construído, tuvo en España el gráfico nombre de *camisa*, y no son pocas las plazas que de este modo empezaron su existencia (2).

Desde el momento en que la piedra y la tierra uniéronse de este modo, se marchó a pasos agigantados para encontrar la solución del problema tantos años buscada. Ya no era preciso, cuando de construir una plaza o fuerte aislado se trataba, emplear aquellos enormes espesores de piedra, en donde se gastaban prontamente los recursos del príncipe más poderoso. El terreno mismo de las cercanías ofrecía el material con gran abundancia, y al tratar de sacar las tierras para sus terraplenes quedaba formado el foso, desde cuyo fondo profundo arrancaba el muro de reves-

(1) La tierra se empleó también, en muchos casos, para rellenar las torres antiguas de conveniente espesor, las que una vez desmochadas proporcionaban sólidos emplazamientos para piezas de tiro rasante, disparando por cañoneras abiertas en los muros de las mismas torres, los cuales hacían en su parte superior de pretiles o parapetos.

(2) El revestimiento de los lienzos era necesario también para oponerse a los trabajos de zapa del enemigo. Contra un muro de piedra no podía intentarse una empresa como la acometida por los turcos contra el caballero Gonzaga, del castillo de los Gelbes, en 1560. Los turcos, por falta de flanqueo, pudieron descubrir con las azadas los palos que sustentaban los reparos y arrancarlos por medio de tornos situados en las trincheras, desde las que cobraban por medio de fuertes calabrotes. El sitio de los Gelbes terminó cayendo prisionero su bizarro defensor, el Maestre de Campo D. Alvaro de Sande.

timiento, más delgado y esbelto que antes y en gran parte protegido de la artillería enemiga, por el terreno anterior a él. No tardó en comprenderse que, aunque estos muros no presentaban gran blanco para la artillería lejana, no sucedía lo mismo si el sitiador, avanzando sus piezas al borde del foso, batía en brecha una gran parte de ellos. Por esto se pensó en fortalecerlos, limitando los efectos de los proyectiles, y se les reforzó con grandes contrafuertes que se empotraban en el terreno interior de los terraplenes y sobre los cuales, muchas veces, se volteaban bovedillas, que aseguraban fuertemente el conjunto.

Respecto a los terraplenes, ya no era preciso hacerlos de fajinas y tierra, pues siendo el muro suficientemente resistente se le iba elevando, mientras que detrás, y por capas apisonadas, se arrojaban las tierras que antes habían salido del foso, y que el tiempo se encargaba después de fortalecer y comprimir. Esto no obstante, aún siguió habiendo muchos años después partidarios (1) de construir el terraplén con tierras y fajinas por capas alternadas, encontrando a este género de construcción las ventajas de dificultar el trabajo del minador enemigo, si por acaso perforaba la escarpa, pues hallábase molestado, en aquel estrecho recinto, por las ramas y troncos de las fajinas que le impedían trabajar con desahogo. Por el contrario, siendo de tierra solamente, aunque bien apisonada, se desmoronaba con fácilidad a los ligeros golpes de las herramientas. Aquella ventaja y la resistencia mayor a la artillería que ofrecían los terraplenes enfajinados, una vez destruída la escarpa, compensaban el inconveniente de los huecos que se producían al pudrirse las fajinas y que, a la larga, obligaba a reforzarlos.

De este modo quedó consignado el tipo general de fortificación, en lo que se refiere a sus elementos esenciales, y con arreglo a él construyéronse la mayor parte de las obras en la seguuda mitad del siglo XVI. En ella se empieza a consolidar, en España, el nombre de baluarte para expresar lo que ha expresado después. Hasta entonces tomó una porción de nombres, como torreón, belguardo (si se hablaba en italiano), cubo, bastión, puntas de diamante, caballero, etc., etc., y algunas veces baluarte también. En casi todo el siglo XVI siguiéronse construyendo los baluartes con los flancos normales a la cortina, como si quisieran siempre recordar su origen en la torre pentagonal y su hijuela, que hemos llamado torre-baluarte.

Queda un punto por estudiar: el referente a cómo se formó el frente abaluartado propiamente dicho, o sea aquella hábil combinación de las

(1) Nuestro Rojas era uno de ellos. Véase su libro *Teórica y Práctica de Fortificación*, impreso en 1598.

cinco líneas, que permitió el cruzamiento de fuegos delante de la cortina, no dejando sin batir ningún punto y siempre con unas moderadas líneas de defensa.

Muchos de los escritores que de este punto han tratado, han creído encontrar en tal o cual dibujo de algún ingeniero—siempre compatriota, como es de suponer—la varita mágica ante cuyo conjuro se formó el frente abaluartado, considerándolo como una concepción de un orden tan elevado, que sólo por el esfuerzo de un talento sobrehumano pudo ser arrancado de las tinieblas de lo desconocido. Pero el principio no es realmente tan grandioso que no pudiese surgir pronto, aun en cabezas de segundo orden, y creo firmemente que nació sin que los mismos que lo iniciaron en las obras pudieran darse cuenta de la importancia que con el tiempo había de concedérsele.

Es sobradamente conocido, entre quienes de la Historia de las artes se ocupan, el principio de la formación de las escuelas y la perpetuidad, entre los discípulos de ellas, de las mismas ideas y procedimientos técnicos. En el arte de la fortificación nos basta recordar el de la francesa del siglo XIX. Pues bien, en la primera mitad del siglo XVI, y desde que se consolidó el baluarte pequeño de mampostería, que hemos llamado torre-baluarte, su construcción se generalizó, conservando siempre el papel, algo modificado ahora, del antiguo torreón redondo.

Así conozco muchísimos proyectos—y puede decirse que todos con rara excepción—de fortificación de castillos o ciudadelas, en una palabra, de recintos de pequeña extensión, en los cuales se acudió al polígono de reducido número de lados, 3, 4 o 5, en cuyos vértices se proyectaba siempre una de estas obras. (1). Aquí las cortinas eran necesariamente pequeñas, y como las dimensiones de los baluartes no disminuían en la misma proporción, el dibujo en planta difería poco del de un castillo de épocas muy posteriores. Todavía se hizo mas sensible esta semejanza, cuando los pequeños baluartes de mampostería fueron sustituídos por otros ya mayores, en los cuales andaban mezcladas la tierra y la piedra.

Mientras el baluarte desempeñó el papel de caponera, según hemos dicho, su cabeza se flanqueaba desde la cortina, principalmente; pero al acercarse dos de éstos, y encontrarse separados por una pequeña, no pudo escaparse a nadie que ya no sólo desde la cortina, sino del flanco del otro baluarte podían batirse las inmediaciones de una de las caras

(1) En mis excursiones arqueológicas he encontrado en España un curioso ejemplo de lo que podríamos llamar *manía abaluartista*: es la torre de San Juan en los Alfaques.

del baluarte opuesto y resultó patente el cruzamiento de fuegos, y no solo del cañón, sino del arma manual o arcabuz que, en sus mejoramientos, iba sustituyendo por completo a la ballesta antigua, la cual tardó poco en quedar relegada a las vitrinas de los museos. (1).

De esta manera, y sin más que examinar el dibujo que tenía delante de sus ojos, comprendió nuestro Scribá, el frente abaluartado, cuando, al compararlo con el atenazado, dice en 1538 «y esto lo digo porque ya tú ves que para cerrar este frente usas tú cinco líneas, son a saber: las dos de las puntas de los turriones y las dos de los dos flancos de ellos, y esta principal de la cortina etc. etc.»

Otra circunstancia hay que tener en cuenta para comprender que el frente abaluartado no tuvo razón de ser mientras no se perfeccionó el arcabuz que, con su mayor alcance, proporcionó líneas de defensa más regulares y pudo encargarse ya de flanquear los fosos, como el mismo Scribá aconsejaba. Hasta entonces había que emplear en el flanqueo principalmente el cañón, y para sacar el mayor partido posible de su alcance, convenía alejar los baluartes y dejar a éstos con el papel de caponeras, que es el que verdaderamente les corresponde en los primeros años. Así es que, parodiando al Maestro Almirante, que dice ser el cañón el inventor del baluarte, podemos decir que el arcabuz lo fué del frente abaluartado; y así vemos que los progresos de éste van acompañados de un aumento en las dimensiones de los baluartes y una disminución en la longitud de la cortina, y hasta tal punto, que pueden medirse los conocimientos de un ingeniero del siglo XVI, por la relación entre las dimensiones de estos elementos, empleada en sus trazas o proyectos.

Para concluír con esta ligera noticia, debemos hacer observar que el frente abaluartado, ya formado, no siempre presentaba casamatas en los flancos, circunstancia que tuvo su origen indudablemente en la dificultad de construir bóvedas en terraplenes que ya habían sido levantados en momentos de necesidad, y en la mayor longitud de los flancos que permitía colocar más piezas en uno solo, sin necesidad de recurrir siempre a hacerlos dobles, cuyos dos órdenes tomaban los nombres de plaza alta y baja, respectivamente. Ello se explica también, porque siendo, casi siempre, los ingenieros encargados de la construcción de las plazas en los momentos apurados, artilleros al mismo tiempo, no eran muy partidarios de las casamatas por las incomodidades que proporcionaban, y en su mayoría preferían el tiro a barbeta, como le sucedía a nuestro Pizaño, según veremos más adelante.

(1) El principio del apoyo mutuo que las obras deben prestarse, está consignado, con frecuencia, en un Memorial de 1521, en que se trata de obras provisionales para la plaza de Pamplona. (Simancas. Estado, legajo 343 A.)

VII

Se intenta clasificar a los ingenieros militares del siglo XVI.

Ya que hemos hecho referencia a las diversas clases de ingenieros, bueno es que tratemos de aclarar este punto que nos ha de servir grandemente para encajar la personalidad de Luis Pizaño.

El erudito italiano P. Guglielmotti, clasifica los ingenieros italianos de esta época en tres grupos, pertenecientes a las tres escuelas que supone deben considerarse. Llama a dos de estas escuelas Sangallesca y Urbinesca, según siguen las huellas de los que supone jefes de ellas, Julián Sangallo y el duque de Urbino. La tercera escuela la llama mixta, por tener los caracteres de las dos anteriores. Como se comprende, esta clasificación está basada en aquel exclusivismo que hemos notado antes de ahora en los escritores italianos. Yo, por mi parte, que creo que el arte es universal aun cuando en unas regiones lo practiquen gigantes y en otras pigmeos, me permito designar estas mismas escuelas con los nombres de Escuelas de Minerva, de Palas y Mixta que creo expresan claramente el modo de ser de ellas.

La Escuela de Minerva está formada por aquellos hombres que, dedicados desde sus principios al estudio de la geometría, dibujo, arquitectura, etc., dedicáronse también a la ingeniería militar y llevaron a sus construcciones el sello de su genio, caracterizado por la profusión de la mampostería—el empleo de la cual conocían perfectamente— y la completa exclusión de las tierras, material poco apropósito para las creaciones de su concepción inspirada y conducida per un pulso seguro ante el tablero del dibujante. Claro está que las obras de estos hombres manifestábanse grandiosas cuando coincidían con los vuelos del artista, grandes recursos del príncipe, bajo cuyo patrocinio hacíase la obra. Otras veces eran más modestas las construcciones; aquí el talento del artista o el dinero escaseaban, o bien uníanse las dos circunstancias. Pero cualquiera que fuesen éstas, los caracteres eran los mismos; baluartes robustos, mucha piedra, nada que revelase penuria de tiempo ni peligro de próximo combate. Corresponden, pues, a ella, los que siguen la primera tendencia que hemos indicado anteriormente.

La Escuela de Palas o Escuela militar, comprende en su mayoría a los que siguieron la segunda tendencia de las que hemos indicado y está formada por hombres, en su mayor parte, sin la preparación científica ni artística necesaria para dedicarse al manejo del lápiz, y que, apenas el bozo apuntado, agárranse a una pica o a un arcabuz y corren de

asalto en asalto y de campo de batalla en campo de batalla, ansiosos de elevarse a los altos de la milicia y de penetrar todos los secretos que la ciencia militar ofrece a los hombres refiexivos, dotados de talento natural y entusiasmo por su profesión.

Estos hombres no tienen tiempo para leer a Vitrubio, ni siquiera distinguen los órdenes arquitectónicos unos de otros; pero se han encontrado muchas veces delante de muros que había que destruir y asaltar. En estos casos han aprendido a encontrar las dimensiones necesarias para un foso por el trabajo que les ha costado bajar a su fondo y recorrerlo bajo el mortífero fuego del enemigo. Saben, por la misma causa, qué clase de materiales presenta más resistencia a los cañones que, con intención de deshacerlos, colocó delante de ellos, cuáles fueron las piezas del sitiado que más daño produjeron en sus tropas en el momento de dar el asalto de la brecha, y, finalmente, les ha entrado la noción exacta de las formas y sus relaciones, como los antiguos dómines aconsejaban la entrada de la ciencia en el cerebro: derramando su propia sangre.

Otras veces sus jefes han entregado a su lealtad un puesto, ciudad o castillo, y les han recomendado la necesidad de conservarlo a toda costa. En tales condiciones han recorrido día y noche los adarves, han medido con sus pasos las dimensiones, han buscado los lados débiles del recinto y han procurado reforzarlo, echando mano de los recursos de que por el momento podían disponer. Cuando han sido atacados han podido observar, y de cerca, qué parte de sus fortificaciones ha presentado la resistencia que esperaban y cuáles otras no correspondieron a sus esperanzas. Entonces han puesto en juego todas las potencias de su alma, animada por el fuego del amor a la Patria, han inventado recursos, han improvisado defensas, y cuando, por fin, el enemigo rechazado hase alejado de su vista, han reflexionado sobre lo pasado y han sacado consecuencias prácticas, que más tarde formularán en forma de principios que les guíen en análogas circunstancias.

Caracteriza por consiguiente a esta escuela cierto eclepticismo nacido de la variedad de problemas resueltos; encuéntranse en sus obras materiales de fácil requisición y abundantes siempre, y entre ellos la madera, ramaje y tierras. Carecen dichas obras de la nobleza que la sillería—y la piedra en general—presta a las construcciones; pero, como basadas en las necesidades de la práctica, marcan la tendencia que para lo sucesivo ha de seguirse, con aquellas modificaciones que la mayor tranquilidad y abundancia de recursos han de introducir necesariamente.

La Escuela Mixta abarca los caracteres de las dos anteriores, y de la fusión de ellas nació el tipo general de fortifición que caracterizó el resto del siglo XVI, en su esencia.

No siempre ocurría que la premura del tiempo era tal que se hiciese imposible el empleo de las mamposterías, que podían reforzar ciertas partes de la fortificación, con gran ventaja para la defensa. Ni tampoco eran tan negados los militares que de estas obras se encargaban, que no comprendiesen los elementales principios que rigen la fabricación de los morteros y su empleo en obra. Por otra parte, las exigencias de la vida en aquellas épocas, obligaban muchas veces a los militares a tener conocimientos enciclópedicos, necesarios a las variadas situaciones en que podían encontrarse, y según el mayor o menor despejo de aquéllos, tomaban del arte de la construcción en general, lo que en la ocasión en que se encontraban podía hacerles salir más airosos en su cometido. Añádase a esto que su constante permanencia en los teatros de las guerras les permitía, durante su larga estancia en las plazas de aquéllos, observar las obras permanentes que se construían y el modo de unir y poner en obra los diversos materiales que en ellas entraban.

Estos tales ingenieros son los que verdaderamente pueden ser considerados como los padres de la fortificación moderna, pues en ellos se reunieron, con los datos de la experiencia, deducida de las muchas afrentas en que se habían encontrado, los conocimientos generales de construcción necesarios para reforzar las obras de ocasión con los materiales que, como la piedra y el ladrillo, podían dar a las obras el carácter de permanencia suficiente a resistir las inclemencias de los agentes atmosféricos. Caracterizan, pues, a esta escuela, el empleo de toda clase de materiales y la ausencia en sus obras de grandes toques artísticos, para los cuales no eran grandemente aptos los citados ingenieros. Pero esta ausencia, precisamente, dió a sus obras el sello de austeridad que debe presidir en las de la fortificación moderna, nacida, como fué, para contrarrestar el destructor efecto de la nueva artillería.

Reflexionando un momento sobre lo que hemos dicho en los párrafos anteriores, se comprende que tales escuelas no son precisamente de la época que hemos estudiado y pueden encontrarse en todas, si bien los adelantos de la ciencia militar en la nuestra, parecen asegurar la fijeza, para en adelante, del pensamiento escrito en lo alto de la escalera de la Academia de Guadalajara, y que marca a los jóvenes alumnos el camino que han de seguir en el transcurso de su carrera: *Nunc Minerva postea Pallas* (1).

(1) Este lema era el usado por la Academia de Matemáticas de Barcelona que el Cuerpo regentó y heredó. Los libros de su Biblioteca constituían un fondo importante de la de nuestra Academia y se perdieron, como tantos otros insustituíbles tesoros, en el violento incendio, que destruyó también la escalera y la leyenda a que se hace referencia en el texto.

Pero claro es que si siempre pueden encontrarse en las profesiones individuos que la tal ejercen o con estudios preliminares o por la práctica o combinando ambos modos de ser, debe observarse que nunca como en la época de transición que vamos estudiando se marcan tan claramente, pues el perfeccionamiento del cañón coincidió con la gran época del Renacimiento, en la cual la Imprenta, recién nacida aún, no estaba acostumbrada a recoger con premura las ideas nuevamente presentadas, ni los cerebros dispuestos para la rápida comprensión y selección de aquéllas. Tampoco el estado de las comunicaciones facilitaba el trasiego de las ideas, ni la misma índole de éstas prestábase a su divulgación. Se presentaba un problema nuevo que resolver, sobre el cual sólo podían hablar los arquitectos y los militares; cada uno marchó por su camino, pero como éstos conducían al mismo fin, verificose la conjunción y fijáronse las ideas que, en su esencia, tardaron muchos años en cambiar.

VIII

De la fortificación llamada «atenazada» que usaron algunos ingenieros del siglo XVI.

Hemos descrito en los párrafos anteriores, bien que a la ligera, la marcha general que durante los últimos años del siglo XV y primeros del XVI siguió el arte de la fortificación, así como también los principios fijos a que se sujetaron los ingenieros en la construcción de sus obras. Pero a pesar de la tendencia constante de los artistas a la formación de dogmas que puede decirse caracterizan las escuelas, no faltaron entonces, como no han faltado nunca, hombres de espíritu inquieto dispuestos a repeler todo lo que sean cadenas para el pensamiento, ni tampoco los que llamados por la casualidad o por su afición a la resolución de problemas artísticos, hánse acercado a ellos sin los prejuicios que una educación preliminar lleva al espíritu y dispuestos, por consiguiente, a discutirlo todo y a rechazar lo que no consideren bueno, aunque ésto vaya acompañado de la indiscutible autoridad que presta siempre a todos los asuntos el ejemplo de los que nos han precedido en el camino de la vida.

Tal sucedió con la fortificación en el período de que nos vamos ocupando. Aun cuando todo conducía a creer por los años de 1530 a 1550 que el frente abaluartado nacido, como hemos dicho, del poligonal había tomado carta de naturaleza y que nada se podía intentar fuera de sus formas y principios, hubo hombres que, sin rechazarlo en absoluto, encontraron en la fortificación que conocemos con el nombre de *atenazada*

la solución conveniente del problema en gran número de casos. A la cabeza de estos hombres debemos colocar al ingeniero valenciano, Pedro Luis Scribá (1), que en su libro, escrito en 1538, aborda directamente este problema, y sostiene, al defender las obras que había construído en el castillo de San Telmo, de Nápoles, que para aquel caso particular el frente atenazado resuelve el problema con ventaja sobre el formado por cinco líneas que nacieran de sustituir la parte del ángulo entrante de la tenaza por los flancos de dos baluartes y una cortina que los uniera.

Da Scribá razones que en su obra, encontrada y publicada por Mariátegui, pueden verse, y muchas de ellas han sido empleadas cuando, antes de la guerra de 1870, trabose enconada lucha entre los partidarios de la escuela poligonal o alemana y los franceses, que seguían aferrados a la abaluartada arrastrados por los dogmatismos de escuela de que al fin fueron víctimas; pues el proyectil rayado, procediendo de modo análogo a como lo había hecho el fundido al finalizar el siglo XV, arrolló cuantas lucubraciones y sedimentos había amontonado el deseo de mantener enhiesto lo que afortunadamente, por complicado, debía terminar.

Trataremos en las siguientes líneas de darnos una razón de aquella tendencia.

Es desde luego chocante que ésta aparezca en un hombre como Scribá que empezó a ejercer su profesión de ingeniero ya viejo, y sin haber tenido maestro que le enseñase *a tomar pincel*, según él mismo nos asegura. Pero a poco que se medite sobre esta misma circunstancia se ven claramente las razones que, para aceptar el sencillo frente atenazado, tenía Scribá, si bien él mismo no se da cuenta de ello.

No era difícil, aun sin grandes conocimientos en Geometría, aplicar a un terreno llano o ideal el sencillo frente abaluartado primitivo; y así Scribá cuando se encuentra ante el problema de fortificar a Capua lo emplea desde luego. Pero cuando llega el caso de fortificar a San Telmo, que como es sabido se encuentra situado en la cúspide de una montaña al lado de Nápoles—desde la cual se contempla uno de los panoramas más hermosos de la tierra— el problema varía por completo. Aparece en todo su apogeo la dificultad de aplicar la fortificación abaluartada al terreno, dificultad reconocida por todos los conocedores de la materia. Mientras sólo se trataba de fijar la situación de la cortina, la cosa no tenía grandes dificultades. Pero en seguida venía la de colocar los indispensables baluartes en los ángulos del polígono aceptado como bueno, y entonces

(1) Ni este escritor ni sus obras han sido citados por el Sr. Rocchi en su bello estudio sobre estos asuntos, titulado *Le origini della fortificazione moderna*. En cambio Ratheau publicó, en 1879, un examen crítico sobre la obra del ingeniero español, muy honroso para éste y otro nuestro General La Llave.

aparecen ya problemas para resolver los cuales se precisan conocimientos no vulgares de las formas geométricas, para lo que no estaban indudablemente bien preparados hombres como Scribá, que por lo que se deduce de los poquísimos datos biográficos que de él se tienen (1), empleó lo mayor parte de su vida sirviendo en el ejército como infante.

Por el contrario, en casos análogos, el sencillo frente atenazado resolvía el problema con muchas menos dificultades, pues es conocida la facilidad con que en las cumbres de las montañas se encuentran vaguadas que están marcando materialmente y en una línea de nivel el emplazamiento de una tenaza.

Respecto al flanqueo del frente así formado hay que buscarle en la misma obra, y como el alto que podrían proporcionar los adarves, dejaría un gran ángulo muerto delante del entrante, Scribá se esfuerza en hacerlo desaparecer, construyendo en éste unas casamatas cuyas cañoneras enfilan los lados de la tenaza y al mismo tiempo las inclina de tal modo que vengan las piezas a batir las proximidades de su emplazamiento, aunque no puede menos de reconocer que estas cañoneras debían ser difíciles de construir y que las piezas, obligadas a tirar con un gran ángulo de depresión, habían de soportar difícilmente un cañoneo prolongado. Scribá, sin embargo, como conocedor que era en asuntos de artillería, dice no ser esto gran inconveniente. Todavía, para evitarlo, conoce otro procedimiento que ha sido seguido después, el cual consiste en colocar las casamatas suficientemente bajas para que puedan batir el foso con tiro rasante, librándose del peligro de ser asaltadas, consiguiente a su poca altura, por la interposición de un pequeño cofosete lleno de agua. Este podía ser batido desde arriba por medio de matacanes (2) y botafuegos, más fáciles de conservarse hasta el final por la consideración dicha de ser estos frentes construídos, por lo general, en sitios donde el enemigo, por falta de fácil emplazamiento para sus piezas, no ha de hacerse temible por el fuego de éstas.

Los demás inconvenientes del frente atenazado, hoy reconocidos, no tenían entonces la importancia que el mayor alcance de las armas modernas ha hecho patentes. Tal sucede, por ejemplo, con la mayor facilidad de

(1) A pesar de los muchos papeles que he revuelto, referentes a Nápoles, y de la época de Scribá, no he encontrado dato alguno que añadir a lo que dijo Mariátegui en el artículo de presentación que puso al frente del libro de aquél, que él había descubierto.

(2) Un poco lejos tiró la barra González Simancas en el Resumen que hizo en su ya citado libro—página 180—manifestando que las fábricas que se levantaron al finalizar el siglo XV *ya no tienen matacanes ni garitas* Ambos elementos se siguieron usando siglos después; en cuanto a los primeros el mismo autor lo reconoce así en la página 31 de su precioso trabajo.

ser enfiladas las caras por el tiro lejano (fig. 18). Eran entonces los fuertes muy pequeños y poco provechosa la enfilación de sus caras, a la cual se oponía, por regla general, dado el poco alcance de la pieza, la falta de fácil asentamiento para las del enemigo. Ni se conocían entonces con exactitud los efectos del tiro de rebote, y sólo había que oponerse al directo y al de brecha (1).

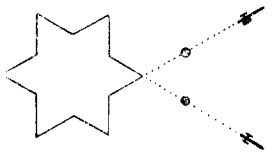


Fig. 18.

Tampoco era inconveniente el ángulo *P* privado de fuegos (fig. 19), que se hace siempre a corta distancia del frente atenazado, cuando sólo se consideran los tiros normales a los parapetos, pues haciendo la tenaza muy abierta, este espacio se alejaba lo suficiente para no ser tenido en cuenta, dado el alcance de las armas; y téngase en cuenta que así se construían por lo general las tenazas en la época que consideramos.

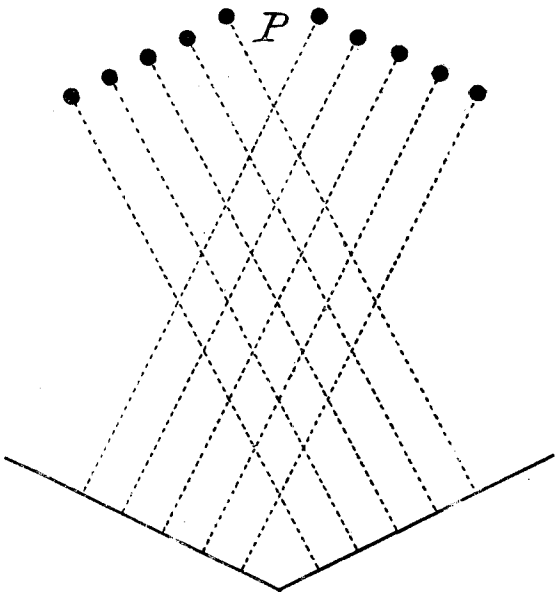


Fig. 19.

(1) El erudito Promis, tantas veces citado, basándose en la obra de Tartaglia, publicada en 1554, en la cual expone este autor la idea de colocar sobre las cortinas unos traveses, opina que debe considerársele como conocedor de los efectos del tiro de rebote, pues de lo contrario no había para qué colocar en los frentes aquellas obras.

Aun cuando el efecto mortífero del rebote de los proyectiles de cañón fuera conocido antes de aquella fecha, es casi seguro que los citados traveses no tenían otro

Finalmente, por la misma pequeñez de los frentes, tampoco tenía importancia el menor peligro en que se encuentran, por más lejanas, las baterías que atacan a los salientes de un frente atenazado *B O C* (fig. 20) con respecto a los inmediatos, que el que correrán las que realicen análoga operación contra un frente abaluartado *B F E G H C.*

Así, pues, creo, sin pasar adelante, que la sencillez del frente atena-

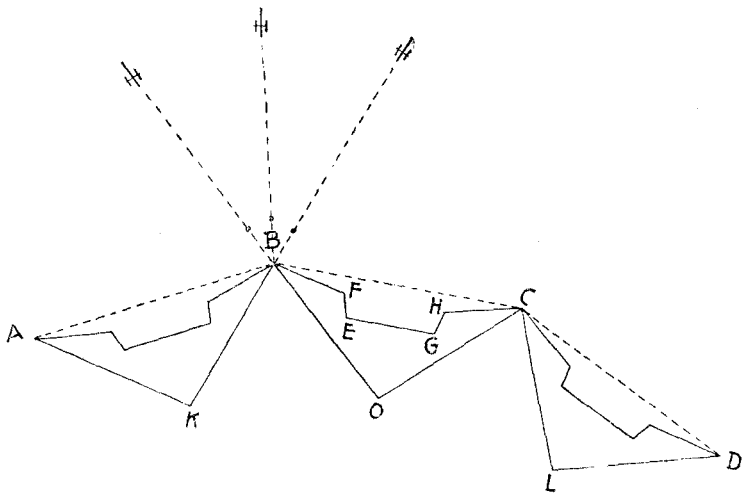


Fig. 20.

zado y su facilidad de aplicarse al terreno, fueron las causas de que a él vinieran a parar los ingenieros que, como Scribá, pueden ser incluídos, sin distingos, entre el grupo que hemos designado de discípulos de la Escuela de Palas. Scribá era un hombre de gran capacidad y dedicose con fervor al estudio, desde el momento en que fué encargado de la dirección de obras de fortificación y pesó, con gran discernimiento, el pro y el contra de los principios predominantes en su tiempo.

Al hablar de él, el erudito Ratheau dice que puede incluírsele en el grupo de los ingenieros que forman la escuela romántica, que fué seguida más tarde por Alghisi, Dillich, Landsberg, Rimpler y Montalambert, Indudablemente quiere decirse con ésto, que Scribá fué un ingeniero de los que no quisieron sujetarse al yugo de los dogmas y campó por sus respetos.

objeto que evitar los tiros directos de enfilada. Con tal objeto los proyectó Tadino cerca de treinta años antes en la fortificación de San Sebastián, por la posibilidad de ser batido el frente de tierra, dada su longitud, con tiros de enfilada procedentes de la orilla derecha del Urumea.

Esta idea no es absolutamente cierta, y a tal aseveración me ha conducido el estudio de las obras que Pizaño proyectó durante su estancia en la Península. Estudiándolas, se comprende que las ideas que Scribá recogió en su libro, flotaban en la imaginación de otros ingenieros, cuyos principios y educación diferían poco de los suyos. Como él, su compatriota Luis Pizaño, conoce el sistema abaluartado y lo emplea cuando el terreno se presenta claro y cuando, además, la necesidad de contrarrestar el fuego de baterías sitiadoras que se comprende han de tener fácil asentamiento, obliga a duplicar (1), por así decirlo, el recinto, aun a costa de un mayor cubo de materiales, con el gasto consiguiente.

Pero cuando se trata de la construcción de un fuerte de pequeñas dimensiones, en lo alto de una montaña y en buenas condiciones para el combate de artillería, lo rechaza en absoluto y se acoge al atenazado que, con el mismo gasto, le ofrece más extensa magistral, utilizable en la colocación de mayor número de bocas de fuego y se contenta, para el flanqueo de los fosos, con el que le proporciona la tenaza por sí misma, que considera suficiente para un fuerte que supone no ha de ser grandemente combatido por los cañones enemigos. Y esta predilección por el frente atenazado no se extingue con Scribá, a quien le corresponde la gloria de haberla discutido en sus interesantes diálogos, ni con Luis Pizaño. Perdura al través de los siglos y aunque le falten paladines que en libros la defiendan, no sucede así en las trazas y *rasguños*, que algu-

(1) Para un frente determinado, se comprende fácilmente que el desarrollo de magistral del abaluartado supera bastante al de una simple tenaza, nacida de prolongar para adentro las caras de los baluartes hasta su encuentro.

Un problema interesante, cuya solución es ajena a nuestro trabajo, sería el de averiguar las causas por las que la ingeniería militar se separó, en su marcha progresiva, durante los siglos XVI y siguientes, del sencillo frente poligonal, cuyas ventajas debería conocer por su empleo en los primeros tiempos del proyectil fundido.

Como simple conjetura, inicio primero, la de que el traslado, a los Países Bajos, del foco principal de la guerra originó, con la preponderancia del material tierra, y la energía desplegada en ataques y defensas, una derivación hacia las complicaciones del sistema abaluartado, que se ampliaron con la adopción de mayor número de obres exteriores y destacadas.

Más como causa principal, en mi concepto, enuncio, la de que las ventajas del frente poligonal no se hacían tan patentes con la artillería lisa como con la rayada, pues por el menor alcance de aquélla combatíase en las plazas siempre a pequeñas distancias, con lo cual los golpes de mano eran más de temer, y de ellos podían ser víctimas principalmente las caponeras, unicas obras, y ellas de baja cota escondidas en los fosos, a las que está encomendada una misión tan importante como la del flanqueo.

nos ingenieros dibujan cuando son encargados de proyectar obras por sus príncipes (1).

El escribir la historia de esta tendencia, sería tarea por demás curiosa e instructiva y habría que hacerla, más que leyendo libros, consultando legajos en los archivos, pues sus manifestaciones son siempre nacidas de ingenieros de la Escuela de Palas, que difícilmente tomaban la pluma para escribir tratados e imprimirlos aun cuando no podían eximirse de comunicar a sus superiores y soberanos por escrito cuanto al desempeño de las obras que se les había encomendado pudiera referirse.

IX

Sobre el modo de ser de la artillería en la primera mitad del siglo XVI.

Con la rápida descripción que en los párrafos anteriores hemos hecho del modo de ser de la fortificación en la primera mitad del siglo XVI, tenemos elementos suficientes para clasificar y estudiar las obras que Luis Pizaño ejecutara. Pero como éste empezó su carrera como infante, fué luego artillero, sin dejar de ser capitán de infantería, y más tarde ingeniero, sin dejar tampoco de ser artillero, que tal era la confusión que en los primeros tiempos del Renacimiento dominó en todas las profesiones, debemos dedicar unas cuantas líneas a fin de que se pueda determinar su personalidad artillera, toda vez que por las razones expuestas en el Proemio, excusome de entrar en esta ocasión en consideraciones respecto a la táctica del infante en el tiempo en que militó Pizaño.

En extracto ya hemos indicado en el presente Discurso las principales modificaciones introducidas en el material de artillería desde que ésta empezó a vivir hasta la época en que Pizaño entró a servir en el ejército. En ella, o sea en los comienzos del siglo XVI, existía realmente una gran confusión en el material de artillería.

Carlos Promis, en sus eruditísimas *Memorias*, describe, tomándolo de Giorgio Martini, diez clases de armas de fuego que se usaban en Italia hacia el año 1500, cuyas características se indican en el siguiente cuadro, en el que no incluímos las cerbatanas, arcabuces y escopetas porque eran armas manuales. Es verdad que había más clases de piezas, pero, según

(1) Aparici encontró y copió un proyecto hecho para Mazalquibir, en la segunda mitad del siglo XVI, por Vespasiano Gonzaga, gran aficionado a la fortificación, no obstante sus pergaminos. Dicho proyecto es puramente atenazado.

Giorgio, era más cuestión de nombre, y así sólo describe los diez tipos dichos (1).

Nombre de las piezas.	Materia del proyectil	Peso del proyectil en kilogramos.	Diámetro del proyectil en metros.	Proporción de la pólvora en la carga.
Bombarda.....	Piedra.....	101,850	0,412	16 por 100
Mortero.....	Piedra.....	67,900 a 101,850	0,362 a 0,412	16 por 100
Común o mezzana.....	Piedra.....	16,975	0,220	16 por 100
Cortana.....	Piedra.....	20,370 a 33,950	0,240 a 0,286	16 por 100
Pasavolante....	Plomo con [illegible] de hierro.	Plomo: 4,5267 Hierro: 0,9050 5,4320	0,100	10 por 100
Basilisco.....	Bronce o hierro.	6,790	0,122 a 0,118	10 por 100
Espingarda.....	Piedra.....	3,395 a 5,093	0,132 a 0,150	10 por 100

En estas piezas encontramos ya al pasavolante y al basilisco con proyectil metálico, dándonos una interesante noticia sobre los efectos de la penetración el escritor Jovio (2), que nos cuenta que los basiliscos que usaron en 1500 los venecianos contra Cefalonia lanzaban pelotas de hierro que penetraban ocho pies en la muralla. Si esta medida es la misma empleada por su paisano Giorgio, dicha penetración era de 2,704 metros, lo cual explica la necesidad de cambiar el rumbo de la fortificación, dando principio al que hemos llamado segundo período de transición.

En cuanto a España, la variedad de piezas usadas durante el mismo año era también considerable, pudiendo leerse en Arantegui las dificultades para su clasificación. Para dar sólo una idea de la hermosa variedad que aquí disfrutábamos, nos contentaremos con sólo citar los nombres, ya que ellos, en algunas ocasiones, lo son todo, no debiendo, en resumen, haber gran diferencia con el extracto de Promis. Pues en España hubo por esta época las piezas de hierro siguientes: bombardas, bombardetas, morteros o pedreros, cerbatanas, ribadoquines, pasavolantes, espingardas, falconetes, órganos y el cortao. De bronce usábanse tiros, pasavo-

(1) Las *Memorias* de Promis fueron traducidas al francés por el coronel de Ingenieros Augoyat, y al español por el coronel Aparici, cuyo hijo, el brigadier del mismo apellido, las publicó en el MEMORIAL DE INGENIEROS.

(2) *De vita et rebus gestis Gonsalvi Ferdinando Corduva.* (Lib. I, pág. 226.)

lantes, San Martines, San Migueles, San Cristobales, cañones pedreros, serpentines, serpentines pequeños, culebrinas, falconetes, ribadoquines y sacabuches.

Se comprende perfectamente que existiera esta variedad en la artillería por la falta lógica en ella de centralización en lo concerniente a este servicio, amén de la necesidad de acudir al extranjero, como hemos hecho presente en este mismo estudio. Y esta misma razón tuvo que influir en Italia, a donde ya en 1500 habíamos concurrido nosotros y los franceses, suizos y alemanes.

Y se explica esta misma variedad si se tiene en cuenta que, aunque ya en la segunda mitad del siglo XV se fundía bien el bronce, no sucedía lo mismo con el hierro, que sólo se podía conseguir en muy pequeñas cantidades—el alto horno no se conoció hasta bien entrado el siglo XVI—y como no se quería prescindir de los grandes calibres de las primitivas bombardas de hierro forjado, pues esta idea—al igual que la de la dominación en fortificación—quedó muy arraigada en la mente de los artilleros del siglo XV, de aquí que continuase el empleo de los proyectiles de piedra para las grandes piezas, usándose sólo el proyectil metálico barato—de hierro o de plomo con dado interior de hierro—en las pequeñas, que, como los citados basiliscos, fueron los engendradores de la fortificación abaluartada.

Por la misma razón de la dificultad en la fundición del hierro seguían usándose las primitivas bombardas de hierro forjado, las cuales, en su esencia eran tubos cilíndricos de organización análoga a la de las barricas de vino, bien que unidas todas sus partes, duelas y manguitos, por el martillo de la forja. Su manejo era lentísimo, debiendo preceder al disparo la unión de la cuña con la recámara o *servidor*.

Con todo este intrincado material hubo de habérselas Pizaño en los primeros años de su vida militar, y a modificarlo y clasificarlo dedicó gran parte de sus energías. Y estas dificultades se comprenderán mayores si se tiene en cuenta que, al igual que lo que hemos dicho sucedía en fortificación, no había libros en que estudiar y era preciso aprender por medios análogos a los usados por los ingenieros.

Y puesto que en los sitios de plazas en que ya figuró Pizaño, con elevado cargo, han de aparecer las diversas piezas en que, durante la primera mitad del siglo XVI, fué concretándose tan variado material, nada mejor para la buena inteligencia del lector que poner ante su vista el adjunto cuadro, que está sacado del célebre «Memorial de Artillería» que Aparici encontró en Simancas, entre papeles de 1538, y que creo probaré en este estudio fué obra del mismo Pizaño. Hélo aquí:

Nombres de las piezas.	Peso de la pieza. — *Quintales.*	Peso del proyectil. — *Libras.*	Peso de la carga. — *Libras.*	Alcance en pasos.
Cañón serpentino reforzado (1).....	60 a 74	36	24	500 a 550
Cañón sencillo (1).....	50 (2)	36	20	»
Medio cañón.....	40	16 ó 17	16 ó 17	600
Medio cañón serpentino	45 a 47	25	»	» (3)
Culebrinas (peso muy variable).....	60 a 80	Pelota y carga iguales a las del medio cañón.		
Medias culebrinas	30 a 40	8 a 9	8 a 9	»
Sacre	18 a 20	6	6	450
Falconetes	10 a 12	3	3	400
Medios falconetes. } Según quieran hacerlas. Muy variables.	Tiran pelotas de plomo con dado de hierro el mayor que se pueda.			
Esmerila..... }				

(1) Llevan siempre cámara o releg.
(2) Dos más o dos menos.
(3) Si está bien repartido el metal, se puede poner más pólvora y alcanzará más.

NOTA.—Los sacres, falconetes y medias culebrinas, en caso de necesidad, también pueden disparar con plomo y dado de hierro, pero éste muy grande para que no revienten.

Pasando a tratar del personal, diremos que los primeros técnicos de la artillería fueron, como es natural, los maestros forjadores y más tarde fundidores de hierro y bronce. Entre ellos los hubo que, conocedores del material, acudieron a servirle en los sitios de plaza y campos de batalla. Estos hombres, en una época en que, sobre todo en España, los oficios mecánicos no eran bien vistos, no podían elevarse con facilidad y, en general, se contuvieron dentro de una esfera modesta, siendo raros los que, como Ramiro López, consiguieron llegar a puestos elevados. Estos hombres, pues, jugaron papel análogo al de los ingenieros que hemos llamado de la Escuela de Minerva.

Pero como los reyes, desde los primeros tiempos, comprendieron que a la mano se les había venido con el nuevo ingenio, el modo de abatir a la nobleza prepotente a mediados del siglo XV, procuraron a toda costa reunir un tren considerable de artillería, y así los hicieron los Reyes Católicos y así lo hizo Carlos VIII en Francia, empleándolo ambos, conjuntamente, en empresas de mayor brillo, según ya hemos tenido ocasión de decir. Celábase por los reyes, con mucho cuidado, todo cuanto con la artillería podía relacionarse, y así tuvieron cuidado de que en marchas y campamentos las piezas tuvieran la protección suficiente contra posi-

bles ataques del enemigo. Acompañaban, pues, siempre a éstas, fuertes escoltas de infantes, brindando a los estudiosos o aficionados a su táctica ocasiones mil en que auxiliar a los pocos artilleros técnicos que con las piezas marchaban. De aquí salió, pues, un contingente de artilleros, muchos de los cuales se elevaron por su inteligencia a los primeros puestos entre el personal encargado de su utilización. En resumen, y al igual de lo pasado en la fortificación, puede decirse que de la compenetración de los dos elementos, maestros fundidores y soldados, salió aquel brillante cuerpo que se encargó, después, lo mismo de construir las piezas que de manejarlas en los campos de batalla.

Pero hubo una clase que, mejor que otra alguna, supo sacar partido del nuevo ingenio, sin que para ello tuviera que hacer mucho más que tomar puesto en el humano escalafón. Esta clase fué la nobleza.

Los adelantos de la artillería en el primer siglo de su existencia fueron tan escasos, que apenas puede decirse que llamaron la atención de los inquietos nobles, que en otras armas y con otros recursos encontraron medios conducentes a su mayor elevación y medro. Pero cuando los adelantos que el cañón y en general las armas de fuego experimentaron al final del siglo XV, hizo ver todo lo que del nuevo ingenio se podía esperar, los nobles sintieron un movimiento de inquietud, primero, que luego se transformó en otro de indignación hacia aquellas infernales máquinas contra las cuales nada podían ya, ni la potencia del brazo ni la destreza en manejar el noble bruto, base de su superioridad sobre el pechero. Las palabras que Cervantes pone en boca de D. Quijote, en su primoroso *Discurso de las armas y las letras*, habían salido ya de labios de los guerreros del siglo XV (1) y fueron su pesadilla hasta que el valor, o adaptación a resistir los peligros, tomó el rumbo que se precisaba con las nue-

(1) El mismo concepto lo expresa Giorgio Martini en su libro que ha publicado Promis, y que corresponde al período que nos referimos; y el gran historiador Guicciardini, hablando de la artillería, manifiesta que «*esta peste* hallada muchos años antes en Alemania, la trajeron a Italia por primera vez los venecianos en la guerra que cerca del año 1380 tuvieron, etc., etc.»

El Sr. Clemencin publicó, en sus notas al *Quijote*, una eruditísima al capítulo XXXVIII de la primera parte, que sirve de comento a la célebre frase del inmortal manchego. Aporta citas comprobatorias del mediano juicio que se formó de la artillería en sus comienzos, tomadas del Petrarca *(De remediis utriusque fortunæ.* Diálogo 39, titulado de *machinis et ballitis);* del Ariosto en el *Orlando Furioso* (canto 11); de Poliodoro Virgilio en *De los inventores de las cosas;* del sevillano Juan de la Cueva en el poema que escribió con el mismo título que el libro de Poliodoro; de Quevedo; de D. José Pellicer; de Salas, en sus notas a las *Soledades* de Góngora, y hasta de muchas disposiciones prohibitivas del uso de las armas de fuego en la caza, como medio poco noble de concluir con las fieras.

vas armas (1). Pero hay que convenir en que pronto se dieron cuenta de lo que estaba llamada a representar la artillería y no dudaron un momento en reclamar—convencidos de no ser posible otro camino que el de servir a sus Reyes dignamente—los principales puestos en su dirección aun cuando algunas veces no tuvieran la preparación necesaria (2). Y es este hecho de gran importancia y clave para explicarse cómo Pizaño, que sin duda fué el mejor artillero de los Ejércitos Imperiales desde 1536 hasta 1550 en que murió, no pudo llegar en España a la suprema dignidad de Capitán General de la Artillería, en propiedad, no obstante ejercerla interinamente cinco años y sólo dejarla con la muerte. Interino se le nombró en 1545 al morir el propietario D. Pedro de la Cueva, Comendador Mayor de Alcántara que, hombre honrado y celoso, desconocía, por propia confesión, lo que con la artillería se relacionaba, e interino siguió hasta el 1550, no habiéndose *atrevido* el Emperador a hacer definitivo su nombramiento, sin duda por no disgustar a los muchos pretendientes que el elevado cargo reclamaban.

Hemos dicho que Pizaño fué el primer artillero de los Ejércitos Imperiales en los catorce últimos años de su vida, y ocasión tendrá el lector de convencerse de esta verdad siguiéndole paso a paso en su carrera y viéndole aprovechar todas las ocasiones de aprender *al pie del cañón* cuanto podía saberse en su época, y adelantando no poco con su experencia y práctica prolongadas. Y con decir que fué el primer artillero de los Ejércitos Imperiales, adelantamos mucho para decir que lo fué de Europa, pues como es sabido, los ejércitos de Carlos V componíanse casi por igual de las tres naciones; Alemania, Italia y España, y entre ellas podía haber escogido aquel monarca el técnico que más le conviniera,

Más modernamente Rodríguez Marín, comentando este mismo pasaje, hace presente la octava del poeta cordobés Juan Rufo en el canto XXIV de la *Austriada*, en la que se lee un verso que dice, «la atroz y detestable artillería», y más adelante: «Ni debieran los hombres racionales con armas ofenderse tan bestiales.»

(1) Es curioso ver a un escritor del siglo XVI, narrando la conducta del Maestre de Campo Urbina, en Génova, justificar el momento único de debilidad que se le conoció, por haber sido el cañón el causante de él. Y aún más adelante, el obispo Sandoval—*Historia de Carlos V*, libro 18, capítulo XIII—hablando del mismo Urbina, dice: «Fué de buen consejo, tuvo grandes ardides, nunca mostró miedo, aunque en Génova [1522] se le conoció un poco, cuando el saco de ella: pero era de la artillería y no de los hombres.»

(2) Esta ingerencia de los personajes en los mandos militares sin la preparación técnica suficiente, tuvo, en ocasiones, fatales consecuencias en España. El recuerdo de la *Armada Invencible* no nos dejará mentir seguramente.

Por eso el ánimo se complace gratamente al contemplar ilustres magnates que muy pronto se orientaron en el sentido de cultivar la inteligencia en beneficio propio y de la Humanidad en general. En España tuvimos, en lo que a la fortificación

como en 1524 lo había hecho con el italiano Martinengo, cuya opinión sirvió a Tartaglia para su célebre tratado de artillería.

No fué tan afortunado Pizaño en encontrar quién supiera poner en claro los muchos conocimientos que en la materia tenía, lo que hubiera demostrado, cuanto al principio dijimos respecto a la participación que en los adelantos del Arte Militar hay que dar a todas las naciones que en la primera mitad del siglo XVI lucharon en Italia, y muy principalmente a los españoles que, como Pizaño, fueron siempre largos en obrar y muy cortos en mover la pluma, circunstancia que se explica por las razones que ya hemos dado (1).

Sin embargo, nos quedan de él y durante su permanencia en la Península, pruebas más que suficientes para demostrar sus extensos conocimientos en la materia, y lo mucho que influyó para mejorar el servicio de la artillería en España, no obstante el estar ocupado la mayor parte del tiempo con trabajos importantes de fortificación. Desde luego, como ya he dicho, creo probaré en este estudio que el célebre *Memorial de Artillería* que encontró Aparici en Simancas, y al cual atribuyó la fecha de 1538 por estar entre papeles de esta época, es suyo.

Además, no se limitó Pizaño a conocer el manejo de las piezas y dar reglas para su mejor utilización. Sus conocimientos le llevaron también a proyectar una pieza de las llamadas medios cañones, cuyas características expuso Arantegui en sus *Apuntes Históricos,* y sobre la cual hemos de tratar cuando sea llegada la ocasión. Ni se distinguió sólo Pizaño como técnico. Como organizador dejó infinidad de pruebas durante su estancia en España, en la cual, habíanse introducido no pocos abusos, explicables por estar rodando fuera de ella los más inteligentes y haber sufrido gran paralización todo cuanto a la artillería se refería con la relativa tranquilidad que a partir de las Comunidades, reinaba en la Península.

A todo abarcó, pues, su inteligencia y su brazo, y fué, en el arte de la Milicia, digno compañero de aquellos otros artistas que, por la misma

se refiere, un ejemplo muy digno de citarse, en aquel varón ilustre que se llamó don Rodrigo Ponce de León, Marqués-duque de Cádiz, el cual, según Bernáldez—*Historia de los Reyes Católicos,* capítulo CIV—«era caballero que le placía mucho la geometría de labrar y reparar castillos, y casas y cercas y fortalezas, y labró y gastó en ella, con lo que labró y fortaleció en Alcalá de Guadaira y en la ciudad de Xerés, é Alamis, cuando la tomó en tiempo del Rey Don Enrique, más de diez y siete quentos, según él decía a sus mayordomos».

(1) Mariátegui—*El capitán Cristóbal de Rojas*—hablando de los pocos libros de fortificación escritos en España, lo atribuye en parte a nuestra volubilidad que nos aleja del penoso y constante trabajo que representa escribir un libro. Esto no puede rezar con Pizaño, que fué un modelo de laboriosa perseverancia.

época, asombraban al Mundo con la grandeza y variedad de sus concepciones. Su modestia, su honradez, la humildad de su nacimiento acaso, y el poco aprecio dado siempre en España a los trabajos de la inteligencia, le dejaron en la obscuridad en cuanto a éstos se refiere. Como hombre de guerra, aun cuando muchas veces sale a flote en Crónicas y Narraciones, y fué su vida militar brillante como pocas, tuvo, para su fama, la desgracia de venír al mundo en una época en que, para sobresalír un poco, y fijar la atención de las gentes en España, apenas si bastaba presentarlas en la punta de la espada, y como botín de guerra, una nación conquistada o un imperio demolido.

CAPITULO I

(¿1480?-¿1500?)

Se establecen la patria de Luis Pizaño y la fecha aproximada de su nacimiento.

Cuenta Argote de Molina en su celebrado libro *Nobleza de Andalucía* (1), y con relación a Agustín Justiniano, que el año 1528 la Señoría de Génova redujo su nobleza a veintiocho casas, con orden de que las demás se refundiesen en ellas, usando solamente de los veintiocho apellidos que cita; pero que más tarde, en 1576, las familias cuyos apellidos habían sido suprimides, reclamaron, pidiendo usar libremente de ellos, fundándose en que los había tales como el de Pizaño, de antigüedad y méritos indiscutibles, citando a este efecto a Manuel Pizaño, ilustre marino genovés, que mereció, por sus condiciones, ser nombrado almirante del rey D. Alonso de Portugal, yerno del onceno del mismo nombre de Castilla. Efectivamente; leídas con detención la Crónica de éste, la de los reyes

(1) El gran número de citas, referentes a archivos y legajos, que forzosamente tiene que acompañar a este trabajo, me obliga a establecer para en adelante un cierto número de signos convencionales que faciliten la impresión. Los archivos más citados son el de Simancas, el de la Academia de la Historia y el de la Corona de Aragón. Dentro del primero, las secciones más usadas son las de Estado y Guerra de Mar y Tierra, y del segundo, las Colecciones de Jesuítas y de Salazar.

Las abreviaturas que se establecen son:

S. E. l.° 200, que debe leerse: Simancas. Estado. legajo 200.
S. M. T. l.° 27, ídem íd.....: Simancas. Guerra de Mar y Tierra. legajo 27.
A. H. J. T.° 115, ídem íd...: Academia de la Historia. Colección de Jesuítas. Tomo 115.
A. H. S., ídem íd.....: Academia de la Historia. Colección Salazar. A continuación se acompañan las signaturas correspondientes.
A. C. A., ídem íd.....: Archivo de la Corona de Aragón.

Finalmente, las letras A, S y C puestas al final de las indicaciones citadas de los Archivos de Simancas y Aragón, darán a entender que el documento de referencia ha sido encontrado por los coroneles Aparici, Salas y Camino, respectivamente.

de Portugal, la de Zurita y más principalmente la bien escrita obra del señor Costa Quintella sobre la Marina de Portugal (1), nos encontramos con que Micer Manuel Pezaño fué un hidalgo genovés, que por su mucha experiencia y conocimientos en asuntos navales fué nombrado almirante de Portugal, no por el rey D. Alonso, sino por su padre D. Dionisio, y no así como se quiera, sino vinculando en sus descendientes este importantísimo cargo, según carta firmada el 1.° de febrero de 1322, en la cual nombró también al infante D. Alonso heredero del Reino (2).

Muchos años desempeñó el cargo de almirante Manuel Pizaño, luchando unas veces contra los castellanos y otras, en auxilio de éstos, contra los moros. Es digno de citarse, entre los varios combates a que asistió, uno muy encarnizado, que en aguas del cabo de San Vicente riñeron el 21 de julio de 1337—ya en tiempos de D. Alfonso IV de Portugal—las escuadras portuguesa y castellana, mandadas, respectivamente, por Pizaño y D. Jofre Tenorio. Mantúvose la victoria indecisa al principio, pero estrechada la galera que montaba el almirante portugués por varias castellanas, fué éste hecho prisionero con su hijo Carlos, y conducidos ambos, según las bárbaras costumbres del tiempo, con una cuerda al cuello hasta Sevilla, en cuyo puerto entró la escuadra castellana victoriosa, arrastrando por el agua el pabellón portugués en señal de burla y menosprecio.

No deben tampoco dejarse en olvido las brillantes campañas de 1340 y 1341, hechas por la escuadra portuguesa al mando de Pizaño, el cual, libre ya, y esta vez en combinación con la armada castellana, luchó por defender el estrecho para impedir las terribles invasiones mahometanas de Marruecos que, en unión de las fuerzas de Granada, pusieron en grave aprieto al Rey Alfonso XI de Castilla.

Dos batallas seguidas ganaron las escuadras combinadas, muriendo en una de ellas los almirantes de Marruecos y Granada y siendo presa de los vencedores, entre otras, una galera cargada con el dinero destinado a las pagas de los ejércitos mahometanos de España. Contribuyó también Manuel Pizaño, con su escuadra, a mantener el bloqueo durante el sitio de Algeciras, y más tarde él o su hijo Carlos, el de Gibraltar.

(1) *Annaes da Marinha portugueza* y *Provas a Historia genealogica,* por Ignacio da Costa Quintella.

Cronicas dos senhores Reis de Portugal, en el tomo 5.° de *Inéditos de Historia portuguesa. Chronica do senhor Rei D. Pedro I,* por Ferñao Lopes.

(2) En la Exposición Histórica de Madrid celebrada el año 1892, y entre los documentos presentados por el Reino de Portugal en la *Secção Maritima,* figuraba con el número 16, el siguiente: «Cuadro con à carta de almirante dada por el rei Don Dionis a Manuel Peçanha.»

Durante el reinado de Don Pedro I de Castilla, y para auxiliarle en sus guerras con el Ceremonioso, envió el también Pedro y Rey de Portugal a su almirante Lanzarote Pizaño, hijo de Manuel, mandando una escuadra de 10 galeras y una galeota. Salió Lanzarote de Lisboa en abril de 1359, y encontrando al Rey Don Pedro con la escuadra de Castilla en las bocas del Ebro, le acompañó en el ataque a Barcelona y en todo el resto de la campaña que terminó retirándose Pizaño, por no llevar orden de servir a Don Pedro arriba de tres meses.

Si el bueno de Lanzarote sabía bien navegar por el *profundo piélago del mar,* no navegaba con menos soltura por el no menos profundo y proceloso mar de las pasiones. Una aventura galante con una dama portuguesa, en la cual intervino cierta tercera, fué causa de que el Rey, que perseguía mucho *las alcahueterías,* mandase quemar a ésta y cortar el cuello a Lanzarote, pues el Rey Don Pedro de Portugal no era, por lo visto, aficionado a andarse por las ramas. Logró escapar el almirante y anduvo cuatro años fuera de Portugal, consiguiendo volver a la gracia del Rey, por los buenos oficios de la Señoría de Génova que le representó los servicios de su padre Manuel y los de él mismo.

Pero su cobarde conducta en la defensa de la bahía de Lisboa en 1373, atacada por la escuadra del almirante de Castilla, Bocanegra (1), fué la causa de que el Rey, indignado, le quitase el mando de la escuadra y se lo diese al conde D. Juan Alfonso Tello.

Si el mando efectivo de la escuadra desapareció de la familia Pizaño, no debió suceder lo mismo con el título honorífico de almirante, pues en la Biblioteca de la Academia de la Historia he encontrado un documento, que es la genealogía de esta familia, y en el cual se suceden, después de Lanzarote, varios individuos con aquel título. Incluyo copia de este documento en el Apéndice con que termina este trabajo, porque tiene para mi objeto una importancia grande, toda vez que en él se demuestra cómo arraigó en Portugal el apellido Pizaño y además la comprobación de que éste pasó a Castilla, cosa por otro lado fácil de prever, dadas las constantes relaciones que entre los dos reinos limítrofes hubo en tiempos posteriores a los que hemos nombrado.

A mayor abundamiento, sabemos que en 1405 ya existía el apellido Pizaño en Jerez, pues entre los moradores que hicieron alarde con el pendón de la ciudad de Sevilla en 1.º de marzo de este año, figura Pero fferrandez pezaño, vecino de Jerez (2).

(1) También era genovés.

(2) *Las milicias de Sevilla,* publicado por D. Nicolás Tenorio en la revista de *Archivos y Bibliotecas.* Año 1907, pág. 254.

Yerra, pues, D. Francisco Piferrer (1), cuando al hablar de la familia Pizaño, la supone establecida en España en 1528, fecha en que Andrea Doria se pasó al servicio del Emperador. No anduvo tampoco muy en lo justo D. Pascual de Gayangos, cuando al comentar la obra de Duque de Estrada, *Comentarios del desengaño*, en el pasaje en que el autor manifiesta (pág. 16) que puso al niño D. Justo en la escuela del licenciado Juan Pisano, dice: «Así escrito, pero quizá haya de leerse Pizaño *que es apellido extremeño*» (2).

No necesito negar que en Extremadura pudiera existir también el apellido Pizaño, y tal debiera ser al afirmarlo Gayangos—y lo comprobaría si el citado Jerez fuera el de los Caballeros—pero no puede admitirse su origen puramente extremeño, según lo que hemos dicho anteriormente; y que arraigó en Andalucía lo prueba la existencia, a mediados del siglo XVI, de un barbero de Sevilla llamado Alvaro Pizaño, el cual con su mujer Juana Ortiz criaron en su casa al que después fué distinguido canónigo de Córdoba y orador sagrado Alvaro Pizaño Palacios (3).

Pero no fué solamente por el Sur de España por donde las ramas de la familia Pizaño se extendieron. Durante mi estancia en Simancas pude comprobar la existencia de un núcleo de ella en lo más recóndito de la Alcarria. Consta, en efecto, que el capitán Bernabé Pizaño—cuyo parentesco con Luis ignoro—a quien cita Cereceda como herido luchando denodadamente en el Milanesado en 1544, vivía retirado en 1565 en su casa de *Auñón cabe Mondéjar* (4). De la misma provincia de Guadalajara, y pueblo de Junquera, era el fraile mercedario Francisco Pizaño de León que en 1649 y 1650 publicó dos libros de religión y es citado por don

(1) *Nobiliario de los Reinos y Señorios de España.*

(2) D. Patricio de la Escosura, comentando este libro *(Una novela histórica en embrión,* trabajo publicado en la *Revista de España.* Año 1875) se limita a manifestar que el licenciado se llamaba Juan Pizano o Pizaño.

(3) Entre los papeles que existen en la Biblioteca Nacional, procedentes de Antequera, hay una información de limpieza de sangre del canónigo D. Alvaro, de la cual resulta que debió nacer hacia 1557 en Sevilla, y que era hijo de un clérigo de Alcalá de Guadaira, llamado Andrés Ximénez, y de Juana de Pineda.

Hace alguna referencia al canónigo Pizaño el Sr. Ramírez de Arellano en sus «Artistas exhumados», publicado en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones.*

(4) Entre papeles sin fecha, pero mezclados con algunos de 1565 (S. M. T. l.° 19), hay una relación de los capitanes que había en España y cobraban sueldo, y en ella el siguiente párrafo: «El Capitán bernave piçaño vezino de auñon cave mondejar tiene licencia para estar en su casa y estale situado el salario en rentas.» Otros varios documentos he encontrado que hacen referencia a este militar. Por ellos se vé estuvo cautivo en Orán y que en mayo de 1553 ya se había rescatado.

Juan Catalina (1). Otros varios individuos del mismo apellido podría citar existentes en el siglo XVII y siguientes, pero ello no hace al caso, pues basta para mi objeto lo anteriormente copiado, que comprueba la antigüedad del apellido Pizaño en la Península, y por tanto, la posibilidad de ser nuestro biografiado de nacimiento español (2).

Para 1555 ya había estado también en Flandes, pues este año pide su salario por los gastos hechos en el viaje. Sirvió también en la Goleta.

Con muchas probabilidades este capitán es el del mismo empleo llamado Bernabé Díaz Pizaño a quien, siendo vecino de Almoguera, se le concedió en 14-IX-1566, una ejecutoria que fué presentada en un pleito sobre hidalguía, ante la Chancillería de Valladolid, en 1614, por su hijo Melchor Pizaño. (Véase el Catálogo de Basanta.)

Creo que ambos capitanes son una misma persona, por lo corriente que era en la fecha citada usar o no el apellido patronímico—Díaz en este caso—y además, porque Almoguera y Auñón son pueblos de la provincia de Guadalajara, cercanos al Tajo y muy próximos entre sí.

El capitán Pizaño debía ser hombre de pro, pues en la ejecutoria se incluyen dos escudos, uno que copiamos más adelante, por lo que pueda tener del familiar Pizaño, y otro que es de los llamados personales y al que acompañan los siguientes versos, malos como heráldicos:

Este varón excelente
Que su origen trae del Cid,
Rindió y mató aquesta gente
Y el foso ganó con gran lid.
Hizo hechos de hombre extraño,
Hazañas como Roldán
El famoso capitán
Bernabé Díaz Pizaño.

En el escudo del supuesto sucesor del Cid—esto debió fingirlo el Rey de Armas por lo de Díaz—aparecen, en efecto, combates con moros, en que éstos llevan la peor parte.

Por lo demás, ni los padres ni los abuelos del capitán usaron el apellido Pizaño, que no sé por donde le pudo venir a éste, y por tanto, su parentesco con nuestro héroe Luis Pizaño. Ello no tiene nada de particular, pues es conocida la arbitrariedad que en esta materia existía en el siglo XVI, como en otro lugar expongo largamente.

Tampoco se hace referencia alguna, en el expediente de la Chancillería, al origen de la familia. En cambio aparece, entre los hijos del Melchor Pizaño, un niño llamado Luis, lo cual hace sospechar si se le puso en recuerdo de nuestro héroe que tuviera alguna concomitancia con el abuelo de aquél, o sea el capitán Bernabé Díaz Pizaño.

(1) *Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara.*

(2) En el informe que con el título «Descripción de la Real Casa-Palacio de Uclés» publicó D. Isidro Palomino, Gobernador eclesiástico de Uclés, en el tomo XV del *Boletín de la Academia de la Historia*, se dice, al describir el Panteón, que en él «yacen las cenizas de tantos ilustres personajes del orden, escritores antiguos, Priores y Obispos, los Pelayos o Pay Rodríguez y Coronado, los Alfonsos, los Bece-

Acaso haya parecido al lector larga esta digresión, pero con ella he tratado de dar una idea del ímprobo trabajo que me ha costado el establecer de modo indudable la verdadera nacionalidad del capitán Luis Pizaño. No estará de más indicar también que la manera especial de escribir este apellido en el siglo XVI y anteriores, ha sido causa de que este trabajo se haya aumentado de un modo considerable, hasta llegar a distinguir entre la infinita variedad de Pizanos, Picaños, Pizaños, y en no pocas ocasiones Picarros (1), Pisanos, Picanos y Pizarros (2), a un solo y mismo individuo: el capitán Luis Pizaño objeto del presente estudio.

Para explicarse estas equivocaciones de los copistas, basta recordar la manera de escribir la *z* en los citados tiempos. La sustitución que muchas veces se hacía de la cedilla por un simple punto y la supresión de éste con el tiempo o por distración del escribiente, ha convertido el apellido en Picaño; y esto debió ocurrir a los copistas utilizados al dar a luz el libro de García de Cereceda (3). Otro tanto sucede con la tilde de la *ñ* que suprimida convierte el apellido en Pizano.

Tratando de los almirantes portugueses, la confusión es aún mayor, pues se añade a las anteriores causas de error la correspondiente al sexo del apellido. Claro está, que esto no es motivo para reconocer apellido distinto, pues como dice el Sr. Godoy Alcántara en su *Ensayo histórico etimológico sobre los apellidos castellanos,* fué muy corriente en la época de que tratamos el dar a los apellidos la desinencia correspondiente al

rras, Apontes, Grimas, *Pizaños,* Negretes, etc., etc.» Cita otros muchos que no interesan para mi objeto.

Aunque he hecho diligencias para averiguar quién pueden ser estos Pizaño, no me han dado resultado. El distinguido P. Barreiro (agustino), con cuya amistad me he honrado, me escribió que las lápidas de Uclés sólo tenían un número y que no había encontrado la relación, si ella existía, declaratoria de esta fúnebre numeración.

(1) En la *Historia de Carlos V,* de Pedro Mexía.

(2) En el legajo 2.687 2.º (pág. 267) de la guía *Historia de los Archivos.* (Año 1918 de la *Revista de Archivos.)*

(3) *Tratado de las campañas del Emperador Carlos V.*—Con alguna frecuencia los escribientes, sin duda por ir más deprisa, suprimían el punto. Así he leído un documento oficial, escrito por buena mano, en que se repite muchas veces la palabra Arcobispo. En el *Catálogo abreviado de papeles de Inquisición* (pág. 19), que publicó Paz y Meliá, en la *Revista de Archivos,* se incluyen censuras y una delación hechas por el «Doctor Alvaro Picaño de Palacios». Este, que es el mismo orador sagrado de que hemos hablado anteriormente, se llamaba Pizaño, y seguramente lo escribieron sin cedilla, cuando la grandísima cultura de Paz lo vió así, si ya no es un descuido de pluma de quien con tanta honrosa frecuencia la hace trabajar.

Pero me inclino a la sospecha primera, pues en el Apéndice III, a las *Cartas de Cisneros,* publicadas por Gayangos y La Fuente, el año 1556 veo escrito Siguenca, mudanca.

género (1). En general, manifestaremos que la desinencia femenina predominó en Portugal, viéndose escrito en los documentos primitivos en la forma siguiente: *Peçanha,* que hemos visto usar en nuestros días a un digno representante del Brasil en España.

Respecto a las variantes *pe* y *pi* del principio del apellido, son fácilmente explicables para los conocedores del antiguo castellano, y lo mismo decimos de las que como el escribir Picarro o Pizarro (2), no tienen otra explicación que el descuido general a los copistas de todos tiempos y países.

Pero no han sido sólo dificultades del léxico con las que he tropezado, al tratar de averiguar la verdadera patria de Luis Pizaño.

Por una fatalidad muy común entre los que a este género de investigaciones se dedican, tropecé primero con autorizadas opiniones que le consideraban, y de modo indiscutible, como italiano de nacimiento.

Otras encontré aún más autorizados que le hacían español. Por fin, después de mi estancia en Simancas, durante la cual hallé un interesante documento escrito por el marqués de Aguilar, virrey de Cataluña en 1544, en el cual éste manifiesta al príncipe D. Felipe, que los barones catalanes se quejan de Luis Pizaño, manifestando que no siempre *han de ser gobernados por castellanos,* ya no me cupo duda de su verdadera nacionalidad.

Reunidos ya los datos necesarios, púseles a todos en tortura y me enredé en una larga disquisición en la cual creí probar, de modo conveniente, que Luis Pizaño era español, aunque sin datos para fijar la región de la Península en que vió la luz primera, toda vez que la citada carta de Aguilar, con llamarle castellano, no aclaraba el asunto, teniendo en cuenta la costumbre, aún no desaparecida por completo en los hijos del Principado catalán, de llamar castellanos al resto de los habitantes de la Península.

Era preciso, para que yo tuviera que vencer mayor número de dificultades, que cogiera la pluma y diera forma a mis impresiones, y aun que llegara a escribir la mitad de este trabajo, para que a las manos se me viniera, sin pensarlo, el dato tantas veces buscado y tantas veces escapado a mi ansia investigadora.

(1) Por nuestra parte y para no citar los mismos ejemplos que aduce el señor Godoy, manifestaremos haber visto una instancia que en 1596 dirigió, a Felipe II, la viuda del capitán e ingeniero Juan Alonso Rubian y la cual encabeza así: «Catalina Rubiana, etc.»

(2) En el, sin par, libro que sobre las andanzas de Carlos V ha publicado el señor Foronda, se cita dos veces a nuestro Luis Pizaño, llamándole Luis Pizarro. Las referencias que se hacen no dejan lugar a duda ser nuestro héroe el aludido.

Un viaje por los pueblos de Guadalajara, hecho durante el carnaval de 1906, obligome a coger el tomo correspondiente a esta provincia, que Quadrado y D. Vicente Lafuente escribieron en la obra tan apreciada, *España y sus Monumentos*, acaso una de las que más he manejado en mis días. Era la noche del martes y yo regresaba a Guadalajara en el tren que había tomado en la interesante ciudad de Sigüenza, cuyos monumentos acababa de visitar; la casualidad me llevó a leer los varios documentos que se insertan al final del tomo, y entre ellos el que es copia de la información que para cumplir la orden de Felipe II, hicieron en 1576 los vecinos de la villa de Pastrana y en la cual, como en todas las demás que se hicieron para cumplir aquella orden, se contestó a una serie de preguntas, cuyas contestaciones reunidas, vienen a ser una monografía completa de la citada villa. Y no era la primera vez que yo consultaba aquel documento, pues que a mi vuelta de Simancas, en la cual averigüé haber Pizaño sido Alcayde del Castillo de Zorita de los Canes, busqué en él los datos relacionados con este punto, pero no se me ocurrió llegar al capítulo XXXVIII, en el cual se trata de los hijos de Pastrana que han sobresalido en ciencias, letras, armas, etc. Esta vez, y a la luz vacilante de mi departamento, leí con gran asombro y alegría—a pesar de mi malograda disquisición—lo siguiente: «Ovo otro Capitan, Luis Pizano, natural dezta villa, con el habito de Calatraba, baleroso en las armas; fué Teniente de General de la Artillería muchos años, e sin haber en su tiempo general; fue alcayde de la fortaleza de Zorita de los canes por merced de S. M. el emperador D. Carlos, de gloríosa memoria.» La cosa no podía estar más clara (salvando la equivocación del apellido) (1), todas las afirmaciones rigurosamente exactas, y ya por mí conocidas, y además dichas por los vecinos de la villa Nicolás Fernández Heredia y Fabián Cano, que fueron los encargados de contestar a las preguntas, y que seguramente serían hombres de alguna edad y, por lo tanto, conocieron personalmente a Pizaño, el cual murió en 1550, o sea veinticuatro años antes de hacer aquéllos sus declaraciones. Esta circunstancia se avenía además perfectamente con el dato, ya por mí conocido, y que he citado anteriormente, sobre la existencia en la Alcarria de un núcleo de la familia Pizaño.

Ya no cabía duda ninguna sobre la patria del valiente y sabio soldado, y yo podía dar por bien empleados mis vigilias y esfuerzos para describir las aventuras guerreras y trabajos científicos de él (2).

(1) D. Juan Catalina, al publicar años después esta relación («Relaciones Topográficas». Tomo 48 del *Memorial Histórico)* copia, peor, Luis Pizarro.

(2) Hay en la relación correspondiente a Auñón—publicada por D. Juan Catalina—el párrafo siguiente: «Tiénese noticia de un hombre natural de esta villa,

Se comprenderá perfectamente mi alegría, una vez que se tenga conocimiento de la calidad de algunos de los autores que afirmaron, sin acercarse siquiera a los linderos de la duda, la nacionalidad italiana de Pizaño. Son, en efecto, tales, que para salir a contender con ellos, se necesita hacerlo armado de bien templadas armas. Hay que advertir, sin embargo, en su obsequio, que ninguno trató de Pizaño en plan de biografía, sino con referencia a un período corto de su vida y casi siempre engañados por el sabor toscano del apellido Pizano, como malamente leyeron en sus investigaciones.

Considero conveniente, a fin de que no se me crea por mi palabra, el rebatir y aclarar semejantes confusiones, pues de ello ha de salir también destacada la sola y única personalidad de Luis Pizaño, aparte del peso que a tan autorizadas opiniones es preciso reconocer.

Entre los autores que de un modo terminante han afirmado ser Luis Pizaño o Pizano italiano, hay que destacar, por su importancia, a Cean-Bermúdez, Varela y Limia y Barado.

Empezando por rebatir a Cean-Bermúdez, copiaremos lo que se dice en su interesante obra con referencia al año 1535: «Luis Pizano el Paduano y Micer Baltasar el Paduano, ingenieros italianos, remitieron en este año unas notas que habían formado acerca de las fortificaciones de Perpiñán». (tomo I, pág. 229) (1).

Desgraciadamente para la verdad histórica, este párrafo contiene casi tantos errores como afirmaciones. Ni Luis Pizaño—que es al que se quiere referir—se nombró nunca el Paduano, ni él ni Baltasar Vianelo el Paduano estuvieron este año en España. Luis Pizaño se pasó el año

que se llamó por su nombre Trompeto, que se dice fué el primer artillero de estos Reynos.» D. Juan Catalina, en sus *Aumentos*, dice a este respecto: «Del Trompeto o Trompeta a quien ensalza como un gran artillero no tengo noticia alguna, ni sé a qué época referirlo, pues los autores españoles que han escrito de historia de la Artillería callan su nombre, sino es que está oculto el verdadero tras de aquél que suena en la relación y que pudo ser un apodo militar.»

Cuando el lector haya leído este trabajo mío y dádose cuenta de la altura artillera de Pizaño, se encontrará como yo predispuesto a creer que con el Trompeto, mote—como sospecha D. Juan Catalina—, se quiso hablar de nuestro héroe, toda vez que la existencia de Pizaños en Auñón, seguramente parientes de Luis, coadyuvaría a que con el tiempo pasado lo quisieran prohijar los de esta villa, ya que él fué bien digno de que lucharan varios pueblos, por contarle como hijo.

No de otra manera se disputan Mondéjar y Tendilla ser las patrias del artillero Francisco de Olibera, muerto de un cañonazo, estando con el gran duque de Alba sobre Santián. (Véanse las relaciones.)

(1) *Noticias de los arquitectos y Arquitectura de España,* por D. Eugenio Llaguno, ilustradas y acrecentadas con notas, adiciones y documentos, por D. Juan Agustín Cean-Bermúdez.

35 en Sicilia a donde había llegado el año anterior, con su compañía, procedente de Coron en la Morea. Desde allí embarcó para Túnez a cuya toma, y a la de la Goleta primero, asistió, volviendo después a Sicilia, para desde allí pasar a Italia y acompañar al Emperador en su entrada en Roma y campaña subsiguiente (1536) en el Piamonte y Francia. Baltasar Abianelo o Vianelo, a quien muchas veces se le llama el Paduano a secas y otras Baltasar Paduano Abianelo, vino a España a principios del año 1541, nombrado ingeniero por el Emperador, según título fecha 10 de noviembre de 1540, suscrito por aquél en Lieja, en donde también se encontraba el Paduano. Copio en el apéndice dicho título, por confirmar lo anterior y por curiosidad. Micer Baltasar sí debió de ser italiano; consta que fué a Flandes llevado por el Emperador, para entender en las fortificaciones de aquel país, y consta también que tenía su mujer e hijos en Italia a donde volvió pronto, después de breve permanencia en España, por no vivir separado de ella. El sobrenombre de el «Paduano» que se le da en muchos documentos, no parece dejar duda sobre su verdadera nacionalidad. Respecto a Luis Pizaño, jamás se le nombró el Paduano, y no cabe duda de que fué un error del cajista el consignarlo así.

Pero todavía no terminan aquí las afirmaciones del citado libro, pues dice más adelante, que en 1539 Luis Pizano fué nombrado Ingeniero Principal, y que bajo su dirección «construía en este mismo año Henrique Gilabert las obras de Perpiñán, de Elna y de otras plazas españolas del Mediterráneo, como todo consta en el Real Archivo de Simancas». También tiene mucho adelantado el anterior aserto para ser falso. Es cierto que Luis Pizaño entendió en las obras que se citan, pero no el año 1539, sino desde el 1542 en adelante, pues Pizaño vino a la Península con el Emperador, procedente de la jornada de Argel, debiendo desembarcar en Cartagena a fines de 1541 (1).

Consta que Luis Pizaño fué nombrado capitán de la Artillería del Ducado de Milán en 1536, cuando quedó el Marqués del Gasto de Capitán General de dicho Ducado a la vuelta del Ejército Imperial, de la malograda expedición a Marsella. Permaneció allí el año 37 y el 38, siendo confirmado en su puesto por la instrucción que en 1539 firmó el Emperador en Madrid referente a su Ejército de Milán.

(1) El mismo Cean dice a continuación que Luis Pizano dirigía en 1543 las obras de Perpiñán, Barcelona y Rosas, lo cual es cierto si ponemos Pizaño en vez de Pizano.

Esta afirmación la recogieron Madoz en su *Diccionario;* Gómez Arteche en *Guerra de la Independencia* y Guiu en el *Año Militar Español*, aun cuando cita también en otro lugar a Luis Pizano, pero sin ligarlo con el Pizaño de Rosas.

La conducta sin tacha de Pizaño durante los motines de 1537 en aquel ejército, y que se desprende de los documentos que copiaré, le hicieron digno de aquel puesto. Consta también que seguía en él, los años 1540 y 1541 y que cuando el Emperador nombró Capitán General de la Artillería del ejército que debía asistir a la jornada de Argel a D. Pedro de la Cueva, Comendador Mayor de Alcántara, éste, que se hallaba en España, le escribió suplicándole llevase consigo a Luis Pizaño, pues sin él no haría cosa buena, y en tal concepto Pizaño se embarcó en Italia para Argel, habiendo sido el alma de los preparativos que en lo referente al ramo de artillería y material de campaña de ingenieros se hicieron en Milán. Ya hemos dicho que desde Argel vino a España, según él mismo asegura en una de sus cartas.

No niego que durante los años 1539 y 1540, que hubo paz en Italia, pudo ser enviado Pizaño a España, siempre con carácter provisional, a reconocer las fortificaciones del Rosellón y Cataluña y dar sobre ellas su autorizada opinión; pero como yo he leído todo lo que hay en el Archivo de Simancas en los departamentos de Guerra y Estado, referente al año 1539, y no aparece por ningún lado Pizaño, me permito asegurar que no estuvo en España este año (1). Y aquí llega el caso de consignar que los papeles de Simancas, referentes al departamento de Guerra, no están desde muy antigno, y en lo que se refiere al siglo XVI, en el or-

(1) Relacionado con este asunto he encontrado lo siguiente: Una carta del Emperador al Cardenal de Toledo, su fecha a 11 de noviembre de 1540 (S. E. l.º 498), en uno de cuyos párrafos pone: «Será necesario que lleve el dicho D. Juan las trazas y memoriales de la obra que se ha de hacer en Perpiñán y en los otros lugares de aquella frontera, que se hicieron cuando yo la visité y que están en poder de Micer Benedito, o Pedro Dávila podrá dar razón quién las tiene, porque yo he mandado que, además del ingeniero que ha de ir de Génova a ver las dichas obras, vaya de aquí [no dice el nombre del ingeniero, que se pondría después llenando el blanco] que me envió de Milán el Marqués del Gasto para ver la obra de Gante, que es persona bien entendida en fortificaciones para que resida en Perpiñán y dé orden en las obras, etc., etc.» Este ingeniero, cuyo nombre no se indica, es el Paduano, a quien en Lilla firmó el Emperador, el día anterior al de escribir la carta al Cardenal, su título y que vino, en efecto, a España. Micer Benedito, de quien se habla, es Benedicto de Ravena, ingeniero que hacía años prestaba servicio en España, y el llamado D. Juan es D. Juan de Acuña, Maestresala del Príncipe Don Felipe, y que iba al Rosellón a encargarse de Perpiñán. Por último, el ingeniero que se supone en Génova enviado por el Marqués del Gasto pudiera haber sido Pizaño; pero no debió realizar el viaje, por las razones que digo en el texto. Acaso fuera Juan María, ingeniero también a las órdenes del Emperador, que en 1535 asistió a la toma de la Goleta, y que, según una carta del Virrey de Cataluña al Comendador Mayor de León, su fecha 15-XII-1542, (S. E. l.º 283), se esperaba para encargarse de la fortificación de Perpiñán. Juan María no vino a España, por haberse encargado Pizaño de las obras.

den cronológico que en los registros se indica. Y digo más; no es fácil que hoy puedan colocarse, a menos de hacer un profundo estudio de todos ellos y de los asuntos que en ellos se tratan, pues hay muchísimos que no tienen fecha de su época y al exterior una mano poco avisada colocó en fecha posterior—y anterior a encargarse el ilustrado Cuerpo de Archiveros de aquel Centro—las que pudo parecer pertinentes, pero que en muchas ocasiones no lo han sido. Son bastantes los casos que pudiera citar y que han inducido a errores de consideración, y desde luego en el cuerpo de los documentos que copiare, podrá notar el lector algunos. Así, pues, ateniéndonos a los de Estado, que por ser en su mayoría cartas con sus correspondientes fechas, no dejan lugar a dudas, puedo asegurar que Pizaño no vino a España en 1539 y desde luego que no fué nombrado en dicha época ingeniero principal. No tengo la menor duda; Cean fué sorprendido en su buena fe y atribuyó a algunos documentos o las falsas fechas de que he hablado o las de otros documentos de aquella fecha, entre los cuales malamente habían sido incorporados aquéllos (1).

Pasando ahora a lo que dice el ilustrado ingeniero militar Varela y Limia (2), encontramos lo siguiente: Después de hablar del famoso ingeniero italiano Juan Bautista Calvi, muerto en España en 1565, y siguiendo una relación de ingenieros que supone extranjeros y en su mayoría italianos, dice: «Reemplazó a Calví dignamente Jácome Palearo, conocido con el nombre el il Fratino, distinguiéndose igualmente en nuestro país por sus numerosos e importantes trabajos de fortificación, en la propia época, el conde Hugo de Ceseno, Baltasar Paduano Abiando (sic), *el capitán de artillería Luis Pizano*, Jorge Sistara, Agustín Amodeo, Esteliani, *Luis Severa*, etc., etc.» Es cierto que la mayor parte de los ingenieros citados son italianos, pero en lo que se refiere a Luis Pizano y Luis Severá, esta afirmación no tiene más fuerza que la que le presta el nombre

(1) Es también comprobación de lo mismo el hecho de que en 1539 no preocupaban al Emperador grandemente las fortificaciones del Rosellón. En las Instrucciones que dió a San Francisco de Borja cuando fué de Virrey a Cataluña *(Sanctus Franciscus Borgia,* Tomo I, página 552, publicación de los P.P. Jesuítas), cuya fecha es de 26 de junio de este año, no le habla de aquellas fortificaciones. Más tarde—15-IX-1540—en carta en que le da cuenta de la toma de Gibraltar por los turcos, ya le dice que vaya al Rosellón y que sin dar sospecha ni mostrar desconfianza, visite las fortificaciones. Esto está de acuerdo con lo que hemos dicho en la nota anterior, y desde luego lógico, pues no parecía natural atraerse las sospechas de Francisco I, habiéndose firmado las treguas de Niza en 16-VI-1538. En cambio, el peligro turco, justificaba siempre la fortificación de las plazas marítimas, como sucedía con Barcelona, de la cual le habla en la citada Instrucción.

(2) *Resumen histórico del Arma de Ingenieros* (página 86).

de su autor, muy respetable, pero que en esto, como en otras muchas afirmaciones, cometió errores de importancia. Luis Severá es casi seguramente Luis Scrivá (1), ingeniero que trabajó en España y que fué probablemente español como lo demuestra la corrección del lenguaje que en sus cartas se nota. Esta afirmación no es mía sino que es de Aparici, el cual lo manifestó así al general Zarco en un capítulo de errores que, sobre la obra de Varela, escribió de orden de aquél, y que se conserva en el Archivo del Museo de Ingenieros.

Lo que sí es cierto es que Luis Scrivá estuvo en Italia y que vino a España desde Milán, cosa análoga a lo que le pasó a Pizaño, el cual desde fecha desconocida hasta el 1541, en que vino a España, anduvo fuera de su patria rodando tras las banderas del Emperador y coronándose de gloria en Grecia, Africa, Francia y más que nada en Italia, desde donde partió siempre para aquellos otros teatros de operaciones. Si a esta larga permanencia en Italia, que dejó en su estilo epistolar no pocas remembranzas de la lengua toscana, se añade la consiguiente equivocación del apellido que le deja reducido a Pizano, y el sabor que éste tiene desaparecen todas las dudas de que Varela no tuvo razones de peso para hacer la afirmación ya dicha y que aceptó, desde luego, por conocer su procedencia de Italia y no tener necesidad de más averiguaciones, que Luis Pizaño era italiano.

Tampoco tiene importancia la afirmación de Barado (2), pues que sólo por incidencia habla de él y con el mismo nombre y ocasión que Varela y Limia, de quien sin duda lo copió.

Como se vé por los párrafos anteriores, todos los autores que afirman ser Pizaño italiano, lo han hecho teniendo en cuenta datos incompletos y refiriéndose exclusivamente a los trabajos realizados por aquél en la Península, a la cual vino inopinadamente, y después de una larga permanencia en el extranjero.

El coronel Aparici, que tantos años trabajó en Simancas y vió bastantes documentos referentes a Pizaño, advirtió de un modo claro la doble interpretación de su apellido, aunque no llegó a definir su nacionalidad, como se demuestra en lo que respecto a él escribió en sus informes.

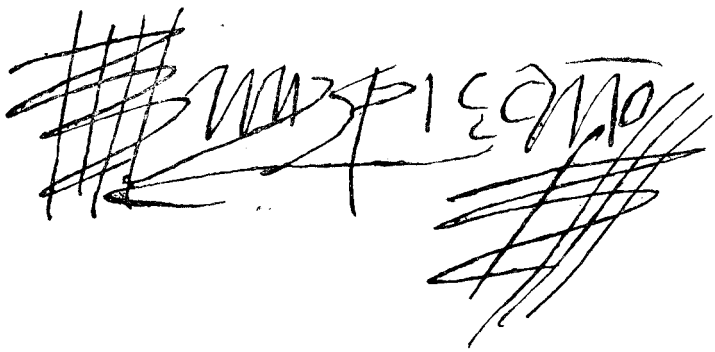
En la segunda parte de él dice: «Luis Pizaño. Aunque no sé de fijo el origen y procedencia de este sujeto, los documentos de su tiempo dan a conocer que era persona muy entendida, tanto en el ramo de Arti-

(1) No conviene confundirle con el célebre Comendador Pedro Luis Scrivá, autor de los diálogos sobre las fortificaciones de Nápoles, de quien tanto hemos hablado.

(2) *La vida militar en España*, página 108.

llería como en el de Fortificación; de modo que casi se puede asegurar que de todo sabía menos escribir, sus letras, a pesar de ser como avellanas, no es fácil descifrarlas (1). Como ingeniero trazó obras en el Castillo de Perpiñán y entendió en las primeras defensas de Rosas, Barcelona y frontera del Rosellón con Benedicto de Rávena, y como artillero en la artillería, particularmente en la remesa de 200 piezas cogidas al Landgrave y otros en Alemania, que por orden del Emperador se trajeron a España en 1550 y desembarcaron en Laredo, donde murió de repente hallándose recibiéndolas allí.»

En la tercera parte de su informe, que se refiere a los ingenieros



Facsimil de la firma de Pizaño, calcada de la carta escrita por éste al secretario Vázquez de Molina, el 1 de julio de 1548 (S. E. l.° 644).

dice el citado coronel, cambiando esta vez el apellido, cosa únicamente justificable por el sinnúmero de documentos revisados y la rapidez con que se vió obligado a proceder dado el inmenso trabajo que echó sobre sus hombros, pero más que nada por la mala corrección de pruebas, pues se refiere, como se verá, al mismo Pizaño: «Luis Pizano. Desde 1542 a 1550. Luis Pizano fué Teniente Capitán General de la Artillería y aún tuvo el mando interino de ella conforme se ha visto en la segunda parte (2); pero su afición predilecta fué la ciencia de ingeniero, así que no hubo pensamiento o proyecto en España y la Península, en su tiempo, en que no tuviese más o menos parte. En 1542 estuvo en Pamplona con el objeto de reconocer y mejorar sus defensas y las del antiguo Castillo

(1) Esta afirmación poco tranquilizadora de Aparici me preocupaba al ir a Simancas. Afortunadamente con no ser buena letra la de Pizaño, no es de las peores —para descifrada— que en el siglo XVI se suelen encontrar. (Nota del autor.)

(2) Lo hace presente en uno de los incisos de dicha parte. (Idem íd.)

que en el día no existe. En 1543 reconoció a San Sebastián y proyectó la parte de muralla llamada de Zurriola. En Perpiñán proyectó otras obras en su antiguo Castillo, que tampoco existe, y, por último, se halló en el reconocimiento hecho por el Virrey Marqués de Aguilar, Benedicto de Rávena y el Coronel del Regimiento de los Alemanes, de las antiguas defensas de Barcelona, con objeto de mejorar y de habilitar las de campaña contra las tentativas que pudiera hacer Barbarroja anclado con sus naves en Marsella. Ocupado desde dicho año en asuntos pertenecientes a Artillería, consta que murió de repente en Laredo en octubre de 1550.»

Los párrafos anteriores demuestran de un modo claro que Aparici se penetro del apellido verdadero de nuestro biografiado, que repite sin cesar en otros varios pasajes del libro.

La equivocación del escribiente o cajista al hablar de él en la tercera parte es una prueba, e hilo para explicar las sufridas por los otros autores citados (1). Por lo demás, las afirmaciones de Aparici en lo de la Jefatura de la Artillería, coincide con lo dicho por los autores de la relación de Pastrana, villa que puede estar orgullosa de contar entre sus hijos un militar tan distinguido. Esta y las demás afirmaciones en la relación contenida se verán justificadas en el resto de este trabajo.

Pasando ahora a averiguar la época del nacimiento de Pizaño, debo confesar que he sido menos afortunado que al tratar de fijar su patria. En este punto, tras ímprobo trabajo, he tenido un resultado satisfactorio, cosa que me ha sido imposible conseguir en el otro extremo de la fecha de su nacimiento.

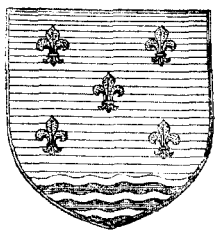
Desde luego, los Archivos de Pastrana que he consultado nada dicen, lo cual, por otra parte, es natural, dada la remota fecha probable de su nacimiento. Los datos que para fijarla de un modo definitivo tengo, son primeramente, las referencias que, en su *Miscelanea*, hace D. Luis Zapata, de Pizaño. En los párrafos que con el título de la «Academia del Gran Capitán» dedica a los sobresalientes militares que a su lado se formaron, y fueron soldados suyos, hace una relación de ellos terminándola con las siguientes palabras: «... y finalmente Luis Pizaño que yendo a reconocer a Marsella mató allí dos franceses, y entraron con hábito tudesco en el campo horrendo de la liga de los alemanes él y D. Alvaro de Sande; y otros muchos, que el buen maestro saca buenos oficiales». Prescindiendo

(1) La facilidad de equivocarse con este apellido la ha demostrado últimamente el autor de la *Guía histórica y descriptiva de los Archivos, Bibliotecas y Museos Arqueológicos de España*, pues en la página 187 se dice, hablando de los legajos de Estado correspondientes a la Corona de Aragón, que contienen «Obras de Luis Pizano».

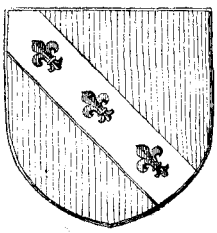
por ahora de estas aventuras de Pizaño, toda vez que con más detalles han de ser estudiadas después, recogeremos la afirmación de haberse educado Pizaño en la Escuela del Gran Capitán y, por lo tanto, seguídole en sus campañas.

La afirmación de Zapata, no comprobada por mí en ningún otro documento, es sin embargo de gran importancia, pues, como se sabe, este escritor nació en 1532 y a los once años, o sea en 1543, ya anduvo en la Corte y debió conocer a Pizaño que en este año, y en los dos siguientes, residía, con gran relieve, y siempre en comunicación con gente principal en la corte misma del Príncipe D. Felipe en Valladolid.

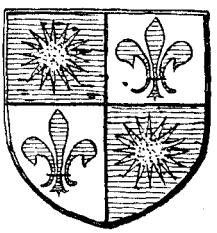
Otro dato que puedo citar, y que al caso hace referencia, es un párrafo de una carta del propio Pizaño al Emperador, escrita en 16 de octubre de 1543, en la cual le dice que teme *que al cabo de su vejez* le venga la deshonra.



a).



b).



c).

a). Escudo de la familia española Pizaño, según Argote de Molina.

b). Escudo de la familia Pessanha, de Portugal, según un manuscrito de la Biblioteca Nacional, cuya signatura es K. 194, y que parece corresponder a fines del siglo XVI o principios del XVII.

c). Escudo que acompaña a una ejecutoria dada en Valladolid el 14 de septiembre de 1566 al Capitán Bernabé Díaz Pizaño, y que es probable haga referencia a este último apellido.

No es fácil deducir a qué edad se consideraba Pizaño viejo; pero teniendo en cuenta lo muy trabajado que su cuerpo se encontraba ya en aquella época, las muchas fatigas pasadas, amén de seis heridas, por lo menos, que en diversos combates había recibido—todo lo cual, no obstante, no le impedía el montar a caballo y cumplir con sus más penosos deberes militares—parece no deben atribuírsele en el citado año 43 mucho más de sesenta años (1). Así, pues, inclínome a creer no marchara con el

(1) Como anciano y como viejo califica Cervantes a Mauricio, el padre de Transila *(Persiles,* lib. 1.º, cap. XI), al manifestar que sería como de edad de sesenta años. Si esto es cierto, verá el lector cuán mal sentaba a nuestro héroe la segunda parte del antiguo refrán que dice: «de cincuenta el caballero, rehuya mujer y acero».

Gran Capitán a Italia la primera vez y sí la segunda, o sea el año 1500; en el cual podrán suponérsele veinte años a lo menos y ser por lo tanto nacido hacia 1480.

Siendo esto esto así, y no teniendo en 1524 más que el empleo de sargento (1), hay que convenir en que, hombre de extraordinarias condiciones y de verdadero mérito, tuvo que salir a la superficie en lucha desigual contra la suerte adversa y la falta de padrinos, subiendo pesadamente la, para los hombres dignos, áspera senda de los honores. Más tarde no le faltaron buenas amistades, pero, como veremos, fueron adquiridas imponiéndose por sus conocimientos y cualidades, por lo cual fué reclamado siempre que se presentaban problemas difíciles de Arte Militar y era preciso encontrar quién «metiera el hombro» con valor, energía e inteligencia. En una palabra, que *fué de los que cavaron*, que era precisamente lo que no le gustaba al frailecito del cuento.

(1) Marcos de Isaba, que años después escribió—*Cuerpo enfermo de la milicia española*—sobre las edades a que en su concepto debían servirse los diversos empleos, supone el de sargento bastante antes de los treinta años. Es sabido que en el Renacimiento español, después del capitán venía el alférez y después el sargento y los cabos de escuadra. El sargento y los cabos de escuadra tenían categoría de oficial, pero de todos modos, la edad de Pizaño en aquel empleo fué realmente exagerada.

CAPITULO II

(¿1500?-1530).

Primeros pasos de Pizaño en la vida militar a las órdenes del Gran Capitán. Su atrevida conducta en la campaña de 1523. Combate personal en el sitio de Marsella de 1524, en el cual es herido. Batalla de Pavía. Asalto de Roma y doble herida recibida al asaltar de los primeros el muro. Sitio de Nápoles. Campaña de la Pulla. Motín de Aversa. Pasa Pizaño a Sicilia en 1530.

Inútiles han sido cuantos trabajos he realizado para averiguar nada que se refiera a los primeros pasos de la vida militar de Pizaño. La única noticia referente a este asunto es las que nos proporciona D. Luis Zapata en el lugar ya citado. Hácele discípulo del Gran Capitán y como tal, y según lo ya dicho, parece lógico suponerle asistiendo a su campaña de 1500 y siguientes, y tomando parte en todos aquellos hechos de armas, que tan alto pusieron el nombre español en Italia.

Nada de particular tiene este silencio de las crónicas, pues era por entonces sobrado modesta su persona para que su nombre resonara entre los que, ya más entrados en años y con más representación, atraían constantemente con sus hechos la atención de los escritores (1).

Nada, por consiguiente, es posible conjeturar sobre su presencia en los variados hechos de aquellas campañas ni asegurar su presencia más

(1) Si no se habla de Pizaño, que sería en el Garellano un simple soldado, sí se habla con elogio—*Petri Martyris Epistolar*, lib. XII—de su convecino el alférez Alonso de la Parra, natural de Pastrana, que en esta batalla, no obstante haberle llevado una bala de cañón la mano derecha con que sostenía la bandera, siguió la persecución del enemigo, sosteniendo aquella con la mano izquierda; por cuyo hecho fué recompensado por el Gran Capitán con una buena pensión. Paulo Jovio, sin embargo, atribuye este hecho a un individuo llamado Hernando de Illescas, y lo mismo dice el autor de la *Crónica Manuscrita* del Gran Capitán (publicada por Rodríguez Villa).

tarde, en 1512, en la tan renombrada batalla de Ravena. Y como no soy muy aficionado a fingir historias y sí sólo de atenerme a lo que los documentos de sí arrojan, acudiremos al fraile Oznaya (1), el cual tengo para mí debió conocer personalmente a Pizaño, si no por Lombardia, en que juntos combatieron, por Valladolid y año 1543.

Bien conocidas son las consecuencias que tuvo la liga que, para destruir a Francisco I, se firmó en agosto de 1523 entre Carlos I, Enrique de Inglaterra, el Archiduque Fernando y la mayor parte de los Estados Italianos. Puesto en armas el ejército aliado, dióse el mando de él al célebre Próspero Coloma.

Formaron parte de este ejército los 5.000 infantes que el Papa Adriano había traído de España, y que, a no intervenir las pasiones de los príncipes cristianos, debieron emplearse, ya que no en el socorro de Rodas, entregada el 1522 a Solimán, por lo menos en oponerse al crecimiento de este esclarecido príncipe, cosa que mucho deseó el Papa Adriano, aunque no pudo verla realizada por no poderse evadir de entrar en la liga, a la cual le arrastraba el cariño y agradecimiento que a su imperial discípulo debía.

Para oponerse a este ejército, armó Francisco I otro no menos florido compuesto de 20.000 hombres, a cuya cabeza debió ponerse el mismo Monarca, frustrándose su designio por la traición del Condestable de Borbón, descubierta por entonces. Imposibilitado de hacerlo, dió el mando del ejército que debía invadir el Milanesado y luchar con el ejército aliado, al Almirante Bonnibet, caudillo que, si estaba dotado de valor personal, carecía de los talentos necesarios para llevar a feliz término la empresa que le había sido encomendada.

No era tiempo ya de ayudar a la guarnición francesa de Milán que, agotados sus recursos, habíase entregado a Próspero el 25 de julio de 1523, tras algunos movimientos que no nos precisa detallar. Diremos sólo que el Almirante, que consiguió llegar ante los muros de Milán, tuvo que retirarse amparándose al Tesino y por fin, ante el temor de ser envuelto, se vió obligado a recogerse en Novara en espera de los 6.000 suizos que, procedentes de sus cantones, debían incorporársele reforzando su ejército. No consiguió la reunión apetecida, y apretado en aquella posición, tuvo retirarse de nuevo buscando amparo en las aguas del río Sessia.

En esta retirada a campo raso no fué tan activamente perseguido como por lo visto deseaban Borbón—ya incorporado al ejército con el

(1) *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del Rey Francisco de Francia.* Tomo XXVIII de la Colección de Inéditos para la Historia de España.

título de lugarteniente del Emperador—y Pescara. Nuestros historiadores culpan a Lannoy, encargado del ejército por muerte de Próspero, el cual con su prudencia excesiva dió lugar a que Bonnibet pudiera acogerse al Sessia sin descalabro alguno.

Por fin, el Almirante, sin conseguir que se le uniesen los suizos, que según algunos historiadores llegaron a estar a una jornada—en Gatinara—pasó el río por Romagnano. El paso del río fué ya dificultoso y hostigado por la vanguardia del ejército imperial, resultando herido el mismo Bonnibet.

Decididos ya los cabos del ejército imperial a que la persecución se hiciera esta vez tan enérgica que no diese lugar a los franceses a rehacerse, pasan el Sessia el 30 de abril y siguen con encarnizamiento al ejército de Bonnibet. Fué a poco de pasar el río cuando, habiendo caido en poder de los españoles dos piezas, a la entrada de un bosquecillo, retornó el heroico Bayard con su caballería para recobrarlas, recibiendo en el encuentro las heridas por donde salió el alma hermosa con que Dios le había dotado.

Siguieron los franceses su retirada y éste es el momento que aprovecha Oznaya para decirnos que «vista la proximidad de los Alpes y la furia con que los franceses huían, decidieron los capitanes terminar la persecución acordando ser buen consejo el de Próspero Coloma, que decía que el buen capitán con el carro había de tomar la liebre, y cuando el enemigo huyese se le había de hacer la puente de plata (1); con todo, alguna gente desmandada los siguió, entre los cuales iba el capitán Luis Pizaño, que a la sazón era sargento del capitán Ribera, hombre cierto digno de ser estimado entre los de nuestros tiempos por sus virtudes y ánimo. Deste se puede decir, *rara avis in terra*, por ser tan cristiano y temeroso de Dios. Entre todos sus contemporáneos jamás nadie le oyó tomar el nombre de Dios en su boca, sino para loarle o encomendarse a él (2), y hizo maravillosas hazañas en armas, ansí siendo sargento

(1) Parece que este refrán debe ser de origen italiano, pues aparte de lo que dice aquí Oznaya, Barrantes Maldonado en el *Saco de Gibraltar por los turcos en 1540*, dice que entre italianos es muy usado el proverbio: Al inimico fale la ponte d'argento e lassalo andare. (Nota del autor.)

(2) Esta costumbre de jurar, que por lo visto estaba muy generalizada en el Ejército en esta época, debió un siglo después decaer, afortunadamente, si es cierta la afirmación que Quevedo—*El Buscón*. X—pone en la mente de éste cuando, marchando por la sierra de Guadarrama con el soldado y el ermitaño, éste reprendía al soldado lo mucho que juraba y contestándole «Bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprehende mi propio oficio», piensa el Buscón: «diome a mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca y eché de ver era algún picarón,

en el cerco de Marsella como después; siendo uno de los primeros, por no decir el primero, que se lanzó dentro de Roma que con tener pasadas ambas las piernas de dos escopetazos, se arrojó del muro abajo, que no era poco alto, dentro entre los enemigos. Este es el que justamente merece la gloria de la defensa de Coron contra todo el poder del turco. Finalmente, es uno de los de nuestro tiempo a quien con más justo título se le debe dar corona de valiente guerrero y prudente y sabio capitán. Este, pues, fué aquél que a la sazón que digo, con pocos arcabuceros y algunos piqueros de a pie, siguieron más de 20 millas el alcance de los franceses peleando con su retaguardia y sacándoles muchas veces los carros de dentro de los escuadrones franceses, hasta que entrados en los Alpes, por la aspereza de la tierra, no los pudo más seguir y se volvió al campo».

Retirados los franceses y arrastrado, si así puede decirse, el ejército imperial a invadir la Provenza, por el Condestable de Borbón (1)—que ardía en deseos de castigar a Francisco I, por su conducta que a aquel extremo de traición le había traido— lo hizo poniéndose al frente del ejército invasor el mismo Condestable, llevando consigo a Pescara con 5.000 españoles, 7.000 alemanes y 5.000 italianos y 1.000 entre caballos ligeros y hombres de armas (2), y quedando el Virrey con Leiva y Alarcón para la defensa de Italia. Pasó el ejército imperial los Alpes por el coll de Tende, que une la cuenca del Stura con la del Roya, encontrándose así en la vertiente del Mediterráneo y yendo a parar a Niza. Reunido allí con la artillería, que por mar a este punto había llegado, siguió adelante su marcha hasta dar vista a Marsella el 19 de agosto de 1524, plaza que procedió a sitiar en seguida.

Célebre fué este sitio, por encontrarse perfectamente fortificada Mar-

porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia, cuando no de todos».

En las *Zahurdas de Plutón*, Quevedo corrobora su anterior afirmación, pues habla muy bien de los soldados, a los que pone camino del cielo. (Nota del autor.)

(1) No debe atribuirse solo a Borbón el haber aconsejado esta expedición contra Marsella. Según puede verse en las cartas de Lope de Soria publicadas por Rodríguez Villa, entre otras correspondientes a esta época, el Emperador fué aconsejado de continuo por su agente, en el sentido de tomar a Marsella, como medio de concluir mejor con su rival.

(2) Como es bien sabido, las dos funciones tradicionales de la Caballería, el choque y la exploración, la ejercían en esta época los *hombres de armas* y los *caballos ligeros*, expresiones ambas en que se compendiaba el conjunto de hombres y caballos prestos para su misión. Por lo demás y como preliminar de ésta, cada hombre de armas llevaba varios auxiliares encargados de la armadura de hombre y caballo, armas, etc., etc.

sella y por la energía demostrada en la defensa por Renzo de Cheri que, según Oznaya, tuvo particular gracia y saber para fortificar el pueblo que él quería. Este contaba con 5.000 italianos y con el auxilio decidido de la población civil, en la cual aún vivían las tradiciones de la no cariñosa *visita* hecha años atrás por Alfonso V de Aragón (1). Por parte de los sitiadores se recurrió a cuantos medios podía proporcionar la poliorcética de la época. Y no podía ser de otro modo, toda vez que al frente de los trabajos técnicos del ataque se hallaba el ingeniero más ilustre de aquella época, al par que artillero distinguidísimo. Me refiero a Tadino de Martinengo, prior de Barleta—ya citado en el Discurso Preliminar —el cual hacía poco tiempo había entrado al servicio del Emperador como jefe de su artillería (2).

Con tales técnicos en el ataque y la defensa puede suponer el lector la escuela que durante los cuarenta y dos días que duró el sitio de Marsella se abrió para los que, amantes de la carrera de las armas, deseasen profundizar sus conocimientos en ramas tan importantes como las de artillería y fortificación. Y allí estaba Luis Pizaño, todavía sargento del capitán Ribera, al cual la sangre no le dejaba por lo visto dedicarse al estudio con tranquilidad.

Veamos lo que nos dicen Oznaya y su copista Sandoval y el historiador Mexía. Dice Oznaya: «Andando en la obra de las trincheras, pasaron hermosas escaramuzas y algunas peligrosas, dado que a Dios gracias siempre los nuestros llevaron la mejor, haciendo volver a los enemigos mal de su grado al fuerte y muchas veces las manos en la cabeza.

»Un día, estando el marqués de Pescara y el del Vasto, junto a las trincheras, que eran muy cerca del muro de la ciudad, salió de dentro un soldado, al parecer hombre para emprender cualquier hazaña animosa; venía en calzas y jubón con un cuero bien cortado y pulido; su espada

(1) Alfonso V de Aragón al regresar de Nápoles en noviembre de 1423, con una escuadra de 18 galeras y 12 naves, quiso dar un golpe de mano al puerto de Marsella que pertenecía a su rival el Duque de Anjou que le disputaba la Corona de Nápoles. Rompiendo con las proas de sus naves la fuerte cadena que cerraba el puerto, las tropas aragonesas asaltaron, saquearon y quemaron la población, que abandonaron al día siguiente, dejando en sus moradores el desagradable recuerdo que es de suponer.

(2) Obtuvo este nombramiento cuando se le presentó en Pamplona como enviado de la Orden de San Juan para pedirle la isla de Malta para su nueva residencia, pues que Rodas donde antes habían residido los Sanjuanistas, había caido en 1522 en poder de los turcos, no obstante la heroica defensa llevada a cabo por los caballeros, entre los cuales se distinguió por sus conocimientos Tadino, entrado en la plaza durante el sitio.

ceñida y una buena pica de fresno en sus manos; sólo traía un gorjal de malla y un morrión. En saliendo de la ciudad por un postigo que en aquella parte junto a una torre estaba, hizo señal de seguridad y pidió en italiano, de cuya nación él era, que saliese un buen soldado a escaramuzar con él, porque deseaba *probarse con un buen espanol*; y pensando que la seguridad que había pedido era cierta, el sargento Luis Pizaño, como dije, del capitán Ribera, que a la sazón allí se halló, tomada licencia, sin otras armas sino su espada, se fué para el enemigo, y comenzando de singular batalla, no tardó mucho en conocerse la ventaja *de nuestra parte;* lo cual viendo los enemigos, tiraron un arcabuzo desde el torreón y dieron al valiente Pizaño por una parte de la boca en la quijada baja y derribándole las muelas de aquella parte de la boca, fué a salir la pelota junto a lo bajo de la oreja, cosa digna de ser tomada en mucho. Con ser grave y peligrosa la herida, ningún semblante hizo de sentimiento, más de escupir sus muelas y lanzar mucha sangre de la boca; y con esto dió tanta priesa a su enemigo, que a poco rato lo dejó por muerto en tierra. E yendo a otro que había salido a socorrerle, le hizo dejar la pica e ir huyendo a acogerse a la ciudad; y ansi vino a se curar trayendo las armas de los dos enemigos.»

Este combate que tan alto pone el nombre de Pizaño, demuestra su deseo de distinguirse y las condiciones corporales que para el buen ejercicio de las armas tenía. No tardaremos mucho en verle demostrando que el valor físico no amenguaba en él las facultades intelectuales, ya que tan alto rayó en sus conocimientos técnicos que le colocan, como veremos, en el número de los profesores que tuvo aquel genio de la guerra que se llamó el Duque de Alba.

Copió Sandoval en su *Historia de Carlos V* esta aventura y contribuyó a divulgarla. Copiaremos ahora el principio del párrafo que en el libro de Pedro Mexía, por desgracia inédito, se dedica a la misma. Helo aquí: «y pasaron [en el sitio de Marsella] cosas que merecían memoria particular; pero, pues, lo mucho que me queda por andar no da lugar a ello, contemos una sola cosa que sirva de muestra y ésta es un trance que pasó *a un muy valiente soldado español* llamado luys picarro (1) que ya otras veces se había señalado en la guerra y fué de esta manera, etc., etcétera». Continúa la relación muy parecida a la de Oznaya.

Nuevo Polidamas llama el conde de Clonard a Pizaño al tratar de esta aventura que cuenta de modo análogo a como lo hace Oznaya, bien

(1) Sic, pero en el trascurso de la relación pone el manuscrito otras veces luys picano. En esta relación y en la de Oznaya hemos subrayado aquella parte que confirma la nacionalidad de Pizaño. (N. del A.)

que con introducir las variantes—para mí no justificadas—de llamarle cabo, decir que estaba lleno de cicatrices y que se distinguía entre sus compañeros por un vigor y una agilidad sorprendentes. Sospecho que lo de cabo fué un error de pluma, lo de las cicatrices confusión del capitán Luis Pizaño, que efectivamente tuvo muchas, con el mismo cuando era sargento en Marsella, y del cual no he podido encontrar nada que certifique este aserto. Por último, lo de la agilidad y soltura, una apreciación que puede deducirse de las condiciones en que tuvo lugar este combate unido a lo ya dicho en la persecución del ejército de Bonnibet.

El Sr. Guiu también copia esta aventura y la relata de modo análogo, viendo en la persona del sargento español, del capitán Ribera, al futuro jefe de la Artillería española en 1545, pero no sospechando fuese éste también el Luis Pizano que dice proyectó las obras de Rosas en 1543. La índole especial de su trabajo justifica debidamente esta confusión, según ya hemos manifestado antes de ahora.

También el Sr. Arantegui hizo relación de este combate de Pizaño y como Guiu, vió en el modesto sargento al artillero distinguido, y así no se le ocurrió nunca la duda de que no fuera español (1).

Por último, debemos recordar que Zapata en su *Miscelanea* hace referencia también al suceso de Marsella, expresando que Pizaño mató a dos franceses.

Continuando ahora nuestra relación, he de manifestar que no tengo más que añadir del sitio de Marsella que haga referencia a Pizaño, pues nada más dicen los autores que he consultado. Y no hay que extrañarse de ello, pues amontonándose los sucesos, como en aquella época sucedía, y siendo tantos los nombres de los que en ellos se distinguieron, sólo surge alguno cuando la importancia del hecho o su notoriedad conduce a algún historiador a relatarlo.

El sitio de Marsella se tuvo que levantar por la enérgica e inteligente defensa que hizo el romano Renzo, ocurriendo este hecho el 29 de septiembre. La retirada se hizo por la costa, y el ejército fué a parar a Milán para tener que evacuarlo en seguida por la presencia del ejército francés mandado por el propio Francisco I. Respecto a Pizaño es lógico

(1) Es fácil comprender que Arantegui al hablar incidentalmente de Pizaño como artillero pudo ligar fácilmente al sargento de la aventura de Marsella con el jefe interino de la Artillería española, cuyo título, copiado por Salas, examinó, y en el cual se le llama claramente Luis Pizaño. No me sucedió lo mismo a mí que al acercarme más al Pizaño ingeniero, tropecé primero con Llaguno, Varela, etc., que llamándole Pizano lo suponían italiano, dando lugar al ímprobo trabajo de averiguar su verdadera nacionalidad, según lo expresado anteriormente.

suponer curaría pronto, pues la herida con ser de mucho aparato, no parece debiese interesar órgano importante alguno.

No vuelve a sonar su nombre, sin embargo, en hecho determinado hasta el asalto de Roma el 6 de mayo de 1527, en el cual, como hemos visto, fué herido en ambas piernas, lanzándose, a pesar de ello, del muro abajo.

Pero si de un modo terminante no consta, es lógico suponer que después de su retirada de Marsella tomó parte en todas las operaciones que terminaron con la batalla de Pavía. En ella consta por Sandoval y Oznaya, estuvo su capitán Juan de Ribera.

No me he entretenido en copiar documento alguno de esta época por ser sobrado conocida, no ya sólo por los escritores contemporáneos, sino por la colección de inéditos (1) que publicó el incansable e inteligente Académico de la Historia Sr. Rodríguez Villa. De esta colección entresaco, por ser pertinente a mi propósito, la relación que trae (Apéndice I) de los capitanes que en diciembre de 1525 había en el ejército imperial y de nacionalidad española. Figura entre ellos Juan de Ribera, pero no Pizaño, lo cual nos demuestra, que aun en esta época, no había alcanzado aquel merecido empleo. Acaso fuera ya alférez pero, desgraciadamente, el documento no trae más que los nombres de los capitanes.

Mas no solamente ilustra el citado académico el período comprendido entre las batallas de Pavía [24-2-1525] y saco de Roma [6-5-1527], sino que en otro interesante libro (2) nos hace ver la vida que, durante la estancia del ejército imperial en Roma que se prolongó hasta el 17 de febrero de 1528, llevaron éste y los infortunados habitantes de la capital del orbe católico. Respecto a Pizaño, no hay para qué decir que a no suponerle dotado de carne de perro, tendría que atender a la curación de sus heridas una vez pasado el ardor de los primeros momentos del asalto. Esto, unido a aquel profundo respeto a la religión que nos dice Oznaya tenía, nos hace absolverle de los escandalosos robos, sacrilegios y crímenes de todas clases, que al asalto sucedieron.

Lo que podemos asegurar, es que curó de sus heridas y sobrevivió a la terrible epidemia que en Roma se desarrolló como consecuencia de la estancia del ejército en ella. Tampoco fué de los que, ricos con el botín, abandonaron las banderas, marchándose a sus casas y dejando reducido al ejército a tan corto efectivo, que ante la presencia del general francés Lautrec en Italia tuvo que salir de Roma a las órdenes del Príncipe de Orange y, después de varios movimientos, refugiarse en Nápoles.

(1) *Italia desde la batalla de Pavía hasta el saco de Roma.*

(2) *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma.*

Y para no andarme por las ramas tengo que confesar, de un modo terminante, que han sido inútiles cuantos esfuerzos he hecho para encontrar el nombre de Pizaño en el largo período de 1527 a 1532, en cuyo año, y en el mes de agosto, embarcó en Mesina al frente de su compañía, formando parte de la expedición que a las órdenes del Almirante genovés Andrea Doria. puesto al servicio del Emperador desde 1528, zarpó de aquel puerto el día 18 con destino a Oriente y haciendo las operaciones de que más tarde hablaremos. Y es esta buena ocasión para recordar lo que en el Capítulo I dijimos respecto a las falsas fechas de alguno de los documentos de Simancas y departamento de Guerra, pues que en el legajo núm. 2 he encontrado uno que publicaré y que hace referencia a la relación que trajo el capitán Luis Pérez de Vargas desde Corón, de las necesidades que aquella Plaza tenía, si había de sostenerse. Este documento, que es de principios de 1534, tiene, sin embargo, afuera, la fecha de 1529, e indujo a error a Varela y Limia que este año, nos dice, se pidió de Corón un ingeniero entendido en minas y a mí me proporcionó un desencanto grande, pues era el primero que encontraba que hablase de hechos en que Pizaño interviniera en el largo período ya dicho.

Pero si nada seguro podemos tener respecto a la vida de Pizaño estos años, es, en cambio, muy probable el suponer no se separó de la Infantería desde la salida de Roma hasta su paso a Sicilia en donde, como hemos dicho, se le encuentra en 1532. He dedicado, pues, preferente atención a seguir la marcha de la dicha Infantería.

Esta, después de su salida de Roma en febrero de 1528 y tras algunos movimientos, vióse obligada a encerrarse en Nápoles a 24 de marzo, donde sostuvo el honor de las armas españolas en largo sitio que a 17 de abril le puso el famoso Lautrec ayudado en los trabajos de ataque por el no menos célebre ingeniero español Pedro Navarro, el cual les dirigió con la maestría de siempre, como nos cuenta Jovio largamente.

Ante la constancia de la Infantería española se estrelló el poder de los franceses, no siendo parte para obligarla a rendirse la pérdida, en aguas de Salerno, de la escuadra que, mandada por el Virrey D. Hugo de Moncada, salió de Nápoles a combatir a la de Doria que bloqueaba la Plaza y en cuya empresa perdió la vida el propio Virrey.

Levantado el sitio en la noche del 24 de agosto por la muerte de Lautrec, víctima de la peste que diezmaba su ejército, el sitiado lanzose detrás, convirtiendo la retirada en terrible derrota, que se completó obligando a rendirse a los restos que se habían acogido al amparo de los muros de Aversa. Entre los prisioneros figuraba Navarro que no tardó mucho tiempo en concluir entre los espesos del castillo de Castilnuovo.

Tranquilizada la capital y nombrado Virrey el Príncipe de Orange, dióse al ejército un corto respiro.

La destrucción del ejército de Lautrec, libró al Reino de Nápoles de la presencia de los franceses, pero no así de enemigos a los españoles, pues la angustiosa situación a que se habían visto reducidos en la capital, dió alas a los napolitanos, enemigos de España, los cuales, ayudados por la escuadra veneciana, mantuvieron la guerra un año todavía.

De esta guerra son muy parcos en hablar nuestros historiadores, porque no sacamos de ella honra ni provecho (1). Por un lado, no se logró apenas ventaja positiva en el recobro de las plazas ocupadas por el enemigo, y, por otro, ocurrieron denigrantes motines que convirtieron a nuestro ejército en una molestísima plaga, de la cual pretendían huir, no ya los habitantes del país, sino los mismos caudillos que de él podían esperar remedio a la situación bélica.

Los cabos y personajes que jugaron principal papel en estos sucesos, fueron: El Virrey de Nápoles, Príncipe de Orange, nombrado para sustituir a D. Hugo de Moncada, muerto, como hemos dicho, en aguas de Salerno; el célebre Hernando de Alarcón, o sea el *Señor Alarcón,* como, respetuosamente, le llamaban los soldados españoles; el Marqués del Gasto, sobrino de Pescara, de quien hemos de ocuparnos largamente en esta historia; el Conde de Burrelo, caballero siciliano, hijo de Héctor Pignatelli, Virrey de Sicilia, y con el cual habían pasado de esta isla durante el sitio muchos caballeros compatriotas y 1.500 españoles recien llegados de España, al mando del Maestre de Campo Alvaro de Grado, y, finalmente, Fernando de Gonzaga, General de la caballería ligera italiana al servicio del Emperador.

El Maestre de Campo, Juan de Urbina, no pudo figurar en estos sucesos a causa de una grave enfermedad, y ya no militó hasta la guerra contra Florencia (1530), en la que halló gloriosa muerte, como asimismo su caudillo el citado Virrey Orange.

He encontrado en la Colección Salazar, de la Academia de la Historia, y en la negociación de Sicilia, de Simancas, muchas cartas en las que se da cuenta de los sucesos de esta guerra, y en algunas se lamenta la enfermedad de Urbina, *por la mucha mano que tenía con los españoles,* circunstancia que hubiera sido de mucho provecho en la pronta resolución de los motines (2).

(1) Sólo Suárez de Alarcón—*Comentario de los hechos del Marqués Fernando de Alarcón*—trata algo sobre estos asuntos, pero no hace referencia especial de Pizaño. Tampoco he encontrado nada en la correspondencia del Obispo de Osma—*Documentos Inéditos*—ni en los referentes al Príncipe de Orange, que se han publicado.

(2) La moral del ejército que vamos a ver operar en el reino de Nápoles era mé-

La parte del Reino de Nápoles, adonde principalmente hubo que acudir, después de la derrota de los franceses, fué a la provincia de la Pulla, en donde se mantenían, por los venecianos, las plazas de Barleta, Trani, Monopoli y Montaña de San Angelo y al Abruzo, en la cual existía gente alzada, especialmente en la plaza de Aquila.

La primera idea que dominó en el alto mando español, fué que el Marqués del Gasto, con la coronelia italiana de Fabricio Marramaldo, fuerte de 1.500 hombres, marchase a Génova, amenazada por San Pol (1) y que Ascanio Coloma—italiano y como todos sus familiares muy afecto a España—pasara a la Pulla a combatir las plazas ocupadas por los venecianos. Pero al saberse que San Pol se había retirado de sobre Génova, encargóse a Gasto esta empresa, llevando a los españoles e italianos, y a los alemanes si querían ponerse en camino, pues andaban muy revueltos por el retraso de las pagas. En caso de salir los alemanes, debían sitiarse al mismo tiempo las dos plazas de Trani y Barleta, y, en caso contrario, una sola (2).

El 29 de Octubre ya se había puesto en marcha el tren de batir compuesto de 10 piezas bien pertrechadas de tiros de arrastre y acompañadas de gastadores para el arreglo de los caminos. Los alemanes se negaron a salir definitivamente, y los españoles, a los que se había reorganizado suprimiendo 34 Capitanes y 8 soldados por Capitán, daban constantemente muestras de disgusto (3), pero empezaron a desfilar a 14 de Noviembre, tras la artillería, en dirección a Benevento.

Las noticias que se tenían de las plazas de Barleta y Trani, no eran tranquilizadoras. Se supo la llegada a ellas del Príncipe de Malche y del romano Renzo de Cheri—a quien hemos conocido como defensor téc-

nos que mediana como consecuencia de lo presenciado en Roma en el asalto y después de él. En la Colección Salazar [A-43] hay una carta escrita al Emperador por el Capitán Juan de Salcedo, su fecha, en Nápoles, a 29 de mayo de 1528—es decir, en pleno sitio—en la cual hace presente que lleva treinta años sirviendo «en estas tierras» y es de los más antiguos, por lo cual se cree obligado a escribir. Añade que es preciso reformar la infantería, pues hay un gran exceso de Capitanes, hasta el punto de pasar de 60, cuando no hay más que 6.500 infantes; que los Capitanes roban mucho y que debe procederse al castigo, aunque sea empezando por él, pues *así* no se puede seguir.

(1) Durante el sitio de Nápoles, Andrea Doria, célebre Almirante genovés, instigado por los caballeros del bando imperial a quienes había hecho prisioneros en Salerno—principalmente el Marqués del Gasto—entró al servicio del Emperador, abandonando el de Francisco I. Por esta razón se miraban en la Corte española las cosas de Génova como propias.

(2) Carta desde Nápoles a 29-X-1528, escrita al Emperador por el Secretario de su Embajada en Roma, Juan Pérez (C. Salazar, A-45).

(3) Carta del mismo al mismo, de igual fecha, pero escrita después.

nico de Marsella en 1524—los cuales, este último especialmente, utilizando sus muchos conocimientos en fortificación, entendieron en ponerlas en estado de resistir a mayores recursos de los que disponía el ejército Imperial. Por otra parte, súpose en Nápoles que la corte francesa pensaba en reforzar, aún más, dichas plazas, así como la de Aquila, en el Abruzo, con objeto de crear dificultades a Don Carlos, en la baja Italia, impidiéndole sacar recursos de ella, y así proceder en Milán en mayor escala contra Antonio de Leiva.

En su vista, aceleró Gasto su salida, partiendo el 19, tras la infantería, muy animoso y confiado en la buena estrella del Emperador, no obstante lo adelantado del otoño y el mal tiempo que reinaba. Detrás dejaba al Virrey, a Urbina y a Alarcón, convalecientes de graves enfermedades, especialmente a Urbina, que había estado en verdadero peligro (1).

Llegados los españoles a Benevento les pasó revista el Marqués, y al tratar de proseguir la marcha, se negaron los soldados a salir si no les pagaban los atrasos. Después de rudo forcejeo, se convino en que se les darían 10 pagas, 5 en seguida y otras 5 en fin de febrero, pagándoles después, y desde primero de marzo, por meses corrientes. Se comprometieron, desde luego, a que en pagándoles las 5 primeras pagas saldrían de Benevento en dirección al enemigo; pero, por fin, honradamente, el 20 de diciembre, y sin haber cobrado nada, emprendieron la marcha, quedándose el Marqués en Benevento, en espera del dinero, con el cual correría a incorporarse a ellos (2).

Este estado de cosas originaba, como es natural, el que los soldados viviesen sobre el país, y, por tanto, que se hicieran cada vez más odiosos al pueblo que suspiraba por su pronta desaparición.

La marcha hacia el enemigo fué muy lenta. Dirigióse el ejército sobre Barleta, situándose en Venosa, desde donde se hicieron algunas emboscadas, que proporcionaron prisioneros, que unánimemente manifestaron lo muy preparada que estaba aquella plaza para la resistencia. En su vista, salió Gasto hacia Monopoli, encontrándose el 6 de marzo de 1529 a tres leguas de la plaza, preparándose para los reconocimientos del terreno, y elección de posiciones artilleras para batirla (3).

Mucho más activamente, y con más suerte, dirigió el Virrey Orange su campaña del Abruzo. Antes del 22 de febrero ya había tomado a Aquila a partido, dirigiéndose a continuación sobre la Matrie, en cuya plaza se habían recogido la mayor parte de los vencidos en Aquila, rin-

(1) Idem. Fecha 19 de noviembre (C. S. A-43).
(2) Idem. Fechas 16 y 25 de diciembre (C, S. A-43 y A-45).
(3) Idem 4 de marzo (C. S.)

diéndola el 25 de febrero, y saqueándola sus soldados, no obstante la expresa condición de la entrega de que la ciudad no sería saqueada. Finalmente, sacó el Virrey 120.000 ducados del común de Aquila, y de particulares del país, y dando orden de fortificar esta plaza, en donde dejó a un aragonés, llamado Bastián, como Alcaide, se volvió a Nápoles a donde llegó el 9 de marzo (1), acompañado de Ascanio Coloma y Fernando Gonzaga, que le habían seguido en su expedición.

Volviendo al ejército del Marqués del Gasto, en el que se encontraba la mayor parte de la infantería española, diremos que una vez reconocida la plaza de Monopoli se empezó el sitio, propiamente dicho. Muy difícil fué el avance de las tropas, porque el terreno donde lógicamente habían de desarrollarse los trabajos de zapa, era muy descubierto y pedregoso, con lo cual el número de bajas que la artillería enemiga producía era considerable.

Por otra parte, la plaza estaba en constante comunicación por mar con el exterior, así es que no le faltaban auxilios de toda clase (2). Para evitarlo, construyó Gasto un caballero—asentamiento dominante—en las proximidades de la playa, que combatía la entrada de los barcos, pero no fué parte para que los socorros cesaran.

El Conde de Burrelo habíase situado en Andría para hacer espaldas a los de la marina con algunos caballos ligeros. A poco de llegar tuvo que auxiliar a Corato, atacado por el enemigo, que señoreaba la campaña, y defendido por dos compañías de infantería al mando de los capitanes Pedro de Zamora y Francisco de Escobar, y unos caballos ligeros. Defendiéronse bien, haciendo retirar al enemigo antes de la llegada del Conde. sin más novedad que la herida de arcabuz sufrida por Escobar.

Mejor suerte tuvieron en el ataque a Canosa de que se apoderaron retirándose al castillo los pocos caballos ligeros que la guarnecían (3). En general, los enemigos eran dueños del campo, pues la caballería ligera, que hubiera sido de gran efecto para lo que Burrelo tenía encomendado, era muy escasa porque el grueso se había ido con Fernando Gonzaga, a las órdenes del Virrey, a la empresa contra el Abruzo, y los caba-

(1) Idem. Fechas 4 y 16 de marzo. (C. S. A-45.)

(2) Alguna esperanza tuvieron los sitiadores en el mal éxito del socorro enviado desde Barleta, la noche del viernes al sábado Santo. Consistió aquél en tres compañías, transportadas en sendas galeras, al mando de Juan Conrado Ursino. Cogiólas una tormenta, dando de través la Capitana junto a Trani, salvándose Ursino de milagro; otra galera naufragó también en Monopoli, y la otra, corriendo el temporal, fué a parar a la playa de Eslavonia.

(3) Cartas al Emperador del Conde de Burrelo, fechadas en Andría a 8 y 13 de abril de 1529 (C. Salazar).

lleros sicilianos que habían venido con Burrelo tuvieron que ser despedidos por costar mucho su entretenimiento (1).

Por esto y por los continuos refuerzos que Monopoli recibía por mar, hasta el punto de tener dentro más fuerzas que las del sitiador, viose obligado Gasto a levantar el sitio por no exponer *su gente al degolladero* en el momento del asalto, toda vez que las baterías de brecha no habían conseguido resultado apetecible (2).

Retiróse después de grandes fatigas y privaciones con toda la artillería a Coverzano lugar situado a cuatro leguas de Monopoli, estableciendo allí su campo para conservar la reputación. Difícil era esto, pues los enemigos campaban por sus respectos, y para colmo de males la caballería ligera que vino de refuerzo desde Nápoles, después de concluída la campaña del Abruzo, se amotinó por las pagas en Andría, y negóse en absoluto a maniobrar. Una carta de Burrelo al Emperador, fechada en Andría a 8 de junio, pinta con negros colores la situación, a la cual no se le encontraba otro remedio que la esperada visita de éste a Italia.

En esta misma carta se hace presente cómo el Conde de Miñano, italiano, al servicio del Emperador, que había tomado a su cargo el sitio de la Montaña de Sant Angelo, de que hemos hablado, no pudo conseguir su objeto tampoco.

Por último, hácese referencia a la expedición que sobre tierra de Otranto concertaron el Proveedor de los venecianos, Camilo Ursino y Renzo de Cheri, ayudados de gente de Barleta, y con la esperanza de auxiliarse con gente del país, expedición que había sido abortada por la vigilancia del Marqués del Gasto, así como se hace alusión a la situación de Brindisi, que estaba en poder de los vecinos y era el puerto más importante de aquel territorio.

A estos sucesos hace referencia, sin duda, Cereceda, cuando dice que Simón Romano con Renzo y otros se había apoderado de Brindisi, siendo muerto el Simón al reconocer la brecha del Castillo, por lo cual se retiraron todos a Polignano—muy cerca de Monopoli—desde donde hacían

(1) En la carta citada de 13 de abril, recomienda el Conde como distinguidos al Gobernador de Sicilia, que vino de Coronel sin sueldo, Francisco de Venternillas, hijo del Marqués de Irache, D. Carlos Tallavía, D. Pedro de Boloña, su hermano Juan Jacobo de Boloña, Regente del Consejo, Julián Cervera y Cipión Espada, Maestre de Campo. Recomienda también a Alvaro de Grado y a sus españoles que siguen sirviendo *en esto de la Pulla*, no obstante ser muy mal pagados.

(2) Según el eruditísimo italiano Carlos Promis, los españoles, en el sitio de Monopoli, usaron, por primera vez en la Historia, la contraescarpa como parapeto de sus baterías de brecha e hicieron la bajada al foso por debajo del glacis.

En el sitio de Málaga (1487), dijimos, en el Discurso Preliminar, que los españoles pusieron sus baterías en el *bezo de la cava* (léase borde de la contraescarpa).

todo el mal que podían, por lo cual el Señor Alarcón envió al Maestre de Campo Ribera, con 1.500 españoles que hicieron huir al enemigo a Barleta, que fué luego tomada por el Señor Alarcón.

La paz de Cambray, ajustada a 5 de agosto de 1529 entre los dos rivales Francisco I y Carlos V, llegó muy a tiempo para poner término a este estado de cosas. La paz fué extendida a los venecianos (1), y así apaciguose el reino de Nápoles, no quedando ya más motivos de temor para éste que las noticias poco tranquilizadoras que corrían sobre un próximo ataque de los turcos a las costas italianas, y la poca disciplina de la infantería por la absoluta falta de pagas, con que se recompensaba sus trabajos (2).

De una gran cantidad de documentos existentes en Simancas (3), se deduce el estado desastroso a que por septiembre de 1529 había llegado aquélla. Se dice en ellos que el ejército vivía sobre el país, que los capitanes eran unos ladrones, que no pagaban a los soldados lo que les correspondía; que los soldados estaban la mitad amotinados en Andría, y la otra mitad en Bitonto, etc., etc.

El Señor Alarcón, en carta al Emperador, le hace presente la necesidad que hay de pagar a los soldados y de ordenar a los capitanes que vivan de su sueldo y no rescatando tierra—es decir, apoderándose de los pueblos y abandonándolos bajo rescate—y a costa del país (4).

El mismo Alarcón que recorría la costa del reino inspeccionando sus fortificaciones, en vista de los temores de un ataque turco, dice desde Tarento, a 12 IV-1530 (5), después de manifestar haber visitado las plazas de Barleta, Bari, Cabo Otranto, Tarento y de la Calabria, y que han comenzado las fortificaciones de Brindisi, lo siguiente: «En lo de la infantería, hasta agora, no se ha dado medio de su vivir. El Príncipe de Orange no la ha querido allá en aquel ejército por no ser pagada de lo que se le debe y que pueda servir. Suplico a V. M. si al rescibir de esta no habrá mandado la orden, mande lo que se ha de hacer de la dicha

(1) La paz general fué proclamada solemnemente por el Papa a 1.° de enero de 1530 quedando excluída de ella la República de Florencia, contra la cual, para complacer al Papa, fué dirigido el ejército imperial al mando del Príncipe de Orange.

(2) El Marqués del Gasto, después de lo de Monopoli, marchó a Nápoles, y más tarde tomó parte a las órdenes de Orange en la campaña de Florencia. Fué nombrado Capitán General del Reino Hernando de Alarcón, y el Cardenal Ascanio Coloma, a quien hemos visto empleado en empresas marciales, Virrey en sustitución del Príncipe de Orange.

(3) E. 1.° 1007.

(4) Llama también la atención sobre la importancia de Brindisi, y la necesidad de fortificarla fuertemente.

(5) S. E. 1.° 1007.

gente, porque como no se paga no hay parte del país donde llegue que no se destruya».

Como vemos por este documento, ni el mismo Virrey que a la sazón estaba empeñado en la empresa de Florencia—delante de cuyos muros murió—quería como refuerzo esta infantería. No se puede decir más de la mala opinión a que había llegado.

Para mayor desgracia, no hubo unidad en la dirección de dicho ejército, pues la infantería siguió dependiendo de Gasto aun después de alejado, y Alarcón, que recorría las fortificaciones, no se decidió a intervenir, limitándose a aconsejar el remedio. Este dualismo se hace presente en el siguiente párrafo de carta, su fecha en Trani a 18-V-1530 (1): «En lo que V. M.ª manda que se envie la meitad de esta gente en Sicilia con un hombre de bien y de recaudo, y que allá la pagaran y así hará a la que acá queda; en esto por mi fe se trabajará todo lo que se pueda, porque se cumpla cuanto V. M.ª manda; pero no será sin gran dificultad por lo mucho que a la gente se debe, y por los demasiados capitanes que en ella hay. Y estos demasiados no he podido yo quitar por ser a cargo del Marqués del Gasto, y porque V. M.ª no fué servido mandallo según yo por mi letra se lo supliqué juntamente con otras órdenes que pedía para el dicho efecto».

En esta carta se hace referencia, por primera vez, a la intención del Emperador de mandar gente a Sicilia, cuyas costas corrían análogo peligro que las de Nápoles ante las intenciones de Constantinopla. Y así Alarcón añade en ella que lleva consigo ingenieros que van viendo todo lo que hace falta en las plazas y que enviara otros a aquella isla.

A partir de mediados de 1530 ya se pusieron de acuerdo en Nápoles Alarcón y Gasto, para en vista de las órdenes del Emperador buscar dinero con que pagar a las tropas, reformarlas suprimiendo los capitanes inútiles, y, finalmente, disponer lo necesario para el paso a Sicilia de las que debían hacerlo (2).

Pero las cosas, en lugar de mejorar, empeoraron notablemente. El ejército, que había ya abandonado la Pulla y se encontraba en las inmediaciones de Nápoles, viendo que no se le pagaba se alzó dirigido por los Electos (3), encaminándose a la ciudad de Aversa, situada a 8 millas de la capital, que tomaron y saquearon.

Malamente se trata al ejército en una carta de 1 de agosto dirigida al

(1) S. E. l.º 1007.

(2) Idem. Carta de Alarcón de 17 de julio.

(3) Como es sabido, por los conocedores de nuestra Historia, los soldados españoles, cuando se amotinaban rompiendo la dependencia de sus Oficiales, nombraban algunos que les mandaran y dirigieran, a los que se daba el nombre de Electos.

Emperador por el pagador Juan Antonio Mujetula (1). Dice éste que la marcha sobre Aversa había sido debida *a dos grandes bellaquerías:* la una, porque los soldados no querían ir a Ungría (2), pues allí no habían de poder vivir sobre el país como en Italia, y la otra, porque muchos capitanes sospechando que iban a ser despedidos amotinaron la gente, *aunque ahora andan haciendo el santo.* Añade en la misma carta que el Marqués del Gasto estaba solicitado por el Papa para acudir a Florencia, en cuyos muros había recibido honrosa muerte el Virrey, y sustituirle, y que si podía se llevaría con él a la infantería sublevada.

Nada de esto tuvo lugar. El Marqués del Gasto y más principalmente Alarcón—puesto que Gasto fué al fin a Florencia sin estas tropas—hicieron lo que pudieron para apaciguar los ánimos y concordar el número de pagas.

Para dar una idea del estado de los ánimos, copio la siguiente interesantísima carta dirigida por los Electos a Alarcón. Ella pinta de mano maestra el modo de ser de aquellos soldados y de aquellos tiempos. He aquí la carta (3):

«Ilustre y muy magnífico señor:

La letra de Vuestra Ilustrísima Señoría se leyó a estos señores soldados, y sobre lo de las vituallas que Santantamo cada día contribuye, responden ansi: que suplican a V. S. I. en ello no se empache poco ni mucho, sino que vaya a Nápoles a dar orden como sean pagados de lo que se les debe; y en este propósito están. Y más dicen; que V. S. I. les pague dentro de tres días donde no que correrán hasta las puertas de Nápoles. Y este es el término que a V. S. I. dan y a nosotros, los Electos, nos han requerido que, so pena de las vidas, a V. S. lo requiramos; y ansi se lo requerimos, dos y tres veces y tantas cuantas somos de derecho obligados, V. S. sobre ello de la orden que más sea pronta al servicio de su Majestad y del Reino.

Ultra de esto suplican los soldados a V. S. I. mande hacer justicia de ciertos soldados que están fuera con el Capitán Ribera por cuanto desvalijaron unos mercaderes que de Nápoles nos traían ropa de vestir a esta ciudad de Aversa. Do quedamos a XIIII de agosto 1530.

Servidores de V. S. I.
Los Electos.»

(1) S. E. l.° 1007.
(2) El Emperador se preparaba a resistir por tierra el ataque turco a Europa.
(3) S. E. l.° 1006.

Resalta en este documento el abandono más completo de los elementales principios de la disciplina, tal como hoy se entienden. No se admiten suterfugios ni componendas propios de la diplomacia, y se habla un lenguaje altivo, propio de *señores soldados,* cuyo origen hay que buscar en las leyes consuetudinarias de las monarquías castellana y aragonesa. Hace asomar hoy la sonrisa a los labios el llamamiento a las fórmulas de un derecho que estaba conculcado por su base en el hecho mismo que motivaba la carta, pero que corrobora el mismo origen precedentemente señalado, puesto que así se subraya su quebrantamiento anterior por quien no había podido proporcionar a tiempo el honrado conducho. Y, por último, se pretende afianzar aún más la legalidad de la situación reclamando de la superior autoridad de Alarcón, que implícitamente así se reconoce, exigiéndole castigue a los que, acaso fieles a su deber, pretendían restarles recursos con que continuar en su alzada protesta, o que—menos piadosamente pensando—miraban como D. Luis Mejía a su salvación dedicándose a desvalijar a los que tanto y tanto habían desvalijado.

El capitán Ribera, cuyos eran los soldados de referencia en el documento, podría ser el que tenía Pizaño en Marsella y en Pavía. Aunque, como ya hemos dicho, era en 1529 Maestre de Campo, esto no quiere decir que dejara de tener compañía y ser Capitán de ella. En la época de que tratamos, era lo más sustancioso este mando—prescindamos de las *bellaquerías*, puesto que muchos no eran bellacos—porque tenía algunos gajes, y, además, en el orden militar era unidad básica. Por esta razón, en la mayoría de los casos el cargo de Maestre de Campo, análogo al de nuestro Coronel, se ejercía conjuntamente con el de capitán.

El Señor Alarcón, en una carta escrita al Emperador (1), poco después de apaciguado el motín, cita entre las causas de éste el que el Marqués del Gasto, en la primera reformación—debe referirse a aquélla de que hemos hablado al emprender la campaña de la Pulla—habia nombrado Maestre de Campo a Ribera, despojando del cargo a D. Sancho de Alarcón que era sobrino suyo, siendo así que Ribera era «persona de poca habilidad para Maestre de Campo» (2).

(1) El 25-X-1530 (S. E. l.° 1007).

(2) Es posible que el cariño cegara el buen juicio del señor Alarcón. Su sobrino D, Sancho, fué acusado por el Virrey Ascanio Coloma, como principal causa de motines y desórdenes en el Abruzo. D. Sancho, al verse acusado, fué a justificarse delante del Emperador, llevando una carta de su tio, en la cual éste manifiesta que si es culpable se le corte la cabeza, pero que todo era debido a que el Virrey no los quería bien. Don Carlos perdonó a D. Sancho, reclamando para sí lo actuado contra él, con separación del expediente general, y contestó al tío tranquilizándole respecto al resultado final, pues que no olvidaba los servicios que de él había recibido.

BIBLIOTECA

Me he detenido en estos detalles, porque acaso con Ribera estuviera Pizaño, pues la elección que de éste—como ahora vamos a ver—se hizo entre tantos capitanes como fueron a la calle, escogiéndole con otros siete *por más virtuosos* para mandar la infantería que pasó a Sicilia, prueba su honrada conducta durante todos los hechos bosquejados. Y parece natural—aunque sólo se trate de un indicio—que la gente de Ribera que molestaba a las de Aversa no debía andar muy conforme con éstos.

En cuanto a los sublevados, pocos días después de haber dirigido a Alarcón la carta que hemos copiado, quedaron acordados con la condición de recibir 7 pagas—el Virrey les había ofrecido 6—que importaron 107.000 escudos, y fueron obtenidos imponiendo 3 *carlines* por vecino (1) y sacando el resto a préstamo en malas condiciones. Así lo manifestó en carta al Emperador—fecha en Nápoles a 9-IX-1530—el alcaide de Castilnovo, D. Luis Icart (2).

Este hace presente, además, los muchos disparates que los sublevados habían realizado y que el concierto de pagas fué absurdo, porque se pagó el dinero a los capitanes, los cuales no se cuidaron de revelar las muchas bajas experimentadas, metiendo para reemplazarlas en filas el día de la muestra o revista, cuanto de más bajo y ruin había en Nápoles. Encarece la necesidad de castigar a los amotinados y reducir el número de capitanes, y termina: «Después de pagadas por los capitanes las siete pagas a los dichos infantes, han salido de Aversa tres días ha y son venidos a Puzol para que de allí se repartan para Sicilia y Ungría, como V. M. manda. Y los que habrán de ir a Sicilia se embarcarán por escusar muchos males que harían por tierra, según están mal vezados».

Con esta idea de repartir la gente entre Sicilia y Ungría se enviaron a la Pulla para embarcar los que a esta última parte habían de ir, pero viendo que entre todos no sumaban arriba de 2.300, se les dió contraorden para que volviesen y marcharan todos a aquella Isla, donde el Emperador quería reunir 2.000 hombres repartidos en 10 compañías.

Fueron, por consiguiente, en dos tandas. La primera embarcó en las galeras del Comendador Icart, hermano del D. Luis, que estaban preparadas en 30-IX en Nápoles esperando sólo buen tiempo para hacerse a la mar. Fueron 13 capitanes, 1.500 soldados y llevaban orden de ser reducidos a 6 capitanes y 1.200 soldados, es decir, a 200 hombres por compañía. El resto hasta 2.000 se tomaron de la segunda tanda que, compuesta de 900, estaba ya también en Sicilia el 25 de octubre. Con estos últimos pasó D. Jerónimo de Mendoza nombrado Maestre de Campo de

(1) Carta al Emperador, del tesorero Alonso Sánchez, fecha 27-VIII-1530, en Nápoles (S. E. l.° 1007).

(2) Idem.

las diez compañías. Los capitanes fueron elegidos *entre los más virtuosos*, y los despedidos se dirigieron unos a España, otros a Roma y el resto se quedó en Nápoles (1), de donde muchos marcharon más tarde para Ungría.

El Emperador, en vista de las noticias que a él llegaban de los escandalosos sucesos de Aversa, decidió castigar a los culpables, y en tal sentido escribió al Virrey, a Gasto y a Alarcón. Estos dos justificaban su lenidad con los amotinados por la confusión de atribuciones, manifestando cada uno que a haber estado solo, hubiera llevado a cabo los castigos. Pero la verdad es que no se averiguaba cosa porque ambos militares, si bien tocaban de cerca y a su costa la parte dura y escandalosa de los motines, comprendían la razón que en quejarse tenían los soldados por la carencia de sus pagas, y no querían enajenarse su cariño, pues les debían muchos o, mejor dicho, todos los honores que habían conseguido y disfrutaban. Por otra parte, cuando la necesidad apremiaba de veras, se volvía a levantar bandera por el Emperador, y entonces acudían a reforzarla muchos de los que habian sido despedidos y llevaban en su corazón el recuerdo de los jefes que les habían protegido en los momentos de abandono.

La dificultad consistía entonces, como ahora, en distinguir a los verdaderos culpables de los arrastrados por un falso sentimiento de compañerismo.

El Emperador, en vista de que en Nápoles no se ponían las cosas en claro, escribió al Virrey de Sicilia para que hiciera una información entre los soldados recien llegados y remitiera lo actuado a Nápoles (2). Nada se hizo, sin embargo, porque los mayores culpables ya estaban fuera del Ejército, pero más principalmente, porque el propio Emperador dió la pauta trayendo, como hemos dicho, para sí la causa de D. Sancho de Alarcón, y además porque aquél, Rey, pero también general, reconocía lo mucho que a sus soldados debía—tomando la palabra en su más lata acepción—y le pasaba aún en mayor escala lo que a Gasto y a Alarcón.

Y como comprobación de esto véase la carta que escribió al último en 11-III-1531 (3), en que le dice que antes de ir a la Pulla—en donde entendía en las fortificaciones—deje arreglado el castigo de los capitanes causadores del motín de Aversa, pero que esto se haga *sin pasión y con moderación*.

(1) Cartas al Emperador, del tesorero Alonso Sánchez [23-IX]; de D. Luis Icart [30-IX]; Marqués del Gasto [10-X] y Alarcón [25-X y 29-XI] (S. E. l.° 1007),

(2) S. E. l.° 1007.

(3) Idem.

Podrá parecer antipatriótico sacar a luz estas llagas de nuestra Historia; pero este patriotismo lo pudieron tener los escritores de la época que, sintiéndose satisfechos con el ruido de las victorias, alejaban la vista de todo lo que era desagradable y no contribuyera a abrillantar el cuadro. Nuestra época se encuentra en otro caso.

Ha habido en España una Escuela que ha exagerado los hechos y ha pretendido que todas nuestras victorias del siglo XVI se debieron exclusivamente a las virtudes de nuestros soldados. Esta afirmación, si hemos de creer al fraile Oznaya y a lo que arrojan los documentos que hemos expuesto, y otros que saldrán a relucir a su debido tiempo, no es cierta. Ni parece, por otro lado, que sea ortodoxa semejante manera de pensar. La muerte de Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, demuestra lo que *en el mundo* se puede esperar de la práctica de las virtudes.

Así lo comprendía Cervantes al poner en labios de Sinibaldo—Capítulo XXII del Persiles—las siguientes palabras: «puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra».

Por otro lado, aun desde el punto vista terrenal, creo no es conveniente acumular—contra la verdad histórica—sobre una época nimbada con los fulgores del éxito, toda clase de virtudes y grandezas, porque si lo que con ello se busca es señalar a las generaciones posteriores un ejemplo que imitar, córrese el riesgo de que éstas convencidas de la inutilidad de sus esfuerzos para llegar a una altura que no es humana, o al ver que éstos no son recompensados en la forma que por semejanza sospecharon, caigan en la desesperación con grave detrimento de los fines perseguidos.

Esto que hemos visto realizarse con individuos aislados, tratándose del ejemplo de sus antepasados, pudiera ocurrir—integrando—con el pueblo en general y el resultado sería funesto.

Pero dejando a un lado esta digresión, a la cual me ha conducido el recuerdo de ataques dirigidos al Ejército español que en 1898 abandonó la Isla de Cuba, ataques dirigidos por incondicionales del pasado que a la blasfemia e inmoralidad atribuyó nuestro vencimiento, sigamos adelante.

Concretándome ahora a la personalidad de Pizaño, y sin poder fijar su presencia en hecho concreto alguno, después del sitio de Roma, debo manifestar que sus conocimientos durante esta época fueron en aumento y que no tendría nada de particular el que hubiese sido el encargado de la artillería durante toda esta campaña de la Pulla. Es lo cierto que, como más adelante veremos, en 1532 era ya capitán de Infantería y apto para ser nombrado por Andrea Doria, jefe de la artillería de una plaza

como la de Corón, que quedaba en las fauces del turco. Además, en esta época se carteaba ya con los Virreyes, lo cual presupone una personalidad caracterizada antes de su salida de los reinos de Nápoles y Sicilia.

Respecto a fijar la fecha exacta de su ascenso a capitán no es tampoco empresa fácil para mí. En una relación firmada por varios capitanes españoles, durante el sitio de Nápoles, no figura Pizaño (1), y como ya en 1530 debió pasar a Sicilia con este empleo, no creo andar muy descaminado si aseguro que a fines del cerco de Nápoles lo era ya, pues sabemos por documentos particulares, referentes a esta época, que el Marqués del Gasto era pródigo en recompensar, *pues hacía de cada día muchos capitanes* y dadas las condiciones de Pizaño, no debió de ser de los excluídos seguramente.

(1) Esta carta se escribió a raíz de la muerte del Virrey Moncada y está firmada por gran número de capitanes, que pedían al Emperador rescatase al Marqués del Gasto que había caido prisionero en el combate naval en que murió dicho Virrey. (Colección Salazar, A. 43.)

CAPITULO III

(1530-1533.)

Estancia de Pizaño en la Isla de Sicilia. Embarca en agosto de 1532 para Oriente en la escuadra mandada por Andrea Doria. Sitio y toma de Corón, durante los cuales Pizaño manda una batería. Queda de jefe de artillería de la Plaza al retirarse la escuadra. Sitian los turcos a Corón por mar y tierra. Levanta el sitio en agosto de 1533 la escuadra de Doria. Se renueva la guarnición de Corón a excepción de la compañía de Pizaño que permanece en la Plaza. Lo que era la guarnición de una plaza situada en tierra enemiga, según un curioso documento de Simancas.

Según dejamos dicho en el capítulo anterior, Luis Pizaño debió de pasar a Sicilia, y ya de capitán, en el último trimestre de 1530. No se cuáles fueron hasta agosto de 1532, las poblaciones de la Isla en las cuales estuvo de guarnición ni los servicios que en este tiempo prestó. Entramos ahora en una nueva etapa en que ya va a intervenir con aquel empleo en la mayor parte de los grandes acontecimientos de su época y dar a conocer, no ya su valor personal, nunca desmentido, sino los profundos conocimientos que tanto en artillería como en fortificación había adquirido en los continuos asaltos, defensas y guarniciones en que se había encontrado en su ya larga vida militar.

Nada tiene de particular que durante los dos años que estuvo en Sicilia dirigiese o prestase su concurso a las obras que con carácter de gran urgencia hubo necesidad de hacer por entonces en dicha Isla. Fué esta época de continua amenaza para los pueblos bañados por las aguas del Mediterráneo. Constantemente recibíanse noticias de Oriente que anunciaban una terrible invasión turca, tanto por el centro de Europa como por el

Sur y con la ya entonces temible flota musulmana. Con este motivo dióse orden de reparar a toda prisa las fortificaciones de los pueblos de la costa al par que se construían nuevas torres que, comunicándose unas con otras por medio de ahumadas de día y hogueras de noche, llevasen rápidamente a todas ellas y a los pueblos del interior, la infausta nueva de la presencia en las aguas sicilianas de la temible escuadra. Y esta sospecha que en aquellos momentos embargaba el ánimo de los sicilianos, fué el pan nuestro de cada día durante todo el resto del siglo XVI, y aun en tiempos posteriores, a todos los habitantes de la costa del Mediterráneo. Era cosa corriente para el campesino ribereño el salir con el alba a ganarse honradamente el pan del día labrando las tierras, y cuando su cuerpo fatigado buscaba con ansia el apetecido descanso en el seno de la amante familia, verse sorprendido por una cuadrilla de genízaros desembarcados en la próxima cala y trasladado a bordo de sus barcos donde esperábale una vida mil veces peor que la muerte: el banco del remero (1). Otras veces no era del campo, era de su propia casa de donde se le arrancaba violentamente para los mismos fines, y esta vez llevando en el alma el recuerdo de la esposa escarnecida y de los hijos degollados.

Ante una perspectiva tan siniestra los pueblos buscaron en la fortificación su única esperanza y alli, tras de los muros construídos con su propio sudor, al abrigo de los que se recogían también los campesinos colindantes que a los trabajos habían contribuído asimismo (2), luchaban con denuedo resistiendo los asaltos encarnizados de los siempre temibles soldados de Turquía. La disposición de torres en línea continua a lo largo de la costa y en las calas más propias para desembarcos completaba el sistema. En lo alto de aquéllas la vista del centinela sondeaba las lejanías del mar y anunciaba paternalmente a los pacíficos habitantes de la tierra, que por aquella noche podían reposar tranquilos, o amargábales la existencia con el anuncio de que una vela sospechosa espiaba la costa desde

(1) Pocas situaciones habrá podido imaginar el hombre para afligir a sus semejantes, como la creada al hombre honrado forzado a servir en el banco de una galera. Prescindiendo de las inclemencias del mar y de la atmósfera, la sola obligación de remar—vigilado y sacudido por el ojo y látigo del cómitre—con toda la energía en los combates y cruceros en los que se perseguía el exterminio de sus compatriotas, basta para justificar nuestra afirmación.

(2) Este sistema no nació en el siglo XVI. Mucho antes, en nuestras guerras con los moros, había establecidos lugares de *recogida*. La plaza de Daroca, que hoy llama la atención del viajero por la desproporción entre el espacio amurallado y el habitado, fué un ejemplo muy característico. En sus murallas se recogían, ante las algaras moras, varios concejos que defendían los trozos de recinto previamente señalados.

las lejanías del mar. ¡Temible azote aquél y tristes generaciones las que de él fueron víctimas! Y este azote, que por los años de 1530 y 1531 amenazaba a los pueblos ribereños del Mediterráneo, fué en aumento cuando a poco el Gran Turco nombró almirante de su escuadra al intrépido Barbarroja, espanto de cuantos a aquel mar tenían que acercarse.

La inminencia del peligro y los lloros de sus vasallos movieron el corazón bondadoso de Carlos V y le hizo reunir cuantos elementos pudo para oponerse a la terrible invasión. Por tierra puso con gallardía su propia persona a los peligros del combate: bien conocidos son los movimientos alrededor de Viena de los dos ejércitos enemigos, que terminaron con la retirada del turco sin que a las manos llegasen, como si los dos poderosos príncipes temieran jugarse a la suerte de una batalla el porvenir de Europa.

Al mismo tiempo que D. Carlos acudió a Viena a esperar al ejército turco, ordenó a Andrea Doria, el mejor general de la mar que produjo el siglo XVI, y ya desde el 1528 a sus órdenes, que reuniendo una poderosa escuadra y embarcando en ella buen número de soldados, se dirigiese a Oriente y procurase hacer por tierra del turco el mayor daño posible, si ya no fuese tan feliz que, encontrando a la escuadra turca y combatiéndola, la destruyera. A este efecto se aprestó la escuadra. Diéronse conductas (1) en el reino de Nápoles para hacer infantería, en su mayor parte italiana, la cual se puso a las órdenes del italiano Conde de Sarno, a quien Doria nombró lugarteniente suyo, no sin algún descontento de los españoles. Se ordenó también reunir en Mesina las compañías españolas que andaban desperdigadas de guarnición en toda la Isla y que eran nueve en total.

Según una carta de Erasmo Doria (2)—pariente del Príncipe Andrea Doria—fechada en Nápoles a 7 de agosto, este general había salido para Mesina el día 1, dejándole a él con cuatro galeras para embarcar 400 infantes italianos y con ellos al Conde de Sarno.

En cuanto al Príncipe, a 6 de agosto ya escribió al Emperador (3) diciéndole había llegado a Mesina y que embarcará «milli fanti spagnuoli bonissima gente».

La organización general de la expedición la cuenta Andrea Doria en otra interesantísima carta al Emperador, escrita el 24 de agosto, como

(1) Documentos que autorizaban a los capitanes para levantar bandera en los poblados y alistar a los que se presentaran con deseos de servir en la Milicia.

(2) S. E. 1.º 1.111.

(3) Idem.

quien dice con el pie en el estribo. La copio a continuación con su ortografía propia, como una excepción entre los documentos que se sitúan en el texto, por tratarse de uno italiano tan interesante y no abundar mucho en este trabajo los escritos en lengua toscana. Helo aquí (1):

«Sacratiss Catca Ce Mta.

Poy de hauer basciato li mani a su Mta. Come per l'altre mie hauera inteso vra Mta alli VI di questo ionsi nel presente porto doue fino a questa hora sono stato detenuto da qualchi difficulta no per colpa mia, che come pensi debia essere comodo et honor'di su Mta la sua bandera sia ueduta in quelle parti, il mio desiderio saria stato andarli molto presto. L'armata di presente e'ridutta tutta insieme et quasi del tutto expedita: di modo spero, si el tempo el concede, fra dui giorni sara tutta alla vela. Il mio disegno et speransa era di trouarsi con la del turcho che inuero la forza della di su Mta di ragion no hauia curarne'molto. Hersera el Sor Marchese Alarcon scriue s'era ritirata alla volta di Constantinopoli: se cusi sara restara vano el pensamento mio. Spero perho con la gra de dio ch'n'sue felice insegno debiano fare tanto rumor in quelle parte, ch'su Mta lo possa sentire, et accio se'satisfaccia di sue sorte di Mare. Intendera in questo porto sono: di sue'armata galler' XII, di su Sta quatro, della religione di Rhodo quattro, di questo regno de sisilia due, di napoles et de Monacho due et le quindesi [che] sono a mio governo quale in tutto gallere trenta noue (2). A genoua, come prima hara inteso, foro imposte a soldo di su Mta da trenta naue: qui se ne sono gionte tra galioni et naue sei con la grossa naue di Rhodo auantagio: sopra di quali armata sono da cinque milia in sei milia fanti tra spagnoli et italiani, compagnie molto belle per metter in terra: di sorte che s'el tempo nhe accompagna in quelli parti, con la felicita di su Mta, spero faremo de molte ¿facioni? et doue mi sara concesso faró intender a detta Mta el procceso de le opere nostre: a quale di nouo quanti piu humilmente posso baso le mani et dio se degni per sua gra dar longa vita con augmento d'honore et impero

(1) S. E. l.º 1.111.

(2) Como es sabido, las escuadras de la época tenían como unidad de combate la galera, barco que además de las velas estaba dotado de varias órdenes de remos por cada banda, con lo cual aseguraban sus movimientos en toda clase de tiempos, pero a costa de la reducción de espacio, lo que obligaba a utilizarlas solamente para el elemento combatiente. Las naos o naves de vela se utilizaban principalmente como transportes y estaban expuestas a las veleidades de los vientos. Las dos clases de barcos se complementaban. (Nota del autor.)

come desea: del porto de Messina in gallera alli XXIIII d'Agosto M. D. XXXII.

»di sua sac^ma Ce Cat^ca M^ta.

»Humilisimo seruo et vassallo qual li sue man bascia.

Andrea doria» (1).

Ciñéndonos ahora a la parte que más directamente nos interesa, diremos que las nueve compañías españolas de que habla la carta de Renna—copiada en la nota anterior—estaban mandadas por los capitanes don Jerónimo Mendoza, Luis Pizaño, D. Pedro de Acuña, Alvaro de Grado, Carlos Esparza, Sayavedra, Figueroa, Fernando de Vargas y Fernando Francisco de Alarcón. Eran en total 1.500 españoles, *compagnie molto belle per metter in terra,* como dice Andrea Doria.

Salida la escuadra de Mesina, dirigióse al golfo de Arta donde se sabía encontrábase la turca al mando del almirante Himeral. Pero éste, noticioso de la próxima llegada a Doria, habíase ya puesto a buen recaudo doblando el cabo de Gallo y marchando a Kalkis en la Eubea. Hubo quien sospechó que Vicente Capelo, almirante veneciano que con su escuadra andaba por aquellos mares en conserva de las muchas posesiones que aún tenía Venecia en ellos, fué el que avisó a Himeral del peligro que le amenazaba, al mismo tiempo que hizo presente a Doria la derrota que seguía aquél. De este modo trató de conciliarse ambas voluntades, pues por aquella época tenían paz los venecianos con los turcos

(1) En el mismo legajo hay una carta, escrita en Mesina a 26 de agosto, por el Obispo de Alguer (Cerdeña), Micer Juan Renna, agente del Emperador y muy inteligente en asuntos de milicia, al secretario Cobos, en la cual le manifiesta que ha trabajado mucho en equipar la armada porque en Nápoles no había nada de lo que había manifestado el Cardenal [Coloma el Virrey] y en Sicilia se había hecho todo a fuerza de brazos, pero que ya estaban dispuestos para darse a la vela, y que la gente iba deseosa de verse con los enemigos.

A continuación añade:

«Si la armada del turco se fuere retirado, el Príncipe está determinado de ir en su alcance, y si se pusiere en lugar que no la podamos ofender, andar en parte adonde tenemos esperanza de hacer tal fruto, que Dios y Su Majestad sea servido de ello y que el turco lo sienta de manera que le escueza.

»El señor Príncipe, el día que vino el Visorrey, hubo un poco de enojo con el Comendador Icart que no abatió la bandera y otras cosas cuando el Príncipe fué a recibir el Visorrey. Y el Comendador dice que lo ha dicho al Visorrey y que le respondió que después que se desembarcase que la abatiría.

»También ha habido alguna diferencia entre los IX capitanes españoles y el Conde de Sarno, Lugarteniente General del Príncipe. Decían los capitanes españoles que no era costumbre de ser mandados ni castigados por Lugarestenientes, sino por el General. Yo entendi en ello y en fin todo se ha apaciguado.»

y el Emperador, y si mucho podían temer del segundo, no les importaba menos la buena amistad con los primeros, dada la proximidad de sus posesiones a su capital.

No son para contadas aquí las gallardas maniobras ni los órdenes de batalla que adoptaron las dos escuadras veneciana y la de Doria cuando se avistaron en la isla de Zante. Paulo Jovio las describe con detalle, y fueron ellas tales como si realmente hubiesen de venir a las manos, pero todo fueron floreos y ganas de lucir los dos almirantes la mucha pericia que en el manejo de las naves tenían. Finalmente, después de corteses saludos y ofrecimientos, despidiéronse, dirigiéndose Doria a la isla de la Sapiencia, en la cual se celebró consejo de guerra a bordo de la galera Capitana, asistiendo a él los cabos principales y capitanes que en las naves venían. Después de examinar los diversos pareceres que allí se emitieron, y desechada la idea de atacar a Modon, por sospecharla fortalecida a consecuencia de una frustrada intentona de los Sanjuanistas, decidió Doria atacar a Corón, puerto de mar en el golfo de su nombre.

Y puesto que vamos a tratar de un lugar que tan íntimamente está unido con la vida militar de nuestro héroe, empezaremos por describir su situación y fortificaciones que por la época de que tratamos tenía (1).

Dirijamos una visual a un mapa de Grecia, y fijémonos principalmente en aquella parte al Sur que el mar rodea por todas partes. Hasta

(1) Cuando en la primavera de 1901 recorría yo la Grecia en compañía de mi primo José Ramón Lomba y de mi amigo Angel Cedrún, estaba muy lejos de pensar que muy pronto había de tratar de Pizaño y de Corón. Así, pues, cuando el día 16 de mayo salí de Esparta a lomos de una mala cabalgadura, y tras de penosa jornada, a través del celebrado Taigeto, llegué a Kalamata, mi mente había olvidado en absoluto que allí muy cerca existía un lugar que habían hecho célebre las armas españolas. Y nada de particular tiene; oprimido entonces el ánimo por las recientes desgracias de la Patria, unidas a las cuales fueron las propias, deseaba buscar un consuelo en la contemplación de aquellos restos venerables de la Grecia antigua, que también fué grande y también se veía caída en la más grande de las postraciones. Sus desgracias consolaban las nuestras; el aspecto de sus interesantes ruinas nos aliviaba el corazón del recuerdo de las de nuestro pasado, y así, cuando transcurrida una noche de descanso tratóse de emprender nuevamente la jornada, nuestros cuerpos se fueron tras de nuestro espíritu y nos dirigimos a visitar las ruinas de Mesenia, cuyas murallas, aun enhiestas en grandes lienzos, recuerdan el nombre del ilustre general que las mandó construir—Epaminondas—y recrean el ánimo ante la contemplación de una de las más acabadas y elegantes concepciones del arte fortificatorio, en el pueblo que fué árbitro de casi todas las artes. De este modo nos dirigimos en sentido opuesto a Corón como si instintivamente temiéramos vernos envueltos en aquel otro *Meco* del siglo XVI. No he conseguido después un plano de Corón que ofrecer a nuestros lectores, plano que, de ser moderno, inmodestamente creo no hubiese podido sustituir al croquis que de sus fortificaciones antiguas sacara al hacer de vista su estudio arqueológico.

hace pocos años, solamente la unía al continente una pequeña lengua de tierra de cinco kilómetros que se llamaba el istmo de Corinto. Hoy ha desaparecido el istmo; la península ha quedado convertida en isla, pero, a modo de protesta, el amoroso continente la tiende aún sus brazos en forma de puente de hierro de ferrocarril que da paso al de Patras a Atenas. Este terreno, así rodeado de agua, se llamó desde antiguo el Peloponeso, y más tarde también La Morea. En él, y en su extremo Sur, se notan tres salientes a modo de pequeñas penínsulas que terminan de E. a O. en los cabos de Matía, Matapán y Gallo, respectivamente. Entre las dos primeras se hace el golfo de Maratón, y entre la segunda y la última el golfo de Corón. En el fondo del golfo de Maratón desemboca el célebre Eurotas después de regar la Lacedemonía, y en el fondo del golfo de Corón se encuentra la ciudad y puerto de Kalamata, hoy de bastante movimiento mercantil.

Recorriendo la costa desde Kalamata para el Sur, hacia el cabo de Gallo, y aproximadamente a los dos tercios del recorrido total, la costa se interrumpe por una pequeña punta bastante más estrecha que larga, orientada de Levante a Poniente y formada de roca acantilada con entrantes y salientes, principalmente en su extremo Oriental. Esta diminuta península sirve de asiento a la ciudad de Corón.

Corón, en los tiempos medios, fué una factoría de los venecianos que la fortificaron como a tantas otras posesiones suyas por aquellos mares; pero en 1500 se apoderaron de ella los turcos y desde entonces permanecía en su poder. Por la época en que nosotros la vamos a conocer, Corón se componía de la ciudad propiamente dicha y de tres barrios, amén de otro algo más alejado al Sur. Aquella estaba asentada en medio de la península. Su forma era aproximadamente circular, salvo del lado del Oeste, donde el muro formaba un ángulo saliente, teniendo en su extremo un fortísimo torreón que venía a ser el punto más occidental de la ciudad. El contorno de la cerca era de algo más de un kilómetro y, si bien su circunferencia no llegaba al mar, por N. y S. dejaba tan poco espacio, en especial al Norte, y es el terreno tan rocoso y escarpado, que era de difícil acceso y aventurado el acometerla por aquellas partes. Aun lo era más al Norte, pues los barrios de que luego hablaremos la flanqueaban.

Por último: una fuerte muralla trazada aproximadamente de Norte a Sur, dividía la ciudad en dos partes, siendo la del Oeste la mitad en extensión que la del Este y por ello, y ser la muralla por la parte de los lados que terminan en el torreón de que hemos hablado muy escarpada y dominante, dice Cereceda podía considerarse como castillo o ciudadela de lo demás.

De los tres barrios, uno llamado Llivadi estaba situado en la extremidad de Levante de la peninsulita, rodeado de muro bajo y con nivel inferior al de la ciudad, pues aquélla, a medida que avanza al mar, se va achatando o deprimiendo. Este barrio se encontraba construído sobre una roca y artificialmente se habian volado las de alrededor, quedando, por tanto, su asiento rodeado de rocas que impedían a los barcos acercarse al muro, no consintiendo tener pie seguro a los combatientes que allí desembarcasen. Solamente al Norte era accesible, por haber menos piedras y tener la lengua de tierra que corría por el muro en algunos sitios 50 pasos de ancho.

El muro que rodeaba al barrio de Llivadi se unía por sus extremos al muro de Levante de la ciudad, al través del cual se comunicaban el barrio y la ciudad por una puerta, delante de la cual un revellín con su puerta correspondiente, asentada en terreno del barrio, coadyuvaba a la defensa de la ciudad, una vez apoderado el enemigo del barrio de Llivadi. Dos puertas hechas en los muros comunicaban éste con el mar por Norte y Mediodía.

Del lado Oeste de la ciudad, o sea hacia la unión de la península rocosa de que hemos hablado con la tierra, se encuentran otros dos barrios unidos a la muralla de aquélla. El del Sur era el barrio Judío, el cual estaba rodeado a la parte de la campaña de un muro bajo y a la parte del barrio del Norte, que se llamaba Omalli, de casa-muro. El barrio de Omalli dominaba el puerto propiamente dicho, o sea el pequeño espacio rodeado de un muro grueso con tres torres, donde podían ponerse unas pocas galeras bien recogidas, y obra de los venecianos. A su vez la ciudad, por la parte de los barrios, era casi inaccesible, pues el escape era muy grande y casi imposible el poder hacer brecha por tal lado.

La posición especial de esta punta, sobre la cual estaba asentada Corón, permitía a las naves cambiar de posición al Sur o Norte de ella y ponerse al abrigo de los vientos más temibles, que eran los que en aquellas direcciones soplaban.

Finalmente, un cuarto barrio llamado la Xabonara estaba situado ya más al S. y separado por completo del grupo formado por la ciudad y los otros tres barrios adyacentes.

Conocido ya el asiento de la ciudad sobre la cual dirigió sus pasos la armada de Doria, podemos darnos cuenta del modo cómo fué tomada. Decidió éste aprovecharse de la superioridad de su artillería para conseguir un éxito inmediato, y a tal fin dispuso el ataque por todo el contorno de la plaza. Parte de la infantería desembarcó por el S. en el barrio de la Xabonara, que estando descercado no puso ninguna resistencia. Sorteado el puesto de la vanguardia, les tocó a los españoles llevarla, y

avanzando todos, tras de una muy ligera escaramuza, cayeron en poder de los imperiales los dos barrios, el Judío y de Omalli. Practicóse un reconocimiento del muro de la ciudad, encontrándose, como hemos dicho fuerte, muy escarpado y de dudoso éxito su ataque. Esto no obstante, se desembarcaron seis piezas gruesas, según Cereceda, y catorce según Jovio, a cuya opinión me sumo en este caso; por más que pueden conciliarse ambas opiniones admitiendo que las seis de que habla Cereceda las manejaran los españoles que debían atacar por el barrio Judío y las otras ocho los italianos que atacaron por el de Omalli y el muelle. Además, se sacaron muchas piezas pequeñas.

Tratóse de abrir tres brechas. Una se debía hacer en el torreón de que hemos hablado como el más al Poniente; de ésta se encargaron las compañías de Pizaño, Esparza y Silva; otra muy cerca y un poco a la izquierda la abriría la compañía de Francisco Alarcón; y, finalmente, de la tercera se encargaron los italianos, mandados por el conde de Sarno, según hemos indicado.

Al mismo tiempo que por el frente de tierra se disponían las fuerzas de esta manera, del lado del mar se repartieron las galeras de modo de batir el muro por todos lados, haciéndolo con 150 piezas grandes y muchas de menor calibre, cuyo objeto era obligar a los defensores del muro a retirarse. Finalmente, con las naves gruesas de vela se adoptó, haciendo de torres móviles, una ingeniosa combinación, que consistió en unirlas unas con otras en forma de arco, para rodear toda la extremidad de la punta de la península, o sea el barrio de Llivadi. Unidos los castillos de proa por tablones, dispusiéronse puentes volantes que habían de caer sobre el muro que venía a quedar al nivel con aquéllos y servirían de paso a los más animosos para el asalto. Uniéronse también las gavias entre sí formando plataformas, en las cuales se colocaron piezas menudas (esmeriles), que unidas a los mosquetes y arcabuces, habían de impedir a los turcos arrimarse a los muros.

Previamente, sin duda aprovechando las horas de la noche, se llevaron en botes a tierra las anclas cuyos cabos se recogieron a bordo de las naves, y cobrando desde ellas se pudo acercar aquel rosario al muro todo lo que el calado permitía. Allí donde una nave no se acercaba al muro lo conveniente, se puso otra de menor calado con su puente correspondiente abatiéndose sobre el muro, al par que sobre su plataforma se abatía el de la nave de mayor calado.

A una señal convenida empezó por mar y tierra desde las galeras, las naves y las baterías el más espantoso cañoneo que puede concebirse, y que Jovio encarece sin que cueste mucho creerlo, por ser el lugar estrecho y batirse, en todos sentidos, con 154 piezas grandes más las pequeñas

y las que emplearon los turcos en su defensa. Fué aquello algo así como el sueño dorado del Von Sauer, y que produjo sus efectos, no por los daños materiales que fueron casi nulos, sino por los morales.

Por la parte de tierra, los italianos, después de batir el muro, se lanzaron al asalto encontrándose con que la brecha no era practicable, pereciendo más de 300 con varios capitanes por la confusión que sucedió al frustrado asalto. Muchos debieron su vida a haberse acogido a algunas casillas que al pie del muro había, y que, sin duda por falta de flanqueo conveniente, quedaban en ángulo muerto. Por la noche fueron retirados por el Conde de Sarno.

Los españoles también batieron con constancia sin conseguir tampoco abrir brecha, y, más cautos o más conocedores del asunto, no asaltaron librándose de otra semejante carnicería como la de los italianos. No puedo decir qué parte pudo corresponder en la elección de asentamientos a Pizaño, que era, sin duda, el que por parte de los españoles dirigía la artillería; de lo que no cabe duda es de que, según afirma Cereceda, que un año más tarde llegó a Corón, era casi imposible abrir brecha por aquella parte.

Si por tierra fué el ataque desgraciado, no así por mar. Ante el furioso batir de la artillería y el ingenioso artificio de Doria, no se resistió el barrio de Llivadi, cuyos defensores lo abandonaron, acogiéndose a la ciudad. Dueños los imperiales de éste y puestas cuatro compañías en observación de la puerta del revellín de que hemos hablado, se empezó a minar el terreno por esta parte. Esto, unido a haberse rechazado rigurosamente por la parte de tierra una tropa turca que, reunida de las guarniciones inmediatas, trató de socorrer a Corón, hizo desmayar a los habitantes, que se rindieron con la condición de salir libres y llevando lo que a hombros pudiesen transportar. Transcurrido el plazo de tres días que para ello habían pedido, salieron escoltados por cuatro compañías; precaución inútil, pues apenas fueron puestos en franquía, los griegos del campo dieron cuenta de ellos, no dejando uno con vida.

La toma de Corón fué el 21 de septiembre de 1532.

Viendo Andrea Doria que la ciudad era fuerte y capaz de buena defensa, dispuso que quedasen de guarnición en ella nueve compañías de españoles, cuyos capitanes fueron D. Jerónimo de Mendoza, Esparza, Sajavedra, Zambrano, Vargas, Silva, Mosen Fernando, Francisco de Alarcón y Luis Pizaño, quedando el primero como Maestre de campo (1). *Y dieron cargo del capitán del artillería al capitán Luis Pizaño, por ser per-*

(1) Sandoval dice, irónicamente, que el Príncipe no quiso dejar ningún italiano, «porque es mala la guerra con turcos y fuera de Italia».

sona suficiente para el tal cargo, dice Cereceda, y el suceso demostró ser acertada la elección.

Puesta en orden la escuadra y desembarcada la artillería y elementos necesarios a la defensa, zarpó Doria el 5 de octubre, continuando su crucero en el cual tomó a Patras y se apoderó de los dos fuertes que defienden la entrada del golfo de Corinto o Lepanto, en los cuales hubo gran cantidad de artillería, y por aproximarse el invierno regresó a Italia. Sandoval dice, que después de tomados estos fuertes volvió a Corón y les entregó alguna pieza de las nuevamente conquistadas, haciéndoles juramento «de tornar luego al año siguiente a proveerlos o a llevarlos, si bien fuese a su costa, porque quedaban pobres y de mala gana y con mucho peligro.»

La vuelta de Doria a Corón después de tomar los fuertes no creo yo tuvo lugar y de ella no hablan ni Jovio ni Cereceda y lógicamente no se comprende, pues ya al marchar habían quedado con los elementos necesarios. Desde luego, lo que se puede asegurar es que Pizaño no asistió a esta última operación, toda vez que en el largo documento que copiaré en el Apéndice, hecho por Pizaño a 23 de octubre de 1533, y que es la cuenta detallada de todo el material de artillería recibido hasta aquella fecha y su empleo, al par que plan de necesidades para más adelante, por si se consideraba conveniente seguir ocupando a Corón, la primera partida que figura en el cargo tiene la fecha de 5 de octubre de 1532, precisamente la fecha en que Doria abandonó a Corón para continuar su campaña.

Antes de seguir, invito al lector a que se detenga conmigo un momento a reflexionar sobre el triste sino que nos llevó por aquel entonces a seguir la política europea de Carlos V. Piense en el papel que desempeñan estos 2.500 españoles llevados a sostener la bandera del Imperio en un rincón de la Morea mientras que las costas españolas no tenían una pobre pieza que oponer a los desembarcos de los corsarios de Barbarroja. Pero éste es asunto que por sí solo nos llevaría muy lejos del plan que nos hemos propuesto seguir y que, por tanto, nos vemos obligados a dejar.

Retirado Doria a Italia y solas ya las nueve valientes compañías en tan apartado lugar y tan cerca del inmenso poder del turco, no se hicieron esperar mucho tiempo las consecuencias.

Consideraba Solimán como un insulto a su poder la presencia de aquel puñado de hombres casi a las puertas de la capital. Por otra parte, miraba cuán gran inconveniente se le podía seguir de que Carlos V tuviera pie seguro en la Morea, poco tiempo antes conquistada, y mucho más teniendo en cuenta el genio belicoso e independiente de los griegos, que

a duras penas tascaban el freno de la servidumbre y no necesitaban más que un rayo de luz libertadora para alzarse en armas. Así, pues, dispuso, vuelto de Viena, todo lo conducente para arrojar de Corón a los valientes que allí desafiaban su poder. Ordenó que el almirante *Oluprt-bey* con 60 galeras y otras naves acometiera a Corón por mar, y que el Bajá Zizin, con un poderoso ejército, completase el asedio por el frente de tierra.

Por su parte, la guarnición trabajó lo que pudo y rodeó los barrios de Ozmalli y Judáico con un reparo hecho a la usanza del tiempo con tierra y madera, para prolongar la defensa, pues por lo demás estos barrios como el de Llivadi, habían quedado casi destruídos al tiempo del asedio por los imperiales.

Aunque ninguno de los autores que hablan de estos sucesos, y he consultado, dicen una palabra de que en la guarnición de Corón hubiese un ingeniero, sé que estuvo en ella el célebre ingeniero italiano Antonio Ferramolino, pues así se deduce claramente de unas cartas publicadas por Vincenzo de Giovanni en su obra *Le Fortificazioni di Palermo nel secolo XVI.*

En la primera, que tiene la fecha de 13 de noviembre de 1533, y es dirigida por el Virrey de Sicilia al Emperador, le habla de la mucha actividad que imprime a las fortificaciones de Siracusa y Milasso, y que para ello ha ordenado vaya a ellas el conservador de la fortificación (el veedor diríamos nosotros) «é con lui il mentovato ingegnere [Pietro Antonio Tomasello que asistía de ordinario en ellas] ed anche l'ingegnere Ferramolino, che era venuto de Corone e stava per portarsi da V. M. e lo feci trattenere a tal uopo, &, &.»

No puedo asegurar cuándo fué a Corón Ferramolino y si asistió al sitio o sólo tué en el socorro, para dar allí su opinión. Sea lo que quiera, es lo cierto que en la segunda etapa no estuvo, pues lo hubiera dicho Cereceda que se encontró en ella como testigo de vista y lo cita más tarde en el sitio de la Goleta y también figuraría en el documento que al fin de este capítulo extractaré, y en el cual se detalla toda la guarnición de Corón. Pizaño debió ser el encargado de poner en obra lo que Ferramolino proyectase, pues, como veremos por los documentos copiados, él hacía el pedido de tablas y demás elementos para los repaaros y de linternas para el trabajo de las minas.

Empezó el ataque de los turcos, por mar, el 23 de abril de 1533 y se completó por tierra con la llegada de Zizin el 26 del mismo mes. Los sitiados comprendieron todo el peligro que se les venía encima y avisaron, por medio de un soldado llamado Fuensalida, que logró burlar el bloqueo en un ligero bergantín, a Hector Pignatelli, Virrey de Sicilia. Fué entonces cuando, sabedor el Emperador de las miserias y peligros

que en Corón se pasaban, ordenó a Doria, que por su parte no olvidaba su compromiso, corriese en socorro de la plaza sitiada.

Nada he de decir aquí de cómo se emplearon por los sitiados los medios de defensa que a su disposición tenían. En el documento citado puede el lector ver, por obra del mismo Pizaño, cómo se gastaron pólvora, plomo y demás elementos de la defensa. Añadiremos por nuestra parte que el hambre llegó a ser grande, según dice Sandoval, y que cuando el 8 de agosto de 1533 fueron socorridos por Doria, contaban ya con muy pocos recursos.

Este, en cuanto recibió la orden se puso en movimiento, y el día 1.° de agosto se encontraba en Mesina, desde donde escribió al Emperador (1) diciéndole que había llegado a este puerto el 24 de julio y había sabido que la armada que sitiaba a Corón era de 18 a 20 galeras (2). Que por esta razón había añadido 4 ó 5 naves más, pues que queriendo partir cuanto antes, no pensaba contar más que con sus recursos (3) que eran 19 galeras del Emperador (las de Doria), 4 de la religión de San Juan y dos de las nuevas del Papa. Que había embarcado 2.000 infantes españoles de los que habían venido de Nápoles y los que estaban en Sicilia, y 200 sueltos que estaban en Siracusa. Que no tenía vino para dejar en Corón, pero que no quiere perder tiempo y piensa salir *esta noche o mañana por la mañana,* habiendo enviado por delante las naves mayores, y que manda también tres galeras para que avisen del socorro (4).

(1) S. E. l.° IIII.

(2) Eran más, pero los sitiados, al avisar, habían disminuído el número para asegurarse del socorro. (Nota del autor.)

(3) Parece referirse a la escuadra de D. Alvaro de Bazán, que debió ir también en la expedición y que aún no había llegado ni llegó.

(4) En la misma carta contesta a alguna consulta que el Emperador, sin duda, le había hecho sobre la conveniencia de conservar en Corón la guarnición de españoles o aun reforzarla en la forma siguiente:

«La mia opinión saria si la M^ta.v. restasse sensa sospetto de cose francese che usse meglio seruitio de v. M^ta. tenerli a Corón che reddurli in Italia, per che la seruirano di effeto et di reputation grande et molto vtile a mio giudicio alli travagli de vngharia. Et si come per isperientia si conosce quanto el turcho treme quello picolo numero de fanti che la M^ta v. mantien a Corón, con ragion se deue credere che gionte queste compagnie a quelle, tenerano quello forte in maggior pensamento et continua cura, tanto che li danni che Chistiani ni altre bande li doueranno vscir de mente. Augmento grande sara al nome et autorita della M^tav. de tener nel propio Regno del turcho vno loco importante con si grossa prouision, et quanto a la spesa che importa la M^tav. douera considerare, che, come sia, e necessario mantenerli in qualche banda, ne con minor spessa de quella se mantenerano in niuno altro loco, e sensa el danno che aquesto Regno de Sicilia e Napoli ne vien; e imposibile mantenerli dandoli ogni mese la sua pagha; questo Regno di Sicilia no e suficiente a reger

Las tropas citadas eran en su mayor parte de las que asistieron en 1530 al asedio de Florencia y fueron luego llevadas a Viena. Venían mandadas por el Maestre de Campo Machín Cao (Machicao) y había entre ellas gente de los sublevados en Aversa (1).

No necesitamos entrar en grandes detalles acerca de la marcha de la escuadra de socorro. Envió Doria por delante, como por su carta hemos visto, y al mando de Cristóbal Palavicino, tres galeras para avisar en Corón del próximo socorro y reconocer la situación del turco, consiguiendo una fragatilla, que según algunos autores se les unió, por su mayor ligereza, burlar el cerco y avisar a los sitiados, que recibieron la alegría que puede comprenderse.

La escuadra de Doria avanzó hacia la Morea, dobló el cabo de Gallo y se encontró a la turca acostada del lado de tierra con las proas al mar, como ya lo había dicho Cristóbal. Tenía, pues, Doria, que virar para combatir o seguir la derrota de Corón, presentando todo el flanco izquierdo a los turcos. Optó por este último partido, o sea por llegar cuanto antes a aquel puerto. Ya iba en cobro toda la escuadra cuando se le enredaron las arboladuras a dos naves, sin que pudieran desenredarse. Como ya las galeras—que como hemos dicho constituían entonces las unidades de combate—habían pasado adelante, los turcos se abalanzaron sobre aquéllas, sobreviniendo un pánico espantoso, en el cual según Jovio, seguido por Sandoval, los infantes españoles no anduvieron a la altura de su reputación. El capitán Hermosilla no cumple como debe, entretenido en salvar a su dama, la cual llevaba consigo a tamaña empresa, y con ésto dió lugar a que algunos soldados se ahogasen y otros cayesen prisioneros. Pero por fin los más se hicieron fuertes en los casti-

questa graueza, et no pagandoli a soi tempi, se amutinano con assai maggiori spesa et danno; et siando a Corón guardano dal turcho el Regno de Sicilia et la Prouincia de Puglia sensa che in queste bande e necessario de loro dispone a suo modo et la con magiore sua comodita disponera al suo mantenimenti; in queste bande de Italia la M^ta^ v. come cosa sua supplisce a tutta la spesa e la come siando de chistiani dovera concorrere el Papa por vna parte della spesa al mantenimento» etc., etc.

Termina diciendo que hará lo que le mande, y que espera sus órdenes.

(1) Por cartas que he encontrado en Simancas (M, T. l.os 3 y 4) del Marqués del Gasto y del Virrey de Nápoles D. Pedro de Toledo, se deduce habían resultado culpables en el motín el Maestre de Campo y el Capitán Hermosilla, a los cuales el Virrey había mandado prender. Gasto no ejecutó la orden por llegarle tarde y haber salido ya la escuadra, escribiendo al Emperador que creía no conve- nía proceder estando aquéllos en Corón. A esto S. M. contestó le parecía se debía sobreseer por entonces, pero que esto no obstante, le remitiese lo actuado, aconsejando de paso la moderación.

llos de las naves luchando con denuedo contra los genízaros, apoderados ya de la mayor parte de ellas (1).

Doria, que había pasado ya adelante, avergonzado de que en sus barbas, y sin combatir, se llevasen los turcos las dos naves, ordenó a las galeras virar de rumbo y acometer a los enemigos, cosa que no tuvo lugar, por haber soltado los turcos la que ya creían segura presa.

En el auxilio de las naves y en impedir la persecución tomó gran parte, por su largo alcance, una culebrina de los sitiados. Fué este combate naval el 8 de agosto de 1533, y duró desde dos horas después de salido el sol hasta el medio día en que se retiraron los turcos.

La conducta poco atrevida del almirante turco fué criticada por sus subordinados. Defendíase él manifestando tener órdenes de Solimán de no comprometer su escuadra; pero como ella era muy superior a la de Doria, fué llamado a Constantinopla, donde el Sultán lo mandó decapitar. Fué entonces cuando este nombró almirante a Haradin Barbarroja, célebre corsario que se había apoderado de Argel y único superviviente de cuatro hermanos valientes y aguerridos. Desde entonces se incrementaron los males que la cristiandad padeció por el entonces terrible *peligro turco*.

En cuanto al ejército turco de tierra, fuerte de 10.000 hombres, cuando vió que la escuadra no había sido parte para evitar el socorro, levantó el cerco abandonando doce piezas de campaña, de bronce, y víveres en abundancia.

Llegada la escuadra de Doria a Corón el mismo día 8, dióse orden de desembarcar los víveres y municiones que para la plaza se traían, constando en el citado documento de Pizaño lo que se recibió de estas últimas.

Dice Cereceda que en esta ocasión «salieron de la ciudad muchos hombres e mujeres e muchachos de los griegos, en unos pequeños barcos e en unas cunas e artesas, y se venían entre la flota demandando limosnas a los que en las naves iban (2), y a coger el bizcocho e las cosas de comer que de los navíos caían en la mar. Esto hacían de extrema hambre que tenían, que no tenían de comer, sino comian algunas malas carnes, cuando las podían haber o hiervas que estaban en torno de los muros y estas apenas las había, pues las habían comido todas que por cierto parescía fuese dado fuego en torno de los muros. De los soldados quiero callar, porque no pienso que será creída mi verdad de la necesidad que pasaron de las proviciones de comer y beber».

(1) En este episodio se distinguió, por su ardor, Juan Herrera, soldado de la compañía de Sarmiento, que defendió uno de los castillos. Este soldado lo fué luego de la compañía de Pizaño, y se distinguió mucho en el ataque a la Goleta de Túnez.

(2) Uno de ellos era el mismo Cereceda. (Nota del autor.)

Desembarcadas que fueron vituallas, artillería y municiones a 17 de agosto salió de Corón D. Jerónimo de Mendoza, Maestre de Campo, con las demás compañías que habían estado sitiadas, exceptuando la de Pizaño que quedó en la plaza. Fueron reemplazadas por las ocho del Maestre de Campo Machicao y capitanes, D. Diego de Tovar, Pelus, Luis Mendez de Sotomayor, Hermosílla, Francisco Sarmiento, Lescano y Alonso Carrillo, las cuales, con la de Pizaño, completaban el número de nueve que debían quedar de guarnición, hasta que el Emperador decidiera lo que había de ser de la plaza.

Repartiéronse las compañías del modo siguiente: la del Maestre en lo que podríamos llamar castillo o ciudadela, la de Pizaño, Pelus, Méndez, Tovar y Hermosilla en la ciudad, y en el barrio de Llivadi las restantes.

Procedióse en seguida a guardar en los almacenes todas las vituallas y artillería que con el socorro venían, y para dar ejemplo el mismo Maestre fué el primero en cargarse un saco a las espaldas.

Ordenóse que los griegos pobres se embarcasen para quitar bocas inútiles, haciéndolo 2.800 personas. De este modo no había necesidad de apelar en tanta escala a la caridad de los soldados que nunca faltó, pues dice Cereceda que «desto seame Dios testigo y los que lo saben si lo habemos fecho cuando en mas necesidad nos fallabamos si nos fuesen enemigos».

Por fin el 19 de agosto de 1533 zarpó la escuadra de Doria con rumbo a Sicilia, haciendo promesa a la guarnición de socorrerla antes de cinco meses.

Conozco con exactitud todos los elementos que constituían la guarnición de Corón, que dejó Doria, por un curioso documento que se titula *Relación de la gente que cada capitán tiene y las raciones que se dan a todos los que están en esta ciudad* (1). Comienza el documento así:

✠

Los soldados que tiene cada compañía y las raciones que se dan de la munición.

Primeramente el Maestre de Campo tiene trescientos cincuenta y ocho soldados que se les da a cada uno una ración. 358

Más se da entre diez soldados una ración para un mozo, que montan..... 35

(1) S. M. T. 1.° 2. Este documento no tiene fecha, pero le corresponde la de 1533, pues la trajo el Capitán Luis Pérez de Vargas, enviado por la guarnición reclamando auxilio. Una mano poco experta puso al exterior del documento el año 1529, siendo éste uno de los documentos a que hacíamos referencia en el capítulo I.

Más se dan a la persona del capitán	10
Más se da al alférez cuatro y al sargento dos	6
Más se da a catorce cabos de escuadra, catorce	14
Que montan las raciones de esta compañía cuatrocientas veinticuatro	423 (1)
El capitán Luis Pizaño tiene soldados doscientos treinta y cuatro, dánsele otras tantas raciones	234
Más se dan entre diez soldados una ración, que son veintitrés.	23
Más se da a la persona del capitán diez	10
Dánse al alférez cuatro y al sargento dos	6
A nueve cabos de escuadra	9
Que montan las raciones de esta compañía doscientas ochenta y dos	282

Siguen a continuación de las compañías del Maestre de Campo y de Pizaño, y en la misma forma expresadas, las compañías de los Capitanes Alonso Carrillo (169, 16, 10, 6, 7 con total de 208 raciones); Francisco Sarmiento (238, 23, 10, 6, 9—286) (2); Lazcano (242, 44, 10, 6, 10—292); Pelus (204, 20, 10, 6, 8—248); Luis Méndez de Sotomayor (231, 23, 10, 6, 9—279); D. Diego de Tovar (288, 28, 10, 6, 12—314), y Hermosilla (177, 17, 10, 6, 7—217).

Y luego continúa:

Dánse al Sargento Mayor siete raciones	7
Al atambor general se dan dos raciones	2
Al alférez Matya se da por orden del señor Príncipe una ración	1
A un médico por orden del señor Príncipe	2
Que montan estas raciones doce	12

Lo que se da a los fiscales del Maestre de Campo.

Primeramente al auditor dos raciones	2
Al canciller una ración	1
Al alcaide dos raciones	2

(1) No hay correspondencia exacta entre lo escrito y la suma numérica. (Nota del autor.)

(2) El Capitán Francisco Sarmiento, hecho ya Maestre de Campo, murió heróicamente en 1539 defendiendo contra Barbarroja la plaza de Castilnovo, donde murió también el ingeniero español Miguel Fermin.

Al carcelero una ración	1
A quince caballos ligeros quince raciones	15
A cuatro alguaciles cuatro raciones	4
A ocho ayudantes de alguaciles	8
Al verdugo y a un ayudante dos raciones	2
A diez alabarderos diez raciones	10
Que montan estas raciones cuarenta y cinco	45

Los capitanes de caballos ligeros que el señor Príncipe dejó mandado que se les diese racion a ellos y a sus compañías.

El capitán Luis Pérez tiene veinte soldados, dánsele otras tantas raciones y más dos para su persona	22
El capitán Martín de Toro tiene lo mismo y se le da por la misma orden	22
El capitán Castañeda tiene lo mismo y las mismas raciones	22
Más se dan en su compañía a Moreno por orden del señor Príncipe	2
Los capitanes albaneses son los infrascriptos.	
El capitán Barbate tiene treinta soldados, dánsele otras tantas raciones y más dos, para su persona	32
El capitán Buse tiene veinte soldados, dánsele otras tantas raciones y más dos, para su persona	22
Dánse a un trompeta dos raciones	2
El capitán Andría Cabi tiene otros tantos y la misma cantidad de raciones	22
El capitán Lázaro Siraco tiene la misma cantidad de raciones y soldados	22
El capitán Andrea Gulleme tiene lo mismo	22
Los capitanes griegos son Dracopulo y Fatinise, tienen cada uno veinte soldados, dánsele otras tantas raciones, y más cada dos, para sus personas	44
Que suman las raciones de las sobredichas compañías	234

Los griegos ciudadanos de Corón a quien se da ración por orden del señor Príncipe son treinta y nueve, dánsele otras tantas raciones	39
Dánse a diecisiete maestros de murar diecisiete raciones	17
Más se dan a diez maestros de hacer cal, diez raciones	10

Dánse a cuatro frailes, por orden del señor Príncipe cuatro raciones	4
Que suman las sobredichas raciones	70
Más se dan a dos *(sic)* capitanes capeletes que no tienen compañía, tres raciones	3 *(sic)*
Dánse a veintiséis lombarderos, a cada uno dos raciones, que son cincuenta y dos	52
Más se dan a cinco maestros de hacha cada dos raciones	10
A tres herreros cada dos raciones	6
A dos polvoristas cada dos raciones	4
Más se da a un sobrestante de las municiones dos raciones	2
Sumando todas las raciones que se dan a toda la gente que aquí está, como parece, en esta lista, tres mil siete raciones	3.007

CAPÍTULO IV

(1533-1535)

Sucesos ocurridos en Corón durante el mando del Maestre de Campo Machicao. Expedición a Navarino. Sorpresa desgraciada de Andrusa en la cual es herido Pizaño. Heroica retirada de los españoles a Corón dirigida por éste. Abandono de la plaza en abril de 1534. Accidentado viaje a Sicilia y peligro que corrió la vida de Pizaño al llegar a esta isla.

Aun cuando la masa principal de las fuerzas turcas se retiró de sobre Corón al arribar la escuadra de Andrea Doria, quedaron fuertes guarniciones en las poblaciones más próximas, con objeto de hacer efectivo el bloqueo por tierra e impedir a la pequeña guarnición la posibilidad de abastecerse de víveres frescos. De aquellas guarniciones las más principales estaban en los puertos de Modón y Navarino. El primero fué el que pretendió Doria tomar antes de dirigirse a Corón en el verano de 1532. El segundo, se ha hecho célebre en el siglo XIX por el combate naval sostenido en sus aguas. Existe otro punto algo más lejano, en el cual había asimismo fuerte guarnición de turcos. Se llamaba y llama Andrusa y está situado a 35 millas al Norte de Corón y en la cuenca del río Pirnatza. El nombre de Andrusa quedó para siempre glorificado por la heróica conducta de los españoles de Corón.

Con todas estas fuerzas, así como con las galeras que se destacaban, de vez en cuando, de los cercanos puertos turcos, tuvieron las fuerzas de Machicao continuas refriegas. Pugnaban los españoles por recoger cuantas vituallas frescas pudieran servirles para prolongar su estancia en Corón; a ello oponíanse los turcos y pasábanse la vida en una continua guerra de emboscadas y sorpresas. Descríbela Cereceda como testigo de vista. En ella alternaban los Capitanes, encargándose Pizaño con su bien manejada artillería de tener a raya a las naves enemigas que osaban acer-

carse (1). Pero no solamente preocupábanse los sitiados de todo lo concerniente a lo que exigía una enérgica defensa exterior, sino que también, y siempre ante el temor de que los turcos volviesen a formalizar el asedio, procuraban mejorar sus defensas empleando cuantos recursos poseían.

En cuanto a artillería y fortificación se refiere, ya hemos visto se disponía en Corón de 28 bombarderos (artilleros), 17 maestros de murar (canteros) y 10 maestros de hacer cal. Estos maestros se empleaban en las obras que debió proyectar Ferramolino, y que sin duda Pizaño se encargaba de ejecutar. Dedicábanse también a les trabajos de «contramina», pues en un importantísimo documento hecho por Pizaño en octubre de 1533 (2), se pide en uno de sus párrafos lo siguiente: «Item sería menester mandar linternas o lantirnones que sirvan para minar *como esta eprincipiado* y también muy al propósito para una tierra estando cercada; por tanto, sería menester mandar una buena cantidad y asimismo candelas». No debía estar por entonces Pizaño ducho en el arte de las minas ni tampoco ninguno de los demás oficiales que formaban la guarnición, pues en la relación de auxilios que trajo de Corón el Capitán Luis Pérez de Vargas (3), y de que luego hablaré, se pide «un ingeniero entendido en minas porque con estas les podrían hacer algún daño».

De todo lo anterior, pues, se deduce, que la guarnición de Corón no estaba ociosa y que hasta entonces la vida transcurría dentro de los límites racionales y propios a unas gentes que se encontraban en su situación. Mal debió de sonar en sus oídos el violento cañoneo que el 4 de noviembre se oyó del lado de Modón y que, según los espías, no fué otra cosa que el saludo con que Barbarroja anunciaba su marcha para Constantinopla adonde había sido llamado por Solimán para encargarlo de su escuadra. Como si este hecho, precursor de tantos males para la Cristiandad,

(1) El 23 de septiembre hubo una muy movida por haber intentado las galeras turcas apoderarse de un barco propiedad de Pizaño, que con cuatro más habían salido hacia Castel-Franco, rico en vides, con cuyo fruto pensaban los soldados hacer mosto. Gracias al pronto auxilio de la plaza se consiguió salvar a los tripulantes que, habiendo saltado ya en tierra, defendieron bizarramente sus barcos con los arcabuces hasta la llegada del socorro.

(2) Este documento en que se detalla la clase de piezas, gasto de pólvora y proyectiles y existencias en toda clase de elementos de guerra, se publica en el Apén. dice.

(3) Luis Pérez de Vargas formaba parte—como hemos visto—de la guarnición de Corón durante la segunda etapa en calidad de Capitán de caballos ligeros.

Fué enviado representando a la guarnición para pedir auxilio y recursos a fines de 1533 o principios de 1534. El debió traer la relación de raciones que hemos citado en el capítulo III, así como el documento de Pizaño, referente al material de guerra y que completaba lo más interesante que se pedía.

quisiera hacerse presente cuanto antes en la pequeña guarnición, por estos días se declaró en ella una violenta peste que se cebó desde luego y principalmente en los griegos y albaneses.

Acudió Machicao al remedio, aislando a los enfermos en el barrio de la Xabonara que, como hemos dicho, era el más lejano de Corón. Ello no fué parte, antes por el contrario incentivo, para que Machicao siguiera en su campaña de defenderse atacando, lo cual le proporcionaba vituallas de refresco y carneros y búfalos en abundancia (1).

Por no quitarle el sabor del original, copiaré lo que dice Cereceda de una de estas salidas: «Pues como el Maese de Campo fuese avisado por sus espías que en el arrabal que estaba pegado de Navarino estaban pasadas de diez mil cabezas de ganado, y la mayor parte dello eran carneros, que tenía recogidos allí para el campo de los turcos que había de venir sobre Koron. Como el Maese de Campo supiera esto por sus espías, dió orden de querérselo tomar a los turcos, y mandó que saliesen de Koron a esta empresa el Capitán D. Diego de Tovar y el Capitán Luis Pizaño, con fasta seiscientos soldados de todas las compañías, los cuales salieron de Koron a los veinte de Diciembre un sábado tarde. Yendo la vuelta de Navarino, llegado Diego de Tovar con los que llevaba en la avanguardia al paso de un río, el cual paso estaba a dos millas de Navarino, este río fallo crescido y de cada hora crescia mas por las muchas aguas que abajaban de su sierra, como no hubiese dejado de llover desde que salieron de Koron. Por la cual agua e viento se quedó la mitad de la gente que venía con el capitán Luis Pizaño en retaguardia más de una milla atrás de llegar al paso del río, donde estaba D. Diego de Tovar con la otra gente. Pues como el capitán Luis Pizaño viera que se le era afirmado la gente, no queriendo pasar adelante por la gran fortuna del tiempo (que hacía aquella noche de agua e aire y frío, que fué tan grande que se helaron tres soldados, y otros que quedaron tan enfermos, que de ello murieron pasados de seis), ansí el capitán Luis Pizaño pasó adelante, do halló al capitán D. Diego de Tovar con la otra gente al paso del río y le face saber como la gente quedaba tan atrás y de tal arte que le parecía cosa imposible con aquella fortuna del tiempo traellos a pasar el río. Como eso oyese el capitán D. Diego de Tovar, quiso pasar el río con aquella poca gente que allí tenía; pero el capitán Luis Piñazo se lo estorbaba, diciendo que no le parecía que se debiera pasar el río con tan poca gente, porque no se sabía lo que faría el río, como todavía crescía, porque estando los unos de la una parte del agua y las otras de la otra, se esperaba mucho peligro, los unos de la gente de Modón y los otros de

(1) De estos dice Cereceda, con mucha gracia, que «son como bueyes, pero negros y más extrañas facciones».

la gente de Navarino. Y como la gente estuviese de tal arte que no podían servir de sus arcabuces ni armas, paresciéndole al capitán D. Diego de Tovar, por lo que el capitán Luis Pizaño decía, era cosa justa no ponerse en tanto peligro, ansí se juntan los unos con los otros y se vuelven a Koron».

Esta conducta de Pizaño nos demuestra como iba adquiriendo con los años la prudencia que acaso le faltó en los primeros de su carrera, sin que nunca en las ocasiones demostrara que su valor hubiese decaido en lo más mínimo, pero templando con aquella los arranques excesivos de Tovar, que a tan mal lugar los había de llevar después.

Fatigaba el ánimo de los españoles este continuo escaramucear en busca de viandas y producía en la pequeña guarnición ese mal estado de ánimo que se apodera de los hombres de acción, acostumbrados a la libertad, y que se ven encerrados en estrechos límites como son los de un recinto amurallado. Aumentaban este malestar los estragos de la peste, que aún les impedía el celebrar con desahogo las fiestas religiosas de precepto, temerosos de los amontonamientos de gente, a las cuales seguíase siempre un recrudecimiento de la enfermedad. Añádase la fatiga que les producía el continuo moler del trigo que había de hacerlo personalmente el que quisiera comer pan—cosa que Cereceda lo da como una de las mayores fatigas que pasó en Corón,—y los trabajos de fortificación a que la falta de gastadores les obligaba, y se comprenderá parte de lo que pasó en el espíritu de aquellos valientes (1). Las continuas murmuraciones,

(1) Las necesidades principales de la guarnición de Corón, al empezar el año 1534, están consignadas en el adjunto documento (S. M. T. l.° 2), que es el despacho para el Emperador, y en el cual se resumen las peticiones que aquella hacía por mano del Capitán Luis Pérez de Vargas. En el dorso del documento pone: «Memorial de lo que luys perez de bargas acuerda a su Majestad de la ciudad de Corón». El documento es como sigue:

✠

S. C. C. M.ta

«Lo que a V. m.ta a de acordar luys perez de vargas de la provisión de coron es lo siguiente:

Primeramente que v. m.ta mande prover de bastimentos para vn año conforme a las listas que el a traydo por que en la provisión que en la dicha tierra quedo vista y rreconoçida con grandísimo rrecaudo no basta para más del mes de hebrero primero que viene.

Iten que la gente que esta alli avnque tenga que comer no puede bibir sin algun vestido y calçado, por lo que suplica a v. m.ta los mande proveer de algunos dineros.

Iten que veniendo a estar çercados seria hallarse sin artilleria faltandoles para

los pequeños disgustos de cada día, sostenían el espíritu de aquéllos en un constante nervosismo que contribuía a excitar el espíritu intranquilo y valeroso de Tovar, incapaz de comprender la misión que en aquel momento tocaba a la pequeña guarnición. Por otra parte, el Maestre de Campo no tenía el férreo carácter que es necesario para imponer la voluntad a un Cuerpo en el que tal enfermedad se manifiesta.

Había nacido Machicao en la villa de Castronuño (1), de familia humilde, pero su ánimo y valor personal le elevaron al importante cargo con que le hemos conocido. Dotado de una gran bondad de carácter, prefería ser compañero de sus subordinados a severo jefe. Hacía la vida con ellos y nunca trató de imponerse ni aun en aquello que su limitada inteligencia veía con claridad ser su deber. Tenía gran mano con el D. Diego de Tovar, cuyo nacimiento y ardor ejercían sobre el Maestre una influencia no siempre beneficiosa. Deseaba Tovar hacer algo para salir de aquella vida que calculaba depresiva y proponía una salida en grande con la cual, atacando al turco en sus propias guaridas, terminase aquel

ella la monición necesaria, v. m.ta mande prover la polvora y pelotas que conbiniere y leñame para cureñas, rruedas y exes.

Iten que los arcabuzes son armas de que mas alli se an de servir y con que mas daño se puede hazer a los enemigos v. m.ta mande proveer numero de quinientos con todo su adereço y un maestro de adereçarlos.

Iten que v. m.ta mande ir alli vn yngeniero que entienda mucho de mynas porque con esto nos podrían hazer algun daño.

Iten que los soldados a causa que muelen lo que comen y hazen su guardia en serviçio de sus banderas no pueden entender en la fortifiçatión de la tierra y otras cosas neçesarias que v. m.ta mande prover de algunos dineros para gastadores.

Iten que v. m.ta mande prover de leñame y piedras de molinos, porque andando vn onbre en vna rrueda molera tanto que desocupara gran parte de la gente deste trabajo.

Iten que los artilleros que no an avido dineros v. m.ta les mande prover que padecen mucha neçesidad.

Iten los capitanes de cavallos a quien el prinçipe de parte de v. m.ta mando quedar alli suplican a v. m.ta tenga memoria dellos y quando a la ynfanteria se enviaren algunas pagas a ellos les mande proveer con que se puedan entretener como soldados de v. m.ta

Iten convendría mucho al serviçio de v. m.ta y a la salud de la gente mandar yr alli algunos buenos medicos y *curujanos* y que estos llevasen consigo las mediçinas porque alla no las ay.

Y por la mucha dificultad que v. m.ta sabe que ay de entrar en aquella çiudad al berano le suplica le mande despachar con la brevedad que al serviçio de v. m.ta conviene».

(1) En Jovio he leído ser Machicao de este lugar. En cambio, el P. Henao —*Antigüedades de Cantabria*—le hace provinciano. Machicao parece contracción de Machin Cao, lo que si me lleva el ánimo, por el nombre, al país vasco el apellido me lo hace gallego o portugués o frontero a estos países.

estado de cosas y les procurase ocasión de acometer un hecho que al par que de provecho redundase en la mayor gloria de las armas españolas. Oponíase Machicao, aconsejado de los que no olvidaban los preceptos que siglos antes había el Rey Sabio impuesto a los capitanes a cuya lealtad se hubiese puesto la defensa de un lugar fortificado (1). Manifestaba a los que decían como preferible la muerte a aquel abandono, que este no podía durar mucho, que fiasen en la palabra de Doria y en el amor del Emperador a sus soldados que no permitiría tenerlos mucho tiempo en aquel estado.

Manteníase así suspenso el ánimo del Maestre entre las dos opuestas tendencias que a su alrededor se agitaban, librando en su interior terrible lucha entre su espíritu aventurero y la conciencia de su deber. Pidió un corto plazo para reflexionar, transcurrido el cual rindióse a los que a la loca, al par que heroica aventura, le arrastraban. Pero ya decidido a salir y ponerse al frente de su tropa, abandonando el puesto que a su fidelidad se confiara, procuró al menos sustituir con la prudencia de última hora cuanto de imprevisión pudiese haber en su conducta.

Encargó de la defensa de la plaza, en su ausencia, y de los cuidados de su alma, al Capitán Luis Méndez de Sotomayor y al Capitán Lezcano; ordeñó que en tres días nadie que pudiese avisar a los enemigos saliese de la plaza, y con esto, y escogiendo para acompañarle a los Capitanes Tovar, Sarmiento, Pizaño, Pelus, Carrillo y Hermosilla, despidióse de sus otros subordinados y salió de Corón el día 31 de enero de 1534, dos horas antes del día y en dirección a la villa de Andrusa, distante, como hemos dicho, de Corón 30 millas. Acompañábanle también los capitanes griegos y albaneses con la gente de a caballo en número de 40 jinetes, que con los 1.500 infantes constituían el total de los expedicionarios.

No hay para que decir lo atrevido de semejante expedición. Prescin-

(1) «E por esso fué puesto en España, que despues quel Castillo fuesse cercado que ninguno non abriesse la puerta para facer espoloada, sin mandado del Alcayde. Ca el que lo fiziesse, si el Castillo se perdiesse por ello, fincaría por traydor, e deue morir por ello, la mas cruel muerte que le puedan dar, e perder la meytad de lo que ouiere. E magüer el Castillo non se perdiesse, deue morir por ello, porque salio desmandado del Alcayde en tiempo peligroso. Mas del Alcayde touieron por bien, que lo non prouasse en ninguna manera, ca si lo fiziesse, magüer fuesse muerto o preso, non podria ser quito de la traycion, si estonce el Castillo se perdiesse; porque pues el es dado para guardarlo, non deue partirse del sin mandado del Rey, ó del otro Señor de quien lo touiere. E el mandamiento, que sea cierto, de manera que se pueda averijuar por testigos que sean creedores» (Partida 2.ª, Título XVIII Ley XIII) *Que en defender los castillos ha menester cordura e sabiduria.*

diendo de los errores de salir el mismo Machicao y de no dejar a Pizaño en Corón donde eran más importantes sus servicios, como capitán de su artillería, hecho acaso justificado por las condiciones y experiencia militar de éste, que el Maestre considerase indispensables para el buen resultado de la expedición, no hay más que mirar un mapa de la Morea para comprender el peligro a que se exponía con tan atrevida algara, dejando a su retaguardia las fuertes guarniciones de Modón y Navarino que podrían, en un momento dado, concluir con los restos del pequeño ejército, si eran rechazadas en la empresa contra Andrusa, cosa probable pues las fuerzas que en este punto tenía el turco eran 1.300 infantes y 300 caballos, según Cereceda, y que Jovio las hace subir a 3.000 infantes de ellos 500 arcabuceros y 15 caballos.

Hízose el día 31 una jornada de 30 millas, yendo a pernoctar a un pequeño valle llamado Mierla a 10 de Andrusa, por haberse hecho aquella jornada por tortuosos caminos a fin de ocultar la marcha al enemigo, y guiados por el griego Barbate, hombre fuerte que conocía la lengua turca y el terreno que habían de recorrer. Descansaron aquí hasta la media noche del 31 en que emprendieron la marcha con objeto de caer aún de noche sobre la guarnición de Andrusa, y ganar por la sorpresa lo que no podían conseguir de un enemigo igual en número a ellos y parapetado en una población convenientemente preparada para la defensa contra un enemigo desprovisto de artillería. Realmente los turcos hallábanse desprevenidos, pues de ningún modo podían suponer el ser atacados a aquella distancia sin ser avisados de sus corredores o de las muchas torrecillas telegráficas que alrededor de Corón tenían establecidas y que anunciaban todos los movimientos de los españoles.

Emprendida de nuevo la marcha, destacóse el Capitán albanés Andrea con la gente de a caballo, a fin de cerrar un paso obligado para los turcos que de Andrusa huyesen, que tal era la confianza que en la victoria llevaban. La infantería distribuyola el sargento mayor Solorzano en dos escuadrones por orden de Machicao. El uno formado por 300 arcabuceros mandados por Hermosilla, debía dirigirse a las caballerizas turcas, situadas fuera del contorno del pueblo y en un barrio inmediato. Debía dar fuego a estas con alcancías, a fin de impedir el que Amurates, turco distinguido que mandaba la caballería, pudiese tomar parte en el combate, toda vez que se suponía que el fuego produciría tal terror en los hombres y caballos, que fuera imposible el sacar partido de ellos en los primeros momentos que se consideraban decisivos, si ya no muriesen todos abrazados sin poder ponerse en salvo. El otro escuadrón de infantes, en el cual iba el resto de aquéllos, debía marchar a retaguardia, dando lugar a Hermosilla a ejecutar su cometido y penetrar después en el pue-

blo por los varios portillos que las confidencias suponían abiertos por el descuido de los turcos (1).

Pero no pudo hacerse la marcha de tal modo que no fuesen vistos u oídos por unos mozos de mulas, los que apercibidos del relampaguear de las mechas de los arcabuces, comprendieron la inminencia del peligro. Hermosilla, si bien descubierto, avanzó para aprovechar la confusión y dió fuego a las caballerizas; pero este, si introdujo la confusión en ellas, fué también denunciador de los movimientos de los españoles, que en gran número sucumbieron, bajo el certero fuego de los arcabuces turcos.

Mientras tanto Machicao había avanzado al muro, y no hallando portillo hábil, trataba de forzar la puerta del lugar.

Fué aquí donde halló gloriosa muerte, que le lava para la Historia de las culpas que achacársele pudieran, y allí murió también a su lado el intrépido Tovar, que no quiso dejar el cuerpo de su Jefe en poder del enemigo. Fué aquél un momento de angustia. Los turcos, rehechos y parapetados en las casas, hacían un terrible fuego, que en pocos momentos causó muy sensibles bajas. He aquí el detalle con que las enumera Cereceda, testigo de mayor excepción: «de la compañía del Maese del Campo quedaron muertos en Andrusa diez y siete soldados, entre ellos quedaba un valeroso soldado llamado Gómez Arias y un cabo de escuadra, no menos valiente, y hirieron diez y siete con su alférez, de los cuales murie-

(1) De entre todas las peticiones que figuran en el documento copiado en la nota de la página 150 quiero llamar la atención del lector sobre la de arcabuces por el mucho uso que se dice, se hacía en Corón de ellos. Para explicarse esta afirmación basta comprender que para el soldado resguardado por una muralla, desaparecía el grave inconveniente que la lentitud de carga del arcabuz representaba para el infante colocado en campaña rasa, que era casi siempre víctima segura de los jinetes enemigos.

Para poder llevar el fuego de los arcabuces a todos los lugares de un campo de batalla fué preciso amparar a los infantes que los manejaban, con unidades de piqueros ante las cuales la caballería estrellaba su ímpetu destructor. Estas unidades llamadas *escuadrones* estaban constituídas por un grupo de soldados en formación rectangular que, ante la presencia de los jinetes, calaban sus largas picas formando un erizo difícil de romper.

Los arcabuceros se situaban en los flancos del escuadrón y en primera línea, constituyendo lo que se llamaban *mangas*. En caso de peligro se refugiaban en los escuadrones de piqueros. Era misión del *Sargento Mayor* ordenar las formaciones según los casos. Con la adopción posterior del fusil con bayoneta se sumaron en un solo infante las misiones que en los XVI y XVII desempeñaban por separado el arcabucero y el piquero. En el caso del asalto a Andrusa pudieron destacarse los arcabuceros de Hermosilla por suponer no podían entrar en juego los jinetes enemigos.

ron, dos en Koron; de la compañía de D. Diego de Tovar quedaron muertos once e hirieron diez y siete; de la compañía de Francisco Sarmiento murieron siete y hirieron a su Alférez D. Francisco de Mendoza, y a otros veinte e un soldado *entre los cuales me cupo una pequeña porte*; de estos murieron en Koron dos; de la compañía del Capitán Pelus, murieron siete y hirieron al Capitán Pelus en un pie y a veinte e dos de sus soldados; de la compañía del Capitán Luis Méndez de Sotomayor, murieron ocho y hirieron a cinco; de la compañía del Capitán Lezcano murió un sargento y diez y siete soldados, entre ellos murió un valeroso soldado llamado Machindoza y hirieron catorce de los cuales murieron en Koron dos; de la compañía de Alonso Carrillo murieron cuatro y hirieron catorce, de los cuales murieron en Koron dos; *de la compañía de Luiz Pizaño, murieron diez y hirieron al Capitán Luis Pizaño de un tiro de escopeta en un muslo*, y a veinte de sus soldados; de la compañía de Fermosilla murieron siete y hirieron catorce, de los cuales murió uno en Koron. De los griegos cuatro y hirieron ocho».

Una vez muerto el Maestre de Campo, viendo Luis Pizaño y los demás capitanes la imposibilidad, o mejor dicho locura, de continuar la empresa, decidieron retirarse obligándoles a ello el temor de que sabido su derrotero les cortaran el camino las guarniciones de Modón y Navarino. «Pues como fuese muerto el Maestre de Campo y el Capitán D. Diego de Tovar y fuesen feridos el Capitán Luis Pizaño y el Capitán Pelus, por la verdad, feridos como estaban, a caballo hacían todo lo que podían en el retirar de la gente». Este párrafo de Cereceda es el mayor elogio de Pizaño, escrito como está por quien debió la vida sin duda a la sangre fría y energía de aquél que ayudado de sus compañeros, consiguió que aquella tan triste derrota no se convirtiese en un desastre, y conducir a Corón los restos de la malograda expedición. Fué ésta una retirada que puso a prueba el valor y resistencia de aquellos valientes, pues, que teniendo a cada momento que rechazar a los turcos, en especial a la caballería, con sus picas y arcabuces, consiguieron llegar aquella noche, 1.° de febrero, a Corón, recorriendo otra vez la jornada de 30 millas, que unidas a las 40 del día anterior y a las continuas peripecias del combate, grabarán para siempre sus nombres entre los más famosos de nuestra Historia Militar (1).

Afortunadamente, y como una compensación a este desastre, al día siguiente, 2 de febrero, entraron en Corón tres naves de Italia, en las cua-

(1) No todos los expedicionarios llegaron por tierra aquella noche, pues buen trecho antes les esperaba el barco propiedad de Pizaño y en él entraron los heridos, aliviándose así un poco su situación.

les se enviaba a la guarnición vituallas, municiones y dinero a cuenta de las pagas que a aquella se debían. Sabedores los turcos de Andrusa de la llegada de estas naves en las que supusieron socorro de hombres, y conocedores por experiencia propia de a cuanto llegaba la osadía de los españoles, decidieron evacuar la población y se retiraron a la cuenca del Eurotas. La marcha de los turcos, sabida por los españoles, permitió a estos organizar una pequeña expedición a Andrusa, la cual, auxiliada por los griegos de Kalamata, se dedicó a recoger y enterrar los restos de sus desgraciados compañeros, las cabezas de muchos de los cuales estaban clavadas en estacas y terriblemente mutiladas, faltándoles a la mayor parte las narices, que para señal de su victoria habían enviado los turcos a Constantinopla. Solamente pudo ser identificado D. Diego de Tovar, al cual, por algunas señales, conocieron sus soldados. Cumplido tan sagrado deber, regresó la expedición a Corón. Celebróse en su iglesia el 17 de febrero las honras por el Maestre de Campo Machicao, con mucha pompa, asistiendo la guarnición sana en masa, no obstante la peste que seguía cada vez más fiera hasta el punto de haber muerto por entonces 300 soldados.

Todavía, el 17 de febrero, hizo la guarnición otra salida de importancia llegando a los arrabales de Navarino, en los cuales hizo algunos prisioneros. En la salida no tomó parte Pizaño, que sin duda tendría que atender a la curación de su herida. Aunque en el documento que he copiado ocupa Pizaño el segundo lugar después de Machicao, no parece, por lo que dice Cereceda, se encargase del mando de la guarnición después de la muerte de éste. Aquél autor dice que cuando el 24 de febrero llegó la orden de abandonar a Corón fué el capitán Lezcano el que ejerció todas las obligaciones que a un jefe de tropa corresponden, si bien pudiese dar lugar a ello el que la herida de Pizaño no le permitiese ocuparse por entonces de nada que exigiese actividad y movimiento (1).

(1) La relación de la sorpresa de Andrusa, la hicimos hace muchos años, y casi a renglón seguido de dar por terminada nuestra labor de acopiar materiales para este trabajo. Después, y durante mi estancia en la Academia de Ingenieros, dió a luz el Sr. Laiglesia su interesante estudio titulado: «Un establecimiento español en la Morea en 1532», que como se comprende fácilmente hace referencia al suceso de Corón. Aun cuando el objeto del Sr. Laiglesia al hacer su trabajo fué más bien de orden político que militar, no deja de tocar este punto, y por eso entre los muchos documentos que lo ilustran hay algunos que ofrecen para nosotros un interés de primer orden. Entre ellos se cuenta, una carta de Luis Pizaño al Virrey de Nápoles, fechada en Corón a 4 de febrero de 1534, o sea poco después de la sorpresa y cuando aun estaba herido; otra carta firmada por los capitanes Pelus, Lezcano, Méndez de Sotomayor y Pizaño, de fecha 17 de febrero, y, finalmente, una carta del capitán Luis Pérez de Vargas al Comendador Mayor de León, escrita en Sicilia en viaje

Finalmente, el día 24 de febrero llegó al puerto una nave y con ella cartas para el Maestre y demás capitanes, en las cuales el Emperador y los Virreyes de Nápoles y Sicilia les ordenaban que aprovechando las tres naves que en el puerto había y otras que se les enviarían, abandonasen la plaza y se dirigiesen a Sicilia, en donde habían de quedar de guarnición.

No parece que los soldados miraron de buen modo esta orden, toda

para Corón y de vuelta ya de la comisión que trajo de Corón en súplica de auxilio.

Las tres cartas tratan de lo mismo, es decir, de la sorpresa de Andrusa, las dos primeras por testigos de vista, y la última con referencia a un soldado que se halló allí. Creo conveniente el hacer algunas consideraciones que aquellos documentos me han sugerido y que completan el relato que hace años escribimos y aclaran o modifican algunos de los conceptos expuestos.

Desde luego nótase la diligencia de Pizaño, que fué una de sus características y que tendremos ocasión de apreciar más tarde en muchas ocasiones. De su carta se deduce que la expedición fué hecha, entre votos variados, por la voluntad del propio Maestre de Campo—el cual escogió los capitanes que habían de acompañarle—y lo mismo se manifiesta en la carta de los capitanes. Queda, pues, en pie, la afirmación de Jovio sobre las variadas opiniones que reinaban en la guarnición de Corón respecto a la expedición de Andrusa y como muy probable la influencia de Tovar cuyo carácter intrépido hemos visto, y que al querer morir al lado del Maestre justifica la idea de que a ello se creía más obligado que nadie. Hace presente, también, Pizaño, que la noche anterior había llegado a Andrusa un refuerzo de turcos que elevaba, según un prisionero, a 5.000 el número de defensores del pueblo y quo los turcos al principio *mostraron temernos por nos meter dentro*. Igualmente manifiesta que el número de expedicionarios era de 1.150.

La carta de Pérez de Vargas que es la que más detalla la entrada en Andrusa como tomada de la relación de un soldado, no ofrece grande diferencia con la de Jovio, no citándose, sin embargo, el detalle de la quema de las caballerizas por Hermosilla.

Queda justificado el mando de Lezcano, el cual le fué conferido por nombramiento de los capitanes, y se atribuye la marcha de los turcos de Andrusa, Modón y Navarino, no a miedo de la guarnición, sino a llamamiento de Solimán que los necesitaba para guerrear por el Asia.

Terminaremos esta nota copiando un párrafo de carta del Virrey de Nápoles al Emperador (de 24 de marzo), que figura también entre los documentos presentados por el Sr. Laiglesia, y que demuestra cómo el acto de Machicao fué ya juzgado severamente por los contemporáneos, aun cuando el heroismo con que fué ejecutado acallara todo pensamiento de ulterior investigación en sentido de determinar responsabilidades. Helo aquí: «Por las cartas que van con ésta de los capitanes que están en la guardia de Corón entenderá V. M.ta lo subcedido de la muerte del Maestre de Campo Machicao y del capitán D. Diego de Tovar, y lo que les movió ha hacer e intentar aquella empresa, que en la verdad a salir con ella fuera cosa notable, aunque paresca fué grande el herror suyo en aventurarse a cosa que no tuviesen por muy cierta, por ser mayor la pérdida de un hombre que está en guarnición, que no de ciento que señorean la campaña; perdone Dios a los cristianos, que según dicen ellos se vendieron bien».

vez que para llevarla a la práctica hubo, según cuenta Cereceda, que manifestarles que se hacía preciso este abandono porque el Emperador se veía nuevamente en lucha con Francisco I. Este autor cuenta que él particularmente sintió dejar una tan «justa e dulce guerra como la que en Koron teníamos con los turcos», para tener que emprenderla con príncipes cristianos. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el Emperador se vió precisado a ordenar la evacuaclón de la plaza, obligándole a ello el que no siendo el único que de su conservación recibía ventajas, lo era para derramar el dinero y sangre de sus súbditos. El objeto con que se hizo la campaña de 1532, por Doria, fué, como hemos dicho, distraer al turco del continente llevándole la guerra a sus propios Estados. Animó al Emperador a sostener el puerto de Corón el buen espíritu de los griegos, dispuesto a sacudir por todos los medios el pesado yugo de los turcos. Pero las circunstancias habían variado el año 1534. Por entonces Solimán había nombrado a Barbarroja (Haradin) su almirante, y recibíanse noticias por todas las vías que demostraban que el primer lugar donde había de descargar tan potente nublado sería Corón. Encontrábase por entonces en la Corte, el capitán Luis Pérez de Vargas, el cual había sido enviado por la guarnición de Cerón, pero antes de la expedición a Andrusa, para hacerle presente las necesidades de ella. Este fué el que trajo, indudablemente, además de la relación que últimamente hemos indicado, la otra firmada por Pizaño, referente a la artillería y de que también he hablado. Por ellas podemos ver cuan grandes eran los gastos necesarios para atender debidamente a la conservación de la plaza y esto sólo por un año. Comprendió entonces el Emperador que no podía atender solamente a tan crecidos gastos, mayormente porque el nombramiento de Barbarroja —dueño de Argel— como almirante de Solimán, le obligaba a reconcentrar sus fuerzas para oponerse a un tan poderoso enemigo como se le metía por las puertas adentro.

Dióse entonces principio a una larga negociación, en la que entraron en juego todos los príncipes interesados, procurando cada uno arrimar el ascua a su sardina. Ni los venecianos, a los cuales convenía muy mucho que la bandera del Imperio ondease por aquellas regiones donde ellos tenían aún mucho que perder, ni los caballeros Sanjuanistas que podían considerarlo como una revancha de Rodas, ni el Papa, padre celoso de la Cristiandad —pero entonces en aproximación a Francia— hicieron nada por ayudar al Emperador. Este se vió entonces obligado, a pesar de los buenos deseos de su hermano el Rey de Romanos Fernando —al cual mucho interesaba se conservase a Corón— a abandonarlo. Parece que hubo sus conatos de tratar con el turco a fin de sacar el mayor partido posible de la cesión de la plaza, pero nada se llegó a conseguir en este

sentido y Corón fué abandonado después de los muchos gastos y vidas que su conquista y conservación habían costado.

Fué una aventura política que sólo sirvió para poner muy alto por entonces el nombre de los españoles en general, y más particularmente el de los veteranos de Corón.

En cumplimiento de lo prometido por los Virreyes, el 9 de marzo llegaron a Corón cinco naves más, en las cuales procedieron a embarcar la artillería y guarnición, así como los griegos que quisieron abandonar su pais, todos los cuales estaban ya embarcados el 1.° de Abril, siendo el último hombre que lo hizo el capitán Lezcano, que, como hemos dicho, ejercía las funciones de Gobernador.

Si antes de dejar para siempre este lugar echamos una ojeada sobre todos los acontecimientos ocurridos en él desde agosto del 32 en que se tomó, hasta su completo abandono, no podremos menos de convenir con Oznaya en que Luis Pizaño es el que «justamente merece la gloria de la defensa de Corón contra todo el poder turco». Efectivamente, él tomó parte en los combates para hacerse dueño de Corón, dirigiendo parte de la artillería de tierra. El se quedó allí con el importante cargo de Capitán de la artillería, al cual fué unido esta vez, sin duda, el de encargado de construir las fortificaciones que allí se proyectaron por Ferramolino. El resistió con su artillería el asedio puesto por los turcos por mar y tierra una vez retirados Doria y sus bajeles. El ayudó con su famosa culebrina al buen suceso del socorro del 33. El vió marchar a su Maestre de Campo Mendoza con todos sus compañeros de privaciones, y fué el único capitán que con su compañía quedó en la segunda etapa, y en momentos en que el ánimo mejor templado siente deseos de alejarse del lugar de tantos sufrimientos. A las órdenes de Machicao siguió con el mismo cargo, y si las naves turcas se alejan algún tanto, no descansa y asiste a las jornadas de tierra con sus demás compañeros, y, finalmente, cuando en descabellada al par que heroica aventura, siente su cuerpo desgarrado por el plomo enemigo, no pierde la serenidad y salva a sus compañeros atendiendo a la salud común cuando la propia andaba tan en aventura (1).

(1) Por lo dicho, puede el lector comprender que el ilustrado Arantegui exageró el texto de Oznaya, al decir que Pizaño fué el defensor de Corón, toda vez que nunca ejerció el mando supremo. Tampoco creo merezca el título que le dió de Teniente de capitán de Artillería, pues que esto parece indicar como dependencia del Capitán General que en España existía. Pizaño fué lo que hoy llamaríamos Comandante de Artillería exento de Corón, sin dejar de ser capitán de infantería, porque entonces, como Arantegui sabía mejor que nadie, empezaban a incubarse las modernas organizaciones, pero es inútil tarea la de traducir directamente aquellos cargos a las modernas organizaciones cosa a que se vió conducido el ilustre artillero por su plausible deseo de dar a lo actual la mayor antigüedad posible.

Volviendo ahora a la evacuación de Corón, diremos que una vez embarcadas las tropas y puestos los enfermos de peste en el barco de Luis Pizaño, la noche del primero de abril diese a la vela la expedición con rumbo a Sicilia, pero echando un poco al Sur, a fin de alejarse de Modón y demás puertos del Archipiélago, donde podía haber peligro de turcos. Ya preliminarmente se había hecho un reconocimiento hacia Oriente para convencerse de que no había por las inmediaciones escuadra alguna de aquéllos.

No fueron muy afortunados en su navegación los expedicionarios. Cogióles una tormenta que les llevó muy cerca de Berbería, de donde, una vez pasada aquélla, pusieron proa para Sicilia a cuya vista se encontraban el 14 de Abril llevando la intención de tomar tierra en el puerto de Siracusa. Pero, no pudiendo entrar por ser de noche, se quedaron en alta mar cogiéndoles allí un viento contrario que les hizo dirigirse al cabo de Pezalo donde anclaron. Estando sobre anclas se levantó una nueva y horrible tempestad que debió concluir con aquellos gloriosos restos; pero apiadado el cielo los condujo a la isla de Malta, en cuyo puerto dieron fondo el 16 de abril. Permanecieron en él hasta el 24 sin poder desembarcar ni un momento debido al temor que al contagio de la peste temían los caballeros de San Juan que a la sazón poseían la isla, cedida por el Emperador a la Orden después de la pérdida de Rodas.

Salidos de Malta el 24 a la mañana, hicieron rumbo hacia Sicilia pasando a la vista de Siracusa y siguiendo en dirección a Mesina. Quince millas antes de llegar a este puerto salió a recibirles un bergantín con orden del Virrey Héctor de Pignatelli, para que fuesen de cuarentena al cabo de Mortela. Opúsose Lezcano manifestando la poca seguridad que aquel lugar tenía para estancia de las naves, lo cual les ponía, en caso de temporal, en el trance de seguir como ánimas en pena, añadiendo a esta dificultad la de faltarles el agua y el vino y no encontrarse muy sobrados de vituallas. Así fueron admitidos y anclaron muy cerca del puerto de Mesina, corriendo grande peligro de naufragar por haberse agarrado las naves unas con otras y ser arrastrados por la fuerza de la corriente.

Llegados cerca de Mesina, saltaron los capitanes en un bote y fueron a verse con el Virrey el cual desde una ventana del palacio les habló ordenándoles fuesen a purgar la cuarentena en la isla Fabignana. Opusiéronse los soldados al saberlo pidiendo sus pagas y barcos para ir donde les conviniese, exceptuándose de estas peticiones los de las compañías de Sarmiento, Lezcano, Carrillo, Hermosilla y Pizaño, que manifestaron irían donde se les mandase. Por fin, después de varias idas y venidas, se convino en que los capitanes cuyas compañías habían dado muestras de disgusto fuesen a purgar a Cefalú, y que las otras cinco fuesen a distin-

tos lugares, tocando a Pizaño hacer la cuarentena, en unión de Carrillo, en la ciudad de Siracusa. Fueron todos aceptados en los sitios que la suerte les deparó menos Pizaño y Carrillo.

Para no quitar ni poner nada en la relación de este incidente, que pudo costarle la vida a Pizaño, en recompensa de sus buenos servicios en Corón como centinela avanzado de la Cristiandad, voy a ceder la palabra a Cereceda que cuenta lo sucedido con gran detalle. Dice así: «Luis Pizaño y Alonso Carrillo, llegaron a Siragicio o Zaragoza (Siracusa), que de todos los nombres se entiende, e presentaron sus patentes al Gobernador y a los Jurados. Los jurados y gobernador de la dicha ciudad obedecieron las patentes del Virrey, más el comisario no quería que se aceptase la nave, por el temor que tenían al mal de la peste. Los jurados señalaron a los capitanes que iban en la nave donde habían de estar los cuarenta días, pero el comisario estaba puesto en no querer aceptar la nave. Viendo esto los capitanes que iban en la nave, hicieron sus requerimientos a los de Zaragoza, y que mirasen cuanto deservicio facían al Emperador y al Virrey en lo que hacían, y por eso el comisario no quiso aceptar la nave, antes toman armas y se ponen en toda defensa. Viendo esto los dos capitanes que venían en la nave, y como el comisario de Zaragoza no les quería aceptar, se tornaron a salir del puerto y viendo el gobernador y los jurados como los capitanes con su nave se salían del puerto, rogaron al capitán Hernando de Vargas, que estaba en la guarda de Zaragoza, que fuese a la nave y de su parte y de parte del gobernador y de los jurados, rogase a los capitanes que iban en la nave que se tornasen al puerto y saltasen en tierra uno de los capitanes, para que juntamente con el consejo de Zaragoza y con el capitán trabajasen con el comisario de ponello en toda quietud y que daría modo de facellos desembarcar donde fuese la voluntad del Virrey. Como esto vido el capitán D. Diego *(sic)* de Vargas, ser cosa que tanto tocaba al servicio del Emperador y gobierno de la ciudad, luego se fué a la nave y fizo con los capitanes que dentro iban que se tornasen al puerto. Como la nave fué en el puerto, se metió en un batel el capitán Luis Pizaño. solamente con dos marineros de los de la nave que le guiaban el batel a tierra, y como llegase el capitán Luis Pizaño donde estaban los jurados para habelles de hablar, los que fallaron del común tiraron al capitán Luis Pizaño tres tiros de arcabuces y un tiro de artilleria, que fué una cosa milagrosa no lo matar ni ferir. Viendo esto el capitán Luis Pizaño se volvió a la nave, sin dar medio alguno en su fecho».

Separóse la nave algún tanto del puerto, quedando muy disgustados el gobernador y jurados del proceder de la gente popular, así es que buscaron nuevo modo de atraerse la voluntad de ésta y desagraviar a Pizaño

y sus compañeros. Pero el paisanaje de Siracusa estaba tan medroso de la peste, que el pánico les dió alas para pedir, por toda componenda, el que las dos compañías les entregasen las armas mientras duraba la cuarentena, temerosos sin duda de que los soldados, una vez en tierra, rompiesen por la fuerza su aislamiento. Con esta comisión salió otra vez Hernando de Vargas, bien que convencido de la inutilidad de su embajada.

Dejando de nuevo la palabra a Cereceda, dice que «fué el capitán Hernando de Vargas, donde estaban los capitanes con su nave, algo desviados de Zaragoza, y les dijo todo aquello que por los jurados le fué dicho. Después de se lo haber dicho, les avisó que mirasen como no era aquello cosa que les cumplia dar sus armas; pero no era menester dar este aviso a unos capitanes y soldados tan expertos en las cosas de la guerra y engaños della. Asimismo le enviaron los jurados a rogar al capitán Luis Pizaño que tuviese por bien de saltar en tierra, que ellos querían hablalle, e que darían algún medio como concertar al común y ponellos en quietud. Viendo esto los capitanes y soldados, fueron muy maravillados como el común de Zaragoza tuviese tanta osadía de demandar lo que jamás nadie les demandó, no viéndolos rendidos, y antes se dejarían matar que dar sus armas a otra persona, de ninguna condición que fuese. Más a la demanda de saltar en tierra de Luis Pizaño, fueron contentos, e, como dice el proverbio, que de los escarmentados....., así mandó el capicán que Luis Pizaño en la barca o esquife de la nave metiese un sacre y hasta seis esmeriles, que son otras piezas de artillería más pequeñas, y que entrasen dentro del esquife hasta 30 soldados con sus arcabuces. Después de estar la barca con su orden que tengo dicho, entró el capitán Luis Pizaño e mandó a los marineros que la guiasen la vuelta de tierra, donde los jurados estaban esperando con algunos del común. Como llegase cerca de la tierra donde estaban los jurados, se demandó que era lo que querian, que él era venido allí a saber su voluntad. Como la gente común que estaba con los jurados viesen cuanto habían ofendido a este capitán, cuando le habían tirado la pieza de artillería y los tres arcabuzazos, y como llevaba en el esquife tanta gente y artillería, todos se fueron desmandados y dejaron a los jurados solos. Como se fueron los del común, no se pudo dar ningún estado, y en esto llegó una estafeta enviada por el Virrey, con letras para los capitanes que estaban en la nave, por las cuales letras les mandaba que, a despecho de los del común, se desembarcasen donde les fué señalado destar cuarenta días. Después de haber visto este capitán la letra e mandado del Virrey, le hizo ver a los jurados, y en esto se torna a su nave para irse a desembarcar, como era la voluntad del Virrey».

Mientras esto ocurría, el capitán Vargas fué a Augusta (día 4 de

mayo) y concertó con los capitanes Sarmiento y Esparza que allí estaban de guarnición, que si al tiempo de desembarcar Pizaño y los suyos se opusieran los paisanos de Siracusa, se lo haría éste conocer disparando una pieza de artillería, siendo asimismo dos disparos la señal de pedirles auxilio.

Dirigióse la nave de Pizaño hacia el puerto de Panaya, a tres millas de Siracusa, y ancló cerca del castillo de la Tarja; presentándose en seguida el paisanaje armado en disposición de impedir el desembarco, lo cual obligó a Pizaño a hacer la señal convenida. Inmediatamente embarcáronse los soldados de Sarmiento y Esparza para acudir en auxilio de Pizaño y con verdaderos deseos de hacer pupa. La cosa llegó a punto de ocurrir una verdadera hecatombe, evitándose esta por los ruegos de un caballero principal, llamado Branchiforte, el cual suplicó a Pizaño rogase a los del socorro se volviesen, comprometiéndose él a encontrar buena solución al asunto. Consintió Pizaño en ello, y así, dando las gracias a los capitanes que en su auxilio habían venido, les rogó se volviesen, pero conviniendo en que si nuevamente se veía en necesidad de reclamar su auxilio, no se detendrían por nada ni por nadie y darían la batalla a los siracusanos.

Por fin, el 6 de mayo por la mañana, y sin más incidentes, pudo desembarcar Pizaño, estableciéndose en el citado castillo de la Tarja, situado en una pequeña saliente de la punta de Santa Panaya, llamada la *isla* de Mongie por no estar unida a tierra más que con un pequeñísimo istmo. En este sitio pasó Pizaño con su compañía la larga cuarentena que por el Virrey se les había puesto.

Establecido en él, todavía no encontró Pizaño el descanso a que era acreedor, teniendo que intervenir en un motín que, sobre cuestión de pagas, armaron los de las otras compañías que estaban purgando, y que quisieron soliviantar los ánimos de sus soldados, enviándoles algunos de los sublevados como embajadores. La enérgica actitud de Pizaño y el amor que sin duda le tenían sus soldados, facilitó el asunto sin que el orden se turbara en su compañía ni un momento, terminando el motín con embarcarse para la península italiana gran número de soldados de las otras compañías, sin obediencia a sus jefes naturales. Esta y otras ocasiones de motines, en que todavía hemos de ver a Pizaño, nos harán comprender cuan lejos estaba de su espíritu la sórdida avaricia de otros capitanes, que produjo muchos de estos incidentes.

Finalmente, el 4 de julio, y puestos ya a libre plática, entraron en Siracusa las compañías de Pizaño y Carrillo.

No puedo asegurar si hasta su embarque para Túnez, en el año siguiente, permaneció Pizaño en Siracusa, o si prestó servicio en algún

otro punto de la isla. Acaso pasase a Palermo, en cuyo castillo me consta había en 1535, 300 quintales de pólvora que trajo de Corón. Algo así parece deducirse también de lo que cuenta Cereceda cuando trata de la concentración de las compañías para efectuar la expedición a Túnez. De todos modos, es más que posible que interviniese, aunque sólo fuera con su consejo, en las obras de fortificación que por entonces se construían en la isla de Sicilia y al frente de las cuales estaba Antonio Ferramolino, con cuyo ilustre ingeniero pudo acrecentar sus conocimientos en aquel difícil arte.

CAPITULO V

(1535.)

Expedición a Túnez. Toma parte en ella Pizaño. Desembarco de las tropas y asedio de la Goleta. Vigorosa salida de los turcos en la cual es herido Pizaño. Toma de la Goleta. Es nombrado Pizaño para conducir las doce piezas destinadas a la toma de Túnez. Combate con Barbarroja. Toma de Túnez. Malograda expedición contra la ciudad de Africa. Regresa Pizaño a Sicilia donde queda de guarnición.

La ocupación de Túnez por el corsario Haradín *B*arbarroja, fué uno de los primeros actos con que este arrojado marino señaló su nuevo nombramiento de Almirante del Sultán de Turquía. Si temible había sido cuando de simple corsario habíase apoderado de la ciudad de Argel, y más tarde del castillo que de antiguo habían construído y conservado los españoles en su célebre Peñón, no hay que decir a donde llegaría el terror que su nombre inspirara, cuando habiendo arrojado de su trono, con un golpe de audacia y de iniquidad, al Rey de Túnez, se enseñoreó de este reino y lo hizo nueva base de sus mortíferas correrías. Carlos V comprendió pronto el gran daño que de tal vecino habían de recibir sus súbditos y, prestándose a facilitar auxilio al destronado monarca, se propuso restituirlo en su trono, auxiliado por sus parciales, y arrojar a Barbarroja de su aun no asegurada conquista. Tal fué el origen de la expedición a Túnez el año 1535, expedición en la que el Emperador puso su propia persona a los peligros del clima y de las armas enemigas, y que, terminada con el más feliz de los éxitos, marca el momento culminante de su poderío y de su predominio sobre su eterno rival Francisco I. En 1525, éste cayó prisionero en Pavía después de terrible derrota; en 1535 Carlos V, venciendo a Barbarroja en los arenales de Túnez y rescatando 16.000 cautivos que de distintas nacionalidades lloraban sus tristezas en las mazmorras tunecinas, obtuvo sobre aquél un triunfo mil veces mayor, como cimentado en la bendición de los pueblos cristianos que, al compa-

rar la conducta de ambos, no podían menos de observar las ventajas de Don Carlos sobre su rival, como más fiel intérprete de una política europea que veía cernerse sobre su cabeza un inmenso peligro, del cual no era dable escapar y que tendia a concluir con la sublime obra del Crucificado en el Gólgota.

Los pormenores de esta expedición han sido relatados con tal prolijidad que sería inútil tarea la de repetir lo que Sanabria (1), Jovio (2), Doria (3), Sandoval, Cereceda, Illescas (4) y tantos otros han escrito y han comentado sobre ella, llevados del entusiasmo que en los pueblos del Mediterráneo, y especialmente en España e Italia, despertó su éxito dichoso. No entraré, pues, en detalles de un acontecimiento histórico que supondré conocido, y me he de limitar a señalar la mucha parte que en él tomó Luis Pizaño, al cual tocó, como siempre, regar con su sangre generosa el nuevo teatro de operaciones, a que su amor a las armas y su entusiasmo nunca desmentido le llevara. De paso intercalaré algunos decumentos inéditos que a su persona hacen referencia.

Para asegurar el buen éxito, el Emperador dispuso reunir una poderosa escuadra y movilizar un ejército que, conducido en numerosos transportes y protegido por aquélla, había de desembarcar en las costas africanas. Tuvieron en él representación los españoles de la Península, en la cual se dieron conductas a un gran número de capitanes para alistar soldados noveles, que a millares completaban aquéllas apenas se alzaban las banderas en las plazas de los pueblos. Acudió al mismo tiempo todo lo más florido de las noblezas española y portuguesa, que quisieron compartir con el Emperador los peligros de la campaña. Entre ellos fueron el duque de Alba y D. Pedro de la Cueva, Comendador Mayor de Alcántara y Mayordomo del Emperador, a los cuales cito por venir desde ahora unidos sus nombres al del modesto capitán del cual heme constituído indigno biógrafo.

Los alemanes tuvieron también brillante representación, como asimismo los italianos, ya en compañías organizadas, ya en lo más escogido de su nobleza. Finalmente, fueron llamados a cooperar a tan gran empresa los veteranos de Corón, soldados de empuje y tropa escogida que en Sicilia reposaba de sus pasadas fatigas, y en cuya frente aun se conservaban verdes los laureles adquiridos en lucha desigual con el gran poder del turco odiado y temido.

(1) Manuscrito en la Academia de la Historia, por Alonso de Sanabria.

(2) Traducido por Gaspar de Baeza.

(3) *Compendio de lo ocurrido en la vida de Carlos V,* por Antonio Doria y traducido del italiano por Luis de Toro.

(4) *Historia pontifical,* por Gonzalo de Illescas.

Dióse como punto de cita el gran golfo de Cagliari, en la isla de Cerdeña. A él se dirigió el Emperador con los españoles y con los portugueses, mandados por el infante D. Luis, su cuñado, embarcándose en el puerto de Barcelona y siendo escoltados por la escuadra del Príncipe Doria, que a este efecto había llegado pocos días antes.

Encargóse de reunir y conducir a Cagliari todos los elementos de Italia el Marqués del Gasto. A este efecto recogió en Spezia 7.000 alemanes y una coronelia de italianos; trasladóse a Nápoles, donde embarcaron los soldados italianos que en aquel reino se habían hecho y 6 compañías de españoles, y, siempre por mar, dirigióse a Sicilia, anclando en el puerto de Palermo el 23 de mayo de 1535. Desde aquí ordenó que las compañías españolas de la isla vinieran en seguida a este puerto para embarcarse.

Preliminarmente habíase dado la orden por el Marqués de Irache, que a la sazón gobernaba la isla, por la reciente muerte del Virrey Pignatelli, de que se concentrasen las compañías cerca de Trapaní, en cuyo puerto se pensó primero en embarcarlas. A tal objeto el 6 de mayo entró en Marsala Luis Pizaño con su compañía, sin que pueda asegurar procedente de qué punto, aunque sí creo no fuera ni de Mesina, Siracusa, Melazzo ni Augusta. Recibida en Marsala por Pizaño la nueva orden de dirigirse a Palermo, hízolo en seguida llegando a este puerto y embarcándose (1).

Salieron todas las embarcaciones el 27 de mayo con dirección a la isla Fabignana (2), a donde llegaron para regresar nuevamente a Palermo, en donde se recogieron 3 compañías que, habiendo quedado rezagadas, habíanse embarcado en 6 galeras dejadas allí por el Marqués, las cuales no habían podido llegar a concentrarse en la isla Fabignana por falta de viento favorable y sobra de mar agitada.

Nuevamente salieron de Palermo, ya reunidos todos, el 30 de mayo en dirección de la isla Fabignana adonde llegaron después de una parada de algunos días en la cala de San Vito, parada forzosa por no ser el viento favorable. Finalmente, repartidas las compañías alemanas, italia-

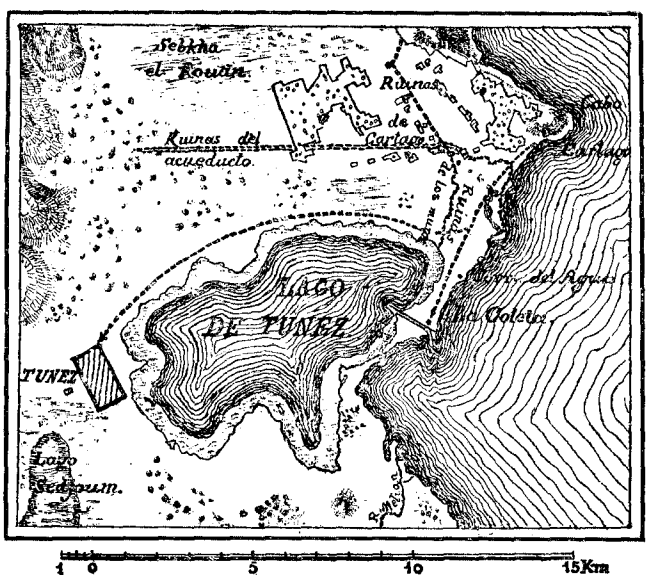
(1) El total de las compañías embarcadas en Sicilia fué de 12, según Sandoval, que dice era gente valerosa y de honra. El mismo autor dice que no todos embarcaron en Palermo, siendo solos Pizaño, Grado, Sotomayor y Saavedra los que lo hicieron, y que el resto se embarcó en Mesina. Cereceda afirma que todos se reunieron en la tierra alrededor de Trapani, esperando embarcarse aquí. Bien pudo ser que empleasen el mar durante la concentración, y todo se puede conciliar, más un documento oficial, que más tarde he de exponer, supone embarcadas las doce compañías en Palermo.

(2) Situada en la costa de Sicilia inmediata a Trapani.

nas y españolas en el orden más conveniente a la más larga travesía que iban a verificar, diéronse a la vela el 4 de junio con rumbo a Cagliari, a cuya bahía llegaron y esperaron junto al cabo Pula a la flota donde venía el Emperador, la cual llegó el 11 de junio. Pasada por éste una revista a toda su escuadra, hizo rumbo la expedición hacia Túnez, saliendo de Cagliari el día 14 por la mañana.

Tan próspero fué el viaje, que al otro día de mañana ancló la escuadra en Puerto Farina; y como el tiempo era bueno y el Emperador no quería perderlo, dispuso correrse el mismo día hacia el cabo de Cartago, en el cual se proponía desembarcar, a fin de disminuir en lo posible el trayecto que las tropas hubieran de recorrer por tierra para llegar a Túnez o a la Goleta; fuese cualquiera de estos dos puntos el que se propusiere tomar primero.

A fin de que el lector pueda formarse idea de cuales fueron las operaciones que sobre Túnez tuvieron lugar, he formado el pequeño adjunto croquis del conjunto. Respecto a los detalles de las obras de aproche al



fuerte de la Goleta, están tan confusamente descritas en nuestros historiadores, que no es fácil darse cuenta exacta de su disposición, como tampoco de las que adoptó Barbarroja para defender aquel importante punto, así es que indicaré lo que he podido deducir de su lectura y de lo que racionalmente se presume, dados los medios poliorcéticos de la época.

Fijándonos en una carta cualquiera donde se represente el Africa del Mediterráneo, dáse fácilmente con el golfo de Túnez. En él puede observarse que su costa occidental, que a partir de Puerto Farina sigue aproximadamente la dirección N. S., presenta después un saliente al Este que es el llamado cabo de Cartago, en el cual el Emperador echó el ancla con sus naves la tarde del 15 de junio. A partir del saliente marcado por el cabo de Cartago, la costa se dirige francamente en dirección S. SO. para después torcer bruscamente al S. E., formándose así un ángulo cuyo vértice marca el fondo del saco que constituye el golfo de Túnez.

Si nos fijamos en el trozo de costa anterior a éste, o sea en aquél que hemos dicho que arranca del cabo Cartago y marcha al S. SO., veremos que en su mayor parte está formado por una lengua muy estrecha de tierra, viéndose también agua del lado del continente. Este agua es la laguna de Túnez, llamada también El-Bahira o el Estaño, que es como generalmente lo conocen nuestros historiadores. En el fondo Oeste de ella está situado Túnez, que acababa de señorear el audaz Barbarroja. La faja estrecha que separa la laguna del mar es baja y arenosa y no continua, pues hacíase en ella una cortadura o canal, que permitía comunicar aquellas dos.

Precisamente en la orilla del canal, y del lado del cabo de Cartago, estaba edificada La Goleta que de este modo mandaba aquella comunicación, y que cuando Barbarroja se apoderó de ella era sólo una torre cuadrada, bien que de grandes espesores sus paredes y aproximadamente de 60 pasos de lado.

Esta torre, cuyo papel primero fué como el de una simple protección de la aduana, fué convertida por Barbarroja en núcleo o reducto de un vasto sistema de fortificación permanente (1) en el cual habían de entrar muros de mampostería que mirasen al mar y a la laguna—estos de menor espesor como no tan expuestos—y los cuales habían de unirse entre sí al través del istmo con otros muros que se presentasen de frente al que intentase atacar a la Goleta por cualquiera de los dos únicos frentes de ataque posibles por tierra. Los muros que a modo de cortinas miraban al mar y a la laguna estaban atravesados por profundas cañoneras, facilitando así aumentar los fuegos hacia ellas.

Es de creer, dados los muchos conocimientos que Barbarroja tenía en todos los ramos de la milicia, que en los ángulos se construirían los pequeños baluartes de la época a fin de flanquear las cortinas.

Pero la rapidez con que el Emperador se echó encima de Túnez, dejó incompleta aquella máquina que en lo de mampostería no era mucho

(1) Que venía a ser una doble cabeza de puente.

más que un muro que arrancaba de la Goleta y en dirección al cabo de Cartago tenía una longitud de 190 pasos (1). El resto habíase sustituído por fortificación hecha con sacos, barriles, remos y maderos, sirviendo de entramado a la arena, principal elemento de la defensa.

Finalmente, la laguna no era navegable más que para pequeñas embarcaciones, con las cuales se llevaban de Túnez a la fortaleza los recursos necesarios. En cuanto al canal, servía para que en él pudieran recogerse las galeras sin peligro del exterior, y así lo hizo Barbarroja, cuando comprendió que había que utilizar todos los recursos disponibles. De ellas sacó los remos y maderas con las cuales reforzó las fortificaciones, según hemos dicho.

En el plano se indican las ruinas de Cartago y los olivares que sobre ellas se echaban, acercándose estos también a la laguna, de tal modo, que sólo por su orilla arenosa quedaba el terreno despejado hasta Túnez. El otro borde de la laguna era análogo a éste aun cuando más quebrado.

Hecha esta ligera descripción, es fácil formarse una idea de lo que va a seguir. La escuadra que llegó por la tarde al cabo de Cartago ancló en él, adelantándose algunas galeras hacia la Torre del Agua (2), y la Goleta con objeto de reconocer sus fortificaciones. Se cañonearon con estas y con 10 galeras que Barbarroja había sacado del canal y se hallaban arrimadas a la orilla.

Por ser ya tarde no se desembarcó la gente, haciéndolo al otro día en las embarcaciones pequeñas. Las primeras fuerzas que lo ejecutaron, fueron los españoles de Nápoles y Sicilia con los alemanes, los cuales desembarcados, formaron sus correspondientes escuadrones. La misión de estas fuerzas con las cuales iba Pizaño, fué apoderarse de las ruinas de la antigua Cartago rechazando los continuos ataques que desde los olivares dirigían los turcos y árabes, muchos de estos de propia voluntad y no pocos obligados por las amenazas de Barbarroja. Avanzados así, protegieron el desembarco del resto de la expedición y de la artillería.

Desembarcados ya todos, celebróse Consejo de Guerra para dilucidar cual había de ser el primer objetivo del ejército. Tuviéronse en cuenta las noticias adquiridas, después del desembarco, que demostraban la Goleta muy fortalecida y capaz de buena guarnición. No es necesario ser muy experto en Arte Militar para comprender el problema que al Consejo se presentaba. Marchar directamente a Túnez, distante 15 kilómetros de te-

(1) No me atrevo con exactitud a interpretar esta medida que cita Cereceda.

(2) La Torre del Agua que en el plano se indica aproximadamente, tenía por objeto proteger unos pozos de agua dulce. Barbarroja no debió considerar oportuna su ocupación, pues si hubo resistencia fué poco enérgica.

rreno arenoso, con un enemigo entero delante y con un clima caluroso, al cual los soldados aún no se habían hecho, era muy aventurado. Añádase que la Goleta quedaba atrás sin batir y con una guarnición que podía ser aumentada como se quisiera, pues que la laguna y la tierra por la otra ribera proporcionaban fáciles comunicaciones. Si se quería no renunciar a la ventaja que el echarse sobre Túnez cuanto antes representaba, debía emplearse un cuerpo muy importante en observar la Goleta, a fin de impedir que los enemigos cortasen las comunicaciones con la escuadra haciendo muy comprometida la situación del ejército.

El deseo de no repartir sus fuerzas, unido a que la toma de Túnez no se presentaba como segura, pues si bien no muy defendido, estaba dentro Barbarroja que no había perdido el tiempo, decidió al Emperador a atacar primeramente a la Goleta. Aun dentro de esta solución, pudo éste repartir sus fuerzas—aprovechándose de la escuadra—en dos partes a fin de atacar a la Goleta por los dos frentes de tierra, pero esta solución no parece que ocupó un momento al Consejo, y se comprende fácilmente, pues aunque el ejército era realmente superior en número al enemigo y uno de los más aguerridos que en aquella época se podían presentar, es lo cierto que teniendo en frente un enemigo tan astuto como Barbarroja, era un problema muy aventurado y peligrosa la situación de la parte más débil, sobre la cual hubiérase podido arrojar aquél desde Túnez sin que el socorro de la otra fuese oportuno si ya no era imposible, por escoger para el ataque día de mar tormentoso. Así, pues, acordóse en el Consejo marchar directamente a la Goleta para atacarla paso a paso supuesta una resistencia enérgica, cosa indudable, sabiendo que al frente de los valientes turcos de ella estaba un hombre como *Sinán el Judío,* el cual, si bien no completo de cuerpo, no necesitaba las faltas para tener un alma muy bien templada.

Para encargarse de los trabajos de aproche y de la vigilancia de las obras se echó mano de los veteranos de Nápoles y Sicilia, así como de los italianos, quedando los españoles noveles para guardar las espaldas a aquéllos, haciendo frente a los enemigos que salidos de Túnez intentasen impedir los trabajos. Quedaron los alemanes como reserva y guarda del Emperador.

La marcha desde Cartago hasta la Torre del Agua, se verificó con varias escaramuzas, principalmente al flanco derecho y retaguardia, y desde el día 19 en que se llegó a la Torre del Agua se empezaron ya los trabajos de aproche, poniéndose en cabeza los españoles viejos, los cuales habían de partir a la mano izquierda, o sea del lado de la mar y en el mismo frente, y a la parte de la laguna, los italianos. No dan los historiadores detalles técnicos por donde podamos venir en conocimiento

exacto, y tal como yo hubiera deseado presentarlo a los lectores, de los trabajos realizados. A falta del plano del ataque hemos de contestarnos con lo que puede deducirse de la lectura de aquéllos.

Por de pronto los ingenieros encargados de dirigir los trabajos fueron Antonio Ferramolino y Juan María. Estuvieron también allí, procedentes de la Península, Benedicto de Ravena, con cargo de Conductor de la artillería, y Eguizábal y Perea, como capitanes de trinchera (1). Ferramolino había venido a la expedición procedente de Sicilia, y era antiguo conocido de Pizaño. Fué el encargado de las obras ejecutadas por los españoles. Juan María dirigió las construídas por los italianos mandados por el Conde de Sarno, que estuvo también en la toma de Corón.

La falta de gastadores, y sobra de peligro, hizo que los soldados tuvieran que construir ellos mismos las trincheras, cosa que en el siglo XVI soportaban con dificultad los *señores soldados*, pero que entre españoles se hizo siempre que la necesidad apremiaba y existía buen espíritu entre las tropas (2). Encargáronse, asimismo, los soldados de traer las fajinas cestones y demás elementos que a bordo de los barcos venían, colocándolo en los sitios que los ingenieros iban señalando.

Las obras construídas consistían en trincheras, para unir los bastiones o para avanzar, y bastiones que venían a desempeñar el papel de reductos de las paralelas. Estos bastiones eran hechos con la tierra sacada de las trincheras y con los taludes revestidos para dificultar la escalada, cosa entonces muy importante, dado el poco alcance del arcabuz. Como primera paralela se tomó una trinchera empezada por Barbarroja, y no concluída, con objeto de unir el Estaño y el mar por sitio distinto de la Goleta. En cuanto a las trincheras o ramales de ataque, marchaban *avanzando como culebras*. Cuando la longitud de estos ramales era grande construíase un nuevo bastión, muchas veces con traveses para flanquearle, dada la acometividad de los turcos de la defensa.

Por las razones dichas al principio de este capítulo, no he de ocuparme de las muchas escaramuzas que sostuvieron las fuerzas que ocupaban la retaguardia, y que protegían los trabajos contra las continuas salidas que de Túnez hacían los defensores. Desde que ya se formalizó el sitio, el puesto de Pizaño fué en los trabajos de aproche, en donde eran necesarios los conocimientos de los veteranos en esta clase de guerra. Mientras tanto el resto del Ejército, y los muchos caballeros españoles

(1) S. E. l.º 462. (Benedicto era también ingeniero.)

(2) M. de la Barre-Duparc, en sus notas a la *Historia de la fortificación permanente*, de Zastrow, dice que en el fuerte de Outreaux, en 1546, fué uno de los sitios donde los soldados franceses trabajaron por primera vez, gracias a la energía de Montiluc.

que al Emperador acompañaban, encontraron ancho campo para lucirse por los olivares, en un sistema de guerra que tan buena escuela había tenido al final del siglo XV en Granada, y cuyas tradiciones aun no se habían borrado entre aquéllos.

El 23 de junio ya estaban concluídos los dos primeros bastiones cuya construcción, según hemos dicho, se encargó a los españoles e italianos, respectivamente. Este día, a las ocho de la mañana, salieron de la Goleta unos 2.000 turcos y se dirigieron hacia el bastión de los italianos, situado como sabemos del lado de la laguna y a milla y media de la Goleta.

Estos no se limitaron a defenderlo, sino que, enardecidos, subieron por encima del parapeto, dirigiéndose a los turcos, los cuales se hicieron firmes y los rechazaron, siguiéndoles a su vez y entrando revueltos con ellos en la obra, matando una porción e hiriendo a otros muchos. Entre los muertos figuraba el Conde de Sarno, cuya muerte sintió mucho el Emperador.

El auxilio que prestaron las fuerzas españolas que descansaban a retaguardia, y entre las cuales estaba sin duda Pizaño, aunque un poco tardío, sirvió para rechazar a los turcos, que se volvieron a la Goleta conformes con su triunfo. Por esta causa ordenó el Emperador que relevasen a los italianos en la construcción y guarda del bastión algunas compañías, y entre ellas la de Luis Pizaño.

El día siguiente, 24, pasóse todo trabajando en los bastiones y en la trinchera que los unía, que debía ser fuerte, como que siendo la primera debía tener por objeto la incomunicación de la Goleta con el resto de la tierra. Llegada la noche echáronse los soldados a dormir, poniendo sus centinelas cada compañía a su frente, pues según dice Cereceda «lo que cada uno hacía se lo guardaba». Antes del día salieron los turcos en gran número, pero siendo sentidos por los centinelas, que dieron alarma, retiráronse cumplida la primera parte de su bien combinada trama. Esta retirada descuidó más a las tropas, que, por otra parte, se encontraban rendidas del continuo trabajo del día. Este fué el momento que aprovecharon los turcos para arrojarse sobre ellas. He aquí como cuenta Sandoval este ataque, tan funesto para los nuestros.

«Acometieron 500 turcos escogidos de a pie y de retaguardia 30 caballos y otros 100 infantes, que entraron por el agua del Estaño, que les daba a los pechos. Dieron sobre el cuartel de Francisco Sarmiento cuando cansados de trabajar toda la noche dormian sin tal cuidado a su sueño suelto y sin armas. Los españoles acometieron luego a las armas revolviendo sobre los turcos con buen denuedo. El capitán Luis Méndez, si bien cargado de carnes, con espada y rodela se metió entre los turcos;

fueron tantos contra él, que le hicieron pedazos, y lo que se notó que las muchas heridas que le dieron fueron en la cara, pecho y piernas, y ninguna en las espaldas. Cayó junto a él Sebastián de Lara, Alférez de Alvaro de Grado y muy valiente. Murieron Juan Zambrano y Villanueva, naturales de Guadalajara y Alvaro Liñán, caballero aragonés, hijo del señor de Zetina. Perdióse una bandera de Francisco Sarmiento, que, hecha pedazos, llevaron los turcos. Salieron heridos *Alvaro de Grado* y *Luis Pizaño*, escogidos capitanes. Donde fué la resistencia murieron cuarenta y nueve soldados, sin los que cayeron en el alcance. Mataron una mujer que hallaron con su amigo (1). Fueron heridos más de ciento y cincuenta.»

La herida de Pizaño no debió de ser grave y pronto le permitió tomar parte activa en las operaciones. Nada he encontrado que haga referencia a su persona hasta el 14 de julio, día en que se tomó la Goleta y en el cual ya estaba bien, como lo demuestra el documento de que luego hablaré. Es, pues, más que probable que tomó parte en este día en el terrible cañoneo que, con objeto de abrir brecha, se dirigió contra la fortaleza.

En el tiempo transcurrido desde el 25 de junio habíanse adelantado los trabajos de tal modo que el 14 de julio estaban construidas las baterías que debían dar el golpe de gracia a la Goleta, y cuya situación y servicio eran los siguientes: Una colocada del lado del mar, armada con 20 piezas y situada a 400 pasos de la Goleta. Otra del lado de la laguna con 15 piezas y a 335 pasos y, finalmente, entre las dos, y a 400 pasos del enemigo, otra de 6 piezas (2). La primera y tercera estaban servidas por

(1) Conviene que el lector se fije en este detalle, que corrobora lo que dijimos en el Capítulo II. (Nota del autor.)

(2) En Simancas (E. 1.° 462), he encontrado las prevenciones hechas en el Consejo de guerra celebrado el 13 de julio, delante del Emperador, día que fué el anterior a la toma de la Goleta. Del documento, que extracto, se deduce que los españoles tenían 20 piezas y estaban a la parte del mar. Los italianos estaban a la punta del Estaño. Se dispuso que cada uno batiera su parte, y después de destruir las defensas del turco, se mandaran *personas de juicio* a reconocer *la batería* (nombre que se daba entonces a lo que hoy llamamos brecha) para mejor dar *la batalla. Los españoles viejos*, que eran 3.600, divididos en tres tercios, acometerían dos por *aberturas que se harían en las trincheras*, y el otro serviría para apoyarlos. Por la derecha se ordenó hicieran lo mismo los italianos, divididos en tres tercios, siendo uno de ellos para apoyo de los otros dos. Que los alemanes, en número de 2.000, saldrán por el centro por una abertura que se hará, y acudirán donde sea menester. Otros mil quedarán con la artillería de los españoles y otros mil con la de los italianos, con orden de que si éstos entran en la Goleta, arremetan ellos también. Que se repartan 6 escalas por compañía.

Que las galeras ayuden por su parte. La señal para que las galeras empiecen a

los españoles y la segunda por los italianos. Cereceda dice «que fué una cosa de no se poder creer la mucha artillería que se tiró este día», lo cual se comprende, y mayormente si se tiene en cuenta que la escuadra tomó también parte adelantando las galeras con todas las piezas cargadas y retirándose en cuanto habían descargado todas, siendo, por consiguiente, el cañoneo continuo.

El estrago fué grande; parte de la torre se hundió, cogiendo debajo a los artilleros, y los reparos que Barbarroja había construído se encontraban rotos por varias partes. Entonces se ordenó reconocer la brecha y a ello fué el capitán Jaén con tres soldados, uno de los cuales fué Juan de Herrera, gentil-hombre de la compañía de Luis Pizaño, el cual, llegando al reparo armado con su espada y rodela, no contento con ver la brecha, metióse dentro diciendo al capitán Jaén, que detrás y a alguna distancia venía, ¡capitán echarme he dentro que esto no es sino corral de vacas! (1).

Dada la señal de acometer, o mejor dicho, sin esperarla, pues ya los soldados ardían en deseos de concluir cuanto antes, lanzáronse las tropas al asalto, que fué coronado con el más feliz de los éxitos, huyendo los turcos ante el imponente choque de aquéllos, abandonando en su huída la artillería, galeras etc.

Apenas tomada la Goleta, comprendió el Emperador cuanto importaba al completo éxito de la expedición, el proceder con la mayor rapidez y dirigirse inmediatamente a Túnez, a fin de aprovechar el decaimiento moral que necesariamente se había de apoderar de las fuerzas de Barbarroja, y especialmente de los árabes que, aunque le habían secundado hasta entonces, muy bien podían tornarse al ver amenazadas desde cerca sus viviendas, por el próximo ataque del ejército imperial.

Y verdaderamente no se durmió el Emperador sobre sus laureles, y de ello es la mejor prueba un documento de Simancas (2), en el que se incluyen las prevenciones hechas en el Consejo de Guerra celebrado el

batir será una bandera izada en el extremo del reparo hacia el mar, cuya bandera se quitará cuando se vaya a dar la batalla (el asalto), no debiendo disparar más en cuanto esto suceda.

Finalmente, que los 2.000 soldados de Málaga se queden para guardar el campo.

(1) En Simancas y negociado de Guerra hay una relación original encontrada por Aparici, que la extractó, y según la cual el premio ofrecido por el Emperador al que primero entrase en la Goleta, se repartió en la siguiente forma: Alféreces Mendoza y Fuensalida, a 250 ducados; Alférez Pedro Gaytán, 200 ducados; Soldados Alonso del Toro, Isla, Herrera, Navarro y Salas, a 100 ducados.

(2) S. E. l.º 462. En el dorso de este documento dice, con letra distinta, que ha sido copiado para D. Serafín Calderón el día 26 de septiembre de 1848.

Ya se comprende que se hace referencia a Estébanez el *Solitario*.

mismo día 14, en que se tomó la Goleta, y demuestra la intención de ponerse en marcha el día siguiente.

En este documento se nombra a Pizaño para dirigir las 12 piezas que se habían de llevar contra Túnez, caso de que el veterano Benedicto de Ravena no tuviese salud para realizarlo. He aquí el documento:

«A 14 de julio de 1535 que fué el día que se ganó la Goleta.

Acordóse que para pasar a Túnez se hicieren las provisiones siguientes (1):

Primeramente que el conde de la Torela, Capitán de la Artillería, recoja luego toda la que hay en tierra y la pólvora y otras municiones de ella, y que pongan toda la gruesa en la Goleta a buen recaudo. *Encargóse a Sancho Bravo para que lo dijese al Conde que lo provea* (2).

Item que aparejen luego 12 piezas de campo para llevar en el ejercito a Túnez, y que cada pieza lleve hasta cincuenta pelotas con alguna pólvora y otras municiones, y que las seis sean de las medias culebrinas de Alemania o las que mejor pareciere y las otras seis falconetes. *A Sancho Bravo se dió encargo de esto y lo transmitió al Conde.*

Item que luego haga sacar el Obispo (3) los yugos y ¿soneos?, que fuese menester para los caballos que hubieren de tirar de la dicha artillería y municiones. *El mayordomo A.° de S. Pedro llevó cargo de proveer esto.*

Item que el capitán Juan Martínez y su hijo Perea recojan luego todos los gastadores que hay en el campo y vaya la artillería haciendo las explanadas y lo que más fuere necesario, y que lleven las palas, azadas, cuñas, almádenas y picos y palas de hierro y espuertas y otros aparejos que fueren menester para las dichas 12 piezas. *Diose despacho al capitán Juan Martínez.*

Item que Micer Benedicto vaya con esta artillería de campo si tiene salud, y si no el *capitán Pizaño,* y que el dicho capitán de la artillería y *Rojas* y su teniente queden acá para recojer y guardar la artillería gruesa y las otras municiones. *A Sancho Bravo para transmitirlo al Conde.*

Item que de la pólvora del Príncipe que tiene para arcabuceros se lleven 30 ó 40 barriles para proveimiento de los arcabuceros y plomo para pelotas y mecha, y que se les haga bando que so pena de muerte no tiren, salvo en caso de necesidad.

Item que el Obispo haga sacar de las naos bastimentos para tres días al ejercito que ha de ir a Túnez y les haga ir por barcas en segui-

(1) Todo lo que se consigna en letra cursiva figura, como decreto, en el documento original, al margen de los respectivos asuntos. *(Nota del autor.)*

(2) Sancho Bravo era en 1536 Veedor General del Ejército (*id.*).

(3) Se refiere a Micer Juan Renna, Obispo de Alguer (Cerdeña), a quien hemos visto intervenir en la expedición primera a Corón (*id.*)

miento del ejercito; entiendese para la gente de España, pues hará lo mismo Francisco Duarte para la gente de Italia.

Item que además de lo susodicho, la una y la otra gente lleve consigo mochila por dos días y que se pregone en el campo que así lo hagan y estén apercibidos para se partir en oyendo la trompeta.

Que Su Maj.ª nombre una persona que recoja los caballos, mulas y acemilas que hubiere de llevar la artillería y municiones que han de ir en el Ejercito.

Item que en las barcas se lleven las escalas que hubiere para que sirvan en cualquier combate que se ofreciere.

Item que se recojan todas las tiendas de Su Maj.ª y se lleven a la Goleta o junto a ella y que queden en su guarda Horlando y ¡Suhan!, y sobre 500 hombres para mientras tanto que se recoje. *Ojo que Francisco Duarte dijo que Su Maj.ª mandó que se embarcase todo esto y que así se haga.*

Lo demás de la manera que ha de ir la gente y a la hora que ha de partir V. Maj.ª lo ordenará; porque parece que el tiempo es muy poco para hacer todas estas provisiones de aqui a la media noche, en especial lo que toca a los bastimentos, porque se han de sacar de la mar y repartir para muchas personas.

Acordamos a V. M.ª lo que debe mandar proveer en saber la artillería y municiones y aparejos de galeras que se han tomado a los enemigos y en la Goleta. *Que Francisco Duarte entienda en ello.*

Item enviar una banda de galeras a buscar las de Bizerta y Bona.

Que los heridos queden en la Goleta con cirujanos y medicinas, y que se lleven otros con V. M.ª »

No pudo el Emperador conseguir su propósito, sin duda por la premura del tiempo, y el 15 celebróse nuevo Consejo, cuyas principales decisiones se contienen en otro documento, procedente del mismo legajo, y que también copio. Ya en él se ordena que Pizaño vaya decididamente con el Comendador Rosa que debía mandar las 12 piezas que iban a formar la dotación de la columna encargada de batir a Barbarroja y apoderarse de Túnez. Helo aquí:

«Acordado jueves a 15 de julio de 1535.

Que el Príncipe Doria sepa si se ha dado la vitualla por tres dias y si no se ha dado que se de luego. *Príncipe.*

Item que Suasola visite al obispo de Arguel para que haga lo mismo con los españoles, y antes de media noche esté hecho. *Obispo.*

Saber si los de la artilleria se han provisto de vitualla y que se haga luego si no está hecho. *Obispo.*

Que además de esta vitualla el Príncipe haga proveer de mas vitualla

y de agua con los esquifes lo mas presto que ser pudiere, al primer alojamiento si ser pudiere. *Príncipe.*

Que el Comendador *Rosa lleve consigo con la artillería a Pizaño. Rosa.*

Que los seis cañones estén a punto para mañana antes que amanezca, con 40 pelotas cada cañón y pólvora para tirarlas. *Rosa.*

Que se traiga pólvora de arcabuces y plomo cincuenta barriles, de arcabuces y cinco mil libras de plomo y mechas. *Príncipe y Gasto.*

Que el Príncipe provea la gente que ha de tirar esta artillería. *Príncipe y Rosa.*

Si puede ser que se hagan carretas para llevar la munición y que el Príncipe dé la gente para tirarlas. *Príncipe y Rosa.*

Que se dé orden que se lleven 60 trozos de escalas. *Gasto.*

Que se lleven zapas, palas y hachas para cortar todas las que se podría haber. *Príncipe, Gasto y Obispo.*

Que se avise todos los de la Corte que en tocando el primer toque de trompeta derriben sus tiendas y las pongan entre la mar y la Goleta o en las barcas que estarán a la ribera de la mar para que se metan en las naos. *Príncipe.*

Y que tocandose para caballo sus personas y criados armados cabalguen y se junten donde esté el estandarte, por la manera que lo hicieron en Barcelona (1).

Que el Príncipe provea que las barcas estén de media noche abajo esperando las tiendas a la ribera para meterlas en las naos.

El Obispo de Arguel haga lo mismo para los españoles.

Que el Marqués del Gasto deje al príncipe Doria dos banderas del Marqués de Frisal para quedar en la Goleta.

Que deje treinta arcabuceros españoles en la torre del Agua.

Que el Marqués del Gasto mande a Alvaro de Grado que en partiéndose el campo los soldados que están en la torre de la Sal y en el monterillo estraguen lo fortificado y el Príncipe recoja la artillería que hay en ellos. *Gasto.*

Que ¿Juan? Pérez quede en Cartago la vieja. *Gasto.*

Que se hagan embarcar todos los heridos y dolientes y se dé orden como sean curados, y el Príncipe y el Obispo de Arguel tengan cuidado de esto.

Que el Príncipe recoja la artillería de la bateria y la que está en las trincheras y en el bastion del Marqués de Frisal y en la trinchera de los alemanes y de la Torre del Agua.

(1) El Emperador había hecho antes de embarcar en Barcelona unas maniobras preparatorias, y a ello se refiere el documento. *(Nota del autor.)*

Que el Príncipe tenga cuidado de hacer los bastiones, trincheras y reparos hechos.

Que se pregone que todos los criados de los *arlefos.*° a pie que tienen *acora* se junten con Don Sancho de Alarcon.

Que todos los aventureros se recojan cada uno en su campo.

Que ningún marinero ni hombre de mar vaya en el campo y que se pregone so pena de la vida.

Que el Príncipe Doria y Obispo de Arguel provean donde queden las embarcaciones y como sean provistos de vituallas.»

Pero tampoco pudo ser el 16, sino el 20, el día en que el Emperador vió ya a su ejército formado a la hora conveniente para emprender la marcha hacia Túnez. Esta dilación fué debida a la resistencia pasiva que encontró el César en gran parte de sus subordinados. Formose un partido, no pequeño, que repugnaba seguir adelante, representando las muchas fatigas sufridas y la poca importancia que la posesión de Túnez tenía, comparada con la de la Goleta, en la que decían encontrarse todas las fuerzas y poder de Barbarroja. La poca importancia de la toma de Túnez se les aumentaba con el temor de las grandes penalidades que comprendían en la larga marcha que, hasta llegar a aquélla, habían de sufrir. El calor, ya excesivo y aumentado con el peso de las armas, el suelo arenoso y movedizo, que aumentaba las dificultades de la marcha, la falta de ganado de arrastre para llevar las vituallas, artillería y elementos de combate y, sobre todo, la escasez de agua, que se aumentaba por la gran necesidad de ella, parecían dar color de razón a los que, débiles de cuerpo o de alma, si ya no de las dos cosas, proclamaban la vuelta a Europa y el abandono de la empresa de Túnez.

Fué entonces preciso que el Emperador sacara del fondo de su alma aquella su cualidad predominante, y a la cual iba a deber esta vez uno de sus más brillantes triunfos: la constancia. Su prestigio, su palabra y, más que nada, el ejemplo que él mismo daba, vencieron todas estas resistencias y el día 20, una hora antes del día, pudo contemplar su ejército formado y en disposición de marchar por el estrecho arenal que rodeaba la laguna y por entre los olivos y vides, que a un tiro de piedra se la acercaban y ceñían.

El orden de marcha, que el mismo Emperador dispuso siguieran sus tropas, le hace honor y nos demuestra cuan grandes eran sus conocimientos en la cosa militar. Puesto que entre ellas, y al frente de la artillería, iba Pizaño, bien merece que nos paremos a describir, siquiera sea ligeramente, la disposición tomada por el Emperador.

La marcha había de hacerse llevando el flanco izquierdo apoyado en la laguna. Por este lado nada serio había que temer; solamente la

posibilidad de ser incomodados por algunos esquifes que pudieran disparar desde la laguna, y contra los cuales se ordenó fuesen otros, que al mismo tiempo podían llevar víveres y refrescos para la tropa. En este flanco y en la vanguardia colocó el Emperador un escuadrón de 4.000 italianos, marchando en orden alargado (1) los piqueros, y sacando a los flancos y frente a los arcabuceros. A la misma altura, y en el flanco derecho, iban los españoles veteranos, formando otro análogo escuadrón mandado por el Marqués del Gasto. Entre los dos escuadrones iban tres compañías de alemanes sirviendo de escolta a las doce piezas de artillería que marchaban en batería, y, de este modo, se encontraban en disposición de tomar parte en el combate desde el primer momento, al par que poderosamente protegidas por los flancos. Por si esto no bastara, aun las daban escolta el propio Emperador con la caballería de la nobleza, lucido escuadrón de 400 plazas, que hubiese podido dar cuenta del que hubiere osado acercarse a las piezas.

A cien pasos detrás de los escuadrones de infantes iban los alemanes formando otro escuadrón, pero éstos en orden alargado en el sentido del frente, con lo cual cubrían la retaguardia de los dos escuadrones primeros y cerraban el espacio intermedio, que era el que ocupaba la artillería. Detrás de los alemanes, y arrimándose a la laguna, iba la impedimenta, a la cual protegían por la derecha 400 caballos ligeros. Formaban la retaguardia los españoles noveles, formando dos escuadrones que caminaban a la misma altura, uno del lado de la laguna y otro del lado de los olivares. Finalmente, cerraba la marcha formando la extrema retaguardia, el duque de Alba con 200 hombres de armas, caballería pesada, impropia para combatir en un terreno cubierto todo de olivos y vid. Había también colocado el Emperador delante del escuadrón de italianos y en extrema vanguardia algunos caballos ligeros para rechazar a los que, aprovechándose de la poca profundidad de la laguna, pretendieran molestar el flanco izquierdo, allí donde los tiros de las barcas no llegasen, y al mismo tiempo explorar el terreno anterior, avisando de la presencia del enemigo.

Como se ve, el Emperador había previsto todas las contingencias, y dado el terreno y las armas entonces en uso, bien puede considerarse como una obra maestra esta formación. Grandes fueron las penalidades de la marcha de este día, que siendo sólo de 5 millas duró siete horas, por entre un terreno movedizo que se hundía bajo la planta de los soldados, afixiados por un sol abrasador, que caldeaba las armaduras e inutilizaba para la bebida la poca agua que en pequeñas vasijas llevaban los soldados.

(1) Rectángulo cuya mayor dimensión era en el sentido de la marcha.

Salió al encuentro Barbarroja con su ejército, más numeroso que homogéneo, y cuya parte más florida eran los turcos que de Constantinopla había traído, muchos de los cuales eran los supervivientes de la Goleta. Puso un fuerte escuadrón de estos defendiendo unos pequeños jardines, verdadero oasis y único punto donde había pozos de abundante agua, que no en vano consideraba Barbarroja como primer objetivo de los imperiales en su marcha a través de aquel terreno. Pero lo que creyó salvarle fué la causa de su ruina, pues el afán de apoderarse del preciado líquido infundió nuevos alientos al trabajado ejército.

No me detengo en describir los variados y no muy claros incidentes de la batalla, pues cae fuera de mi propósito: básteme decir que, desde el momento de avistarse los dos ejércitos, empezó a jugar la artillería por ambas partes, contribuyendo los certeros disparos de la imperial, cuyo técnico era Pizaño (1), en gran parte a la victoria, pues fué la causa de que Barbarroja, viendo los estragos que en sus filas hacían aquéllos, ordenase un ataque a fondo a sus tropas, el cual, rechazado, fué la señal de la fuga de su ejército, que a toda marcha emprendió la retirada hacia Túnez.

El cansancio y la sed de las tropas imperiales impidieron la persecución. Pasóse la noche en los jardines de que se ha hablado, y al día siguiente emprendieron la marcha hacia Túnez. No era esta plaza susceptible de buena defensa, por estar dominada y sujeta a muchos padrastros. Con todo, había hecho Barbarroja algo para extremar la defensa, y aún hubiese dado en que entender a los imperiales, si el levantamiento de los miles de cautivos que había encerrados en la alcazaba, y a los cuales pensó degollar cuando salió al encuentro del Emperador, no le hubiera privado de aquel reducto y obligado a emprender la fuga para Bona, a donde ya antes del sitio de la Goleta había mandado algunas de sus galeras, y de la cual pudo escapar después, por errores o falta de valor de los Jefes a quien Carlos V ordenó le cerrasen la salida de aquel puerto.

El saco de la desgraciada población, que siguió a la entrada del Ejército, fué terrible. Vengó éste en aquélla, cruelmente, los sufrimientos y privaciones sufridas, pero dejó amargo recuerdo en sus habitantes y nubló el gozo del Rey de Túnez, que en el ejército imperial se encontraba desde algún tiempo hacía.

(1) Por los documentos copiados, se ve que Pizaño fué, con el Comendador Rosa, al mando de las 12 piezas que fueron a Túnez. El Conde de Torela, capitán de la artillería y Rojas, teniente de capitán de España, no fueron en la expedición. Tampoco fué Benedicto de Ravena. El Comendador Rosa vino al campo sobre la Goleta con el Sr. Alarcón, y cuando ya no hacía falta, según carta del Emperador a su esposa, publicada por Sandoval.

Conquistada Túnez, firmóse un tratado entre su Rey y el Emperador entre cuyas cláusulas figuraba la de quedar por el Emperador la Goleta, la cual había de fortificarse, dando para ello el Rey de Túnez cierta cantidad de dinero.

En los días que siguieron a la toma de Túnez, entretúvose el ejército en reparar la Goleta, volar la Torre del Agua y prepararse para el embarque. Pensó el Emperador hacer a continuación la jornada de Argel, de la cual desistió por varias razones, y entre ellas lo adelantado de la estación. Acaso hubiera acertado en no darlas ningún valor y aprovechar la velocidad adquirida para destruir el otro nido de Barbarroja, con lo cual se hubiese evitado el triste descalabro de 1541.

No pensando, pues, por entonces, acometer a Argel, licenció sus tropas y naves, quedándose sólo con una parte, figurando entre ellas los veteranos de Corón. De las fortificaciones que en la Goleta se habían de hacer se encargó Ferromolino, y del gobierno de la guarnición el Maestre de Campo D. Jerónimo de Mendoza. Dejó también guarnición en Bona al mando de Alvar Gómez, muy práctico en las cosas de Africa, y, para encargarse de la fortificación que en ella hubiere de hacerse, al Ingeniero Benedicto de Rávena, que ya hacía algunos años que residía en España.

Embarcado el Monarca, ordenó marchasen a Portugal las naves que con su cuñado habían venido a la expedición, así como a España las que de este reino fueron, y con ellas los españoles noveles, que en compañías organizadas habían venido, así como también la mayor parte de la nobleza.

Los alemanes e italianos embarcáronse igualmente, haciéndolo por último las compañías españolas que habían venido a la jornada procedentes de Nápoles y Sicilia, entre las cuales venía la de Pizaño. Estas salieron de Túnez el 19 de agosto y fueron con rumbo a Mahadia, población más conocida en nuestra historia por Africa, y que se encuentra situada en la costa oriental del reino de Túnez, al Sur del golfo Hammamet.

Era esta una plaza bien situada, con abrigo para las naves, y que había sido ocupada por Barbarroja, el cual tenía en ella importante guarnición.

Quiso el Emperador apoderarse de ella, ya que lo de Argel, por entonces, parecía no poder realizarse, y a este fin dispuso que las naves y galeras que se había reservado tomasen este rumbo. Llegó el Emperador con las galeras a 12 millas del puerto, esperando que el tiempo permitiese reconcentrar las naves en las cuales venían los infantes españoles, pero como empezó a revolverse algo el mar y desconfiase de reunirlas todas, hizo rumbo a Trápani donde llegó el 22 de agosto, encontrán-

dose en este puerto algunas de las naves, y donde supo que otras habíanse dirigido a Palermo y Nápoles. Solamente llegaron a Africa el 23 aquellas en donde iba la infantería española y que corrían a cargo de Francisco Doria, el cual dispuso hacer aguada a las inmediaciones de la plaza, no atreviéndose a emprender nada contra esta hasta recibir órdenes del Emperador, mayormente al observar, desde los esquifes que envió a reconocer la plaza, que esta se hallaba bien fortificada y sus habitantes dispuesto a sacar buen partido de sus fortificaciones. No quiso, pues, saltar en tierra, y dispuso repartir las vituallas y bebidas por igual entre los barcos, alguno de los cuales escaseaba ya de agua, siempre en espera de las órdenes del Emperador. Este, por su parte, al llegar a Trápani, y convencerse no podían ya reunir a tiempo su armada, envió un bergantín a Doria con orden de que todas les naves regresaran a Trápani, haciéndolo así y arribando a este puerto el 28, donde la infantería permaneció embarcada hasta el primero de septiembre, en que saltaron a tierra dirigiéndose inmediatamente a Marsala.

Aquí se les tomó una muestra (1), pagando a los italianos, a los cuales se despidió, embarcándolos para Nápoles. Ordenóse que los alemanes embarcaran para Génova, como lugar más apropósito para poderse dirigir a su patria. Solamente quedaron en Trápani 2.000 alemanes, a las órdenes dol Coronel Maximiliano.

No había el Emperador desistido de la empresa de apoderarse de la plaza de Africa, y así, con objeto de entretener a las tropas, ya que las pagaba, dispuso nuevamente que se dirigiesen a ella. Ordenó, pues, que los 2.000 alemanes se embarcasen para la isla Fabignana, adonde se dirigieron también las 14 compañías de españoles, mandadas por D. Fernando Gonzaga, que embarcó con ellas en Marsala el día 13 de septiembre.

No se limitaba el plan del Emperador a apoderarse de la ciudad de Africa, sino que pretendía, asimismo, tocar en la isla de los Gelves, para hacer efectivo el tributo puesto a sus habitantes por D. Hugo de Moncada cuando de ella se se apoderó; y, finalmente, dirigirse nuevamente a la Goleta, a hacer un efecto de presencia y llevar elementos para la fortificación.

Pero este vasto plan no pudo tener efecto, pues los vientos contrarios obligaron a la expedición, ya reunida en la isla Fabignana—a las órdenes de Andrea Doria, y con Gonzaga como jefe de las tropas de desembarco—a permanecer inactiva y, haciéndose ya tarde, ordenó el Emperador que se retiraran. La orden llegó a Fabignana el 10 de octubre y

(1) Revista de comisario diríamos hoy.

cumplióse inmediatamente, dirigiéndose a Sicilia. Los alemanes debían embarcarse para Génova, adonde ya les llamaban las nuevas guerras que por el Piamonte se iniciaban, y los españoles se repartieron por la isla en espera de análogas órdenes a las recibidas por los alemanes.

Los detalles de la llegada a Sicilia y la repartición de las fuerzas, así como algunos datos curiosos sobre el modo de ser de la infantería por este tiempo, están consignados en una interesante carta, dirigida al Emperador, del pagador Francisco Duarte, fechada en Trápani a 7 de octubre, de la cual copio y extracto los párrafos siguientes (1):

«Hoy jueves llegaron aquí el Coronel Maximiliano, D. Fernando Gonzaga y nosotros con las naves y galeras de la Armada, pues estando en la Fabignana puede ser que no despachásemos en once días».

Añade que se ha puesto mucho orden en todo, y no se desembarcan más que los españoles que han de quedar en Trápani, y no saldrán de las naves ni los españoles que van a Nápoles ni los alemanes, y están contentos todos para llegar pronto y dejar la mar.

Que éstos que tienen que ir a Génova para ser licenciados, lo harán en cinco naves, y saldrán el sábado, aunque cree que el coronel no saldrá hasta el domingo «porque en sábado *no suele querer principiar camino nuevo ni ninguna negociacion*, porque tiene opinión que no le sucedería bien» (2).

Dice que se debe tener cuidado como se paga en adelante la gente que queda en Sicilia, pues los pagadores y contadores «no usan pagarles más que a la *costumbre antigua*, que es no dando a cada arcabucero más que ocho tarines de ventaja sobre los tres escudos de su paga sencilla, y se ahorra un tercio de escudo en cada uno, y a los que tienen coseletes no pagan ventaja ninguna, aunque esto parece que se podría moderar, pues los mejores soldados son los que se precian de tener y traer armas, y es justo que ganen algo más que los que no las tienen ni traen, y a los alféreces no dan más de seis escudos de ventaja, y en todo lo demás somos conformes».

Que para no gastar se despedían las galeras de Bonabolla, y como Andrea Doria no quería perder tiempo en tocar en Nápoles, para ir derecho a Génova, los 1.000 infantes españoles que han de ir a Nápoles irán en las barcas donde vienen los que se han de quedar en Sicilia y así se ahorra.

«Pelus y Quesada se desembarcaran aqui mañana viernes, pues se les ha hecho aposento en esta ciudad.

(1) S. E. l.° 1.111.

(2) Supongo que estas preocupaciones harán reir a los cultos alemanes del siglo XX. (*Nota del autor*).

La de Sarmiento que ha de quedar en Marsala y Mazara se desembarca mañana cerca de esta ciudad, y el sábado estará en sus alojamientos.

La compañía de Morales (que era de Sotomayor) que ha de quedar en Siaza, irá por tierra y se le dará una barca para llevar ropas y enfermos.»

«Quedarán solamente las tres compañías de Luis Pizaño y de Vargas, que han de quedar en Zaragoza y de Esparza que va a Agusta, que tendrán algún poco de trabajo en ir a sus aposentos, porque es necesario que vayan por tierra en cinco o seis dias, pues por mar no llegarán allá en un mes, segun ha hecho y hace siempre los tiempos contrarios a tal navegación, y segun el semblante de estos levantes y jaloques que hace muestran, no creo que con mil ducados de costa de V. M.d se pudiesen llevar estas tres compañías a sus aposentos, asi del sueldo que ganaren los navios, como de los bastimentos que consumirían, y digo que los soldados se contentan de ir por tierra dandoles dos barcas grandes en que lleven sus enfermos y ropa, y en todo el camino no harán desorden porque sus *capitanes obligan sus cabezas a ello*», y «que es bueno sepa S. M. que aqui, en este Reino, nunca dan a los soldados casa, ni coche, ni bastimento mas que por su dinero, y nunca han vivido a discrecion como se hace en Nápoles y Lombardia, y asi, pues, sin daño de nadie y economia llegará a sus destinos».

Que a la gente de Nápoles se la debe pagar por la orden que se ha pagado esta que ha ido ahora en esta jornada, pues en Nápoles están acostumbrados, por vicios antiguos, a precios excesivos, y que lo que se paga en Sicilia, que es donde menos se ha pagado en Italia, debía ser lo que se pagase siempre.

Y, por último, que el número de 4.000 hombres que S. M. quería tener entre Nápoles y Sicilia se completaba con las compañías de Novelara, Ripalda, Vargas, Cisneros, Francisco, Ruiz, Amarán, Maldonado y Alcocer. Estas dos últimas nuevas.

El mismo pagador Francisco Duarte firma, en noviembre de 1535, otro documento (1), titulado *Memorial del sueldo que se pagaba a las doce compañías que residen en el Reino de Sicilia, y de lo que monta cada mes su paga*, del cual entresaco los interesantes datos siguientes, que completan y amplían las afirmaciones anteriores:

Dice que los doce capitanes que habían quedado en Sicilia eran Grado, Gregorio Lezcano, Alonso Hermosilla, Sarmiento, Esparza, Pizaño, Francisco Pelus, Quesada, Melchor de Sayabedra, L. M. de Sotomayor, Hernando de Vargas y Alonso Carrillo.

(1) S. E. 1.º 1.111.

En la indicación de los sueldos figura la compañía de Pizaño, del modo siguiente: «La compañia de Luis Pizaño, que es de doscientos infantes como las otras».

Al capitan	25	escudos
A los doscientos infantes	600	íd.
Al alferez por su ventaja	6	íd.
Al sargento, pifano y dos atambores y ocho cabos de escuadra	36	íd.
A sesenta y seis arcabuceros que hay en la dicha compañia	44	íd.
	711	

Luego sigue: «Los dichos soldados fueron pagados por los oficiales de Sicilia conforme al dicho numero hasta fin de mayo de 1535, que se embarcaron en Palermo para ir a servir en Berberia y comieron de bastimentos de Su Mag. los meses de junio y julio y agosto y septiembre, que son cuatro meses y puesto que estuvieron hasta diez de octubre en las naves no se les ha de contar el bastimento de estos diez dias, porque otros tantos estuvieron desembarcados en Trápani y en Marsala en principio de septiembre hasta que alli se les dió la paga en dineros para volver a la empresa de Africa, y en estos dias no comieron del bastimento de Su Mag., de manera que se les ha de descontar dos meses de sueldo entero por el bastimento que comieron los dichos cuatro meses, y mas se les dió un mes de sueldo en dineros en Marsala por mano de Alonso de Aguilar, Pagador de la Armada, y medio mes de sueldo asimismo de contado en el puerto de Trápani, por mano del susodicho, al tiempo que se desembarcaron para ir a los alojamientos cuando el resto de la Armada se despidió. De manera que en fin de septiembre pasado Su Mag. les debía medio mes de sueldo, y despues han servido el mes de octubre y lo que corre de este noviembre, y esto es lo que Su. Mag. les debe justamente hasta ahora y en cuenta de ello se les manda al presente dar una paga en dineros. Y mas se les ha de descontar, en general, cada soldado de todos los mil ochocientos cincuenta de estas doce compañías a cuatro tarines por hombre, como se han de descontar a los que son idos a Nápoles por la parte que les cabe de pagar de los ocho mil cuatrocientos escudos que Su Mag. mandó dar de contado en la Goleta de Túnez al alcaide Mercado para pagar y repartir con los mercaderes de la Armada y otras provisiones que alli fueron saqueadas por la gente de guerra sin ningun propósito ni mandamiento ni causa, y Su Mag. mandó que en las primeras pagas que se hiciesen al dicho ejército se le descontasen los dichos 8.400 es-

cudos y a la infanteria nueva que vino de España se mandó descontar luego de la primer paga a medio escudo por hombre para lo susodicho y a estos soldados viejos no se le ha descontado más de a razón de cuatro tarines por persona, como dicho es conforme a repartimiento que sobre ello se hizo.

Y asimismo se ha de descontar, solamente a las cuatro compañias de Alvaro de Grado y Francisco Sarmiento y Pelus y Luis Quesada, la canda de dineros que aqui se han librado hoy al Señor Principe Andrea Doria, Capitan general de Su Mag., y a los otros capitanes de galeras que fueron con el socorro del Rey de Túnez y a la toma de Bizerta (1), por el mantenimiento que dieron a comer de lo de sus galeras a la gente de las dichas cuatro compañias en un mes o poco menos que han estado en el dicho viaje y socorrer, contando por el mantenimiento de cada persona a razón de 17 tarines por cada mes, segun que de este se ha dado cuenta y razon particular al regio Conservador de este Reino y a ¿Torpis? Monsoni Receptor del Reservado para que tengan cuidado del cobrar y descontar para Su Mag. todo lo susodicho del primer dinero que se les hubiere de pagar o que se les descuente tantos dias de sueldo cuantos es ellos, pues ya Su Mag. lo ha gastado y pagado como dicho es.»

Para terminar este capítulo, quiero llamar la atención del lector sobre el hecho, ya relatado, de haber sido Pizaño el elegido entre todos los elementos técnicos que en Túnez reunió el Emperador, y que fueron, a no dudar, lo mejor de que se disponía en su vasto Imperio, para conducir las doce piezas que funcionaron en la empresa que más alto puso el nombre del nieto de Isabel la Católica.

(1) No he tratado en el texto de esta expedición por no haber intervenido en ella Pizaño. *(Nota del autor).*

CAPÍTULO VI

(1536)

Salida de Pizaño de Sicilia para Roma y Florencia. Es nombrado adjunto del Capitán General de la Artillería. Comisión desempeñada cerca del Duque de Mantua. Conducción de la Artillería y tren de Puentes a Piamonte y después a Savona. Jornada de Marsella. Retirada del ejército. Toma del castillo de Forcarquier por Pizaño. Grandes trabajos de Pizaño en esta campaña. Es nombrado Jefe de la Artillería del ejército imperial del Milanesado. Conducta valerosa que siguió en Casale.

El célebre historiador Robertson ha explicado, con su sagacidad acostumbrada, las causas de las nuevas luchas en las cuales viéronse envueltos los dos Príncipes más distinguidos de Europa y cuya unión hubiera sido indispensable a esta para atajar los progresos del aquel otro soberano, tan sobrado de buenas cualidades, que gobernaba a la sazón el pueblo turco.

El triunfo de Don Carlos en Túnez repercutió por toda Europa. Los Príncipes y ciudades de ella enviáronle, a su regreso a Italia, embajadores con el exclusivo cargo de felicitarle por su éxito contra el enemigo común de la Cristiandad. Francisco I no dejaba de comprender el estado de inferioridad en que la elevada conducta de Don Carlos le había colocado a los ojos de aquélla. Envidió su fortuna, y temió el aumento de poderío que acompaña siempre a los triunfadores y que había de ser el principal despojo de la campaña africana. Movido por este doble sentimiento, trató de concitar los ánimos de los Estados de Europa en contra de Carlos I, representándoles cuán temible se había hecho este Príncipe, y lo inseguros que resultaban dichos Estados ante el creciente poder de aquél. Pero no fué afortunado en sus intrigas, y al cabo de ellas vióse solo para emprender cualquier empresa contra Carlos I, cosa a la cual le arrastraba su enemiga constante hacia el. La muerte violenta de su

embajador cerca del Duque de Milán, ordenada por éste para quitar toda sospecha a Don Carlos de las intrigas contra él tramadas, le dió ocasión para enviar un ejército que, atravesando los Alpes, castigase en la persona del Duque el ultraje inferido a la suya. Tenía que atravesar el ejército, para llegar a Milán, los estados del Duque de Saboya, que habíase inclinado de parte del Emperador hasta el punto de enviar su primogénito a educar a España, cosa a que, por otra parte, le arrastraba su deudo con aquél.

Pidió permiso Francisco I para que su ejército pudiese pasar al través de los estados del Duque; parece que éste lo concedió, persuadido, de que era inútil su negativa. Pero aquél, una vez en terreno de Saboya, recordó antiguos agravios que del Duque tenía que vengar, entre otros los recursos facilitados al Condestable de Borbón a raíz de su rebeldía. Sumábase a esto los derechos que, a parte de la Saboya, creía tener por su madre Luisa, y, desde el punto de vista militar, la necesidad de no avanzar a Milán, dejando atrás un territorio regido por un Príncipe cuya amistad con Don Carlos le era conocida, y que podía serle muy peligrosa si, como era de suponer, el Emperador intervenía en los asuntos de Milán, toda vez que este Estado lo poseía Sforza, bajo la tutela suya, que tenía en Antonio de Leiva un representante perpetuo cerca de aquél. Así pues, entró Francisco en Saboya como conquistador; la mayor parte de las ciudades le abrieron sus puertas, y el Duque vióse en la precisión de abandonar sus Estados y pedir auxilio al Emperador, que regresaba de Túnez, y cuyo tesoro se encontraba exhausto, como consecuencia del lujo desplegado en aquella famosa expedición.

Mientras tanto, el ejército francés, mandado por el Almirante de Brion, avanzaba a través del Piamonte. Pero entonces ocurrió un hecho inesperado, que cambió el curso de los acontecimientos; la muerte del Duque de Milán, Francisco Sforza, ocurrida el 24 de octubre de 1535, no dejando heredero legítimo de sus Estados. Ante este suceso, el motivo aparente que Francisco I tenía de invadir el Milanasedo desaparecía. Seguir adelante, y tomar por fuerza lo que ahora creía le correspondía de derecho, no le pareció bien, y, en vez de avanzar, prefirió negociàr con el Emperador, enviándole un embajador reclamando para sí el Ducado de Milán, objeto constante de sus ansias, y cuyos derechos se había propuesto no renunciar de hecho jamás.

Robertson atribuye esta conducta de Francisco a timidez y cree que sus asuntos hubieran podido tomar otro giro, si hubiera apoyado sus instancias con las armas, no deteniéndose en el Piamonte y ordenando a su ejército el avance sobre Milán. Efectivamente que la fortuna no suele ayudar a los apocados y tímidos; pero puede creerse que, en este caso,

considerándose Francisco I con base segura, prefiriese las negociaciones a un hecho de fuerza, que no era dudoso había de ser seguido de su correspondiente castigo, pues ya sabemos que a estas fechas tenía el Emperador todavía en armas entre Sicilia y Nápoles un buen contingente de fuerzas veteranas, hermosa base para organizar un ejército que atravesase la Italia y fuese a chocar con el de Francisco. Por otra parte, el magnífico recibimiento que en todas partes encontraba el Emperador, era prenda segura del agradecimiento de los pueblos, de los cuales podía esperarse lo que aconteció, esto es, que acudieran solícitos a sus demandas de dineros y que le permitieran presentarse en la primavera de 1536 en el Piamonte con un ejército de los más poderosos que hasta entonces habían paseado la Italia, y ante el cual no hubo obstáculo ni aun dentro de los mismos estados de Francisco.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que desde el momento en que éste entró en negociaciones, abandonó un terreno como el de las armas, siempre inseguro, para entrar en otro mucho peor para él; pues el Emperador caminó siempre con paso más firme en los asuntos diplomáticos que su rival, demostrando que no en balde llevaba en sus venas la sangre de su abuelo D. Fernando.

Dió el Emperador largas a los embajadores de Francisco; supo entretenerle con promesas, siempre incumplidas, y organizó entre tanto su ejército dando la órdenes oportunas para ello, y aprovechándose de los subsidios con que los pueblos pagaban su conducta generosa en Túnez. Al mismo tiempo ordenó a Leiva se incautase del Ducado de Milán, como feudo del Imperio, mientras llegaba el caso de resolver a quién había de darse la investidura, si es que ya no había decidido el apoderarse resueltamente de tan preciada tierra.

A estas prevenciones añadió la de disponer que la infantería española, que había quedado de guarnición en Sicilia, se embarcase para Gaeta, con objeto de incorporársele y darle lucida escolta en su entrada en Roma, adonde llegaba procedente de Nápoles, y acompañarle después en su marcha para el Norte.

Embarcáronse las compañías en sus respectivos puertos, tocándole a Pizaño el hacerlo en Siracusa, lugar que, como recordaremos, fué el que le designaron para quedar de guarnición. Ya hemos dicho que su compañía tenía por entonces, además de la persona de su capitán, un alférez, sargento, ocho cabos de escuadra, un pífano, dos atambores, 200 piqueros y 66 arcabuceros.

Con esta fuerza, pues, se embarcó en el mes de Enero en Siracusa con rumbo a Gaeta, donde llegó después de una temible tempestad que cogió a todas las naves en donde venían las 12 compañías, y que Cere-

ceda describe con minuciosidad. Según éste, debieron todos perecer, atribuyendo su salvación sólo a un milagro de la Divina Providencia.

Desembarcados en Gaeta, trasladáronse por tierra a los pueblos inmediatos al lago Fucino, en donde se alojaron y donde ya los encontramos en 25 de febrero. Aquí permanecieron hasta el 22 de marzo, en que salieron para Tagliacozzo, donde se les pasó una revista dándole dos pagas. Siguieron a Palestrina, en donde no les quisieron recibir, necesitando que viniesen órdenes del Papa para que les dejasen entrar en el pueblo y facilitaran raciones por su dinero.

Finalmente, el 5 de abril, hallábanse a las puertas de Roma, en donde también se encontraba el Emperador, que este día hizo su entrada triunfal. Entró de vanguardia el Marqués del Gasto, con los arcabuceros de las 6 compañías españolas del Reino de Nápoles; a continuación los piqueros de estas 6 compañías y los de las 12 de Sicilia. Después, el Duque de Alba, con la gente de armas y, a continuación, la caballería de la corte. Por fin, venía toda la inmensa cantidad de Cardenales, Obispos y cuanto algo representaba en la Corte Pontificia, cerrando la marcha el Maestre de Campo Grado, con los arcabuceros de las 12 compañías de Sicilia.

Prescindiendo de los detalles de la entrada y fiestas que allí tuvieron lugar, en muchas partes descritas, suponemos que Pizaño, en los ratos que el servicio le dejaba libre, recorrería con placer las calles de Roma, visitando los lugares de él conocidos ocho años antes, y especialmente aquel trozo de muro testigo de su valor, regado con su sangre, y cuya altura no le intimidó para arrojarse al suelo desde lo alto, no obstante su doble herida.

Después de la entrada ocurrieron en el Vaticano aquellas famosas conferencias en que Carlos V, por un momento ofuscado con el humo de las lisonjas y los vapores del triunfo, abandonó su natural prudencia y se dejó arrastrar a demasías de la lengua, tan poco propias de su carácter.

Mientras tanto, en el Milanasedo, Antonio de Leiva, lugarteniente del Emperador, no había perdido el tiempo, y con su natural energía, y provisto de dinero, había reunido un potente ejército, compuesto de italianos y alemanes—entre ellos los que habían tomado parte en la jornada de Túnez—con el cual opúsose francamente al de los franceses, conteniéndoles en el Piamonte y apoderándose de la mayor parte de las plazas que tenían ocupadas éstos, cuyo campo se deshizo, retirándose a Francia, quedando sólo fuertes guarniciones en algunas, entre las cuales encontrábanse Turín y Fossano, alrededor de las cuales se situó Leiva, sitiando finalmente a esta última.

Después del discurso del Emperador en el Consistorio romano, aun-

que suavizado al día siguiente, al trasmitirlo al papel, que no tardó más el César en volver por los fueros de su acostumbrada corrección, la paz no era posible y no se hizo esperar su salida de Roma, que efectuó el 18 de abril, sirviéndole de escolta las tropas que en su entrada le acompañaron. Hizo su camino por tierra, llegando a Florencia el 28, siempre con las 12 compañías de Sicilia, y siendo muy bien recibidos por el nuevo Duque Alejandro de Médicis, yerno del Emperador.

Construíase entonces en Florencia el Castillo de San Juan Bautista, según el proyecto del ingeniero italiano Pedro Francisco de Viterbo, que gozaba gran fama; siendo seguro que no perdería la ocasión Pizaño de visitarlo y estudiar sus defensas, en los pocos días que pudo disponer para ello.

Acababa de nombrar el Emperador, por entonces, Jefe de la Artillería del Ejército, que a sus órdenes había de operar en el Piamonte y penetrar en Francia, al Comendador de Alcántara D. Pedro de la Cueva, el cual reunía por su nacimiento las condiciones necesarias para tener a su cargo la mucha hacienda que el material de artillería representaba, pero que desconocía el servicio de este Arma. A éste se le dió por adjunto a Pizaño, para que fuese su asesor, así es que en todo lo relativo al servicio técnico, corresponde a éste la gloria de los trabajos.

Celebróse el 1.° de mayo en Florencia un Consejo de guerra, al cual seguramente asistió Pizaño, y en el que se acordó el modo de adquirir el material de artillería, minas y puentes que se consideraba preciso para llevar a feliz término la expedición. Los acuerdos del Consejo respecto a este asunto constan en el largo documento que he de copiar en el Apéndice, y fué encontrado por Salas en Simancas. Los principales extremos fueron que el Comendador Mayor saliese para Mantua y si fuera preciso para Ferrara, cuyos duques, aliados del Emperador, le prestaban su concurso sin regatearle nada. Con las piezas y material que de éstos se pudiera sacar, más lo que de Milán, Génova y Alemania (1) se reuniera, habíase de formar un tren de 70 piezas (2) de varios calibres, con su balerio correspondiente, carros de transporte, material auxiliar, ganado, tren de puentes, etc., etc., y, finalmente, buen golpe de gastadores para allanar los caminos. Aunque en el Consejo se decidió fuese D. Pedro de la Cueva a Mantua, no debió de ser así, sino, conforme a lo que manifiesta Cereceda, fué Luis Pizaño el que el día 4 de mayo salió para Man-

(1) Se encargaron a Alemania, entre otras cosas, 4.000 caballos y 658 carros para municiones. Además, todos los buenos artilleros que se pudieran encontrar.

(2) Fué este número orden especial del Emperador que dispuso fueran 12 cañones de Mantua, 8 de Milán, 12 medios cañones de Mantua, 6 de Milán, 4 culebrinas, 4 cuartos cañones y 24 medias culebrinas o falconetes grandes del mismo calibre.

tua, llevando las cartas de creencia y las instrucciones sobre lo que debía hacerse. D. Pedro fué a Milán, donde por su parte se encargó, con la respetabilidad de su persona, de obtener de la ciudad los gastadores y demás elementes necesarios, encontrando muy reacios a los de Milán a facilitarle su cometido, pues el 25 de mayo escribía a Cobos que «aquella gente hasta el sol nos venden y más caro que en Burgos en el mes de enero» (1). Con fecha 26 avisa ya de que la artillería que viene de Mantua ha llegado a Pavía, en este día por la mañana, y «enviele a mandar que se pasase luego en Alessandria» y el 4 de junio desde Milán, manifiesta que la cantidad de pólvora que traen es mucha y poca la gente que tiene para guardarla, y que lo mejor es *que a la hora* se de orden vaya a Alessandría la compañía de *Luis Pizaño «pues nunca la artillería ni municiones estuvo sin algunas banderas que tuviesen cargo de ella»* (2).

En otras cartas, fechadas en Alessandría a 18 y 19 de junio (3), dice Cuevas a Cobos, entre otras cosas, que los de Milán no le han enviado ningún carro ni más que 800 gastadores y «aunque Su Magestad me tiene por malo crea que para con éstos no se debe ser tan bueno como Su Magestad lo es».

Añade que las municiones de Génova van recibiéndose y han debido llegar hasta 25 acémilas de ellas «y pues ellos tienen temor del camino para enviar dos ruedas de cañón mayor lo tengo yo para enviar lo que he de enviar pues con sólo la puente envío 60 carros y ella han de ir en lizas y de modo que tendré a gran maravilla que no se haga cien mil pedazos, según las barcas son sútiles y hechas aprisa» (4).

«Vuestra señoría me haría gran merced de mandarse informar si habría algún hombre que entendiera algo, porque yo no tengo aquí sino a *Luis Pizaño y Mosen Pedro, de quien fuera de mi ojo me pueda fiar, y ellos es imposible quitarles de conmigo.*»

«Su Magestad me manda que le envíe a decir para que dia pienso tener enviado todo esto de aquí, y si no me hubieren mentido los de Milán, pudiérale poner término; así no se, para no errar, que día será, pero pienso, si Dios me da vida y salud, de estar el domingo con Su Mages-

(1) S. E. l.° 1.183.

(2) Esta carta está decretada y al margen de este párrafo dice «que se envíe la compañía», y que fuese mandada por su Alférez (S. E. l.° 1183).

(3) S. M. T. l.° 8.

(4) Se refiere en este párrafo el Comendador Mayor de Alcántara al temor que manifestaban los de Génova de enviarle, al través de los Alpes Marítimos, las municiones para la empresa de Fossano, cuando él debía más tarde atravesarlos con toda la artillería, que había de embarcarse para llevarla por mar en la entrada que se proyectaba en Francia. *(Nota del autor.)*

tad en Asti y que no me falte ni deje atrás ninguna cosa de lo necesario.»

Mientras el Comendador Mayor y Pizaño desempeñaban sus comisiones, el Emperador avanzó hacia el Piamonte, acompañado de todo su ejército, en el cual iba la compañía de Pizaño que más tarde envió a las órdenes de D. Pedro de la Cueva, cuando éste, como hemos visto, la pidió para guarda de la artillería que conducía a Fossano y Génova. El Emperador salió de Florencia el mismo día 4 de mayo, marchando por Lucca, Pontremoli, Fornovo, Fiorenzùola, Piacenza, Alessandria y Asti. En esta población celebró un Consejo de guerra el 28 de mayo, al cual asistió Antonio de Leiva, venido a este efecto de los alrededores de Turín y Fossano. Eran éstas, según hemos dicho, las únicas plazas que a los franceses les quedaban en el Piamonte y que convenía tomar u observar, pues decidiose en el Consejo entrar en Francia con todo el poder posible. En dicho Consejo se decidió, pues, la artillería que se consideraba precisa para esta empresa y que debía tomarse de la que recogiese Pizaño (1) y hubiera en Génova.

Permaneció el Emperador en Asti hasta el 22 de junio (2), día en que salió por Alba para Savigliano a donde llegó el 23, recibiendo al día siguiente la visita de Leiva, que le manifestó haber rendido a Fossano, sitiada desde el 11 y defendida por Mr. de Mompesan, habiéndose hecho el cambio de rehenes como garantía del cumplimiento de las bases acordadas para la entrega. Para presenciar ésta salió el Emperador el día 29 de Savigliano, en dirección a Fossano, en donde al día siguiente pasó una brillante revista a sus tropas (3), delante de Mr. de Mompessan, que vino a saludarlo con todos los demás caballeros franceses de Fossano. Pasada

(1) Uno de los párrafos del acuerdo fué: «Lo de la artillería que Su Majestad ha de llevar, se resolvió que sean 50 piezas y se señala de qué manera ha de ser, y se vuelva lo que se traía de Génova para que sirva en lo de la mar y se envíen a Alessandría las pelotas, pólvora, plomo y municiones.» (S. E. l.º 1.183.)

(2) En 16 de junio se celebró otro Consejo en Asti, en el cual se acordó (S. E. legajo 1.183): «Pedir al Duque de Mantua 1.500 pelotas de medio cañón para los que ha prestado a S. M,

»Dar las gracias a los Alcaides de los castillos de Milán y Cremona por el material que han dado de éstas según escribe el Comendador Mayor de Alcántara. Que se provea el hacer pronto lo que se ha cogido de los castillos y se devuelva.

»Al Príncipe Doria que aderece en Génova lo más que pueda de cajas, ruedas y ruedas de respeto y hasta 30 cañones y culebrinas. Ordenar al Comendador Mayor de Alcántara que envíe a Alessandría las barcas de puente y otros aparejos y municiones que no sean necesarias para lo de Fosan.»

(3) Entre éstas se encontraba el tercio de Garcilaso, que acababa de llegar de España y a cuyo frente se puso el malogrado poeta.

la revista volviose el Emperador con aquéllas al campo de Savigliano.

Antes de esta revista, y apenas sabida la rendición de Fossano, celebró el Emperador Consejo en Savigliano a 25 de junio, decidiéndose entre otras cosas lo siguiente (1): «que se lleven a Génova toda la artillería y municiones, que traía para el ejército el Comendador Mayor de Alcántara, para llevar en la armada, y se le escriba que allí de ésta y de la que hay de Su Magestad y de la de los galeones del Príncipe Andrea Doria, cumpla las cincuenta piezas que están acordadas y señaladas que Su Magestad haya de llevar en el ejército, y todo lo demás quede para que las galeras y galeones y navios de la armada vayan bien proveídos; porque, aunque se había escrito que esta artillería quedaria acá y se serviría de la de allá ha parecido llevársela para que se lleve mejor recaudo, así para la armada como para lo que se podrá ofrecer, y hase de escribir que se lleve muy buen cumplimiento de ruedas, cajas y todos los aderezos necesarios para la dicha artillería, y de respeto todo lo que ser pueda, y para esto se dé gran prisa a las cosas que Su Magestad escribió que se hiciese y se haga todo lo que convenga».

«Que se junten todas las pelotas, pólvora y municiones, y se ponga gran recaudo en todo y se lleven las más que ser puedan, y se escriba al Embajador que dé al Comendador Mayor razón de todo y se lo entregue para que lo haga llevar en la armada con la dicha artillería, y se traigan las 3.000 pelotas que la república de Génova dió de sus municiones.»

«Que en llegar a Génova o Savona—donde escribe el Príncipe Doria que vaya por ser más corto y mejor el camino—con la dicha artillería ponga una gran diligencia, y hecho esto, los caballos de la artillería los envíe con gran diligencia a Cuneo, porque será menester para cargarlos de vituallas para la pasada de los montes, y que envíe luego de Alessandría los 200 caballos que envió el señor Antonio (2).»

«Que se escriba al Comendador Mayor especialmente que junte toda la mayor cantidad que pueda de palas, azadones. picos y semejantes herramientas para traer todo el cumplimiento necesario, y que provea que se hagan más lanzas en Milán de respeto para que se puedan traer si es menester.»

«Que el Comendador Mayor envíe todos los gastadores, dejando allá 400 para ir con la artillería y municiones, y que ayuden a embarcarla y desembarcarla, y que para guardar las municiones que ha enviado, envíe un teniente que tenga razón de ella y entre tanto nombre una persona los comisarios.»

(1) S. E. l.° 1183.

(2) Se debe referir a Antonio de Leiva. *(Nota del autor.)*

«De las explanadas y de aderezar los caminos han de tener cuidado los Maestres de Campo y ordenarlo a los gastadores y personas que tenga cargo de ellos para que lo ejecuten.»

«De la artillería que hay en el campo del señor Antonio y se ganó en Fossano, se llevarán a Turín ocho piezas de más de otras seis que tienen y toda la demás se ha de volver a Milán y Pavía.»

Aun cuando el Consejo donde se tomaron estos acuerdos fué celebrado en 25 de junio, ya se le habían avisado al Comendador Mayor algunas de sus decisiones, pues con fecha 24 escribe desde ¿Mona? al secretario Cobos, diciendo: «que le tomo *aquí* el aviso de Su Majestad dado por Morrano» y añade, «partiremos placiendo a Dios mañana a Alessandría que es el camino de Génova, porque el Tanar no se puede pasar si por aquel puente no».

Añade en su carta que por la presteza con que S. M. le manda que vaya, es un gran embarazo los 13 cañones grandes que lleva y más con bueyes y que puede dejarlos. Que le envíe la respuesta *mañana* a Alessandría porque no le detenga en su marcha.

Que envía para allá (para el campo del Emperador) la mecha, plomo y pólvora de arcabuz, toda la que tiene, que no es mucha, pero que ya sabe S. M. el ruin acuerdo que han dado.

Que se le mandan también las lanzas, picos, palas y zapas y que suplica a S. M. que mande mirar por estas municiones. Que no puede enviar los gastadores que S. M. pide, porque no tiene más que 400 y se le huyen cada noche, y que S. M. debe pedir de los que deben venir de Alemania.

Pide que los caballos que vienen para la artillería se les haga ir la vuelta de Génova, porque es muy fastidioso mover aquélla con bueyes, y termina:

«Escríbeme S. M. que para cuándo creo seré en Génova, esto puedo yo mal saber decir; pero se que nos daremos toda la diligencia que fuere posible y aunque se haga así, tendremos bien que hacer; al Príncipe Andrea Doria he escrito que provea de lo necesario para pasar aquella montaña máxime de herreros y maestros de hacha, porque los que nos había enviado, tenemos todos allá con el señor Antonio.» (1).

(1) El mismo día escribe el Comendador Mayor al Emperador diciéndole lo mismo que a Cobos, añadiendo que siente mucho no haberle visto, y que él a su vez no haya visto la artillería que trae.

El día siguiente 25 ya escribe otra vez desde Alessandría.

Como se ve por el texto de la carta a Cobos, de fecha 24, aun no había recibido D. Pedro la indicación de Doria de llevar la artillería a embarcar a Savona mejor que a Génova, donde primeramente se había pensado *(Nota del autor)*.

El 27 de junio (S. M. T. l.º 8) dice D. Pedro a Cobos que había hecho poner en orden la artillería y se partirá *mañana*, miércoles, la vuelta de Savona porque así lo quería el Príncipe Doria.

Que llegado allí haría que el Príncipe le diese cumplimiento a las 50 piezas y que se pongan sobre los galeones. Que su Magestad se engaña en lo de los caballos porque él no tiene alli más de 1.400 y 500 bueyes y ha averiguado que es menester, para llevar lo que no se puede excusar, otros 200 bueyes sin el puente que ha menester 240 bueyes; y que se debe acordar que se dió en Memorial en Florencia que eran necesarias para tirar del artillería y municiones 4.688 caballos.

Que recogería en Savona las municiones y balas de Génova para que se embarquen.

Que llegado a Savona enviara a Cuneo todos los caballos; que antes no se puede enviar. Finalmente, termina diciendo:

«Su Mag. envía a mandar que le envíe un teniente para que tenga cuenta de la que irá en ese ejército, y si no le envía a *Luis Pizaño* no tenga quien le poder enviar *porque todos los otros que aquí están saben menos que yo*»,

«La compañía del capitán *Luis Pizaño*, que va en guarda de esta pólvora, pide su paga; verdad que ella sirve bien y la merece; V. S. provea que cuando pagaren esotras compañías se le mande que sin duda tiene gran fatiga».

Las dificultades del paso de los Alpes Marítimos, la intervención de Pizaño y su compañía en él y las prevenciones de última hora y las últimas dificultades se describen en la siguiente carta del Comendador Mayor al Secretario Cobos. Héla aquí (1):

«Muy Ilustre señor.

«Yo llegué a este lugar que se llama El Altar (2), que es siete millas de Savona, ayer martes a las diez y seis horas, y dejando aquí la artillería y municiones pasé a ver el camino de aquí a Savona; porque aunque el pasado ha sido bien trabajoso así por algunos ruínes pasos de él, como porque las tierras nos levantaban las vituallas y se nos huían a las montañas, hallo estas siete millas tales que todas o la mayor parte de ellas la artillería se ha de pasar a brazo, y para que sea con la brevedad que se requiere, he enviado a Savona y de ella y de los carreteros de bueyes y gastadores que traigo, juntándose hasta 1.000 hombres, pienso aconchar el estrada de manera que a los diez del presente, con la ayuda de Dios,

(1) S. E. l.º 1.183.

(2) El fuerte Altare está situado en el camino de Carcare a Savona y en el puerto seco. (*Nota del autor.*)

sea todo nuestro, casi arrimado en bahía donde el Príncipe envía a mandar que vamos, y allí daremos la diligencia de meterlo todo en el agua, que podremos, dándonos el Príncipe en que.»

«El cumplimiento a las cincuenta piezas que Su Magestad manda que se tomen en Génova, se tomaran y el recaudo que para todas fuere menester de ruedas y ejes se llevaran las que llevar se pudieren que hemos perdido una buena cantidad de esto en este diablo de estrada.»

«Asimismo se recogerán las municiones de allí y espero en Dios que con ellas y las que yo traigo Su Magestad será bien servido.»

«En las que allá se llevaron mande V. S. que haya recaudo, porque las 2.000 picas serán bien necesarias, según me escriben que vienen faltos de ellas esta gente toda que se ha embarcado y la que está en Génova para embarcarse; y asimismo no se pierdan las zapas y palas ni las escalas y balas y otras municiones de que con la prisa que Su Magestad me dió, me hizo enviar más de 35 ó 40 carros a Savigliano y a Fossano, aunque me pesó, ultra de las cargas que envié al puente de Turín.»

«La provisión que Su Magestad hizo a Milán por lo de la pólvora de arcabuz, me parece muy excelente si se efectúa; yo lo solicito de acá lo que puedo, y asimismo lo que me ha a mí de venir y las lanzas de armas y arcabuces que espero cada día.»

«También he escrito a Milán y a Génova que se provea al ejército de Su Magestad zapatos y herraje, como se me envió a mandar; plegue a Dios que en todo haya el cumplimiento que hay en la gente y buena voluntad con que la empresa se emprende.»

«A V. S. suplico manden los dineros de *esta compañía de Luis Pizaño*, porque él ha fatiga asai (1), y aunque son bien ordenados soldados, faltando la paga todo el mundo es uno.»

«Handaló habrá dado cuenta a Su Magestad cómo tomamos la reseña e hicimos la paga a estos caballos y carretones tudescos. Lo que sumaron los 1.147 caballos que hallamos en la reseña, y el sueldo de 422 carreteros y mozos y los cabos que traen a cargo de ellos, y preboste, y hasta 30 ó 35 bombarderos alemanes que con ellos han venido, son 7.500 escudos poco más o menos; y túvose buen cuidado en que se hiciese con toda verdad la muestra y de que tomasen el escudo a tantos bazos, de modo que once mil y tantos florines, vienen a ser la cantidad de los 7.500 escudos como por la nómina podrá Su Magestad ver más distintamente cada cosa siempre que mande que se le lleve. Los 195 caballos que vinieron de Fossano aquí se contarán aunque por estar pagados no se les pasó muestra.»

(1) La convivencia de nuestras tropas con los italianos originaba éste y otros italianismos semejantes. *(Nota del autor.)*

«De modo que los caballos todos que hay en esta Artillería de Su Magestad son 1.342, y los bueyes que han traído las municiones son 1.120, sin los que han de venir con el puente y sin los caballos que tiran las municiones que están allá en el campo: de manera Señor, que para apartarlos de la mar, yo tengo por cierto que Su Magestad creciendo estas piezas al número de las 50 que manda, no tiene necesidad de menos que 3.500 caballos, y en invierno tendría necesidad de 4.000 y más, digolo a V. S. de buena hora, como ya le tengo escrito otras veces, porque más quería ser muerto mil veces que hubiese la menor falta del Mundo en cosa que a Su Magestad tanto le importa; y aunque Su Magestad, mejor que nadie, cuando se pare a pensar un poco verá qne es menester para esta Artillería las municiones que hemos dicho y para las municiones y artillería y puente más de los 4.000 caballos que tengo dicho, porque para con la ¿brigata? es menester también cumplir: aunque Su Magestad sea satisfecho, suplico a V. S. que le acuerde a Su Magestad todo esto.»

«Su Magestad tiene enviado a mandar que se le envíen estos 1.342 caballos que aquí hay, en llegando a Savona, a Cuneo para que carguen de vituallas para pasar los montes, y según ellos llegarán a Savona estracos *(sic)*, volver a Cuneo y de Cuneo ir cargados ni descargados hasta Niza, tendría por imposible no perder los medios o la mayor parte de ellos, y que nos harían grandísima falta. Por esto sería de opinión que todos estos caballos el Príncipe los trajetare *(sic)* de bahía a Niza en las galeras que pasaron los caballos a Túnez, pues con poca fatiga de las galeras que tiren las otras y a mucho provecho de los caballos se podrían allí pasar; porque llevarlos por la ribera de Génova también es la estrada tristísima, porque en la mayor parte de toda ella no hay heno, que es lo principal de que estos dan de vivir a estos caballos».

«Lo que he dicho, me ha parecido decir para dar noticias de ello a Su Magestad y aunque Su Magestad lo debe tener ya platicado no me ha parecido mal hacerle este recuerdo para que Su Magestad envíe a mandar lo que será servido que se haga, porque aquello se efectuará en poniendo estas piezas a la lengua del agua según el mi Señor, etc., etc. El Altar a 5 de julio de 1536. D. Pedro de la Cueva.»

Llegada la artillería a Savona, y embarcada, dióse a la vela la escuadra que debía procurar ponerse en contacto con el ejército de tierra, en cuanto éste pasase los Alpes. Concentrado el ejército en Savigliano y habiéndose incorporado ya los alemanes, inicióse la marcha, saliendo el 12 de julio la caballería ligera, mandada por Fernando Gonzaga, y siguiéndole el Emperador y el resto del ejército, los días siguientes. La marcha se verificó por Cuneo, Borgo S. Dalmazzo, a pasar los Alpes por el Coll de Tenda y siguiendo por Saorgio, Lascareno y Niza, en cuyo puerto en-

contraron a la escuadra de Doria, en la cual venía toda la artillería y, en guardia de ella, la compañía de Luis Pizaño, no debiendo venir el Comendador de Alcántara en ella, pues creo fué por tierra con el Emperador.

Nada diré ni particularizaré sobre la marcha de las tropas en esta expedición, pues no es mi objeto relatar hechos sobradamente conocidos, limitándome a consignar los trabajos de la artillería mandada por Luis Pizaño.

La llegada del ejército a Niza fué a 24 de julio, y cuando encontraron allí la escuadra ya ésta había ganado la villa de Antibes, perteneciente a Francia, y la cual habíase defendido con cuatro cañones, cruzando varios disparos con las galeras de Doria. Viendo éste que la plaza hacía resistencia, y a fin de no exponer las galeras, dispuso que el Príncipe de Salerno, que mandaba varias compañías italianas que iban en la escuadra, desembarcase, y asimismo lo hiciera Pizaño con algunas piezas. Los de Antibes comprendiendo que era inútil la resistencia, por tener las piezas magnífico emplazamiento para batirles, se rindieron el 12 de julio. Dejó guarnición en la villa conquistada y volvió Doria a Niza, en donde, como hemos dicho, esperó al ejército. Llegado éste tomó a bordo Doria unas compañías alemanas, y con ellas y la artillería, dirigióse a Frejus, la cual se le rindió sin resistencia. La guarneció y volvió a Niza, permaneciendo en ella hasta la salida del ejército, con el cual fué siempre en contacto hasta la llegada de éste a Frejus, el último de julio. Aquí se dispuso ya desembarcar gran parte de la artillería para coadyuvar en las operaciones de tierra. Desembarcáronse veinte piezas, de las cuales eran doce cañones, seis de ellos reforzados, y el resto medias culebrinas y sacres, todo con su correspondiente dotación de municiones. Desembarcó también Pizaño con su compañía para tomar parte en su dirección.

Siguió avanzando el ejército hasta Brignoles, a cuya población llegó, el 8 de agosto, la retaguardia, con la cual venía la artillería, que había empleado algunos días en su desembarco y aparejo. Rudos fueron los trabajos de Pizaño para conseguir que aquel pesado tren no detuviese en su marcha al resto del ejército, teniendo que atravesar caminos difíciles y pasos estrechos y tortuosos. Por fin, el día 13, y tras inauditos esfuerzos, consiguió pasar a la vanguardia, con la cual llegó este día al campo célebre de Aix, en el cual permaneció el Emperador con la masa de su ejército todo el tiempo que estuvo en las inmediaciones de Marsella y que no levantó más que para retirarse.

El 18 hizo el Emperador un reconocimiento sobre Marsella, la cual encontró mucho más fuerte que cuando Pescara y Borbón la habían si-

tiado en 1524, y en cuyo sitio tanto se distinguió Pizaño. ¡Qué impresión causaría en el valiente soldado la contemplación de aquellos muros que un día vomitaron sobre él traidora bala, y los cuales contemplaba de nuevo, con más años, pero también con una jerarquía bien distinta de la de modesto sargento con la cual supo atraer sobre sí la admiración de todo el ejército! Pensaría, acaso presa de la mayor amargura, que, como entonces, su valor, sus sacrificios y sus trabajos iban a ser inútiles y a estrellarse contra la decisión de los habitantes de Marsella, dispuestos a no rendirse y dejados por la prudente táctica de Montmorency dentro de sus muros, como enhiesta roca en medio de aquel mar de desolación a que había condenado una de las más ricas provincias de la Francia.

El éxito coronó la táctica del general francés; pero convengamos en que si Don Carlos se hubiera mostrado un poco más atrevido, los gemidos de aquella provincia abandonada no hubiesen sido sofocados por los gritos de alegría de los que se libraron de la invasión, sin que el ejército hiciese nada por contenerla.

Como es sabido, Montmorency permaneció indiferente a todas las insinuaciones de sus subordinados, que le pedían ejecutara algún acto que demostrase que el ejército no era insensible a los dolores de la provincia invadida, actos que, por otra parte, tan bién han cuadrado siempre en un ejército de las condiciones del francés. Pero fué todo en vano, como lo fué el que el Emperador ordenase ejecutar varias puntas, en una de las cuales se llegó casi a los muros de Avignón, y en otra, en que tomó parte Pizaño con su artillería, se llegaran a apoderar del lugar de Berre, en la orilla de la laguna de su nombre, el cual no hizo resistencia, vista la artillería que traía la columna que cayó sobre ellos. También fué aquél con las fuerzas que tomaron otro lugar, a 14 millas de Aix, que Cereceda llama Lupuche.

El Emperador no contaba con esta clase de guerra, y quedó sorprendido al comtemplar tanta desolación. No le cupo ya duda de las dificultades que presentaba una empresa para el buen logro de la cual era un peligro el exceso de sus fuerzas, que, a duras penas, encontraban donde poder alimentarse. Por otro lado vió cuán difícil de vencer era un pueblo que sabía llegar a tales extremos para auxiliar a su Rey, y, como más tarde a Napoleón en Rusia, no le quedó otro recurso que la retirada. Es posible que si D. Carlos hubiese poseído el espíritu maniobrero del coloso del siglo XIX, hubiese encontrado soluciones que acaso le sacaran de la penosa situación en que se encontraba sumido. Un acto de audacia le hubiera permitido atravesar la línea del Ródano y darse la mano con sus estados de España, atravesando una región rica y que ya no era tan fácil arrasar, so pena de hacer más terrible el remedio que

la enfermedad. Hubiera con este cambio de base llevado a cabo una empresa digna de su talla, bien que dejara abierto a Francisco el camino de Italia, no fácil de seguir teniendo a sus espaldas un ejército tan poderoso como el que acaudillaba el Emperador.

También hubiera podido, remontando el Ródano, caer sobre la segunda capital francesa, Lyon, y retraerse a sus estados de Alemania por la ancha entrada que entre el Jura y los Vosgos tiene a Basilea por primer objetivo. Pero eran aquellos tiempos muy distintos de los que tocaron al gigante corso. Aún se encontraba entonces el después ligero infante atenazado por el peso de su armadura, y la artillería carecía de aquella movilidad que más tarde le permitió seguir a la infantería, siendo un poderoso auxiliar, más que una rémora, para el resto del ejército. Así, pues, el Emperador, rehuyó alejarse de su escuadra, de la cual esperaba los mantenimientos que el amor de los franceses a su Rey le habían retirado o destruído en cuanto terreno podía impunemente recorrer su caballería ligera, sin exponerse a un percance. De la misma escuadra esperaba también todos cuantos elementos son necesarios a un ejército que ha de encontrar enfrente plazas bien provistas y obstáculos de importancia. El resto de su artillería y municiones, su tren de puentes y minas, quedaban en la escuadra, y a ella se ató el Emperador con fortísima cadena, que le inutilizaba para emprender ninguna empresa en la cual tuviera que alejarse de la costa, de donde lo esperaba todo.

Así, pues, como las provisiones escaseaban, se hizo preciso buscar el contacto con la escuadra que, detenida por contrarios vientos, había llegado por fin al emplazamiento donde fué primero Marsella, a una legua a Levante de la actual, debajo de cuyos fuegos era preciso pasar para darse la mano con ella. Por este motivo el último de agosto salieron del campo de Aix, bajo el mando del Duque de Alba, que en toda la expedición había venido como lugarteniente del Emperador, todas las compañías españolas y doce alemanas, amén de varias capitanías de gente de armas, las cuales pasaron a media legua de Marsella, en cuyos alrededores pernoctaron, llegando al día siguiente a la playa donde se encontraba la escuadra, procediéndose en seguida a sacar de ella los víveres necesarios, que se distribuyeron entre los soldados. Hecho ésto, volvióse a acampar a media legua de Marsella, donde primero lo habían hecho, con el objeto de conservar expedito el camino de la Marina al grueso del ejército, acampado en Aix.

Desembarcóse y acudió Doria a este punto, donde tomó parte en el Consejo de guerra que se celebró el día 3 de septiembre, en el cual quedó acordada la retirada a Italia, convencido el Emperador del poco

efecto que se podía esperar, dado el espíritu del enemigo, lo muy fortificado que Marsella se encontraba—unido a la experiencia pasada—, el mal abrigo que las naves tenían y, finalmente, las noticias que cada día se recibían de Italia, en la cual se movían los italianos partidarios de Francisco, al calor de las fuerzas francesas que habían quedado en Turín, al punto de atreverse, el 7 de septiembre, a intentar apoderarse de Génova.

Decidióse en este Consejo (1) que la retirada se hiciese por el mismo camino que se había venido hasta Niza, y luego por la ribera de Génova. Respecto a la artillería se dispuso lo siguiente: «Que la artillería que no ha de ir por tierra, se lleve a la marina, con voz que es para efecto de lo de Marsella y que del armada se sacará lo que más fuese menester. Las piezas que se han de llevar son seis cañones y dos medios cañones con sus municiones y dejar las otras piezas con sus municiones necesarias. Y que mañana lunes en todo caso parta esta artillería porque la escolta a la vuelta pueda traer el bastimento que se ha de traer, y que para esto envíe D. Lorenzo Manuel todas las acémilas y carretas y lleve D. Pedro de la Cueva cargo de la escolta, la cual son 100 caballos y 200 arcabuceros».

De acuerdo con lo dispuesto, salió Pizaño, con la citada artillería que había de embarcarse, para la costa, pasando por el campamento inmediato a Marsella, en el cual el Duque de Alba sostenía continuas escaramuzas con las gentes de ella que de vez en cuando salían, bien que siempre en pequeño número. Hacíasele algo difícil al Duque su estancia en el campo frente a Marsella, contribuyendo a ello el espíritu de las tropas, en las cuales iban ya penetrando el convencimiento y disgusto del poco efecto que se esperaba de las fatigas sufridas. El 1.° de septiembre escribió el Duque al Emperador, que los alemanes, después de pasada la muestra (2), habíansele amotinado gritando *¡guelt! ¡guelt! ¡dinero!* (*sic*) y que entre los españoles eran continuas las deserciones hacia el campo del Emperador, por tener en él sus bagajes, hasta el punto de decir que apenas si le quedan más que los oficiales (3).

A todo esto, los vientos para los cuales estaba abierta la bahía donde se encontraba la escuadra soplaban de tal modo, que era imposible proceder al embarque de la artillería; así es, que, con la misma fecha le dice también que esperará hasta el día siguiente, 11, a ver si amainaba el

(1) S. E. l.° 1.183.

(2) El día 6 se pasó, a los españoles, una muestra o revista, cuyo detalle puede verse en la *Vida de Garcilaso*, por Fernández Navarrete. La compañía de Pizaño tenía 215 hombres.

(3) S. E. l.° 1.183.

tiempo, y que si no, para no retrasar la retirada, marchará llevando consigo la artillería, pero que para esto necesita caballos. Añade, sin embargo, al final de la carta, a modo de postdata: «después de escrita ésta, hablé con Luis Pizaño y me dice hay cumplimiento de caballos para la artillería de acá» (1).

Presentóse el día siguiente, 11, el mar en el mismo estado; en su consecuencia, el Duque levantó el campo este día, llegando ya muy tarde al campamento de Aix, donde se encontraba el Emperador. Al día siguiente empezó el ejército la retirada en el orden que sigue:

En vanguardia todos los italianos; detrás, toda la artillería con la bandera del capitán Luis Pizaño «como él después de D. Pedro de la Cueva tuviese el cargo de la artillería» (2), detras cuatro banderas de españoles, para hacer espaldas a éstos, si por acaso los de Marsella intentaban alguna salida. El 14 salió el resto, marchando primero dos tercios alemanes, luego la gente de armas y la Corte, detrás el bagaje cubierto con doce banderas de alemanes y, finalmente, en la retaguardia, y cubriendo la retirada, las banderas españolas, las cuales llevaban los arcabuceros en la cola, en donde iban el Marqués del Gasto y la mayor parte de los capitanes. D. Fernando Gonzaga con la caballería ligera encargóse de contener y armar emboscadas a las patrullas que se suponía habían de pretender molestar al ejército en su marcha.

Este día quiso el Emperador marchar con la retaguardia, dando así un ejemplo, que no debe recomendarse en teoría; debiendo, sin embargo, convenir en que actos como éste atraen de tal modo el entusiasmo de los soldados hacia el Jefe que los ejecuta, que, en llegando la ocasión, devuelven con un centuplicado esfuerzo, a la masa común, el tanto por ciento de peligro que esta corre, con la exposición de su Jefe.

Siguióse la retirada por San Maximino y La Grotte, ocurriendo aquí un incidente para cuya descripción dejo la pluma al simpático Cereceda, a quien tanto debemos los que somos aficionados a nuestra Historia militar.

Dice así:

«Como caminaba el Emperador, fué esta noche a la Grotte, que es una pequeña villa, con los dos tercios de alemanes y el avanguardia de los italianos. Vecino a la Grotte, cuanto una pequeña legua, está Forcarquier, que es una pequeña villa, con un pequeño y fuerte castillo. Aquí se habían juntado muchos villanos desta villa y las otras villas comarcanas, en

(1) Esta es la primera vez que me consta, de modo cierto, las relaciones entre el ilustre Duque y Pizaño, que después fueron inseparables, pudiendo, como se verá, considerarse a éste como uno de los profesores de aquel ilustre genio militar, entonces principiante.

(2) Cereceda.

especial la ropa (sic) y las mujeres de las otras villas. Como el avanguardia fuese aquí arribada van algunos de los soldados a la villa de Forcarquier a demandar provisiones por sus dineros, y los de la villa no se las querían dar, antes tiraban con sus arcabuces. Pues viendo esto el Comendador Mayor de Alcántara, D. Pedro de la Cueva, Capitán General de la Artillería, mandó al capitán Luis Pizaño que hiciera traer artillería para batir el castillo y se tomase. Como el capitán Luis Pizaño viese lo que por D. Pedro de la Cueva le fuese mandado, y por castigar tal atrevimiento, pone delante del castillo seis piezas de artillería y esta noche con el claro de la luna le da batería. Como fué hecha la batería, le dan la batalla los soldados del capitán Luis Pizaño y los alemanes, y les entraron y tomaron en prisión hasta sesenta hombres de la villa, con otros soldados entre los cuales se tomó a Francisco Cañizares, piamontés, que era Alcaide del Castillo, etc., etc.»

Después de este suceso siguióse la marcha adelante.

No obstante lo decidido en el Consejo de retirarse por el mismo camino por donde habían ido, no ocurrió así, desviándose el Emperador poco después de San Maximino, a la izquierda del río Argeus, para desembocar sobre Frejus por Draguignan, como lo hizo el ejército de Pescara en 1524, en vez de hacerlo por la orilla derecha y por Brignoles, que fué el camino tomado a la ida a Marsella.

La marcha de la artillería fué penosísima; la de pequeño calibre siguió sin dificultad a la vanguardia, pero los cañones, de tal manera embarazaban al ejército por aquellos accidentados caminos, que fué preciso asignar una compañía de españoles y alemanes a cada pieza para que, a fuerza de brazos, consiguiesen adelantarlas en los pasos difíciles, sufriendo los soldados penalidades sin cuento. Tras de inauditos esfuerzos el día 21 de septiembre, ya tarde, entró toda la artillería en Draguignan.

El Emperador marchaba ahora con la vanguardia, en la cual iban las piezas pequeñas, llegando el 20 a descansar en un alegre lugar cerca de la villa de Muy, donde se hacía un paso estrecho defendido por una torre, en la cual habíanse retraído trece paisanos, con ánimo de pasar inadvertidos y no recibir el daño que sospechaban del ejército. ¡En mal hora lo hicieron para ellos, para la Humanidad y especialmente para España, que allí vió sucumbir al más dulce e inspirado de sus poetas y al cual, no obstante su juventud, tanto deben las letras españolas!

Llamó la atención del Emperador la estancia de aquellos individuos en la torre y ordenó que la rindiesen; no lo hicieron ante la amenaza de ser castigados y fué preciso que jugase la artillería. Ignoro si Pizaño iba con estas primeras piezas o si marchaba con las, por más gruesas, más

retrasadas. Es lo cierto que la artillería hizo un portillo, que se trajeron escalas, que varios caballeros y entre ellos Garcilaso, Maestre de Campo de los españoles noveles, como hemos dicho, se lanzaron a ellas sin tener éste siquiera la precaución de cubrir la cabeza con un capacete, y que, cuando subía por una escala, un trozo de almena, desprendido de lo alto, dió con él en tierra mal herido, de cuya herida murió a los pocos días. ¡Funesta expedición esta de Marsella para España que perdió en ella a dos de sus hijos más preclaros: Leiva y Garcilaso! Los funerales de éste fueron sangrientos; los trece desgraciados aldeanos, acaso víctimas de lo que llamaríamos hoy miedo insuperable, pagaron con la vida su funesta resistencia.

Recibió Pizaño la orden de que a medida que llegasen las piezas a Frejus, fuesen embarcadas en la escuadra, y así lo hizo inmediatamente, y tanta prisa se dieron en llegar, que el 22 estaba ya toda en este puerto, procediéndose a su inmediato embarque. Desde aquí separóse Pizaño nuevamente del ejército para seguir, acompañando la artillería embarcada, hasta el puerto de Savona, donde había de desembarcar.

No es fácil seguir su marcha desde este momento hasta el día 23 de noviembre, en que aparece nuevamente en escena, y de un modo dramático, que recuerda sus buenos tiempos de las primeras campañas de sargento.

El ejército, mientras tanto que Pizaño navegaba para Savona, siguió el camino de la Cornisa por Niza, San Remo y Albenga, donde dejó la costa pasando los Alpes *Marítimos*, probablemente por el paso de San Bernardo, que une aquel último puerto con Garessio, en el alto Tanaro, desde donde río abajo llegó a Bra (1), dispuesto ya para emprender las operaciones que hemos de detallar más adelante contra los franceses que, con ayuda de gran número de italianos, ocupaban diversas plazas del Piamonte, entre las cuales estaban como principales Turín, Pignerolo y Savigliano.

Púsose el ejército, desde luego, a las órdenes del Marqués del Gasto, nombrado por el Emperador Capitán general y Gobernador del Ducado de Milán, en reemplazo de Antonio de Leiva, muerto, como hemos dicho, durante la expedición de Marsella (2).

Este ejército no era todo el que invadió la Provenza, pues habían sufrido ya varias mermas, que no necesitamos detallar, toda vez que su organización definitiva fué dispuesta por el Emperador en la célebre *Ins-*

(1) Del 13 al 20 de octubre ya se encontraba reconcentrado en este punto.

(2) En este nombramiento mediaron no pocas intrigas, que pueden estudiarse en las cartas de Salinas publicadas por el infatigable Rodríguez Villa.

trucción de 15 de noviembre de 1536, desde Génova, adonde se había trasladado por mar, separándose de su ejército en Niza.

Esta Instrucción es muy detallada y ha sido publicada por Vallecillo (1). En ella se nombra al Marqués del Gasto, Capitán General del Ejército; se fija el número de infantes en 20.000, de los cuales habían de ser 8.000 alemanes, 8.000 españoles y 4.000 italianos, teniendo además 1.031 caballos, de los cuales 450 alemanes para tirar de la artillería y municiones. Nómbrase en la Instrucción Jefe de la artillería del ejército a Luis Pizaño, sin dejar de ser capitán de infantería, y como tal mandar su compañía, recompensando así sus extraordinarios servicios, y empleándose en el nombramiento los términos que veremos a continuación.

Se ordena, por último, en la Instrucción, que haya en el ejército, *como siempre lo ha habido,* un ingeniero y se nombre para este cargo a Juan Bautista Balodrio.

El nombramiento de Pizaño como Jefe de la Artillería está hecho en la forma siguiente:

«Item por Capitán de la Artillería del dicho nuestro ejército, hemos elegido y nombrado al Capitán Luis Pizaño y que por el presente tenga hasta 30 artilleros, o más o menos, los que viere que hay necesidad, conforme a las piezas de artillería que ha de haber en el dicho nuestro ejército, y a los efectos que con ella se han de hacer, y los maestros de hacha y otros oficiales necesarios para el buen servicio de la dicha artillería, cuyo capitán mandamos que tenga de salario a razón de 50 escudos al mes y los dichos artilleros y maestros de hacha y los otros oficiales los que por el dicho Marqués, nuestro Capitán general, les sean señalados con parecer del dicho Capitán y de los dichos nuestro Veedor y Contador, y que del dinero que mandásemos consignar para la paga del dicho nuestro ejército sean pagados.

»Item a nuestro servicio y al buen recaudo de nuestra hacienda, conviene que haya un Contador de la dicha artillería y un Pagador de ella y una persona para que reciba y tenga a su cargo las municiones de la dicha nuestra artillería, así las que al presente hay en el dicho nuestro ejército, de las que a él se han enviado por nuestro mandado desde bahia como de las que en él había antes y de las que de aquí adelante se hubieran de comprar y llevar y confiando de la persona de (aquí hay un hueco) le hemos nombrado para el dicho cargo de nuestro Contador y a (aquí hay otro hueco) por Pagador y por Mayordomo a (aquí otro tercer hueco), los cuales han de dar razón al dicho Juan de Vergara

(1) *Legislación Militar de España.* Salas copió la Instrucción en Simancas (E. legajo 1564), y en parte la ha publicado también Arantegui.

de toda la artillería y municiones que al presente hay y de aquí en adelante hubiere en el dicho nuestro ejército para que de todo ello tenga razón en sus libros y haga cargo del dicho Mayordomo para que haya de dar buena cuenta como lo deben y son obligados a darla a los Mayordomos de la Artillería de nuestros ejércitos, y al dicho Mayordomo mandamos que tenga de salario para su persona y de un Ayudante que ha de tener con el dicho cargo a razón de 25 escudos por mes y el dicho Contador a razón de 15 escudos y el dicho Pagador al mismo precio por mes, cuyos salarios han de ser pagados de los dineros que mandaremos proveer para la paga del dicho nuestro ejército todo el tiempo que sirvieren y tuvieren los dichos cargos.»

»Asimismo porque para el servicio de la dicha nuestra artillería y ejército ha de haber los gastadores necesarios que han de ser tomados y recibidos según las necesidades que se ofrecieren y los efectos que se han de hacer, y en un tiempo ha de haber más que en otro, encargamos y rogamos al dicho nuestro Capitán General, y al dicho Capitán Pizaño mandamos, que no permita que haya en esto gasto supérfluo por lo que toca al gasto de nuestra hacienda y al bien de nuestros súbditos y vasallos, porque de ellos se han de tomar los dichos gastadores, a los cuales y sus Capitanes y Cabos que el dicho Marqués los ha de nombrar y elegir, se les ha de pagar de los dineros que mandaremos consignar para esto y para los otros gastos extraordinarios y paga de nuestro ejército.»

El ejército organizado por la Instrucción de 1536, y del cual se designó a Pizaño como Jefe de su Artillería, estaba destinado a sostener la política del Emperador en el Norte de Italia, y, por tanto, a afianzar en sus sienes la corona del Ducado de Milán, que a título de feudo del Imperio había guardado para sí desde la muerte del último Duque.

No se encontraba Pizaño en Génova cuando fué objeto de aquella distinción, aunque haya de suponerse que algo sospecharía. Desde el momento que embarcó en Frejus, acompañó a la artillería a Savona, siendo probable volviese a Niza a llevar cierto número de piezas que debían quedar con la guarnición de españoles que allí dejó el Emperador. No debió tampoco tomar parte en los primeros hechos de armas del ejército del Piamonte, dedicándose al desembarco de la artillería y al modo de conducirla a través de los Alpes, devolviendo acaso al Duque de Mantua y a los castillos de Cremona y Milán, la que de ellos se había tomado.

Es lo cierto, que cuando, el día 23 de noviembre, el ejército del Marqués del Gasto tomó por asalto la ciudad de Casale, capital del Mon-

ferrato (1), conseguida la victoria, bien que con la sensible pérdida del Maestre de Campo D. Jerónimo de Mendoza (2), las tropas francesas, acosadas por todas partes, huyeron a la desbandada, esperando salvarse en los muros de Turín. Ocurrió entonces a Pizaño una aventura que, con pequeñas variantes, cuentan Sandoval y Cereceda, demostrando, sin embargo, la variedad de información.

He aquí las palabras de Sandoval: «Por no olvidar lo pasado se le olvidaron al Obispo (3) dos cosas en esto de Casal, que ya que no acontecieron dentro del pueblo, acontecieron en torno de él en el mismo día; la una fué, que en saliendo el capitán Malacarne—que así era llamado—con cien soldados, huyendo de Casal, cuando ya era entrado, yendo a la vuelta de Turín, topó con treinta soldados españoles en la campaña, y los treinta acometieron a los cien, peleando ambas partes valerosamente. Estando así trabados, acudió el Capitán Luis Pizaño, que venía por la posta de Milán, y viendo lo que pasaba se apeó, y animando a los treinta de su nación, hizo que la otra contraria fuese vencida, con muerte y huída de toda aquella gente.»

Cereceda por su parte cuenta el suceso del modo siguiente:

«También se tomaron en prisión otros capitanes y hombres de cargo, con otros muchos soldados, y otros que se salían huyendo de la ciudad, entre los cuáles salía el capitán Malacarne, sene, yendo hasta con cien soldados de los suyos a pasar el Pó, para poder ir más seguro la vuelta de Turín. Más no pudo ir tan seguro que no se topase con treinta soldados españoles; y como se toparon los unos con los otros, comenzaron a decir los treinta soldados españoles a los cien franceses que se rindiesen. En esto sobrevino el capitán Luis Pizaño, que venía de Milán en postas, y como se vió a los treinta españoles en tales términos, se apeó de la cabalgadura que llevaba y se juntó con los treinta soldados y da en los franceses. Cuando esta determinación vieron los franceses se rindieron al capitán Luis Pizaño, a merced de las vidas y a buena guerra, y dejando las armas vienen a lo que por el capitán Luis Pizaño y por los soldados le fuese mandado. Así el capitán Luis Pizaño tomó al capitán Malacarne en prisión y a los otros les quitaron las armas y les dejaron ir, aunque a algunos nobles soldados dejaban llevar sus armas.»

(1) El Emperador había nombrado hacía poco, Marqués de Monferrato, a un aliado suyo. No quisieron los de Casale reconocerlo como Soberano y se entendieron con el general francés M. Buria, que entró por sorpresa. El ejército español, que venía de Asti, lo tomó al día siguiente por asalto, a cuya operación hacemos referencia en el texto.

(2) Jefe de Pizaño en la primera etapa de Corón.

(3) Se refiere Sandoval al Obispo e historiador italiano Jovio, en cuyo relato encuentra algunas omisiones que va enumerando. (*Nota del autor.*)

Por las relaciones anterioriores vemos que Pizaño conservaba aún el brío y las energías de sus mejores tiempos, y aunque admitamos, no dejándonos llevar de la propensión a lo extraordinario, que haya algo de exageración en la desigualdad del número, siempre nos queda una prueba más de su valor, nunca desmentido, y de su conciencia militar, toda vez que bien pudo rehuir un combate, en el cual no habíase empeñado al frente de sus tropas.

La llegada de Luis Pizaño a Casale, procedente de Milán, puede explicarse, por la necesidad de desempeñar, según hemos dicho, alguna comisión relacionada con la distribución de la artillería. Ello es que desde aquel punto siguió para Savona, dedicándose desde luego a transportar a través de los Alpes la artillería y municiones que, en número de 87 piezas, consiguió tener reunida el día 31 de diciembre en la ciudad de Alessandría, y al mismo tiempo llevar a Asti, donde se encontraba el ejército, gran cantidad de municiones para la artillería que había de acompañarlo (1). Desde este momento va con el ejército siempre que es necesaria su presencia y le vamos a ver tomar parte en los principales hechos de armas que durante el año 1537 tuvieron lugar en la cuenca alta del Pó.

(1) Cereceda dice que «aquí [en Asti], le vinieron al capitán Luis Pizaño, letras por las cuales el Emperador le daba cargo de su Capitán General de la Artillería de Italia».

CAPITULO VII

(1537.)

Campaña de 1537 en el Piamonte. Movimientos ofensivos sobre Pinerolo y Turín. Motín de los españoles y peligro en que se vió Pizaño por su patriótica conducta. Asalto de Aglie por la compañía de Pizaño. Toma de Chivasso y peligrosa herida que en el asalto recibe éste. Campaña del General francés M. Humieres. Retirase a los Alpes. Toma por los españoles de la plaza de Chieri. Bloqueo de Pinerolo. Reconocimiento nocturno y demoliciones hechas por Pizaño usando la pólvora. Toma de las plazas de Cherasco y Alba. Idem de una torre sobre el Pó. Idem de la Perosa. Retirada del ejército imperial ante Francisco I. Treguas.

Antes de pasar adelante en la descripción de la campaña que en 1537 tuvo lugar en el Piamonte, y en la cual tanto se distinguió nuestro Luis Pizaño, conviene que hagamos algunas consideraciones sobre los objetivos y situación de las tropas combatientes, a fin de comprender mejor los accidentes de aquélla, pues, a decir verdad, la tal campaña preséntase por nuestros historiadores como deshilvanada y falta de la unidad que tan necesaria es, así en la realización de los hechos como en su exposición.

El ejército que, a las órdenes del Marqués del Gasto, organizó el Emperador a su salida de Italia, a fines de 1536, tenía como principal misión la de afianzar en las sienes de Don Carlos la corona lombarda, la cual, como hemos dicho, tomó para él su lugarteniente Antonio de Leiva, a la muerte del último Duque y a título de feudo del Imperio. Por otro lado, el dominio de la Lombardía constituía el sueño dorado de Francisco I, y era de esperar que éste, en vista del mal resultado de la invasión en Provenza, había a su vez de intentar invadir aquél territorio, con ayuda de los partidarios que no le faltaban en ella, y los cuales habían

dado bastantes pruebas de vitalidad durante la ausencia de Don Carlos, hasta el punto de ser gran parte a determinar su retirada de Marsella.

No se limitaba la misión del ejército de Gasto a esto sólo. Debía también, en cuanto le fuere posible, arrebatar a Francisco I los territorios tomados al Duque de Saboya y devolverlos al despojado Duque, reintegrándole así en la plenitud de sus dominios, quebrantados por su amistad y deudo con el Emperador. Adelantando algo los sucesos, diremos que el Duque de Saboya, a la postre, pagó los vidrios rotos, pues Don Carlos no tuvo inconveniente en sacrificarlo, al hacer las paces con Francisco I. Así, de resultas de éstas, el Emperador conservó el Milanesado y Francisco I adquirió territorios del Duque, que redondeaban admirablemente los suyos.

Al empezar el año 1537, la situación del ejército del Marqués era en extremo favorable a la consecución de la primera parte, cuando menos, del programa. Escogió para la concentración del ejército la plaza de Asti, situada entre Turín y Alessandría y a orillas del río Tanaro.

Esta elección fué, en mi concepto, muy acertada. En efecto: desde esta plaza y contando con los pasos del Pó, entre ellos Casale, se defendían directamente o de flanco, todos los ataques que desde Turín, y por ambas orillas del Pó, se tratase de dirigir sobre Milán, objetivo constante de Francisco I. Por otro lado, Asti amenazaba de cerca a Turín, la plaza más importante que por entonces poseían los franceses en el Piamonte, y la cual fortificaban con gran actividad, a fin de conservar siempre un pie seguro en las llanuras italianas. Se justificaba, pues, con su posesión, la intención de cumplir con la segunda parte del programa de que hemos hablado. Finalmente, de Asti partían dos caminos que, a través de los Alpes Marítimos, comunicaban con Génova y Savona y, por tanto, con la escuadra de Doria. La comunicación, pues, con España, base principal del Emperador, quedaba asegurada.

No eran, por entonces, muy numerosas las fuerzas de los franceses en Italia, pero los muchos partidarios con que éstos contaban entre los italianos, les permitía entretener la guerra, en espera del paso a Italia de un poderoso ejército francés; realizáronse así una porción de hechos de armas, al parecer dislocados, pero en el fondo de los cuales se observa siempre la tendencia de Gasto a cubrir el Milanesado y conservar sus comunicaciones con la costa. Ya hemos visto con que rapidez, enterado aquél de haberse apoderado los franceses de Casale, dirigíose desde Asti sobre ella, y aprovechándose de conservar aún por él el castillo que esta población tenía, arrojar al día siguiente a aquéllos, cogiendo prisionero al General M. de Buria y dando motivo a Pizaño para distinguirse personalmente. Ocupada Casale y guarnecida, volviose Gasto nuevamente a Asti.

Hemos dicho que en 31 de diciembre ya tenía Pizaño en Alessandría 87 piezas traídas de Savona. No me es posible asegurar si todo el tiempo transcurrido desde su llegada a Savona, procedente de Frejus, lo dedicó Pizaño a este transporte de la artillería. Inclínome a creer que, además, y en compañía del Marqués, visitó las principales plazas que el ejército poseía, a fin de ponerlas en estado de resistir los acontecimientos a que la entrada del ejército francés, que ya se esperaba, pudiese dar lugar.

El Marqués salió de Asti el 16 de diciembre y visitó, acompañado de sus íntimos, y casi puedo asegurar que de Pizaño, las plazas de: Casale, donde ya después de recuperada había quedado guarnición de alemanes; Vercelli, en la línea del Sessia, donde dejó al alemán Conde de Lodrón con 2.000 soldados de su nación; Vigevano y Milán, donde pasó las Navidades del año 1536. Salió poco después y proveyó las de Pavía, Mortara y Valenza, donde, el 6 de enero, recibió la infausta nueva del asesinato en Florencia del Duque Alejandro, yerno del Emperador, y desde la cual proveyó lo necesario para que no triunfase la causa de la República, coadyuvando al sostenimiento del nuevo Duque, o sea Cosme de Médicis, que consiguió asegurarse en su nueva jerarquía, con el auxilio de 2.000 soldados españoles recientemente llegados a Génova y que fueron conducidos a Florencia por el Marqués de Aguilar (1).

Finalmente, hechas las provisiones que a la buena defensa de Valenza eran necesarias, pasó Gasto a Alessandría en donde hizo lo mismo, llegando por fin a Asti, en cuya plaza el 19 de Enero se pasó muestra general a las compañías españolas, y también a las de los italianos que se encontraban en Alba.

Por la rápida noticia que acabamos de dar de la situación de los dos contendientes, se comprende cuan ventajosa era la situación del Marqués del Gasto al empezar el año 1537, pues podía considerar como asegurado el cumplimiento de la primera parte de su programa. No puede negarse que la necesidad de guarnecer tantas plazas, necesidad justificada por la inminencia del paso de un ejército francés, al través de los Alpes, debilitaba grandemente el efectivo del ejército reconcentrado en los alrededores de Asti, impidiéndole así el arrojarse con energía sobre las pocas guarniciones francesas que aún les quedaban y limpiar de franceses el Piamonte. Esta debilidad resultaba igualmente patente, si se hubiere tratado de hacer guerra francamente ofensiva y salir al paso del ejército francés cualquiera que él fuese y el sitio por donde asomase. Pero no conviene olvidar cuán temible era por entonces *la furia francesa*, sobre

(1) Este fué más tarde Virrey de Cataluña, en donde se encontró admirablemente secundado por Pizaño.

todo, si ésta se aumentaba con la presencia de su caballeroso Rey, cosa que se temía el Marqués el año 1537. Para todos los que conozcan la historia del siglo XVI, estará justificada la conducta de éste. La caida de los franceses desde lo alto de los puertos alpinos, solía tener todo el aspecto de un alud arrebatador. El esquivarlo era de prudentes, y el arrojarse sobre sus fragmentos, una vez deshecho en la llanura, señal certera de victoria. Tal fué el secreto de Pavía, como lo fué también del Garellano y el de Nápoles en 1528.

El plan, pues, del Marqués, fué asegurar los diques de contención del temido aluvión, guarneciendo bien sus plazas y con el resto obrar ofensivamente, mientras pudiera, sobre lo poco que aún guardaban los franceses.

No es posible detallar las marchas y contramarchas llevadas a cabo, por las fuerzas de Gasto, con objeto de apoderarse de las diversas plazas que en el territorio que se extiende alrededor de Turín tuvieron lugar por los meses de marzo, abril y mayo. En medio de la confusión que reina, se entrevé el deseo del Marqués de avanzar por el Sur de Turín hacia Pinerolo, sin duda con intención de hacerse dueño de esta plaza y aislar así a Turín, a la cual, como bien provista, no se atrevía a atacar, no obstante moverse con gran libertad por los alrededores, hasta el punto de tener ocupado a Volpiano por el coronel italiano Cesaro de Nápoli con 1.000 caballos.

Por otro lado, Pinerolo, situada en el valle del Chisone, era siempre una puerta abierta para los franceses que usaban, con preferencia y ventaja casi siempre en sus invasiones, los pasos de Mont Genevre y Sestrieres. Su dominio, pues, por los españoles, hubiera sido uña pérdida de importancia para los franceses, y ello explica el deseo de Gasto de posesionarse de ella.

A este pensamiento obedece la marcha de su subordinado el Marqués de Saluzzo sobre Caralle y Carmagnola. Habíase éste pasado al bando imperial poco tiempo antes, disgustado del trato de los franceses, con los cuales había tenido mucha mano y contribuído en gran escala al sostenimiento de sus banderas en Italia, mientras el paso de los imperiales a Marsella. Dada su gran jerarquía se le había nombrado segundo de Gasto, aunque él sin duda aspiraba a más alto empleo. Reunía grandes cualidades de guerrero, reconocidas especialmente por los españoles, y deseos de distinguirse, como quien necesitaba, con grandes méritos, justificar el apego a la nueva causa que defendía. Con deseo, pues, de cumplir como bueno, dirigióse el Marqués de Saluzzo desde Asti, con varias compañías y dos medias culebrinas sobre Caralle cuya plaza tomó por asalto (1).

(1) Dió lugar este asalto a reclamaciones de los franceses por las crueldades cometidas con los vencidos, a alguno de los cuales se llegó a arrancar las vísceras más

De Caralle dirigióse Saluzzo sobre Carmagnola con las mismas piezas y fué tomada también, pero encontrando en el asalto la muerte el mismo Marqués, que fué reemplazado en el cargo por el joven don Antonio de Aragón, de elevada alcurnia, pero a lo que parece de poca experiencia. Continuó éste la campaña emprendida y bajo su dirección se ocuparon los castillos y pueblos de Pocapalla, Racconigi, Cavallermaggiore, Monte Terol, Cabolimón y Saluzzo, sin que parezca que tuvieran que jugar en su ocupación las dos piezas que llevaba, pero que, casi siempre, dieron con su emplazamiento la señal de la rendición.

Al mismo tiempo que por el camino de Pinerolo se realizaban estas operaciones, marchaba el Maestre de Campo Arce en dirección a Turín, apoderándose de la villa de Cambiano a 15 millas de Chieri, casi a la puerta de Turín, llevando para esta empresa dos cañones y un sacre.

En ninguna de estas expediciones debió encontrarse Pizaño, que con su nuevo cargo acompañaba casi siempre al Marqués del Gasto, y que con el mayor número de piezas reservábase para empresas de más fuste, constituyendo, por decirlo así, el grueso de las tropas, siendo las mandadas por Saluzzo y Arce la vanguardia o simples destacamentos de aquél.

Consecuente, sin duda, el Marqués del Gasto con su idea de avanzar sobre Pinerolo, ordenó a Pizaño que adelantara el tren de artillería, desde Poirino (entre Asti y Carmagnola), donde estaba Gasto con el grueso del campo, a Carmagnola, haciéndolo aquél así el día 2 de junio, en el cual salió del primer punto con 20 piezas, entrando por la tarde en Carmagnola. Dice Cereceda que se recibió orden de salir al día siguiente sin decir a donde, pero que como el día apareció muy lluvioso y lo mismo los siguientes, mandó Pizaño que la artillería se recogiese en el poblado, a fin de evitar que se mojasen los soldados, que en su guarda estaban en las afueras de aquél. Añade que, como consecuencia del mal tiempo, y para evitar molestias a sus soldados, ordenó Gasto que se retrajesen los que estaban en Carmagnola—preliminarmente se les había unido aquí el Maestre de Campo Grado que estaba en Racconigi—tomando la vuelta de Poirino.

Cereceda, que ocupaba en el ejército la modesta posición de soldado, ignoraba la verdadera causa de la retirada. Fué ella, el haber sabido entonces el Marqués que se les había incorporado a los franceses un gran

escondidas y esparcirlas por las calles. Atribuyéronse por aquéllos a los españoles *tales actos de iniquidad, pero éstos probaron haber sido los mismos habitantes* de Caralle, que vengaron así el ruín trato que de la guarnición de franceses habían recibido durante el tiempo de la ocupación.

refuerzo de alemanes. Y debió saberlo en estos días, pues no se explica si no el avance ordenado a la artillería el día 2, para retirarse en seguida todos el día 9 (1).

Pero no solamente por ignorancia pecó aquí el soldado cordobés. Admitida la buena fe que hay que reconocerle, debemos perdonarle, en gracia a la buena intención que le guía, el andar a trompicones con la verdad, en los sucesos que van a seguirse. Fueron estos tales, que sin duda amargaron el ánimo del buen soldado, que no quiso dejar a la posteridad un recuerdo triste de aquellos días, en los cuales los soldados españoles dieron muestra de la mayor indisciplina, empañando muchos hechos gloriosos y siendo los únicos de todo el ejército que a tales tropelías se arrojaron. Yo, menos compasivo con ellos y más esclavo de la verdad, arrancaré a los documentos que han dormitado cuatro siglos su secreto. Y hago esto, porque así creo que debe escribirse la Historia, y porque creo que hay en la de España hechos sobradamente gloriosos para que, aun manifiestos los lunares, quede un cuadro de belleza imponderable. Pero así no podrán deducirse falsas consecuencias y echar sobre unas generaciones todos los vicios que, en mayor o menor escala, siempre han esclavizado a la Humanidad, al par que a otras se las hace brillar en forma tan exagerada, que, lejos de servir de faro a la posteridad, sólo conducen a ésta a la desesperación, convencida de la imposibilidad de llegar a la altura de sus predecesores.

Hay, en suma, que aportar un leve grano a la portentosa obra de Cervantes, y tratar de encauzarnos alejándonos algo de las sublimes perfecciones del hidalgo manchego, al cual no hemos de igualarnos jamás, para arrimarnos un poco a la vulgar figura de Sancho, en cuyos afanosos trabajos, estereotipados en la encallecida mano, hemos de encontrar mejor que en otro símbolo alguno el remedio a nuestros males y el respeto y consideración del resto de la Humanidad (2).

Volviendo ahora a nuestra interrumpida historia, digamos que la acción ofensiva, premeditada por el Marqués del Gasto, sobre el alto Pó, manifiesta por el avance de su artillería sobre Carmagnola, quedó paralizada por la confidencia que le hizo conocer la llegada al campo francés de un considerable refuerzo de alemanes. En este momento comprendió el Marqués que su situación en Carmagnola resultaba sobradamente crí-

(1) En todo lo que sigue nos serviremos de documentos existentes en Simancas (E. l.° 1185).

(2) Estos párrafos estaban dirigidos, cuando se escribieron, a aquellos que, después de la catástrofe de 1898, creyeron que no había rendención para España por suponer que la vida de las naciones y de la nuestra en especial sólo por la senda heroica de Quijano el Bueno podía discurrir.

tica, pues había que suponer no tardarían los franceses en emprender desde Turín un movimiento ofensivo por la izquierda del Pó sobre Milán, sin que él se encontrase en condiciones de interceptarlo con la rapidez necesaria. Así, pues, dispuso, y con muy buen acuerdo, en mi concepto, retraerse un poco y colocarse a caballo del Pó, en una situación tal que le permitiera acudir con rapidez a ambas orillas, e interceptar los movimientos de los franceses, que no dudaba se iniciarían de un momento a otro.

Empezósose la retirada, según Cereceda, el día 8 de junio desde Carmagnola a Poirino, pero el día 14 aún quedaba parte de la artillería en aquélla con siete compañías de españoles, mandadas por el Maestre de Campo Alvaro de Grado. Estando en esta situación amotináronse, el último día citado, en Poirino, los españoles, pidiendo sus pagas, y aquella misma noche fuéronse con gran alboroto sobre Carmagnola, dispuestos a apoderarse de la artillería y atraer a las siete compañías a su causa. Defendiéronse Grado y los demás capitanes, impidiéndoles la entrada en Carmagnola y causándoles en la refriega un muerto y tres heridos. En vano fué que Grado y sus compañeros les exhortasen, recordándoles la proximidad del enemigo. Permanecieron aquella noche en los alrededores de Carmagnola y al día siguiente se trasladaron a un lugarejo a cuatro millas de aquél, consiguiendo atraerse a 700 u 800 soldados de los que en guarda de la artillería había.

Este mismo día 15 envió el Marqués, desde Poirino, a hablar con los amotinados, al Veedor General del ejército Sancho Bravo y al General de la gente de armas, García Manrique; pero no les quisieron escuchar y el número de los amotinados aumentóse con la salida de Poirino de otros 700 soldados, que se sumaron a los primeros. El 16, y a petición de los mismos soldados insubordinados, fué a verles Sancho Bravo, al cual manifestaron que por la noche le darían su respuesta, pero fué en vano la espera, pues al día siguiente, muy de mañana y sin advertirle nada, levantaron el campo y se fueron a Prelomo a cuatro millas de Poirino; consecuencia natural de los actos de rebelion, en que, perdido el respeto a los jefes, falta la unidad del mando, tan necesaria en los actos militares, imponiéndose como aquí los más díscolos a aquéllos que, sin duda de buena fe, reclamaron la presencia del Veedor.

Sabedor el Marqués que se hallaban tan cerca los amotinados, corrió a Prelomo y desde las afueras envióles un parlamentario, rogándoles que por la honra de España, ya que sublevados, permaneciesen en las inmediaciones de Poirino a fin de poderse valer unos a otros, en caso de que el enemigo se echase encima, y dándole así tiempo de salvar su artillería comprometida en Carmagnola. Debía añadir el parlamentario

que, de no hacerlo así, tendría que emprender una retirada vergonzosa.

A esto contestaron que no querían hablar con el Marqués, pero que si lo harían con Sancho Bravo y García Manrique. Accedió Gasto a que fueran y unióseles Pizaño, confiado sin duda en el ascendiente que su valor y honrada conducta habían de ejercer sobre los amotinados, para atraerles al camino del honor, que tan sin reflexión habían abandonado, dando un triste espectáculo delante de las demás naciones que constituían el ejército imperial. Manifestaron los amotinados a los tres enviados, que esperasen a que se *levantaran los electos,* que se hallaban descansando; y aquellos buenos patriotas esperaron con noble calma, a que los cabezas de motín se dignasen recibirlos, después de solazarse acaso con impúdicas meretrices. No se había pasado una hora cuando se sintió el toque de alarma en el campo sublevado, viéndose de repente venir sobre los comisionados una turba de soldados disparando sus armas y en actitud agresiva. Sancho Bravo y García Manrique, escaparon a uña de caballo; Pizaño, más arrogante o más indignado, o por no tener tiempo de embridar, según escribió Sancho Bravo al Emperador, cosa que no es creible (1), se quedó en su puesto, viéndose al instante rodeado por la multitud de los soldados. Pedían unos fuese ahorcado al momento; otros, sin duda los más nobles, los más veteranos, conocedores de los méritos de aquél valiente, que de sus mismas filas había salido, le defendieron e impusieron su criterio a los demás. Pizaño fué respetado y pudo volver a Poirino.

Como el peligro arreciaba y no se podía perder tiempo, trataron nuevamente el Veedor y Manrique de hablar con los electos, los cuales les hicieron saber, indirectamente, que *el darles arma* fué sólo por temor de dos gentiles hombres que supusieron había mandado el Marqués con ellos para reconocer el campo. Por fin se avistaron y los electos hicieron presente sus pretensiones y exigencias para el arreglo. Eran estas: 1.ª Que se les pagase lo que se les debía. 2.ª Perdón general para todos los sublevados. 3.ª Permiso para cambiar de compañías. 4.ª Seguridad de ser pagados por meses. 5.ª Ventajas para los coseletes y otros hombres de bien, como las había cuando fueron a Viena (2). 6.ª Ventaja de un escudo y un tostón para los arcabuceros como se pagaban antes que S. M. viniese por primera vez a Italia, y 7.ª, que mientras fuesen pagados, se les permitiese andar por donde les fuere más conveniente.

Dada la necesidad del momento, y no obstante lo indigno de algunas

(1) Alguna escusa, parece natural, había de dar Sancho Bravo al hecho de dejar abandonado a su compañero de embajada.

(2) En 1532.

de las pretensiones, accedió Gasto a la mayor parte de ellas, con las restricciones que le imponía la carencia de dinero que por el momento sentía. Les ofreció, desde luego, una paga; otra a los ocho días y el resto antes de treinta. En lo de las ventajas, que escribiría a S. M. inmediatamente rogándole accediese y, desde luego, el perdón general y la licencia para andar donde quisieren, con tal de no alejarse demasiado, a fin de no dar lugar al enemigo a intentar un ataque que debía esperarse, en cuanto supiese habíase alejado la infantería española.

Parecía todo concluído y que se había llegado por fin al acuerdo convenido, pero los amotinados, sin tocar tambor ni hacer otra señal alguna, levantaron nuevamente el campo y alejáronse cinco millas en dirección a Asti.

Apelóse entonces a un recurso extraordinario, que fué el mandarles a algunos capitanes y gentiles hombres alemanes, para que les hablasen en nombre de sus compañeros de nacionalidad. Manifestaron los comisionados a los sublevados que tenían razón en pedir se les pagase, pero que ellos prometían se les pagaría, so pena de hacer también la causa de los sublevados. Que no creían que ellos—los alemanes—que tan amigos habían sido siempre de los españoles, serían abandonados tan cerca del enemigo, cosa que nunca éstos habían hecho. Añadiéronles otra porción de razones, que fueron escuchadas más no atendidas, y así, sin más, levantaron el campo y, por jornadas, llegaron a cinco millas de Alessandría, publicando iban la vuelta de Nápoles.

No cejó el Marqués que, conocedor de lo que la necesidad apremiaba, trabajó todo lo que pudo, echando mano de cuantos medios pudiéronsele ocurrir, enviándoles *echadizos*, etc., etc., pero todo fué en vano.

A tal altura, viendo aquél faltábanle 3.000 españoles en que se calculaba el número de los amotinados, y temiendo a cada momento el ataque de los franceses, dispuso retirarse con toda la artillería que estaba en Carmagnola, efectuándolo el 19 hacia Villanova de Asti. Recogió aquí la gente que la guarnecía y la que tenía en Baldichieri y en los alrededores de Chieri—que tan de cerca tenía amenazado a Turín—y al día siguiente llegó a Asti sobre el Tanaro.

Nuevamente intentó, al tener un momento de respiro, llamar a los españoles a la obediencia y así dispuso que Sancho Bravo, Manrique y el Contador Vergara, fuesen a ellos en son de ir de parte de Su Majestad. Encontráronles en Masi a 14 millas de Asti. Tomó la palabra García Manrique, y de tal modo supo hablarles y con tanto ánimo, que logró someterlos con las bases siguientes: Que dentro de ocho días se les darían dos pagas, y en el término de treinta el resto de lo que se les debiese, y que mientras tanto se les cumplía lo prometido permaneciesen en Va-

lenza. Importaban las cuatro pagas que a la infantería española se le debían 96.000 ducados, que el Marqués dió orden de buscar en seguida y, mientras tanto los españoles quedaron en Valenza y alrededores, bien que convenidos en acudir al peligro si éste se presentase.

Así terminó aquel asqueroso motín, en que los soldados mostráronse verdaderamente sordos a las voces del honor, dando lugar a que, mientras los alemanes e italianos y el resto de los españoles que habían permanecido fieles peleaban, ellos estuviesen viviendo sobre el país, deshonrando una bandera que tan alto habían puesto en otras ocasiones.

Decidido el Marqués a colocarse a caballo del Pó, para tener siempre la retirada a Milán asegurada, salió el 22 de Asti dejando en este punto a D. Antonio de Aragón con cinco compañías de italianos, algunos caballos ligeros y corto número de piezas, dirigiéndose con el resto por Calian y Moncalvo a Ponte Stura, donde construyó un puente sobre el Pó, en cuyo trabajo acaso interviniera Pizaño, y en cuyo sitio, para asegurarlo, dejó seis compañías de españoles, no atreviéndose a emprender nada con éstos, pues, aunque habían sido de los fieles hasta entonces, no estaba muy seguro de ellos.

Hecho esto, por honrar su campo, avanzó sobre el Doria Baltea, pasándolo por un puente que tendió en Moncribel y fijando aquí su residencia. Encontrábase en Volpiano de guarnición por los imperiales, como ya hemos dicho, el coronel italiano Cesaro de Nápoli, el cual supo por confidencia, que el coronel Torresan, que estaba por los franceses, habíase mudado de Castelnovo, donde hasta entonces había permanecido, al lugar de Aglie, desde donde le podía molestar y así lo avisó aquél al Marqués del Gasto. Al punto ordenó éste, que saliesen de Moncribel Luis Pizaño con su compañía y tres piezas y el Príncipe de Visignano con 300 caballos ligeros, los cuales unidos a los 1.000 italianos que tenía Cesaro en Volpiano, cayeron sobre Aglie en donde se encontraba Torresan. No quiso éste rendirse a la primer intimación, así que Pizaño tuvo que emplazar las tres piezas, las cuales hicieron brecha. La compañía de Pizaño, únicos infantes que llevaba la columna, lanzáronse al asalto apoderándose del castillo y de toda la guarnición, amén de una muy hermosa amiga de Torresan.

Hecho esto dirigióse el Príncipe de Visignano a Chivasso, sobre el Pó, en cuya plaza tenían los franceses guarnición. Tampoco quisieron rendirse y fué preciso batirles con la artillería, hasta que abierta la brecha fué tomada al asalto por Pizaño. «*Aquí* (dice Cereceda) *fué herido el Capitán Luis Pizaño en el cuello*, vecino de la oreja, de un tiro de arcabuz; fué una cosa de gran ventura volver la cara, al tiempo que le daba la pelota

porque de otro modo le daba en la boca, por donde muriera. Fué cosa muy peligrosa por pasalle todo el cuello».

¡Noble y valerosa conducta la de Luis Pizaño!, que aquí con su generosa sangre y la de los soldados de su compañía, únicos españoles que le acompañaban, lavó la infame conducta de sus compatriotas, que en Valenza e inmediaciones *comían a discreción*, no haciendo caso de la voz del cañón que en Aglie y en Chivasso les llamaba con su elocuente voz y les señalaba el camino de la gloria abierto por entre aquellos paredones, derruídos por la artillería del heroico alcarreño.

Por el elogio que contiene de Pizaño y porque aclara algunos puntos de los tratados, copiaré parte de una carta que con fecha 30 de junio escribió desde Moncribel D. Alonso de Hijar al secretario Cobos. Héla aquí:

«Llegado en el campo hallé que el ejército estaba en Ponte Stura y en otras tierras convecinas adonde el señor Marqués lo había reducido por evitar mayores inconvenientes, por causa del motín que hicieron dos mil españoles en la peor coyuntura que pudiera suceder; porque el señor Marqués estaba deliberado de pasar, en aquella sazón, en parte, que pensaba acabar cosas de importancia en beneficio de la empresa y servicio de Su Majestad, y a este respecto fué forzado, porque los otros españoles no hiciesen lo mismo, reducirlos y alojarles en tres tierras que comiesen a discreción; y no sólo por lo que digo fué necesario, más porque hallándose con poca gente y mucha artillería y muy cerca de las fuerzas de los enemigos, era necesario asegurarse, y aunque por otro camino podía ir que parece que convenía más reducir su ejército, no fué posible a causa de la artillería, que por allí no había comodidad que fuese, sino con tanta dificultad que pudiera causar los mismos inconvenientes.»

Añade que lo que hizo el Marqués fué el camino más conveniente y que llegado a Ponte Stura, «considerando la reputación, no obstante que de ninguna parte de los españoles se podía servir, pasó con toda la caballería y los alemanes y cuatro banderas de italianos en esta tierra (1), y de aquí envió al Príncipe de Visignano con trescientos caballos y seis banderas de alemanes y cuatro de italianos y el Capitán *Luis Pizaño con una banda de artillería que hizo lo que suele en servicio de Su Majestad,* y fueron sobre una tierra que se llama Aglie. Tenía la inteligencia de esta empresa el Coronel Cesare que sabía que estaban alojadas en derredor de dicha tierra, en otras convecinas, doce banderas de enemigos y la batieron y tomaron a vista de todos ellos, y no sólo no la socorrieron pero se retiraron la vuelta de Turín. Estaba en dicha tierra el Coronel Torresan con doscientos hombres y fueron todos muertos y presos,

(1) En Moncribel firma la carta. *(Nota del autor.)*

y quedado en prisión el dicho Coronel y su amiga, que dicen que es tan hermosa cuanto él ha sido malo para este piamontés donde ha hecho infinitos males; importa mucho haberlo tomado» (1).

Reunido el dinero por el Marqués del Gasto, empezóse a pagar a la infantería española, que se encontraba, como hemos dicho, parte en Valenza y los que habían permanecido fieles en Ponte Stura y Asti. La muestra fué el día 29 de junio y, según se les iba pagando, iban pasando el Pó y reconcentrándose en Moncribel, lo cual demuestra, que aunque los últimos no se habían sublevado, no eran mucho de fiar y habían sido bien empleados en segunda fila (2).

El ataque que el Marqués del Gasto preveía, no se hizo esperar. El general francés Humieres (3), conocedor de lo ocurrido en el ejército de Gasto y de que éste se había recogido a la orilla izquierda del Pó, dirigióse sobre Asti con un ejército de 25.000 infantes (10.000 alemanes, 10.000 italianos y 5.000 gascones), 1.000 caballos ligeros, 600 hombres de armas y 10 piezas de artillería.

Gobernaba entonces en Asti, como ya hemos dicho, D. Antonio de Aragón, joven inexperto y que, según Sandoval, miraba más por su persona de lo que un buen soldado debe mirar. Tenía a sus órdenes 1.500 italianos y las piezas de artillería que Pizaño le había dejado.

Pidió auxilio D. Antonio de Aragón urgentemente, como quien, falto de experiencia y no con muchos ánimos, veía caer sobre sí tan gran nublado, rogando le enviasen en seguida 500 arcabuceros. El refuerzo más cercano que tenían, eran las compañías españolas que, como hemos dicho, habían quedado en Ponte Stura, y a las cuales entonces se encontraba pagando el Veedor Sancho Bravo, que tenía mucha mano en los asuntos del ejército, bien que hubiere quedado de jefe de éste en ausencia de Gasto (4), el Marqués de Visignano que sabemos estaba en Mon-

(1) Como se ve por esta carta, el último de junio no se sabía aún en Moncribel la toma de Chivasso y la herida de Pizaño que debió de ser por estos días.

(2) Como una curiosidad y para que se sepan los capitanes que a la sazón tenían las compañías españolas, manifiesto los nombres de éstos y el número de los soldados de sus compañías que habían tomado parte en la sublevación, sacado de una carta de Sancho Bravo al Emperador. Capitán Maldonado, 159; Francisco Ruiz, 3; Luis Quixada, 90; Domingo de Arriaran, 82; Cisneros, 95; Clavero, 110; Jaén, 33; Ruy, 113; Quevedo, 39; Alcoçer, 83; Morales, 43; don Bernardo, 107; Lezcano, 85; F.° Sarmiento, 37; Luis Piçaño, 9; Santillana, 92; Pelus, 15; Castillo, 20; Figueroa, 3; Sayabedra, 76; Arze, 117; Albaro de Grado, 20; D. Her.° Mendoza, 3; D. H.° de Acuña, 34; Charles, 1; el Conde de Novelara, 1.

(3) M. Humerio, según le llama Sandoval, era ayo del delfín Enrique y mandaba a la sazón el ejército francés.

(4) No se encontraba entonces en el ejército el Marqués del Gasto, que había ido

cribel. Avisó el Veedor prontamente «a los Marqueses de Visignano y Gasto a García Manrique y a *Luis Pizaño, que estaba herido de un arcabuzazo que en Chibas le habían dado,* de que está sin peligro» (1). El, por su parte, recibida la apremiante instancia de D. Antonio, mandó meter en Asti 300 arcabuceros de los que aún se hallaban en Ponte Stura, al mismo tiempo que ordenaba la vuelta de los que por ya haber sido pagados iban camino de Mancribel.

Con estas prevenciones contúvose el primer impulso del general francés que, finalmente, tuvo que retirarse, al ver venir sobre él al Marqués del Gasto, que llegado por la posta, púsose al frente de su ejército, ya concentrado para esta operación.

Retiróse Humieres por Alba, ciudad que entonces estaba por los imperiales, y que, bien fortificada, era de importancia conservar, para tener seguro el paso a la marina. El Marqués del Gasto, con sospecha de la intención de los franceses, mandó dos compañías de italianos a encerrarse en Alba, pero no fueron admitidos por los habitantes, con lo cual dieron lugar a que M. de Humieres se apoderase de ella, con gran sentimiento del Marqués del Gasto.

No se amilanó por esto el Marqués, el cual, visto el poder con que se presentaban los franceses, escribió al Rey Fernando, hermano del Emperador, para que prestamente le enviase refuerzo de alemanes. Mientras tanto, y sin atreverse a atacar directamente a M. de Humieres, acometió la empresa de apoderarse de Moncalieri en la orilla del Pó y casi a las puertas de Turín. A este efecto envió, bajo las órdenes del Maestre de Campo Grado, veinticuatro banderas, las cuales salieron de Asti el 9 de agosto, apoderándose con facilidad de aquel punto. No fué pequeña esta pérdida para los franceses, pues era punto a caballo del Pó y, tan cerca de Turín, que desde él podían hacerse con facilidad correrías en sus campos y hasta incomunicarla con el resto del Ejército. Ordenó también reconocimientos sobre Alba y Turín, sin que sacase otra cosa que convencerse de la dificultad de ambas empresas.

Mientras esto ocurría en el campo imperial, los franceses no hacían nada digno de la importante fuerza con que contaban. No era su general bien quisto de sus subordinados, que achacaban su mando más a la intriga que a sus cualidades, y, por otra parte, la liga en que por entonces había entrado el Rey Francisco con los turcos, hacía poco simpática su causa, especialmente entre los italianos.

a Milán a conferenciar con el cardenal Caracciolo, gobernador de Milán, recien venido con noticias de Su Majestad.

(1) Carta de Sancho Bravo de 12 de julio (S. E. l.° 1,185).

Eran, por consiguiente, frecuentes las deserciones en su campo. Sabía, además, que no había de pasar mucho tiempo sin que el bando imperial recibiese de Alemania considerables refuerzos, así que levantó aquél de Alba, demasiado próximo al del Marqués, dando así a entender que tanto él como su adversario, más pretendían dar largas a la campaña, que decidir por la suerte de una batalla los intereses que mutuamente les estaban encomendados. Dedicose por lo tanto Humieres a empresas de poca importancia e indignas de la misión que de Francia trajo. Corrió el campo tratando de apoderarse de pueblos pequeños, en uno de los cuales, el de Busca, al Sur de Salines, le hizo una bonita resistencia un soldado español que allí había quedado enfermo, al tiempo de la invasión de la Provenza.

Finalmente, viendo Humieres cuan poco fruto sacaba de las tropas que le habían sido encomendadas, esperando que de un momento a otro su situación se haría aún más crítica, decidió retirarse a Pinerolo para ponerse así en condiciones de esperar los acontecimientos y tener la retirada segura sobre Briançon, caso de que las cosas fueran mal dadas. Antes de hacerlo, aprovisionó bien las plazas que en el Piamonte ocupaban los franceses y las cuales eran, además de Pinerolo, Turín, Chieri, Cherasco, Alba y Savigliano.

El Marqués del Gasto, recibidos los refuerzos de alemanes que esperaba, dispuso entrar en campaña con gran energía a fin de apoderarse de aquellas plazas, toda vez que la falta de enemigo en campo abierto, le dejaba en libertad de marchar a donde más conveniente le pareciera.

La primera plaza sobre la cual dirigió sus tropas fué Chieri (1), para lo cual no necesitó más que ordenar que las compañías españolas que con el Maestre Arce habíanse apoderado de Moncalieri, fueran a ella, así como otras compañías italianas que ocupaban a Poirino y Villanova. El, por su parte, con los alemanes y el tren de batir, compuesto de 19 piezas, conducidas por Luis Pizaño, con su compañía, adelantóse sobre Riva de Chieri, muy cerca de la plaza que se iba a embestir.

Verificóse el reconocimiento de ésta por el Marqués el día 23 de agosto, y decidido el sitio donde se había de colocar la artillería, ordenó a Pizaño que con los cañones y los alemanes recien venidos, que estaban en Riva de Chieri, se adelantasen a Chieri, adonde llegaron el día 24. Empleáronse los días 23, 24 y 25 en construir cestones y una vez terminados se trasladaron al monte Escarion, que ocupaban los italianos, el 25 por la noche, procediendo a llenarlos de tierra y colocar las piezas en dos baterías; una, por donde andaban los españoles, y la otra, del lado de los

(1) Al S. E. de Turín y muy cerca de ésta.

italianos. La primera batería distaba de la muralla de la plaza 240 pasos. La batería establecida por donde estaban los italianos, se hallaba cercana de la anterior y separada del muro 153 pasos. Ambas baterías tiraban a abrir la brecha por una de las puertas de la plaza.

Desde el momento que estuvieron colocadas las piezas, fueron visitadas por el Marqués acompañado de Luis Pizaño, y bien visto todo y satisfechos del asentamiento, mandó el Marqués un parlamentario al caballero Azal, que era el Gobernador puesto por M. de Humieres, rogándole se rindiese para evitar mayores males. No quiso acceder éste a la intimación del Marqués, y empezóse en seguida el ataque por todas las piezas (1).

A las once de la mañana del citado día 26, Luis Pizaño comprendió que la brecha era practicable y dió parte al Marqués, el cual dispuso se preparasen los españoles e italianos para dar el asalto, debiendo quedar los alemanes formados, como cuerpo de observación, y la caballería ligera recorriendo los alrededores, para evitar la fuga de los sitiados. Dada la señal del asalto, arrojáronse a la brecha los italianos y españoles, consiguiendo penetrar en la población tras de un encarnizado combate en la brecha, por estar la muralla por la parte de adentro muy elevada, con

(1) El detalle del número de éstas y disparos que hicieron, así como el nombre de los artilleros que las sirvieron, están especificados en un documento de Simancas encontrado por Salas, procedente, sin duda, de los que en las arcas de Pizaño se encontraron a su muerte. Este documento contiene el detalle antedicho, no solamente en el ataque de la plaza de Chieri, sino también en la de Cherasco. El correspondiente a la de Chieri ha sido copiado por Arantegui en su obra, y sólo extractado a la ligera el correspondiente a Cherasco. Así, pues, y teniendo en cuenta que por ser Pizaño el que ambos ataques dirigió, no debo pasar en silencio cuanto con ésto se relacione, haré lo contrario. A este fin, doy un extracto de la parte correspondiente a Chieri, y copiaré entre los documentos todo lo correspondiente al ataque a la plaza de Cherasco.

En el ataque, a Chieri, del día 26, que fué el único que se dió, tomaron parte:

6 cañones, que hicieron 240 disparos; 1 culebrina, 20; 1 medio cañón, 20; 5 cuartos cañones, 100; 4 sacres, 100; ¿2? medios sacres, 50; total 19 piezas y 530 disparos.

El documento no dice el número de medios sacres que se emplearon, pero como Cereceda dice que se emplearon 6 sacres, creo sean 2. Este autor dice que el número de piezas que se emplearon en el ataque de Chieri era el de 21.

Los nombres de los artilleros que sirvieron estas piezas son los siguientes:

Cañones: Mizer Julio Florentín, Alejandro de Brescia, Mizer Pedro Gallego, Julio de Verona, Bernardino Florentino, Bautista Calabrés, Jacobo Varela Genovés, Pedro de Levante, Bernal Flamenco, Jacobo la Vie y además dos alemanes.

La culebrina: Tomás Raos y Agustín Teviri.

El medio cañón: Juan Antonio y Pablo Netrus.

Los cuartos-cañón: Juan Flamenco, Juan de Gibraltar, Jacomo y Bautista Mariano Franbela.

relación al terreno, y haber los sitiados hecho, envolviendo la brecha, un reparo, del cual formaban parte casas aspilleradas, algunas de las cuales se encontraban incendiadas. Los intervalos entre las casas estaban cerrados con barricadas, en las cuales habíanse colocado piezas de artillería. Finalmente, el terreno delante del reparo, estaba todo él lleno de defensas accesorias, principalmente mantas o sease tablas con puntas, cubiertas con paja.

Siguió al asalto el saqueo, que fué terrible por el gran deseo que a esta población tenía el ejército imperial; siendo la causa de ello el mucho apego que a la de Francia había siempre mostrado, hasta el punto de reclamar de motu proprio guarnición de franceses, cuando el ejército de éstos invadió el Piamonte y se apoderó de los estados del Duque de Saboya. En el asalto cayó prisionero Azal, y por cierto en lugar poco limpio.

Tomada Chieri, y guarnecida con italianos, salió el Marqués al día siguiente, 28, por Moncalieri a Carignano, que había sido abandonado por los franceses el día 27, y desde aquí, siempre con el deseo de apoderarse de Pinerolo, ordenó un reconocimiento sobre Vigone, donde M. Humieres había dejado fuerte guarnición de alemanes. Temeroso el francés de que estos pudieran caer prisioneros, ordenóles retirarse sobre Pinerolo, lo que sabido por el Marqués, movió su campo para Vigone adonde llegó el 30 de agosto. Esta misma noche, y casi sin descansar, dispuso que el Maestre de Campo Grado y Luis Pizaño, con ocho compañías de españoles y seis de alemanes, marchasen sobre Pinerolo con objeto de reconocerlo y que Pizaño destruyese unos molinos. Fué muy dificultosa la marcha nocturna, por encontrarse el terreno casi inundado y tener que atravesar muchos arroyos.

Al llegar a media milla de Pinerolo, se afirmaron los alemanes para cubrir la retirada de los demás en caso de necesidad, y Grado y Pizaño, con los españoles, llegaron hasta muy cerca de Pinerolo. Una vez en el río Chisone (1), que Cereceda llama Quicon, dice este autor que pasaron por un puente este río aquellos dos con cien arcabuceros, dejando al resto de los españoles encubiertos. Los cien arcabuceros, entre los cuales estaba Cereceda, recibieron la orden de emboscarse y dar en los que salieran

(1) El río que pasa por Pinerolo es el Lemina. El Chisone pasa al Sur y muy cerca. Como Vigone está, lo mismo que Pinerolo, a la izquierda del Chisone, hay que suponer que durante la marcha nocturna atravesaron este río, y así, para llegar a Pinerolo, tenían que volverlo a atravesar y aquí, cerca de este puente, estarían los molinos, o bien que éstos estarían situados en la orilla derecha del Chisone y para llegar a ellos fué preciso que pasaran el río los encargados de su destrucción solamente.

de la plaza. He aquí las palabras de éste: «Mas estábamos tan cerca los unos de los otros, que no podían salir sin ser bien vistos, especial con el gran claro de la luna que hacía. La otra gente mandó estar en una casa y tras ella sin pasar el puente. Hecho esto, el Capitán Luis Pizaño con unos hombres con sus aparejos que llevaban, entró en un molino, donde rompió dos piedras que había, y con un barril de pólvora le dió fuego y le quemó. Por la gran furia de la pólvora quemó el tejado y hizo caer parte de las paredes del molino quemado. Luego fué a otro que muy cerca de las fuerzas estaba, y con seis soldados entró en el molino y le rompió tres piedras y asimismo le quemó con otro barril de pólvora. Estando Luis Pizaño en ese molino salieron de los bastiones hasta doce franceses gritando *Francia, Francia,* y como fueron vecinos al molino, disparan sus arcabuces. Como esto ve el Capitán Quevedo, que con los seis soldados que guardaban a Luis Pizaño estaba, arremete con sus seis soldados contra de los franceses, gritando *España, España;* mas, por cierto, ellos fueron tan prestos en su tornada, que no pudieron ser alcanzados del Capitán Quevedo ni de los seis españoles que con él iban. Hecho lo que el Capitán Luis Pizaño quiso, se retiró donde estaba Alvaro de Grado con la otra gente, y nos retiramos, yendo donde habían quedado los alemanes. En esto, ya quería esclarecer el día y así se caminó, quedando los arcabuceros españoles en la retaguardia hasta llegar a Vigone por ver si saldría de Pinerolo alguna gente a reconocer quienes eramos».

He copiado con gusto las palabras de Cereceda, pues ellas nos muestran a Pizaño empleado en un trabajo de zapador y utilizando ya la pólvora, para demoler unos molinos, que sin duda serían de gran importancia para los de la plaza de Pinerolo. Sin afirmar que sea esta la vez primera que semejante procedimiento se haya usado, he de manifestar, sin embargo, que no he leído una función análoga y anterior de esta índole y que, por supuesto, haya sido coronada por buen éxito.

La llegada del Marqués del Gasto a Vigone fué, por lo visto, la señal de abandonar M. Humieres las tierras del Piamonte. Dejó a los gascones en Turín, y él, con los alemanes y gentes de armas, retiróse por el camino de Perosa a Chisone, a fin de pasar a Briançon atravesando los Alpes por los pasos de Sestrieres y Mont Genevre. Pero al llegar a la Perosa recibió orden de no atravesar este último paso, sino que por Oulx se dirigiese a Susa, para ponerse en contacto con los refuerzos que el Rey Francisco, como veremos más adelante, pensaba enviar por el Mont Cenis con objeto de restablecer el prestigio de sus armas en Italia y al frente de las cuales vino él en persona.

Aunque el Marqués supo la retirada de M. Humieres, no fué a tiempo de poderle causar ningún daño, aunque lo intentó, y así reconocido Pi-

nerolo y visto que por su situación y fortificaciones era muy difícil el acometerla, decidió dejarla bloqueada y él, con el resto de las fuerzas, fué a ponerse sobre Cherasco, plaza situada sobre el río Tanaro y muy cerca de su confluencia con el Stura.

Salió el Marqués de Vigone, dejando encargado del bloqueo de Pinerolo al Príncipe de Visignano. Pasó el Pó por cerca de Villafranca y pernoctó en Cabolimón, de donde se trasladó al día siguiente a Bra. El dia 6 llegó a Cherasco, procediendo en seguida a reconocerla «la cual es un páramo como ya V. M. ha visto y cercada de un río y grandes vallones, la cual no tiene de llano más de hacia el castillo muy poco trecho, y en él había dos bastiones bien hechos, y a esta causa el Marqués acordó de hacerle asestar la artillería, dejando los dos bastiones a la mano derecha la cual jugaba algo lejos a causa del vallón que estaba en medio de la tierra y artillería» (1).

Roto el fuego, por no quererse rendir César Fragoso que con 1.000 italianos la tenía por el Rey de Francia, se hicieron con las piezas los disparos que se detallan en el documento a que antes me he referido, y en seguida se dió el asalto, que fué rechazado, no obstante haberse batido bien los imperiales, siendo la causa principal, además del valor de los defensores, lo muy bien que habían reparado la brecha. Entre otras defensas, dice Sandoval, que, por consejo del ingeniero Pedro de Prato, habían hecho en la brecha un reparo con porquería (2), en los cuales se hundían los proyectiles sin producir efecto. De lo que no cabe duda, es de que como defensa accesoria, no dejaría de ser buena.

Pero si al ataque a la brecha no se siguió la toma de la plaza, ésta no tardó en rendirse, pues César Fragoso encontrábase enfermo, y le habían matado en el asalto a su lugarteniente, en el cual él hacía gran confianza. Así es, que, con el pacto honroso de llevarse banderas, armas, etc., se entregaron, a lo cual accedió el Marqués muy gustoso, por ser la gente que en la defensa estaba, empezando por el Gobernador, muy escogida, y para hacer una resistencia enérgica,

Tomada Cherasco, dirigióse el Marqués sobre la ciudad de Alba, la cual, como se recordará, se había entregado a M. Humieres cuando éste se retiró de sobre Asti. Estaba Alba defendida por Julio Ursino, que contaba con nueve compañías de italianos y dos de gascones.

Púsose el Marqués sobre Alba el día 13 de septiembre, y, en cuanto llegó, reconoció el lugar con Pizaño, para escoger el sitio más conveniente

(1) Carta de Sancho Bravo a S. M. en Cherasco, a 10 de septiembre (S. E. legajo 1.184).

(2) Muy pocos años después había en Gibraltar asimismo un parapeto formado por la misma mal oliente sustancia.

para la artillería, que en esta ocasión, como en las otras, desempeñó un importantísimo papel. Envió el Marqués un trompeta a Julio Ursino, rogándole se rindiera, pero éste, que tenía la plaza bien provista y la guarnición con buen ánimo, no quiso hacerlo, por lo cual empezóse inmediatamente la construcción de las baterías de brecha, cuya operación se retrasó debido al mal tiempo reinante, no quedando terminadas las dos que se proponían por Pizaño hasta el domingo por la mañana. Colocáronse las citadas baterías al otro lado del río Tanaro, que de este modo separaba la plaza de las piezas, y éstas batieron el mismo trecho de muro, abriendo en él una brecha de 250 pies de ancha.

Andaban por entonces los españoles e italianos un tanto quisquillosos, sobre a quien correspondía la gloria de los asaltos pasados, y esto fué causa de que, sin terminar completamente la brecha, se lanzaron los italianos al asalto. No tardaron en seguirles los españoles, que quisieron distinguirse, por suponer que el Marqués había manifestado que, en el ataque de Cherasco, no habían estado las obras de ellos a la altura de las palabras y de la presunción de los alféreces, que habíanse adornado antes del asalto los sombreros, para ser reconocidos en los accidentes de él. Muy reñido fué el combate; por las dos partes peleóse con valor, viéndose varias veces las banderas imperiales agitarse en lo alto de la brecha, sin que se consiguiese establecerlas definitivamente.

Los sitiados no habían perdido el tiempo y, desde el momento que vieron el sitio del ataque, construyeron un reparo interior, que defendieron con verdadero tesón. El Marqués del Gasto, por su parte, viendo que en los diversos reencuentros había experimentado ya bajas muy sensibles, tocó a recoger, costándole mucho el conseguir que los soldados abandonasen el muro, donde con armas blancas luchaban denodadamente.

La operación de retirarse en estos ataques expeditos resultaba muy peligrosa, porque, como no se habían hecho trabajos de aproche, desde las baterías de brecha, colocadas aproximadamente a 300 pasos, había que avanzar a pecho descubierto, y lo mismo en el repliegue, recogerse al descubierto y siendo blanco de los tiros de los sitiados, envalentonados con la fuga del asaltante. No siempre era fácil el que la artillería pudiese proteger la retirada, contribuyendo a ello el temor de herir a sus propios compañeros; por la disposición de la plaza en el caso presente, o por la buena disciplina de los artilleros, consiguió Pizaño que la retirada ordenada por el Marqués se hiciese con poquísimas bajas. Así lo dice Sancho Bravo (1) a S. M. en esta fecha, 18 de septiembre, desde Alba: «y al reti-

(1) S. E. l.° 1.184.

rar no recibimos ningún daño ni fueron muertos ni heridos más de los que dicho tengo, salvo el Conde de Ganbazo de una arcabuzada en una pierna, porque como se retiraron jugó nuestra artillería de manera que los arcabuceros de los enemigos no pudieran hacer daño».

Viendo el Marqués del Gasto la gran resistencia que en los enemigos encontraba, decidió no repetir por este día el asalto, dejándolo para el siguiente, dando lugar «a que Luis Pizaño asentase un caballero de madera que había hecho para que desde él pudiesen tirar hasta sesenta arcabuceros que podían señorear algo a los de dentro» (1). Visto por los sitiados al día siguiente, lunes, que las intenciones del Marqués era proseguir el ataque, y sin duda por el inconveniente que esperasen se les podría seguir del ingenio que construía Pizaño (2), decidieron rendirse, lo cual efectuaron recibiendo los honores de la guerra y retirándose a Pinerolo, que estaba, como sabemos, por los franceses y bloqueada por el Príncipe de Visignano.

Tomada que fué Alba, y una vez provista de lo necesario y bien guarnecida, avanzó el Marqués con todo su campo sobre Moncalieri, que por suya se mantenía, y una vez en esta villa, dispuso apoderarse del puente y Torre que sobre el Pó existía, en las inmediaciones de Turín, por ser muy conveniente su posesión a fin de cerrarles este paso a los de la villa, que con Pinerolo eran los restos más importantes que de aquel lado de los Alpes sostenían los lises de Francia. La toma se verificó rápidamente, por efecto de la artillería de Pizaño, que abrió brecha al punto, siguiéndose el asalto.

Mientras que el Marqués del Gasto hacía todas las operaciones que hemos dicho y tomaba la villa de Cherasco, Alba y puente, sobre el Pó, de Turín, el Marqués de Visignano, auxiliado por el Maestre de Campo, Grado, operaba en las inmediaciones de Pinerolo, teniendo su campo asentado en Vigone, con objeto de hacer efectivo el bloqueo de aquella importante fortificación. Como esto resultaba muy penoso desde Vigone, decidió adelantar su campo y con tal objeto salió de este punto el 6 de septiembre y fijóse en la villa de Masio a tres millas de Pinerolo. Desde aquí tomó los castillos de Miradon y del Torreón, que con el de Bichirasco, que antes había conquistado, le hacía dueño de las principales avenidas que comunicaban a Pinerolo con el exterior. No contentóse con esto,

(1) Carta citada de Sancho Bravo.

(2) El ingenio que se construyó por Pizaño, con llamarle caballero nos basta para comprender lo que era. La palabra caballero expresaba en el siglo XVI idea de dominación. No era, pues, otra cosa que un recuerdo de la antigua bastida, fija o móvil, que esto no lo expresa Sancho Bravo, pero con cuya construcción se iba buscando dominar sobre los adarves de la plaza.

y el 23 de septiembre, dejando guarnecida la villa de Masio, avanzó con el resto de sus fuerzas y los seis sacres que siempre le habían acompañado, apoderándose de la Abadía de Pinerolo, sitio fuerte y centro de un pequeño poblado de cincuenta casas.

Habiendo recibido nuevos refuerzos, se hizo dueño de una montaña que tenía gran dominio sobre el castillo de Pinerolo y que fué gran pérdida para éste.

El Marqués del Gasto, en cuanto se apoderó del puente sobre el Pó, decidió, en vista de los progresos de Visignano, estrechar a Pinerolo, el cual, como se ha dicho, no se atrevía a acometer, por su excelente posición y fortificación, contra la cual resultaba casi inútil la artillería. Avanzó, pues, con sus fuerzas desde Moncalieri, situándose en la villa de Masio, donde antes había estado Visignano. Desde aquí marchó sobre Pinerolo, para ver la situación de sus tropas y disposición y dominio de la montaña que hemos citado, acompañándole Luis Pizaño. No debieron quedar muy satisfechos, por cuanto tampoco se decidió el Marqués a que se acometiese la plaza.

Para no tener ociosas a sus tropas, propuso apoderarse nuevamente de la Perosa, que había sido abandonada por los imperiales, después de dominada y destruirla y que los franceses, convencidos de cuanto importaba aquel punto, que era indispensable poseer para desembocar desde los pasos de los Alpes sobre Pinerolo, volvieron a ocupar y fortificaron su castillo.

Contra él envió el Marqués al Maestre Grado con tres compañías de españoles, siete alemanes y dos cañones, los cuales salieron de los alrededores de Pinerolo el 4 de octubre, llegando el mismo día a Perosa y dedicándose a construir cestones para proteger la artillería. Quedó esta emplazada, pero no en sitio que pudiese hacer buen efecto, así que, cuando al día siguiente, vino el Marqués con Luis Pizaño, de Masio, quedaron muy disgustados y ordenó el Marqués al mismo, que se quedase en Perosa para dirigir el ataque. «Este día el Capitán Luis Pizaño, reconoció el valle y monte que estaba sobre la villa y castillo y mandó hacer una explanada y sube sus dos cañones y hace llevar unas botas (1) y ponerlas vecinas del castillo y se hincharon de piedras en lugar de cestones. Como fué otro día sábado, en siendo de día, el uno de los dos cañones, era ya subido y puesto adonde había de estar para batir el castillo. Viendo el Maese de Campo Alvaro de Grado que el uno de los dos cañones era puesto y que el otro subían para ponerlo donde habían de batir, mandó a un atambor, etc., etc.».

(1) Es decir toneles *(Nota del autor).*

Son estas palabras de Cereceda, que hemos copiado, para mejor indicar lo hecho en la Perosa. El resto, fué la rendición de la guarnición el 6 de octubre y como consecuencia del asentamiento por Pizaño del primer cañón.

Detalle interesante de dicha rendición, fué la cláusula estipulada por los sitiados, de ser acompañados hasta ponerles en salvo tras de los montes, pues temían, y con razón, según dice Cereceda: «Por la verdad, digo, como testigo de vista, que fué una cosa de gran trabajo poderles salvar que no fuesen desvalijados y muertos de los soldados demandados por la montaña, así de los que él (debe referirse Cereceda al Maestre Grado) tenía en la Perosa como de los que eran venidos sin orden, de Masio». Lo cierto fué que el mismo Maestre Grado y Pizaño les acompañaron gran trecho y cien arcabuceros, con el alférez de Lezcano, llegaron hasta poner pie en el Delfinado.

Resumiendo todo lo que hasta aquí hemos sumariamente expuesto, se ve que los asuntos del Rey Francisco en el Piamonte, habían ido de mal en peor, durante toda la campaña, gracias a la actividad del Marqués del Gasto. Siguiendo así las cosas, era lo probable que pronto quedase limpia de franceses la parte Este de los Alpes. No le quedaban más plazas importantes que Turín y Pinerolo, y éstas, tan estrechamente acometidas y tan faltas de provisiones, que, de alargar algo el socorro, no era difícil perderlas, como habían perdido las demás. En tal estado, sabedor Francisco I de la marcha de la campaña, ordenó, con la presteza que le caracterizaba y con la abundancia de recursos proverbial en sus estados, formar un potentísimo ejército, a la cabeza del cual decidió ponerse él mismo. Reunióse éste en Lyon, y con objeto de adelantar el socorro, mandó en vanguardia a su hijo el Delfín, asesorado por Montmorency, el cual, por el Mont Cenis y valle del Doria Riparia, debía caer sobre Susa y Turín.

Salió el Delfín de Lyon el 10 de octubre y siguióle a poco su padre con el resto del ejército. Sabedor el Marqués de la venida de los franceses y tan potentes que era difícil esperarlos, distribuídos como andaban, ordenó la retirada de sobre Pinerolo, haciéndolo por Carignano sobre Moncalieri. Salió a cerrar el paso de Susa al Delfín, el Coronel Cesaro de Nápoli, con no gran número de italianos, siéndole imposible contener *la furia francesa*, que, como siempre y en todas las invasiones en Italia, arrolló los obstáculos primeros que le opusiesen, como si la acción de la gravedad, incrementada por la altitud de los pasos de los Alpes, centuplicase las fuerzas y energías de las tropas, y borrase las penalidades y sufrimientos resistidos en aquellos malos caminos, siempre cubiertos de nieve y siempre mortíferos.

Avanzó el Delfín, sin que nada le contuviese, por Avigliano y Rivoli, socorrió a Turín y avanzó sobre Carignano, con ánimo de pasar el Pó por un puente tendido aguas arriba de este punto. Aun quiso tentar el Marqués del Gasto, desde Moncalieri, a decir de algunos historiadores, al Delfín, para traerlo a batalla campal, pero éste no hizo caso de las escaramuzas que para traerlo a terreno escogido le presentó el Marqués. En tal situación y temiendo ser envuelto por su izquierda, dipuso éste retirarse y distribuir sus tropas en las plazas que a su devoción quedaban, a fin de debilitar al invasor delante de los muros de todas ellas. Salió el Marqués del Gasto de Moncalieri, volando el puente sobre el Pó, el 11 de noviembre, emprendiendo la vuelta de Chieri y Asti. Dejó guarnecida a la primera y a la plaza de Baldichieri, y el 12 entró en esta última. Desde aquí distribuyó parte de sus tropas entre varias plazas (1), y salió para Vercelli, punto que, por lo que sospecho, escogió para esperar los acontecimientos.

No parece que este punto estuviera mal escogido, pues desde él cubría directamente a Milán de los ataques que por la izquierda del Pó pudieran intentarse, y, por el gran número de comunicaciones que a él concurren podía caer sobre aquel rio y defender su paso y anxiliar a las muchas plazas que en la izquierda de aquel río ocupaba. En el caso de que los franceses siguiesen por Alessandría y derecha del Pó y pensasen seguir a Milán, por el desfiladero de la Stradella, todavía tenía tiempo sobrado de retirarse y acudir a defender el paso del Pó, operación indispensable para llegar a Milán, y en caso de no poderlo hacer, encerrarse en aquella plaza.

Pero de nada de esto hubo necesidad, pues estando en Vercelli, recibió la noticia de haberse firmado la tregua por seis meses, entre Don Carlos y Francisco I, siendo una de las condiciones de ella, el que los beligerantes conservasen las plazas que a la sazón ocupaban.

Sabidas son las causas de esta tregua, que siguió a la que en la frontera de Flandes se había pactado, gracias a los buenos oficios y sentimientos de las dos hermanas del Emperador, María y Leonor, gobernadora una de los Países Bajos y esposa la otra del Rey Francisco. Para quien considere el problema sólo desde el punto militar, y en el teatro de operaciones de la Italia septentrional, podría parecer raro que Francisco I se aviniese a semejante tregua, despnés de los gastos y energías derrochadas, para colocarse en el Pó con un ejército de 40.000 infantes, 2.000 hombres de armas y otros tantos caballos ligeros, y mucho más,

(1) Eran estas Asti, Fossano, Alba, Casale, Trino, Volpiano (donde había dejado a Cesaro de Napoli), ¿Bregua?, Vercelli, Alessandría, Novara, Abbiati-Grasso, Pavia y Pizzighettone.

habiendo puesto su propia persona y Corte a los peligros del paso de los Alpes, y de la campaña que podía esperarse, en un teatro, que tan tristes recuerdos podía tener para él.

Pero como mayor número de consideraciones tenían que tenerse en cuenta, en el estado en qne ambos príncipes se encontraban, las cuales claramente expone Robertson, no es extraño que la tregua se firmase. No se avinieron al pronto los plenipotenciarios de ambos príncipes, cuando quisieron terminar con un tratado de paz sus disensiones. Sólo se consiguió una nueva tregua de algunos meses, y, por fin, gracias a la intervención del Papa Paulo, que hizo la política que a un Jefe de la Iglesia correspondía, firmáronse unas treguas que habían de durar diez años. Francisco I, para entonces, ya había vuelto a Francia y pudo vanagloriarse de haber hecho algo más práctico por su patria que la conquista del Milanesado. Aseguróse gran parte de los estados del Duque de Saboya, que redondeaban los suyos del otro lado de los Alpes, y a costa de este desgraciado Príncipe, que pagó los vidrios rotos, preparando el engrandecimiento futuro de Francia.

CAPÍTULO VIII

(1538-1541.)

Obras de fortificación construídas por franceses y españoles en el Norte de Italia. Reorganización de la infantería española, hecha por el Marqués del Gasto en 1538 e «Instrucción» dictada por el Emperador en 1539. Es escogido para mandar una de las compañías, por sus méritos propios, Luis Pizaño, siguiendo con el mando de la artillería. Sucesos ocurridos en los años 1539 y 1540. Expedición de Argel de 1541, en la cual es nombrado jefe de la artillería D. Pedro de la Cueva. Reclama a Pizaño. Asiste éste a la expedición y viene a España en diciembre de 1541.

A partir de la suspensión de armas, la paz reinó en el Piamonte por unos cuantos años, durante los cuales hiciéronse grandes trabajos de fortificación en las muchas plazas que allí conservaban los imperiales. En estos trabajos, que no puedo asegurar dirigiese Luis Pizaño, una vez que, como hemos visto en la Instrucción de 1536, existía en el ejército imperial un ingeniero, encontró aquél, sin duda, una constante escuela práctica, en la cual perfeccionó y aseguró los muchos conocimientos que en fortificación tenía cuando los azares de la guerra le trajeron a la patria, donde hizo un verdadero derroche de ellos, tanto en fortificación como en artilleria.

Algo de lo que entonces se hacía nos lo dice el Marqués del Gasto en la carta que, en parte, copio a continuación y que fué escrita, con fecha 6 de marzo de 1538, al Emperador (1). He aquí los párrafos referentes al asunto:

«Cuanto a lo que toca a la fortificación que V. M. me ordena y manda yo he hecho y haré todo lo a mí posible, pero yo queria que V. M. considerase no ser en mi mano hacer aquella grandeza de fortificaciones que los franceses hacen. En Turín, Pinerolo y Savigliano han siempre gasta-

(1) S. E. L.º 1.185.

do de los dineros del Rey, y en gran cantidad, y ahora en la fortificación de Moncalieri entiendo que han señalado 40.000 escudos, y se pagan a los gastadores el doblado de lo que se solia cada día, cosa que nunca se sintió por la parte de V. M. Como por otras se le ha escrito, se ha fortificado Fossano, de manera que se puede defender muy bien, Chieri, Volpiano y Alba, en donde todavía se persevera, y de dos meses acá se ha comenzado la de Asti sin gastar dineros de V. M. y en la de Vercelli la parte que V. M. mandó asignar de 500 escudos cada mes no han bastado a la primera parte del gasto; de manera que si los pueblos del Duque de Saboya y otros se quejan más del tiempo de la tregua que de la guerra, por tener más fastidio, no es cosa fuera razón, porque allende que estando la tregua padecen los alojamientos de los etc.».

«Quería también proveer a la fortificación de Bra que no importa menos que Asti; pero no se halla forma para efectuarlo, ni tampoco de Novara qua es harto importante, más también se deja por la misma causa.»

Dicha carta demuestra que, como siempre, la falta de recursos impedía adelantar las obras como hubiese sido necesario, contrastando esta penuria con la riqueza y esplendidez de que los franceses hacían gala, en las plazas que poseían.

Pocas noticias tengo directas de Pizaño, en los días que se siguieron a la tregua. Es más que probable que formaría parte del séquito del Marqués del Gasto cuando éste visitó al Rey Francisco, a fines de enero del 38 en la Carmagnola. Después de esto, se distribuyeron las compañías por todas las plazas del Piamonte y del Monferrato, y Pizaño debió permanecer al lado del Marqués, acompañándole en las visitas que a las obras hizo aquél con bastante frecuencia, como he deducido de varias cartas que he visto en Simancas. Respecto a su compañía, debió de andar siempre con las otras, y mandada por el Alférez, que lo era a la sazón su hermano Gonzalo Pizaño, el cual parecia también inteligente en lo tocante a la artillería.

Pero a mediados del año 1538 ocurrió en el ejército imperial del Norte de Italia, y particularmente en la infantería española, un suceso de gran trascendencia, una vez que él fué la causa de la Instrucción de 1539 dada por el Emperador, cuya Instrucción puede considerarse como un jalón para la historia de aquélla. Nos referimos a la reforma hecha por el Marqués del Gasto, una vez asegurada la paz. En todo ello figura Luis Pizaño y con gran honra suya, así es que nos hemos de extender algo en su relación.

Desde luego me consta que, desde los sucesos que en el Piamonte tuvieron lugar en 1537, al Marqués del Gasto *no se le cocía el pan*, como se

suele decir vulgarmente, y que sólo esperaba un rayo de luz para proceder contra las tropas que tan malamente habíanse conducido delante del enemigo. En efecto, he visto en Simancas (1) una carta escrita por el Emperador al Marqués del Gasto, fechada en Monzón a 19 de noviembre de 1537, en la cual el Emperador contesta a una propuesta de reformación, que le había sido hecha por el Marqués. Dice en ella el Emperador que proceda a la reformación y reducción de los capitanes, pero que tenga en cuenta lo mucho que éstos han servido, especialmente en la Goleta, por lo cual no sería bueno quitarles el *entretenimiento*.

De la citada carta se deduce, pues, cuan pronto pensó Gasto en vengar el agravio recibido en la campaña de 1537. Vamos, en lo que sigue, a exponer algunos documentos sobre el modo que la reducción fué hecha.

En primer lugar, de las informaciones hechas por el Marqués, resulta comprobado que la sórdida avaricia de los capitanes fué en ésta, como en otras ocasiones, la principal causa del motín y del abandono en que las tropas se encontraban, de cuyo abandono es una buena prueba el suceso narrado en la toma de la Perosa, que obligó a Pizaño a escoltar a los rendidos en ella.

He aquí explicado por el Marqués en carta al Emperador, fechada en Milán el 30 de agosto de 1538 (2), todo lo que resultaba de sus averiguaciones, en contra de los capitanes y modo que tuvo de proceder.

«S. C. muy Católica Majestad:

Por la precedente mía de 13 del presente, he dado aviso a V. M. de lo que hasta en aquel tiempo había sucedido: después habiéndose acabado de pagar toda la infantería española excepto los oficiales y capitanes, pareciéndome tiempo cómodo de hacer reformación de ellos y acordándome de la negligencia y descuído con que habían procedido siempre los dichos capitanes en el gobierno de la dicha gente con poco servicio de V. M., moviéndome a esto también muchas otras cosas ocurridas en esta coyuntura y en especial que la gente amotinada decía que la causa de sus motines era por la codicia de los capitanes que tomaban las contribuciones en sí y que no solamente no las participaban con los soldados más que no les quería socorrer de dineros y máxime a los que estaban en necesidad. Y esto se puede testificar por las peticiones que los dichos amotinados me hacían, que entre las otras cosas era que no se les hubiese de dar más por capitanes, los de bajo cuya bandera habían servido.»

«La otra es que los pueblos se quejaban mucho por los muchos agravios que les habían sido hechos, a los cuales parecía cosa impía no darles

(1) (M. T. 1.° 11.)
(2) S. E. 1.° 1.185.

oído ahora que las necesidades de la guerra mejor permiten de poderlo hacer de lo pasado.»

«La última cosa ha sido, que habiendo yo mandado que la gente que había quedado con las banderas en el tiempo del sobredicho motín se pagasen, como los otros se habían pagado, al banco para mejor me poder aclarar del engaño, del cual yo sospechaba hubiesen hecho en las muestras que se habían tomado, una parte de los capitanes hicieron que los soldados no consintiesen que se pagasen al banco, sino que los dineros se diesen en poder de ellos y que de otra manera no se contentarían de las cinco pagas, y así, por quitar nuevo motivo y todo lo que habría podido suceder, fué necesario hacerlo; así que después habiendo, de allí a seis días que habían sido pagados, tornado a tomar la muestra a la dicha gente, se halló que de 2.700 que se habían pagado en la dicha muestra, faltaban 800 de ellos.»

«Por tanto, visto todo lo que arriba dicho es y lo que esto al servicio de V. M. y a mi honra toca, no me ha parecido sufrirlo más y por estas sobre dichas causas he puesto en prisión en este castillo de Milán todos los dichos capitanes viejos, excepto, pero, o algunos de ellos que se han huído, y la gente que ha quedado he repartido a ocho capitanes, entre los cuales hay siete de los que tenían ya cargo de la dicha gente española, que son D. Ramón de Cardona, D. Bernardino de Mendoza, el Conde de Nevolara y Hernando de Figueroa, los cuales todos son mancebos y no *acostumbrados aún a las bellaquerías de los viejos,* y que no se hallaron en las compañías al tiempo del motín. *Allende de éstos he dejado Alvaro de Grado y Luis Pizaño, la bondad de los cuales V. M. conoce,* y otro que se llama San Miguel, del cual jamás hombre se ha quejado ni se habla que en ningún tiempo haya vivido a discreción. Ahora procuraré de saber la verdad de las imputaciones que se les den y máxime de los pueblos, y conforme a ella proveré y será bien dividirles en tres calidades.»

Terminaba la carta del Marqués, proponiendo hacer, como hemos leído, una selección de los capitanes restantes, dividiéndolos en tres grupos: unos, a los que debía castigarse con dureza; otros, a quienes se debía despedir, degradandolos para no ejercer cargo alguno y, finalmente, un tercer grupo que debía ser despedido simplemente, sin que ello fuera óbice para utilizarlos cuando fuera conveniente.

Todavía se especifican más los cargos en otro documento sin fecha, que se halla unido al anterior en el mismo legajo de Simancas. Dice así:

«Las causas de la detención de los capitanes son las siguientes:

La primera y principal que por sus negligencias y descuidos han seguido los motines y máxime este último, según demuestran las querellas

de los soldados, los cuales decían no poder hacer de ellos ningún entretenimiento como solían dar los capitanes, ni estaban a socorrerlos en tiempo de sus necesidades, ni cuidaban que cuando eran pagados hubiesen vituallas ni apresto honesto; y que así fuese, allende que los efectos lo hayan mostrado, es probado y muchos soldados se han quejado de ello conmigo.»

«Item que aceptaban los soldados licenciados de una compañía en la otra sin licencia y contra mi orden, así como se ha probado.»

«Item que nunca tenían los soldados de manera que en los tiempos que era menester se pudiesen servir de ellos, más los dejaban ir desmandados y lejos de sus banderas a una parte y a otra fuera del ejército, de modo que en las necesidades las banderas se hallaban sin gentes o con muy pocas, de lo cual seguía deservicio a Su Majestad y a mi deshonra, ni nunca se quejaron ni me pidieron provisión ni hicieron castigo ninguno de ello que esto es notorio.»

«Item que cuando he querido que los soldados fuesen pagados en banco, algunos de ellos han hecho obra que los dineros se hayan dado en sus manos de los capitanes; y esto ha hecho el tercio que gobernara Arce.»

«Item que han continuamente usurpado muchas pagas pasando mozos forasteros y gente que no estaba permanesciente en el ejército, por tener para sí las pagas y esto es notorio.»

«Item que un Espinosa furriel del dicho Maestre de Campo Arce, persona de la cual se fiaba él más que de ningún otro, en viniendo el Arce a mí se fugó, ni por mucho que haya sido requerido el dicho Maestre de Campo, con mandamientos, le ha querido hacer venir, y es pública fama que éste ha sido ministro de todas las bellaquerías cometidas por el Maestre de Campo.»

Del arresto de los capitanes a que se refiere el Marqués, hace una interesante descripción Cereceda, la cual viene a comprobar lo dicho por Gasto, en cuanto a los nombres de los ocho capitanes que quedaron mandando las compañías. De ello se deduce también que el Marqués atendió en el nombramiento de aquéllos a algo más que *a lo de no cometer bellaquerías*. Estos párrafos resultan curiosos, en cuanto ellos demuestran lo que serían entonces las murmuraciones de los soldados, a los cuales no se les escapó que la vara de la justicia se dobló algo en manos de Gasto en la presente ocasión.

Helos aquí:

«Viendo el Marqués [del Gasto] las listas de la muestra y las listas de los soldados que había pagado de las cinco pagas en Santian y en el Monferrat, mandó que los dos Maeses de Campo [Grado y Arce] y capitanes y furrieles fuesen a Vigevano, y van al palacio donde el Marqués posaba,

a ver cual era su voluntad. Como el Marqués supiese que el Maese de Campo y capitanes estaban en una sala, mandó que a todos los furrieles metiesen en una cámara, y manda al Sargento Mayor, Juan Navarro, que llamase a su cámara al Maese de Campo Alvaro de Grado y al Capitán Luis Pizaño y fuesen a la cámara del Marqués. El Capitán Milorate, Capitán de la guardia del Marqués, salió a la sala donde estaba el Maese de Campo Arce con los otros capitanes y les dice: *Señores, el señor Marqués me manda que vengais conmigo el Maese de Campo y capitanes.* Iban con él hasta ser entrados en el castillo de Vigevano. Como éste Capitán Milorate, viese que el Maese de Campo y capitanes estaban en una sala del castillo, de parte del Marqués les pide las espadas. Viéndose estos capitanes dentro del castillo, fuéles muy cuesta arriba dar las espadas; más como hubiesen hecho cosa tea no quisieron mostrar ninguna reguridad, la cual pudieran, por ser tantos los capitanes y alféreces y algunos soldados que les habían acompañado; pero al fin, de buena o de mala voluntad, todos las dieron excepto el Maese de Campo Arce, que la arrojó, no queriendo dar su espada en medio de ninguna persona. Así les fué puesta guardia a la puerta del castillo, no dejando entrar ni salir a ninguna persona que con ellos hubiese de negociar, salvo sus pajes y servidores. Cuando el Maese de Campo y los otros capitanes estaban en la sala del Marqués, no se halló el Capitán Sebastián de San Miguel, el cual, creyendo que iba a entrar en la sala, fué avisado por un contino del Marqués de cómo el Maese de Campo y capitanes estaban en prisión. Oyendo esto el capitán San Miguel, le da las gracias de su aviso diciéndole: *Si a ellos han llevado, yo me quiero ir por mi voluntad a meter con ellos.* Como el Marqués viese que el Maese de Campo con los otros capitanes estaban en el castillo en prisión, mandó una letra al Alcaide del castillo, por la que le manda le enviasen al Capitán D. Bernardino de Mendoza y al Capitán D. Ramón de Cardoña y al Capitán Figueroa y al Capitán San Miguel y al Alférez del Conde de la Novelara. Como todos estos cinco capitanes y el alférez y el Maese de Campo Alvaro de Grado fuesen ante el Marqués, el Marqués les dice (1): *A vos, Maese de Campo Alvaro de Grado, y a vos, Capitán Luis Pizaño, y a vos, Capitán San Miguel, os doy las compañías por vuestras personas que, así en el gobierno como en el servicio, las mereceís. A vos, D. Bernardino, no os la doy porque vos hagais hecho tantos servicios que la merezcais, más miro el contrapeso que está en medio (como éste fuese cuñado de Cobos, Secretario del Emperador, hermano de su mujer); a vos, D. Ramón, no os la doy por haberla*

(1) No se olvide que, por lo dicho anteriormente, Alvaro de Grado y Pizaño estaban ya en la cámara y no habían sido llevados al castillo. (*Nota del autor.*)

vos servido, yo os la doy por los muchos servicios que han hecho vuestros antepasados; a vos, Figueroa, no os la doy por vuestra persona, más miro el contrapeso que está de por medio (como este fuese hijo del Embajador Figueroa, Embajador del Emperador en Génova); a vos, Conde de Novelara, no os digo nada porque aquí está vuestro Alférez, de quien yo siempre he sido bien servido; si no, yo os prometo de castigaros de otra manera o en quitaros la compañía. Asimismo dió cargo de Capitán a Gonzalo Hernández, por ser tan antiguo soldado y por haber servido de mayordomo al Marqués de Pescara, su tío.»

Con los documentos anteriores tenemos bastante para formar juicio sobre esta importante reforma, de la cual sale Pizaño con toda la honradez que hemos visto.

Una vez presos los capitanes y dispuestos los nuevos que habían de mandar las ocho compañías que a 250 hombres cada una habían de quedar en el Milanasedo, dió Gasto un importante documento con fecha 28 de agosto cuyo título o encabezamiento es el siguiente: *La orden que de aquí adelante hán de guardar e observar los capitanes de los 2.000 hombres, etc., etc.* (1). Este documento que es muy detallado y tiende a evitar para lo sucesivo todos cuantos abusos se cometían en el pago de los soldados fué trasladado, dándose a cada capitán un ejemplar y firmando en el original, a fin de que no pudieran nunca alegar ignorancia en el cumplimiento de lo en él mandado.

Con la anterior instrucción como base, y añadidos otros extremos, dió el Emperador la célebre *Instrucción* firmada en Madrid el 10 de agosto de 1539 (2), que puede considerarse, como antes hemos dicho, como un jalón de la Historia de la Infantería, y muy digna de ser estudiada por cuantos a ella se dediquen.

En la *Instrucción*, a semejanza de la de 1536, se trata de todos los servicios, y hay entre otros, el siguiente párrafo: «Al capitán Luis Pizaño, cuarenta escudos al mes por capitán de la artillería, además de otros cuarenta escudos de su paga de infantería.»

Ofrece la particularidad esta instrucción que no se cita para nada en ella a ningún ingeniero, una vez que en la del 1536, existía, como sabemos, en el ejército Juan Bautista Valodri. Como en dicha instrucción se mencionan las obras de fortificación que se construían en Asti, Chieri y Vercelli, no parece dudoso que se encargase Pizaño de alguna de ellas, por más que nada puedo asegurar.

(1) Se encuentra íntegro en el libro de Cereceda.

(2) Fué publicada por Vallecillo. *Legislación Militar*.

***

Pocas son las noticias que de los años 39 y 40 he podido recoger de Pizaño. En el 39 empleáronse las compañías españolas en auxiliar al Senado de Milán contra el Marqués de Malespina, que le había negado la sumisión que de antiguo le debía. En varios hechos de armas tomaron parte, y, entre ellas, la de Luis Pizaño, mandada por su Alférez, que era su hermano Gonzalo, que también se encargó del mando de la artillería. Luis Pizaño estaba mientras tanto al lado del Marqués.

Terminada la empresa contra el Marqués de Malespina, por acomodamiento con el Senado Milanés, regresaron las compañías a Alessandría; el día 9 de mayo les tomaron la muestra Rodrigo Dávalos, Gobernador de Alessandría y el Maestre de Campo Francisco de Prado, que había sustituído a Grado, «y el capitán Luis Pizaño, que por mandato del Marqués era venido de Milán con el Veedor Pedro de Vitoria.» (1).

El 16 de mayo acompañó Pizaño al Marqués del Gasto en su visita al general francés M. de Montejan, que residía en Turín, donde fueron recibidos con grandes muestras de atención, regresando a Asti después de aquella visita. En marzo de 1540, debió ir a Génova, para llevar las municiones y pólvoras que necesitaba la escuadra de Doria, que allí se aparejaba contra Barbarroja. La relación de dichas municiones la he visto en Simancas entre los papeles que pertenecieron a Pizaño y se recogieron a su muerte.

En agosto de este mismo año, debió acompañar al Marqués en la visita que hizo éste a las obras de fortificación que por entonces construían los españoles en el Piamonte. Eran éstas, según carta de Pedro de Ibarra al secretario Cobos, fecha 15 de noviembre (2), Vercelli, Volpiano Chieri, Fossano, «en donde había hecho un gran bastión enforrado de ladrillo, un Antonio Vallegera que solía ser capitán de artillería de Antonio de Leiva», Asti «en donde se había hecho un castillo caballero de la tierra que no teme artillería de lo bueno que es», Cuneo, Pavía, Lodi y Pizzighettone. Como se ve la visita fué larga, puesto que en noviembre aún no habían regresado a Milán.

Ya no vuelvo a tener noticias de Pizaño hasta el año 1541, en el cual, y con fecha 25 de junio, firma en Milán su interesante documento que ha sido copiado por Arantegui, y que es la relación del armamento, pólvoras y municiones que había en esta fecha en las plazas que ocupaban

(1) Cereceda.
(2) S. E. l.° 1183.

los imperiales en el Piamonte y Milanasedo. Este documento, Arantegui creyó fuese pedido para saber en qué condiciones podían estar las plazas, caso de que el veleidoso monarca francés intentase algo durante la marcha a Argel del Emperador Carlos V. Yo entiendo que fué más bien para saber qué elementos podían sacarse de ellas para llevar a aquella jornada, pues además de lo que salió de España, llevaba la escuadra, en la que iba Pizaño, cañones que indudablemente procedían de Italia. Claro está que al mismo tiempo se cumplió el objeto que Arantegui cree.

Las plazas que se citan en el documento son: el castillo de Milán, Como, Lecco, Domodossola, Trezo, Pizzighettone, Cremona, Pavía, Lodi, castillo de Alessandría, Asti, Fossano, Chieri, Volpiano, Vigevano, Abbiate Grasso y Vercelli, entre las cuales no había más que 208 piezas y 21.488 pelotas. Todas aquellas habían sido reconocidas por Pizaño, como lo demuestra el final del documento. Helo aquí: «E yo el dicho Capitán Luis Pizaño digo, que la dicha artillería y municiones de pólvora y pelotas, según arriba va declarado, está repartida en las tierras y fuerzas susodichas, y es tan poca para donde está, que no bastaría otra tanta artillería ni otras tantas municiones para cumplimiento de lo que sería necesario a la dicha parte en que está. Y porque soy informado y como testigo de vista lo firmo de mi nombre, etc., etc.»

Antes de pasar adelante, para hablar de la jornada de Argel, conviene refrescar la memoria recordando lo dicho por Cean sobre que Luis Pizaño fué nombrado Ingeniero Principal el año 1539, y que entonces entendió en las obras de varias plazas del Rosellón. Como se deduce de lo que hemos dicho, Luis Pizaño no dejó el mando de la artillería en Milán en este año, y, por tanto, mal pudo ser nombrado ingeniero en España. Es verdad, como entonces dijimos, que durante un pequeño espacio de tiempo pudo venir a España, pero no es creíble tampoco, por las razones alegadas. Además, como se verá en un documento del Apéndice, Pizaño declara terminantemente que empezó a servir en España después de la jornada de Argel. Es, pues, casi seguro, que Cean sufrió el error de fecha de que entonces hicimos mención.

Es cierto que el Emperador pensara, por el año 1541, enviar a España a ingenieros para visitar las obras que por entonces se construían en la Península, en previsión de lo que en la frontera del Pirineo pudiera ocurrir durante su estancia en Argel. Digo esto, en vista de un párrafo de carta del Contador Juan Muñoz de Salazar, fechada en Perpiñán a 9 de septiembre de 1541 (1), en la cual dice:

«Ya escribí a V. M. cómo el Embajador de Génova había enviado aviso al Visorrey que *los ingenieros* que habían de venir a ver estas obras, que

(1) S. M. y T. 1.° 21.

los habían ocupado en otras cosas, y por esta causa no podrían venir tan pronto a esta villa.»

Como dijimos en el Discurso preliminar, estos dos ingenieros no llegaron a España, y ahora vamos a ver que la llegada de Pizaño a España los hizo innecesarios.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el año 1541, el Emperador, arrastrado por la fatalidad, no tenía otro pensamiento, después de haber castigado duramente a sus paisanos los ganteses, que correr al Africa a reverdecer los laureles conquistados el año 35 en Túnez, y a proseguir una política simpática a la Europa cristiana, de la cual le habían separado sus continuos disgustos con Francisco I, y los no menores que la reforma, entonces pujante, le acarreaba.

Ordenó con este motivo hacer grandes preparativos en España y en Italia. Entre otras cosas, envió a España el título de Capitán General de la Artillería para D. Pedro de la Cueva, el cual yo no he encontrado (1).

Al nombramiento acompañaba la orden de incorporársele para mandar en persona la artillería que había de pasar a Argel con el Emperador. A esta orden contestó D. Pedro con la siguiente carta que copio por lo honorífica que resulta para Pizaño y demuestra cuán contento quedó D. Pedro de la gestión de éste en la empresa de Marsella (2).

«Muy invicto César: los pies de V. M. beso por la merced que del cargo del artillería me ha hecho, que aunque en cualquier tiempo la recibiera yo muy grande, eslo muy mayor en empresa donde la imperial persona de V. M., se halle, pues, de gastadores estamos obligados los criados de V. M. de ir. Plego a Dios me deje salud para servir a V. M. como yo lo deseo, que por vieja y enferma que la carne esté, el espíritu está para ponerse en todo cuanto desee.»

«A V. M. suplico sea servido, porque su servicio mejor se haga, mande traer a Luis Pizaño consigo, porque no haya falta en nada.»

«Yo vine a Madrid en viendo el nombramiento, y por no estar bien dispuesto tuve temor de quedarme en el camino y porque los proveedores escriben que está todo en orden voime a Cartagena donde trabajaré en que el servicio de V. M. se haga como yo le soy obligado y con mi vida y con mi alma, y la imperial persona de V. M. guarde Dios, etc., et-

(1) Este título, según manifestó el Secretario Cobos a S. M., contenía *algunas novedades*, y, en su virtud, decidió aquél sacar a relucir el del difunto Herrera y copiarlo.

(2) Demuestra, además, la razón de Sandoval al decir mandaban la artillería de Argel, Cueva y Pizaño, y no Rojas, como creyó Arantegui.

MUSEO DE ARTILLERIA
BIBLIOTECA CENTRAL

cétera. De Madrid a 16 de agosto. Sus imperiales pies besa vasallo de Vuestra Majestad, D. Pedro de la Cueva.» (1).

No puedo asegurar si debido a esta súplica de D. Pedro de la Cueva, o a que el Emperador hubiera decidido desde luego llevar a Pizaño, éste se embarcó con el Emperador en Italia y formó parte de la expedición.

No tengo para qué mencionar los grandes preparativos que en España se hicieron para ella en lo tocante a la artillería, pues, en lo que han escrito Aparici y Arantegui, pueden verse los detalles. Tuvieron el encargo en España, el Capitán de la artillería Herrera y sus tenientes, principalmente Rojas, que se encargó a la muerte del primero, ocurrida antes de embarcar la expedición que salió de España del puerto de Cartagena mandada por el Duque de Alba.

En los documentos que de esto tratan, se ve con frecuencia la necesidad que hubo de acudir a Flandes e Italia en busca de pólvora y municiones. No hay para que decir que de lo referente al Piamonte y Lombardía se encargaría Pizaño. Creo también que en las naves donde embarcó el Emperador se llevaban piezas de artillería, que debieron ser las que se pensó utilizar en los primeros momentos en Argel, y cuyo desembarco impidió la furia de los elementos.

Si sus obligaciones no le retenían en otro lugar, debió Pizaño formar parte del séquito del Marqués del Gasto, en el cual iban las compañías de españoles viejos que salieron a esperar al Emperador a su llegada a Milán, procedente de Ratisbona, en donde acababa de celebrarse la dieta de este nombre, y adonde había llegado después de castigar duramente a sus paisanos los ganteses (2).

Son conocidos los detalles de su entrada en Milán el 22 de agosto y de su entrevista con el Papa en Lucca, de la cual salió cargado de bendiciones, ya que no de dineros, según graciosa expresión del Obispo Sandoval y, finalmente, su embarque en Portovenere con las tropas que desde Alemania le venían sirviendo de escolta.

Esta decisión del Emperador de ir a Argel, cuando tan avanzada se hallaba la estación, y precisamente en una época del año en la cual son de temer los grandes cambios atmosféricos, merece que nos detengamos algo sobre ella.

Que la jornada se hizo exclusivamente por la tenacidad del Emperador, nadie lo ha puesto en duda; contra ella se manifestaron todos sus

(1) S. E. l.° 51.

(2) Para obligarles más en adelante mandó construir un castillo, en cuyo proyecto anduvo el Paduano, que, como hemos dicho, le fué enviado desde Milán con este objeto.

consejeros y muy en especial el Almirante Andrea Doria, el cual era un voto de calidad, por ser tan conocedor del Mediterráneo. Y que éste veía con malos ojos la expedición, seguramente estará consignado en muchos sitios, pero yo particularmente he hallado una carta del Pagador Francisco Duarte a S. M. (1), con fecha 28 de junio en Génova, en la cual le manifiesta claramente que Doria encuentra que va a ser tarde para lo de Argel, y que se muestra muy reacio para llevar adelante los preparativos de la escuadra. Esta fijeza en una idea que nadie patrocinaba, y que le acarreó agrias censuras de los alemanes, que le veían huir de Austria, a cuyas puertas se encontraba el turco, dueño poco antes de Buda, para correr tras de una bicoca, que tan fatal había sido otras veces a las armas españolas, no tiene fácil explicación. Acaso haya que buscársela juzgándola como una manifestación, siquier pasajera, de la terrible enfermedad que a su pobre madre había hecho tan desgraciada. Sandoval lo atribuye a su mucho amor a los españoles, a los cuales, especialmente dañaba la permanencia en Argel de gran número de corsarios; pero esto no basta, pues que en 1535 se había abandonado la empresa, con más tiempo para ello y siendo las mismas las necesidades. Solamente he visto algo que parezca razón en una carta del Cardenal de Toledo, fecha 7 de diciembre (2), en la cual se manifiesta que el motivo que había tenido el Emperador para no diferir la jornada, había sido el saber que el turco preparaba una poderosa escuadra para el año siguiente, y que los argelinos, conocedores ya de lo que contra ellos se tramaba, se hubieran fortificado, y entre ambas cosas hecho imposible la conquista.

Resulta, de todos modos, que una cualidad que en 1535 le había hecho seguir adelante después de la conquista de la Goleta hacia Túnez y coronado su obra con la posesión de esta plaza, seis años más tarde le acarreó uno de los desastres más grandes que una empresa de esta índole haya experimentado jamás y que por lo tanto, si por el resultado hemos de juzgar de los hechos humanos, bueno será volver en censuras todos los aplausos que por aquel hecho le hemos tributado.

No detallo las fuerzas que en la empresa tomaron parte, pues es sabido que en ésta, como en la de Túnez, tomaron parte los alemanes, italianos y españoles, acudiendo aproximadamente de los mismos sitios.

Esta vez no salieron de la Península compañías organizadas, pero sí gran parte de la nobleza y muchos soldados aventureros, amén del gran tren de artillería de que hemos hablado. Entre los más distinguidos ex-

(1) S. E. l.º 469.
(2) S. E. l.º 51.

pedicionarios figuraba, como es sabido, el gran Fernando Cortés (1).

Respecto al Emperador—con el cual seguramente iba Pizaño y probablemente D. Pedro de la Cueva que, nombrado como hemos dicho Capitán General de la Artillería, debió incorporársele—los vientos contrarios, que desde los primeros momentos empezaron a soplar, le llevaron a Bonifacio (Córcega), Alguer (Cerdeña), Mahón y Mallorca, en donde se reunió toda la flota, excepto las procedentes de España. Sandoval enumera estas fuerzas y dice que en sus naves «iba mucha y buena artillería con abundancia de pólvora y de pelotas y toda munición; había muchas armas de toda suerte: escalas y hachas, picos y azadones y otras cosas tales, muchas calabazas, redomas y botijos para agua, grandísima cantidad de bizcochos, tocino, cecina, queso, etc., etc., todo lo cual venía de Sicilia y Nápoles». Se ve, pues, por este texto, que, independientemente de lo que en España se proveyó, la expedición llevaba elementos y explica el que no fuesen de Génova, una vez que, según el documento de Pizaño de que hemos hablado, no era fácil sacar piezas de las plazas que ocupaban los imperiales en el Norte de Italia.

Salió el Emperador de Mallorca, cansado de esperar la expedición de España, el 13 de octubre, y llegó a Argel el 23, siendo esta tardanza un presagio de lo que ocurrió, como la feliz navegación desde Cagliari a Túnez, lo fué de este suceso. No todas las naves que con él salieron llegaron a Argel, que a algunas las llevaron los vientos a Orán, y el mismo Emperador estuvo tres o cuatro días detrás del cabo Matifou.

En cuanto a los que procedían de España y habían salido de Cartagena con el Duque de Alba el 15 de septiembre, llegaron a Ibiza y sabedores de que el Emperador había ya partido para Argel, pusieron proa a aquélla, llegando el 24.

Ha habido duda respecto a si esta escuadra se incorporó o no a la del Emperador, y por esto me detendré en este asunto. El historiador La-

(1) En este desastre se encontraron juntos Cortés y D. Pedro de la Cueva, a quien el destino había ligado anteriormente con un hilo invisible—felizmente roto—si es cierto lo que dice Gomara—*Conquista de Méjico*—de que cuando en la corte se escucharon las quejas de Pánfilo de Narváez contra Cortés, acusándole de varios delitos, tratóse «de enviar a Méjico a D. Pedro de la Cueva, hombre feroz y severo y que era Mayordomo del Rey, y después fué General de la Artillería y Comendador Mayor de Alcántara, para que si aquello era verdad, lo degollase». No se efectuó este nombramiento, por haberse demostrado era Cortés inocente del supuesto asesinato de Luis Ponce, y así añade Gomara: «que cuando Cortés vino a Castilla, se reía mucho con D. Pedro de la Cueva sobre esto diciendo: A luengas vías luengas mentiras». Debo manifestar, apropósito de esto, que yo en lo que he visto de D. Pedro no he notado nada que acuse crueldad, bien es verdad que ya le he conocido viejo. Carácter fuerte sí parece haberlo tenido.

fuente, dice que la escuadra no se incorporó en Mallorca, y que por esta razón no pudo tomar parte en la expedición. Arantegui, basándose en dos cédulas del Rey en que se ordena a Alonso de Baeza que pague a Rojas, Teniente de Capitán de la artillería, las cantidades por lo que había servido, y especialmente en la jornada de Argel, deduce que lo expuesto basta para demostrar que Rojas estuvo en Argel mandando la artillería española, ya que, como hemos dicho, el cargo de Jefe superior estaba vacante por fallecimiento de Herrera, y cree que la incorporación debió de tener lugar.

Prescindiendo de lo que ya manifestamos, de no haber sido Rojas sino Cueva el que venía como Jefe de la artillería, es lo cierto, como afirma Sandoval, que la escuadra española llegó a Argel a tiempo de desencadenarse el temporal, pereciendo muchos barcos pequeños y salvándose los grandes, pero tras de una completa dispersión. Comprueba este aserto una carta del Teniente de Contador Luis Ortiz, fechada en Cartagena a 9 de noviembre (1) en la cual dice «que la armada española llegó a Argel el 24 de octubre a donde halló a S. M., desembarcado con las de Italia y Sicilia, y el día siguiente en amaneciendo sobrevino un temporal que las dispersó».

La nave donde iba Luis Ortiz, debió de ser de las primeras en llegar y éste no tuvo tiempo de desembarcar, pues si lo hubiese hecho no hubiera estado el 9 de noviembre en Cartagena, y menos lo debieron de hacer las gentes de las demás a las cuales cogiera el temporal, como afirma Sandoval. Las mencionadas recompensas nada tienen de particular, pues basta lo que Rojas trabajó en los preparativos y el peligro que en la tempestad corriera para que se hiciera bien acreedor a ellas. Podemos, pues, afirmar que el material no se desembarcó, aunque pudo hacerlo alguna personalidad suelta, entre ellos D. Pedro de la Cueva.

Aclarado este punto, volveremos al Emperador y a su expedición, la cual pudo, como hemos dicho, verse reunida delante de Argel el domingo 23 de octubre, fuerte su ejército de 20.000 hombres, de ellos 6.000 españoles, 6.000 alemanes, 5.000 italianos y 3.000 aventureros, soldados sin bandera, plaga no pequeña en aquellos ejércitos, y 2.000 hombres de a caballo, sin incluir en ellos los caballeros y nobleza que formaban la Corte de aquél. Empleóse este día y los dos siguientes en desembarcar las fuerzas y nueve cañones de campaña, para repartir entre los tres escuadrones en que dividió el Emperador su campo, apenas desembarcado.

No era Argel ciudad fuerte, porque estando situada en anfiteatro hacia la mar era fácil batirla desde ella y muy mejor desde tierra, pues que

(1) S. E. l.° 53.

tenía un fuerte padrastro que la dominaba y que no estando fortificado fué la llave táctica cuya posesión se disputaron imperiales y defensores, éstos bajo las órdenes de Azen-Agar, hombre enérgico y valiente, que despreció las intimaciones del Emperador, y que, lo mismo que el bizarro defensor de la Goleta, en 1535, proponíase demostrar cuán errados andan los que quieren hacer de la integridad corporal signo de valor y superioridad de espíritu (1). Desembarcada la gente, dispuso el Emperador avanzar, pues los enemigos no habían presentado resistencia al desembarque sobre Argel, ordenando a los españoles apoderarse de la montaña ya citada, lo cual hicieron, no sin tener serios encuentros con los defensores, que no desconocían la importancia de aquel punto. En este momento dice Sandoval, a quien principalmente seguimos, que: «De lo alto donde estaban los españoles, se señoreaba el lugar con la artilleria; la tienda imperial con las de la Corte se armaron entre los alemanes y tudescos. De esta manera cercó el Emperador a Argel, habiendo él mismo trazado el real, y guiado el ejército con grandísima diligencia y cuidado. Pensaba ganar el lugar con poca dificultad, si bien hubiese dentro muchos defensores (que de los alarbes no se hacía caso siendo tan fuerte el sitio del real), por no ser recia la cerca y estar cuesta arriba y mala de guardar, y porque al tiempo de las arremetidas, o por la batería, o por escalas tirarían tanto las naos y galeras, jugando su artillería de junto al muelle, que ocupasen muchos moros allí, por lo cual *había mandado a D. Pedro de la Cueva y a Luis Pizaño*, sacar los cañones dobles y las culebrinas, y otras piezas que fuesen de batir, y a Francisco Duarte, Proveedor de la armada, que desembarcase armas, escalas, palas, azadas, picos y cuanto más, vino, pan, carne, queso y cosa de comer pudiese, y al Príncipe Andrea Doria, que se llegase al muelle con las galeras y navíos de armada».

A partir de este punto, la pluma se niega a describir el desastre que se siguió y que puede leerse en los autores del tiempo. El martes por la tarde empezó un horroroso temporal que dió al través con gran parte de las naves que, ancladas en una playa abierta, no pudieron resistir la furia de los elementos. No hay para qué repetir detalles, mayormente cuando no he podido hallar nada que haga referencia especial a nuestro héroe. Y no tiene nada de particular, pues aquí, al revés que en Túnez, lo fiero del desastre cortó las plumas de los soldados que al Emperador acompañaban, y faltan aquellos detalles con que suelen recrearse los tes-

(1) Quevedo, no obstante su talento, incurrió en la misma preocupación cuando habla de Judas en las *Zahurdas de Plutón*. Y en la forma en que se expresa no parece referirse a los imperfectos de natura.

tigos de un hecho, cuando acompaña al recuerdo de las penalidades sufridas las alegrías de la victoria. Demos de lado el levantamiento apresurado del sitio—siendo gran parte para ello la falta de artillería gruesa y bastimentos que no se habían podido desembarcar—y la marcha penosísima al través de la costa africana en busca del cabo Matifou adonde el temporal había llevado a Andrea Doria con la mayor parte de sus naves, y a lo cual debió el ejército su salvación.

Digamos, sin embargo, una vez más, cuán grande y magnánimo se mostró en esta jornada el Emperador, el cual, con su conducta en aquellos aciagos días, lavó la culpa que por su obstinación debe imputársele.

En el citado cabo de Matifou embarcó el Emperador y con él debió de ir Luis Pizaño, y, por lo tanto, acompañarle en su navegación forzada a Bugia, luego a Mallorca y finalmente a su desembarque en Cartagena.

Antes de concluir este desgraciado asunto de Argel, creo oportuno tratar de una carta interesante, a la cual se acompaña una porción de observaciones que, por referirse a esta jornada y darnos a conocer las consecuencias que de ella sacó el Emperador—que no debió renunciar a volver a Argel—no parece aquí fuera de lugar. Este documento se encuentra en el Archivo de Simancas y ha sido copiado por el general Salas. Son el recuerdo de un magnate al secretario de Felipe II, Zayas, con motivo de la expedición que el año 1572 se preparaba contra Argel. Helo aquí:

«Ille señor. Teniendo a Vuestra Merced por tan amigo y señor mío, he querido enviarle estas advertencias las cuales me hizo merced el Emperador nuestro señor de platicar conmigo algunas noches, por entretenerse, como era aficionado a la guerra y le dolía la pérdida de Argel, para que si a Vuestra Merced le pareciesen de alguna utilidad las dé a S. M. de mi parte y sino le parecieren me las vuelva por ser firmadas de mi nombre. Si Vuestra Merced fuere servido de mandarme algo, será obedecido de muy buena voluntad. Nuestro Señor guarde y acreciente la Ilustre persona de Vuestra Merced con el acrecentamiento de estado que yo le deseo. En Toledo y agosto a 3, 1572, besa a Vuestra Merced las manos. Don Fernando de la Cerda.»

Nota que acompaña a la carta.

«Acordándome de algunos particulares que oí tratar al Emperador nuestro señor, que en gloria esté, tocante a la jornada de Argel, me ha parecido enviarlas a Vuestra Merced para que pareciéndole los dé a S. M. el Rey nuestro señor de mi parte, asegurándole que no soy amigo de penetrar ningún secreto que convenga ser guardado para su servicio, más

por andar tan pública la jornada que S. M. manda hacer contra Argel, según dicen, no he querido dejar de enviarlos, son los siguientes:

«Primeramente trataba S. M. de que se tuviese gran cuenta y se fuese con buen tiempo; el cual se entiende ser temprano. No consentir vayan soldados aventureros sino debajo de disciplina por los muchos inconvenientes que se ven cada hora con ellos, así en los desórdenes de tramar escaramuzas sin tiempo y no hacer guarda en las trincheas y en los navíos y vituallas, hacerse patrones de todo, así en el embarcar como en el desembarcar, por tener más comodidad de dineros que los otros soldados que son debajo de banderas y ser notorias las revueltas que se causan en el campo por ellos y otras muchas cosas que dejo a la consideración de quien ha visto jornadas.»

«Y mandar que no se tomen naves aseguradas porque se vió en la jornada de Argel que fueron muchas y como eran viejas no les pesaba a los dueños de ellas que se perdiesen, no teniendo respeto a los útiles de Su Majestad así de pérdida de artillería que iba en ellas como vituallas, sino sólo a sacar dineros de su nave vieja de la cual deseaba verse libre y pagado de ella. Mandar que se lleven los más corchapines que se pudieran hallar o navíos que pescan poca agua, los cuales se pueden bajar en tierra como lo hacen en Barcelona a los tales navíos para que sirvan de tener las vituallas en ellos para un caso de fortuna que venga en la playa y sean forzados los navíos gruesos a hacerse a largo por donde el campo podía quedar sin vituallas. Y para la guarda de las dichas vituallas que estarían en ellos con poca gente y alguna artillería y con razonable trinchea estaban seguras las vituallas para llevarlas desde allí al campo, así pólvora como otras cosas de comida; esto se entiende habiendo de desembarcar al cabo de Matifou antes de pasar el río.»

«Mandar que se lleven bueyes en lugar de mulas o caballos para tirar la artillería por el útil que con llevarles se verá que es escasa la carga y gastos de herrar y cebada y paja. Porque para mantenimiento de los bueyes basta alguna harina y bizcochos desechos con agua, y para los alojamientos que se han de hacer desde donde se desembarcaren a Argel bastan para caminar los bueyes.»

«Y cuando la tierra estuviese para poder pacer no habrán menester otro mantenimiento, pues es el suyo natural. Siendo tomado Argel servirán de poderse comer en el campo o dejarse por carne salada a los de la plaza y los cueros para calzado, que será ahorrar a S. M. alguna cantidad y ser cosa socorrida con brevedad.»

«Para escusar de ir al campo a buscar fajina para hacer cestones se pueden llevar de esteras con sus palos guarnecidos sus puntas de hierro de trecho en trecho. Y si hubiere alguno que dijere que a la retirada

que hace la pieza de artillería cuando la disparan en la batería quema el cestón, por ser de estera, se remedia con mandar guarnecer los lados por donde se quema, a la retirada de la pieza dicha, con esponjas cosidas en algunos lienzos o cueros de ovejas o carneros, o lo que mejor les pareciere y más desembarazado, las cuales se pueden mojar con el vinagre que lavan las piezas de artillería cuando la lavan los artilleros, que son de ordinario en las baterías. Puédese mojar con el mismo atacador de la pieza para estar más seguro detrás del cestón el artillero que estuviere batiendo.»

«Procurar que la artillería con que se hubiere de batir sea toda de un calibre, por razón que no haya confusión en el andar apartando la pelotería como se ve muchas veces en las baterías por donde se pierde harto tiempo en el batir, que es causa de hacer algún reparo los enemigos. Digo que todo lo dicho oí tratar al Emperador nuestro Señor muchas veces. D. Fernando de la Cerda.»

Como por el documento se vé, no dejan de tener interés muchas de sus apreciaciones, como hechas por un hombre como el Emperador, tan conocedor de estos asuntos y que tan a su costa pudo conocerlas. Son de notar en él, desde el punto de vista militar, la tan anhelada igualdad de calibres en las piezas de batir, entonces más factible que ahora, los cestones portátiles, que en nuestros días han movido bastante las plumas militares, y la idea de desembarcar en el cabo Matifou, en lugar de hacerlo en playa descubierta, y que viene a corroborar que no sería el Emperador el último en censurar a Doria el que el desembarque no se hiciera allí, pues, como es sabido, este cargo al ilustre Almirante tuvo cierta fortuna en aquella época, aunque acaso el Emperador, como tan ansioso de llegar a Argel, no le hubiera consentido, si aquél se lo hubiese propuesto.

Volviendo ahora a nuestra interrumpida narración, diremos que el Emperador llegó por fin a Cartagena el 2 de diciembre, volviendo con su presencia la tranquilidad al espíritu de sus súbditos españoles que, no puede negarse, le amaban cordialmente, como quien representaba, con sus continuos viajes y peligros, el espíritu que por aquella época dominó en la mayor parte de la Península. No puedo asegurar qué día llegó Pizaño a ésta, pero es casi seguro vino con el mismo Emperador, el cual, sabedor de las intenciones de Francisco I, y no dudando que trataría de aprovecharse de su reciente desastre para hacerle la guerra, debió mandar a Pizaño que se quedase en la Península para visitar sus fortificaciones y material de artillería, si ya no deseaba éste dar una vuelta por las tierras alcarreñas, de la que tantos años hacía que había salido. Es lo cierto que el Emperador escribió al Marqués del Gasto que Pizaño se quedaría

una temporada en la Península, sin dejar su destino en Lombardía, a lo cual contestó el Marqués, desde Milán, con fecha 30 de diciembre (1), lo siguiente:

«Estando las cosas como están al presente, no podía hacer mucha falta acá el capitán Luis Pizaño, pero si algo se moviese, suplico a V. M. le envíe a mandar se venga, porque en tal caso sería mucho menester por ser ya muy práctico en lo que toca a su oficio y también que no se puede proveer en su lugar de persona que no sea de más gasto que él.»

He copiado este párrafo, porque demuestra los conocimientos de Pizaño y lo mucho que se le explotó, sin duda por no haber nacido en mayor estado. Como se vé por las fechas, es más que probable que Pizaño iba con el Emperador, y que no tardó en entrar en funciones, pues sé por documentos encontrados en Simancas, que cuando éste desembarcó en Cartagena, anduvo con sus capitanes estudiando un proyecto de fortificación de aquella plaza. De lo que no cabe duda es que durante su estancia en Cartagena se ocupó principalmente del recuento del material salvado de la catástrofe, que posteriormente demuestra conocer con gran proligidad, como quien en ello había entendido personalmente.

(1) S. E. l.º 188.

CAPITULO IX

Trata del estado de las Plazas de Guerra españolas en 1541, y de los ingenieros que en ellas habían tenido intervención.

Abandonando por un momento a Pizaño en su agitada vida, y puesto que ahora le vamos a conocer prestando servicios en su patria como ingeniero, recorramos ligeramente el territorio de la Península, para darnos cuenta del estado de sus fortificaciones, y marcha llevada por estas desde que se verificó la unidad nacional.

Aun en medio del particularismo que caracterizó a la mayor parte de Europa en los tiempos medios, y del cual no escapó tampoco nuestra Patria, es lo cierto que en esta la fortificación tuvo siempre un carácter de utilidad nacional grande, y que, aunque muchas veces sirvió para poner a cubierto de la ira Real a señores rebelados contra su soberano, sin más motivo que su ambición desmedida, en otras muchas las obras construídas sirvieron de dique al tradicional enemigo, y permitieron, a su sombra, realizar el ideal que se inició en Covadonga y tuvo feliz éxito en la vega de Granada en enero de 1492. Basta recordar, en efecto, aquellos castillos construídos por los primeros reyes de Oviedo, para poner a esta capital a cubierto de las iras del agareno y las líneas del Arlanza, Duero, Ebro y Tajo, bien definidas, que marcan otros tantos altos o etapas en el avance progresivo de los Reyes castellanos y aragoneses hacia el Sur, así como también la línea de fortificaciones que ceñía el territorio granadino, poco antes de que la dichosa unión de los Reyes Don Fernando y Doña Isabel diera al traste con el poder de la media luna en España.

La conquista subsiguiente de Navarra, hecha en 1512 por el Duque de Alba, redondeó, por así decirlo, los estados españoles y desde aquella época inicióse ya un vasto plan de defensa del territorio, que tuvo en los reinados de Carlos I y Felipe II su desarrollo más acentuado, y puede

decirse que completo, dada la época y necesidades a ella pertenecientes.

El dinero del Estado y la inteligencia de los ingenieros, se encauzaron al principio sucesivamente, al compás de la marcha de los sucesos, pero a la postre, lógicamente, vinieron éstos a indicar cual era el verdadero camino que había que seguir, y quedaron organizadas las plazas con tanto acierto que hasta tres siglos después han subsistido, y casi vuelto a reorganizarse en los mismos sitios que entonces se reconoció como de más conveniencia; comprobando el poder inmenso que el terreno tiene, como es natural, en la elección de los emplazamientos de las fortificaciones.

Apenas conquistada Granada, la primera necesidad que se dejó sentir fué la de asegurar el territorio recien dominado, y oponer en la costa, en los puntos más favorables a los desembarcos, un dique a las fuerzas de los sectarios de Mahoma, que al otro lado del Estrecho suspiraban por la perdida patria, y confiaban aún en el auxilio de sus hermanos africanos y peninsulares, para recobrar lo que, con su desunión y suicida conducta, no habían defendido como debieran, cuando había sido tiempo para ello. Como consecuencia, pues, se atendió, muy particularmente, a fortificar, de nuevo, a Granada, Huéjar, Salobreña, Almería, Almuñécar, Tabernas y Castil de Ferro; subsistiendo igualmente las antiguas fortificaciones de Estepona, Gibraltar, Marbella, Fuengirola, Mijas, Benalmedina, Málaga y su castillo de Gibralfaro, Vélez-Málaga, Bismiliana, Torre del Mar, Bentomiz, Nerja, Albuñol y Adra, que todas suenan en una relación de visita hecha el año 1528 (1) y en otros varios documentos (2).

En las siete obras citadas se trabajó en los primeros años de la conquista, y fué encargado de las tales fortificaciones el Comendador Maestre Ramiro López, que había tomado parte en todos los sitios de Granada, como artillero e ingeniero, y había aprendido a conocer los efectos de la nueva artillería, así como hemos dicho en el Discurso preliminar.

Pero no se limitaron los Reyes Católicos a una defensiva absoluta por la parte de Africa, sino que, decididos a proseguir las conquistas por este lado, auxiliaron cuantas expediciones se organizaron a aquel fin, expedi-

(1) S. M. T. l.° 1, A.

(2) Subsistieron otra infinidad de puntos fortificados, pues, como se comprende, a raíz de la conquista no se abandonó ninguno de los que ya antes existían. En el año 1593 (S. M. T. l.° 391, A.), se hizo una relación de Tenencias que se habían de consumir, o lo que es lo mismo, abandonar como puntos fortificados, y la cual comprende las fortalezas de Ronda, Casarabonela, Cartama, Alora, Vinalmadena, Bentomiz, Sedella, Alhama, Loja, Illora, Moclin, Santa Fe, Pinar, Lanjaron, Mondujar, Albuñol, La Pesa, Guadix, Fiñana, Baza y Purchena.

ciones muchas de las cuales terminaban con la construcción de obras de defensa, encaminadas a asegurar los puntos conquistados en la citada costa (1). Tal sucedió con Melilla, conquistada en 1497, a la cual mandaron los Reyes Católicos, antes de esta fecha, al citado Ramiro a reconocerla, y de la misma manera vemos en 1500, a los mismos Reyes, ordenar a Alonso de Lugo, Gobernador de Çanarias, la construcción de tres fortalezas en la costa de Africa, una en el cabo Bogador, otra en el Nun, puerto de mar a una legua de Fagaos, y otra en esta misma población (2). Sólo construyó Lugo una en San Miguel de Jaca, a cinco leguas de este último punto, y por cierto que, en su construcción, se siguió análogo procedimiento que en Melilla, o sea llevar ya preparados recintos de madera, que sirvieran de núcleo y primera defensa a las obras posteriores; idea sabia, tratándose de país caluroso y de pocos recursos naturales, pues que tiende a evitar grandes trabajos corporales, en los primeros momentos de ocupación, y que aún hoy podía servir de modelo.

Las expediciones subsiguientes, de 1505, hecha por el Alcaide de los Donceles contra Mazalquibir, y las de 1508 y 1509 de Pedro Navarro, contra Orán, Argel, Tripoli, Bujía, islas de los Gerbes y Querquenes, etc., etc., determinaron igualmente la ocupación de otros puntos en la costa de Africa, cuyas expediciones, al igual de la que hemos a su tiempo relatado de 1535 contra Túnez y Bona, terminaban con la cons-

(1) Entre las varias intervenciones españolas en Africa, anteriores a esta época citaré, por curiosa y poco conocida, la a que hace referencia el siguiente documento encontrado por Camino en el Archivo de la Corona de Aragón. Helo aquí:

Nos Joannes &. Dilecto et fidelibus nostris gerenti vices gubernatoris in Regno Valencie et bapelo generali ejusdem Regni aliisque officialibus nostris adquem seu quos presentes pervenerint et eorum locatementibus salutem et dileccionem.

Ecce quod nos ut pote qui pro fidei ortodoxe exaltacione tanquam verus catolicus quomodocunque possimus propugnamus et quibuscunque aliis insudantibus gratis efectibus damus locum Gilaberto Rovira oriundo civitatis Dertuse qui pro terendis sarracenorum cornibus et eorum multitudine dante Domino destruenda nunc se confert ad terram Regis de Fez cum comitiva aliqua armatorum stipendiandi et a regnis et terris nostris extraendi et ad dictas terras regis de Fez transfretandi quinquaginta homines armatos et decem mulieres publicas ad servicium eorumdem pro faciendo guerram dictis infidelibus licenciam dedimus cum presenti. Quo circo vobis et cuilibet vestrum dicimus et mandamus de certa scientia et expresse quatenus in levando et extraendo dictos homines et mulieres a regnis et terris nostris et navigando seu ducendo ad dictas partes seu terras ipsi Gilaberto multum obstaculum apponatis quin pocius detis ei auxilium consilium et favorem si opiando et pront vos disxevit requirendus. Datum Cesaraguste prima die septembris anno a nativitate dormini 1388.=Rex Johannes. Dominus Rex mandavit mihi Bernardo de Jonquerio.» (A. C. A. Registro 1895, julio 29. C.)

(2) Zurita en la *Historia del Rey Católico.*

trucción de fortalezas. Aun puede presentarse, como recuerdo, un pequeño croquis (fig. 1) del fuerte construído por Navarro en el Peñón de Vélez de la Gomera (1) a raíz de su conquista en 2 de julio de 1508 y que, sin duda, no evitó su pérdida, catorce años después, volviendo a nuestro poder más tarde, en el reinado de Felipe II, por el esfuerzo de D. García de Toledo. En dicho fuerte no aparecen aún los clásicos baluarticos de la época, viéndose sólo un doble orden de fuegos, sin que el inferior, correspondiente a la artillería, podamos asegurar fuera acasamatado, por las razones que en el Discurso preliminar decimos.

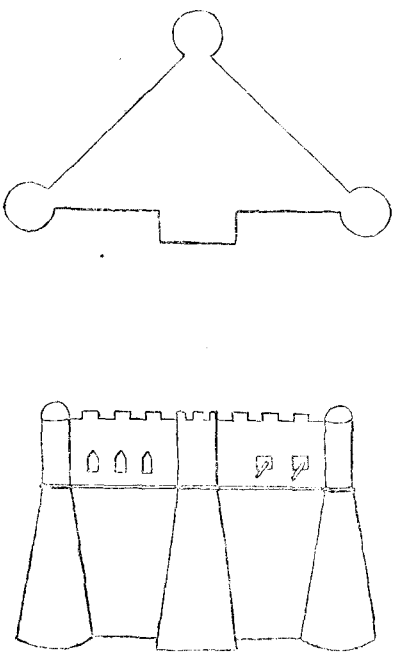


Fig. 1.

Igualmente, en el para España fatídico peñón de Argel, trabajóse desde los primeros momentos de su ocupación, sabiendo sólo que en 1515 dirigía sus fortificaciones el Maestro español Pedro Cifré (2).

En los años subsiguientes se atendió poco a las plazas de Africa, pues era temido el nombre español en la costa africana, y las obras antiguas que las rodeaban parecían prestar seguridad suficiente contra los probables enemigos. La ingerencia de Barbarroja y el supremo poder que

(1) S. M. T. 1.º 2.226, A.

(2) El Rey. Amado nuestro. Por vuestras cartas de dos y ocho del presente vemos lo que nos scribís y respondeys acerqua la obra dessa fortaleza y la causa que days por no habernos scripto fasta agora que vos tenemos por scusado, pues no faltaba por vos, sino por quien no dexaba venir cartas sino las suyas y pues aquel impedimento es ya quitado por nuestro servicio que nos scrivays con quantos vinieren dándonos siempre aviso por jornadas del estamiento en que andara la obra y de todo lo demás que veays cumplir a nuestro servicio. Vemos la determinación que habeys tomado en el fazer de la fortaleza y que no sea toda dentro del reparo por las causas que escrivis y la traza que con vuestro sobrino nos haveys embiado, que nos ha parecido todo muy bien y somos ciertos quella será tal qual para lo [que] se face satisffará y nos tendremos razón de quedar dello de vos servido, y pues en lo de la obra stays ya determinado y tendreys allí cal y todos los otros materiales necesarios sin haber de embiar por ellos a mallorcas como fastaqui fazet que se use de toda diligencia en la expedición de la dicha obra aprovechandovos de todos los ex-

adquirió en dicha región, con el dominio de Túnez y Argel, obligó a atender a aquellas plazas. Ya en 1525 se había hecho un asiento con el

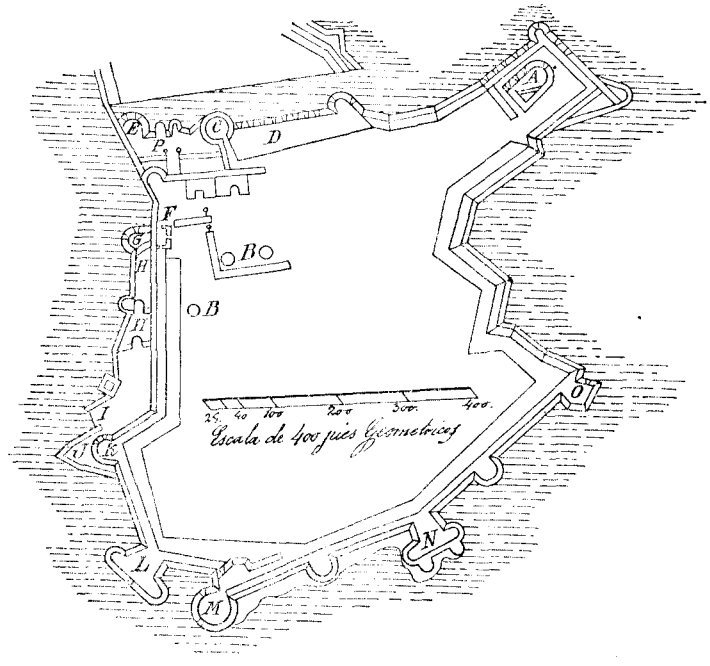


Fig. 2.

H. La puerta.—*I.* El desembarcadero.—*J.* San Antonio.—*K.* Torreón de San Juan.—*L.* Torreón de la Florentina.—*M.* Torreón de las cabras.—*N.* Torreón de las pelotas.—*O.* Torreón del palo.—*A.* Caballero de la Concepción de 24 pies de alto.—*B.* Cisternas.—*C.* Torre de la Campana.—*D.* Batería de 12 piezas.—*E.* Torreón de la puerta que sale a la bahía.—*F.* La enramadilla.—*G.* Cubo de la puerta que sale al embarcadero.

Duque de Medina Sidonia, al cual, por derecho de conquista, pertenecía Melilla, y así el Emperador envió a su ingeniero el Prior de Barletta, al cual se debió el primer proyecto de fortificación moderna, curiosa noticia que no había visto consignada en ninguna parte. Algunas de las

pedientes que vos parezca ser buenos para que la dicha obra se faga y llegue a debido effecto lo antes que sea posible y se excuse todo lo que veays poderse scusar de la costa sin danyo de la obra que demas que en fazerlo assi cumplireys con lo que está a vuestro cargo a nos fareys en ello servicio muy acepto. Dada en Ventosilla a 30 días del mes de abril año 1515.=Yo el Rey.=Joanus González, Secretarius.=Dirigitur *Magistro Petro Cifré.*» (A. g. A. R.° 3.678, f.° 61 vuelto.)

obras proyectadas por el Prior aparecen en la figura 2 adjunta (1). Igualmente Ferramolino se encargó en 1535 de la fortificación de la Goleta, y Benedicto de Rávena de la de Bona. Mas, bueno será tener en cuenta que mientras estos tres ingenieros italianos, de los cuales sólo el primero y el último estuvieron en la Península, trabajaban por acá, andaban por Italia Pedro de Malpaso, a quien hemos visto proyectar obras en 1514 en Alguer (Cerdeña), Pedro Luis Scribá, que fortificaba más tarde Nápoles y Capua, y Navarro, que tanto influyó con su consejo en la fortificación de algunas plazas italianas, entre ellas Savona.

Mas, como es sobradamente sabido, la política africana de los Reyes Católicos, no pudo tener un desarrollo conveniente, por la variedad de sucesos que en otros puntos reclamaban su atención. Así, la guerra que sabiamente provocó el Rey Católico contra Carlos VIII, en aquel preciso momento que pudo convenirle, para lo cual dió gran base el ardor del monarca francés, trajo como consecuencia asegurarse el Rosellón, recien recobrado por trato con este monarca. La necesidad de asegurar, pues, esta provincia, le hizo dar gran preferencia a sus fortificaciones, y por ello, en 1495, sacó al Comendador Ramiro López, de Granada, y lo envió al Rosellón, donde fortificó, además de Salsas, a Perpiñán, a Elna y Colibre, así como también a Puigcerdá, en la Cerdaña. Así fueron, ya en lo sucesivo aquellas cuatro primeras plazas las que resistieron y aguantaron el empuje de los franceses, siempre que por este lado vinieron, y, hasta la pérdida del Rosellón, por la paz de los Pirineos en 1660, atrajeron la atención de monarcas y hombres de guerra (2).

(1) Este plano de Melilla fué copiado por Aparici de uno hecho en el siglo XVII, existente en Simancas.

(2) Entre otros castillos, que de antiguo existían por esta frontera y que fueron perdiendo importancia con los adelantos en la fortificación y nuevos principios que la defensa de las fronteras regulaban, figuran los siguientes, que, por orden del Emperador de 30 de mayo de 1535, se mandaron destruir, o reducir el número de los soldados que de su defensa estaban encargados, en los términos siguientes: *Castillo de Elna*: «Que se venda o dé al Alcaide en pago de su tenencia, y que no se consuma ningún sueldo, pues se piensa fortificar Elna de otro modo». Antes se ordenó sacar la artillería y pertrechos. *Castillete de Nostra Dona de Perpiñan*: «Lo mismo y quede por casa llana». *Castillo de Bellver*, en Cerdaña: lo mismo. *Castillo de la villa de Puigcerdá*: «Que quede por residencia del Veguer». *Torre Cerdana*: «Que en vista de las variadas opiniones que hay sobre su utilidad se avise al Capitán general D. Frances de Beaumont». *Castillo de Belaguardia*: «Que quede con seis hombres y el Alcaide». *Castillo de Puigvaledor*: «El Alcaide y diez hombres». *Castillo Querol*: «Que se haga lo mismo que con la torre Cerdana se haga» (A. de A. C.).

Como habrá podido notarse en el anterior párrafo al tratar del Castillete de Perpiñán, se ordena que quede por *casa llana*. Con esta expresión se quiere indicar lo contrario que con la de *casa fuerte*, haciendo referencia a la facilidad de ser entra-

La conquista de la Navarra española, en 1512, obligó a asegurar esta provincia (1), tanto de ataques por el Pirineo, como de los que pudieran provocar en el interior los partidarios de la monarquía destronada. Pensose en fortalecer gran número de las que de antiguo existían en el reino de Navarra, así como se ordenó derribar otras muchas, disposición tendenciosa a borrar la frontera, que de inmemorial tiempo se hacía entre regiones llamadas por la naturaleza a formar una sola nación. Zurita enumera aquellas que se mandaron fortificar, así como también las que se derribaron, pero entre todas atrajo la atención, como es natural, la capital, Pamplona, que desde entonces llevóse los cuidados de los monarcas, y fué ya en adelante un baluarte de la patria (2).

De las demás plazas, que ya de antiguo existían en Navarra, solamente prevalecieron por esta época las de Estella, Tudela, Olite, Lumbier, así como la riojana de Logroño, a la cual había dado cierta importancia el sitio que los franceses la pusieron en 1521, después de la toma de Pamplona, cuyo asedio, levantado por la resistencia de sus habitantes,

da aquélla. Por esta razón se generalizó la significación a las mancebías, y en tal sentido la emplea en algunas ocasiones Cervantes.

(1) El antiguo reino de Navarra estaba a caballo de los Pirineos y aunque se trató, al principio, de defender algo del Bearne, los esfuerzos mayores y lógicos fueron para la Navarra situada al Sur de aquellos montes.

(2) He aquí los párrafos que el gran historiador dedica a esta materia en sus Anales (tomo VI, libro X):

«Comenzóse a dar orden en fortificar la ciudad de *Pamplona* y en labrar lo que había batido la artillería, y pareció que se debía hacer en ella una buena *fortaleza* señalando el lugar más cómodo, y porque se vió por experiencia que la fortaleza de *Tiebas* fué de mucho provecho cuando Pamplona estuvo cercada, pareció que sería útil tornarla a labrar y fortalecerla. También se dió mucha prisa en reparar a *Grañón* y la fortaleza de *Monreal* y una muela que está junto a ella, que llamaban la judería, adonde pudiera estar gente de caballo cuando menester fuese y derribar o aportillar la cerca de aquella villa; y entendiose en fortificar las villas de *Lumbierre* y *Sanguesa* y sus fortalezas. Deliberóse que en *Sanguesa* se hiciese una torre fuerte en una barrera para defender y tener la puente y lo mismo se hizo en *Olite* y *Tafalla* y pareció que se labrase una fortaleza en *Ochagavía* y otra en *Isaba*, en lo alto de Roncesvalles adonde son las aguas vertientes y que las villas de *Huarte* y *Valdaraqui* se fortaleciesen para poner en ellas gente de guarnición, cuando necesario fuere, y que todas las otras fortalezas e iglesias fuertes del Reino se derribasen y desfortaleziesen y la cerca de *Estella* quedando las fuerzas que en ella había.

Las fortalezas que entonces pareció que debían derribarse y se dió para ello mandamiento del Rey fueran estas: la de *Sancho Abarca*, los castillos de *Leguín* y de *Melida*, la fortaleza de *Caseda*, *Castillo nuevo*, las torres de la villa de *Aguilar*, la fortaleza de *Cabrega*, los castillos de *Xabierre* y de *San Martín*, *Oro Murillo* y *su cortijo*, la fortaleza de *Belmechete* junto a Estella, *Alcarroz*, *Axieta*, la fortaleza de *Arguedas*, el castillo de *Peña* y *Unçue*, *Eslava*, *Pitilla*, *Azames* y *Santa Cara*.»

condujo a los franceses a la memorable batalla de Noaín, que les obligó a evacuar la Península. Pero es lo cierto, que aunque en diversas épocas

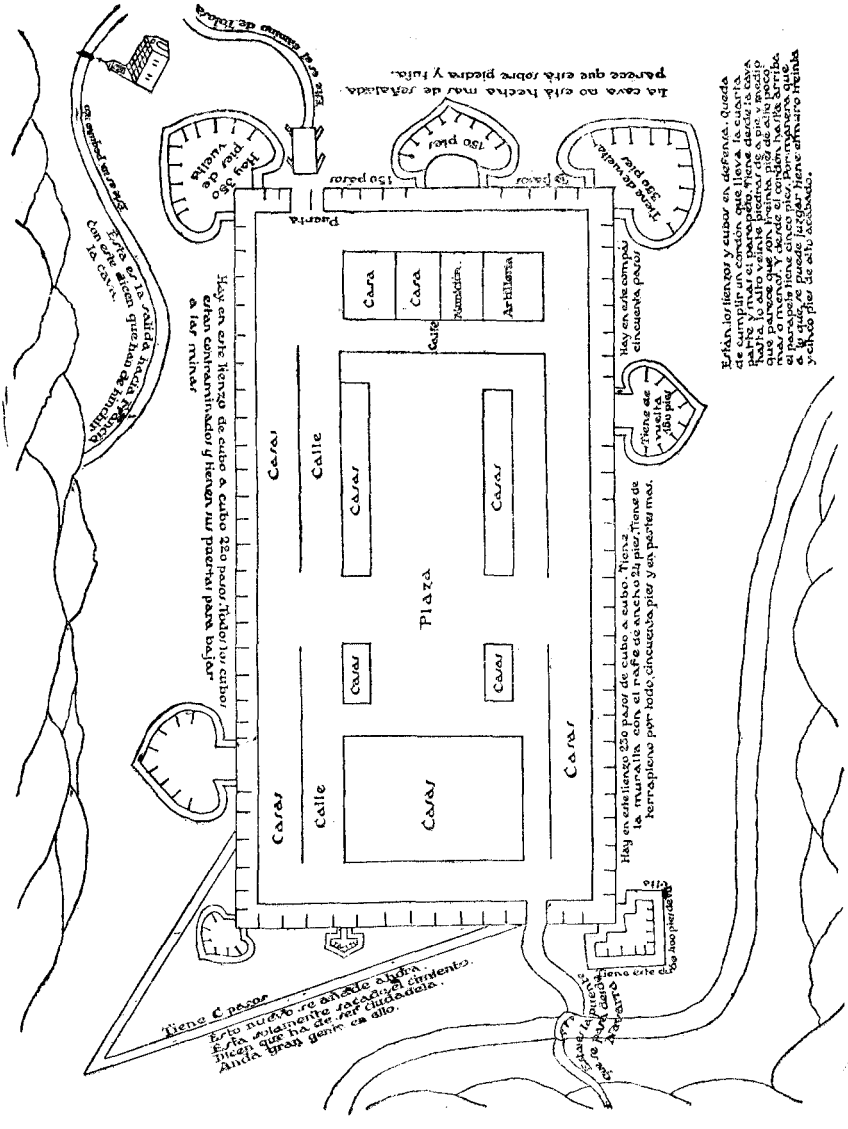


Fig. 3.

se atendió a las fortificaciones de las citadas plazas, así como a la de alguna que se conservaba al otro lado de los Pirineos, como San Juan del

Pie de Puerto (1); al fin, estos altísimos montes se impusieron como barrera natural que son, y, consolidados los Reyes de España en su conquista, quedó sólo la plaza de Pamplona como elemento principal de la frontera por aquella parte y a ella dedicaron especial atención nuestros monarcas.

Como un recuerdo curioso de una época de lucha por ampliación de las fronteras, presentamos el adjunto plano que representa un reconocimiento hecho por algún espía y enviado a la corte por el Veedor Pedro de Angulo en 1538, de las obras que se construían en la plaza francesa de Navarreux (2).

Como verá el lector (fig, 3), son muy curiosas las formas reales o supuestas de los cubos o baluartes que recuerdan, en planta, las de los baluartes propuestos en el siglo XIX por el Ingeniero francés Bousmard con objeto de impedir el tiro de enfilada en sus caras, bien que los de Navarreux no fueran hechos con semejante intención por la pequeñez de éstas.

En la parte central de los Pirineos no hubo nunca invasiones de importancia, ni lo muy abrupto de tal frontera lo consentía en aquella época, en que tan poca movilidad tenían las tropas; así es que poco fué lo que por ellas se hizo en la primera mitad del siglo XVI, y de poca importancia las obras proyectadas por el Coronel Villalba en 1512, y de las cuales en parte hemos hecho referencia en el Discurso preliminar (3). Todo redújose, pues, a sostener en mediano estado lo que de antiguo existía. Por el mismo motivo no se le dió tampoco gran importancia a la plaza de Jaca, que la adquirió mayor al finalizar el siglo XVI, con motivo de los sucesos que con Antonio Pérez se relacionan y que se desarrollaron en el reino de Aragón.

(1) Zurita (lugar citado) describe las obras que en 1512, durante la conquista de Navarra, ordenó el Duque de Alba hacer en San Juan.

(2) S. M. T. l.º 12, A. La fecha de 1538 es la atribuída por Aparici por estar el plano entre papeles de este año.

Navarreux está situada en la orilla derecha del Gave d'Oloron y bastante al Norte de San Juan de Pie de Puerto. Aparici en su correspondencia la supone en España, en el camino de Jaca a Pamplona, pero no es cierto. Las leyendas que acompañan al dibujo están situadas como en el original, pero con ortografía moderna.

(3) El documento del Coronel Villalba lo he encontrado en la Colección de Jesuítas (A. de la H., tomo 115), y parece dirigido al Rey Don Fernando. Trata del castillo de Cadaljud situado en la frontera francesa, a media legua del nacimiento del río Aragón; de la defensa móvil del valle de Tena para apoyar la cual propone hacer una fortaleza en Sallent, y de mejoras en la torre de Canfranc. En 1592 el gran ingeniero Espanoqui, fortificador de Jaca, propuso conservar el primer castillo, construir dos torres (una de ellas en Santa Elena) y un castillejo en Sallent.

Por la parte occidental de los Pirineos adquirieron gran relieve en el siglo XVI las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián. Siempre habían sido muy importantes como defensa de la Península por aquella parte, pero las guerras del Emperador con Francisco I las hicieron destacar considerablemente, pues entretenido el Emperador en otras fronteras de sus estados, por las cuales a menudo tomaba la ofensiva, a esta española sólo le tocó aguantar el choque de los franceses, que muchas veces qui, sieron tomar por acá la revancha de los reveses sufridos en aquéllas. Así, pues, las citadas dos plazas fueron solícitamente atendidas por el Emperador, y en ellas proyectaron el Prior de Barletta y Benedicto de Rávena.

Poca importancia tuvieron en esta época nuestras plazas de la frontera portuguesa, ni había motivo para temer nada por esta parte. La íntima alianza con la familia real portuguesa y el mucho amor que a su esposa Doña Isabel tenía el Emperador, alejaron de esta frontera las empresas belicosas, y así nada hay que estudiar por este lado que con la fortificación moderna se relacione, y sólo años más tarde, cuando la muerte del Rey Don Sebastián obligó a Felipe II a intervenir, fué cuando se empezó a hacer algo, en la frontera citada, que a fortificaciones se refiera.

Tampoco en la costa del Océano fué preciso todavía preocuparse gran cosa, pues no alcanzaban a ella las depredaciones de los piratas africanos y de los genízaros de Barbarroja, ni tampoco a Francisco I le importaba gran cosa arrimarse por este lado. Solamente Andrea Doria podía haber intentado algo serio en aquellos años anteriores al 1528, fecha en que se unió al Emperador, pero sobrado tenía con atender a las costas italianas, donde se discutía el predominio en el Reino de Nápoles, y en Italia en general, y, por tanto, la política militar se desarrolló sólo en las aguas del Mediterráneo. Así, pues, y como consecuencia del temor que Barbarroja y sus secuaces infundían en este mar, fué preciso preocuparse de las fortificaciones de los puertos más importantes, entre los cuales atrajo la principal atención la plaza de Barcelona, por su importancia comercial, que, atendiendo a la escala de las épocas, puede decirse ha sido siempre la misma con relación al resto de la Península. Esta plaza puede señalar el honor de haber tenido como ingeniero al propio Emperador, que por sus manos dibujó las primeras defensas del lado del puerto, circunstancia que echa en cara a los cancelleres en 1535, al saber que no atendían a proporcionar recursos para las obras por él proyectadas.

Sucesivamente fueron reclamando la atención las demás plazas del Mediterráneo, no comprendidas en la costa de Andalucía, de las que ya hemos hablado anteriormente, y así en Cartagena se empezó a trabajar precisamente a la venida de Pizaño a la Península, a fines de 1541, y

de la misma manera Tarragona y Valencia quisieron también vestirse a la moderna, por la época de la estancia de este ingeniero en España.

Aparici encontró (S. E. l.° 48) una carta sin fecha, dirigida por el

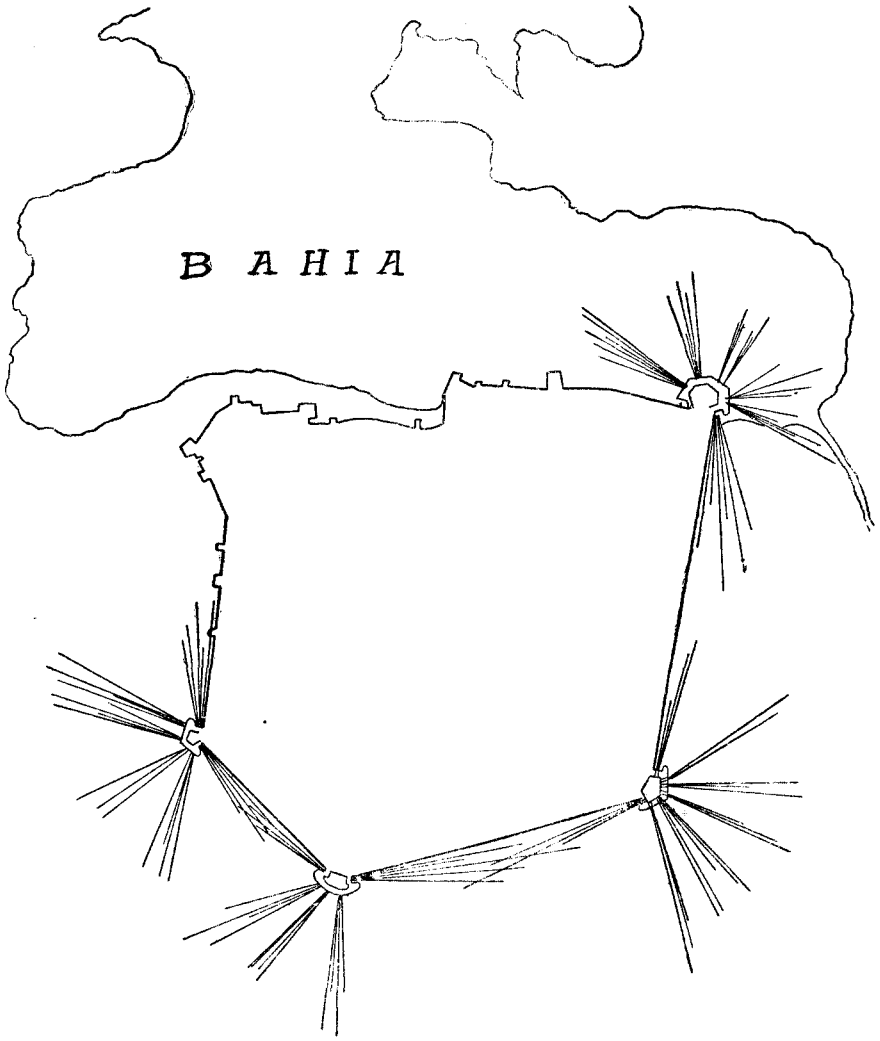


Fig. 4.

Corregidor Andrés Dávalos al Emperador, en que le envía una traza hecha para Cartagena, documento al que atribuye la fecha de 1540.

En este documento se llaman torres a las que parecen baluartes. He aquí (fig. 4) la traza en la que se hace bien presente el cruzamiento de fuegos delante de las cortinas.

Por último, Gibraltar, saqueada en 1540 por el pirata Piali, y Cádiz, cuya magnífica situación a la entrada del Estrecho podía atraer la atención, empezaron, también por esta época, a agitarse en deseos de fortificarse, si bien hasta la segunda mitad del siglo XVI no consiguieron ver realizados sus deseos, en la escala que su importancia reclamaba (1).

Análogas razones a las que movían a las plazas peninsulares del Mediterráneo a mejorarse, movieron a las que en Baleares existían, sobre todo habiendo visto tan de cerca el peligro que corrían, al ser destruída en 1529, y en aguas de Ibiza, la famosa escuadra del Almirante español Rodrigo de Portuondo en lucha con la que mandaba el corsario Cachidiablo. Se trató, pues, de fortificar a Palma, Mahón y Alcudia, sin que tampoco en 1541 tuvieran las obras el desarrollo que era de desear, y debiendo contentarse aún con sus antiguas murallas, reforzadas por las obras de tierra, que, como más fáciles de construir, fueron la salvación de los pueblos, que sin grandes recursos querían ponerse a cubierto de un enemigo dotado de la nueva poderosa artillería.

(1) En una consulta del Consejo (S. E. l.° 270) celebrado en abril o mayo de 1542 se leen entre otros los párrafos siguientes:

«A Luis de Toro se mandó ir, como Vuestra Majestad sabe, a *Gibraltar* y *Cádiz*, para que entendiese en las obras y fortificación de aquellas ciudades, y se le dió instrucción de lo que en todo había de hacer, de más de lo que acá se le dijo de palabra, después de lo cual, porque había diferentes opiniones en la manera de fortificar a Gibraltar, se mandó a Baltasar Paduano que lo fuere a ver y visitar, el cual lo hizo así, y habiéndolo todo bien visto y dándole el dicho Luis de Toro particular relación dello, se resolvió en que le parecía que se debían hacer en la fortaleza ciertas obras menudas, así como aljibes, almacenes, pretiles y plazas de artillería y otras cosas contenidas en el memorial que hizo que no se refieren aquí, porque aquéllas son necesarias y todos son de acuerdo que se hagan,»

«En lo de las otras obras y fortificación, es de opinión el dicho Baltasar Paduano que se hagan y continúen a propósito de fortificar toda la isla, y que se ataje la ciudad por San Francisco y que se hagan otras muchas obras que vienen y están declaradas en su memorial y parescer las cuales, según la tasación que se hizo, costarán hasta 31.902 ducados.»

«Así mismo se mandó al dicho Baltasar Paduano que fuese a ver y visitar las obras de *Calix* y habiéndoselas mostrado el dicho Luis de Toro, le pareció que se hiciesen ciertas obras y reparos que eran necesarias en la fortaleza, conforme a las condiciones y destajos que estaban hechos en lo cual quito y añadió algunas cosas que le pareció que convenían, y son de tampo gasto, que se ha escrito y proveído que se haga de presente la mayor parte de ellas por ser tan necesarias.»

«En las obras y fortificación de la ciudad remítese el dicho Baltasar Paduano a la traza que hizo por donde dice que se verá particularmente, pero en un memorial donde las dichas obras vienen tasadas, parece que se han de hacer las siguientes.»

Continúa el documento haciendo referencia a las obras que no nos interesan, por que no se llevaron a la práctica sino bastantes años después.

ARTILLERIA

También en Ciudad Real de las Palmas (Canarias) se reclamaba, por el año 1541, la construcción de una fortaleza moderna, pues aunque su apartamiento del Mediterráneo la ponía a cubierto, por entonces, de ataques de las naciones que lo rodeaban, había que temerlos de los vecinos africanos de la costa de enfrente, en la cual uno de los Xerifes andaba por lo visto sobradamente poderoso por aquel tiempo, hasta el punto de hacer temible un ataque, que hubiera sido contestación a los que se habían intentado y realizado en principios del siglo XVI, partiendo de Canarias, y cuyo resultado fué la construcción de la fortaleza ya citada anteriormente (1).

En el interior de la Península, como es fácil comprender, no había necesidad de preocuparse de fortificaciones, pues más que otras nuevas sobraban los muchos castillos que la ambición de los nobles había levantado en el siglo XV. Nada se hizo, pues, en este sentido, y se dejó arruinar sucesivamente por sus dueños aquellas hermosas fábricas, donde habían desafiado tantas veces el poder real y que ahora resultaban inútiles, por demasiado lejanas a la Corte, por otro lado extremadamente movible, de Carlos V. Solamente con carácter nacional puede señalarse, aparte de

(1) Véase lo que se dice en la consulta del Consejo celebrado en abril o mayo de 1542 a que hemos hecho referencia en la nota anterior.

«La isla de Canaria suplicó que porque a la Ciudad Real de Las Palmas se podía hacer mucho daño por los moros, se mandase hacer en ella una buena fortaleza, y que entretanto se proveyese de artillería. Mandóse al Gobernador de la dicha isla que informado bien de ello enviare relación si era necesario que se hiciese en la dicha Ciudad la dicha fortaleza y proveerla de gente, artillería y municiones, y qué costaría, y si los vecinos de dicha villa ayudarían con alguna cosa para ello, y que la enviare con su parecer. El cual dicho Gobernador hizo la dicha información y de más de ella se informó de otras personas, y parece que el Xarife que confina con aquella isla está muy poderoso y que tiene en aquella comarca tres puertos seguros y muy aparejados para estar navíos en los cuales podrían salir los moros e ir en una noche a la dicha Ciudad Real y a la de Telde y hacer en ellas mucho daño porque están sin ninguna defensa, y qué le parece que para la total defensión de la dicha Ciudad Real no bastaría la fortaleza por haber muchos puertos, playas y caletas donde podrían desembarcar sin que de ella se les hiciese daño y que por cualquier parte de la dicha Ciudad podían entrar por no estar cercada, pero que con la dicha fortaleza estarían más seguros los vecinos porque en tiempo de necesidad se recogería a ella la gente inútil, y que costaría 4 ó 5.000 ducados de más de lo que contribuirían los vecinos y que con lo uno y con lo otro se podría cercar por la parte de la mar y hacer como conviniese la dicha fortaleza, la cual ha menester ocho tiros de bronce, y para los baluartes seis medias culebrinas, y para la fortaleza de las isletas que es puerto principal, otras cuatro medias culebrinas con todas sus municiones. La dicha isla suplica a Vuestra Majestad se provea todo lo sobre dicho con brevedad, o a lo menos la artillería, porque con ella harán algunas defensas para en el entretanto que se hace la fuerza.»

arreglos de poca importancia en poblaciones y alcázares, el proyecto hecho por Benedicto de Rávena en 1529 para fortificar el castillo de Villalpando, en donde quería guardar el Emperador a los hijos de su rival Francisco I, que en rehenes retenía, como consecuencia del Tratado de Madrid, y el que veremos hizo Pizaño para el Alcázar de Toledo.

***

En las líneas anteriores hemos tratado de dar una idea ligera del estado de las plazas en España, idea que ahora hemos de tratar de completar para aquéllas en las cuales tuvo Pizaño intervención, durante su estancia en la Península. Estas plazas fueron, principalmente, las de la frontera pirenaica, en donde más apretaba el peligro en los años que residió en la Península, y las de la costa septentrional del Mediterráneo, que amenazaba Barbarroja. En este mar le corresponde la gloria de haber engendrado las defensas de la bahía de Rosas, que antes de él no había llamado la atención, y solamente encontrábase defendida por las torrecillas que, no en gran número, habían siempre vigilado las costas catalanas y algunas de las cuales se remontan a los tiempos de su ocupación por los griegos.

Trataremos, pues, a continuación, de dar una idea de las obras existentes, al intervenir Pizaño en ellas, en las plazas de Pamplona, San Sebastián, Fuenterrabía, Perpiñán, Colibre y Barcelona, pues de esa manera nos ha de ser más fácil la comprensión de la materia tratada en los capítulos que se siguen (1).

PAMPLONA

El título de capital de Navarra y las circunstancias que mediaron en su conquista (2), hicieron de Pamplona objeto de todos los cuidados de

(1) Quiero llamar la atención a los que esta clase de estudios se dediquen, sobre lo difícil que es en obras de fortificación el fijar la época exacta de la construcción de una de ellas, ni deducir por un plano posterior lo que en tiempos anteriores se construyera. Las obras tardaban muchos años en concluirse, intervenían en su construcción muchos ingenieros, que modificaban lo hecho por los anteriores, y, por último, no se variaba el nombre de las obras, aún después de hechas de nuevo, como sucede en muchas en España, que se llamaban cubos de tal o cual, cuando eran simples torreones redondos, y así se continuaron llamando, aún después de destruídos y vueltos a construir, con ideas más modernas.

(2) Pamplona se entregó al Duque de Alba, el 25 de julio de 1512, sin combate y por capitulación. En 3 de noviembre de 1512 fué atacada por el ejército de Francia, al mando de D. Juan de Albret, el cual tuvo que levantar el sitio. En 1521 se rindió

los Reyes españoles. El primer pensamiento de éstos fué, como es lógico, la construcción de una fortaleza que sirviera de ciudadela. Las obras empezaron muy pronto y estuvo encargado de ellas, al parecer, Pedro de Malpaso (1).

Puedo presentar (fig. 5) una vista lateral de este castillo que se acom-

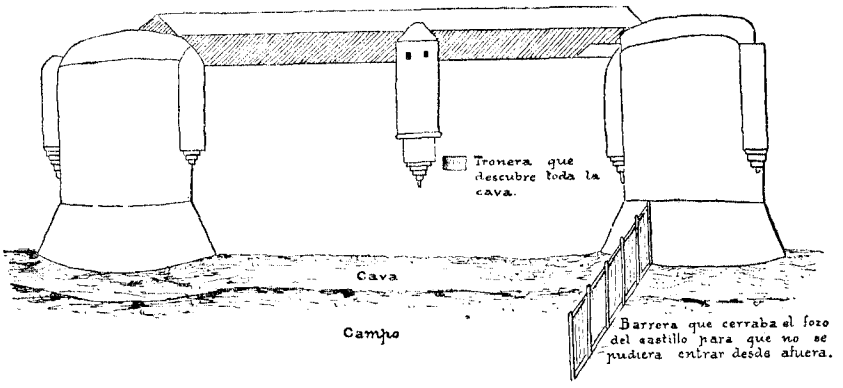


Fig. 5.

paña a un plano hecho en 1548 (2), con motivo de un proyecto de Pizaño.

Con ella y con saber que su planta (fig. 6) era cuadrada, con sendos cubos redondos en los ángulos, todo hecho de sólida sillería y que estaba situada a caballo de la muralla, basta para formarse una idea aproximada de la obra.

Se eligió para su asentamiento un punto dominante por el cual, cuando más tarde, en el mismo siglo XVI, se construyó la actual ciudadela (3), fué preciso demolerlo porque resultaba para ésta un padrastro.

Tuvo, pues, vida muy corta el castillo de Pamplona, pero bien aprovechada, por cuanto sirvió para que, regándolo en 1521 con su sangre—

a un ejército francés mandado por Andrés de Foix, y el mismo año, y como consecuencia de la batalla de Noain, en que éste fué derrotado, abrió sus puertas a los castellanos.

(1) En julio de 1516 estaba ya el castillo muy adelantado. En Simancas (Libro de Cédulas de la Cámara. Salas), hay una carta del Rey Don Felipe a Cisneros recomendándole a Miguel de Herrera para su Alcaide, y se dice en ella: «La fortaleza que agora nuevamente se hacía en la ciudad de Pamplona que será muy presto acabada». En las cartas de Cisneros, publicadas por Gayangos y La Fuente, hay una en que, hablando de este nombramiento de Herrera, no lo aplaude Cisneros, por ser aquél aragonés.

(2) S. M. T. 1.° 33, A.

(3) Las piedras del castillo se utilizaron en la ciudadela.

como buen militar—San Ignacio de Loyola, siguiera en su vida nuevo rumbo que lo elevó a los altares, dejando en la tierra fundada su Compañía de Jesús.

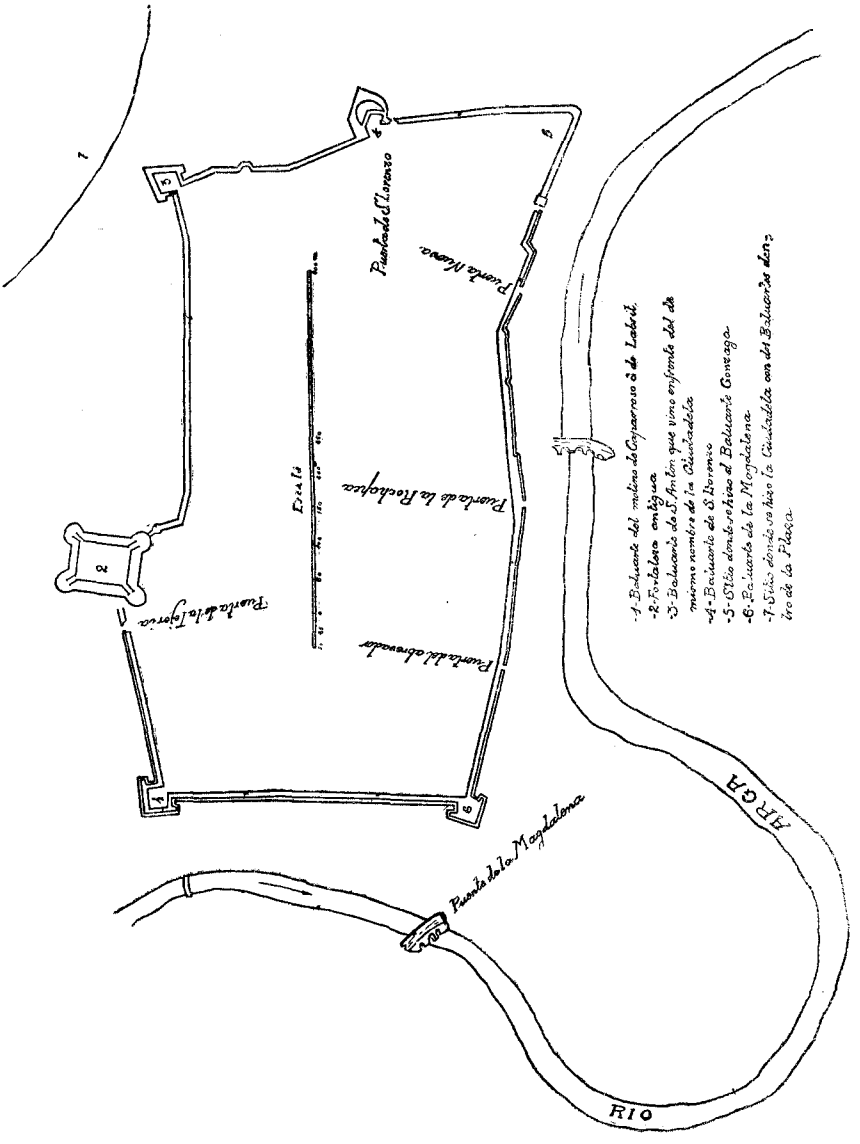


Fig. 6.

Con independencia de la obra permanente del castillo, se realizaron en Pamplona, durante estos años, muchas obras con carácter ocasional y

de momento. Ellas figuran en un interesante documento de Simancas (1), que, con la fecha de 15 de octubre de 1521, tiene por título: «*Lo que se ha reparado en la Ciudad y en la fortaleza de Pamplona desde que los Gobernadores partieron a Castilla, es lo siguiente:*»

Las obras que en el documento se mencionan comprueban cuanto en el Discurso Preliminar expusimos sobre la ocupación, con obras de tierra y fajinas, de las puertas y puntos importantes del recinto.

Así, se reforzaron las murallas con obras de tierra o reparos en todo su contorno, cerráronse algunas puertas, demasiado abundantes para plaza tan pequeña, construyéronse bastiones o baluartes o revellines, que con todos estos nombres se indican en el proyecto, delante de las puertas, debiéndose nomenclatura tan variada a la intervención en ellas de muchos militares que en Italia habían combatido. Los citados reparos en los muros se hicieron unas veces por dentro y otras por fuera, según lo consentía la plaza o espacio que en ambos lados quedaba. Destruyéronse algunas torres salientes, que impedían el flanqueo de las cortinas, y se construyeron, en los puntos convenienntes, grandes caballeros, que dominaban el terreno exterior, batiendo el anterior a los baluartes, que se construían en las puertas o delante de ciertas torres. Finalmente, se acudió al expediente de meter mucha tierra dentro de la plaza, para poder construir reparos, allí donde el enemigo cargase principalmente con sus baterías (2).

Trabajó considerablemente en estas obras Micer Juan Renna, Obispo de Alguer, que demostró gran actividad en el avance de ellas (3). Más adelante, en esta plaza y en las dos de Fuenterrabía y San Sebastián, se emprendieron obras de fortificación permanente, en las cuales indudablemente intervino el Prior de Barletta.

Esta intervención no me consta evidente más que en la plaza de San Sebastián, pero no cabe dudar de que habiendo estado Tadino en Pamplona, según hemos de ver, en 1523 y 1524, seguramente le utilizó el Emperador, oyendo su parecer sobre las fortificaciones de la plaza.

(1) E. l.° 343, A.

(2) Detallando diremos que, como obras principales, se construyeron bastiones delante de la Torre del Molino de Caparroso, Postigo de los Abades, Torre del Tesorero, Puerta del Abrevador, frente a la casa del Obispo, Puerta de Santa Engracia, Puerta de San Llorente o Lorenzo, Portal de la Traición, Torre Redonda y Puerta de la Tejería, que se mandó cerrar, estándolo ya anteriormente la de San Nicolás.

(3) Micer Juan lo hemos encontrado en 1532 en Mesina, preparando la expedición de Corón. En 1529 ya había marchado de Pamplona donde ejerció el cargo de Veedor y Pagador de las obras, cuyo progreso, cuando él faltó, se disminuyó considerablemente.

Como imperfecto croquis formado en vista de viejos dibujos y documentos que he podido allegar por mano, principalmente de Aparici, ofrezco uno de esta plaza, en el que se indica el estado de las obras *modernas* que existían en ella en la segunda mitad del siglo XVI, y antes de que intervinieran los ilustres ingenieros Fratín y el aristócrata Vespasiano Gonzaga. Como se ve por dicho plano (fig. 6), había ya, hacia 1550, en Pamplona, cuatro obras o baluartes, en que se puede reconocer obras de fortificación de este género, en la verdadera acepción de la palabra.

El año 1535 el Maestre de Campo Guevara propuso construir, en el ángulo del molino de Caparroso, un *bastión o manera de bastión*, que abrazara al que ya había hecho, y cuya disposición parece se adoptó, según se ve en un plano de 1645, hecho por el Padre Juan Carlos de Lasalle, y que reproducimos en la parte correspondiente al frente formado por los dos baluartes de Caparroso y Magdalena. No hay que decir cuanto recuerda esta disposición la llamada tercera de Vaubam. Propuso también Guevara construir un bastión en San Antón, que correspondiese al castillo y al de San Lorenzo (ya hecho en 1535), pero no se construyó, y sí se hizo uno proyectado en 1538 por Benedicto de Rávena.

Finalmente, propuso construir otro bastión hacia la puerta de Santa Engracia, y que no se debió construir tampoco.

En julio, año de 1538, Benedicto presentó un proyecto completo para Pamplona (1), en el cual propone, entre otras varias obras de arreglo de muros, etc., construir el baluarte de San Antón; de cuyo proyecto y de otros varios de este ingeniero, algún detalle consignaremos más adelante, para que sirva de norma a las dimensiones que empleaba. Benedicto, por regla general, no proponía más que baluartes con una sola bóveda, con lo cual resultaba un flanco bajo en casamata, y otro alto sobre la plataforma del baluarte. El cubo de San Antón que se construyó, debe de ser el propuesto por Benedicto, que lo dejó marcado con estacas al marcharse de Pamplona. Volvió a insistir en que se hiciera el baluarte de Caparroso, como había propuesto Guevara, y en que, al de San Lorenzo, se le ampliara a fin de sacarlo más adelante, cuya obra se ejecutó según se contempla en el plano, que en esta parte es una copia del que en 1608 remitió a la Corte Gaspar Ruiz de Cortázar (2). Estos baluartes de San Antón y San Lorenzo desaparecieron al construirse la actual ciudadela.

Todo esto, en cuanto se relaciona con las obras principales o baluar-

(1) S. M. T. 1.° 13, A.
(2) S. M. T. 1.° 706, A.

tes, pues, por lo demás, tanto Guevara como Benedicto proponen ensanchar fosos y regularizar los frentes, por regla general, trazando los lienzos por las partes de afuera, con objeto de ensanchar la plaza o de que, sumada la nueva obra con la antigua, quede un muro de gran espesor, como había propuesto también Tadino en el de San Sebastián.

SAN SEBASTIÁN

En la «Colección de documentos históricos del Archivo Municipal de la M. N. y M. L. Ciudad de San Sebastián», se hace referencia a algunos sucesos pertinentes a nuestro estudio.

Se dice que en mayo de 1476 San Sebastián se defendió varios días contra un ejército francés, el cual tuvo que retirarse, sin ventaja alguna. Que entonces, y temiendo otro ataque, la villa determinó fortificarse a su costa haciendo, como hizo, sus murallas alrededor, con torreones y baluartes y almenaduras *(sic)*, y que igualmente fortificó a Pasajes, haciendo en el puerto una torre y un castillo.

Que en 1512 fué acometida la villa por Borbón, el cual fué rechazado en varios asaltos que dió, teniéndose que retirar. Preliminarmente, y en sus mismas barbas, la villa quemó 156 casas de los arrabales, para dar a entender a aquél sus propósitos de defenderse, al par que facilitaba esta operación (1).

Que el año de 1520 *(sic)* y 28, viendo Su Majestad los designios de los franceses, determinó que San Sebastián fuese fortificada más fuertemente, y para ello los de la villa compraron un solar, cerca del muelle. para utilizarlo como cantera, de la cual salió la piedra para las fortificaciones.

En vista de esta última afirmación, suponiéndola cierta, y que sea una errata lo del año 1520, y que debe leerse 1527, parece lógico referir a estos años el proyecto del Prior de Barletta de que hemos dado noticia en el Discurso Preliminar. Pero no será demás decir qué razones hubo en los años anteriores para los mismos temores, y, por tanto, que en las dos primeras etapas de la vida de este ingeniero en España pudo tener lugar su proyecto.

En cuanto a fortificaciones anteriores a 1524 a que hace referencia la Colección mencionada, conviene tener presente lo manifestado por D. Martín de los Heros, en su *Vida de Pedro Navarro*, sobre que este ingeniero dejó una muestra de su pericia en trazar fortificaciones y castillos en las del actual San Sebastián, que se cuenta haberse emprendido

(1) Zurita manifiesta que en 17 de noviembre de 1517 fué San Sebastián atacada por Lautrec sin resultado, y que esta villa era más débil que Fuenterrabía.

bajo sus planes en 1516 y concluídose en 1524, bajo la dirección de Diego de Vera.

No me cabe duda de que en San Sebastián se hicieron obras de fortificación por los años de referencia, y de que en ellos, más que en los que indica en la Colección, se llevaron a cabo, pero, como veremos en segui-

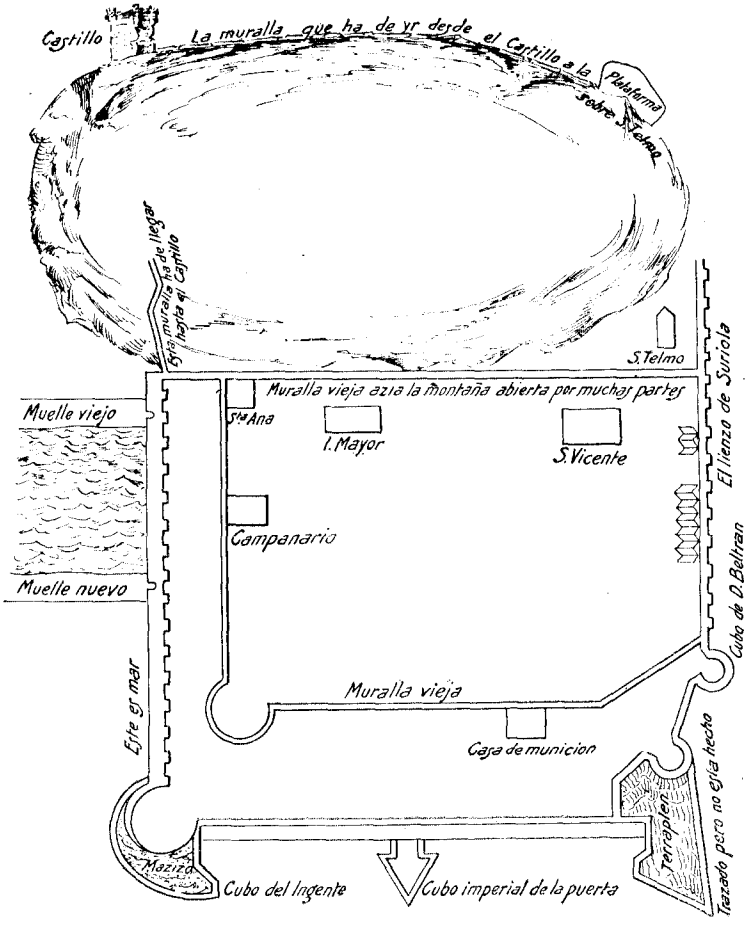


Fig. 7.

da, las fortificaciones importantes son las proyectadas por Tadino de Martinengo más tarde.

Después de éste intervino en las obras de fortificación Benedicto de Rávena, el cual, en 7 de julio de 1534, firmó en San Sebastián una «Relación o Traza de la villa de San Sebastián», documento largo e intere-

sante (1), en el que se especifica lo que existe y lo que hay que construir y el presupuesto para ello. Dedúcese que de lo proyectado por Martinengo no se había construído más que el Cubo Imperial (2), o sea el completo, sin que los dos medios baluartes se hubieran comenzado. Benedicto propone construir, en forma análoga al Prior, el medio baluarte de la Concha, haciendo, en cambio, completo el que miraba al Urumea.

Yo he tenido la suerte de encontrar en Simancas un plano de San Sebastián, enviado a la Corte en 1548 por el Capitán Villaturiel, Alcaide de la fortaleza de San Sebastián, que, estilizado y reducido de escala, presento en la figura 7 y que puede servir para darse una idea de lo que había antes de 1542, en que fué allá Pizaño, y de lo en que éste tuvo que intervenir.

En el plano aparecen los cubos de D. Beltrán, Torriano e Ingente (3), obras anteriores al Prior, y que son de las que acaso se hicieran por Navarro y Diego de Vera. Son redondos y de gruesos espesores. Sus dimensiones verdaderas se especifican en el proyecto de Benedicto.

Vése, también, la plataforma de San Telmo, proyectada por éste, y el proyecto de los dos medios baluartes, que en su esencia responden a las ideas del Prior, pero que no estaban construídos en 1534, cuando proyectó Benedicto, ni en 1548, cuando se hizo el plano de referencia. Culmina la montaña de Urgull la fortaleza de la Mota que, como se ve, es un simple torreón, con cubillos en su parte superior.

De las demás fortificaciones hablaremos en los capítulos siguientes, por la intervención que en ellos tuvo Pizaño.

Finalmente, presento en la figura 8 otro plano o vista de San Sebastián encontrada por Aparici en Simancas y que corresponde al año 1552.

FUENTERRABIA

La plaza de Fuenterrabía, no obstante los grandes inconvenientes técnicos de su asentamiento, fué siempre un baluarte de la Patria, gracias al entusiasmo y bizarría de los guipuzcoanos, que se asociaron con denuedo a las guarniciones regulares que la defendían.

Esto no obstante, hubo un sitio—el de 1521—en el cual, a las órdenes de Diego de Vera, no la acompañó la fortuna y hubo de rendirse a los

(1) Lo he encontrado en el mismo tomo 115 de la *Colección de Jesuítas*, en que está el del Prior de Barletta.

(2) Aún en 1535 quedaban obras por hacer en éste, con un valor de 1.000 ducados.

(3) El de Torriano, sin nombre en el plano, es el inmediato al de D. Beltrán.

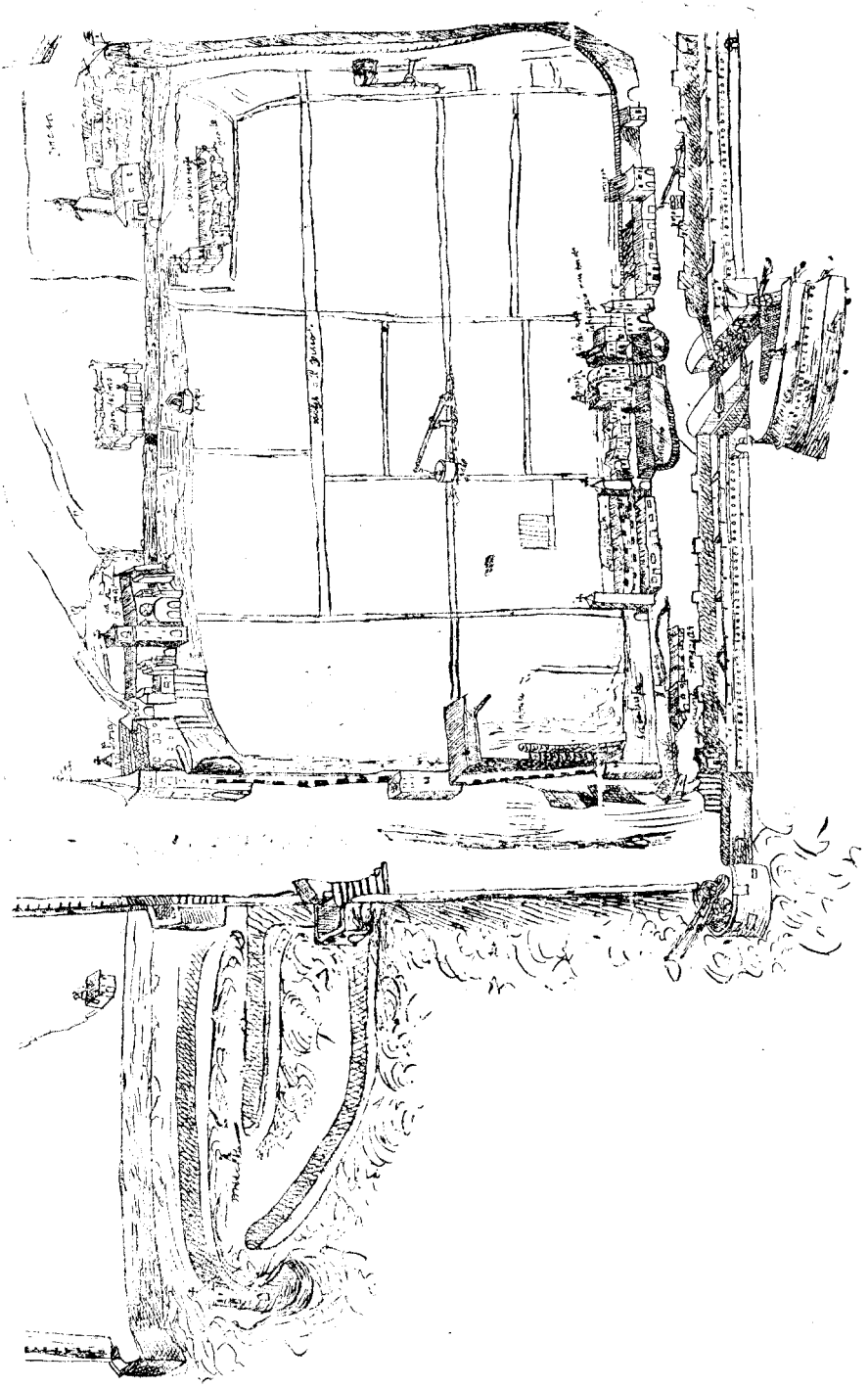


Fig. 8.

franceses (1), volviendo a poder de España en 1524, tras porfiado cerco, en el cual fueron las tropas castellanas mandadas por el Condestable de Castilla.

Las fatigas pasadas por el ejército sitiador fueron muchas, hasta el punto de decir Salinas (2) que el que «de las aguas, fríos y hambre escapó, se tiene por hombre en quién se ha hecho milagro.»

Inmediatamente de recobrada la plaza se empezó a trabajar para reparar los daños causados en el sitio, corriendo estos primeros trabajos provisionales a cargo del Coronel Roquendorf, que mandaba los alemanes.

Seguidamente se continuaron las obras con carácter permanente, las cuales se especifican en una «Relación de lo que Su Majestad ha gastado en esta villa de Fuenterrabía, en la fortificación de ella, desde 8 de agosto de 1524 años que se empezaron las obras hasta 12 de diciembre de 1539 años» (3).

Dicha relación, hecha poco antes de la llegada de Pizaño a la Península, es muy útil a nuestro propósito.

Consta por ella se habían gastado en dicho tiempo en obras nuevas 48.646 ducados y 5.928 en las de entretenimiento y arreglo de las viejas, quedando por hacer lo siguiente:

«Acabar el Cubo de Leyva en perfección. Acabar el lienzo que va del dicho cubo al Cubo de la Magdalena, que está acabado. Acabar el Cubo de la Reina. Acabar todo el lienzo que va de este cubo al Cubo Imperial. Acabar el Cubo Imperial en perfección. Hacer el lienzo que ha de ir de este cubo a la puerta de donde ahora se sirve la villa con un cubo redondo en medio para que corresponda al dicho Cubo Imperial y al Cubo de Diego López (4), y también se ha de hacer desde esta puerta al dicho baluarte otro lienzo en línea. Hacer cuatro troneras a ambos lados en el baluarte de Diego López. Hacer desde este baluarte de Diego López hasta el Cubo de Leyva un lienzo, haciendo en medio un cubillo.»

«Subir la plataforma de San Nicolás sino la mandaren derribar para hacerse en la fortaleza que es lo verdadero.»

(1) El caudillo francés fué Bonnivet, el mismo que hemos visto derrotado en el Piamonte en 1524.

(2) Carta de 13 de abril de 1524 desde Burgos.

(3) S. M. y T. A.

(4) Acaso el Diego López, que dió nombre a este cubo, fuera el Diego López de Ayala, hijo de Juan López, aposentador de los Reyes Católicos, que se distinguió mucho en las guerras con los franceses, a los que arrebató los cañones que llevaban contra Pamplona. Véanse las cartas de Cisneros (pág. 22) publicadas por Gayangos.

»Hacerse la fosa o cava chapeada de cal y canto en cuatro pies de grueso y que lleve el hueco 100 pies y debajo en el peso que ahora está.»

Otras pequeñas obras se indican en la relación, que termina diciendo: «Con esto se acaba la villa de Fuenterrabía en perfección» y la firma Juan Martínez [de Olózoga], que era el Pagador de las obras.

Con este documento—en el que indistintamente se dice cubo y baluarte de Diego López—otro sin fecha, pero correspondiente a 1552 ó 53, que está dirigido al Emperador, y comienza: «La obra nueva que en Fuenterrabía se ha hecho.....», varios documentos de Simancas y unos planos remitidos en 1640 y 1641 por el P. Isasi (1), se deduce, con bastante aproximación, las obras que se construyeron en esta plaza en la primera mitad del siglo XVI. Ellas figuran en el adjunto plano (fig. 9), y

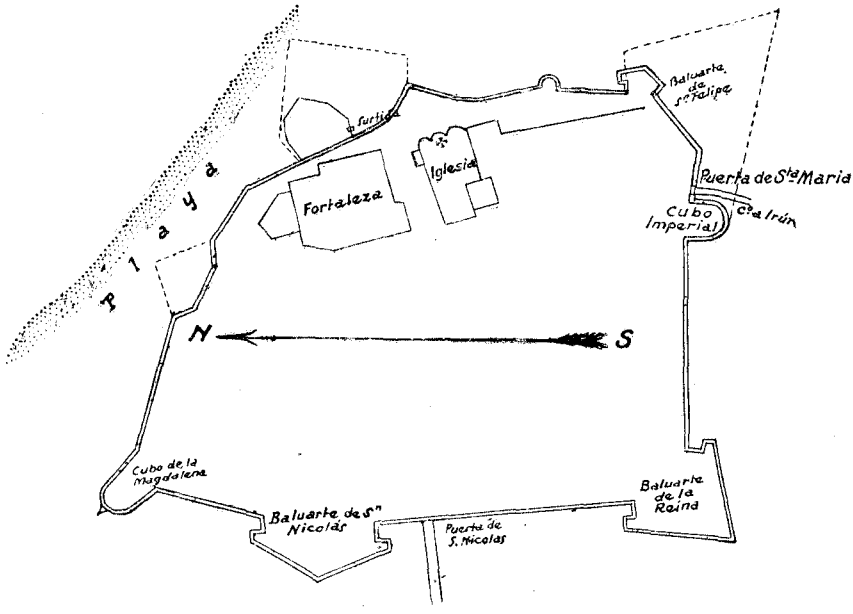


Fig. 9.

como por él se vé, se atendió con preferencia a la parte que no estaba protegida por el agua de la ría y a la que se veía más expuesta por los padrastros que la envolvían, originados por las estribaciones del Jaizquibel. Terminantemente se dice así en la Relación citada de 1552, que empieza «La obra nueva que en Fuenterrabía se ha hecho después que

(1) El Padre Isasi S. J. era muy entendido en Matemáticas y excelente ingeniero militar. Como Comandante de este arma defendió a Fuenterrabía, con gran éxito en el sitio que los franceses le pusieron en 1638.

se cobró de los franceses es desde el Cubo de Leyva a el Imperial y los mismos cubos», y más adelante: «La obra vieja es desde el mismo Cubo de Leyva hasta el Imperial, aquí no hay hecho nada, salvo trazado lo que conviene hacerse», especificándose en el detalle la parte correspondiente a los baluartes de tierra y lo que mira al mar, respectivamente.

En el plano aparecen los cubos de la Magdalena, que debe ser el llamado de Leyva en algunos documentos, y el Imperial, así como los baluartes de San Nicolás que alguna vez—al principio de las obras—se llamó de la Magdalena y el de la Reina.

Los baluartes de San Felipe y del Revellín, que están punteados, fueron obra posterior, pues en 1640 aún no estaban construídos, no obstante haberlos propuesto, a fines del siglo anterior, el gran ingeniero Tiburcio Espanochi.

El cubo de Diego López, que se cita, no deduzco cuál pueda ser. En los planos del P. Isasi aparecen, entre el cubo Imperial y el de la Magdalena o Leyva, tres obras que pueden considerarse como cubos o baluartes. Uno, formando el flanco izquierdo del baluarte proyectado de San Felipe; otro, al que se llama Revellín, de planta exagonal con una salida al campo y un cubillo pequeño entre los dos. Mas, cualquiera que sea de estos tres, hay que tener en cuenta que todas son obras anteriores a 1524 o posteriores a 1552, fecha en que se formó la relación que se ha citado. En ambos casos no son muy interesantes a nuestro objeto.

Cítase en la relación de 1539, por último, la fortaleza en que se considera conveniente la construcción de una plataforma. Su utilidad se comprende por su relativo dominio sobre el campo exterior, lo que la permitía luchar con alguna ventaja con las baterías que el enemigo situara en los muchos padrastros de que se ha hecho mención. En 1552 ya estaba concluída.

ROSELLON

Como antes de ahora hemos dicho, las plazas más importantes que, por esta época, sobrenadaron entre los muchos puntos fortificados que de antiguo existían, fueron Perpiñán, Salsas, Elna y Colibre. Con los trabajos hechos por Ramiro López, subsistieron estas plazas en los primeros años del siglo XVI. Me consta haber estado el Prior de Barletta en ellas, y haber propuesto modificaciones, pero especialmente de carácter del momento y no permanentes. También intervino Benedicto en ellas, pues en 1535 hizo un proyecto completo para fortificar a Perpiñán, que comprende (fig. 10) una serie de pequeños baluartes, sin cuya existencia, ni el Prior ni Benedicto, concebían pudiese existir fortificación al-

guna (1). Así es que, respecto a Salsas y a Elna, el primero de estos inge-

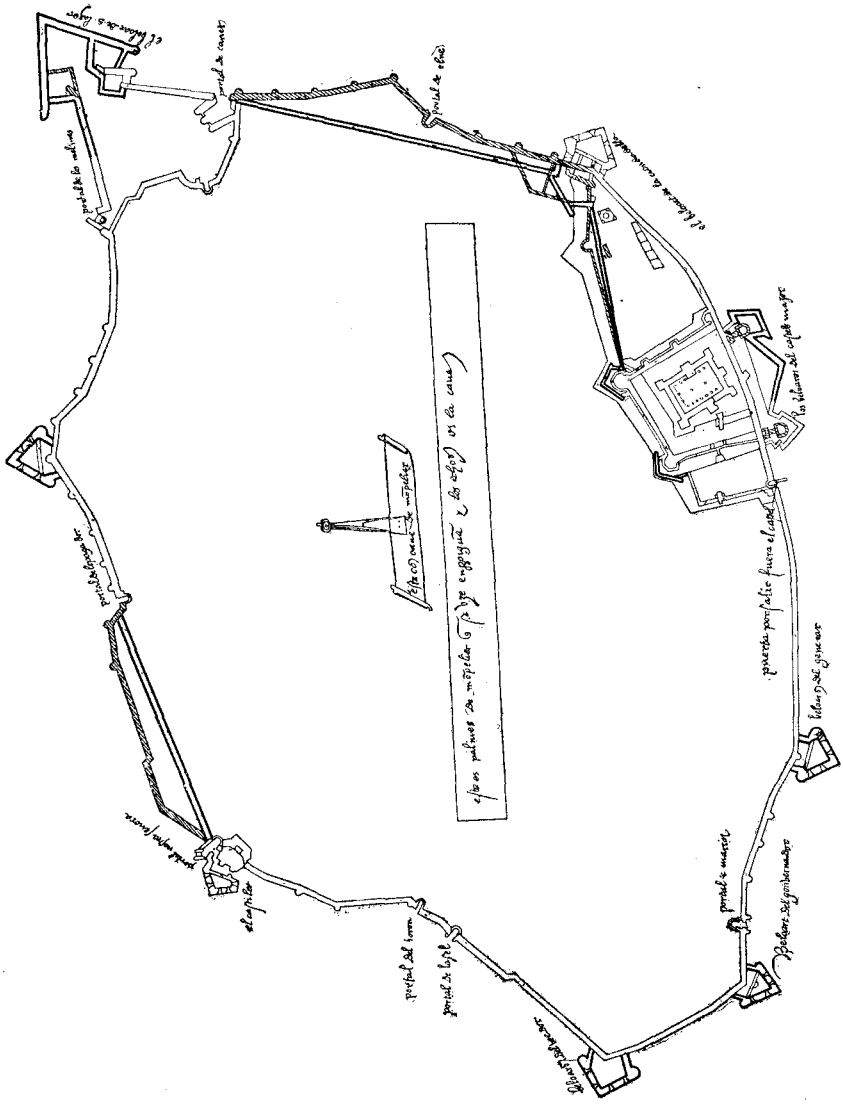


Fig. 10.

(1) El plano es la reducción a un tercio del que existe en Simancas. Por lo tanto, el palmo de Mompeller, que he colocado en el centro del dibujo, era tres veces mayor que en él aparece. En la misma escala está reducido el compás y leyenda cuya relación con la del dibujo no figura en éste ni en el texto que le acompaña. Según la Memoria, la cana de Mompeller tenía 8 palmos y equivalía a 7 pies castellanos. El contorno de las murallas tenía 2.512 varas.

nieros, se desata en su informe en una serie de censuras contra los que en la obra intervinieron, sin tener en cuenta tiempos ni circunstancias, llegando al punto de proponer se deshicieran, no obstante lo mucho que habían costado.

Poco se hizo en Perpiñán, antes de 1542, de lo propuesto por Benedicto, pues, como ya hemos tenido ocasión de decir antes de ahora, en 1540 se ordena se lleven las trazas por D. Juan de Acuña, con objeto de proceder a su ejecución. El sitio, pues, de 1542, en el cual hemos de ver intervenir a Pizaño, la cogió sin haberse aún terminado obras de las que hemos consignado como modernas.

En Colibre también intervino Benedicto con análogo resultado, sin duda, por falta de metálico, siendo la principal obra propuesta el reforzar la muralla, para evitar un padrastro que existía del lado de San Lázaro, así como el manifestar debía fortificarse la torre de San Telmo, que servía de defensa a Port-Vendres, y cuya obra más tarde proyectó y construyó Luis Pizaño.

Hemos hablado del padrastro de San Lázaro, y es ocasión de manifestar, que, por los años de que vamos tratando, fué esta cuestión de los padrastros, batallona para los ingenieros, pues, desde el momento que la artillería se perfeccionó, muchas de las posiciones que rodeaban a las plazas antiguas, y a las cuales no se les había dado valor alguno, resultaban con la nueva artillería peligrosas, y hubo necesidad de evitarlas, acudiéndose a multitud de expedientes, entre los cuales eran los más corrientes, o llevar el recinto hasta la posición dominante o reforzar el recinto elevándolo al mismo tiempo o, finalmente, en los casos en que ello no era muy costoso, *peinando* el terreno, o sea rebajándolo para evitar así su dominación.

En cuanto a las plazas de Elna y Salsas, nada se hizo de importante, y siguieron con poca diferencia como habían existido desde principios del siglo XVI.

BARCELONA

Las primeras obras modernas que en esta plaza se hicieron fueron hacia el frente de la marina, como era natural, pues estando bastante lejos de la frontera con Francia, por tener el Rosellón del lado allá de los Pirineos, se hizo sensible primero el peligro por la parte de mar, donde los corsarios podían haber intentado algo, que hubiera sido muy

Las líneas finas expresan las obras que existían en 1535; las cruzadas con trazos las que se derribaban en el proyecto de Benedicto y las líneas más gruesas las obras proyectadas por éste.

en desdoro de tan hermosa población. Consta que, en 22 de noviembre de 1526, se puso la primera piedra de un baluarte a la marina, delante de la Torre Nova o del Medio día, por el Virrey D. Federico de Portugal, Obispo de Sigüenza. Esta obra, según Camino, es lo que se llamó baluarte del Medio día, y que según un plano hecho en 1652, que he visto y que incluyo (fig. 11) no tiene forma de tal. También anda disconforme con la fecha citada de 1526, la crónica de Bruniquer, que supone lo de la primera piedra del citado baluarte en 1527. De todos modos, éste ya estaba hecho en 1535 (1), fecha en la cual el Emperador ya había proyectado la muralla entre él y la plaza del Vino, donde se había de hacer otro

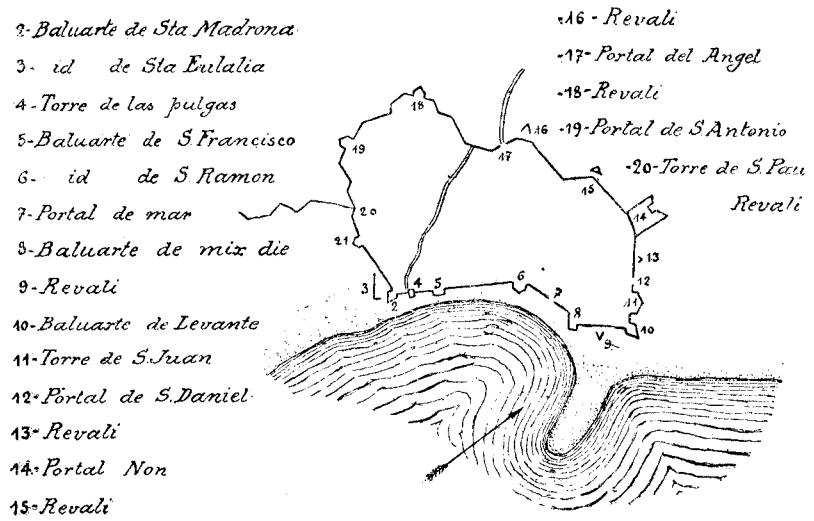


Fig. 11.

baluarte. Por lo interesante que resulta, creemos oportuno copiar la carta del Emperador a la ciudad de Barcelona, en que les habla del citado proyecto. Hela aquí: «El Rey. Amados y fieles nuestros: a los 26 de éste os escribimos encargándoos mucho la fábrica y fortificación de la marina de esa ciudad, la cual vosotros sabeis cuánto la habemos desseado y desseamos, y *como nos mesmo andovimos los desegnos y dejamos el aviso a nuestro Lugarteniente desse Principado, de donde y como se había de hacer la dicha obra y defensa* que era de la manera que él os ha propuesto y declarado; y al tiempo que teníamos creído que por estar nos ausente de España, la cosa estuviera ya principiada, nos escriben que no solamente

(1) En 5 de mayo de 1531 estaba terminado, pues en este día se arriendan las tiendas que estaban inmediatas.

no la habéis hecho, pero que os ponéis en limitar la obra y quererla hacer de otra manera que nos lo designamos, con decir que se os gastan la vista de la marina; de que por cierto mucho nos maravillamos, por que más razón hay haber de tener consideración al bien universal de toda la ciudad y tierra que no a particular alguno, y más os va en tener fuerte la ciudad que no al contentamiento de particulares personas mayormente después de esta nuestra santa empresa, en la cual como quier que Dios Nuestro Señor ha enderezado y endereza todas las cosas a su santo servicio y al bien de la Cristiandad, todavía en quedar irritados los enemigos de ella a nuestra causa, y después de una jornada como ésta habrá mayor necesidad de poner más recaudo en nuestras marinas. Por donde os encargamos mucho que hagáis comenzar la dicha obra como la dejamos ordenada, que es desde la *plaza del vino con el baluarte* hasta cabo el *baluarte que está hecho* como más largamente lo habréis entendido y entenderéis del dicho nuestro Lugarteniente general, sin que en ello haya más dilación, la cual nos recibiríamos en mucho deservicio. Dada en Túnez a 25 de julio de 1535 años. Yo el Rey.=Vidit, Mayas vicecancillarius. Camalonga, Secretarius.» (1).

Esta carta produjo resultado, pues, en 9 de septiembre del mismo año, se sacaron a subasta las obras, según consta en el *Diario del Municipio de Barcelona*, en el cual se especifican las obras que se habían de realizar, que son los siguientes: Un baluarte en el Espolón de Levante y una muralla desde dicho baluarte hasta el otro baluarte, que ya estaba construído delante de la Torre Nueva. En las obras se trabajó con gran actividad, durante día y noche, por los contratistas Luis Lobera y Francisco Carbó, carpintero y albañil respectivamente, que se quedaron con ellas por el precio de 7.895 ducados. Estos mismos contratistas se quedaron en 1536, por 6.800 ducados, con la muralla que desde el baluarte ya citado de la Torre Nueva corría al que se había de hacer en la plaza del Vino, y también incluído en el proyecto del Emperador. La primera piedra de este baluarte se puso el 24 de junio de 1540 y se llamó más adelante de San Ramón.

Refiriéndonos al plano que hemos presentado (2) anteriormente, y ha-

(1) El mismo día escribió el Emperador al Virrey, que lo era el Arzobispo de Zaragoza, diciéndole apretara en lo de la fortificación, admirándose de la resistencia presentada «porque haviéndolo nos mismo tanteado y visto y bien ponderado lo que conviene para la defensa, etc., etc.» Archivo de la Corona de Aragón, Registro 3.893 (Camino).

(2) En este plano se nota el paseo de la Rambla, en el cual y con frente a Monjuich, corría la muralla que construyó Pedro IV de que hablamos en el Discurso Preliminar.

ciendo abstracción del frente de tierra, obra posterior, y aun del baluarte de Santa Madrona, que se hizo más tarde por Calvi, resulta que las obras hechas antes de 1541, son los baluartes de Levante, de Mediodía y de San Ramón, de los cuales llama desde luego la atención el primero, que reproducimos (fig. 12) en mayores dimensiones aparte, y que, como se ve,

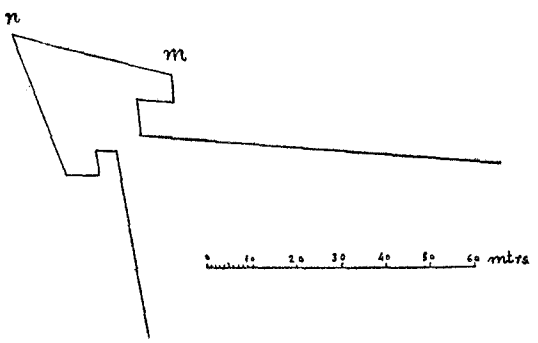


Fig. 12.

aunque de ángulo flanqueado muy agudo, honra al ilustre príncipe, que por su mano lo dibujó, siendo lástima que desapareciera al alborear el siglo XVIII, de orden de otro esclarecido Monarca, que sobre él construyó la ciudadela de Barcelona.

Estas son las únicas obras construídas antes de 1542, que tengan ya el carácter de verdaderas obras modernas, y todas ellas hacen referencia, como hemos dicho, al frente de mar.

Respecto a las demás plazas del Mediterráneo, nada se había hecho en ellas, pues que Tarragona pidió y quiso fortificarse cuando Luis Pizaño estaba ya en la Península, y Cartagena se agitaba en espera de fortificación, cuando arribaron a sus playas los restos de la malhadada expedición de Argel, entre los que venían el Emperador y su digno vasallo el Capitán Luis Pizaño.

***

Para terminar este capítulo voy a exponer algunos datos biográficos de los principales ingenieros que en las obras de la Península habían intervenido con anterioridad a 1541.

El Comendador Maestre Ramiro López.

De tan ilustre artillero e ingeniero, cuya existencia en el último concepto no debió escapar a la investigación del Coronel Aparici (1), no

(1) Lo cita en la segunda parte de su Informe (página 5) como contratista de obras en la Alhambra de Granada en 1493 y 1494, y además me consta proporcionó

formó este profundo investigador biografía ni se dió por enterado de la importancia del personaje, una vez que en la tercera parte de su informe, al comenzar la exposición de datos biográficos relativos a los diversos ingenieros de que había encontrado rastro en el Archivo de Simancas, no lo cita, ni tampoco en la relación de aquellos otros de que, por diversas causas, se cree libre de tratar.

Uno de estos últimos es precisamente el Secretario Francisco Ramírez de Madrid, Jefe de la Artillería de los Reyes Católicos, y aun Obrero Mayor de los Alcázares y Atarazanas de Sevilla. Este célebre personaje, cuya honrosa vida y heroica muerte, en 1500, luchando, como buen caballero, contra los moriscos rebelados, le hacen acreedor a las máximas alabanzas ha sido causa, por su apellido patronímico, de que muchos autores le hayan creído la misma persona que Maestre Ramiro que fué, como en otro lugar he dicho, el verdadero técnico como artillero e ingeniero en las guerras de Granada.

Francisco Ramírez representó en la artillería aquel papel que en el «Discurso Preliminar» hemos dicho correspondía a personas de elevada categoría social y, sobre todo, de la mayor confianza de los soberanos. En cuanto al cargo de Obrero Mayor ocurría cosa análoga a lo que en artillería pasaba, pues ello no quería decir intervención como técnico en las obras, sino persona honorable y aficionada a obras y capaz de conseguir que al dinero destinado a ellas se le diere buena aplicación, con cuyo significado queda aún en nuestros Cabildos Catedrales, donde existe siempre un canónigo con el título de Obrero para aquellos efectos.

De la confusión entre Maestre Ramiro y Francisco Ramírez—en ella cayó en gran escala M. Ratheau, de quien hablamos en el «Discurso preliminar», que llama al primero Don Ramírez—ha nacido grave perjuicio para la fama póstuma de Ramiro que, como decimos, fué el verdadero técnico de la guerra de Granada, y digno de una biografía que, si Dios quiere, he de publicar, y, si no buena, no será nunca tan mala como el silencio absoluto en la materia (1).

La causa del silencio de Aparici fué dedicarse con preferencia al siglo XVI y dejar a su compañero de investigaciones, el artillero Salas, la

a Varela y Limia un documento sobre su intervención, en 1490, como ingeniero, en Salobreña. (Resumen histórico del Arma de Ingenieros, segundo Apéndice, página 222). De este documento trató también Almirante en su Diccionario sobre la palabra *baluarte*, tomándolo de Varela.

(1) Ninguna pasión me puede guiar en estas apreciaciones, pues, sobre no permitirla los muchísimos documentos que se conservan de Simancas, bien quisiera que las glorias del Secretario Francisco Ramírez de Madrid, fueran las mayores posibles, pues sé por Gonzalo de Oviedo (*Varones Ilustres*, tomo II, Manuscrito en la Bi-

explotación de abundante cantera representada por los documentos de la Contaduría mayor y Escribanía mayor de Rentas, con lo cual la personalidad de Ramiro López como artillero quedó más destacada y la hizo resaltar después Arantegui, en su *Historia de la Artillería Española.*

A los efectos de este capítulo expondremos sólo los principales pasos de la vida militar de Ramiro López, y esto de manera esquemática.

En 1482, y procedente de Aragón, entra a servir en el ejército aprestado contra los moros de Granada, como bombardero. En julio de 1485 ya era Artillero Mayor, y con fecha 3 de julio se le concedió a Ursula Ramiro (1), su mujer, un Privilegio de por vida de 20.000 maravedises por los servicios de aquél en los cercos de Tahara, Alora, Setenil, Coin, Cartama, Ronda y Marbella (2).

Después de la toma de Loja (28-V-1486) pasó con los Reyes a Ponferrada, para combatir al Conde de Lemus, sublevado, y al año siguiente estaba en Málaga, en cuyo célebre sitio tomó parte muy activa.

Lo mismo hizo en todos los demás de la guerra y en 1490, y en Salobreña, recién tomada, mejoró sus fortificaciones, así como las de las otras plazas, hasta el total vencimiento de los moros en 1492.

Este año era ya Ramiro López Maestre Mayor de la Artillería y Comendador y se le había hecho por los Reyes donación de una torre y tierras en los alrededores de Guadix. Después siguió entendiendo en las obras del Reino de Granada.

En 1496 hizo un reconocimiento en la costa de Africa y respecto a Melilla estudió los recursos que para su posesión habían de llevarse y con arreglo a los cuales se tomó aquella plaza y se consolidó su dominio.

No pudo, sin embargo, asistir a la ocupación de Melilla, porque el mismo año 96 fué enviado por los Reyes a la frontera del Rosellón y Cerdaña, en donde entendió en todas sus obras de fortificación, proyectando y construyendo la de Salsas con arreglo a los principios que hemos expuesto en el Discurso Preliminar.

Fué un representante legítimo de la primera tendencia con que se inició el segundo período de transición y tuvo la honra más cara a un ingeniero, o sea la de construir una plaza y defenderla con éxito contra los enemigos de su patria. En el sitio, y como minador, hizo volar la pri-

blioteca Nacional) que aquél se llamó *así* «porque su madre era de Madrid e allí se casó su padre, que era un *hidalgo montañés* de San Vicente de la Barquera, de los de Oreña, que es un linaje de hidalgos notorios; e a su madre yo la alcancé e conocí que era una dueña ya muy vieja e honesta».

(1) Su verdadero apellido era Mompales. Ursula murió en Guadix en 2 de abril de 1503, y fué enterrada en la Iglesia de San Francisco.

(2) Simancas (Mercedes y Privilegios, l.° 98, folio 50).

mera mina defensiva que registra la Historia, según en otro lugar hemos manifestado.

Finalmente murió en 1505.

Pedro de Malpaso.

La existencia de este ingeniero fué ignorada por Aparici.

Lo encuentro citado por el Secretario de los Reyes Católicos Hernando de Zafra, cuya correspondencia con éstos se ha publicado en la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. En carta dirigida a dichos monarcas, de fecha 20 de junio de ¿1502? desde Granada, les dice: «La venida de Malpaso para esto de la obra me parece muy bien, porque mejor lo mirará y sabrá que yo, pues aquel es su oficio.»

En la carta no se cita el año, pero habla del «año pasado al tiempo del levantamiento de los moriscos» que, como se sabe, fué en 1500. Además, trata el Secretario de la plaza de Gibraltar que se había tomado a los Duques de Medina Sidonia en enero de 1502, de cuyo asunto se muestra muy preocupado. Por tanto, teniendo en cuenta que la muerte de Doña Isabel fué en 1504, y que el hablar en aquella época del *año pasado* no exige absoluta proximidad, me inclinan a la fecha de 1502 que he presupuesto.

Indudablemente Malpaso llegó a Andalucía para suplir ausencias de Ramiro López que andaba, como sabemos, en el Rosellón.

Según Camino, Malpaso se encontraba en 1514 en Navarra, entendiendo en fortificaciones, pues, por Real orden de 24 de septiembre, se mandó al Capitán General, Marqués de Comares, que enviase a Malpaso a reconocer el castillo de Burgui, en el Valle del Roncal, para que dispusiera las obras que hubiera que ejecutar.

Cean Bermúdez (1), por su parte, manifiesta que en 1521 seguía entendiendo en las fortificaciones de Pamplona. Consta asimismo que Malpaso trabajó en las obras de fortificación de Alguer (Cerdeña).

Desconozco la procedencia de Malpaso, a quien supongo hijo de la Corona de Aragón y, acaso, oriundo del lugar de Malpas (Conca del Tremp).

Tadino de Martinengo, Prior de Barletta.

Es seguramente uno de los más distinguidos ingenieros que han salido de la noble nación italiana.

Carlos Promis expuso en sus Memorias, antes de ahora citadas, unos

(1) *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura.* Tomo I.

apuntes biográficos de este ingeniero, los cuales copió más tarde Aparici.

El artillero Salas halló en Simancas algunos documentos referentes a Martinengo—que, entre otros, ejerció el cargo de Capitán General de la Artillería Imperial— los cuales fueron publicados por Arantegui.

Yo indicaré en estas líneas otros datos nuevos sobre Martinengo, como ingeniero principalmente, y durante sus estancias en la Península, pero todo ello vale poco en relación con la persona a que se refieren, que bien merece que algún compañero de su patria le dedique una completa biografía. Seguramente que en Simancas no le habían de faltar materiales.

Martinengo nació en tierra de Bérgamo, y en 1522 servía como ingeniero en la isla de Candia. Durante el sitio de Rodas, del mismo año, consiguió entrar en la plaza asediada por los turcos, empleando todos los recursos de su ciencia en defenderla—de los puestos en juego como minador ya hemos hablado en otro lugar—sin que la fortuna le acompañase, pues la plaza tuvo que rendirse a Solimán.

Los sanjuanistas le recompensaron sucesivamente por sus servicios con los títulos de Caballero de la Gran Cruz, Prior de Pisa, Bailío de San Esteban y, finalmente, Prior de Barletta que fué el más usado por él.

Además, como la pérdida de Rodas dejaba a la Orden sin residencia soberana, pensaron, el gran Maestre y su Consejo, en la isla de Malta, y para solicitarla de Carlos V enviaron al Prior D. Diego de Toledo, hijo del Duque de Alba, y a Martinengo, como embajadores con aquel objeto.

Estos llegaron a Pamplona, donde estaba Don Carlos, el 5 de Diciembre de 1523 (1) y hecha presente la embajada accedió el Monarca a la pretensión de los sanjuanistas, con tal de que tuviesen también a Trípoli —cosa que les hizo muy poca gracia—y le diesen, como pensión, un halcón todos los años.

Sabedor el Emperador de los muchos conocimientos de Martinengo en artillería y fortificación, le tomó a su servicio en condiciones muy honrosas. El nombramiento de Capitán de la Artillería de España lo firmó el Rey el 5 de julio de 1524, y poco después pasó Martinengo a Italia y a Marsella, en cuyo sitio le hemos encontrado al tratar de Pizaño.

Nuevamente volvió a la Península, estando en Sevilla el 29 de mayo de 1526 en que nombró a Miguel de Perea su teniente en el Reino de Navarra.

Fué sin duda en esta etapa cuando pasó a Melilla, en donde me consta por un documento de Simancas, su fecha 1540, que el torreón de Santi Spíritu estaba más bajo que lo trazó el Prior de Barletta *cuando se hizo a*

(1) «Cartas de D. Martín Salinas», publicadas por Rodríguez Villa. Carta número 55.

Melilla (1). Como es sabido, en 1525, se tomó un asiento para la defensa y guarda de Melilla entre el Emperador, la Reina su madre y D. Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, Duque de Medina Sidonia, y consecuencia suya debió ser la ida de Martinengo a Melilla.

Este marchó nuevamente a Italia, ahora con licencia, para donde ya había salido el 6 de julio de dicho año 1526.

Al frente de varias compañías de españoles y para auxiliar al bando de los Adorno, partidario del Emperador, se encontraba en mayo de 1527 en Génova, en donde derrotó, en varias ocasiones, al bando francés de los Fregoso, siendo por fin vencido en un encuentro y cayendo prisionero.

En la Colección Salazar, de la Academia de la Historia (2), hay varias cartas de los agentes del Emperador, en que se da cuenta de estos combates, y en todas ellas se hacen grandes elogios del Prior, tanto de su ardor y entusiasmo por la causa del Emperador, como de sus conocimientos y prudencia en el consejo.

En 23 de noviembre de 1528 ya se hallaba en libertad por rescate y en plan de volver a España, para verse con el Emperador. Debió embarcar en la primera quincena de diciembre y trajo muchas cartas, en las que se hacían grandes elogios de su conducta pasada, y se le recomendaba al Emperador, entre otras cosas, como muy conocedor de los asuntos de Italia.

El 12 de febrero de 1529 se encontraba en Toledo, en donde firmó un documento relativo a la artillería con que debía pasar a Italia el Emperador, y, sin duda, hizo el viaje con éste, no volviendo más a España.

Como en el título por el cual se le nombró Capitán de la Artillería, se indicaba que lo sería no solamente de España, sino de donde quiera que el Rey se pusiera en campaña, Martinengo debió acompañar a Don Carlos en sus andanzas, y, desde luego, se encontraba con él en Viena en 1532, cuando tan magnánimo Príncipe se enfrentó con el Soberano de Turquía.

En 1533 se retiró del servicio, a causa de sus heridas y hasta abril de este año cobró el sueldo por España, pues por Cédula de 8 de este mes, se dispuso se le situara en Italia su pensión.

En 1538 se acuñó una medalla en su honor y murió en 1544.

Figura en el libro *Quesiti*, de Tartaglia, como el principal interlocutor, contestando a 37 cuestiones de artillería y fortificación.

Finalmente me consta su intervención en España, como ingeniero, además de en las dos plazas de Melilla y San Sebastián, de que ya se ha

(1) M. T. 1.° 18, A.
(2) Principalmente A-43 y A-45.

tratado en este trabajo, en las del Rosellón, y, desde luego, con mucha probabilidad en Pamplona, donde estaba, según leemos, en 1523. Nada tenemos que añadir, respecto a sus ideas en fortificación, a lo dicho en el Discurso Preliminar, al tratar del frente de San Sebastián.

Benedicto de Rávena.

De este distinguido ingeniero italiano que, según Aparici, fué el primero que usó tal título en Castilla, redactó este escritor una extractada biografía que puede leerse en la tercera parte del informe que dió respecto a su comisión en Simancas.

Sirvió Benedicto cinco años a Don Fernando el Católico en Italia. Estuvo en Rodas, con Martinengo, en 1522, durante el sitio, ejerciendo el cargo de Teniente de Capitán de la Artillería. concediéndole la Orden de San Juan, cuya era la isla, como recompensa a sus servicios, el Hábito de su religión y 130 ducados de renta.

Se halló en el sitio de Marsella, donde también estuvieron, como hemos visto, Martinengo y Pizaño y después vino a España, redactando en 1529 un proyecto para fortificar el castillo de Villalpando, donde se pensaba guardar en rehenes a los hijos de Francisco I (1).

En 1530 se encontrsba en Italia, asistiendo a la guerra de Florencia y en 1535 en Túnez, adonde fué procedente de España. Fortificó a Bona en Africa, y a su vuelta a España continuó sirviendo como ingeniero el resto de su vida. Fué en este servicio el más constante de los que lo profesaron en esta época en España. Visitó todas sus plazas, proyectando y mejorando lo que importaba.

Murió en España en 1555, pero mucho antes estaba completamente ciego y cuando vino Pizaño a España muy decaído de salud. Esto no obstante tomó parte en la defensa de Perpiñán, en 1542, de la que hablaremos en el capítulo siguiente.

Benedicto de Rávena fué un hombre benemérito y un representante genuino de la llamada «Escuela Italiana» en su primer período. De modo sistemático colocaba pequeños baluartes en los puntos convenientes, no concibiendo la fortificación sin aquéllos.

Los baluartes proyectados por Benedicto (2), se componían de dos muros, perpendiculares a la cortina, para servir de flancos o traviesas como él los llama, y otros dos formando ángulo saliente y cubriendo a los primeros lo necesario para que no se puedan batir de lejos las cañoneras.

(1) Este interesante proyecto lo he encontrado en *Colección de Jesuitas*, tomo 115 (Academia de la Historia).

(2) Puede verse la muestra en su proyecto para Perpiñán que hemos presentado anteriormente.

Sobre los primeros se volteaba una bóveda, que arriba se enrasaba con tierra y se cubría con losas, formando la plaza alta para flancos y para batir el terreno exterior.

Toda la superficie alta del baluarte estaba protegida por parapetos de tres varas de alto, a través de las cuales, por cañoneras, disparaban las piezas que miraban a la campaña. Finalmente, los muros escarpados tenían la pendiente de $^1/_5$, que terminaba en el cordón, a partir del cual los parapetos eran verticales, y, en cuanto al espesor de los muros de cabeza, variaba ligeramente, según la mayor o menor posibilidad de ser batidos.

El Maestre de Campo D. José de Guevara.

Perteneció a una de las más linajudas familias españolas.

Fué señor (el XIII según Sandoval en su Historia de Carlos V) de las Casas de Escalante y Valdaliga, situadas en Trasmiera y Asturias de Santillana, respectivamente. La primera casa tenía dos títulos, uno de Conde de Tahalú y otro de Marqués de Rucandio, ambos lugares en Trasmiera, pero D. José no los usó.

En 1531 se cruzó de Santiago. En 1535 era Maestre de Campo, y, como muy inteligente en fortificaciones, proyectó obras en Logroño y Pamplona.

Más adelante fué nombrado Gobernador del Rosellón, residiendo en Perpignán cuando Pizaño estuvo en esta frontera y siendo muy buen amigo suyo.

La alta posición social de D. José le alejó de la ingeniería militar, que sólo por accidente ejerció. Sirvió con mucha lealtad a Carlos V y a su hijo, por quien fué nombrado, en 1565, Virrey de Navarra.

Muchos más detalles biográficos podría añadir de este personaje, pues, a su familia le dedicó una de las Ilustraciones que ha escrito sobre la Merindad de Trasmiera; pero basta con lo dicho para el objeto que nos proponemos con estas noticias.

En la actualidad es señor de la Casa de Escalante el Conde de Santa Coloma.

Las ideas de Guevara, respecto a fortificaciones, variaban muy poco de las de Benedicto de Rávena.

De manera sistemática, colocaban, en los puntos principales de los recintos, pequeños baluartes, llamando el primero al espuntón protector de los flancos, *cabezas de diamante*, y especificando en su proyecto de Logroño de 1535, que los cubos se hagan «a *defensa cubierta, como ahora se va usando,* que es unas ventajas que se dan a los cubos por delante, con

lo cual los traveses quedan más protegidos». Esta expresión del Maestre de Campo Guevara, me induce a sospechar que solamente en los años de 1535 y siguientes, se consolidó lo del saliente de mampostería, no yendo tan descaminados los que fijaron, en 1527 y en Verona, el empleo de semejantes defensas, y que convendría revisar mucho de lo dicho por autores extranjeros acerca de este punto, porque no bastan simples figuras para demostrar nada, como vemos que en España se realizó, pues mientras el plano de Salsas de 1503 presenta en planta verdaderos baluartes, no se utilizan hasta después de 1527, y esto con las limitaciones que al Cubo Imperial de San Sebastián, descrito por nosotros, hay que hacer.

Baltasar Vianelo el Paduano.

La estancia de este ingeniero en España fué muy corta. Era italiano y pasó a Flandes donde el Emperador, según hemos dicho en el Capítulo I, le nombró ingeniero en noviembre de 1540, con destino a España, en primer término.

Vino a la Península y recorrió Cádiz, Gibraltar, Pamplona y las plazas del Rosellón, haciendo proyectos de alguna de ellas y marchándose muy pronto a su tierra, coexistiendo contados meses con Pizaño, a principio de 1542.

La última comisión del Paduano en la Península es a la que hace referencia el siguiente párrafo copiado del documento ya citado anteriormente (1).

«Habiéndose visto en Consejo la traza de *Perpiñán* en presencia del Comendador Mayor de Alcántara y de Luis Pizaño y de Baltasar Paduano, y platicado largamente sobre la manera como se había de hacer y continuar el cubo de San Lázaro, se resolvieron en que las orejas de él estén de la suerte que las querían hacer; y esto por quitar la diferencia de sacarlas más de como estaba trazado que se hiciese porque pareció que podían servir conforme a los traveses de la muralla; y cuanto a las bóvedas y troneras, pareció que se debían cerrar e henchir de tierra y que arriba se hiciere de manera que pudieren tirar las piezas por barba y que el pretil no fuere redondo, sino por línea derecha para que la pieza pudiere tirar lo más cerca que fuese posible al pie del foso, y que los dos traveses que juegan por los dos lienzos del muro se mirare que no se cautivasen las piezas, sino que quedasen libres, de suerte que pudieren andar a un cabo y a otro, y que el agua que va por la parte de dentro se echare por fuera del bastión y se cerrare por donde va ahora, y que ade-

(1) S. E. l.° 270.

más de esto se derrocare la muralla que va por la parte de dentro del bastión a Santiago; y habiendo escrito a D. Juan de Acuña (1) que conforme a esto y al memorial que se le envió que era en esta sustancia hiciere continuar la obra del dicho cubo, ha respondido que llegado el dicho Baltasar Paduano se tornó a platicar entre él y Maestre Enrique en lo contenido en el dicho memorial y que se determinó que la obra del dicho cubo se hiciere conforme a una relación que el dicho D. Juan envía, la cual se trae aquí juntamente con la traza de Perpiñán, para que Vuestra Majestad la mande ver y se resuelva en lo que más sea servido, para que se responda al dicho D. Juan con brevedad, porque las obras no cesen en tan buen tiempo como éste.»

(1) Gobernador del Rosellón. Este y los demás personajes citados han de ser presentados más adelante, conformándome por el momento con llamar la atención sobre la adopción del tiro a barbeta y de la movilidad de las piezas, soluciones ambas que ya acusan la presencia de Pizaño en el Concejo. *(Nota del autor.)*

MUSEO DE ARTILLERÍA
BIBLIOTECA CENTRAL

CAPÍTULO X

(1542.)

Visita de Pizaño a las plazas de Burgos, Logroño y a las del Reino de Navarra. Proyectos de fortificación que hizo para Pamplona y Estella. Orden del Emperador de 19 de marzo, viaje de Pizaño a las plazas de San Sebastián y Fuenterrabía y proyectos para su fortificación y armamento. Segunda visita hecha a las dos plazas de Pamplona y Estella y a las de San Sebastián y Fuenterrabía. Demolición del castillo de Behovia y de la plaza de Lumbier. Marcha de Pizaño a Barcelona y a las plazas de Rosellón. Disposiciones dictadas para la mejor defensa de esta frontera. Sitio de Perpiñán. Viaje de Pizaño con la Corte a Tarragona y Valencia.

Con el presente capítulo entramos en un período de la vida de Pizaño, en el cual el biógrafo puede caminar con paso despejado, pues la abundancia de documentos y el enlace que entre ellos se establece permite seguirle al día, por así decirlo. Por otro lado, en los capítulos anteriores, hemos visto a Pizaño cumplir siempre su deber considerado como capitán de Infantería y como artillero, encontrándose en infinidad de ocasiones de profundizar todos los conocimientos que el Arte de la Guerra trae aparejados. Pero, por grande que haya sido nuestro deseo de investigarlo, no nos ha sido posible sorprenderlo en ningún empeño de Ingeniero militar, en toda la extensión que a esta palabra puede dársele en el día. Por eso nuestra satisfacción es grande al poder mostrarle ahora de regreso a su Patria con tal universalidad de conocimientos que hacen de él uno de los militares más completos que el siglo XVI puede presentar. Y, para honra suya, parece como si hubiera estado almacenando durante su vida estos conocimientos con objeto de utilizarlos y aun derrocharlos en la empresa más noble para un soldado: en la defensa de su Patria.

Otra circunstancia tenemos que hacer resaltar en este momento de la vida de Pizaño, y es su salida definitiva del cuadro de la Infantería a la

cual ya no vuelve. Su compañía, que en Lombardía quedó a las órdenes de su hermano, no le contemplará nunca más a su frente conduciéndola con el honor que había sido su constante divisa.

Poco o ningún tiempo tuvo Pizaño de descansar después de su llegada a Cartagena, en la cual, como hemos dicho, debió tomar parte en los primeros estudios que de fortificación moderna se han hecho en aquella importante plaza.

La animosidad del Rey Francisco y del Emperador, no era de las que fácilmente pueden concluir sino es con la vida. Así que, ni la tregua firmada en Niza en 1537, ni la amistosa conferencia de Aguas Muertas, cuyas consecuencias hemos tocado en el Capítulo VIII en el Piamonte, pudieron ser otra cosa que un respiro o verdadera tregua a la añeja animosidad que a sus corazones animaba.

Por lo tanto, así que Francisco I vió a su rival empeñado en los asuntos de Africa, comenzó a pensar en que la ocasión que se le presentaba no era para perdida y sintió vivos deseos de volver a las hostilidades, las cuales, por otra parte, pensaba serían reanudadas por Don Carlos a su vuelta de Argel, si, como podía creerse, volvía triunfador, como seis años antes de Túnez. Pero el Rey de Francia no era un rufián, como se empeñan en hacernos creer algunos de nuestros historiadores, y no podía bastarle para poner por obra su plan la circunstancia de ver a su rival empeñado en una empresa honrosa, ni por otra parte estaba tan desprovisto de sentido moral que no comprendiese cuanto perdía a los ojos de la Europa cristiana al aprovecharse de una ocasión que contaba con toda la simpatía de aquélla.

La suerte le favoreció esta vez y el asesinato de sus embajadores Rincón y Fregoso en el Pó, asesinato que muchos escritores atribuyen sin rebozo al Marqués del Gasto, deseoso de apoderarse de papeles que consideraba útiles al Emperador, por reveladores de las alianzas contra él tramadas, fué una causa que tuvo todas las apariencias de honradez que necesitaba Francisco I para atacar al Emperador. Si a esto añadimos que la tempestad que destrozó la escuadra en aguas argelinas condujo en sus alas y en todas direcciones los restos que la formaban, y que éstos fueron a modo de fatídica trompa que anunnciaron por toda Europa la magnitud del desastre, no nos ha de extrañar que a la llegada del Emperador a Cartagena las fronteras de sus Estados se encontrasen agitadas ante la amenaza de un ataque que no había de hacerse esperar.

No nos interesa a nosotros ahora el ocuparnos de nada que con los cuatro ejércitos organizados por Francisco I para operar en el Luxemburgo, Brabante, Flandes y Piamonte tenga relación. Nos interesa, en cambio, y, muy particularmente, cuanto se relaciona con el quinto cuerpo que,

mandado por el propio Delfín Don Enrique, debía descargar sus furias sobre la frontera Pirenáica.

Al empezar el año 1542, el peligro se presentaba inminente en toda la extensión de esta frontera y a toda ella, por lo tanto, hubo que atender y muy especialmente a la parte más peligrosa, o sea la de Guipúzcoa, Navarra y Rosellón. En la segunda hallábase de Virrey el Marqués de Cañete, con residencia en Pamplona que era la más importante de las plazas de Navarra. En el Rosellón gobernaba como Capitán general D. Juan de Acuña, que residía en Perpiñán, capital del Condado y su más importante plaza de guerra. Por último, en la frontera de Guipúzcoa, existía como Capitán general D. Sancho de Leiva, de ilustre familia, y que tenía su residencia en la plaza fronteriza de Fuenterrabía, de la cual era Alcaide.

El primer ataque se temía por la parte occidental de los Pirineos y para ella fueron los primeros cuidados. Nombróse al Condestable de Castilla para el mando de todas las fuerzas que habían de oponerse en campo abierto por este lado a los franceses.

Dióse al Duque de Alba una importantísima comisión íntimamente relacionada con el objeto de este estudio: la de visitar con la mayor celeridad todas las plazas fronterizas de Navarra y providenciar en todo cuanto a su movilización, fortificaciones, artillería, etc., hubiese lugar. En este viaje debía acompañarle D. Pedro de la Cueva, Capitán general de la Artillería de España, según sabemos, y como tecnico, en cuanto se refiriera a artillería y a fortificación, Luis Pizaño.

La orden de proceder cogióle al Duque en su casa de Alba, desde la cual, el 6 de enero, escribió al Emperador se pondría en marcha en seguida, pues consideraba muy útil el proveer la frontera de Navarra, por más que era de creer que los franceses, visto que el Emperador había salvado su persona en Argel y que la pérdida no había sido tan grande como ellos creían, *estarán más moderados en sus designios* (1).

Cumplió su palabra el Duque, y, acompañado de Cueva y Pizaño, que ignoro donde se le incorporaron, recorrió las plazas de Burgos, Logroño, Estella y Pamplona, en donde estaban el día 5 de febrero, en la cual firma Pizaño los memoriales correspondientes a la fortificación de Pamplona y su castillo, de que habla Sandoval en su historia, y que he tenido la suerte de encontrar en Simancas (2).

(1) S. M. T., l.º 25

(2) En Simancas y legajo 25 de Guerra de Mar y Tierra, hay una carta del Virrey Cañete al Emperador fechada el 3 de enero, en la cual le manifiesta que las noticias que tiene de Francia son que D. Enrique está en Navarreux y que se habla de que se reune gente para invadir a Navarra, pero que aún son pocos. Que la gente suya

En todas las plazas visitadas dispuso Pizaño cuanto le pareció conveniente para las obras, con aquél carácter de urgencia que la necesidad aconsejaba.

Vióse desagradablemente sorprendido con el estado del armamento y municiones de Burgos, residencia de los artilleros ordinarios, y con el modo de prestar el servicio, así es que pronto se percató de la necesidad de reformar abusos y llenar deficiencias, como lo hizo, según quedará consignado al exponer sus trabajos más adelante.

Las obras urgentes propuestas por Pizaño, para las plazas de Logroño y Estella, así como las necesidades que en su artillería sentían, se deducen de las cartas cruzadas entre el Emperador y D. Pedro de la Cueva, el Duque de Alba y Marqués de Cañete. En una de D. Pedro, escrita el 12 de febrero en Logroño, se le ve poner ya manos en el abuso inveterado de prestar servicios los artilleros por tenientes o, como si dijéramos,

(la de Cañete) está mal pagada y los más de los soldados se marchan a sus casas. Que ha recibido la carta del Emperador fechada en Ocaña el 28 de diciembre de 1541, en la cual le dice envía al Duque de Alba para que reconozca toda la frontera y ordene lo más conveniente, por lo cual le da las gracias. Que el Paduano hace quince o veinte días que llegó a Pamplona y dos que comenzó a hacer la traza, habiendo empleado este tiempo en reconocer las fortificaciones y estudiarlas. Que al dicho ingeniero no le disgusta estar en Pamplona y, por lo tanto, esperará la llegada del Duque de Alba, como manda el Emperador. Que le ha ordenado que disponga fortificaciones *para el presente* y que no sabe como lo hará.

En el mismo legajo hay otra carta de Cañete al Emperador, fechada el 16 de enero, en que le manifiesta que el reino anda movido por las noticias que vienen de Francia y saber que llega el Duque de Alba, con lo cual suponen va a haber guerra, por todo lo cual siente la dilación del Duque, que aún no ha venido. Anuncia la llegada del capitán Campuzano con 200 hombres desde Perpiñán, a los cuales se les deben 33 meses. Añade: «Ya escriui a Vm.t como avia benido mizer valtasar yngeniero que a 30 dias que llego a esta cibdad, los quales se a ocupado en hazer una traça de como edificará la fortaleza y los cubos de ella, la qual avnque paresçe que es bien hecha, para el presente sirve poco, pues se requiere gran tiempo y mucho dinero, y así yo le he apretado para que ordene lo que al presente se puede hazer con brevedad y poca costa y a puesto por escrito algunas cosas que verá el duqne.»

Por las cartas anteriores se vé que el Paduano era bastante tumbón o acaso no conocía bien lo que hoy llamaríamos fortificación semipermanente. Salió pronto de Pamplona para Perpiñán. Lo que él no supo hacer lo ejecutó Pizaño en poquísimos días.

En cuanto a la cita, que en el texto hacemos, de Sandoval, encuéntrase en su Historia de Carlos V, al tratar de las prevenciones hechas por el Duque de Alba para Pamplona, entre las cuales se lee: «Que siga y guarde dos memoriales que hizo el Capitán Pizaño, firmados de su nombre, para la fortificación de la ciudad y castillo, y luego comienze a hacer todo lo demás que pudiere.» Los citados memoriales fueron remitidos por el Virrey al Emperador en carta de 12 de febrero. (Mar y Tierra, legajo 25.)

por segundas personas, reclamando en cambio dinero para asegurar sus pagas, con lo cual «yo seré más costoso que los otros capitanes, pero Vuestra Majestad será mejor servido y en lo que yo faltare enmendará Luis Pizaño si Su Majestad lo hace bien con él».

No se paró el Duque en Pamplona, sino que a continuación y con rapidez se dirigió a Lumbier, Tafalla, Olite y Tudela, en cuyos puntos encontró a la gente dispuesta para construir las obras proyectadas por Pizaño, por lo cual el Emperador escribió dando las gracias a dichas poblaciones por su buen espíritu, que era de agradecer, dado lo reciente de la conquista.

De todas las plazas visitadas hizo Pizaño *trazas* y *memoriales* (1) los cuales se pusieron en marcha en seguida, principalmente en Pamplona, a donde remitió Su Majestad 4.000 ducados, disponiendo también que en la fortaleza de Estella se hicieran las obras, las cuales consistían en bóvedas, terraplenes y defensa de la puerta, para lo cual proveyóse de dinero. En cuanto a las proyectadas para Logroño las dejó el Emperador para cuando viese las trazas, y mientras tanto escribió al Duque que a su vuelta tratase de hacer un buen acomodo con la ciudad, a fin de que ella contribuyese a las obras que habían de construirse.

Muchas cartas he encontrado que a la fortificación de Pamplona en esta época hacen referencia, cartas cruzadas entre el Virrey Cañete y el Secretario Cobos o con su Majestad. Por ellas se ve cómo se puso mano con gran actividad en el abrir de los fosos entre el castillo y cubo de Caparroso, obra que resultó muy costosa por ser todo el terreno de tufa y, por consiguiente, necesario el empleo de barrenos que exigía buscar *minaqueros (sic)* (2), que por lo visto no escaseaban ya por entonces en Navarra. Por dichas cartas también se ve el concepto que al Virrey merecía Pizaño, pues aun cuando Benedicto de Rávena andaba por esta época en Pamplona, escribe aquél al Emperador, constantemente, pidiéndole envíe a Pizaño.

Así, en carta escrita en 20 de febrero (3), le reclama con premura,

(1) *Planos* y *Memorias* diríamos hoy, si bien en los memoriales se comprendía muchas veces, también, los Estados de dimensiones y Presupuestos.

Para la comprensión de las referencias que se hacen en el texto a las plazas de la frontera Pirenáica y del litoral, el lector hará bien en consultar los planos presentados en el Capítulo IX.

(2) S. M. y T., leg.º 25. Se ve, también, por cartas del 12 y 25 de febrero que el Duque mandó meter dentro de la Plaza tres compañías, lo que era contrafuero; pero como había portillos abiertos para meter la tierra de los fosos dentro, existía un serio peligro y la necesidad de cumplir la orden y propone Cañete, como solución conciliadora, que paguen los soldados la posada.

(3) S. M. y T., l.º 25.

pues como él había ordenado lo que se había de hacer en la fortificación «más se hará en un día con él que muchos en su ausencia». Igualmente manifiesta el Virrey en la misma carta, que es necesaria la presencia de Pizaño para poner en orden la artillería.

Pero como ya la primera visita, aunque rápida, de Pizaño a las obras había dado a conocer al Duque de Alba cuanto sabía Pizaño en materia de fortificación, se trató ya en la Corte de sacarle partido en este sentido, pues, sin duda con objeto de que pudiera aprovechar el tiempo, el Emperador puso como decreto en la consulta a la anterior carta «que Pizaño irá a dar orden en esto de las obras, y que el Comendador Mayor provea de persona que vaya a poner en orden la artillería».

Para el Comendador D. Pedro de la Cueva, que por propia confesión no se podía arreglar sin Pizaño, estas comisiones eran motivo de serio disgusto y constantemente reclamaba al Emperador no le quitasen a Pizaño, poniendo así de relieve que cuando la necesidad apremia es cuando los hombres de valer se imponen y los mismos prohombres que en tiempos de bonanza protegen a una serie de mediocres, impuestos por parentescos o debilidades, cuando llega la ocasión se agarran a los hombres que puedan ayudarles a salir airosos de su cometido.

Mientras tanto que se iban desarrollando las obras por Pamplona y Estella, Pizaño no estaba ocioso y tuvo que acudir a completar la visita por el lado occidental de la frontera, o sea por las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián. Andaban por este tiempo en esta última con grandes disgustos el Capitán Villaturiel, Alcaide del Castillo de la Mota, y el Común de la villa, pues como los cubos de D. Beltrán, Ingente y Torriano habían sido construídos por ésta, teníalo como cosa propia y mal entretenida, tomando poco cuidado con las llaves de la plaza, cuyas puertas se abrían a cualquier hora de la noche para dar salida a los vecinos que iban a pescar o a otros menesteres, con lo cual el citado Alcaide y el Capitán General D. Sancho de Leiva temían pudiera ser hurtada la plaza, no por traición de ninguno de los vecinos, que de todos se tenía confianza absoluta, sino por una sorpresa que el descuido de éstos hacía posible, teniendo en cuenta que la cerca que daba al monte estaba aportillada por muchas partes y el lienzo que miraba a la Zurriola hallábase débil en extremo (1). Todas estas circunstancias, así como la necesidad de saber

(1) En Simancas (M. y T. 1.° 21), existen muchos documentos donde se hace patente el abandono en que los vecinos de San Sebastián tenían los citados cubos a fin del año 1541. Para evitarlo dispuso el Emperador se diesen las bóvedas de los cubos del Ingente y Torriano, que eran del Común, y las del cubo Imperial a ciertos vecinos o continos que los tuvieran en tenencia, con la condición de conservarlas limpias. A esto se opusieron los vecinos de San Sebastián, diciendo que los dos primeros los

de modo cierto el estado de las fortificaciones de San Sebastián, Fuenterrabía y Castillo de Behovia determinaron la instrucción dirigida a Pizaño, que copio a continuación, en la cual asimismo se le ordena pasar después de la visita a estas plazas a Pamplona y Lumbier con el objeto que en la dicha instrucción se precisa. Héla aquí:

«El Rey.»

«Lo que vos Luis Pizaño, nuestro criado (1), habeis de hacer en este camino a que vais por mí mandado a las fronteras de Guipúzcoa y Navarra, es lo siguiente: Primeramente iréis a la villa de San Sebastián adonde hallaréis al Capitán Villaturiel, que reside en la guarda de la Mota de la dicha villa, al cual hemos ya escrito avisándole de vuestra ida, y habiendo dado mi carta que llevaréis para la dicha villa les diréis que yo os envío a visitar las obras de ella y a dar orden en las que quedan por hacer para que aquélla esté en toda defensa; y así visitaréis las dichas obras, y miraréis particularmente todo lo que está hecho en ellas, y el estado en que están, y lo que falta por acabarse y será necesario hacerse para que aquella se acabe de poner en orden como conviene, de lo cual nos avisaréis; y para que mejor lo podamos entender haréis hacer un modelo en el cual meteréis la montaña de la dicha villa, y el cubo que está hecho en ella, y haréis que venga bien declarado de la manera que está la fortificación de la dicha villa y lo que falta para acabarse de ella, y enviarme eis el dicho modelo y lo que en todo os parece; para que visto mandemos proveer lo que más convenga a nuestro servicio y a la fortificación de la dicha villa.»

«También veréis el dicho cubo que así está hecho en la dicha monta-

habían hecho ellos con su dinero, pero se comprometieron a tenerlos, en adelante, bien cuidados. A todos estos documentos se les puso encima un decreto que dice: «Para que resuelva Luys Piçaño quando vaya».

En el mismo archivo, y legajo 22 de Mar y Tierra, hay una carta de D. Sancho Martínez de Leiva, fechada en Fuenterrabía en 1.º de febrero y dirigida al Emperador. Dice en ella ha ido a esta villa para residir allí como Capitán General de Guipúzcoa y visitar las plazas de San Sebastián y Behovia. Agrega que *el turrión* que se hace donde estaba el cubo de la Reina, en Fuenterrabía, es de los mejores que ha visto; que en San Sebastián no hay más que 10 soldados que tiene el Capitán Villaturiel en el Castillo, y que las llaves de la población están en poder de los vecinos, los cuales, aunque muy leales, tienen mucho trato con los franceses, todo lo cual debe remediarse. Las noticias dadas por D. Sancho fueron la base de la Instrucción dada a Pizaño en 19 de marzo.

(1) La palabra *criado* expresaba en el siglo XVI cosa distinta de lo que significa en nuestros días. En el presente caso lo aplica el Rey significando persona de su confianza, creado por él, hechura suya. (Nota del autor).

ña y si para la defensa de ella y de la villa basta como está o si sería necesario acrecentar algo más en él y avisarnos eis de ello.»

«Asimismo veréis a la parte de la marina, hacia el Pasaje, que soy advertido que no hay en ella ninguna cerca, sino solas las casas de los vecinos cuyas ventanas y puertas traseras salen al arenal por donde baja un río a dar en la mar, cómo se cercará aquella parte, y cuántos pasos será, y qué muralla bastará que se haga allí, pues está a la parte de la mar y avisarnos eis de ello.»

«Asimismo lleváis carta mía para el Corregidor, o su teniente de la provincia de Guipúzcoa, por la cual le envío a mandar que luego venga a la dicha villa de San Sebastián porque le habéis de comunicar algunas cosas que convienen a mi servicio; enviarle eis luego mi carta y venido allí el dicho corregidor, o su teniente, le diréis que por que soy informado que las llaves de las puertas de la dicha villa y del torreón nuevo, que ahora se hizo, y de la casa de la munición están en poder de los vecinos de ella, y que como ellos tienen sus negocios particulares no tienen ni pueden tener de ellas el cuidado que se debería y se descuidan, tanto que van las mujeres a abrir las puertas, y por que por estar como está la dicha villa tan cerca de Francia y la contratación que siempre hay en ella de franceses, podrían con tal descuido suceder cosas irreparables y no conviene a mi servicio ni a la buena guarda de la dicha villa que esto esté así, le encargo y mando que luego dé orden con la villa como las dichas llaves se entreguen a la Justicia de ella con acuerdo del capitán Villaturiel al cual habéis de encargar de mi parte que mire con el recaudo que de aquí adelante tienen las dichas llaves y cómo abren y cierran las dichas puertas, para que por esta causa no pueda suceder ningún inconveniente y vos me avisaréis de cómo esto queda preveído.»

«Asimismo he sido informado que en la dicha villa no hay ninguna tahona para en tiempo de necesidad y que convendría que se hiciesen cuatro. Hablaréis de mi parte al dicho Corregidor, o su teniente, para que él dé orden que la villa las haga a su costa, pues es obra que redundará en su beneficio.»

«Asimismo diréis al dicho Corregidor, o a su teniente, que para la fortificación de la dicha villa se acordó que se peinase la montaña que cae a la parte del muelle y se deshicieran los caminos y escala que van a lo alto, lo cual ofreció hacer la villa, dándoles un postigo por dentro de ella y camino por lo alto para servicio de las huertas y atalayas, el cual se les señaló y se comenzó luego a abrir el postigo, y que en esto y en lo que se les mandó que los vecinos particulares que habían cegado la lombardera del lienzo del Ingente las quitasen sin dilación y porque conviene a mi servicio y a la fortificación de la dicha villa que aquello

se haga y ejecute, le encargamos y mandamos que luego lo ponga en obra y vos nos daréis aviso de cómo lo proveyere.»

«Hecho ésto, pasaréis a la villa de Fuenterrabía, donde hallaréis a D. Sancho de Leiva, nuestro Capitán General de la provincia de Guipúzcoa y Alcaide de aquella villa, al cual así mismo hemos escrito dándole aviso de vuestra ida, y llegado le diréis cómo habéis ido por mí mandado a visitar las obras de la dicha villa y de la de San Sebastián, y a dar orden como aquéllas se continuen, y que él os haga mostrar la dicha villa de Fuenterrabía y dar razón de todo lo que efecto de ésto conviniere, y así vos veréis particularmente todo lo que está hecho en la dicha villa y falta por hacerse en ella, conforme a lo que está dicho en la de San Sebastián, y avisarnos eis de lo que os parece que debo mandar proveer para que aquella plaza esté en toda defensa, y para que mejor lo podamos entender haréis hacer un modelo de la dicha villa en que venga bien declarado las obras que están hechas y las que faltan por acabarse y enviárnoslo eis proveyendo que, entretanto, se continuen las dichas obras, como parecieren al dicho D. Sancho y a vos, con los 1.000 ducados enviados últimamente, los cuales se han de invertir en las obras que en adelante se han de hacer y no en ninguna otra cosa ni en pago de ningún otro gasto, como a D. Sancho se ha dado aviso, y así se irá proveyendo lo que más fuere menester. Y porque el dicho D. Sancho nos escribió que en el castillo de la dicha villa ha hallado disposición, para que a poca costa se pudiese hacer en lo alto de él un terrado todo en torno, tan firme, que sufriría la artillería que se pusiese en él, de donde se descubre más y podría hacer mayor daño a los enemigos que viniesen a sitiar aquella villa, verlo debéis también y avisarnos de lo que os parece de ello y qué podría costar la dicha obra para que visto se provea lo que convenga a nuestro servicio y a la fortificación de la dicha villa» (1).

«De ahí iréis a ver el castillo de Behovia y enviarnos eis relación de la manera que está provisto de gente, artillería, municiones, bastimentos y otras cosas, y lo que os parece de la fuerza de él, y sí es cosa que conviene sostenerse, y lo que importa, porque ha habido pareceres que estaría mejor derrocado y que no sirve de otra cosa sino de perder reputación, porque cuando entra el ejército de Francia luego lo toma.»

«En las dichas plazas de San Sebastián, Fuenterrabía y Behovia visitaréis la artillería, pólvora y municiones y otras armas que están en ellas, conforme al memorial que lleváis del Comendador Mayor de Alcántara, nuestro Capitán General de Artillería, y avisarnos eis particularmente

(1) Sigue un párrafo, tachado en el original, que hace referencia al trigo. *(Nota del autor.)*

cómo está aderezado aquello y lo que os parecerá qué conviene proveerse para que esté en el buen orden que conviene.»

«Hecho esto, iréis a la ciudad de Pamplona y daréis mi carta que lleváis al Virrey de aquel Reino y veréis lo que se ha continuado de las obras que se hacen en la fortificación de aquella ciudad después que el Duque de Alba, nuestro Mayordomo Mayor, se vino, conforme a lo que él dejó ordenado y dada orden como aquéllas vayan adelante y que en el abrir del foso se ponga gran diligencia y visitado el castillo y municiones que tenemos en la dicha ciudad, conforme al memorial que lleváis del dicho Comendador Mayor de Alcántara, nos avisaréis de todo ello particularmente. Y porque platicando en lo de Lumbier se ha proveído que no sólo no se debe fortificar, pero que conviene derrocar la muralla que ahora tiene, porque viniendo los enemigos no la quieran sostener, llegado a Pamplona, y habiendo dado cuenta de esto al dicho Marqués de Cañete, daréis orden como la dicha muralla se derribe y quede como debe quedar y yo escribo al dicho Marqués que para esto os provea de dinero y lo demás que sea necesario. Fecha en Valladolid a 19 de marzo de 1542» (1).

Con la misma fecha de la instrucción de Pizaño se escribió al Corregidor de Guipúzcoa o a su teniente, a D. Sancho de Leiva, Capitán General de Guipúzcoa (2), y al Capitán Villaturiel, participándoles la ida de Pizaño y mandándoles que le ayuden en todo para el mejor éxito de su comisión. También se escribió al «Consejo, Justicias, Regidores, hombres hijosdalgo de la villa de San Sebastián», participándoles la ida de Pizaño con el mismo objeto (3).

Además de a las anteriores personalidades y con la misma fecha, 19 de marzo, se escribió al Virrey Cañete (4), anunciándole la próxima ida de

(1) En el dorso de este documento pone «Instrucción de piçaño 19 de marzo de 1542». S. E. l.° 57.

(2) Era sobrino del célebre Antonio de Leiva, el defensor de Pavía. La familia era muy antigua en las Provincias y ya habla de ella García de Salazar —*Andanzas e Fortunas*—; pero el que más la ilustró fué el citado caudillo. Don Sancho había ya combatido en el Milanesado en 1529; en el cerco de Marsella (1536) se distinguió, según Cereceda, pues cargando sobre los marselleses en una salida que hicieron, se vió en peligro de colarse en la plaza por habérsele roto el freno al caballo. Arreglada la avería, mató tres de aquellos por su mano. Fué rival de Pizaño para el cargo de Jefe de la artillería; pero tampoco se le dió al morir éste en 1550 enviándole el Emperador de Alcaide de la ciudad de Africa recién conquistada, que ya era un puesto de honor.

(3) Todos estos documentos están en el mismo legajo 57 de Estado en Simancas.

(4) En el mismo legajo hay una carta del Emperador al Virrey Cañete de fecha 19 de marzo, en la que dice: «y yo he mandado al capitán Pizaño que se parta

Pizaño a Pamplona y que mientras tanto continue con actividad las obras que éste había dejado propuestas en el mes anterior, aconsejándole que dentro de lo posible procure se hagan de modo que se puedan aprovechar luego para ser dejadas de *perpetuo*.

Efectos diversos hizo en D. Sancho de Leiva la comisión de Pizaño a las plazas de su territorio. Por lo que a la parte técnica se refiere, le causó viva satisfacción como se ve por el siguiente párrafo de su carta de 24 de marzo en Fuenterrabía al Emperador (1):

«La venida del *capitán Luis Pizaño* a ver estas obras ha sido muy bien proveído y para mi gran merced, *porque él lo entiende todo muy bien* y V. M. será mejor servido y él llegado lo verá y lo comunicaremos y llevará la razón de todo a V. M. para proveer lo que más sea su servicio.»

Pero la satisfacción que por este lado recibiera se la amargó el desaire que para él representaba el venir Pizaño dirigido al Corregidor, Alcaide de San Sebastián, etc., y no a él solamente que era el más caracterizado y a quien correspondía entender en lo que Pizaño proyectara. Escribió, pues, una porción de cartas al Secretario Vázquez de Molina (2), quejándose amargamente del poco caso que de él se había hecho, llegando en su disgusto a manifestar que a un hombre como a él se le quitaba si no servía, pero no se le hacía un feo como el que se le había hecho con la venida de Pizaño (3). Lo cierto es que éste, aunque nada tenía que ver en el asunto, no encontró luego en D. Sancho todo el apoyo que hubiera sido conveniente, y fué éste el único entre todos los personajes que con Pizaño trataron que no se sometieron incondicionalmente a lo por él propuesto, haciéndole guerra y poniendo reparos a sus proyectos no obstante hacer al Emperador toda clase de alabanzas de su persona. Bien es verdad que D. Sancho, como buen militar, quería también tener sus ribetes de ingeniero y en sus cartas procura dar a entender que lo propuesto por Pizaño ya lo había él previsto y que sólo por no gastar no lo había indicado (4).

Cumplió Pizaño su cometido con gran prolijidad y cuidado y muy a

luego y vaya a visitar a San Sebastián y Fuenterrabía y que deteniéndose allí lo menos que ser pudiese, pase a esa ciudad a dar orden en la obra de ella».

(1) S. M. y T. L.º 25.

(2) Vázquez de Molina era Secretario de la Guerra y como tal figura en el escalafón de nuestros Ministros de la Guerra.

(3) Una carta de fecha 21 de abril (S. M. y T. l.º 25) está en todo muy digna y razonada y empieza: «ya Vuestra Merced sabe la venida del capitán Luis Pizaño a esta tierra y la instrucción que trajo y el poco caso que de mi se ha hecho & &.»

(4) En una carta de Leiva al Emperador de 21 de abril (S. M. T. l.º 25) se leen los siguientes párrafos:

«El capitán luis piçaño vino aqui y se le ha dado Razon de todo lo que a pedido

gusto del Emperador que se holgó de ver lo bien que, en las trazas de Fuenterrabía y San Sebastián y memoriales que las acompañaban, había aquél expresado las obras hechas y las que debían hacerse, así como también aprobó el que se derrocara el Castillo de Behovia, visto que Pizaño encontraba que, en efecto, era más perjudicial que útil. Las trazas enviadas por Pizaño no las he encontrado, pero en la correspondencia que con motivo de las obras siguió luego D. Sancho con los secretarios y el mismo Emperador, hay datos suficientes para saber cuáles fueron las obras propuestas por aquél, que a su tiempo especificaremos. Por lo que respecta a San Sebastián (1), una de las principales partes que abarcaba el proyecto de Pizaño era el construir la muralla por la parte de la Zurriola. Desde muy antiguo había estado San Sebastián cerrado por esta parte, pero la estrechez de la plaza y la incuria o dejadez de los tiempos había permitido que sobre la muralla se construyeran casas, en las cuales los dueños, por buscar mayor espacio y materiales baratos, habían ido adelgazando el muro por dentro, con lo cual éste amenazaba ruina y desde luego no estaba en condiciones de resistir el ataque de la artillería que desde el otro lado del río podía hacer brecha con facilidad. Así es que, desde que a principio de 1542 los vecinos de San Sebastián temieron la visita de los franceses, se hizo patente esta debilidad y apenas hay

conforme a lo que V. m.t mando ansi en esta villa como en la de san sebastian y porque él invia larga rrelaçion de todo a V. m.t no la envio yo.»

«Las obras de esta villa de fuenterravia an pareçido vien al capitan luis piçaño y en lo que se a de hazer nos emos conformado; a su rrelacion me remito.»

«Los terrados de este castillo le a pareçido vien que se hagan y a añadido en ello lo que V. m.t vera por su rrelaçion: con lo que él añadido creçe mas la costa que por eso yo lo escusava avnque me pareçio siempre vien; que yo aseguro a V. m.t que obra mas provechosa a esta villa no se podia hazer ni de tanta ymportancia, porque no ai rrincon ni seno en torno de esta villa que del castillo no se descubra de tal manera que si en los terrados ay ellartilleria que se le podra poner que seran diez y doze pieças gruesas y mas, no pueden en ninguna manera los enemigos asentar campo adonde otras vezes que esta villa a seido acercada lo an asentado.»

(1) Según una carta del capitán Villaturiel, Alcaide del Castillo de San Sebastián (S. M. y T. l.° 25) al Secretario Juan Vázquez de Molina, Pizaño no había aún llegado a San Sebastián el 11 de abril.

En este mismo legajo hay mas cartas de D. Sancho en una de las cuales da cuenta de haber destruído el Castillo de Behovia, según la orden que había dejado Pizaño.

Se queja también del Conde de Oñate que entró en San Sebastián de orden del Condestable de Castilla, que había sido nombrado Capitán General de toda esta frontera, y que por aquello él recibía agravio. Sobre las disposiciones que se tomaron en esta frontera para la defensa móvil, véase la *Colección* de *Documentos Inéditos* de Salvá, tomo 43, en la cual hay muchas cartas cruzadas entre el Condestable, D. Sancho y Su Majestad.

carta de esta época, escrita por alguna autoridad interesada en el asunto, en que no se haga manifiesta la necesidad de poner remedio a este estado de cosas (1).

Así fué que, cuando Pizaño recorrió la plaza, se fijó en esta parte de la Zurriola, cosa que, por otra parte, figuraba principalmente en las instrucciones que se le habían dado, y proyectó un trozo de muro para construir el cual hacíase preciso derribar las casas que sobre el antiguo estaban construídas. En cuanto Pizaño se alejó de San Sebastián, los dueños de las citadas casas, temerosos de no ser pagados en la expropiación, empezaron a moverse para salvar sus intereses y consiguieron de D. Sancho—cosa fácil por los afectos de paisanaje—que se viniera a su parte y así en todo pensaron menor en poner por obra lo proyectado por Pizaño.

No tardó esto en llegar a oídos del Emperador, lo cual, unido al mal estado en que Pizaño había encontrado los servicios de Artillería en San Sebastián y Pamplona, le movieron a enviarlo otra vez, haciéndolo en cuanto Pizaño quedó libre del resto de la comisión que le había dado en 19 de marzo. Para terminar ésta, Pizaño pasó a Pamplona (2), cuyas obras

(1) Véase la correspondencia publicada en la Colección de Inéditos de Salvá, sobre esta época, citada en la nota anterior.

(2) En Simancas (E. l.° 350) hay una carta del Virrey al Emperador fechada en Pamplona en 25 de marzo, en la cual le dice: «En lo de las obras se continuan como tengo scripto a V. m.t y despues que estoy en este rreino no he hecho cosa sino de perpetuo y asi lo hare agora como V. m.t lo manda; la venida de luis piçaño es muy necesaria porque como lo platico con el duque de Alba y lo traço no podra herrarse nada de lo que se hiziere, y yo he hecho venir minaqueros como peones de las otras villas deste rreino sin dalles jornal, los quales han trabajado rrazonablemente en abrir el foso aunque ha sido dificultoso por la rrezura de la tufa, y en las otras partes de los fosos se continuan y se da toda prissa en ellas como tengo scripto, y en la fortaleza se labra de perpetuo.»

En el margen hay el siguiente decreto: «que pues luis piçaño es presente y los dineros serán llegados que se den prisa en la continuación y fortificación de la cubdad.» Sigue la carta diciendo: «para lo que se ha de labrar en Stella y derrocar la muralla de Lumbier, pues la venida de luis piçaño sera tan breve me ha parescido speralle para que de la horden que en ello se tenga, y se daran los dineros que para ello fueren menester y avisare a V. m.t como manda.»

A la citada carta contestó el Emperador con fecha 29 (Simancas, ídem) del modo siguiente: «En lo de las obras yo creo bien que se pone en ellas la diligencia y cuydado que conuiene para que se hagan de perpetuo y por la horden que el dicho duque dexo dada; y, pues, piçaño es ya partido y los dineros seran llegados, prouereys que se de priesa en la continuación dellas, y nos ha parescido bien hauer hecho venir minaqueros y peones de las villas dese rreino sin darles jornal y que se ayan ocupado en abrir el foso, y soy çierto que por la causa que dezis deue hauer sido travajoso de hazerse.»

encontró en buenos términos y tales como él las había proyectado, y, en seguida, marchó para Lumbier, a cuya demolición procedió como consta de documentos de Simancas que tengo a la vista, aun cuando ignoro el procedimiento técnico empleado, que seguramente sería el de barrenos de pólvora, con el cual a la sazón se abrían los fosos de Pamplona y especialmente el trozo correspondiente al lienzo entre el castillo y el molino Caparroso.

El resultado de este viaje de Pizaño aparece claro en los siguientes párrafos copiados del Consejo tenido delante de Su Majestad, en el que se da noticia de otras fortificaciones de la Península. Dice así (1):

«El capitán Luis Pizaño fué, como Vuestra Majestad sabe, a visitar las obras de San Sebastián y Fuenterrabía, y habiéndolas visto, hizo hacer los modelos que ha enviado, y por el de San Sebastián ha entendido Vuestra Majestad particularmente lo que está hecho en aquella villa y lo que le parece que de nuevo se debe hacer y acrecentar en la fortificación de ella y envía un memorial de todo ello que se trae aquí para si Vuestra Majestad le quisiere ver, por el cual parece que para ponerse en orden y perfección aquella villa serían menester 17.367 ducados sin entrar en esto lo que la villa es obligada a hacer, ni el pago de algunas heredades, huertas, casas y otros edificios que convendría se tomasen para la fortificación de ella. Parece, por una relación que envía, que ha recibido Pedro de la Borda para las dichas obras, desde 15 de febrero del año pasado de 1528 hasta 12 de junio de 1541, 18.349.919 maravedises, y que ha gastado de ellos 18.325.359 maravedises, de manera que según esta cuenta, se le acabarían hasta 20 de abril de este año por 24.560 maravedises.»

«En lo de la artilleria piçaño lleua comision para que lo visite y ponga en horden, y ha sido bien que entre tanto que el llega se entienda en aderesçarla y hacer poluora.»

«En la obra de la fortaleza de estella y derrocar la muralla de lumbier ha sido bien diferirlo hasta la yda de luis piçaño; llegado el prouereyis que se execute como esta acordado.»

«Los VIIV ducados que agora ultimamente se enbiaron y los que mas alla hay de los pasados prouereys que se gaste en lo de las obras y no en otras cosas como os esta scripto.»

(1) Este interesante documento que se encuentra en Simancas (E. l.º 270) y al que ya nos hemos referido en el Capítulo IX, no tiene fecha, pero puede deducirse, aproximadamente, del contexto de él. Nosotros ahora copiamos solamente lo que hace referencia a las plazas de San Sebastián, Fuenterrabía y Pamplona, objeto de la comisión de Pizaño; pero por el principio del documento, que copiamos en la página 294, se deduce que aquél había tomado parte en un Consejo anterior en que se trató de la fortificación de Perpiñán y al cual asistieron también D. Pedro de la Cueva y el Paduano. El documento es de abril o mayo de 1542.

«Asimismo ha visto Vuestra Majestad el modelo de Fuenterrabía, y lo que está hecho en las obras de aquella villa, y lo que parece a Luis Pizaño que de nuevo se debe hacer, de lo cual también envía otro memorial largo, en que viene todo particularmente declarado y dice que para acabarse y ponerse aquella villa en perfección, serían menester hasta 27.470 ducados, y que en éstos entrarían los terraplenes y caballero de la puerta de San Lázaro. Item envía relación por la cual parece que se han gastado en Fuenterrabía, desde 8 de agosto del año pasado de 1524 hasta 28 de marzo del presente año, 55.499 ducados, y que según el tiento de cuenta que se ha hecho con el pagador desde 7 de octubre de 1533 hasta 8 de abril próximo pasado, se le alcanzan solamente por 512.525 maravedises.»

«Y pues Vuestra Majestad ha visto aquellas villas y los modelos de ellas que aquí se han traído *en que viene todo tan bien apuntado y declarado*, Vuestra Majestad verá lo que será servido que se haga en cada una de ellas para que conforme aquello se ponga en ejecución.»

«Visitó asimismo el Castillo de Behovia y dice que le halló de tal manera así en las murallas como en los soldados y aparejo de municiones, que le parece que hace poco al caso sostenerle, y que Vuestra Majestad lo podrá ver por el modelo y proveer lo que más sea servido.»

«En lo de la artillería de San Sebastián y Fuenterrabía, escribe que está de manera que valdría tanto no tenerla allí si no fuese por el nombre de que la hay; porque es escusado pensar de poderse servir de ella, y que para esto es menester proveerse luego de dineros.»

«Otras cosas escribe que, con la determinación que Vuestra Majestad tomará en lo de lo fortificación de estas dos plazas, se podrá proveer lo que convenga; porque aunque escribe Pizaño que algunas serán trabajosas de acabar por tocar a personas particulares, todavía tiene esperanza que se pondrán en efecto, conforme a la orden que él envía y a lo que allá platicó.»

«Escribe cómo llegado a Pamplona visitó lo que estaba hecho y que las obras andan en buenos términos y se seguirá de aquí adelante, así en el foso como en el muro y en el castillo y en los cuatro cubos, y que se continuará como quedará ordenado y que él se partirá a Lumbierre a poner en efecto lo que se le mandó.»

En 18 de junio ya estaba libre Pizaño, y así aprovechó el Emperador este respiro para dictar las dos cartas que siguen, en las cuales se especifica bien los motives de la nueva comisión de Pizaño (1). Helas aquí:

(1) Estas dos cartas son fechadas el 18 de junio en el Monasterio de la Oliva, S. E. l.° 57.

«El Rey»

«D. Sancho Leiva nuestro Capitán General de la provincia de Guipúzcoa y Alcaide de la villa de Fuenterrabía: porque nos mandamos ir al Capitán Luis Pizaño a que torne a ver y visitar esas dos plazas y haga poner en orden la artillería y municiones que hay en ellas y provea otras cosas cerca de su fortificación como él os lo comunicará, yo os encargo proveais que aquello se ejecute con la brevedad y diligencia que veis que conviene, y en lo de San Sebastián hagais que luego se demuelan las casas y lo demás que se debiere hacer conforme al memorial que dejó el dicho Capitán Luis Pizaño, y a lo que ahora de nuevo os dirá, sin que en ello haya dilación, porque he sido informado que algunas personas particulares procuraron que la hubiere cuando se trató de esto, lo cual no conviene a nuestro servicio ni a la fortificación de aquella villa, y nos mandaremos tener memoria del daño que recibieren para que les sea satisfecho como fuere justo, y, sobre todo, daréis creencia al dicho Capitán Luis Pizaño que yo escribo a la dicha villa remitiéndonos a lo que ambos les diréis de nuestra parte y avisarnos de lo que ocurriera, que en ello seré servido.»

«El Rey»

«Concejo, Alcaldes, Regidores, hombres hijosdalgo de la villa de San Sebastián: Habiendo visto y visitado el Capitán Luis Pizaño la obra de la villa nos envió el modelo de la villa y relación de lo que le parecía que se debía hacer en la fortificación; y para poner en ejecución lo que para este propósito ha parecido más conveniente, le hemos mandado que torne a esa villa para que se haga en ella lo que entenderéis de D. Sancho de Leiva, nuestro Capitán General de esa provincia y Alcaide de la villa de Fuenterrabía y del dicho Capitán Luis Pizaño; y aunque tengo por cierto que siendo como es lo que se ha dicho para su seguridad y defensa, vendréis en ello con la voluntad y obra que de vosotros confiamos todavía os hemos querido escribir y encargaros y mandaros que dada fe y creencia al dicho D. Sancho y al dicho Capitán Luis Pizaño en lo que de nuestra parte os dijieren, proveais que aquello se cumpla y ejecute con la brevedad y diligencia que conviene; porque hemos entendído que algunas personas particulares de la villa, no considerando el bien general de ella, lo han querido y quieren dilatar; que nos mandaremos tener memoria del daño que recibieren para que se les gratifique y satisfaga como fuere justo, que en ello nos serviréis.»

MUSEO DE ARTILLERÍA
BIBLIOTECA CENTRAL

Pero antes que sigamos adelante, acompañando a Pizaño en su peregrinación, bueno será que advirtamos que en todas las plazas recorridas, además de lo tocante a su fortificación, Pizaño formaba extensos memoriales de lo concerniente a Artillería que enviaba al Capitán General don Pedro de la Cueva, el cual, con Rojas, Teniente de Capitán General y ya conocido de nosotros, así como con los demás oficiales de la artillería se las componía como podía, piando sin cesar porque Pizaño se le incorporara, llegando, con su buena fe y honradez acrisolada, a decir al Emperador en carta de 23 de junio (1) fechada en Valladolid:

«Las otras cosas que son menester proveer conforme al memorial que Luis Pizaño y yo tenemos hecho para estas dos plazas (2), es necesario también de dinero para que se provean, excepto las piezas gruesas que aquellas dos plazas han menester, que estas no hay donde se las envíen si no fuese de los cañones que están en Barcelona o los pelicanos y salvajes de Herrera que no son piezas para traer en campaña.» (3).

«A Vuestra Majestad suplico mande proveer lo de un memorial que Luis Pizaño le dió sobre el crecimiento de artilleros para aquellas plazas y reino de Navarra, y asimismo para el limpiar de las armas y municiones de Burgos, y otras cosas que en el memorial escribí a Vuestra Majestad, teniendo Vuestra Majestad por cierto que todo lo que a Vuestra Majestad pido es realmente su servicio y no ninguna voluntad de gastar dinero o demasiadas.»

«A Vuestra Majestad suplico como Luis Pizaño haya dado la orden en aquellas plazas y reino (4), Vuestra Majestad le dé licencia *que venga a verse conmigo porque yo sepa mejor lo que digo para servir a Vuestra Majestad.*»

En cuanto a éste, apenas recibidas las nuevas órdenes, se puso en marcha o, por mejor decir, no se detuvo un momento y se dirigió a Fuenterrabía, donde dió las necesarias en lo de fortificación y artillería, y en seguida, haciéndose acompañar de D. Sancho de Leiva, se presentó en San Sebastián, dispuesto a cumplir a conciencia con lo que creía su deber sin que nadie le fuese a la mano, pues ya D. Sancho se había percatado de lo que representaba Pizaño en el ánimo del Emperador y que no había para que andar con medias tintas cuando de tal persona se trataba. Las consecuencias de la estancia de Pizaño en San Sebas-

(1) S. E. l.º 57.

(2) San Sebastián y Fuenterrabía. *(Nota del autor.)*

(3) Herrera fué el General de la Artillería, anterior a D. Pedro de la Cueva. Los pelicanos y salvajes, nombres arbitrarios dados a las piezas de artillería debidos, en este caso, a los adornos que les acompañaron en la fundición. *(Nota del autor.)*

(4) Fuenterrabía, San Sebastián y Navarra. *(Nota del autor.)*

tián resaltan de varios documentos de Simancas (1) que no copio por su mucha extensión, pero cuyo extracto es el siguiente:

En 1.° de julio se levanta, ante escribano, un acta en San Sebastián, estando presente Luis Pizaño, con el fin de expresar que se va a cumplir lo mandado por Su Majestad referente a las fortificaciones de la villa. Encabeza el acta copia de las órdenes dadas por Su Majestad a Pizaño, a Leiva y al Consejo de San Sebastián, las cuales he copiado anteriormente. En señal de acatamiento se hace constar en el acta que se han besado las órdenes y se han puesto encima de las cabezas de los firmantes (2).

A 3 de julio se firma otra acta, a petición de Pizaño, en la cual declara éste que deja un memorial de todo lo que hay que hacer en la villa y que *se marcha a la hora* a otra parte donde Su Majestad le manda. En el acta se comprometen D. Sancho de Leiva y todas las justicias de la villa a cumplir lo que en el memorial se ordena.

En 4 de julio, y a petición de D. Sancho, se firma otra acta, en la que ya no figura Pizaño, por la cual las justicias de San Sebastián se comprometen a hacer lo que se les mande. Se especifican en ella las casas que según el memorial debían derribarse y se nombran peritos, para la tasación, por todas las partes incluso por Su Majestad. Lo que se mandaba demoler era «todas las casas que estaban hechas y pegadas al muro y cerca que dicen de la *Zurriola* en 16 pies de tercio de vara hasta el cubo de D. Beltrán, y asimismo derribar las herrerías y casas que están hechas junto al reparo que va desde el cubo Imperial hacia el cubo de Torriano y así bien mandaba arredrar en cierta forma las paredes y muros de la huerta de Lorenzo de Montaos, Pedro de la Borda (3) Licenciado Verastegui y Martín Sánchez».

En 4 de julio se hizo otra acta, en la cual Pedro de la Borda exige de los vecinos, dueños de las casas que se deben derribar, que lo ejecuten. El mismo día 4, otra, firmada por varios vecinos, en que se comprometen a derribar sus casas si Su Majestad les paga los gastos. Siguen luego en el mismo documento otras actas en las cuales se especifican los precios de las casas que se han de derribar.

Todas estas actas se encuentran seguidas en el legajo citado formando un solo documento, y fueron copiadas a petición de los vecinos de San Sebastián que tenían herrerías junto al muro y pedían a Su Majestad les pagase en seguida los daños recibidos.

De los anteriores documentos se deduce que el mismo día 3 de julio y

(1) S. E. l.° 57.

(2) Esta era la forma corriente en Castilla de mostrar el respeto y obediencia a las órdenes del Soberano.

(3) Era el Alcalde de San Sebastián. (*Nota del autor.*)

apenas firmada por Pizaño el acta de que en ellas se hace memoria, partió éste para el reino de Navarra (1), en el cual estaba ya de Virrey Juan de Vega que había sucedido al Marqués de Cañete, recibiendo las instrucciones necesarias a su nuevo cargo, que he visto en Simancas, en 22 de mayo y en las cuales se hace referencia a Pizaño y a las órdenes que se le han dado de volver por Pamplona y destruir las murallas de Lumbier (2). Llegó Juan de Vega a Pamplona y no encontrando a Pizaño, como esperaba, escribió en seguida al Emperador reclamándolo. Pizaño, como hemos visto, no había perdido el tiempo, y de San Sebastián marchó en seguida para Pamplona debiendo visitar también a Estella, como se comprueba también por la carta de D. Sancho de Leiva al Emperador.

Poco tardó Pizaño en llegar a Pamplona donde residió varios días trabajando en las fortificaciones sin descansar un instante y esperando de un momento a otro montar a caballo para proseguir sus comisiones. Esta premura la pone de relieve los siguientes párrafos de una carta del Virrey Vega al Secretario Vázquez de Molina fechada a 13 de julio (3

«Mucha falta nos hará Luis Pizaño si de aquí se va tan brevemente porque se encomienza ahora a subir el cubo de Caparroso y a abrir el cimiento del lienzo que viene desde él hasta el castillo para fortificarle por causa de estar labrado en falso y haberse platicado de derribarle y hacer otro. Y si saliere, como creo yo que si saldrá, por la manera que tengo entendido de remediar esto y no hacer otro nuevo, se ahorraría una buena cantidad de dineros. Y también para el reparar de presente de esta ciudad y poner en orden la artillería y otras cosas necesarias es tan necesario aquí que ido él, no se yo nadie que lo haga ni lo entienda. Micer Benedicto partirá de aquí mañana aunque tiene una pierna un poco mala y a Luis Pizaño detendré si pudiera hasta que venga respuesta de esta porque en estos pocos días nos deje alguna cosa en orden. Suplico a Vuestra merced que si allá se pudiere escusar por algún día más, lo procure y se lo escriba, porque en viendo la carta de Su Majestad se me quería ir.»

En el mismo legajo hay una carta del Virrey Vega al Duque de Alba, que no tiene fecha, pero que debió ser de estos días. En el sobre pone, además de la dirección, «esta carta que va aquí es de Luis Piçaño y Vuestra Señoría mandara dar a Su Majestad».

(1) Con fecha 6 de julio (S. E. 1.° 57) escribe desde San Sebastián Leiva al Emperador: «yo vine a esta villa con el capitan luis piçaño para cumplir lo que Vuestra Majestad mandó, y ansy como lo concertamos el capitan piçaño y yo, lo estoy executando y *él se tornó a Estella* y pamplona».

(2) La destrucción de las murallas había sido ya realizada en la primera visita de Pizaño, pero en 22 de mayo aún no lo sabía Su Majestad.

(3) S. E. 1.° 350.

En esta carta del Virrey hay, además, el siguiente párrafo: «Hoy ha llegado el Capitán Rojas con las cuatro piezas de artillería que son hermosas piezas y buenas a mi parecer, y propias para estar en esta plataforma de la tierra. Hágolas tener ahora sin poner en ningún cubo hasta que venga Luis Pizaño y vea donde será bien ponerlas».

Como se ve, Pizaño debió llegar a Pamplona poco después de escrita la carta del Virrey a Alba pues que en el mismo correo en que éste dice que le espera, va ya una carta de aquél para Su Majestad.

Entretenido en las obras a que hace referencia el Virrey en esta carta, permaneció Pizaño en Pamplona hasta el 18 de julio, en que partió (1), disponiendo antes el Virrey que se tomasen para las obras de Estella canteros castellanos «por la sospecha que en tiempos pasados había habido de esta ciudad», con lo cual, sin duda, se refiere a la época de la conquista y posteriores en que los habitantes de la ciudad se habrían mostrado, sin duda, partidarios de la monarquía destronada.

La superioridad de conocimientos del Capitán Luis Pizaño sobre el también veterano Benedicto de Rávena, que por su mucha edad y achaques iba ya en período de declinación, no obstante la buena voluntad que siempre tuvo al servicio del Emperador, se demuestra por el siguiente párrafo del Virrey Vega al Secretario Juan Vázquez de Molina, tomado de una carta fecha 22 de julio (2), en la cual, además de lo dicho, se demuestra el buen humor de aquel magnate que, no obstante su alcurnia tuvo siempre gusto en hacerse llamar lisa y llanamente Juan de Vega, con lo cual, por cierto, no ha desmerecido en lo más mínimo su buena memoria (3).

«Con la ida de Mizer Benedicto y Luis Piçaño *que es el que más hace*

(1) Con fecha 16 escribe el Virrey al Secretario Vázquez de Molina (S. E. l.º 350): «Anoche a las diez llegó aqui vn correo de Su Majestad, como Vuestra Merced mejor sabrá, y luego le hize despachar para que pasase a Fuenterrabía. Al Capitán Luis Pizaño se le dió su carta, y la de Mizer Benedicto va ay porque ya él era partido desde la otra carta que antes desta rrescibi de Su Majestad, en que lo mandaba, que en diziendoselo yo ansi lo puso por efeto avnque estaua vn poco malo de vna pierna».

Con fecha 18 (ídem) dice el Virrey al Emperador que Luis Pizaño le dirá personalmente lo que en Pamplona se trabaja, así como también lo que se hace en el Castillo de Estella.

(2) S. E. l.º 350.

(3) Juan de Vega fué señor del Grajal. En 1550 era Virrey de Sicilia ayudando mucho para la toma de la Ciudad de Africa, durante cuyo sitio se portó bravamente su hijo D. Alvaro que quedó de guarnición en la plaza al frente de mil españoles. Sirvió con otros muchos cargos al Emperador, y era Presidenre de Castilla cuando murió aquél el 1558. Dice Sandoval que fué uno de los grandes caballeros que en sus tiempos salió de Castilla distinguiéndose lo mismo en paz que en guerra.

al caso, no hay aquí quien sepa nada de reparos ni de obras y aun he miedo que hemos de errar la ejecución de los memoriales que nos dejó Luis Piçaño, porque el maestro de ello soy yo, que si no me asiese a la gramática de Librija, también pornia el parapeto por pedimento como Gutierre López cuando de Bretaña víno. Si Luis Piçaño pudiese volver muy necesario sería y *si no venga Micer Benedito.* En las obras se da toda priesa que es posible y en el reparo poco más de tener tierra y tapiales para si fuere menester». Al principio de la carta dice suponerle enterado de todo por *la ida allá de Luis Pizaño.*

Las prisas que a última hora hemos visto tenía Pizaño en el desempeño de su comisión, están justificadas porque ibase ya por entonces precisando el sitio por donde iba a descargar el nublado que procedente de Francia venía guiado por el Delfín Enrique. Hubo, pues, necesidad de que el Duque de Alba y Pizaño se dirigiesen al Rosellón, cuya frontera era la más directamente amenazada.

No se descuidó Pizaño que apretó todo lo que pudo, pero no consiguió alcanzar al Duque de Alba, el cual, como no había tomado parte en la última vísita a las plazas de la frontera occidental que Pizaño había realizado, pudo adelantarse llegando el 23 de julio a Barcelona, según consta por una carta suya del 24 (1) fechada en esta población y en la cual se queja, por cierto, de llevar una cadera mala. Esto no obstante, entendió en seguida en remitir al Capitán General del Rosellón D. Juan de Acuña, cuantos elementos pudo hallar de arcabuces, palas, azadas, espuertas, pólvoras, etc., manifestando en la citada carta, dirigida al Emperador, que espera llegue Juanetín Doria (2) para hablar con él, y a Pizaño con el que partirá en seguida para el Rosellón a hacer todo lo que pueda en servicio de Su Majestad. Por último, manifiesta que de artillería disponible en Barcelona no había más que 6 cañones hermosos, pero sin *pelotería,* que hoy diríamos proyectiles.

(1) S. E. l.° 283. El Dietario del Antiguo Consejo de Barcelona, dice que el Duque entró en la población el 24, por lo cual se deduce que debió pernoctar la noche del 23 en los alrededores. En cuanto a Pizaño no hay que decir que debió utilizar la posta para este viaje rapidísimo.

(2) Sobrino del célebre Andrea Doria y General de unas cuantas galeras.

Al mismo tiempo que al Duque, envió el Emperador órdenes a varias personas del Rosellón para que se pusieran a las de éste. En Simancas (E. l.° 283) hay una carta (su fecha en Monzón a *23 de Julio* de 1542) del Emperador dirigida a D. Juan de Albión, Alcaide de la fortaleza de Salsas, en que le dice que ha mandado al Duque de Alba vaya a proveer aquella frontera, y que mientras éste llega, ha escrito a D. Juan de Acuña, Capitán general, que meta en Salsas hasta cumplimiento de 15.000 fanegas de trigo y que él (el alcaide) haga un memorial de lo que necesita y mande una copia a D. Juan y otra a él (a el Emperador).

Poco se hizo esperar Pizaño, pues el 24 mismo por la noche se presentó en Barcelona, decidiendo el Duque pasara en seguida a Perpiñán para que no perdiera días, pues no habiendo llegado aún Juanetín Doria, con el cual érale preciso al Duque conferenciar, no podía éste ponerse en camino. Pero tampoco le fué posible a Pizaño emprender la marcha porque apenas llegó se le vinieron encima una porción de comisiones, entre las cuales la principal estaba relacionada con la llegada de Doria, cuya misión era la de partir para Cartagena, a traer material de artillería para el Rosellón, material que se encontraba en aquella plaza como procedente del que se había llevado de Argel.

Ya en la misma noche del 24 ordenóle el Duque hiciera el interrogatorio de un muchacho, presunto espía que, procedente de Francia, habían cogido en Barcelona. Hízolo Pizaño, escribiendo el resultado, que fué escaso, demostrando sólo como útil haber visto el interrogado muchacho gente, de armas, francesa en Narbona y Marcella. Cito este detalle porque demuestra la confianza que de Pizano hacía el Duque, el cual, no cabe duda, aprendió del veterano capitán todas las buenas prácticas de la guerra que éste en su larga carrera había ya adquirido.

Pero lo que más detuvo a Pizaño fué el arreglo de la artillería que había en Barcelona, y que, con sólo su presencia, salió a luz, encontrándose doce cañones más y mil pelotas en las Atarazanas, disculpándose el Duque con el Emperador en el siguiente párrafo, que copio, de una carta de 25 de julio (1): «pues el tesorero se engañó en darme la cuenta o yo le entendí mal, pues lo he visitado esta mañana y hay 1.000 pelotas y yo había entendido no haber ninguna». Además de esto hizo Pizaño un extenso memorial de la artillería que era preciso traerse de Cartagena, demostrando un conocimiento de la que en esta plaza había, que comprueba lo ya dicho acerca de su desembarco en la misma, procedente de Argel.

Como no bastaban las galeras de Juanetín Doria, que llegó el 26 por la noche, para conducir el material, avisose a D. Bernardino de Mendoza, General de las galeras de España, que pasase también a Cartagena y, mientras tanto, entendió Pizaño en embarcar el material que había en Barcelona (2), que se desembarcó en Palamós para distribuirlo después por tierra.

A partir de aquí hácese un vacío grande entre los documentos que,

(1) S. E. l.° 283.

(2) De varias cartas del Corregidor D. Andrés Dávalos y del Deán Sebastián Clavijo fechadas en Cartagena (S. E. l.° 58), se deduce que de las municiones que estaban en el castillo de Cartagena, procedentes de Argel, se llevaron para el Rosellón las siguientes, según el memorial de Luis Pizaño:

En 30 de julio se entregó a D. Bernardino de Mendoza 4 sacres, 5 falconetes,

correspondientes a Pizaño y a su gestión en el Rosellón tengo; pero afortunadamente nos aclara la cuestión el simpático soldado cordobés Martín de Cereceda, el cual, con su claro estilo, nos dice que:

«Habiendo el Emperador mandado sus postas en Italia, manda al Duque de Alba y al Capitán Luis Pizaño, Capitán de artillería de España (1), que fuese en Perpiñán, y lo reparasen lo que más convenía, y que se hiciesen hasta seis mil hombres y los metiesen dentro de Perpiñán y en las villas do más convenían estar, y las proveyesen de artillería y municiones. Como el Duque de Alba y el Capitán Luis Pizaño viesen el mandado del Emperador, toman la gente que era fecha y van en Perpiñán y mandan reparar lo que les pareció ser más flaco, y le meten veinte piezas de artillería de campaña y dos gruesos cañones, sin la que él tenía, con sobradas municiones.»

«Siendo bien reparado y artillado Perpiñán, y haber entrado cinco mil infantes con su Maese de Campo D. Juan Cervellón, y habiendo dado cargo de principal caudillo a D. Juan de Acuña, y la orden que se había de tener, el Duque y el Capitán Luis Pizaño salen de Perpiñán y van en Gerona a fortificarla y a proveerla de cosas que le eran menester.»

Cosa análoga a Cereceda dice Sandoval, que se expresa en los siguientes términos:

«Con el espacio del Delfín (que venía a sitiar a Perpiñán) tuvieron los españoles lugar para fortalecer a Perpiñán, porque el Duque de Alba estuvo allí algunos días, y la reparó y ordenó como aquel gran Capitán lo sabía bien hacer. Puso en ella mucha y muy buena artillería, soldados escogidos y bastimentos, encomendándola a los Capitanes Cervellón y Machicao y porque su gran corazón no podía vivir encerrado, salió de ella y púsose en Girona para recoger allí los hombres de armas que iban de Castilla y las galeras de D. Bernardino.»

En cambio, según Rustand, biógrafo del Duque de Alba (2), éste, después de avituallar a Perpiñán, se propuso tomar a Gerona por plaza de armas y juntar bajo sus murallas el ejército con que había de resistir

4.400 picas, 280 arcabuces y mucha cantidad de mecha, pelotas, plomo, pólvora, etc. Se embarcó este material el 3 de agosto.

A Joanetín Doria 14 cañones de Alemania, 3 medias culebrinas, muchas pelotas de todas clases, una cabrita y 11 guindaletas. Se embargó el material el 5 de agosto.

Según un documento de Simancas (E. l.° 287), a 25 de agosto mandó Su Majestad que la artillería sobrante de lo que vino de Argel se llevase a Alicante, por ser lugar más seguro, y que sólo quedase en Cartagena la necesaria para su defensa.

(1) Aún no lo era. (*Nota del autor.*)

(2) *Historia de D. Fernando Alvarez de Toledo.*

la entrada del Delfín. Pero por la súplica de los habitantes del Rosellón se quedó a tres cuartos de legua de Perpiñán, donde puso su campo fortificándolo. Lo cual, bien examinado, puede conciliarse con lo dicho por los dos escritores anteriormente citados, y no hay duda de que a esta última solución, animaría al Duque el recuerdo de lo hecho por su abuelo en 1503 cuando los franceses sitiaron a Salsas (1).

Lo que si puede asegurarse es que el Duque no permaneció en el Rosellón todo el tiempo corrido desde su salida en julio de Barcelona hasta el levantamiento del sitio de Perpiñán por los franceses, pues consta por el Dietario del Consejo de Barcelona que el 24 de agosto entró aquél procedente de Perpiñán, en donde ya sin duda habíanse terminado los preparativos de defensa. Igualmente vino, con él, Pizaño que durante esta estancia hizo un memorial expresando las obras más necesarias por el momento a la defensa de Barcelona, así como todo lo que a su mejor armamento podía referirse. Este memorial fué entregado por el Duque al Consejo, en el cual se leyó el 31 de agosto. El Coronel de Ingenieros Camino publicó este memorial asignándole la fecha de 31 de julio, pero sin duda fué esto equivocación, pues que publicado después el Dietario, a espensas de la Corporación Municipal de Barcelona, hemos podido ver que la fecha en la cual se hizo la lectura en el Consejo fué la que hemos dicho de 31 de agosto, lo cual es más explicable, pues durante la estancia del Duque y Pizaño en Barcelona en el mes de julio, sólo trataron de reunir elementos para transportarlos a Perpiñán y frontera del Rosellón donde el peligro era más próximo. Después, y como por el mismo Dietario consta que el Duque volvió a Barcelona, procedente de Perpiñán, es lo lógico que entonces se hiciera el ya citado memorial, a lo cual, sin duda, obligaría el temor de que el turco, a la sazón aliado con el Rey de Francia, con gran escándalo de la Cristiandad a decir de los historiadores españoles, pudiera intentar algo contra las costas españolas y principalmente contra las plazas de la importancia de Barcelona. Pero, como es sabido, la expedición de este año de la armada turca no pudo realizarse, lo cual fué gran parte para que el Delfín Enrique, viendo no encontraba por mar el refuerzo que de los turcos esperaba, levantara el sitio de Perpiñán donde D. Juan de Acuña le hizo una bonita defensa y

(1) El I Duque de Alba fué abuelo del III, o sea D. Fernando, el celebrado caudillo. El II Duque, hijo y padre de los anteriores, no llegó a gobernar sus Estados, pues murió muy joven, en el desastre de los Gerbes, a las órdenes de Pedro Navarro.

El I Duque gobernó las armas del Rey en la campaña de 1503, durante la cual los franceses sitiaron a Salsas, en cuyo sitio tanto se distinguió el ingeniero Ramiro López.

El Duque, que no se quiso encerrar en Salsas, salió, al fin, triunfador.

durante la cual no me consta la parte directa de Luis Pizaño, salvo lo ya apuntado que a los preparativos de la plaza hace referencia.

Desde luego no debió permanecer encerrado en la plaza, aunque seguramente entendió en la fortificación del campo inmediato a Perpiñán (1), como se comprueba por documentos que más adelante se expondrán con motivo de los disgustos de Pizaño con algunos Barones catalanes.

Levantado el sitio, los franceses salieron del Rosellón el 8 de octubre, debiendo entonces el Duque y Pizaño regresar a Barcelona, reuniéndose aquí con el Emperador y su hijo el Príncipe D. Felipe.

Aun cuando de un modo terminante no me consta, es más que probable que acompañó Pizaño al Emperador en su viaje a Valencia por Tarragona. Para esta firme creencia tengo como base la falta de documentos que en el archivo he notado en estos dos últimos meses del año 1542, indicio de no ser necesaria correspondencia con gente que en la misma Corte se encontraba, y más principalmente haber visto en un documento del año 1545, firmado por Pizaño, la noticia de que Su Majestad en Valencia no se había decidido a resolver en un punto determinado de artillería, circunstancia que, refiriéndose al Emperador y Pizaño, sólo pudo tener lugar en los meses de 1542 que estamos considerando. En su consecuencia, debió salir Pizaño para Valencia cuando lo hicieron el Emperador y su hijo, esto es, el 21 de noviembre fecha que consigna igualmente el Dietario.

Algún rastro también he encontrado que me hace sospechar proyectó algo Pizaño a su paso por Tarragona para esta plaza, pero no tengo seguridad. En ella, sin embargo, existió un baluarte, llamado Imperial, hecho con orejones redondeados, cosa poco corriente en España y que acaso fuera proyecto de esta época.

Por lo demás, no vuelvo a tener noticia precisa de Pizaño hasta los primeros días del año siguiente de 1543, en los cuales le encuentro en Roa acompañado del Capitán General de la Artillería, D. Pedro de la Cueva, consignándose en los documentos que poseo, que acababan de pasar *los puertos*, con lo que sin duda se hace referencia a los de la cordillera Carpetana que necesitarían cruzar para llegar a aquella villa.

(1) En la relación de la defensa de Perpiñán, que encontró Salas y publicó Arantegui, no figura Pizaño y sí Garcí Carreño, Teniente de Capitán de la artillería.

CAPITULO XI

(1543.)

Estancia de Pizaño en la villa de Roa en los meses de enero y febrero. Su intervención en la fortificación y armamento de las plazas de San Sebastián y Fuenterrabía. Proyecto de 20 medios cañones que habían de fundirse en Burgos. Idem sobre el armamento de Infantería. Idem de Parques de Ingenieros en las plazas de guerra. Salida de Pizaño para Barcelona. Proyecto de fortificación para esta plaza y célebre reformación de la Artillería de 1.º de mayo. Concede el Emperador este mismo día a Pizaño la tenencia de la fortaleza de Zorita. Traza hecha por el Emperador Carlos V para la plaza de Rosas. Proyecto de Pizaño para el castillo del mismo puerto. Salida de Pizaño para Valladolid. Consejo de Guerra celebrado en esta ciudad con asistencia de Pizaño y presidencia del Príncipe D. Felipe y provisiones tomadas en él al saberse que Barbarroja había pasado el cabo de Columnas. Encárgase a Pizaño la fortificación de Rosas y Castellón de Ampurias. Decisión del Marqués de Peralada de defender el Ampurdán en campo abierto. Marcha de Pizaño a Barcelona y Castellón, no obstante encontrarse enfermo. Se desiste de fortificar a Rosas.

Como hemos dicho en el capítulo anterior, en el mes de enero y procedente, sin duda, de Valencia, encontramos al Comendador Mayor de Alcántara D. Pedro de la Cueva acompañado de Pizaño en la villa de Roa, en la cual, sintiéndose enfermo el primero, en términos de no poder continuar el viaje, le fué preciso detenerse. Desde esta villa escribieron ambos algunas cartas a los Secretarios del Emperador y a éste mismo, relacionadas con asuntos de artillería y fortificación, todo lo cual tuvo

que despachar Pizaño, pues la enfermedad de D. Pedro le acometió en términos de inutilizarlo casi en absoluto.

Era esta enfermedad, según escribió D. Pedro al Emperador en 17 de enero (1), «un mal de orina y otro no muy limpio de que he sido terriblemente atormentado desde que pasé el puerto y no quedo fuera de peligro». El 31 de enero es más explícito con el Secretario Eraso (2), a quien dice que hace veinticuatro días se encuentra «tullido de una pierna y con unas postemas en el rabo» añadiendo que «el señor capitán Luis Pizaño háceme merced de despachar todos los asuntos relacionados con la artillería».

Como al empezar el año 43 era todavía de temer un ataque por el lado de Francia, pues la guerra, aunque momentáneamente suspendida por el invierno, era de esperar retoñase en la próxima primavera, hacíase preciso seguir atendiendo a la fortificación de las plazas fronterizas preocupando principalmente la de San Sebastián, en la cual, a pesar de haberse consignado créditos, no se trabajaba, debido esto a la resistencia puesta por los vecinos y la cual favorecía el Capitán General D. Sancho de Leiva. Tenía conocimiento Pizaño de esta resistencia, como lo demuestra un párrafo de la carta del 17, ya citada, de D. Pedro al Emperador, en que se expresa así: «Si los franceses o alemanes no tienen la palabra de Dios y del Diablo juntamente, gran guerrería harían en menearse en este tiempo. No embargante esto, Luis Pizaño se da a la mala ventura porque no han acabado los fortalecimientos de San Sebastián y Fuenterrabía, mayormente los de San Sebastián, pues tenían con qué y así escribe a D. Sancho, conforme a lo que Vuestra Majestad manda, lo que le parece que se debe hacer».

La orden a que hace referencia D. Pedro en este párrafo es, sin duda, la siguiente, dada por el Emperador, según unas minutas sin fecha, pero que se encuentran entre papeles del 15 de enero (3) fecha en que se escribió también a D. Sancho de Leiva ordenándole ponga por obra en seguida lo dispuesto en la traza de Pizaño. He aquí la orden a Pizaño.

«El Rey»

«Capitán Luis Pizaño: porque yo escribí a D. Sancho de Leiva, nuestro Capitán General de la provincia de Guipúacoa, que, si no estuviese acabada de peinarse la montaña de San Sebastián, lo haga luego con

(1) S. E. 1.° 62.
(2) S. E. 1.° 62.
(3) S. E. 1.° 59.

gran diligencia, como lo dejasteis ordenado, y que, conforme a vuestro parecer, se haga asimismo lo del reparo de Zurriola, y porque la brevedad importa mucho, por algunos avisos que se tienen, encargamos vos le escribais en este correo lo que os pareciere que se debe hacer y fuera más necesario labrarse, así en San Sebastián como en Fuenterrabía, para que dichas plazas se pongan en toda defensa; que brevemente mandaremos proveimiento de dinero para la continuación de las dichas obras de San Sebastián y Fuenterrabía.»

Los puntos que más preocupaban al Emperador respecto a las plazas citadas, están consignados con más detalle en el extracto del despacho corriente del Emperador, en el cual, con el título de «Parece que se ha de escribir a D. Sancho», se dice lo siguiente (1):

«Que si ya no estuviere peinada la montaña la haga luego peinar, como Pizaño lo dejó ordenado, con grandísima diligencia.»

«Que en lo de Zurriola que todavía se entienda en ello como Pizaño lo dejó ordenado, que luego se proveerá de dineros.»

«Avisarle de la artillería, pólvora, pelotas y otras municiones que se manden llevar de Málaga y Cartagena.»

«Que se tome desde luego la pólvora que hay en Burgos.»

«Escribir al Comendador Mayor de Alcántara que envie la pólvora y que en lugar de ésta, la nao que viniere de Málaga deje en Laredo otra tanta pólvora.»

«Escribir a Luis Pizaño lo de las obras de San Sebastián y Fuenterrabía y avisarle de lo que se escribe, y que él escriba que se haga lo que al presente fuera más necesario.»

La orden dada el 15 a D. Sancho la recibió éste el 20, contestando al día siguiente 21 al Emperador, por cuya carta y otras que escribió asimismo al Secretario Vázquez de Molina con fechas 10 y 23 (2) venimos en conocimiento de lo pasado en San Sebastián y Fuenterrabía desde la última estancia de Pizaño en ambas plazas. Como por la traza de éste seguíase próximamente para el muro de la Zurriola la antigua dirección, construyéndose también los terraplenes correspondientes, hacíase preciso expropiar las casas y tirarlas. El temor de los vecinos de no cobrar el importe de las expropiaciones les hizo avivar la inteligencia, y amparados por D. Sancho les fué fácil hacer otro proyecto, del que se encargaron los maestros de cantería Domingo de Arancalde y Martín de Legorreta, y el cual consistía en hacer el muro fuera del antiguo y sobre el mismo

(1) S. E. l.° 62.

(2) S. M. T. l.° 23. En E. 62 hay un resumen de las cartas citadas de Leiva y de otras de 8 y 20 del mismo enero, hecho para consultarlo con el Emperador.

río, la cual traza tenía, según D. Sancho, las ventajas de aumentar la plaza interior y hacer más fuerte el muro, pues se podía rellenar el espacio comprendido entre los dos, con lo cual quedaba la muralla de gran espesor. Como además le constaba que una de las razones de Pizaño para no sacar el muro al exterior era el que, siendo batido por el mar, había de ser muy costoso, hizo D. Sancho que por intermedio del Capitán Villaturiel se levantase en San Sebastián un acta el 10 de enero del año 1543, en la cual, y bajo juramento, declararon los dos maestros canteros citados anteriormente, y además los de la misma profesión Pedro de Areizteguieta, Juan Pérez de Lormendi, Domingo de Segurol y Martín de Lizarza. En la citada declaración manifiestan éstos que la cerca vieja estaba arruinada por no tener cimientos, por haberse quitado las casas que en ella se apoyaban y por haberse éstas quemado cuando se quemó la villa (1). Que era preciso hacer otra cerca y que ésta podía hacerse por fuera hacia el mar, sin peligro de que se la llevase el agua, y por donde la habían trazado los dos primeros maestros que he citado.

Obtenida el acta anterior, la envió D. Sancho al Secretario Vázquez de Molina, añadiendo que el ejecutar la traza de Pizaño causaría muy mal efecto en la villa, y que además las casas que había que derribar costarían 5.000 ducados, y otro tanto el hacer el muro, o sea un total de 10.000 ducados, no costando la traza que él proponía más que la mitad.

En esta misma carta añade que quiere que vuelva Pizaño a San Sebastián para que lo discutan, a ver quien convence a quien, «pues él es tan buen hombre y tan agudo que donde ve la razón la conoce, y yo se que quedaremos conformes». Este buen concepto, expresado con respecto a Pizaño por D. Sancho, pudiera resultar un poco sospechoso y así me lo parece a mí y sólo debido al deseo de suavizar asperezas y al conocimiento que tenía D. Sancho del concepto que Pizaño merecía al Emperador, pues, por lo demás, y en cuanto se refiere a la comisión desempeñada por Pizaño, le puso otros reparos, no sólo en lo de la Zurriola, sino en las demás obras de San Sebastián, en cuyo proyecto manifiesta don Sancho no haber intervenido él, sino que recibió la traza de manos de Pizaño la segunda vez que vino (2). En cambio, en lo de Fuenterrabía

(1) Como se ve, no citan los maestros otra causa de destrucción, que era la de haber quitado los vecinos las piedras del muro desde el interior de los edificios.

(2) Esta traza se la hizo firmar Pizaño a D. Sancho en señal de conformidad. D. Sancho reconoce ésto en su carta a Vázquez de Molina, pero dice que lo ha mirado mucho después y qué opina es mejor la que ahora preconiza.

En la carta al Emperador fechada en San Sebastián de 21 de enero (S. M. T 1.º 23) existen los siguientes párrafos:

«ayer rreceui la carta de V.m.t de quinze del presente y en lo q̃ V. m.t manda que

se muestra muy conforme con lo hecho por Pizaño, porque todo lo trazó delante de él modificando aquellas cosas que no le parecían bien a don Sancho.

En resumen, a éste le parecía de perlas lo proyectado en Fuenterrabía porque él había intervenido, y en aquello en que no había tomado parte todo se le volvía encontrar inconvenientes. Esto tiene su explicación en lo que dijimos antes de ahora, pues precisamente el no haber venido Pizaño mandado la primera vez a D. Sancho fué la causa de no salir de Fuenterrabía éste, y constantemente respiraba por la herida. Otra razón para el proceder de D. Sancho es de todos tiempos y países, pues es difícil hallar encargado técnico de construir obra proyectada por otro, que no la encuentre llena de defectos y necesitada de reformas. El deseo de destacar la propia personalidad justifica estas apreciaciones, y téngase en cuenta que D. Sancho de Leiva, como hemos dicho, presumía de inteligente en asuntos de fortificación.

Por otro lado—y esto no es más que una maliciosa suposición—es posible que a D. Sancho le interesara subrayar sus conocimientos en Artillería y Fortificación, en previsión de la próxima muerte del Comendador Mayor de Alcántara, cuya vacante más tarde solicitó, y ello fuera la causa de un forcejeo que no cesó sino ante la convicción de la inutilidad de sus esfuerzos, que sólo en el brillo de su apellido podían encontrar apoyo, ya que la diferencia de sus conocimientos con los de Pizaño no permitía un solo momento la comparación.

No obstante las reclamaciones de D. Sancho, no se le hizo caso o, aun-

por rrespeto de lo que los alemanes podrian hazer, conuiene q̃ estas dos plazas esten a recaudo y vien bastecidas/yo biuo con el mayor cuydado q̃ puedo de la buena guarda dellas y en la fortificacion se entiende conforme a lo que a V.m.t e escrito y ansi veniendo dineros se haran las cosas mas necesarias conforme a la traça de luys piçaño y en lo de suriola V.m.t mandara mirar en ello y quando se enbiaren dineros ynbiara a mandar de la manera que se haga/algunas cosas no van tan arrimadas a la traça de luys piçaño como en ella queda, porque quanto mas se trata se tiene mas platica y se entiende mejor lo necesario queavn en lo del peynar de la mota desta villa sea conocido porque la plataformu que en el muelle sea hecho no la dexo traçada luys piçaño y no sea hecho aqui cosa mas necesaria/quando luys piçaño aqui vino no comunico conmigo las cosas desta villa por que yo estaba en fuenterravia y no me lo hizo saber, y ansi el lo traço sin mi y por q̃ de vna vez no se pueden tan vien acertar las cosas si V. m.t fuere seruido que otra vez boluiere aca a solo dar vna vista yo rreceviria muy gran contento y quedaria la traça desta villa a su voluntad y a la mia como quedo la de fuenterravia y tengo por cierto que en lo de suriola el conocera que la traza q̃ yo ynbie a V. m.t es la que a su servicio conviene.»

«la mota esta peynada de manera que ya nadie puede baxar ni subir por ella y avn en lo que en la mota luys piçaño dexo lraçado yo querria tornar a comunicarlo con el porque creo que terna otro parecer mas provechoso y a menos costa/el trauajo de su venida sera poco y el servicio de V. m.t mucho.»

que se le hiciera, fué sólo para que el Emperador mandase estudiar el asunto, como se hizo, y por fin éste decidió que el muro se construyera por la traza de Pizaño, como lo demuestra el adjunto párrafo de una carta de D. Sancho al Emperador fechada el 24 de febrero (1).

«En lo que toca a las obras se continuarán conforme a lo que Vuestra Majestad manda, y viniendo dineros se comenzará el lienzo de Zurriola por la traza de *Luis Pizaño*, pues de esto es Vuestra Majestad servido. Lo que hasta ahora he replicado ha sido deseando acertar mejor en el servicio de Vuestra Majestad, y pues Vuestra Majestad ha mandado ver lo uno y lo otro y manda que se escarte la primera traza, aquello será lo mejor aunque a mí me parezca otra cosa. Los dueños de las casas que allí se derribaron, padecen mucha fatiga porque las tienen abiertas y acertó a ser en los más pobres de aquella villa y hanme muchas veces pedido que suplique a Vuestra Majestad les mande satisfacer su daño, pues es tan grande. A Vuestra Majestad suplico lo mande ver y proveer lo que fuere servido que en verdad será limosna la merced que Vuestra Majestad les mande hacer.»

Por último, el mismo D. Sancho, por otra carta de 3 de abril, manifiesta que «en la semana próxima» se rematarían las obras de la Zurriola y se empezarían con mucha prisa, como eran los deseos de Su Majestad. Por otra parte, los de D. Sancho, de que Pizaño fuese a San Sebastián no pudieron cumplirse por las razones que pronto hemos de ver.

Aparte de los cuidados que la fortificación de las plazas de San Sebastián y Fuenterrabía le proporcionaban a Pizaño en Roa, los asuntos de artillería no le preocupaban menos, pues teniendo que despachar estos personalmente por la enfermedad de D. Pedro, y siendo por otro lado dificultosos de resolver, no le quedaba ni un momento libre. El problema de armar las dos plazas citadas y proveerlas de pólvora, no habiendo piezas ni pólvora, era difícil de verdad.

Para formarse una idea del estado en que se encontraba la casa de Burgos, centro entonces de la artillería, y de la cual mandaba el Emperador se proveyesen las dos citadas plazas, bastan los dos párrafos siguientes de la carta, ya citada, del 17 de enero, del Comendador Mayor D. Pedro, al Emperador:

Los mismos razonamientos, aunque expuestos con más soltura, aparecen en las cartas ya citadas de D. Sancho al Secretario Vázquez de Molina. Así, en una de ellas dice: «Tornenme a ynviar aca a luis piçaño que yo le porne en rrazon o el me desengañara ami y quedaremos conformes en esta obra desta villa como en la de fuenterravia que alli no le dexe traçar nada sin que me dyese muy larga rrazon y lo que me parecya vien lo acogia y en lo otro tanvien se rreconocyo con hartas cosas.»

(1) S. M. T. 1.º 26.

«La provisión que Vuestra Majestad manda hacer es muy acertada, pero, pues ya se acostumbra meter en cada plaza de frontera, donde nunca se tenían más de cien quintales de pólvora, a millar por plaza, mande Vuestra Majestad que haya más recaudo de salitre y de dinero para que se labore, porque cuando en Málaga hubo gran acopio de pólvora, fué la causa no haberse sacado treinta años atrás un barril para abastecer ningún lugar, y ahora que se sacan, vea Vuestra Majestad lo que tiene en Málaga, Cartagena y Barcelona, que en Burgos no queda un grano.»

«Yo dejé una Memoria en el Consejo de Vuestra Majestad, por donde decía que no convenía llevarse salitre del Priorazgo a Málaga. Escríbenme que ha mandado Vuestra Majestad llevar doscientos quintales. Mande Vuestra Majestad que los hagan de pólvora de arcabuz, porque como revuelven los polvoristas el salitre de Almería con el del Priorazgo, por hurtar en las taras, arruinan la pólvora, y de esto tengo yo bastante información y así me lo dió por aviso Francisco Verdugo, diciendo que estaba certificado que hurtaban en cada centenar 20 quintales.»

«Asímismo Vuestra Majestad no tiene, como ya otra vez me ha oído, una pieza de artilleria que menear en toda esta banda de acá. Yo envié a un fundidor que tenía conmigo en Barcelona, visto que el de Málaga Vuestra Majestad mandaba que se ocupase allí, para que me fundiese 20 medios cañones. Ha fundido dos, aunque no están acabados de poner en perfección, y a los otros dice que le embarazan los hielos para lo de los moldes y el principal embarazo es el no haber dineros. Vuestra Majestad mande proveer de ellos con brevedad porque no tenemos en Burgos una pieza de artillería de servicio ni una rueda ni una caja, y ha menester tiempo todo esto para labrarse, y Logroño está de esta misma manera.»

Este último párrafo es muy importante, pues es la primera vez que se habla de los medios cañones que Arantegui llamó de Pizaño, y que seguramente fueron proyectados por éste, para lo cual basta fijarse en que las órdenes dimanadas de D. Pedro, en la presente ocasión, no podían salir más que de Pizaño.

Pero no eran solamente necesarias las piezas, sino que también de cureñas andabase muy mal, por no haberse cumplido los memoriales que se habían dado en la primera visita de Pizaño a las dos plazas citadas. Fué preciso acudir al remedio y ordenar cortar la madera en seguida para aprovechar la menguante, comprometiendo el propio D. Pedro su peculio y ordenando en Burgos que se hicieran las cortas bajo su responsabilidad, pues según expresión de Pizaño, «no tenemos ni un solo palo».

Finalmente de azufre para la pólvora se estaba peor que de salitre, pues en carta de 31 de enero manifiesta el Comendador al Secretario Eraso que en Burgos no hay azufre y que en toda Castilla está muy

caro; que por la vía de Recalde, que tiene tratos en Flandes, se pidan 400 ó 500 quintales y que ésto se provea luego (1).

Además de proveer a lo de la artillería propiamente dicha, se ocupó Pizaño, en Roa, de hacer contratos para construir arcabuces, morriones y picas, así como para limpiar y poner en servicio los que ya existían en la casa de Burgos y plazas del reino.

La intervención de Pizaño en este asunto resulta clara de la siguiente carta escrita por él al Duque de Alba con fecha 23 de enero (2):

«Ilustrísimo señor.

El señor Comendador Mayor está, después que partió de esa Corte, tan malo de una postema que se le hizo en las partes de detrás, de que ha estado con mucho dolor y con mucho trabajo en la cama, y de este ataque con algunas buenas calenturas, y con ser la dolencia tan grande como es, aunque ha mandado venir aquí todos los oficiales con que conviene que se entienda para el servicio de Su Majestad no ha podido hablar palabra en cosa ninguna. Hame mandado que yo entendiese en algo de lo que aquí había que hacer. Y así Ilustrísimo señor he estado yo y estoy calculando con el Contador y Pagador los recaudos que se tienen y lo que han gastado, porque ni el señor Comendador Mayor está satisfecho de su diligencia ni de su limpieza, aunque brevemente se verá y se dará aviso a V. S. Ilma. de ello.»

«Asimismo Ilustrísimo señor vista la necesidad grande que en todas estas casas de munición de Su Majestad hay de armas, el Comendador Mayor habia mandado por Maestre Armerol, que es tenido por el más suficiente y más verdadero que hay en toda la provincia de Guipúzcoa y de Vizcaya, y es el que nos ha limpiado los coseletes de Burgos y hécholes que valgan algo do todos valían un cuatrín. He hecho este asiento que V. S. Ilma. y esos señores mandaran ver que es por los mismos capítulos y capitulación que Su Majestad mandó hacer con otros el año de XXXVI. Como por el asiento original que se hizo con Juan de Vici-

(1) S. E. l.° 62. De esta carta es el párrafo siguiente:

«Al contador y al pagador he enviado a Burgos; vernan esta semana aqui y si v. m. no vbiere enviado antes los dineros, yra el pagador alla avnque en verdad tres y quatro mill ducados se podian fiar de vn correo y enviarseles a el, que el correo lleuaria el rrecaudo que el señor tesorero general enviare a pedir, y no nos enbaraçaria su ausençia a muchas cosas que con todo mi mal aqui despacha *el señor capitan luis piçaño hazerme a mi merced.*»

El mismo día 31 escribió Pizaño a Eraso pidiendo el dinero y que se active todo lo referente a las peticiones de la artillería. En la carta le encarga bese las manos el Secretario Vázquez de Molina (S. E. l.° 62).

(2) S. E. l.° 62.

nay, el cual va con ésta, verá no se ha mejorado en lo del dinero, por ser el tiempo que es y la necesidad que tenemos. Pero mejórase en la ropa de manera que por un arcabuz ganamos en ventaja y en la bondad dos y por un morrión dos y tres, y pues Su Majestad entiende mejor esto del arcabucería que soldados de los que tenga, V. S. Ilma. lo platique con Su Majestad, y yo, conforme a lo que el Comendador Mayor y yo habíamos platicado por el camino antes que adoleciese, lo he hecho lo mejor que he podido, y pareciéndole a V. S. Ilma. y a esos señores débenlo de mandar despachar con brevedad y diligencia, porque está V. S. Ilma. pauperísimo de armas para la necesidad que sobreviniere. Con toda la mala disposición del Comendador Mayor despachamos al Contador, cuando vino el mandato de Su Majestad, para Burgos a efectuar lo que Su Majestad y V. S. mandaban. Ya aquello, Ilustrísimo señor, debe estar cumplido. Envióse a mandar, aunque no venían los dineros, a Burgos que se cortaran en todas sus comarcas las maderas que se hallasen, porque no tenemos un solo palo. V. S. Ilma. debe mandar que envíen a diligencia el dinero, así para esto como para las otras cosas, porque venido el dinero pues el mal de su señoría va adelante, será forzado que yo llegue a Burgos a entender en lo que allí se ha de hacer, y pues en el despacho de estas cosas se gana tanto para cuando la prisa viene, suplico a Vuestra S. Ilma. nos mande despachar luego el recado.»

«En lo que digo a V. S. Ilma. de alargar en el precio del dinero, no me he alargado tanto como visto un memorial que da Domingo de Orbea que dice por el que no podría hacer los arcabuces salvo en dos ducados con sus morriones, y las picas a tres reales y medio, y que no fuesen sino de la bondad de los pasados, así lo uno como lo otro, conforme al asiento que tenía hecho Juan de Vicinay, de manera que me parece según éstos han de ser como arriba digo que ganamos el tercio del dinero en la bondad. Y el dicho memorial va con el otro original para que V. S. Ilma. lo vea con esos señores.»

«*Hame parecido que es bien que todos los arcabuces sean de una pelota y de un peso y de una largueza, porque de otra manera valdrían poco. Yo me remito al mejor parecer* de V. S. Ilma.»

«También aviso a V. S. Ilma. que el dicho maese Juan, como lo dirá a V. S. Ilma., dice, según acá ha dado un memorial, que se obligará en todas las herramientas que fueren menester para el servicio de Su Majestad, como de azadones y picas y palas y hachas y almadénas y palos de hierro y todos los otros géneros de hierros que le mandaren de hacerla hacer que sean la mitad mejores que hasta aquí, y bien acerados a contento, y que las dará el tercio o el cuarto del dinero menos que hasta aquí las han hecho las más baratas que hayan hecho. V. S. Ilma. hablará con

él, pues hemos menester de estas herramientas conforme al memorial que lleva. Y guarde nuestro señor la Ilma. persona de V. S. con el acrecentamiento de su muy gran Estado que V. S. Ilma. se desea. De Roa a 23 de enero del año 1543.—Ilustrísimo señor. De V. Ilma. S., muy cierto servidor y criado que sus ilustrísimas manos besa.—Luis Pizaño.»

Interesantes son las noticias que en la citada carta encontramos, tanto referente a la salud de D. Pedro de la Cueva, como a los conocimientos que se demuestra tenía en estos asuntos el Emperador. Es digno también de notarse el deseo, expresado por Pizaño, de unificar el armamento de la infantería, así como el de crear parques de herramientas en todas las plazas fronterizas, cuyo proyecto se concreta mejor en una relación que acompaña a la carta anterior y en la cual se especifican la calidad y número de herramientas que en cada una de aquéllas debía existir.

Entretenido en estos asuntos pasó Pizaño en Roa el mes de enero y parte de febrero, en el cual, decidido ya el Emperador a abandonar la Península y pasar a Italia y Alemania, dispuso se adelantase el Duque de Alba a Barcelona, para arreglar todos los asuntos que a la defensa de la frontera del Rosellón y marítima de Cataluña se refiriesen, llevando consigo, para este objeto, á Luis Pizaño.

Gran dolor causó a D. Pedro de la Cueva la partida de éste de Roa, que debió tener lugar el 13 de febrero, en que fecha una carta al Emperador (1) doliéndose de que, por el mal estado de su salud, no pueda acompañar a Pizaño, al cual se remite en todo. Ruega a Su Majestad que le envíe a Pizaño en cuanto no haga falta, pues si lo que tiene que hacer no es mucho, acaso puedan estar los dos en Barcelona, para recibir sus órdenes, en el tiempo marcado.

Háblale también de la falta de azufre y manifiéstale que la ciudad de Burgos habíale servido con un cuento cantidad que el Emperador había mandado se emplease en obras de una casa en el castillo para municiones y en hornos para las fundiciones. Que al pedirle el dinero habían suplicado que, pues estaban armando gente, no se le pidiera más que una parte y luego daría el resto. Que él accedió y ahora al pedirle el resto, dicen que no podrán pagarlo hasta el año 45; añade como comentario «habilidad grande suya me parece».

Ignoro si Pizaño volvió otra vez a Roa antes de ir a Barcelona, en cuya ciudad y día 1.° de mayo le encontramos asistiendo a la salida del Emperador para Italia, sin que el desgraciado general de la Artillería hubiera podido sacudir la enfermedad que al año siguiente le llevó a la sepultura.

(1) S. E. 1.° 62.

Lo probable es que al ordenar a Pizaño se incorporase a la Corte, se pensara ya decididamente en su marcha a Barcelona, y que, con el fin de no disgustar a D. Pedro, se le dijese que no tardaría en volver. Pero lo cierto es que la orden que recibió el Duque de Alba, con el cual iba Pizaño, fué la de salir el 25 de febrero para aquel punto y, por lo tanto, mal podía volver éste a Roa, según las esperanzas del Comendador Mayor de Alcántara (1).

Puesto que los sucesos que han de seguir, y en los cuales intervino Pizaño, son una consecuencia del estado de la política europea en esta época, bueno será que recordemos cual era el estado de relaciones entre Carlos V y Francisco I, por la época de que vamos tratando.

Ya hemos dicho que después de la retirada de los franceses de sobre Perpiñán, a fines del año 1542, se siguió un período de calma relativa en esta frontera, así como en las demás que formaban los Estados de los contendientes. Este período, originado por el cansancio y necesario para reunir nuevos elementos con que volver a la lucha, fué utilizado por el Emperador para reunir subsidios que le proporcionaron las Cortes de los reinos de España, así como el nuevo Duque de Florencia, Cosme de Médicis, de cuyo Estado sacó a las tropas españolas que le habían guarnecido, mientras se construían los dos célebres fuertes llamados, con razón, los grillos de la Toscana.

En calidad de préstamo obtuvo también una fuerte cantidad del Rey de Portugal.

Al mismo tiempo, y para no hallarse solo en la lucha, concertó un tratado de confederación con Enrique VIII, de Inglaterra, que, aunque separado de la Iglesia Católica Romana, no era mal auxiliar para contra un Príncipe como Francisco I, que no tenía inconveniente en ligarse con el mismísimo Gran Turco, coco de toda la Europa cristiana. Igualmente, y para no crearse nuevas dificultades en Alemania, contemporizó con los protestantes que, formada la liga de Smalkalda, eran ya un poder temible con el que había que contar, y que no podía dejarse a la espalda al tratar de acometer a Francisco I por las fronteras de los Países Bajos y el Luxemburgo.

No es de nuestra incumbencia el tratar de las consecuencias que fuera de España tuvo esta política por los años de 1543 y 44, tocándonos

(1) En una carta desde Perpiñán, de 6 de marzo, escrita por D. Juan de Acuña al Emperador (S. M. y T. l.º 23), hay este párrafo: «Por la carta de Vra. Mg. de XXIIII del pasado he entendido la provisión que Vra. Mg. hizo en mandar que el Duque de Alba se partiese a los XXV para que viniese a Barcelona con mas brevedad que Vra. Mg. para proveer lo que conviniere asi a este Condado y sus fronteras, como en las armadas de mar y ha sido cosa de gran importancia y muy acertada».

sólo recoger lo que de ello se derivó, que directamente afectaba a la Península, en la cual permaneció Luis Pizaño por esta época. No hablaremos, pues, de la toma de Dura, a la que siguió el inmediato castigo del Duque de Cleves con su renuncia al Ducado de Gueldres, ni del desgraciado sitio de Landrecy, hechos ocurridos el año 1543 con la presencia directa del Emperador; como tampoco de los sucesos pasados el siguiente año en el Piamonte, entre los cuales, la desgraciada batalla de Cerisola, a la que siguió la rendición a los franceses de la plaza de Carignan, si bien no sirvió para que éstos sacasen grandes ventajas, obligados, como se vieron a continuación, a sustraer de aquel territorio tropas con qué defender sus otras fronteras atacadas por los ingleses y el Emperador, demostró a ambos soberanos que iba llegando la hora de poner término a una lucha en la que en vano consumían los dineros y sangre de sus súbditos, sin conseguir dar un paso en todo lo que a la destrucción completa del rival pudiera referirse.

Con el fin, pues, de poner por obra sus pensamientos político-militares, embarcó el 1.° de mayo de 1543 en Barcelona el Emperador, dejando como Regente a su hijo D. Felipe, y como Lugarteniente y brazo derecho de éste al Duque de Alba. Quedó también en España, como consejero del Príncipe, el célebre Secretario Cobos, Comendador Mayor de León.

Hasta el último momento anduvo preocupado el Emperador con los asuntos que a la defensa de España convenían, pues el mismo día 1.° firma el célebre documento que con el título *El orden que han de tener los artilleros, así ordinarios como extraordinarios, y los que debe haber en cada punto* le presentó Pizaño y que abarca la reorganización del arma de artillería, como consecuencia de las deficiencias notadas por éste desde su llegada a la Península.

Otros memoriales he encontrado de Pizaño, hechos por la misma época y que son consecuencias de la instrucción anterior para hacerla aplicable en las diversas fronteras.

Al mismo tiempo que en la Artillería se ocupó Pizaño en hacer una traza para la plaza de Barcelona, que no he encontrado, pero con arreglo a la cual se siguieron los trabajos que con gran actividad se emprendieron, al marcharse el Emperador.

Sin duda, para premiar tanta laboriosidad y con el fin de que pudiera Pizaño disponer de algún dinero con que hacer frente a los continuos gastos que sus correrías le originaban, y que como veremos más adelante le traían arruinado, le concedió el Emperador este mismo día 1.° de mayo, y estando ya embarcado, la Tenencia del castillo de Zorita,

cuyas rentas me son conocidas y se publicarán en el Apéndice (1).

Después de esto se hizo a la mar, llegó a Palamós el 12, y este día se embarcó llegando el 13 a Rosas, cuya bahía recorrió, y haciéndose cargo de su importancia, hizo una traza para fortificar la población, la cual, con una carta, remitió al Duque de Alba. He aquí el párrafo principal:

«Hemos visto este lugar, el cual nos parece muy importante por razón de este puerto y por esto holgaremos que lo platicado con el Duque de Segorbe cerca del trueque de él se ponga en efecto, y pues no hay disposición en el reino de Valencia para darle la recompensa se le dé en este principado, y así os encargamos se entienda luego en ello con el dicho Duque, porque viniendo en efecto el trueque *convenía fortificarle de la manera que va trazado en un papel* que irá con esta, el cual se guardará para su tiempo, y de lo que hiciéreis cerca del dicho trueque nos daréis aviso» (2).

Incorporadas a la expedición imperial tres banderas de infantería procedentes de Perpiñán, continuó el Emperador a Italia, para la cual pensaba salir el dia 14, según manifiesta en la carta citada al Duque de Alba. Recibida por éste la carta, decidió, con anuencia de Cobos, poner por obra cuanto concernía a la negociación para hacer del dominio Real la plaza de Rosas, pero convencidos de que aquélla había de ser larga, por la dificultad de encontrar compensación conveniente para el Duque de Segorbe, con lo cual la fortificación de Rosas se había de alargar, decidió, por consejo de Pizaño, que en uno de sus viajes a Perpiñán había visitado el litoral del Ampurdán, que se fortificara la torre que de antiguo existía debajo del Puig Roma, y que, situada cerca de Rosas, batía perfectamente el principal fondeadero que en la espaciosa bahía existía.

La primera parte aparece clara de un extracto, para el despacho, de dos cartas comanditarias del Duque y de Cobos al Emperador, fechadas el 20 y 21 de mayo en Barcelona. En él se lee: «que han entendido con los de Barcelona en lo de la fortificación de aquella ciudad y que hayan tanta voluntad en ellos que esperan que se hará muy bien».

(1) Aun cuando conocía por este documento la posesión en que estaba Pizaño de semejante tenencia, ignoraba la fecha exacta de su concesión, aunque la suponía por esta época. La publicación por el Sr. Foronda de su sin par libro sobre las andanzas del Emperador nos ha hecho conocer la fecha. Llámale Foronda Luis Pizarro, pero esto es sin duda error del copista o del cajista.

En cuanto al Castillo de Zorita de los Canes, cuya tenencia se concedió a Pizaño, está situado, como se sabe, en la orilla izquierda del Tajo, aguas abajo de la unión de éste con el Guadiela y muy cerca de Pastrana, patria de Pizaño. Hoy no quedan más que unas tristes ruinas que hace años visité por serlo de un castillo y por sus concomitancias con nuestro héroe.

(2) S. E. l.° 289.

«En lo *de Rosas* les parece negociación muy larga pero que se en-



tenderá en ello como Vuestra Majestad lo envió a mandar, y entre tanto

DE ARTILLERÍA

les parece sería bien hacer aforrar *aquella torre de la montaña*, y hacer en ella un revellín para poner allí 4 ó 5 piezas de artillería, con lo cual y con 25 arcabuceros que se tuviesen allí, estaría por ahora razonablemente la guarda de aquel puerto, y para adelante habiéndose de fortificar la villa por la traza que está hecha, estará también lo que se hiciere en la torre. Vuestra Majestad vea si es servido que se ponga la mano en ello.»

Puesto que vamos a tratar con detalle en este capítulo, y los que le siguen, de la Plaza de Rosas, obra la más importante de Pizaño, pongo, en la página 336, una vista panorámica que he encontrado en Simancas y fué hecha probablemente por orden de Pizaño, para hacer comprender al Príncipe D. Felipe el problema que se trataba de resolver. Todos los nombres que en la vista figuran son pertinentes a nuestro estudio. La vista está tomada, como en ella se dice, desde la parte de Levante, y vense al fondo las Islas Medas, Montgri, La Virgen del Monte, Ampurias, Castellón de Ampurias, que aunque aparece en la lengua del agua, la acompaña una inscripción que dice: «está Castellón dentro de tierra una legua en medio del llano» como efectivamente así es, Rosas para la cual había hecho el Emperador la traza que envió al Duque de Alba, y la torre de la Trinidad—que es la *torre de la montaña* que se cita anteriormente—que se proponía y se fortificó por Pizaño. El navío que aparece en la bahía está para marcar su mejor surgidero que debía quedar bajo los fuegos de la Trinidad y Rosas.

Finalmente, nótase en la vista el dominio que sobre la torre de la Trinidad tenía el monte inmediato, por la izquierda, que es el llamado hoy Puig Romá, y una inscripción anunciadora del proyecto de construir otra torre en el lado opuesto de la bahía para defender la entrada en unión de la Trinidad.

Es muy interesante la manera de expresar el pueblo de Castellón que se le hace aparecer en la vista, pero obligando al espectador a retrotraerlo con la imaginación tierra adentro.

Las palabras copiadas anteriormente son la primera referencia que he encontrado de la fortificación del sitio que fué luego el castillo de la Trinidad. No tengo para qué advertir que la obra propuesta aquí con el nombre de revellín, no es otra que la antigua barrera castellana o recinto exterior y bajo, y, por tanto, contrapuesta a la torre que, como caballero, había de quedar dentro del recinto de aquélla.

Aun cuando la intención del Duque de Alba y de Cobos, había sido salir de Barcelona, una vez arreglados los asuntos de la fortificación de esta ciudad, para lo cual dejaron preparada una pragmática sobre el modo de obtener recursos con que poner por obra el proyecto de Pizaño, no pudieron realizar el viaje hasta el 28 de mayo, a causa de una enferme-

dad que acometió al Duque. Salieron por fin este día acompañados de Pizaño (1) y dejando dispuesto que los primeros dineros que se obtuviesen de los bienes secuestrados a los franceses en el Principado (que tales eran las inexorables leyes de la guerra en el siglo XVI) se empleasen en las obras del castillo de Rosas en cantidad de 2.000 ducados, que era en lo que Pizaño había presupuesto la obra (2).

Tal era el estado del asunto cuando el Emperador salió de España, y así no se equivocó mucho Cereceda cuando, hablando de este año, dice:

«Siendo venido el Emperador con muchos grandes de España en Barcelona, en breves días vino el Príncipe Andrea Doria con sus galeras; y siendo venido el Príncipe Andrea Doria, el Emperador manda que en Barcelona quedase el Duque de Alba a proveer las cosas que convenían a la guardia de aquella costa y a la fortificación de Rosas y Cadaqués, por ser puertos que mucho convenía guardarse por ser tan buenos y estar mal fuertes. Esta empresa mandó el Emperador que la tomase Pizaño, Capitán de la Artillería de España.»

Al párrafo anterior sólo tenemos que objetar que, por el momento, no parece se pensara en fortificar a Cadaqués, pues esto tuvo otro proceso como indicaremos más adelante y además que, si bien es cierto que Pizaño había sido capitán de Artillería en Corón y Milán, aún no podía dársele este título en lo referente a la Península, en la cual ejercía el mando supremo, según sabemos, D. Pedro de la Cueva.

Mientras Pizaño con el Duque y Cobos regresaban a Valladolid, donde a la sazón residía la Corte del Príncipe D. Felipe, el Comendador Mayor de Alcántara seguía en Roa luchando con su enfermedad y con la falta de recursos para atender a las necesidades del servicio que se habían aumentado con las que el armamento de la escuadra de D. Alvaro de Bazán, que se equipaba en los puertos del Norte, traía consigo (3).

(1) En Simancas (M. T. l.° 23) hay un documento que tiene por título: «Sumario de las moniciones que Luis Hernández, Mayordomo de la Artillería, ha dado después que el señor Capitán Luis Pizaño partió de esta ciudad de Barcelona a XXVIII de mayo pasado del año presente».

La pragmática la tenían hecha el Duque y Cobos en 16 de mayo, día en que remitieron una copia al Emperador.

(2) Carta fechada en Osera a 2 de junio por el Duque y Cobos y dirigida al Emperador (S. E. l.° 289). El día 1.° escribieron aquéllos al Secretario Vázquez de Molina desde Candasnos, y le dicen iban muy cansados por lo muy deprisa que viajaban, pues tardándose «antes nueve días de Barcelona a Zaragoza, ahora lo hacemos en siete» (S. E. l.° 289).

(3) Esta escuadra se la llama en los documentos de la época «Escuadra de Poniente». No solamente pedía D. Alvaro piezas para los navíos, sino también para fortificar una porción de puertos de la costa cantábrica desde Guipúzcoa a Galicia.

Para colmo de desgracias, en Burgos no se había adelantado gran cosa en la fundición de los medios cañones «porque los fundidores que Su Majestad tiene no saben lo que convenía, y así han errado dos fundiciones» (1).

Nada de esto había podido evitar D. Pedro, pues le era imposible salir de Roa para Burgos, a causa de la enfermedad «y por esperar al Capitán Luis Pizaño, que le mandó el Duque de Alba que quedase con él en Barcelona, porque como entiende el oficio mejor que yo, será Su Majestad mejor servido de lo que yo hiciere en su presencia». «De modo muy poderoso Señor (continua escribiendo D. Pedro) que Vuestra Majestad esté advertido que por esta parte de Castilla para salir en campo no tiene Vuestra Majestad artillería cuanto más para proveer las plazas y navíos que D. Alvaro ha de menester, y sin duda sería necesario por todo buen respeto o que Vuestra Majestad advierta al Emperador para que con brevedad mande que venga la artillería que le han fundido en Alemania o que acá se funda artillería con diligencia, porque aunque Su Majestad envió a mandar que se hiciese en Málaga no se ha atrevido el fundidor que allí está a hacerlo porque quiere Su Majestad que funda al respeto del *primor* con que funde el de Augusta. En Burgos viniéndonos dinero haremos lo mejor que podremos. Y también hay necesidad que porque Juan Martínez de Recalde, a quien Vuestra Alteza envió a mandar que enviase mil quintales de metal a Burgos, no ha enviado más que hasta trescientos cincuenta o cuatrocientos, le mande Vuestra Majestad escribir que envíe el cumplimento a los mil» (2).

La embarazosa situación en que se encontraba D. Pedro, hecha manifiesta en esta carta, no había de terminar ya sino con la muerte, no cumpliéndosele tampoco los deseos de ver a Luis Pizaño (3). En efecto, encontrándose el Duque, con Cobos y Pizaño, en Zaragoza a mediados de junio (4), se debió de recibir, por conducto del Emperador, la terrible no-

(1) Carta de D. Pedro al Príncipe D. Felipe, de 7 de junio (S. E. 1.º 62).

(2) Carta citada en la nota anterior. Llama la atención en este documento el título que indistintamente da D. Pedro de la Cueva al Príncipe D. Felipe de Majestad y Alteza. Acaso el error naciera de inexperiencia del amanuense, que forzosamente había de utilizar D. Pedro, o bien éste pretendiera honrar de este modo al futuro heredero de la Corona.

(3) En 13 de junio dice al Príncipe D. Felipe que irá a Burgos con Luis Pizaño [cuando volviese] para arreglar lo de la fundición. Que le dice el pagador que no ha cobrado aún y añade: «no tengo buen crédito de él como le tengo de muy pocos de los que traen dinero de Su Magestad» (S. E. 1.º 62). Esta última afirmación es interesante y comprobatoria de nuestra opinión sobre la moralidad de pasadas épocas.

(4) «Con correo pasado screuimos a v. m. lo que haura visto sobre la fortificacion de esa ciudad y puerto de barcelona por la nueva que su mg. nos hizo saber de la salida del armada del turco; agora le embiamos la carta que se oluydo para los con-

ticia de que la escuadra otomana, al mando de Barbarroja, había zarpado para el Mediterráneo occidental, adonde la llamaba la alianza del Gran Turco con el Rey Francisco I. Faltóle a los Gobernadores tiempo para avisar a toda la costa del Mediterráneo y a Alba y Pizaño para incorporarse en Valladolid al Príncipe D. Felipe, celebrándose inmediatamente un Consejo de Guerra, al cual asistió Pizaño (1), y en que quedaron anotadas una multitud de prevenciones referentes a la defensa de nuestras costas del Mediterráneo, y de las cuales, y en lo referente al litoral del Rosellón y Cataluña, influyó aquél considerablemente con su consejo.

Parece ser que la primera intención que se tuvo fué la de abandonar el Ampurdán a su suerte, defendiendo sólo las plazas del Rosellón, pero después, por consejo de Pizaño, que creyó podía fortificarse a Castellón de Ampurias rápidamente para que sirviera como lugar de recogida de ganados y personas, se decidió hacerlo así.

He aquí las principales decisiones del Consejo de Guerra celebrado en Valladolid el 7 de julio (2):

«Lo que el Príncipe nuestro señor, habiendo sabido la venida de la armada del turco, ha mandado proveer para defensa de la costa del Principado de Cataluña y Condados de Rosellón y Cerdaña y del Reino de Valencia y de estos reinos.»

«Ha parecido que porque el tiempo no da lugar para fortificar a Rosas como convenía, y es necesario tener en aquella parte del Ampurdán una plaza donde poder recoger vituallas y tener algún número de gente, para que corriendo los enemigos aquella tierra, no puedan hacerlo tan a su salvo que no vayan con respeto, que Castellón de Ampurias es lugar más al propósito que hay para esto; y así se envió comisión a Villa-

sejeros y le pedimos porque pues ven quanto conviene al seruycio de s. m^t entienda luego en que se haga lo vno y lo otro conforme a lo que escriuimos y la fortificaçion según el disigno de *luys pizaño* y que se de toda la prisa que sea posible.» (Simancas M. y T., 1.° 24.)

Este documento tiene en la cubierta lo siguiente: «Despacho para Barcelona de Zaragoza». No dice quién lo envía ni a quién va dirigido, pero debe tratarse de Alba y Cobos, de una parte, y del Marqués de Aguilar de otra.

(1) La asistencia de Pizaño al Consejo se corrobora por carta suya al Emperador que se incluye en el capítulo siguiente. Sucesivamente se fueron recibiendo noticias que anunciaban el paso de la escuadra de Barbarroja por el cabo de Columnas (punto el más oriental de la Calabria) y por el faro de Mesina.

(2) Aunque el Consejo celebrose el 7 de julio, en las instrucciones que se copian se hace referencia a decisiones anteriores y aún posteriores a esta fecha, sin duda porque hecho el documento para enviárselo al Emperador, se puso en él todo lo que con posterioridad se previno como consecuencia del Consejo y hasta la salida del correo enviado a aquél. (S. M. T. l.° 13).

riche (1) para que luego entendiese en la fortificación de él, y es ya partido el capitán Luis Pizaño a ordenar cómo se ha de hacer y también para que entienda, si el tiempo y la armada diese lugar, en la fortificación de Rosas, con parecer del Príncipe Doria y de D. Bernardino de Mendoza para lo de la mar, conforme a la traza de Su Majestad, la cual llevó, y a lo que viesen convenir, y llevo dineros para ello; y está acordado que siendo menester se pongan en Castellón para su defensa mil quinientos soldados castellanos y tres mil de la tierra y 20 piezas de artillería, y que se recojan allí las vituallas del Ampurdán conforme a la gente de guerra que ha de haber dentro y a la que andará en la fortificación. Luis Pizaño es llegado a Barcelona y al Príncipe Doria le ha parecido muy bien lo de Castellón y así se entiende en ello.» (2).

«Porque se considera que el Rey de Francia, en esta ocasión de la venida de la dicha armada, procurará entrar con gente a la empresa de Perpiñán y conviene tenerla bien proveída, estando acordado *(sic)* que se pongan en ella cuatro mil infantes castellanos y viendo la necesidad tres mil de la tierra y está bien proveída de artillería, municiones y bastimentos. Ahora habrá en ella dos mil castellanos y mil alemanes; y las tres banderas de Navarra, nuevas, pareció al Príncipe y al Marqués de Aguilar pasaran también a Perpiñán entre tanto que viene lo demás.»

«Ha parecido a D. Francés de Beaumont que se dé prisa a meter en Perpiñán la vitualla que Su Majestad dejó mandado, que es en buena cantidad, y que la recolta (3) de todo el condado se haga en Perpiñán, Elna, Salsas y Colibre, y entiéndese en ejecutarlo. Proveese que se dé gran

(1) Este párrafo fué el que indujo al coronel Aparici a incluir a Villariche entre los ingenieros del siglo XVI, y, así, se le ha incluído como tal en el número del MEMORIAL dedicado a conmemorar el II Centenario de la fundación del Cuerpo de Ingenieros y aparece en una lápida de nuestro Museo. Pero como veremos en adelante, Villariche, o mejor, Villarich, que era el Administrador del Duque de Segorbe en el Ampurdán, no entendía nada en asuntos de fortificación, y la Comisión a que el documento se refiere era sólo de reunir elementos para cuando llegara Pizaño. Diremos, por último, que este documento que, como se ve, no puede tener otra fecha que el año 1543, lo supuso también Aparici del año 1538, engañado por una falsa fecha puesta al exterior según dijimos en el Capítulo I. Al lado de este documento está el célebre Memorial de Artillería que tampoco tiene fecha y al cual Aparici supuso también de 1538. Es el que atribuyo a Pizaño en el «Discurso Preliminar». (*Nota del autor.*)

(2) En comprobación de una nota anterior diremos que Pizaño llegó a Barcelona el 26 de julio, y contando los días necesarios para saberse su llegada a la Corte, se precisa que el documento que copiamos se remitiese al Emperador lo más pronto en principios de agosto.

(3) Es decir, la recolección. *(Nota del autor.)*

prisa en la fortificación que está comenzada y señaladamente en acabar el baluarte de San Martín, y para esto de las obras se han enviado siete mil ducados y se enviarán más.»

«En lo de los alemanes ha parecido lo que se contiene en la carta que escribe su Alteza a Su Majestad, y pareciendo todavía al Príncipe Doria y al Marqués de Aguilar que los dos mil alemanes se queden en Barcelona, habrá esto más cuatrocientos castellanos que se hacen en la misma ciudad; y con los tres banderas de Navarra, si acordaren que queden allí, y con dos mil hombres que la misma ciudad hace, estará proveída medianamente, entre tanto que va llegando la gente que hacen en Aragón que será con brevedad allí.»

«En Elna está acordado que se metan mil soldados castellanos y otros mil de la tierra y de municiones y vituallas está proveída con lo que se meterá de la recolta.»

«En Salsas se pondrán seiscientos hombres castellanos cuando vayan y entre tanto se ha escrito a D. Francés que provea lo que viere que conviene.»

«En Colibre cuatrocientos hombres castellanos y doscientos de la tierra los cuales se escribió al Alcaide ponga luego, y de lo demás está proveído con lo que se meterá de la recolta.»

«En la Roca hasta ciento cincuenta hombres de la tierra.»

«En la Bella Guardia doscientos hombres y escríbese a D. Francés que lo provea.»

«En ¿San Juan? ciento cincuenta hombres de la tierra.»

«En Esterlique se han de poner cuando vayan los castellanos una compañía de ellos y alguna gente de la tierra, y escribiose al Gobernador de allí que la ponga y que se recojan allí vituallas de la tierra.»

«En Gerona se ordenó que se recojan vituallas y que allí sea la principal masa de ellas; porque no viniendo campo por tierra, no puede allí hacer efecto armada de mar, dejando a Castellón a la espalda y se entiende en ello.»

«Envióse comisión a Mosén Agullana (1) para que en Girona, Castellón y Esterlique, recoja toda la vitualla del Ampurdán y también en Perelada, porque el Vizconde, cuya es, pondrá algún recaudo en ella, y así se le ha escrito que lo haga; y después ha escrito el Virrey que ha dado esta comisión a otra persona porque Agullana está enfermo.»

«En Gerona está acordado que se pongan tres banderas de infantes castellanos, y entre tanto se ha escrito que tengan presta la gente de su veguería y pongan en aquella ciudad alguna de ella.»

(2) Jurado en Cap de Gerona. *(Nota del autor.)*

«Enviáronse comisiones para que se tome razón de las vituallas que hay en Rosellón, Cerdaña y Ampurdán, campo de Urgel y Tarragona, y si fuera necesario se *secresten* como se hizo el año pasado.»

«En Barcelona proveese que se dé gran prisa en la fortificación, y se recojan en ella las más vituallas que se pudiere; y mandose a *Luis Pizaño* ordene lo que para la dicha fortificación era más necesario de presente, y que ayudasen en ella la gente de la veguería como en Barcelona se acordó.»

«Está acordado que se pongan en ella cuatro mil infantes castellanos demás de los alemanes si algunos pereciese que queden, y hácese cuenta que habrá en ella cinco mil hombres de pelea. Pónese tanto número aquí, porque de esta gente parece que se ha de aprovechar para socorrer a todas partes, quedando siempre la ciudad para poderse defender; y porque la artillería y municiones que hay en Barcelona no es suficiente para lo que es menester, está ordenado en Alicante, Cartagena y Málaga, que yendo las galeras por lo que allí está se la den, y háse escrito al Príncipe que se ha ordenado a D. Bernardino, que ha enviado a las islas, que envíe por lo de Alicante y Cartagena, cuatro galeras.»

«Háse ya enviado a Barcelona 30 artilleros de los ordinarios, porque dicen que había gran necesidad de ellos.» (1).

«Para la gente susodicha que se ha de hacer en Cataluña y Rosellón se enviaron conductas en blanco a D. Francés que las hinche y haga hacer con toda la diligencia, porque cuando se proveyó aún no era venido el Marqués y luego se enviará dinero para ello.»

«De la castellana se ha proveído que se haga luego con gran diligencia cinco mil hombres en las tierras más cercanas para que con ellos se pueda proveer a la mayor necesidad, porque se duda que se puedan hacer a tiempo que aproveche todo el número que arriba está dicho. Lo demás, habiendo necesidad, se hará de lo de las ciudades y pueblos.»

«Y los mil quinientos hombres que Su Majestad dejó ordenado que vinieran a Rosas para Perpiñán, de los que estaban en Orán, son ya llegados a Barcelona, y el Príncipe Doria y Marqués de Aguilar han ordenado de enviar los mil a Perpiñán y los quinientos se llevan en las galeras para la provisión de las islas.»

«Hase proveído que vayan luego a Barcelona las tres compañías nuevas de infantes castellanos que estaban en Navarra y no son menester allí, las cuales están ya en camino y ordenóse a la persona de los que fué

(1) Los artilleros ordinarios constituían lo que hoy llamaríamos la plantilla. Los extraordinarios, hoy se llamarían eventuales. *(Nota del autor).*

a llevar a los Capitanes que si por el camino pudiera elevarlos a mil quinientos hombres lo hiciesen.»

«Tambien se ha acordado que la gente de armas de las guardas que han quedado en estos Reinos vayan a Barcelona aunque se cree que no podrán llegar a tiempo porque no está allegado el dinero que es menester para pagarlas, que a lo menos habrá de ser por ocho meses de paga.»

Enviáronse a percibir todas las ciudades y grandes del Principado de Cataluña y condados del Rosellón y Cerdeña y el Reino de Aragón, para que acudan al socorro donde hubiere la necesidad, y ha escrito el Virrey de Aragón que ha trabajado en Zaragoza que sirva con mil hombres y que lo hará. Hásele escrito que éstos y todos los demás de aquel Reino se hagan y vayan la vía de Barcelona donde hallarán mandamiento de lo que han de hacer.»

«En Tarragona se ordena que se recojan las vituallas que están en la parte de la marina, y la otra de la comarca en otra tierra alguna que esté más dentro de la tierra que sea fuerte y donde estén seguros, y dióse comisión para ello al abad Puche» (1).

Las principales conclusiones de este Consejo se transmitieron el día 10 en cuya fecha se escribió a todas las personas que significaban algo —desde luego a las citadas en la Instrucción—en Cataluña, así como a las ciudades y villas, haciendo hincapié, como es natural, en la parte que principalmente les afectaba. Y puesto que hemos de tratar mucho con aquéllas en adelante, bueno será que se sepan quienes eran las principales personas que en el memorial copiado anteriormente se citan. D. Francés de Beaumont, era el Capitán General del Rosellón, que había sustituído a D. Juan de Acuña, el defensor de Perpiñán el año anterior. Mosén Jofre Villarich era el administrador del Condado de Ampurias y el Marqués de Aguilar era el nuevo Virrey de Cataluña, nombrado en sustitución del Marqués de Lombay, retirado poco antes a su casa en busca de la nueva vida que había de conducirle con el tiempo a los altares.

El dicho Marqués de Aguilar (2), al cual ya conocemos de antiguo por haber intervenido en los sucesos que se originaron en Florencia a la

(1) El documento continua haciendo referencia al Reino de Valencia, parte que por no interesarnos directamente no se copia aquí. *(Nota del autor.)*

(2) Llamose este señor D. Juan Fernández Manrique y era III Marqués de Aguilar, V Conde de Castañeda, señor de los valles de Toranzo, Buelna, Iguña, San Vicente, Ríonansa, Rochero y Lamasón, de las Merindades de Peñarubia y Peña Mollera, Honor de Sedano y Villas de Cartes, Avia, Piña y Villalumbroso; Canciller Mayor de Castilla, Cazador Mayor del Emperador, Embajador en Roma y Virrey ahora de Cataluña. Tiene biografía en Salazar y Castro *(Casa de Lara)*. Fué uno de los que ajustaron la tregua de Niza.

muerte del Duque Alejandro, desembarcó, procedente de Italia, con la escuadra del Príncipe Andrea Doria, que había conducido antes al Emperador a aquella tierra, según sabemos. Llegó a Barcelona el 10 de julio llevándose un disgusto grande por no encontrarse a Pizaño en ella, según le había dicho Su Majestad. Para dar una idea de sus impresiones, basta leer el siguiente párrafo de su carta al Príncipe Felipe, fecha 13 de julio en Barcelona.

«A estas horas no he visto mis habitaciones por hacer tres días que llegué y estoy en casa del Sr. D. Enrique (1) hasta pasarme a mi casa. No he querido entender en otra cosa sino en lo que toca a la fortificación, en la cual se pondrá mañana la mano. Luis Pizaño pensó Su Majestad que hallaría yo aquí. Ha hecho y hace gran falta. Si ahí no hay necesidad de él, acá la hay muy grande. Suplico a V. A. le mande venir, porque a un hombre como yo poca cosa le es gran falta, cuanto más *un hombre como Luis Pizaño* que tan bien entiende lo que aquí se *trata y tanta necesidad hay que se haga bien*» (2).

Llegado que fué el Marqués a Barcelona, juró el cargo inmediatamente y se avistó con los Concelleres, con objeto de proceder con toda rapidez en las obras de fortificación, a lo cual asintieron éstos. Las obras en que en estos días se entendía en Barcelona, eran las que Pizaño había conceptuado necesarias, y entre ellas un bastión en las Atarazanas para defenderla de la parte de Poniente, y en donde más tarde se construyó el baluarte del mismo nombre. Además de esto había que «cerrar las puertas y terraplenarlas, como conviene para poderla defender y que los enemigos no puedan tanto ofendernos y ensanchar y afondar los fosos de la muralla y terraplenar las partes más necesarias» (3). Con el objeto, también, de construir varias galeras, se dispuso traer de Vizcaya calafates

(1) Debe referirse al Tesorero general D. Enrique de Toledo. (*Nota del autor.*)

(2) S. E. l.° 288. En este mismo legajo, y con la misma fecha, hay otra carta de Aguilar al Príncipe (cosa corriente en aquella época, por la inseguridad de los correos) en la cual detalla su viaje. Dice quiso ir a Colibre a recoger los alemanes de Perpiñán, pero que, por el mal tiempo, tuvo que desembarcar en Rosas, viniendo por tierra a Barcelona. Que los de Perpiñán le escribían no saque a los alemanes, pues van a hacer la recolección, por lo cual dejará 3 banderas y traerá el resto, o sean 4. Por último, vuelve a repetir lo de Pizaño en la forma siguiente:

«Su m.t quando me mandó partir y entender en la fortificaçion de esta ciudad dixo que hallaría aqui a luis piçaño, el qual estaua informado de la intencion de su m.t para entender en ello, y haze gran falta en no hallarse aqui assi para saber esto como para lo demás que se entiende/ si del alla no ay necesidad suplico a v. al. lo mande venir, porque demás de la merced que recibire en ello, para lo que se haze sera gran bien.»

(3) Carta del Tesorero Puig al Príncipe D. Felipe, de 14 de julio (S. E. l.° 288).

y *maestros de hacha,* los cuales trabajaron de continuo, así como en cuanto a las cureñas de la artillería era necesario. Mandó, por último, el Marqués embargar todos los navíos y escorchapines que había en la costa, desde Colibre hasta Tortosa, con objeto que no salieran del Rosellón y Cataluña bastimentos que se consideraban necesarios para las fuerzas que se habían movilizado (1).

Entre los nobles a quienes se escribió anunciándoles la próxima llegada del turco, se encontraba el Vizconde de Rocaberti, señor de Perelada (2), el cual, por los rozamientos que tuvo con Pizaño, es conveniente que fije desde luego la atención del lector. Y puesto que precisa, para poderse dar cuenta del espíritu de los nobles de esta época, el que hablen los documentos, procuraré en esta parte remitirme a ellos con frecuencia. El señor de Perelada, antes de recibir las órdenes de D. Felipe, escribió la siguiente carta, que escojo entre otras muchas, que obran en mi poder, escritas a distintas personalidades, porque especifica bien las intenciones que animaban a este magnate y sirven para fijar momentos críticos en la organización militar de España. Hela aquí:

«Muy alto y muy poderoso señor: Pues la venida de la armada del turco es cierta y la mar tan incierta, que no sabemos si será mañana, ha parecido a muchos caballeros y a mí que era razón de ponernos en campo a la lengua del agua y pertrecharnos para darles en su desembarcar todos los daños y descomodidades que posibles nos sean. He comunicado este pensamiento con D. Francés de Beaumont. Le ha parecido que conviene tanto al servicio de V. A. y la defensión de la tierra, que no se debía dilatar la ejecución y, por tanto, he determinado, miércoles a 18 de julio, salir en campaña hacia el puerto de Rosas, y los días que tar-

(1) Para que pueda apreciarse después el espíritu de actividad que Pizaño imprimía con sola su presencia a todo en cuanto ponía mano, véase como se expresa el Virrey en carta a D. Felipe, de 26 de julio (S. E. l.° 288), fechada en Barcelona:

«En la fortificación de esta ciudad no se ha hecho casi nada ny bastan fuerças humanas con esta gente/agora se hazen çiertos bastiones/es venido m:zer venedito ahunque llegando luis piçaño se volverá porque no haga falta en lo de perpiñán.»

(2) Llamábase D. Onofre Martín y era hijo de D. Felipe Dalmau de Rocaberti, muerto en 1499. Su nieto D. Francisco Jofre fué el primero que ostentó el título de Conde de Peralada. Esto no obstante, en algún documento de la época que nosotros estudiamos se llama, con error, a D. Onofre Marqués de Peralada, y así lo hemos puesto nosotros por descuido en el extracto que encabeza este capítulo. La familia de los Vizcondes de Rocaberti era antiquísima en Cataluña. Su ascendiente D. Dalmau, Vizconde de Rocaberti, acompañó en 986 al Conde Borrel en la conquista de Barcelona, y en el siglo XIV el Vizconde D. Felipe Dalmau fué Lugarteniente y Capitán General de los Ducados de Atenas y Neopatria, y uno de los primeros barones de Cataluña. *Salazar* sobre la *(Casa de Lara).*

dare de venir la dicha armada mirar y pensar lo que podremos hacer en su ofensa y nuestra defensa. Juntamente con esto me parece que es razón que de Vich y de todas esas montañas vengan dos mil hombres y se pongan en la falda de los montes Pirineos hacia Perpiñán, porque ofreciéndose la necesidad pueden acudir a Perpiñán o a Rosas, pareciéndoselo así a D. Francés de Beaumont. Todos estos remedios son hasta que venga la gente de Castilla, así de pie como de caballo, la cual Vuestra Alteza creo ha mandado venir en toda presteza; y sepa Vuestra Alteza que la gente que yo juntare aunque sea tan esforzada y determinada de morir por servicio de Vuestra Alteza y defensión de su patria como gente que sea en toda España, que a Su Majestad y a los de su Consejo no ha parecido que debiese estar habilitada y ejercitada en las armas y guerrerías que hoy se usan, y por eso los que podrían ser ahora excelentes arcabuceros serán ballesteros, y los de caballo que pienso juntar que podrían ser doscientos hombres de armas, los mejores de la Cristiandad, sé que han de venir encima de sus jacas o rocines y mal armados; así que para pelear con armas tan desiguales menester será la fidelidad innata que los catalanes tenemos y memoria de las muchas hazañas que nuestros abuelos han hecho en servicio de sus Príncipes, los cuales pero se preciaban de defender sus reinos con ellos y conquistar los ajenos. Vuestra Alteza lo mirará y proveerá todo como conviene y a mí perdonará si mi mucha afición me hace decir y hacer más de lo que me toca. Guarde y prospere nuestro Señor la real persona de Vuestra Alteza con acrecentamiento de muchos reinos y señoríos. De Perelada a 13 de julio de 1543. El Vizconde de Rocaberti» (1).

De la lectura de la carta anterior se destaca, en primer lugar, la altivez propia de los magnates de época pasada y la que siempre ha caracterizado a los hijos del Principado Catalán, cualidad que, según sea el sentido en que se oriente, puede conducir a la mayor gloria de la Patria o a la ruina de ésta.

Más en el caso presente hay que tener en cuenta que el Vizconde no

(1) La manifestación de resistir a los turcos en campo abierto por los llanos del Ampurdán, así como la de la resistencia que los ampurdaneses presentaban para acudir al Rosellón, la había hecho ya presente el Vizconde de Rocaberti al Príncipe D. Felipe en carta fechada en Perelada el 7 de julio (S. E. l.° 287), y al Emperador al contestarle el mismo día a una escrita por éste en Cremona.

En 17 de julio volvió a escribir al Emperador y al Príncipe D. Felipe (S. E. legajo 287), insistiendo en la misma opinión. En la carta a éste se dice, refiriéndose a los ampurdaneses: «y hazerseles hia mucho de mal a los que aora estan determinados de morir o hazer que los turcos no anden sueltamente por Ampurdán de encerrarse en Castellón ni en ninguno otro lugar cerrado».

hablaba con justicia, porque—véanse los documentos publicados por los Padres Jesuítas sobre San Francisco—el Emperador no se había opuesto a la formación de Milicias populares, antes favorecídolas en Barcelona. La pragmática que sobre empleo de armas se había dado, era originada por bandos y bandoleros que infestaban a Cataluña y que aun conoció Cervantes Además, en Perpiñán habíanse rebelado no hacía mucho tiempo y esto era lógico preocupase a los gobernantes. Entre muchas buenas cualidades que adornan a los hijos de Cataluña hay una mediana, que los convierte en continuos protestantes, siendo muy difícil poderlos gobernar a su gusto. Ese desarme había dado un gran resultado en otras regiones de España, víctimas como Cataluña de los bandos medioevales. Aquí a un noble como Rocaberti no se le ocurre otra idea en la ocasión, no demandada por cierto, que lo que puede leerse en esta carta.

En una cosa, sin embargo, tenía sobrada razón. El caso de 1543 era muy distinto del presentado el año anterior, en que el principal enemigo era el francés, y por tanto, más temible su ataque por el Rosellón, mientras que aquel año, siendo el coco Barbarroja, podía esperarse por cualquier parte el ataque. No era, pues, de extrañar que los ampurdanceses, que tenían por el lado de Francia el escudo del Rosellón, se preocupasen de lo suyo propio y quisieran defenderse, aun cuando la pretensión de hacerlo en campo abierto fuera más que un poco pretensiosa.

El pensamiento expresado, de resistir en campo abierto, constituyó una obcecación en el señor de Perelada, y así lo hizo presente al Virrey y a cuantas personas le parecía podían interesarse en el asunto. Al mismo Emperador le escribió, con fecha 17, que ha comunicado la idea de resistir en campo abierto a los turcos, con Doria y D. Francés, y que les ha parecido bien, y que, a pesar de esto, ha recibido orden de D. Felipe de ir a Perpiñán, mientras que en Castellón se recogen las vituallas y personas que no tengan que ir a la defensa del Rosellón. Manifiéstale que a los ampurdaneses les sienta muy mal el ir a defender a Perpiñán y que lo mejor es que nombre un Capitán General del Ampurdán, el cual se encargue de defender esta región que «ahora es tan frontera como el Rosellón, y aquí serán las primeras pedradas», pero esta defensa ha de ser hecha en campo abierto, pues Castellón debe servir para *contra lanza y escudo*, pero no contra artillería, pues tampoco la hay en la plaza.

Como se deduce, muy bien, de estas y otras cartas del Señor de Perelada, éste, en aquellos momentos, era representante fiel de una época que se iba, no percatándose de que, para la lucha con tropas como las turcas, no bastaba el poseer buen armamento y material, sino el espíritu de verdaderos soldados y de los conocimientos que las nuevas armas exigían, en el que había de manejarlas con fruto. A tanto llegó su obse-

sión que más tarde, en el mes de agosto, propuso completar su sistema de resistencia, según escribió al Príncipe D. Felipe, «teniendo en cuenta que Rosas es sitio árido y hay unos pozos, emponzoñar las aguas y retirarse por la costa haciendo correr a los turcos de una parte a otra, para cansarlos, yendo siempre todos reunidos» (1).

Esta idea de emponzoñar las aguas, que recuerda lo que nos dice Melo (2) pretendieron hacer los catalanes en el siglo siguiente, cuando la invasión del ejército castellano, demuestra cuanto era el odio que en esta época producía el nombre de los turcos, pero, a decir verdad, no era muy humanitaria y seguramente no la hubiera suscrito un militar de los que tantas veces habían tenido que habérselas con Barbarroja y pensaran habérselas todavía en el porvenir.

Pero, al mismo tiempo que Perelada resistía por cuantos medios estaban a su alcance las órdenes que del Príncipe D. Felipe y del Virrey recibía, ya que la anuencia a su plan, que supone en Andrea Doria, no consta, por lo menos en cuanto a no fortificar a Castellón, sino todo lo contrario (3), otro noble catalán, Mosén Jofre Villarich, a quien se refiere el documento de las prevenciones del 7 de julio, echaba el resto para cumplimentar las órdenes recibidas, recogiendo herramientas y disponiendo en Castellón lo que podía, en espera de la llegada de Pizaño. Además de esto metió en Castellón la artillería que había en Rosas, por considerarla más segura, y con lo cual desaparecería uno de los argumentos del Vizconde de Rocaberti, y, además, avisó al Virrey Aguilar diera orden fueran los de las veguerías a trabajar en los terraplenes de Castellón.

Pizaño, no obstante hallarse enfermo y hacer el viaje en estas condiciones, según consta por carta del Príncipe D. Felipe, que por ello le da las gracias (4), salió de la Corte el 20 de julio llegando el 26 a Barcelona, encontrándose aquí con el Virrey Aguilar y con Andrea Doria, todos los cuales decidieron no ser tiempo de fortificar a Rosas (5), pues el pe-

(1) Carta de 7 de agosto (S. E. l.° 287).

(2) *Guerra de Cataluña*, libro IV, 43.

(3) «Il loco di Castiglioni di Ampurias per quello che poi lo meglio inteso non si fortifica ni si gli lauora sino molto poco, ma per quello che il Marchese d'Aghilar mi scriue adesso, tien ordine da V. alt.ª di farlo fortificar il che a mio giudicio e di molta neccesitá per che ogni poco riparo con l'altre prouision en la gente di queste marine, che se gli retirarano dentro oltre che se gli potrá conseruare dentro molta gente et vittovaglie di queste marine, se m'potra star lanimo piu riposato.» Carta de Doria a D. Felipe de 22 de julio (S. E. l.° 288).

(4) (S. E. l.° 286), fecha 28 de julio.

(5) He aquí la opinión de Doria: «E arriuato qua luis piçaño et con esso ho hauuto le lettere di V. al de XVII, XIX et XX del presente et basciando prima a quello qui si mi comanda diró. La fortification di Roses secondo il mio giudicio al pre-

ligro amagaba de un momento a otro y, por tanto, que era conveniente emplear toda la energía en lo referente a Castellón, para cuyo punto se decidió saliera Pizaño, mirando antes las obras de Barcelona, que recorrió con Benedicto y el coronel de los alemanes, que habían estado al frente de ellas. Marchaban éstas muy despacio, con gran desesperación del Virrey, pero con la llegada de Pizaño— que estos años adquirió un relieve considerable siendo, a no dudar, la figura militar más completa de las residentes en la Península— y viendo iban las cosas de veras, se metieron de lleno en trabajo, según se dice en algunos documentos (1).

sente e fuora di tempo per che saria dar principio ad una cosa che per finirla bisognaria di molto piu spatio che non si ha, pero molto meglio e per adesso non cominciarla che cominciarla et non finirla. Giudico ben che la fortification di Castillon del Ampurias sia al pressente necessaria et tanto piu essendoseli gia dato principio et para la facilitá che se gli hauera in questo poco tempo, dico poco perché essendo la armata turca per gli auisi che se ne hanno in prouenza se potria fra pochi giorni scropire il suo disegno quale fino qui non si sa, pero si mandara *Luis Piçaño* al detto loco di Castillon per disegnare et dare quelle ordine che le parera meglio per la fortification del loco». (S. E. l.° 288.)

(1) Todos los documentos de esta época—además de los copiados—demuestran la verdadera ansiedad con que se esperaba a Pizaño en Cataluña y Rosellón.

En 10 de julio escribe D. Felipe al Tesorero Rávago, que residía en Barcelona, (S. E. l.° 286):

«en lo que dezis que sería bien que fuese ay mizer benedicto de rauena, Ingeniero, para lo de la fortificaçion, no se puede hazer por estar el ocupado en lo de Perpiñán pero luego partirá para ay el capitan Luis Piçaño, el qual podrá seruir en esto y en lo demás que se ofreciere.»

En 13 de julio el mismo Tesorero escribe a D. Felipe (S. E. l.° 288):

«El dicho Marques de Aguilar llegó a los diez del presente en las galeras de don Bernardino de Mendoza y otras de Sicilia, ha hecho el juramento q̃ se acostumbra y comenzado a entender en lo de la fortificacion dando priesa a los cancellers/ pienso q̃ se hara bien. Conuernia q̃ v. alt. mandase venir aqui a luys piçaño por q̃ lo q̃ se hiziere sea de manera q̃ aproueche ahunque el marques ha embiado por M. Benedito a Perpiñán.»

En 17 de julio escribe D. Felipe a Andrea Doria (S. E. l.° 286):

«Luis piçaño ua a entender en la fortification de rosas conforme a vna traça que su magestad ha embiado, rogamos os mucho que la veais y que le deis la orden que os paresciere que se ha de tener en ello para que se haga lo mas necessario y se de toda la prisa que se pudiere en ello.»

En 19 de julio el Duque Alba escribe desde Alba al Secretario Cobos (S. E. legajo 61):

«Lo que scriue el marques [de Aguilar] de la yda de luis piçaño cierto se deueria despachar con breuedad para que se parta luego/v. m. acuerde a su alteza lo que mas conuenga.»

En 20 de julio dice el Príncipe D. Felipe al Virrey Aguilar (S. E. l.° 286):

«En la fortificaçion de esa *ciudad pues Luis Piçaño va con este despacho* y hara

En cuanto a Pizaño, debió permanecer en Barcelona hasta 1.° de agosto, marchando para Castellón hacia esta fecha, con la decisión ya de fortificar a esta villa, haciéndolo con la energía en él acostumbrada y sin descansar un momento, circunstancias todas que, al par que sus conocimientos, le atrajeron el respeto y consideración de todos los prohombres de su tiempo.

Durante su estancia en Barcelona entendió en las obras de fortificación a las que imprimió una gran celeridad y dispuso todo lo concerniente a la artillería y municiones que debían remitirse a las islas Baleares y al Rosellón.

En Castellón, encontró Pizaño a Mosén Jofre Villarich, para el cual traía cartas laudatorias del Príncipe D. Felipe. En cuanto al Vizconde de Rocaberti las órdenes recibidas fueron de otra índole. Con fecha 28 de julio el Príncipe le da las gracias por su intención de resistir en campo al turco, pero le dice que en esto, como en todo, obedezca las órdenes del Virrey. Añádele que, por noticias recibidas, sabe que los franceses piensan venir sobre el Rosellón y, por tanto, que arrime su gente hacia el Pirineo, poniéndose a las órdenes de D. Francés, con lo cual se dará por muy bien servido.

Al recibir esta carta el Vizconde escribió al Príncipe con fecha 8 de agosto (S. E. l.° 287), que obedecerá al Virrey y a D. Francés—como se le ordena — que pondrá su gente a las órdenes del Capitán General del Ampurdán «que ya ha sido nombrado» según le escribe el

diligencia en su camino, nada hay que añadir sino que segun se acordo ayude la veguería a los trauajos y se hagan con breuedad.»

En carta sin fecha, pero poco posterior a la de 20 de julio (S. E. l.° 60), dice el Duque de Alba al Emperador:

«en la fortificacion de Barcelona se ha scripto dando muy gran prisa y assy se dara agora con el capitan luys piçaño que es partido para alla.»

«En la de Rosas se entendera conforme lo que v. m.t manda y Luis Piçaño va expresamente a entender en ella y con el se scriue al principe Doria qve vea la orden que en ella se ha de tener para que se haga con la brevedad que conviene y lleva la traça para que conforme a ella se haga y dineros para comenzarla y en lo de fortificar la torre aunque a v. m.t paresçe que no seria de prouecho no se fortificando la tierra aca paresçia que seria muy provechoso, pero en todo se hara lo que v. m.t manda.»

En 7 de agosto escribe el Príncipe al Emperador (S. E. l.° 60):

«En la fortification de barzelona se a scripto que se de muy gran prisa y assy se ha comenzado a dar y agora con la llegada del marques se dara mucha mayor y ya es ydo luis piçaño a entender en ella.»

Documentos análogos demuestran que en lo referente a la Artillería, el deseo de la llegada de Pizaño a Cataluña era el mismo que cuanto con la fortificación se relacionaba.

Virrey y que él se irá a poner bajo la bandera de esta autoridad.

Este párrafo explicatorio de lo que más tarde ocurrió entre Pizaño y el Vizconde, demuestra los resquemores de éste al ver que se nombraba Capitán General del Ampurdan a otra persona—que no a él, que lo había ambicionado—a quien desde luego no pensaba obedecer.

Las citadas órdenes de D. Felipe fueron luego modificadas, según consta por otra carta del 7 de agosto, pues al llegar a oídos del Príncipe las noticias que Perelada le escribió, sobre la resistencia que tendrían los ampurdaneses a ir al Rosellón, teniendo lo suyo en peligro (1), cambió de consejo y le ordenó con la fecha citada que se quedase en el Ampurdán para defenderlo, puesto que tan decidido y entusiasmado está para ello (2). A quien no pudo convencer Perelada fué a Luis Pizaño, que, mejor que todos juntos, sabía quiénes eran los turcos y que como si fuera adivino, calificó aquella decisión como una *fantasía,* según veremos en el capítulo siguiente.

(1) S. E. l.° 286. La carta del Vizconde de Rocaberti al Príncipe, a la que contestó éste el 7 de agosto, tiene fecha de 30 de julio, y en ella se dice que ha llegado a Castellón, y que con lo aparejada que está la provincia a la defensa cree que a los turcos, si vienen, no les irá bien. Que el paisanaje está con gran entusiasmo para rechazar a los turcos en campo abierto.

Que ha escrito al Virrey, contándole su intención, y no le ha contestado nada, pero que aquél ha escrito a Mosén Villarich diciendo que le parece muy mal lo de resistir en campo abierto, pero que no da razones. Dice que, en cambio, a Andrea Doria y a Beaumont, les parece bien.

En la resistencia del Virrey se nota ya el consejo de Pizaño.

(2) En este sentido escribió también el Príncipe a D. Francés de Beaumont. (S. E. l.° 286.)

CAPITULO XII

(1543.)

Proyecto, de fortificación improvisada, para Castellón de Ampurias, hecho y ejecutado por Pizaño. Idem de unas culebrinas que se habían de fundir en Perpiñán. Lo que pasó a Pizaño con los nobles catalanes del Ampurdán. Publícase con este motivo una interesante carta de Pizaño. Proyecto de fortificación para la plaza de Rosas y para la torre de la Trinidad. Torres de Cadaqués y Puerto Lligat. Entrada en Francia dirigida por el Virrey de Cataluña y Pizaño. Demoliciones hechas por éste. Ataque de una sección de la escuadra de Barbarroja a la costa catalana. Desastrosa defensa de ésta según un curioso documento de Pizaño.

La rapidez que imprimió Pizaño a la fortificación de Castellón de Ampurias, como la que a la de Barcelona había impreso a su paso, resulta patente en la siguiente carta del mismo al Príncipe D. Felipe, escrita el 8 de agosto. Dice así:

«Muy alto y muy poderoso señor: Una letra de V. A. de 28 de julio recibí a los 7 del presente, por la cual beso las reales manos y pies de Vuestra Alteza, y veo me manda que con el parecer del Príncipe Doria no se pierda tiempo de fortificar a Rosas. Ya V. A. habrá visto el parecer del Príncipe Doria qne no éramos a tiempo. Por tanto, yo partí para venir a Castellón de Ampurias donde se labora y trabaja en fortificarla conforme al mandato de V. A. y no se perderá tiempo, porque al presente se labora con toda la gente que se puede de la villa y de los de fuera, y de aquí a dos días habrá bien 1.400 hombres, los cuales entenderán cada uno en la parte que les toca de inchillo de tierra pleno con su fajina, porque de dentro hay mucha tierra y espero en Dios que en ocho días será de manera que la podamos defender y hacer daño a los enemigos.»

«Ayer, que fué 7 del presente, pusimos dentro seis piezas de artillería de las que había en Barcelona con sus municiones, entre las cuales hay dos sacres y dos medias culebrinas y dos cañones. Sería menester más artillería y que se trajere la que está en Alicante y en Cartagena como V. A. lo ha mandado; más si V. A. no lo torna a mandar al Príncipe Doria o a D. Bernardino de Mendoza, creo no se traerá y sería menester traerla. Y los 1.000 ducados que traje para la fortificación de Rosas hasta ahora no se ha gastado, salvo poquita cosa, de ellos, pero si se hubiere de gastar en algunas cosas que no se pueden excusar aquí, Vuestra Alteza sea servido de mandarme orden para ello.»

«Cuanto en lo que manda V. A. que vaya a Perpiñán y a Salsas en dejando recado aquí, yo iré y solicitaré todo conforme a lo que Vuestra Alteza manda. Cuanto a lo que pide el Gobernador de Menorca ya se le dieron 25 quintales de pólvora y 200 picas y 50 arcabuces con sus morriones y aparejos y dos quintales y medio de plomo y mecha y todo lo demás que él pidió.»

«En lo que demandan en Perpiñán ya se vió aquí el memorial y no es más de unas ciertas hachas y ciertas cosas de poco momento, que de lo demás tienen provisiones de todo. *Y en lo de las culebrinas que allí se han de fundir ya he mandado al fundidor y todo recado para ello.*

«En lo de Barcelona ya habrá escrito el Marqués de Aguilar a V. A. de la diligencia que se daban en laborar, porque desde que yo partí andaban 5.000 hombres cada uno en la parte que les toca, y el Obispo con los clérigos asimismo en su cuartel, y el coronel de los tudescos en el suyo y más otros 2.000 hombres que habían de venir de fuera, de manera que espero en Dios que se hará presto la fortificación que es menester por el presente para defendernos y hacer daño a los enemigos si vinieran, pues ellos son tan flacos que nos han dado tanto tiempo. Y con tanto quedo rogando a nuestro Señor la Real persona de Vuestra Alteza guarde y envíe mayores reinos y se los acreciente como sus vasallos y criados desean y hemos menester. De Castellón de Ampurias a 7 de agosto. Menor criado y vasallo de V. R. A. que sus reales manos y pies besa. Luis Pizaño» (1).

Es claro que no nos bastaría la opinión particular de Pizaño para juzgar de su actividad y conocimientos, pero es que estas cualidades resultan demostradas en todas las cartas del Virrey Aguilar y del Príncipe Andrea Doria (2).

(1) S. E. l.° 289.

(2) He aquí lo que éste escribió al Príncipe D. Felipe con fecha 16 de agosto desde Rosas (S. E. l.° 288):

Mientras tanto que en Castellón se trabajaba con la energía que este documento demuestra, supose en la Corte que la armada de Barbarroja no se dirigía directamente sobre las costas españolas, sino que por el contrario había puesto proa a las de Provenza a fin de ponerse en contacto con las tropas de Francisco I y disponer juntos las operaciones que fuesen más conducentes al mayor daño del Emperador y sus aliados. La necesidad, pues, de fortificar a Castellón, como lugar de recogida, desaparecía por el momento, sin contar con que ya las obras dirigidas por Pizaño tocaban a su fin. Así, pues, el Príncipe D. Felipe dispuso empezar las fortificaciones de Rosas, para lo cual escribió a Pizaño la siguiente carta que aclara lo anteriormente dicho y nos sirve mejor que nada para darnos cuenta del origen que tuvo la fortificación de la plaza de Rosas. Dice así la carta:

«El Príncipe:

Capitán Luis Pizaño y teniente del Capitán General de la Artillería: Vuestra carta de 8 del presente hemos recibido y holgado mucho de entender por ella la buena diligencia y prisa que habíais hecho dar en la fortificación de Castellón. Encargamoos mucho hagáis que se continúe y que no se alce la mano de ella hasta que quede con la seguridad que conviene.»

«Ya tenéis entendido lo mucho que importa la fortificación de Rosas y lo que S. M. desea que se haga. A esta causa se os escribió mandandoos que dejando orden en lo de ahí fuéseis a verla y entender lo que convenía hacer. La causa porque se dejó de comenzar a fortificar este verano, ya sabéis que fué por temor que los enemigos venían con la armada allí. Ahora que con la nueva que se tiene que son idos y están sobre Niza, parece que cesa y que se podría comenzar, os encargamos que si no hubiéreis ido vayais luego a la dicha Rosas y veais bien todo lo que allí conviene y se ha de hacer para su fortificación, y que luego nos aviséis si será ahora tiempo oportuno para comenzar a entender en ella, y el número de gente que convenía haber, y en cuanto tiempo se podría acabar y lo que así en grueso podría costar, para que visto vuestro parecer se provea luego lo que será menester y se haga con toda la prisa posible, porque conviene que en todo caso este invierno se acabe y quede en perfección. También avisaréis al Visorrey de lo que en esto os pareciere y

«Cerca la fortificationi de Castillon, il quale no puo essere batuto di mare, essendo ui luis piçaño molto huomo da bene et sufficiente, non bisognara del mio aiuto ne ricordo per fortificarlo, ma andando apresso alla fortification et che la facci a suo modo V. alt.ª podra quietar al suo giudicio.»

de lo que conviniera proveer para que la gente de la tierra y de toda la comarca ayude en la fortificación para que se haga con más brevedad.»

«Holgamos de saber que se haya gastado tan poco de los 1.000 ducados que llevásteis para lo de Rosas; así os encargamos que dure cuanto se pudiere porque sirva para allí. Lo que se hubiere gastado por vuestras cédulas se pasará en cuenta al Pagador. De Valladolid a 18 de agosto de 1543» (1).

Con la misma fecha de la carta anterior, o sea el 18 de agosto, escribió D. Felipe a mosén Jofre Villarich, dándole las gracias por lo que habían auxiliado a los trabajos de Castellón, él y su hermano, rogándoles que hagan lo mismo en la fortificación de Rosas que ordena a Pizaño empiece en seguida, y que es muy conveniente al bien de la Patria. También escribió a Doria y a Aguilar que auxiliasen a Pizaño en todo lo que fuera necesario para la buena marcha de las obras y su rapidez, así como al Vizconde de Rocaberti, del cual escribió Pizaño había empezado a auxiliar en las obras de Castellón.

Pero a esta fecha no sabía el Príncipe los sucesos que se habían desarrollado en Castellón con los nobles catalanes, los cuales sucesos, descritos en varias cartas, en ninguna resultan más claros y con más imparcialidad expuestos que en la siguiente de Pizaño al Emperador Carlos V, en la que resplandece la verdad, escrita como está por un hombre que no sabía mentir y que no oculta nada a su Rey para que éste pudiera formar juicio exacto de la situación. Además, en la investigación que más tarde hizo el Virrey Aguilar de estos sucesos, se comprueba ser exacto todo lo contado por Pizaño, que, por otra parte, no es más que un episo-

(1) S. E. l.° 286. Corroborando el anterior documento existe otro (S. E. l.° 59 ó 60) que es la carta escrita por D. Felipe a su padre, cuyos son los párrafos siguientes:

«El capitan luis piçaño scriuio desde Castellon de Ampurias a los VIII deste que despues que el llego con la gente de la tierra y de la comarca se hauia dado tanta prisa en la fortificacion de aquel lugar, que dentro de ocho dias estaria de manera que se podría defender y ofender a los enemigos sin hauerse gastado el dinero de v. m.t sino trescientos o quatroçientos ducados.»

«Agora, viendo que los enemigos no vienen hazia aquellas partes y lo que importa que Rosas se fortifique conforme a lo que v. m.t tiene mandado, en falta de lo qual por no se poder hazer en tan breue tiempo como la nescessidad lo requeria se dio prisa en lo de Castellón/ se ha scripto al dicho capitán luis piçaño que luego vaya a Rosas y vea si es tiempo que se comiençe a laborar, y lo que conuenia proueer y el dinero y gente que será menester para ello, y en quanto tiempo juzga que lo podra acabar, y auise de todo particularmente, porque conviene que se haga con toda breuedad para que al principio del verano este y se halle en términos de defenderse/ venida su respuesta se vera lo que converna y se dara en ello toda la prisa posible mandando que los de las tierras convecinas ayuden la fortificaçion como es razon.»

dio lógico, atendiendo a la época y a la independencia en que hasta entonces habían estado los nobles de esta región.

«Sacra Católica Cesárea Majestad:

«La presente será para besar los reales pies y manos de V. M. y dar cuenta de lo que aquí se ha hecho después de la partida de V. M. hasta el presente. Y es como V. M. mandó avisar del armada del turco que estaba en Cabo de Columnas fué el Duque de Alba a Valladolid y me hizo ir con él; donde habiendo acuerdo y Consejo con el Príncipe nuestro señor me mandó S. A. que viniese a Barcelona y a Rosas y a Perpiñán y a Salsas y a Castellón de Ampurias, que está a una legua de Rosas, para que hablase con el Príncipe Doria. Y así me vine por la posta a Barcelona, en donde hallé al Príncipe, con las galeras, y al Virrey, y hablado juntamente con ellos, según traía la orden, le pareció al Príncipe Doria que no era tiempo de fortificar ni perder tiempo en *Rosas, ni en la torre, ni manco en el diseño que dejó para la villa V. M.*, cuanto más que V. M. ha visto que esta obra requería dineros, para lo cual yo no traía sino 1.000 ducados para empezar.»

«Y pareciendo a S. A. del Príncipe nuestro señor en Valladolid con los demás de su Real Consejo cuando se trató de la fortificación de Rosas para seguridad de aquel Condado y Reino de V. M., qué se haría en caso que no se pudiere reparar a Rosas, por el tiempo ser breve, y tratando de ello, me dijo el Duque qué me parecía. Yo le dije que habiendo pasado por Castellón de Ampurias me había parecido un sitio muy fuerte donde se podrían recoger 5.000 ó 6.000 hombres y que fácilmente se podrían reparar, y que aunque los enemigos viniesen a desembarcar en Rosas, pues no tenían otro puerto, le sería grande estorbo y mirarían bien cómo pasarían adelante. Cuanto más que teníamos a Gerona donde se podría recoger otro golpe de gente, que para batalla de manos sin artillería no podrían tomarla, porque en el burgo de abajo han hecho un foso largo los propios de la tierra y henchido todo de tierra pleno, y en estas dos tierras se podría recoger toda la vitualla y gente, y asímismo en Esterlique, y que la gente que viniese de Castilla y Aragón se recogería en Barcelona—aunque lo de Castilla es un poco tarde como sabe V. M—. Y de esta manera se podría meter alguna gente en el Pertus, pues con los 1.500 soldados que venían de Orán se proveería la frontera de Perpiñán con los tudescos y los demás de castellanos que allá estaban. Que con este propósito se hicieron 18 capitanes a lo más cerca de Barcelona.»

«Y venido, como he dicho, al Príncipe Doria le pareció, y al Virrey, que no era bien al presente entender en la fortificación de Rosas, sino en

la de Barcelona, en la cual se entendió luego y por cofradías, a cada capitán se le dió lo que había de hacer: que era abrir el foso de fuera y echar la tierra dentro para el presente, de la manera que V. M. lo mandó; para lo cual se hallaron 5.000 hombres de dentro de la ciudad que laboraban cada día y 2.000 de a cuatro leguas de la ciudad y más el Obispo con su clerecia que le tocó un cuartel, y los alemanes con el coronel otro; y de allí me vine a Castellón de Ampurias.»

«Donde al presente estoy; y visto y reconocido todo en torno por de dentro y por fuera me pareció que dentro de seis u ocho días a lo más, estaríamos fortificados con la gente que mandaba S. A. el Príncipe nuestro señor que acudiesen a la fortificación de la dicha villa—que eran las bailías reales y veguerías de Gerona, y los Barones de este condado de Ampurias, y los vasallos del condado del Duque de Segorbe, y los del Vizconde de Rocaberti que es el señor de Perelada—que era un buen golpe de gente. y el circuito de la villa no es más de 662 canas que tocaban a cada uno, tomando el número de la gente por el tercio, a cada una cana de fortificación, por de dentro y por de fuera, de Mompeller, y de alto dos canas uno con otro y de ancho de tierra plena tres. Por tanto yo escribí al Visorrey para que mandase seis piezas de artillería de Barcelona con sus municiones en las galeras, porque con otras cuatro que teníamos aquí esperaba en Dios, que si nos daban tiempo de ocho o seis días los enemigos, que nos defenderíamos. Y aunque no viniere a tiempo la gente de Castilla confiando en la gente, como he dicho a V. M., y en la voluntad y efecto que había visto en el Vizconde de Rocaberti o señor de Perelada con sus vasallos en lo de Perpiñán (1): al cual yo hallé encima de esta villa de Castellón en campaña con sus vasallos y los vasallos de D. Luis de Cardona, o su madre, y de otros Barones, y de la veguería de Gerona, diciendo que resistirían a los enemigos en campaña lo que pudiesen desembarcando, y que se irían retirando hacia la montaña. De lo cual, de parte de V. M. y del Príncipe nuestro señor y del Virrey se le escribía y mandaba que se quitase *de aquella fantasía* (2) (porque él asis-

(1) Esta expresión y otras análogas que se citan en esta carta comprueban la intervención de Pizaño en 1542, en cuanto a la fortificación de Perpiñán se relaciona, y de que hicimos mención en el capítulo X.

(2) Palabras proféticas de Pizaño. En carta fechada en Castellón a 19 de agosto (S. E. l.º 288), tratando del mismo asunto le dixe Pizaño al Virrey:

«..... yo le dixe qae poco le tenia que agradeçer el Rey en lo que hauia hecho en no querer laborar y estoruar a los otros, porque si asy les diera exemplo en el fortificar la tierra como en ponerse en campaña sin prouecho y arruinar la dicha campaña, porque ni más ni menos hizieran los otros que vinieron quando les llamaron, que se metieron en campaña y començaron a deçepar las viñas y dixeron que como hauian hecho sus vasallos assi querian ellos hazer.»

tía mucho a ella), porque no cumplía al servicio de V. M. salvo que él con sus vasallos y todos los demás que arriba he dicho, conforme a una orden de V. M. y del Príncipe nuestro señor, se entendiesen con brevedad en fortificar a Castellón de Ampurias. La cual orden les presenté de parte de V. M. y les requirió con ella Mosén Jofre Villarich.»

«Y hablando en esto en mi presencia con el Vizconde y con los otros Barones que allá estaban, propusimos la plática para la dicha fortificación y el Vizconde me dijo que yo me apartase porque querían haber Consejo entre ellos, y yo me fuí fuera de la iglesia, que estábamos en ella, y después que hubieron habido su Consejo me llamaron y agraviáronse mucho porque V. M., o el Príncipe nuestro señor en su nombre, no les escribía particularmente así al Vizconde como a los Barones. Y el que más se agraviaba era el Vizconde.»

«Yo le respondí, así a él como a los otros, que a V. M. ni al Príncipe nuestro señor les parecía que en tiempos de necesidad como ahora era, ni era menester en particular ni en general escribir a tales personas como ellos; que la confianza que V. M. tenía en ellos no acaecía en letras, sino bastarles generalmente a todos la necesidad que había como se lo relataban en aquella provisión de V. M. Y en esto quedamos aquella noche, respondiéndome que ellos quedaban, como sus antepasados habían hecho, de meter las vidas y haciendas en servicio de V. M. de que se lo mandasen. Por lo cual yo les respondí que bien creído estaba de ellos, que no había que dudar de ello y que yo escribiría a S. A. el Príncipe nuestro señor que les mandase escribir particularmente que era mucha razón, y al Virrey, y que entre tanto les rogaba y les suplicaba por lo que cumplía y debían al servicio de V. M. y de sus casas y haciendas, pues tenían allí su gente, que tomase cada uno su parte y que empezásemos a fortificar la tierra, pues el tiempo no daba lugar a esperar respuesta.»

«Y en esto quedamos por aquella tarde, y otro día de mañana, queriéndome aclarar con ellos, les rogué que nos juntásemos otra vez, porque creía que la artillería vendría brevemente con las galeras y quería ver qué determinaban en la fortificación de la tierra. Y juntos me apartó el Vizconde y me dijo: no os maravilleis que haya dado tan mala respuesta ayer y que haya tomado la parte de estos Barones y de la gente, porque lo hago y lo he hecho hasta ahora por sustentar el crédito que entre ellos tengo y no perderle, porque sí de otra manera hiciera no pudiéramos hacer nada; más ahora veréis lo que haré. Yo le respondí que en verdad yo estaba el más escandalizado hombre del mundo en una cosa que tanto importaba al servicio de S. M. y bien de la Cristiandad responder como respondía, porque S. M. fuera muy mal servido de ello. Y con esto yo le

supliqué que concluyese para que se laborase con toda la brevedad que se pudiera.»

«Y entramos donde estaban los otros Barones, y Mosén Villarich con ellos, y propuso el Vizconde la plática y dijo: señor, aquí no es menester que en las cosas que tocan al servicio de Dios y de S. M. perder tiempo, sino empezar a laborar y que nos fortifiquemos conforme a la orden de S. M. y del Príncipe nuestro señor. Y por mí a muy buena ventura tengo que no me hayan escrito, que si no si lo hiciera escribiéndolo y no tengo otra cosa que decir: cada uno de nosotros señores diga lo que le pareciera. Y todos los otros señores dijeron sin faltar ninguno que ellos no tenían que responder más de lo que el Vizconde tenía dicho y que así se hiciese. Mosén Villarich respondió por los vasallos del Duque de Segorbe y por los suyos que él no tenía más que responder, sino que laboraban y los que faltaban que los haría venir a laborar, y que él con ellos no podía faltar a estar y laborar y defender la villa con sus hermanos y parientes y amigos.»

«Y por dejar proligidades, con este propósito escribí al Príncipe nuestro señor y al Virrey que viniese presto la artillería que con ayuda de Dios dentro de seis u ocho días que nos diesen de tiempo nos defenderíamos y ofenderíamos a los enemigos y que escribiesen a este señor particularmente y que había respondido lo que digo.»

«Las palabras muy buenas fueron, más los efectos fueron muy ruines del Vizconde, según lo hizo y lo ha hecho. Y fué que el Visorrey había mandado la artillería, según habíamos hablado en Barcelona antes que yo partiese en las galeras, y como vió venir la artillería y que iba la cosa de hecho, dijo que su gente estaba mala alguno de ellos y que él quería que fuesen en algunos días a descansar y que laborasen los otros que no habían venido. A lo cual yo le respondí que podían los que estaban buenos laborar, y que los otros que estaban malos que se fuesen; que esto era para que los otros laborasen que yendo su gente que la otra qué haría; y de que no pudo por aquí determinó de decir que la habían mandado a llamar que era muerto un pariente suyo y por un día o dos que quería ir hasta allá, que luego volvería. Más yo le dije que era razón ir a los muertos, más que gran falta nos haría su persona acá para el servicio de S. M. en tal tiempo, y dijo que luego vendría. Y entre tanto le rogué que mandase laborar su gente en el cuartel que les tocaba, y él por sorna hizo traer no se qué fajina y otro día de mañana arribó la artillería y viendo que no laboraba y ya él era ido, roguéle a un capitán que dejó con su gente que fuese hasta Rosas con su compañía a ayudar a traer la artillería, y fué y acompañola hasta medio día al medio camino y fuese a Perelada con su gente, y asimismo hicieron los de D. Luis y

los de la bailía de Figueras como hombres de concierto. A los cuales he presentado la orden de V. M. y del Príncipe nuestro señor, y poniendo las penas y letras particulares del Virrey para ellos como lo pedían, y expresamente porque el Vizconde, por lo que yo había escrito al Virrey que estorbaba no haber tenido aquí su gente ni hacerla venir, y todos los otros decían que no querían laborar sino venir estar en campaña como la gente del Vizconde había estado.»

«Y expresamente le mandaba el Virrey que mandase aquí su gente a laborar, para lo cual fué Mosén Jofre Villarich a requerirle personalmente que mandare su gente conforme a la pena que se le ponía, y no le halló en Perelada. Y otro día de mañana vino aquí el Vizconde con Mosén Villarich y tratando todos tres juntos del negocio, dijo que él no era para servir cavando, que él no lo sabía hacer, sino para servir como caballero. A lo cual yo le respondí que V. M. no le mandaba cavar a él, sino que mandase a sus vasallos y que me maravillaba mucho de él porque yo le había visto en Perpiñán con sus vasallos, y con otros que no eran sus vasallos, hacer cavar y tomar la cosa por suya propia de noche y de día, y que también le obedecerían ahora como entonces sus vasallos y que no sabía de donde procedía que por su causa no era fortificada esta villa por irse él y llevarse su gente, y que no me parece que era esto lo que él había respondido; donde si los enemigos hubieran venido había sido causa de un gran deservicio de Dios y de V. M., y que Dios se lo demandaría y que tenía V. M. que agradecerle poco a deservicio tan grande como había hecho y perseveraba en él porque él era la causa como lo sabíamos por experiencia. A lo cual me respondió que V. M. no era contento que laborasen sin darles de comer, porque en Perpiñán así se hacía, a lo cual yo le respondí que en Perpiñán nunca le habían dado a él ni a sus vasallos ni a ningún otro aquello que él decía y yo como testigo de vista sabía él que yo lo sabía, y que en Barcelona laboraban al presente 6 ó 7.000 hombres de la ciudad y de fuera, y que no se les daba de comer ni en Pamplona que habían servido bien con 70 u 80.000 hombres a V. M. y que no acostumbraba ni se había dado en tiempo de necesidad, y que otra confianza creía yo que V. M. hacía de él que no de lo que él ha hecho ponerse en esto.»

«Y él, siendo restringido de esta manera, echó lo que tenía en el cuerpo y dijo a Mosén Villarich y a mí. ¿Cómo queréis que yo con mis manos propias me dé puñaladas en el pecho? ¡Que yo fortifique la tierra del Duque! Porque mi casa ha traído siempre bandos con él, y el mundo rueda y esta es la causa, que si fuera del Rey no pusiera yo estas dilaciones. A lo cual yo le respondí de esta manera: yo no estoy errado de maravillarme de lo que veo, habiendo visto lo que he visto, más, muy

más digno de culpar es por su pasión particular e interese estorbar el servicio de S. M. y bien de la Cristiandad en una razón como ahora era. Y tanto más es digno de culpa, porque si eso tenía en el corazón como ahora ha dicho y declarado, me lo pudiera declarar a mí y diéramos orden con el señor Visorrey para que vos con vuestros vasallos fuérais con una manera de orden y reservárais de venir acá, y de esta manera no se dejara de hacer el servicio de S. M., pues tanto importaba para sus reinos. Y parece muy mal caso, lo cual señor me perdonaréis, que yo lo escribiré a S. M. y a S. A. el Príncipe nuestro señor. Y él me respondió que escribiese que ya él había avisado de ello y de otras cosas.»

«Y asímismo respondieron en concreto que no pueden ser compelidos a hacer tales obras o fortificaciones por la Constitución del Rey Jáime hecha en Cortes de Monzón; y que ningunos mandamientos les pueden obligar a ello así por esto como por lo que V. M. prometió en las postreras Cortes de Monzón de no darles ninguna graveza durante los siete años del impuesto de fogaje por ninguna necesidad que a Vuestra Majestad ocurriese. Esto es lo que respondieron los vasallos del Obispo de Gerona y lo mismo han respondido D. Luis de Cardona y personas, porque todos ellos se han concertado a dar esta respuesta, salvo Mosén Faxá Barón de Albonss, que envió su gente y han trabajado su parte, y los del Condado de Ampurias que han trabajado siempre y trabajan juntamente con los vasallos de Mosén Villarich y de Mosén ¿Enars?, su hermano, los cuales hacen la parte que les toca. Y prometo a V. M., mi Señor, que Mosén Villarich provee sin ninguna cubierta y como muy buen vasallo de V. M. en donde quiera que ve que a su servicio conviene, y así él lo ha mostrado en lo que yo he visto en Perpiñán y aquí mucho más y retado al Vizconde y a los demás las cosas que hacían.»

«Y esto todo escribo, porque si V. M. determina de mandar que se haga la fortificación de Rosas y los enemigos nos dan lugar, haya efecto, que si esto no se castiga, pudiéndose hacer, será un mal ejemplo. Y pensar que por otra ninguna cosa se saque de ellos es error, pues en tal necesidad como ésta han faltado, y en ésta los vasallos muy obedientes son y mandados, más procede de quien los gobierna, según hemos visto en Perpiñán.»

«De la provisión que se ha hecho de vituallas y harinas en esta tierra de Castellón no escribo, porque Mosén Villarich lo escribe particularmente, el cual ha tenido gran cuidado de ello como lo tiene en todas las cosas que al servicio de V. M. conviene.»

«El Príncipe Doria está en Cadaqués ahora con 30 galeras para pasar a Italia y D. Bernardino queda acá con las otras galeras; y esto se ha movido por la nueva que vino a 12 de éste, que la armada turca iba

la vuelta de Niza de Provenza. Yo doy gracias a Dios—que todos los vasallos de V. M. las podemos dar—por estar V. M. donde está para defendernos, porque desde ahí es donde V. M. ha de hacer la razón a sus enemigos; aunque hay opinión en contrario que V. M. estuviese en España. Ahora verán el efecto que espero en Dios, como cierto será, que Vuestra Majestad habrá tantas victorias como sus criados y vasallos deseamos y de esas partes defenderá todos sus reinos y señoríos. Y con esto acabo suplicando a V. M. me dé licencia para que pueda ir a servirle en presencia, *pues aquí no hago nada*, para que pueda acabar lo que en vida tengo de vivir en su real servicio que es lo que más yo deseo.»

«Nuestro Señor la Sacra Cesárea persona de V. M. guarde e Imperial Estado acreciente con mayores reinos y señoríos como sus criados y vasallos deseamos y la Religión cristiana ha menester. De Castellón, a 22 de agosto de 1543. De V. S. C. C. Majestad, su mínimo vasallo y criado que sus reales e imperiales manos y pies besa, Luis Pizaño.» (1).

Aun cuando la carta anterior se ha copiado por ser donde más claramente especifica Pizaño la serie de sucesos desarrollados desde la salida del Emperador de Barcelona, y todo lo que en su ausencia había pasado, poseo otra infinidad de cartas relacionadas con el mismo asunto, y entre ellas las escritas dando cuenta al Virrey Aguilar y al Príncipe D. Felipe, de los disgustos con el Vizconde y demás caballeros catalanes.

Parecióle mal a D. Felipe la conducta del Vizconde, que en carta al Virrey califica de *ruín manera de portarse* (2) y ordenó a éste que en cuanto fuere para Perpiñán demostrase al Vizconde su disgusto por no haber obedecido sus órdenes y que amenazara a los nobles de Ampurdán con enviar 2.000 alemanes alojados, a fin de conseguir que para evitarlo se presten a fortificar a Rosas. Muy intranquila debió de quedar al Vizconde la conciencia y no pudo ocultársele que si por el momento se transigía con lo hecho por él, acaso llegaría día en que de otro modo se le exigiría responsabilidad, así es que, en cuanto llegó el Virrey a Castellón, a principios de Septiembre, no perdonó ocasión para demostrar su adhesión al Príncipe y al Virrey y lo dispuesto que estaba a echar el

(1) (S. E. l.° 289). Al final del mismo legajo hay una carta de Pizaño dirigida al Príncipe D. Felipe, con fecha 24 de agosto, en que le cuenta de un modo análogo lo sucedido con los Barones catalanes. Especifica que los que estaban en campaña eran el Vizconde de Perelada (*sic*), su primo D. Francisco de Rocaberti, Mosén Garriga de Pontús y Joanot de Vallgornera.

(2) Fecha último de agosto (S. E. l.° 286). Al contestar el Príncipe a Pizaño con la misma fecha, sólo le dice—por razones lógicas de prudencia—que «hicísteis bien en avisarme de ello». El resto de la carta es muy laudatorio para Pizaño y le dice: «esperamos con deseo vuestra respuesta, y parecer sobre todo».

resto en la fortificación de Rosas. He aquí lo que en este sentido escribió el Virrey al Príncipe, con fechas 6 y 8 de Septiembre (1):

«Cuanto a lo que Luis Pizaño escribió a V. A. de lo que pasó con el Vizconde de Perelada ello fué así como V. A. dice mal mirado y de ruín consecuencia. Ayer estuvo en Rosas conmigo el Vizconde, y según parece bien arrepentido de lo hecho, solicitándome que yo acordare a V. A. lo de la fortificación de aquel puerto, y que para ello era razón que todos los del Ampurdán vendiesen los hijos y las mujeres, y que él de su parte estaba aparejado para hacer lo que de parte de V. A. le mandare y que ya que sus fuerzas fueran pocas, bastarían para dar principio a los otros, de manera que él se conociere ser parte para ello.»

«Tengo pensado, pues ahora muestra esta voluntad, de decirle que me diga con cuantos peones ayudará cada día el tiempo que durare esta obra. De 800 vasallos que tiene si da 40 le cabe de 20 en 20 días a cada uno y es bien y a este respecto darán los demás. No viniendo a esto haré lo que V. A. manda, y no solamente me parece que se debe hacer por amenaza, sino hacerse de veras.» (2).

En la misma carta y al final de ella vuelve otra vez el Virrey a hablar del Vizconde, manifestando que ha vuelto a verle «para acordar lo que hablaron anoche» y que preguntándole con cuánto ayudaría a las obras de Rosas, contestó que no quería poner tasa y que haría todo lo que pudiera, por cuya contestación solicita del Príncipe que se le escriba dándole las gracias, pues su arrepentimiento es completo.

Volviendo ahora a nuestro Pizaño, indicaremos que en cuanto recibió la orden del Príncipe de pasar a Rosas lo hizo, y sin descansar un momento se dedicó a estudiar el proyecto de su fortificación a base de la traza que el Emperador había hecho, que era empleando solo mampostería (3) la cual modificó, ampliándola y empleando conjuntamente la piedra y la tierra, y asimismo hizo un presupuesto doble, uno para el

(1) S. E. 1.° 288.

(2) Si el Vizconde se libró del castigo no les pasó a todos los nobles lo mismo, pues, en carta del Virrey a D. Felipe, fechada en Castellón de Ampurias a 6 de septiembre (S. E. 1.° 288), se lee este párrafo:

«yo he mandado benir aqui vnos dos varones que por la informacion de Luis piçaño y villariche no han ovedescido como uengan los pienso embiar a dos fortalezas, y pues tienen por ante notario lo que con ellos ha pasado se les dara la pena que merescieren, y con los demás realengos que han querido yr por donde han ydo estos se atendera en castigarlos.»

(3) Para hacer sus planos empleó Pizaño un dibujante llamado Juan Francolín, recomendado del Secretario Cobos, y bastante presuntuoso. A lo menos así lo dice el Francolín en cartas escritas a Cobos, de las que dedusco la última afirmación que hago.

caso que hubiera de hacerse toda la obra, consistente en cuatro lienzos y cuatro baluartes permanentes y otro rápido, en que sólo se incluyen de mampostería éstos y el lienzo de la marina, dejándose los otros tres lienzos, hechos de tierra y fajina, con lo cual se estaría probablemente, a los cinco meses, en disposición de resistir y podríase luego con tiempo concluir las escarpas. Completó estos proyectos con un memorial en el cual se especificaban los lugares de las inmediaciones de Rosas en los cuales se podía fabricar cal, a fin de tener repuesto, para que en el momento que D. Felipe se decidiese a construir las obras, hacerlo con rapidez.

Esperaba éste los proyectos de Pizaño para saber a qué atenerse respecto al tiempo necesario para construir las obras, pues como Barbarroja estaba en la costa de Francia, en donde sin duda pensaba invernar, se creyó por Doria que, de no concluirse en pocos meses, no se debía empezar a trabajar, pues todo lo que se hiciera podía resultar perjudicial en caso de un ataque de Barbarroja (1).

En cuanto a Pizaño, una vez entrevistado con Doria y el Virrey Aguilar, que llegó procedente de Barcelona, según hemos visto, remitió al Príncipe sus proyectos en una carta fechada en Castellón de Ampu-

(1) He aquí el consejo de Doria contenido en un párrafo de carta fechada en Cadaqués el 24 de agosto. (S. E. l.º 288):

«Roses per adesso no bisogna di gente per guardia ne si puo fortificare senza spacio di tempo. *E statto qui da me luis pizagno il cuale mi ha mostratto il disegno che me piace assai.* Peró bisogna prima ch' se li metta mano far molta provision di pietre et di calcina et poi sempr'che la matteria fusse apparechiata metterla in lauoro et essendo cosa di tanta importancia suplico V. Alt.ª voglia comandar adesso che il tempo non si perda con la fortificatione et se li vse la diligentia si puo. Castiglione sta assai bene per quello me refereno.»

Hablando del proyecto de Pizaño escribió el Virrey a D. Felipe el 6 de septiembre desde Castellón (S. E. l.º 288), lo siguiente:

«he visto el designo que *luis piçaño* tiene hecho para la fortificacion de Rosas, el qual yra con este, y visto al pie dela obra çierto paresçe que esta bien no embargante que ay algunos que lo contradizen/ yo no soy de aquellos porque soy el que menos entiendo/ mas pareçeme bien lo que esta designado, y como a vuestra alteza tengo scrito que el paresçer del principe doria es que se comiençe de manera que se pueda seruir delo que se hiçiere para el principio del buen tiempo, assi paresçe que conuiene, porque azer otra cosa si por cabso los enemigos viniesen lo hecho y materiales que alli estubiesen seria para ellos, y por esto conviene que v. alt.ª mande que auiendose de hazer sea con toda diligencia paresçeme que en la traça que luis piçaño tiene hecha costara setenta mill ducados y dize que por todo mayo estaran hechos los quatro valuartes y el lienço dela mar y fosos que no es poco, segund lo que ha alargado/ esto es lo que aqui ay v. alt.ª mandara lo que fuera seruido.»

rias a 8 de Septiembre (1), la cual carta es complemento de su proyecto para Rosas, detallando con proligidad cuanto en aquél pudiera faltar. La última parte de la carta es interesantísima, pues demuestra ser también el autor del proyecto de la fortificación de la torre de la Trinidad, y asimismo indica el reconocimiento hecho por él para fortificar a Cadaqués y Puerto Lligat.

Este final, que es una continuación de nuestra relación, lo copio a continuación, pues no tengo inconveniente en hacer desaparecer mi personalidad de biógrafo allí donde encuentro medios de terminar este trabajo, y por mano del mismo ilustre ingeniero Luis Pizaño. Véase dicho final:

«En cuanto a como se ha de hacer la obra, verá V. A. y mandará ver cual se debe hacer (2), porque súpito que se vea la determinación de V. A. se meterá en ejecución sin perder tiempo como V. A. manda. Al Duque de Alba mando una relación de la manera que pienso que será más fuerte la muralla, y no cuesta más así que así (3). Y hase de hacer ciertos alojamientos en la parte de dentro para soldados y otras cosas; por tanto V. A. lo verá y si así le place lo haremos así. Más cuanto a lo que a mí me parece mejor es así y muy más fuerte con su tierra pleno como ha de ser que no la muralla. Vuestra Alteza mande verlo y si se ha de hacer con brevedad mandarlo, porque no se pierda tiempo y *en lo de la torre del puerto que se ha de hacer costará esta obra de 3.000 ducados y hase de hacer conforme como ahí va pintado.* Si V. A. manda que se haga todo a un tiempo meteremos mano en ello. El Virrey lo ha visto todo y praticado conmigo al pie de la obra y le ha parecido lo que escribe a V. A. El Príncipe Doria lo vió y D. Bernardino de Mendoza y Joanetín Doria y les pareció que estaba bien de aquella manera, así para la mar como para la tierra, salvo que quisieran que se hiciera más grande, más eran menester muchos más dineros. Y en verdad, por causa de los padrastros que tiene en torno, dudo poderse más alargar de una banda ni de otra a todo mi juicio, porque S. M. se restringía mucho más adentro 50 canas por respeto de algunos padrastros, más quitábase gran parte de la villa de lo que ahora está hecho, de lo cual me he alargado 50 canas a la una banda más, que no la traza de S. M. por estos respetos, conforme como Vuestra Alteza verá la traza. Esto es cuanto a lo que toca a Rosas.»

(1) S. E. 1.º 289.

(2) Se refiere a los dos proyectos completo y rápido a que se ha hecho referencia. (*Nota del autor.*)

(3) Es probable haga referencia al empleo de contrafuertes en las escarpas. (*Nota del autor.*)

«El Príncipe Doria me escribió una letra la cual fué hecha a primeros de éste, y yo no la recibí hasta los tres, una hora antes que se pusiese el sol, y embarqué en las galeras luego, porque los soldados se acabaron de embarcar a aquella hora, que serían 900 y tantos, como habrán escrito a V. A. Y llegamos donde estaba el Príncipe, en Cadaqués, a las cuatro horas de noche, y el Príncipe dormía y no le pude hablar, y a la mañana, antes que amaneciese con dos horas, mandó tocar la trompeta a levarse para irse y habló conmigo acerca de esto que dice en su letra que era que mirase al puerto de Cadaqués y el puerto Ligado y el puerto de Guillola, y que viese lo que me parecía de ello y que avisase a S. A., porque a él le parecía que importaba mucho para la armada del turco.»

«Yo lo fuí a ver todo aquella mañana, después de ido el Príncipe, y visto todo así los dos puertos que están más allá de Cadaqués, que es puerto Lligat y Guillola me parece que tiene una gran comodidad de estar dentro naos y galeras, y en medio de los dos, a la banda de tierra, se puede hacer una torre a *manera de un baluarte* (1) que guarde la entrada de un puerto y del otro, y asimismo de que estuviesen dentro en los dos puertos no podría estar una barca en ninguno de ellos, que no la echasen de allí con la artillería, porque la descubre y me parece que con aquello se guardaría. Y desde allí si viniese su armada es tan llano el camino hasta Cadaqués, que habrá dos tiros de arcabuz, que pueden desembarcar la artillería y traerla, y fácilmente tomar la tierra y ser señores del puerto y de la villa, de manera que haciendo otra torre en la entrada del puerto de Cadaqués a la banda del Poniente se aseguran los tres puertos con estas dos torres o fuerzas y me parece que costarán hasta 5.000 ducados las dos poco más o menos. V. R. A. mande lo que se haga sobre esto. La letra que me envió el Príncipe mando a V. A. para que la mande ver.»

«Y esto que digo de Rosas a V. A. que costará la obra toda, entiéndese no creciendo los precios de las carretas y acémilas y manuales y peones, porque esta gente de por acá me parece que es más por ruego que no por obligación que tengan según sus privilegios, que no se les puede apremiar sino rogar, y hase de tomar de ellos lo que se podrá por bien y que vengan ellos a ello por su voluntad. Y con tanto, quedo esperando la respuesta de V. R. A. porque el tiempo es breve y quedo rogando a nuestro Señor lo Real persona de V. A. guarde y Estado acreciente como los criados y vasallos de V. A. deseamos y hemos

(1) Recuérdese lo dicho en el Discurso Preliminar sobre el mucho tiempo que tardó la palabra baluarte en expresar el concepto moderno de ella. Sin embargo, aquí se quiere hacer referencia a la existencia de dos flancos para batir los dos puertos. *(Nota del autor.)*

menester. De Castellón de Ampurias a 8 de septiembre de 1543. De V. R. A. menor vasallo y criado que sus reales manos besa, Luis Pizaño.»

Recibidos que fueron por el Príncipe D. Felipe los proyectos y carta de Pizaño contestóle el 20 de septiembre (1) manifestándose altamente satisfecho por «lo muy apuntado y mirado» que está todo, asegurándole que con arreglo a sus proyectos se harán las obras, pero que por el momento y por falta de tiempo no se haga ni la fortificación de Rosas ni las torres de Cadaqués y Puerto Lligat, debiéndose en cambio poner mano en la fortificación de la torre de Rosas para asegurar el puerto. Manifiéstale, por último, que en cuanto ponga en orden y deje en marcha esta última fortificación, se incorpore a la Corte donde debe recibir órdenes para cumplir las recibidas del Emperador y sobre las cuales hemos de tener ocasión más tarde de tratar (2).

Pizaño, entre tanto que D. Felipe contestaba a sus consultas, y para no perder tiempo, pasó al Rosellón a ver sus plazas (3) y acompañó al Virrey Aguilar en una entrada que hizo en Francia para destruir algunos lugares desde donde se recibía daño por nuestra parte.

Pero esta entrada a Francia, así como la desastrosa defensa que se siguió de las costas catalanas atacadas por una sección de la escuadra de Barbarroja, destacada de Tolón, requieren que dejemos la pluma a nuestro héroe ya que nada más completo existe que de este asunto trate y por ser ello una confirmación de sus juicios cuando calificó como de una fantasía la pretensión del Señor de Perelada de resistir a los turcos en

(1) S. E. l.° 286. Dice ha recibido las dos trazas que acompañaban al proyecto que yo no he encontrado.

(2) Al mismo tiempo que a Pizaño escribió el Príncipe al Virrey diciéndole lo mismo, habiendo en la carta el siguiente párrafo: «Habemos visto las traças que embio el capitan Luis piçaño de la fortificacion de Rosas, que ambas han paresçido muy buenas y assi mismo la larga y particular relaçion que embio de todo, lo que seria menester para ello y del tiempo en que acabariase.»

(3) En 22 de septiembre escribe (S. E. l.° 288) Aguilar a D. Felipe desde Perpiñán lo siguiente:

«en las obras de esta villa se da gran priesa/ el valuarte de sant martin se acauara presto ahunque a mi me paresçe que ha de subir mas algo delo que tienen designado y en esto estan algunos y los mas qne fueron en prinçipiarle/ el de san francisco sino fuera por las aguas tubiera ya los cimientos abiertos mas ya esta dada orden para que mañana comiençen con gran priesa, hase dado a vno que por doscientos ducados se ha obligado abrirles en pocos días/ andan quatroçientas azemilas a traer cal y trigo delo que esta en Colibre/ *Luis piçaño* esta esperando la orden de vuestra alteza para lo de Rosas, en tanto no ha querido perder tiempo.»

campo abierto. He aquí la carta de Pizaño al Emperador, escrita el 16 de octubre en Castellón de Ampurias (1):

«S. C. C. M.

«Como V. M. fué servido de dejarme en España para las cosas que me mandasen y cumpliesen al real servicio de V. M., y yo me quedé más por obedecer el mandato de V. M. que no por la voluntad que tenía de quedar acá, como V. M. sabe, pues que temia lo que me ha venido *a cabo de mi vejez*, que más quisiera no ser nacido, que no haberme hallado en donde tan poco remedio se ha podido dar conforme a la voluntad que yo he tenido y tengo al servicio de V. M. Y es las causas por donde no se ha podido remediar las que verá V. M., según ha sucedido. Y paréceme que yo lo debo de sentir tanto, que si al presente pensara en ello, antes me dejara hacer pedazos que no escaparme como me escapé, porque allí pagara, aunque en mi corazón nunca entró ninguna maldad para ver de escapar la vida en ningún tiempo. Más ahora me parece que la he escapado de esta manera que no se dirá, sino que yo me hallé allí y se perdió la tierra, por lo cual suplico a V. M. me mande castigar conforme a mi error o me mande dar licencia para que yo vaya donde V. M. está; porque aquí si V. M. no lo manda remediar de otra manera de proveer estas fronteras de gente de guerra y ponerlas de manera que se puedan defender, de la manera que ahora están, si los enemigos perseveran y confiando que la gente del común las ha de guardar, muy mayores errores acaecerán con daño de los vasallos de V. M. y Estado, según lo he visto por experiencia de las gentes que en ésto se han hallado. Y aunque haya muy honrados caballeros vasallos de V. M. que ponen sus personas como deben, poco pueden hacer ellos, pues son pocos.»

«Yo le he escrito a S. A. el Príncipe nuestro señor lo mismo que escribo a V. M. lo mande proveer, pues el tiempo es breve y tenemos cierto, que sino es que V. M. lo estorbe por allá, creo tendremos al verano que hacer por acá, porque en la fortificación de Rosas como V. M. habrá visto en la hora de ahora, por otra mía, lo que costaba, S. A. el Príncipe nuestro señor ha respondido que no había manera al presente, por las necesidades que ocurren, despender lo que costarían y que se hiciese la torre en Rosas, en la guardia de la cual, se pondría luego mano. Y aunque como V. M. sabe, lo uno sin lo otro no hará mucho efecto, el Príncipe Doria habiendo reconocido a Cadaqués y a Puerto Lligat, vió que importaba mucho, lo cual hasta allí no había visto—y ahora se ha visto por,

(1) S. E. l.° 294.

experiencia que estas galeras que vinieron desembarcaron allí—que serían menester hacer dos torres, una en Cadaqués y otra en Puerto Lligat, que serían de poca despesa y asegurarían aquellos dos puertos para que los enemigos no pudieran entrar en ellos y las tierras de esta frontera de mar.»

«Para asegurar este Principado me parece, según lo que he visto, que es menester tener gente en Castellón, que es una legua de Rosas, y tener gente en Ampurias, que es dos leguas de Castellón, según verá V. M. en las otras partes.»

«Y lo que ha sucedido es lo siguiente: en arribando el Virrey a Barcelona, proveyó de empezar a proveer que se limpiasen los fosos y los terraplenes que V. M. había ordenado, y viniendo nueva como la armada del turco había ido a Niza, parecióle que era bien entrar, por la vía de la frontera de Perpiñán, en Francia, para lo cual vino a Perpiñán, y salió el 21 de septiembre, lunes, y estuvimos hasta el domingo a 29 del dicho en Francia, donde fuimos a Tujáu y a Pasules y a otro castillo que está camino de Narbona por aquella frontera, que es la de Estagel, por donde vino parte del ejército de Francia cuando vino sobre Perpiñán. Y estaban en los dos lugares hasta 150 hombres, los cuales se rindieron a merced de salvarse sus personas, sabiendo que iba la artillería, y así se hizo que se fueron sus personas, y llevamos aparejo de gastadores y maestros de muro y quemamos las tierras y derribamos los muros, que eran muy buenos, y había reductos de castillos e iglesias muy fuertes. Y después fué la artillería por otro valle, hacia Limos y Carcazona (1), a un lugar que se llama Sampau (2), donde había 150 hombres con un capitán francés, el cual esperó la artillería, y tiráronle 13 tiros con dos cañones y rindióse a discreción del Virrey. Y el Virrey los mandó llevar a todos a Perpiñán en prisión, porque el Conde Langeilara había prendido ciertos tudescos y los tiene en galera y quiere el Virrey que se los dé, si no que echará estos otros en galera. Y así derribamos toda la muralla de la villa y el resto de las casas abrasamos, y de allí partimos y venimos a Ribasaltas, que es a legua y media de Perpiñán, y estuvimos allí aquella noche y fuimos otro día por Salsas caminando toda la noche hasta que arribamos a una hora de sol a un lugar que se llama la Palma, que es tres leguas de Salsas, donde no hallamos nadie, porque al pasar por Locata (3) nos sintieron e hicieron señal con artillería y fuego, y se fueron ciertos hombres de armas que había dentro. Y así quemando la tierra, y por

(1) Limoux y Carcasonne. (*Nota del autor.*)
(2) Saint Paul en el alto Agly (*Nota del autor.*)
(3) Leucate (*Nota del autor.*)

causa que el Virrey había sabido la retirada de la armada de Niza, acordó de volverse aquella noche a Salsas, que era el miércoles. Y luego el jueves partió de Salsas a mediodía que era a 4 del presente para Rivasaltas que es a legua y media de Perpiñán, y quería tomar la muestra allí para pagar la gente. Y la gente que metió en Francia fué las siete compañías de alemanes y seis de españoles—porque las dos quedaban la una en la guardia del Grao y la otra de Perpiñán y algunas partes de la frontera, y parte de otra en Elna—y seis compañías de gente de armas y algunos caballeros de este Principado, y cuatro piezas de artillería, dos cañones y dos sacres.» (1)

(1) De una carta del Príncipe D. Felipe al Virrey Aguilar (S. E. l.º 286), se saca en consecuencia que cuando ésto vió al Emperador en Cremona, antes de venir a España, convinieron en que hiciera una entrada en Francia por el Rosellón para divertir a los franceses. De ella habla en alguna de sus cartas el Virrey.

En una al Príncipe D. Felipe fechada en Perpiñán el 12 de septiembre (Simancas E. l.º 286) se lee el siguiente párrafo:

«biendo el dapño que esta frontera rescibe de vnos lugares que estan çerca de la raya, he acordado, si el tiempo me da lugar, de yr a derribarlos, porque haziendose sera forçado que los franceses se retiren quatro leguas de su frontera de manera que quando vengan se ayan de tornar tan lejos como nosotros.»

En otra al mismo fechada en el *Campo de Stagel* a 25 de septiembre (S. E. l.º 288) se dice:

«yo sali de perpiñan el lunes a los XXIIII y sabado antes en la noche hize salir al maestre de campo con dos compañias de espagnoles y vna de alemanes la buelta de Tupau (¿Tuchan?) porque tube auiso que estaban alli trezientos soldados françeses por çercarlos antes que supiesen que yo yba y assi lo hizo y no hauia dentro mas de çiento, los quales estuvieron sin rendirse hasta ayer a medio dia hicieronlo sin artilleria y por esto el maestre de campo los dexó yr con dexar las armas y lo demas que en el lugar hauia/a esta hora estan quatroçientos gastadores derivandole ponerle han todo por el suelo/Luis piçaño esta alla que me escriue que le dexara como conviene/esta mañana he sabido que los de Sampao han hechado fuera toda la gente invtil y que estan dentro poco mas de çiento/he enbiado alla a don Josepe con dos compañias de alemanes y vna de españoles a tentarlos porque si se rinden sin artilleria escusará vn mal camino que ay de aqui alla y sino havrase bien yr por fuerça.

»tambien está otro lugar junto a Sampao que se llama Caldes [hoy Candres, cerca de Saint Paul y al Oeste. Paréntesis del Autor], a este por fuerça dizen que ha de aver artilleria con la qual yre en dexando a Tupau como ha de quedar.»

En carta de 5 de octubre escrita en Rivasaltas (S. E. l.º 288) dice el Virrey al Principe:

Que ¿Sampal? se rindió a D. Josepe en cuanto se le dispararon unos cañonazos. Que Tupan y otros dos castillos que en aquel valle existían se les echó por tierra. Que él se ha venido con el campo a Rivasaltas por situarse mejor para el caso que los enemigos quisieran entrar. Que ha estado en Palma porque le dijeron que había allí 100 caballos franceses, pero que cuando llegó ya se habían marchado.

«Y estando en esta determinación, viernes a las cinco de éste, de querer tomar la muestra, descubrió la guardia que estaba al Grao, que era la compañía de Bolivar, a las cuatro horas de la tarde, venir la vuelta del cabo de Locatta, según aviso del Marqués, 37 velas latinas, por lo cual el Marqués creyó que debiera de ser toda la armada del turco y de Francia y mandome que supito a lo hora pusiese toda diligencia para irme a Castellón de Ampurias. Y yo cabalgué por la posta en la misma hora y llegué a las diez horas de la noche a Figueras adonde apercibí que me mandasen 250 hombres y que antes que amaneciese que fuesen a Castellón, y de allí escribí también a la ciudad de Gerona para que me mandasen toda la gente que adelante diré a V. M. que se saca de aquella ciudad y bailías y veguerías. Y con esto fuíme a Castellón, que arribé a las once de la noche, donde hallé al Vizconde de Perelada y a Mosén Villarich, que a la misma hora que se descubrió la armada en Rosellón la descubrieron desde San Pedro de Rosas. Y siendo avisados apercibió el Vizconde su gente y asimismo Mosén Villarich, y habían apercibido a

Que en el momento en que escribe le daba el Alcaide de Colibre noticias de que se veía a los turcos.

Que hará lo que el Príncipe le manda en lo de la fortificación de la torre de Rosas y en la de Elna.

»Quanto a lo de Girona, no ay que decir sino que es muy bien lo que a V. alt. ha parecido y así se quedará, y a los de la ciudad se les dirá que por agora no quiere V. alt. que se entienda en fortificarla más que no puede ser sino mucha costa y esta es menester ponerla en las que están más çerca de los enemigos.»

Por último, a 17 de octubre escribe el Virrey al Emperador (S. E. l.° 289) y le dice:

Que sabiendo se movía el turco vino a Perpiñán y encontró a la gente muy disgustada por los daños que les hacían cinco o seis lugares de franceses, en las siembras. Que decidió destruirlos y que lo hizo. Que los lugares destruídos son cinco. Por último, que para vengarse de los castillos destruídos habían venido 9.000 franceses con cuatro piezas, que no habían hecho gran cosa.

Para terminar esta nota diremos que el D. Josepe a que se hace referencia en la carta del 5 de octubre era el Maestre de Campo D. José de Guevara, de quien hablamos en el capítulo IX, y que el deseo expresado por Gerona de fortificarse venía siendo ya cosa antigua y sostenida con la constancia propia de la tierra.

Gerona, cual el noble corcel de batalla, que con gran antelación prevee su futuro destino y piafa impaciente por cumplirlo cuando aún el peligro está lejano, anhelaba fortificarse en la época de que hablamos, sin duda sintiendo germinar, inconsciente, en su seno el vigor que la situó en tan alto lugar durante nuestras gestas antinapoleónicas.

Ni su distancia al mar ni a la frontera exigían en 1543 su modernizacióu bélica con la premura que ella reclamaba, mucho más cuando Rosas y Perpiñán, nuevamente reforzadas, la amparaban de los peligros que por ambos lados pudieran ofrecerse.

Gerona que mandasen la gente y a Figueras de manera que viniese a tiempo.»

«Y en este medio de que fué el viernes a la noche arribaron 22 velas en el puerto Lligat y echaron gente en tierra y mandaron cercar por tierra la villa de Cadaqués y vinieron todas 22 velas por mar, donde hallaron desamparada y entraron dentro y abrusáronla. Y hacía una tan grande neblina aquella mañana, que no podían las guardias descubrir ninguna cosa. Y no pudiendo tener ningún aviso, en ananeciendo pareciéndome de hablar al Vizconde y a Mosén Villarich, concertamos que con la gente que arribase, así del Vizconde, como de Figueras, como del Condado, que se diese por todo él, sometente *(sic)*, como acostumbran entre ellos para sacar la gente, y que cabalgásemos con ellos en siendo el día y nos fuésemos a Rosas, que es una legua de Castellón, que haríamos dos efectos, de reconocer el campo juntamente, porque yo lo había reconocido, y que me parecía que debíamos de ir todos juntos y resolvernos en lo que mejor nos pareciese para cuando lo hubiésemos menester.»

«Y esto hacía por las opiniones que había tenido hasta allí el Vizconde de resistir en campaña con la gente y asimismo por favorecer a los de Rosas para que trajesen su haciendilla a Castellón. Y con este propósito llegamos a Rosas y fué con nosotros la gente del Vizconde que había venido y algunos del condado y así estuvimos hasta que eran las once.»

«Y siendo las once asomó una galeota que venía de Cadaqués y llegó a reconocer y nosotros pusímosnos en orden con la gente de una banda y de otra de la villa, y ella tiró tres o cuatro tiros y nosotros a ella con arcabuces. Y en este medio asomaron las galeras, que eran 19, y tres galeotas, que hacían el número de 22 velas, y vinieron todas en orden al puerto y volviéronse hacia donde dicen la Fosa, que es lo mejor del puerto, y surgieron y supito echaron todos sus esquifes cargados de gente y dió en tierra la una, adonde los esquifes echaron en tierra la gente, y la otra venía la vuelta del río hacia Castellón cargada de turcos, y empezó a tirar arcabuces y flechas y los nuestros arcabuceros tirábanles asímismo desde tierra, y en este medio los turcos caminaban la vuelta de la tierra y parte de las galeras por mar y empezaron a lombardearla y nuestra gente, a este tiempo que he dicho, estaba de la otra banda de las viñas arrimados todos a la muralla por causa de la artillería que tiraba y dieron con una pelota que tiró la galeota, que he dicho que había venido hacia el río, al caballo de un caballero que se llama Vallgornera, en las quijadas, que le derribó.»

«Y viendo esto la gente, y a los turcos que venían ya un buen número de ellos por la otra banda hacia ellos, acordaron de huir, que no ha

sido poco sino término de media legua grande, sin volver la cabeza atrás muchos de ellos o todos, sin ninguna manera poderlo detener el Vizconde, ni Mosén Villarich, ni yo, ni otros caballeros que allá se hallaron, y los turcos siempre ejecutando en nosotros atentadamente, no porque matasen a ninguno, salvo que hiciesen mal a alguno con flechas, que de éstas tiraban buen número de ellas y escopetas.»

«Y en aquella hora que huían toparon con una bandera que venía de Figueras con hasta obra de 200 hombres y retuviéronse un poco y en esto llegué yo a ellos e hícelos volver tocando arma la vuelta de los turcos, juntamente con el Vizconde, que detuvo su parte, y Mosén Villarich y así los unos como los otros volvieron muy animosamente hasta tornar a los turcos hasta la muralla de Rosas, que ya estaban dentro, y yo pensé ya que habían perdido el miedo de huir porque derribaron tres turcos en tierra y mataron los dos, y Mosén Villarich que iba a caballo alanceó el uno y asímismo otros que llegaron.»

«Más no acaeció así, sino que tornaron huyendo sin volver la cabeza atrás, sin ver de qué, salvo que la artillería tiraba, y viendo que huían, los turcos ejecutábanlos no desatentamente, porque los nuestros huían tanto que no les podían alcanzar a hacer mal, y el Vizconde, ni yo, ni Villarich, no los pudimos detener ni tampoco el hermano de Mosén Villarich que se halló allí, que ayudaba su parte, que fué de tal manera, que no los pudimos reducir a detenerse, hasta meterlos, los que pudimos, por el paso del Estaño, que está entre Castellón y Rosas, que por allí pasaron, y los que fueron a la montaña se recogieron algunos a la media noche y otros de mañana y muchos nunca volvieron, y éstos serían hasta el número de 500 hombres, todos los que he dicho, que no se habían recogido aquella hora más gente, que era a las cuatro horas de la tarde, poco más o menos, y así arribamos a Castellón a la puesta del sol. Y de esta manera sucedió lo de Rosas.»

«Y aquella noche misma concertamos que el Vizconde se fuese la vuelta de Palau, que es de la otra parte del Estaño, con su gente y con la de Figueras que arriba he dicho y con 100 hombres que envió el Obispo de Gerona y otros 600 de la veguería de Besalú, para que si los turcos saliesen a hacer daño en algunos lugares que allí hay cercanos, los defendiesen y estuviesen con mucho aviso por causa que la niebla se había puesto tan oscura que las guardias que teníamos al mar no podían descubrir si las galeras eran idas o estaban en el puerto. Y asimismo se dió orden, que dejando recado en la villa de Castellón, Mosén Villarich tomase parte de la gente del Condado que se había juntado y de sus mismos vasallos que estaban con él y se pusiese en San Pedro Pescador y en Ampurias para defender aquella parte si acaso los turcos diesen por

allí; y por mayor seguridad se enviaron a las dichas tierras dos compañías de infantería que son las de Portillo y Altarriba, las cuales el Virrey mandó venir cuando yo partí, para meterse en Castellón, teniendo por cierto que toda la armada turquesca venía, y habían llegado el sábado en la noche a media legua de la dicha Castellón. Y de esta manera se puso la guardia en aquella parte.»

«Y estando las cosas en estos términos a las once de la noche llegó a San Pedro Mosén Viure señor de San Jorge y capitán de Gerona, con sus bailías y veguerías y lo demás que el Virrey le había dado que tuviese debajo de su gobierno, como su lugarteniente del Ampurdán, que serían hasta 600 hombres. Y luego a la hora se les hizo caminar la vuelta de las Medas y a Torroella de Montgrí y a Palamós. Y las galeras se detuvieron muy poco en las dichas Medas, que era domingo de mañana cuando allí llegaron, y yo partí de Castellón y el dicho Mosén Viure, y caminamos por la posta hasta entrar en Palamós, y llegamos a tiempo con cuanta diligencia nos pudimos dar, que ya las galeras comenzaban a batir la tierra. En la cual hallamos a Mosén Perot Salvador (patrón de una nao que tenía, la cual se llevaron los turcos con su gente de la dicha nao) entendiendo muy bien en tirar a las galeras con la artillería de bronce y de hierro que tenía en tierra dentro de la villa, en la cual había de los vecinos de ella y marineros hasta 40, a los cuales hablamos que estuviesen de buen ánimo porque venía socorro de más de 1.000 hombres y que nosotros defenderíamos la tierra con la ayuda de Dios, porque a ello éramos venidos. Y comencé a proveer lo que me pareció que era menester por la villa y estando en esto entraron, de un lugar que se llama Palafrugell, los vasallos de D. Carlos de Cardona y otros de aquel contorno dentro de la villa, en término de media hora 250 hombres poco más o menos, y yo tomé de ellos y repartílos por la muralla y dije al dicho Mosén Viure que fuese a la puerta y tuviese buen recaudo en ella para que no saliese hombre, y para esto llevó consigo más de 100 hombres, y de ellos repartiese por la muralla los que les pareciese, lo que él hizo así. Y en esta sazón los turcos ya eran desembarcados y venían en torno de la villa y dieron en una puerta de la mar y comenzaron a cortar y picar en la puerta, y yo me fuí a ella con un ballestero que quedó y el hijo del señor de Foxá y otro mancebo aragonés mercader que estaba allí y otros cinco hombres de la tierra, y defendíamos la puerta, la cual era yo bien seguro que por ella no nos entraran ni aun por otra parte ninguna. Y estando ocupados en esto llegó allí Mosén Viure y hízome llamar por un hombre, porque él estaba a caballo, y yo le respondí que fuese a entender en lo que convenía, porque no era tiempo de marcharme de donde estaba. Entonces me dijo él: Señor, venga, que

es cosa que cumple lo que le quiero decir. Y pensando que era otra cosa que importaba fuí a él y díjome, ¿qué hacéis ahí, señor?, que la puerta han abierto por fuerza y se ha ido toda la gente, que no hay ninguno. Cabalgue presto en ese caballo que ahí está, si no, no hay remedio que nos salvemos, porque todos han huído. Yo le dije, ¿cómo es posible que hayan huído?, y llamé a los otros que dije que estaban conmigo a la puerta, y llegando a la otra que habían abierto lo más presto que pudimos, los pocos que quedaban acababan ya de salir. Los turcos llegaron a la dicha puerta y entre ellos nos salimos algunos lo mejor que se pudo y otros mataron y prendieron y si no acertara yo a hallar aquel caballo, también quedara yo con ellos.»

«El que abrió la puerta, hasta ahora yo no lo puedo entender, salvo lo que me han dicho, pero ya V. M. lo sabrá y la bellaquería que hicieron como traidores, que con la gente que dentro estaba bastábamos a guardar la villa porque no podían hacer batería, y aunque las galeras tiraban mucho se la defendiéramos muy bien. Más yo estaba engañado con tan mala gente según pareció por la obra, que prometo a V. M. yo pensaba que estaba más seguro que si estuviera en el castillo de Milán (1) y muy alegre por salvar aquella villa.»

«En término de media hora encontramos más de 300 hombres que venían, y en otro tanto otros 300 a los cuales habíamos mandado que caminasen viniendo por el camino, y ellos fueron tan buenos que, viendo los otros que venían huyendo, se juntaron con ellos a huir sin hacer resistencia ninguna ni poderles hacer volver la cara en media legua gruesa de la villa, adonde llegados los recogimos e hicimos mucho para que volviesen la vuelta de Palamós por evitar que no quemasen ciertos caseríos que habían comenzado a quemar. Y deteniéndolos algunos caballeros que se hallaron allí, juntamente con nosotros, dióse un arma y volvimos hacia los enemigos con hasta 800 hombres que llevábamos, y de que los turcos vieron volvíamos, sacaron cinco banderas a la turquesca a manera de estandarte e hicieron una emboscada, sin que lo viésemos, junto a la villa, y estuviéronse quedos sin descubrirse hombres, aunque llegamos harto cerca, fingiendo de enviar los esquifes en tierra para embarcarse.»

«Y en esto concertamos de retirarnos a un lugarejo que estaba allí cerca, porque no le quemasen, y de allí guardar el resto de los caseríos que había por aquel contorno, y si fuese menester iríamos a San Feliú

(1) Esta afirmación de Pizaño respecto al Castillo de Milán era tópico corriente entre nuestros militares de aquella época. En ello me he fundado para decir lo que digo en la nota primera de la página 40 de este trabajo. (*Nota del autor.*)

tan presto como las galeras, viendo que iban allá. Y moviéndonos para caminar, en un súbito se descubrieron las cinco banderas con hasta 1.500 turcos en orden como ellos suelen venir, y caminaron hacia nosotros dando grandes alaridos y haciendo una salva de hasta 300 arcabuces o escopetas comonzáronse a desmandar y venir a nosotros, lo cual viendo nuestra buena gente, cada uno se partió como azogue por donde más pudo huir, y los que habían de ir en la vanguardia con Mosén Sarriera a aquel lugarejo, que estaba un cuarto de legua de allí, que se dice la Calonge, ninguno de ellos pareció ni hallamos, salvo 180 hombres de los 800 que teníamos, que todos los otros habían huído.»

«Y reposando allí hasta tres horas, sentimos que las galeras tiraban a recoger para levantarse y vimos el farol de la capitana caminar hacia San Feliú y luego a la hora caminamos con los dichos 180 hombres y entramos dentro a las cuatro, antes del día, y allí hallamos al Barón de Lagostera con 300 vasallos suyos, según dijo, y con la gente que había quedado de la villa, que serían hasta 100 hombres, porque los demás habían huído; y en verdad el Barón de Llagostera estaba como honrado caballero y había dejado algunos lugares que tenía a la marina desamparados por guardar a San Feliú y él me dijo que no temiese que sus vasallos hubiesen de huir de la tierra y de ello me daba su palabra. Y entrados que fuímos dentro, a una hora de día, llegó Mosén Agullana, Jurado en Cap de Gerona con 250 hombres de la ciudad y con algunos caballeros de ella y de otras partes que acudieron, y asímismo hasta el domingo a medio día otros 100 hombres de las bailias de Gerona.»

«La orden que habíamos dejado en Torroella de Montgrí, que está cerca de las Medas, fué que para la guardia de la dicha villa y otros lugares que están en aquella comarca cercanos a ella, dejamos un caballero que se dice Juanot Alemán con 600 hombres de la veguería de Gerona, y que de éstos enviase los 200 a Palafrugell, porque los vecinos de ella eran los que arriba he dicho que entraron en Palamós, porque estaban una legua de ella, y plugiera a Dios que nunca entraran dentro, porque ellos fueron los que dicen abrieron la puerta y huyeron, y pasados dos días que tornaron de su tierra se tornaron a huir de ella y la desampararon.»

«Y así hasta el lunes en la noche a las once horas acudieron a San Feliú 600 hombres los cuales pusimos en emboscada fuera de la villa con Mosén Viure que salió de ella a mandarlos como a quien han de obedecer, porque en la dicha hora supimos por las guardias que teníamos puestas, que la armada salía de Palamós y venía la vuelta de San Feliú y traían la nao tras sí y pensando que en el término de dos horas fueran sobre nosotros estando con propósito que si echaban gente en tierra, como en otras partes habían hecho, de dar encima de ellos con la gente

que teníamos fuera favoreciendo los de la villa, aunque no se si huyeran como habían hecho los otros, que esto estaba por ver, pues algunos de ellos eran de los que antes habían huído y los otros no se que hicieran, pues lo que no se ha visto no se puede juzgar.»

«Las dichas galeras se descubrieron por las guardias hasta las dos horas después de media noche por el farol que llevaban, y de allí adelante no se pudieron descubrir por la neblina grande que hacía; y de que fueron las siete horas del día llevóse la niebla y descubrieron las galeras las guardias y la nao 15 millas en mar que iban la vuelta de medio día, y la nao la tiraban dos galeras por la gran calma que hacía. Y todo aquel día se vió en el mar en aquel paraje la nao, y las galeras no se pudieron ver. Y con esto avisamos la costa hacia Barcelona y hacia Levante para que estuviesen vigilantes, y el martes siguiente de mañana avisaron con fuegos de Tossa que habían visto la noche ir las galeras tierra a tierra la vuelta de Barcelona a las nueve horas. Y después acá no se ha sabido que en parte ninguna sean descubiertas.»

«En la dicha San Feliú se hace, con la gente que allí era llegada, un terraplén para poner en él ciertas piezas de hierro que allí había, porque la gente se vuelva a sus sembradas, que se les pasa el tiempo, y a ellos ayudan los caballeros que allí se han hallado a servir a V. M., los cuales son los siguientes: los dos Agullanas, los dos Xamares, Villanova, dos Alemanes padre e hijo, Mon San Martí, Mon Sañier, dos Rasetes, Mon Juetra, Mosén Sitjar, Mosén Satnusa, Mosén Scalas Villarac.»

«Yo he escrito a S. A. que en esta costa es menester prover de gente de guerra, principalmente en Ampurias y en Torroella de Montgrí y en Palafrugell y en Calonge y en San Feliú, porque estas tierras son ahora la frontera, después que se han quemado Cadaqués, Rosas y Palamós, y que importa mucho se hagan las torres de Rosas y Cadaqués y Porto Lligat, porque bien se ha visto ahora lo que el Príncipe Doria dijo y lo que yo escribí a S. A., pues lo uno sin lo otro vale poco y es poco gasto e importa mucho para la seguridad de esta provincia. Y asimismo que Palamós es menester repararla, porque estas cosas no se ven lo que importan a los Reinos y Estados de V. M. hasta que el enemigo nos lo hace ver con los daños y desastres que ahora han acaecido. Vuestra Majestad lo mande proveer como más a su servicio convenga, porque el socorro de esta gente del país es tal que cuando viene ya el mal está hecho. Y entretanto que esto se hace he dejado la compañía de Portillo en San Feliú los 200 hombres y los otros 50 en Calonge, que es legua y media de allí, el cual tiene un reducto en el cual pueden estar fuertes, y con hacer esto aquella compañía guardará estas dos villas y todo el valle que se dice Val de Aro, y allí se podrán tener hasta que las otras tierras les

den socorro. La compañía de Altarriba se ha metido en un lugar que se dice Ampurias, el cual es cercado, y está junto a la marina, y a dos leguas de Castellón, y en una otra villa que se dice San Pere que está a una legua, y de esta manera se tendrá guarda en estas tierras. Solamente quedan sin gente Torroella de Montgrí y Palafrugell, que se han de proveer por causa que muchas veces vienen allí las galeas y fustas a meterse en las Medas.»

«De todo esto he dado aviso a S. A. para que dé remedio a ello, y lo mismo he hecho al Visorrey de este Principado. Otro lugar está cerca de la dicha San Felíú, cercado, que es del Barón de Llagostera, el cual se dice Tossa y se puede tener fuerte con sus vasallos, y más hacia Barcelona está otro que se dice Blanes, que, según me dicen, poniendo en él gente se podrá defender. De todo he dado aviso a S. A. y lo mismo hago a V. M. como soy obligado por todos respetos, y de esto no faltaré en todo lo que me pareciera que a su servicio convenga.»

«Por esta relación V. M. será avisado de lo que aquí ha pasado, *que es tal que peor no puede ser,* y todo por la falta de esta gente común, que no se ocupa sino de huir, y es tanto el descontento que de ella tengo, mayormente habiéndome hallado presente y no poderlo remediar, que no se como lo pueda encarecer; y certificó a V. M. que sólo esto bastará a quitarme la vida si tengo a mi vejez que contratar con tal gente; por lo cual a V. M. suplico humildemente sea servido de mandarme ir a servir donde su Sacra persona se halla *porque allí a pie serviré hasta que el alma tenga en el cuerpo, y esta será la mayor merced que habré recibido y recibiré en remuneración de mis trabajos.*»

«Esta carta va escrita de dos manos por causa de la acelerada partida de la fusta la cual falta suplico a V. M. perdone. Nuestro señor la Sacra Cesárea y Católica persona de V. M. guarde y conserve y prospere con acrecentamiento de mayores reinos y señoríos con total destrucción de los enemigos de vuestra santa fe. De Castellón de Ampurias a 16 de octubre de 1543. De V. S. C. C. M. mínimo vasallo y servidor que sus sacras manos y pies besa, Luis Pizaño» (1).

Una vez leída la anterior carta, nada parece que deba añadirse a lo escrito por nuestro héroe, pues resplandece en toda ella un acento de sinceridad y de dolor, por los hechos acaecidos, tan grande, que no dejan

(1) Mucho abusó en este escrito el valiente Pizaño de la conjunción *y* que repite y liga pasajes que ninguna conexión tienen entre sí. No es de extrañar esto, sin embargo, en un soldado como Pizaño que debió tener una instrucción primaria muy deficiente, toda vez que aun cuando no en la escala de nuestro heroe, también cayó en el mismo defecto Cervantes, según notó Clemencin, en la nota 8 del capítulo XVIII de la primera parte del *Quijote*.

duda en el ánimo haber sido los hechos tal como él los describe. Nada oculta que pueda servir para que su ilustre señor forme juicio exacto de lo ocurrido, y conocedor como pocos del empuje de los turcos, canta un himno de *requiem* a las milicias medievales, que aún no repuestas del pánico que el caballo del señor las había siempre impuesto, no habían tampoco tenido tiempo de adquirir aquel concepto claro de la disciplina que puede convertir en poco tiempo a un modesto labrador en un valiente hombre de guerra.

Nada de particular puede ofrecer la conducta de los paisanos catalanes en los sucesos desarrollados en el Ampurdán en octubre de 1543. ¿Qué lazo ligaba a cada uno de ellos con el compañero que al lado marchaba para hacerle adquirir la confianza de su conducta en el momento del choque contra una de las tropas más aguerridas y disciplinadas de Europa como eran a la sazón las del Sultán de Turquía? Procedieron, pues con lógica e igualmente hubieran procedido si su armamento fuera el más perfeccionado de su tiempo como pretendía el Vizconde de Rocaberti. Tal lo juzgó Pizaño cuando meses más tarde, viendo trabajar con entusiasmo a los labradores ampurdaneses en los terraplenes de Rosas, escribía con arreglo a su punto de vista, que allí se veía bien claro que cada uno debía ser para lo que Dios le había criado: el labrador, para manejar la azada, y el soldado, para manejar las armas. ¿Cómo puede exigírsele, lógicamente, que derrame su sangre, en un momento dado, al hombre que no ha preparado su espíritu con tiempo para tamaño sacrificio ni ha sentido a su alrededor nunca susurrar el aura popular de entusiasmo y admiración con que lo pueblos medianamente orientados deben siempre saludar a los llamados a sostener, en la ocasión, el honor y la libertad de patria escarnecida? Cierto que existen excepciones y que España en general y Cataluña en particular, pueden citar muchos nombres de seres a quienes el amor a la Patria o a la Religión han convertido de simples artesanos en héroes de fama legendaria; pero debe convenirse en que el instinto de conservación es tan grande, que todas cuantas medidas se tomen con tiempo para debilitar aquel sentimiento son pocas y no es posible fiar a la presencia de tales nobles ejemplares los sagrados intereses de la Patria. Seguramente muchos de aquellos tímidos ampurdeneses que corrieron al sonido del primer cañonazo de las naves de Barbarroja, llegados a nueva ocasión hubieran sido capaces de venir a las manos con los temibles genízaros y aun vencerlos si tuvieran seguridad de ver sus méritos reconocidos por sus jefes y compañeros (1). No debe, pues, acha-

(1) Recuérdese las palabras que pone Cervantes en boca del perro Berganza cuando su compañero Cipión le aconseja morderse la lengua por murmurador:

cárseles a ellos las culpas del vencimiento, sino a aquellos que, con mayor conocimiento del problema y contra la opinión de hombres tan exrimentados como Pizaño, no tuvieron inconveniente en llevarles entre alardes de vanidad a las seguridades de la derrota aún cuando la nobleza del intento merezca también de nuestra parte el que a lo agrio de la censura se mezclen las suavidades de la tolerancia (1).

Prescindiendo ahora de la calidad de los combatientes y refiriendonos al problema militar presentado al Consejo celebrado el 7 de julio en presencia del Príncipe D. Felipe, diremos que aquél era sencillamente el de defender una costa, la del Ampurdán, en cuya orilla se encontraban unos pueblecillos con fortificaciones, el que más, medievales que podían servir para *contra lanza y escudo*, pero no para resistir el ataque de la escuadra de Barbarroja que podía batir los muros con su poderosa arti-

«Muérdase el diablo, que yo no quiero morderme, ni hacer finezas detrás de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinación». Y no digamos nada sobre aquellas preciosas preguntas que hacía D. Quijote a Sancho apropósito de la fama: ¿Quién piensas tú que abrasó el brazo y la mano a Mucio?, etcétera, etc.

(1) El problema que en las llanuras del Ampurdán se planteaba a los payeses catalanes, es uno de los de más enjundia militar y que hoy más que nunca merece atraer la ateución de los tratadistas militares y hombres de gobierno.

Para las naciones dotadas de abundantes costas, como Inglaterra y España, fué siempre asunto de vital interés el de la ponderación entre las fuerzas de mar y tierra. Inglaterra lo orientó, afortunadamente para ella, con la limitación de su ejército de tierra y el encauzamiento de sus gastos bélicos hacia el mar. En el mismo sentido lo tenían dirigido nuestros Reyes absolutos, pero la ingerencia napoleónica, sabiamente administrada por aquélla, nos condujo a abandonar este elemento y a emplear nuestras energías y fuerzas económicas en el ejército de tierra.

Los progresos de la aviación agudizan actualmente el problema, pues la nación que consiga barrer del aire a su rival, la mediatizará en forma de hacerla imposible la vida so pena de caer nuevamente en el trogloditismo, lo que es ya la mayor desgracia que puede sucederle a un pueblo civilizado.

La necesidad, pues, de defender el aire sin dejar de defender el mar en aquello en que ambas defensas no se solapan, hace pensar en el modo más conveniente de emplear los recursos nacionales y acaso conduzca—bajo la presión económica—a una organización del ejército de tierra que recuerde la de las milicias catalanas derrotadas en 1543—organización que era común a otras muchas regiones españolas y que echaron por tierra por creerla, como entonces lo era, perjudicial, los primeros Borbones creadores de los Regimientos provinciales—corregida de sus defectos y dotada de un aglutinante que sólo la educación colectiva puede proporcionar y que hoy es mucho más fácil de conseguir, que en aquella fecha, por los progresos en los medios de locomoción y comunicaciones, y más aún por la mayor cultura individual de nuestros nacionales que, además, hay que fomentar a toda costa.

Claro está que el estudio perfecto del aglutinante que trae aparejado, entre otros puntos, el de la oficialidad profesional, no es de este lugar.

llería y hacer brecha accesible a los genízaros que no tenían necesidad, en el ataque, de alejarse de su base, que era la misma escuadra.

No debía, lógicamente, permitirse que en tales pueblos permanecieran los niños, mujeres, ancianos e intereses de importancia y, por tanto, debía procederse como ya se había procedido en la lucha secular con los moros; creando lugares de recogida. Este fué el plan de Pizaño al aconsejar que Castellón de Ampurias, retirado de la costa y que por sus condiciones y situación se podía fácilmente *poner al día*, se escogiera como tal y se dejaran los otros pueblos para ser defendidos por sus hombres en la medida de lo posible. Aún trató de ampliar a Gerona el papel de lugar de recogida, y opinó, con gran acierto, que un núcleo importante de somatenes se situara hacia el Pertús para salir a chocar contra los turcos si por casualidad éstos se empeñaban a fondo, con piezas de desembarco, penetrando tierra adentro; y esto lo mismo del lado del Ampurdán que por el lado del Rosellón, por donde también podían amagar los franceses.

Este núcleo no se pudo sacar del Ampurdán por las razones ya citadas y no fué sustituída con gente de Vich, como opinaba el Marqués de Rocaberti, sin duda porque éstos pudieron temer un ataque de los franceses por otro lado de la frontera que les afectaba más directamente.

Lo que no tenía defensa era la decisión de los Barones del Ampurdán de ponerse en la lengua del agua con una gente de las condiciones militares de los somatenes, muchos de tierra adentro, no ligados en intereses con los ribereños, cuya suerte no le afectaba de modo directo y con el grave inconveniente de la repartición de fuerzas que aquella decisión traía consigo. Además, el suponer quo los turcos iban a aceptar el papel de toro inconsciente y acudir al terreno donde el Vizconde pretendiera llevarlos, era de una inocencia paradisiaca.

Sobre que el plan llevaba en sí mismo el germen de la derrota, puesto que anunciándoles a los somatenes que se trataba de hacer correr a los turcos tras ellos, era ya muy propenso a dejar a su iniciativa particular la elección del momento en que iniciar la carrera. Y la verdad es que el plan, en este punto, fué llevado—al decir de Pizaño—a la máxima perfección.

Al regresar, de la entrada en Francia, Pizaño y ver a Rocaberti y demás nobles en campaña y en plan de acudir a la marina, se acordó de sus buenos años y se dejó arrastrar por su entusiasmo guerrero sin atreverse a imponer su voluntad. Así fué a Rosas y así fué a Palamós, en donde al verse tras de unos muros en los que el enemigo no puede hacer brecha y en que por consiguiente ve desaparecer las ventajas de la escuadra se considera tan seguro como en el castillo de Milán y sueña con

hacer una defensa que salve al pueblo y dañe al común enemigo. ¡Vana esperanza!

Sus compañeros de armas, Rocaberti a la cabeza, habían puesto su defensa en la carrera y tuvo, como todos, que correr a pesar de sus años y su vergüenza militar.

Para terminar este asunto, réstanos manifestar que tanto de la entrada en Francia como de la resistencia hecha a los turcos en las costas catalanas, poseo otros documentos, en los cuales se señalan algunos más detalles. Son los más importantes las cartas de Pizaño al Virrey Aguilar, pues escritas al día dan el color de los hechos vivos y reales; pero he preferido dejar a la pluma de Pizaño la relación de aquellos sucesos y en ningún lado tienen la concisión que en la carta que acabo de publicar, la cual no interrumpe tampoco el hilo de su biografía (1).

Falta, por último, adelantarme a alguna objeción que a la condncta de Pizaño en esta ocasión pudiera hacerse, suponiendo en él disminuídos los bríos con los años, y que su conducta, como guerrero, en los llanos del Ampurdan pudiera no haber respondido a lo que de su historia podía esperarse. Para contestar a esta objeción cumplidamente, basta pensar en que es lógico suponer que en ningún lado mejor que en su Patria hubiera querido este noble soldado dar a conocer de lo que su persona era capaz. Pero además de esto me bastará manifestar que todavía estaba llamado por la Providencia a tomar parte en otras gloriosas campañas y en ellas demostrar que el anciano guerrero de Ingolstadt y de Muehlberg no desdecía en lo más mínimo del heroico sargento de Roma y de Marsella.

Y sin llevar la cosa tan lejos, vamos, en los siguientes capítulos, a verle fortificar a Rosas y demás plazas de aquella frontera, donde amenazaba el riesgo de turcos y franceses, sólo por su voluntad y contra la expresa del Emperador y Príncipe que a empresas de menos peligro le destinaban con órdenes continuas y apremiantes.

(1) En una de las cartas fechadas en San Feliú de Guixols, a una hora del Mediodía del 8 de octubre (S. E 1.º 289), dice tratando de la mucha cantidad de gente reunida para la defensa en aquel punto: «mas ago saber a V. S. que de todo este numero no se ha de tomar mas confiança de juntarlos que de una quantidad de açogue que se derramase en tierra para tornarlo a coger, que es como banda de grajes de que el alcon topa con ellos».

CAPÍTULO XIII

(1543.)

Se ordena, por el Príncipe D. Felipe, a Pizaño que, puestas en marcha las obras del Rosellón y del Castillo de la Trinidad de Rosas, regrese a la Corte para entender en la fortificación del Alcázar de Toledo y obras del de Madrid. No obedece las órdenes por creer más necesaria su presencia en la frontera. Proyectos de obras hechos por Pizaño para las plazas de Perpiñán, Elna y Salsas. Proyecta, asimismo, la fortificación de la Torre de San Telmo de Colibre y otras obras en esta plaza. Pone en ejecución con gran actividad sus proyectos. Intento de reforma de los somatenes del Ampurdán y propósito de generalizarla a otros lugares de Cataluña. Empiézase a trabajar en el Castillo de la Trinidad, según el proyecto de Pizaño, y decídese la fortificación con reparos de la plaza de Rosas. Concede el Virrey a Pizaño poderes de Capitán General del Ampurdán. Cómo terminó el año 1543 para D. Pedro de la Cueva.

La escuadra que en octubre de este año atacó las costas catalanas, no era toda la que Barbarroja había traído de Constantinopla, sino una mínima parte de ella, que compuesta de las naves que en el capítulo anterior se especifican, y mandada por Salac, había sido enviada por aquél para que visitase a Argel e hicieran de paso todo el daño posible en las costas españolas. Cumplió Salac las órdenes recibidas en la forma que hemos visto, a lo que debe añadirse el ataque frustrado a Villajoyosa en el Reino de Valencia. En cuanto a Barbarroja, cuyo principal y único hecho de armas, desde su llegada a las costas del golfo de Lión, había sido la toma y saqueo de Niza y el ataque a su castillo, en el que no le acompañó el éxito, se propuso pasar el invierno en el puerto francés de Tolón, constituyendo, por lo tanto, y durante todo aquél, una amenaza

para los pueblos que el Mediterráneo baña, en los cuales no hubo en aquella temporada momento seguro ni rato de tranquilidad.

Nuestro Pizaño, una vez pasado el nublado, dedicóse con actividad a reunir los materiales necesarios para la construcción del castillo de Rosas, y preocupado con la estancia de Barbarroja en Tolón, y adqurido el convencimiento de que, dado el buen espíritu de los ampurdaneses, era posible en el resto del invierno poner a Rosas en estado de defensa, trabajó con ahinco cerca del Virrey Aguilar, a fin de que, al mismo tiempo que se hacía el castillo, se construyese un fuerte reparo alrededor de la villa, con arreglo a la traza que había proyectado, pero prescindiendo por el momento de obras de mamposteria. La constancia de Pizaño tuvo un éxito lisonjero, y puede este caso citarse como modelo de feliz iniciativa, pues fueron las obras hechas contra las órdenes terminantes del Emperador y de su hijo el Príncipe D. Felipe. Es el citado caso, también, argumento que hubiera podido ser empleado, y corroborar lo dicho siglos más tarde, por Fernando VII cuando aseguró, en ocasión solemne, que en España no habían sido nunca tiranos sus Reyes.

Antes de ahora hemos tenido ocasión de manifestar que Pizaño había sido reclamado ya por el Príncipe D. Felipe, para que puesto en orden cuanto a las defensas del Rosellón y Cataluña se refiriese, pasase a la Corte para cumplimentar las órdenes que se habían recibido del Emperador. Estas órdenes que, como hemos de ver más adelante, se referían principalmente a la fortificación del Alcázar de Toledo, que desde 1535 meditaba el Emperador, y de la cual quería ahora encargar a Pizaño, confiando en sus conocimientos y prendas de carácter, fueron repetidas con gran constancia, sin que ellas fuesen obedecidas, recibiendo al final Pizaño, en lugar del castigo que parecía merecer, los mayores elogios de aquel Soberano y de su hijo, que por el amor de Pizaño a su servicio, se encontraron con una de las plazas de guerra más útiles y de más brillante historia de sus reinos y señoríos.

En comprobación de lo dicho, y para que se sepa cuáles eran las órdenes recibidas por Pizaño, véase un párrafo de carta del Príncipe a su padre, fechada en Valladolid a 10 de octubre (1): «Asimismo se ha acor-

(1) S. E. l.° 60. En el mismo legajo hay una carta del Secretario Cobos al Emperador escrita en Valladolid, en el mes de agosto, en que se lee el siguiente párrafo: «en lo de las obras de toledo yo he scripto a Enrique ¿Egas? dandole prisa que ponga diligencia en lo que se ha de hazer, y que me avise sy de aca conbiene que se proiea algo, y en que estado está y quisyera que fuera hagora luys piçaño halla, pero como hera cosa de mas prisa lo de los reparos de barzelona y Rosas, es ydo alla y acabado aquello yra luego a toledo avnque no se si sera bien sacarlo de manos de D. Juan de Castilla.»

dado que entretanto que no se comience la fortificación de Rosas se haga la torre que está trazada para la defensión del puerto, y para ello se proveyeron 4.000 ducados, y que Luis Pizaño deje ordenado todo lo que se debe hacer en ella conforme a la traza que está ya hecha, y que se ponga persona que entienda en ello y haga usar la diligencia que conviene, porque Luis Pizaño pueda venir acá a entender en lo que Vuestra Majestad tiene mandado, y que, pues esta obra (1) es tan necesaria como la fortificación de Rosas, el Visorrey provea que ayuden en ella los de la tierra y Condado para que se acabe con la brevedad que es menester.»

Estas órdenes están comprobadas por este otro párrafo de carta del Príncipe al Virrey Aguilar, en la cual se dice lo mismo, añadiendo que se lleve a Benedicto de Rávena, para que, entendido el proyecto, proceda a su ejecución y pueda Pizaño reintegrarse a la Corte a cumplir lo mandado por el Emperador. Helo aquí: «En la obra de la torre que se ha de hacer en el puerto de Rosas, pues se ha proveído el dinero que para ella es menester, proveeréis que se dé gran prisa y que ayuden en ella los de aquel Condado y de las tierras comarcanas, pues a todos se les sigue bien de ello, y dejando ordenado *Luis Pizaño* lo que en ello se ha de hacer, podrá Micer Benedicto entender en la obra y él venirse acá a entender en otras cosas que Su Majestad dejó ordenadas» (2).

En cuanto al Virrey Aguilar, que por la misma época, y acompañado de Pizaño, andaba visitando las plazas del Rosellón, dando lugar a éste a proyectar diversas obras en ellas, estaba también decidido a dejarlo marchar, esperando únicamente que éste proyectase todo lo que fuese necesario, para darle, como quien dice, el pasaporte. Compruébase esto por los párrafos siguientes copiados, el primero, de una carta de 23 de octubre, y el segundo, de otra de 15 de noviembre, ambas fechadas en Perpiñán y escritas por el Virrey al Príncipe D. Felipe: «En la torre de Rosas se entenderá luego y antes que *Luis Pizaño* parta, dejará toda la orden que se ha de tener para que se efectúe lo que Vuestra Alteza manda» (3). «A la torre de Rosas se ha enviado recaudo para que junten la cal y la piedra, y por Micer Benedicto he enviado, que está en Barcelona, para ponerle allí hasta que se haga, y como yo pase por allí trabajaré con los vecinos, así con los del Condado como con los de fuera, quieran ayudar como Vuestra Alteza manda. *Luis Pizaño* partirá como haya dado orden en aquello» (4).

Pero a medida que el tiempo pasaba y la estancia de Barbarroja en

(1) Es decir, la de la Torre de la Trinidad. (*Nota del autor.*)
(2) Carta fechada en 23 de octubre (S. E. 1.° 288).
(3) S. E. 1.° 288.
(4) S. E. 1.° 288.

Tolón se confirmaba, fué cambiando Aguilar de pensamiento, y se dejó convencer por las instancias de Pizaño, quien rehuía la vuelta a la Corte, convencido de que en la frontera era más necesaria su presencia para la fortificación y, es más que probable, por el deseo honroso de buscar el desquite si, como era de esperar, repetíase el ataque de aquel corsario a las costas catalanas. Así, pues, en 30 de noviembre, escribe ya sin rebozo al Príncipe lo siguiente, demostrativo de las condiciones de Pizaño, realmente excepcionales, pues no hay que olvidar, que además de la comisión que el Emperador quería desempeñara, el pobre D. Pedro de la Cueva, seguía reclamándole, aunque ya sin esperanza, porque veía que Su Majestad quería que sirviera como *Ingeniero* (1). He aquí lo escrito por el Virrey a D. Felipe, en la fecha ya citada y desde Perpiñán: «En las obras de esta villa se da toda la prisa que se puede y porque Luis Pizaño escribe sobre esto más largo a Vuestra Alteza y le da cuenta de todo, me remito a su relación. Sólo diré, en esto, que labrándose lo que se labra en esta frontera, así para lo de la mar como para lo de la tierra, Vuestra Alteza no debería mandar ir a *Luis Pizaño* porque importa mucho su estada y es más que necesario, así por el buen orden que en todo da como por su solicitud, que es la que Vuestra Alteza sabe, y al presente parece que en ninguna parte hay más necesidad de él que en este Principado. Vuestra Alteza mandará lo que fuere servido. No he querido dejar de decir esto por lo que me parece que conviene, y que en este tiempo tales personas son para el cabo que ahora está, pues la estada de Barbarroja se tiene ya por cierta en Tolón, que hasta aquí, por lo que de Italia habían escrito, había alguna duda» (2).

Hemos dicho anteriormente que acaso Pizaño soñara con el desquite, y es buena prueba de ello el que, visto el mal resultado que los somatenes habían dado, en los sucesos anteriores, debió sugerir al Virrey la idea de organizarlos y de sujetarlos a disciplina, a fin de hacer de los modestos payeses soldados capaces de rechazar a los turcos, si volviesen a las andadas, cosa, como hemos dicho, muy probable, a últimos del año 1543. Los proyectos del Virrey por esta época respecto a aquellas milicias, resultan claros del siguiente párrafo de la carta ya citada al Príncipe, y fechada a 23 de octubre. Dice así: «Por lo que en Rosas habían hecho he escrito a Vuestra Alteza el poco fundamento y confianza que se puede hacer de esta gente, a lo menos sacándoles tan por el cabo; y por parecer que sería mejor no sacar todos los villanos tan de raíz, he acordado, si

(1) Esta frase de D. Pedro, comprueba lo que en otro estudio hemos asentado, y es, que en el siglo XVI no había Cuerpo de Ingenieros, y en las ocasiones se echaba mano del que supiese, aunque no tuviere título reconocido.

(2) S. E. 1.º 288.

Vuestra Alteza manda y es servido de ello, en el lugar donde hubiere 200 fuegos, escoger 50, los que mejor parecieren para las armas, y estos hacerles estar en orden con sus arcabuces o ballestas con lo que mejor se pudiere, y en el dicho lugar nombrar un hombre que tenga cargo de ellos y hacer que todas las fiestas salgan al campo con sus armas a ejercitarse, y que a éste acudan todas la veces que les llamase para el servicio de Su Majestad o de Vuestra Alteza, y que el dicho lugar donde éstos serán, les haya de dar de comer los días que estuvieren fuera; y a este respecto se podrá hacer en todos los demás. Así, que si en el Ampurdán y en Ampurias se juntan, sacándoles a todos, 5 ó 6.000 hombres, valdrán más 1.500 ó 2.000 escogidos que no todo el pueblo. Haciéndose esto aquí, se podrá hacer en Tarragona y en Tortosa que son ciudades vecinas a la mar».

Reflexionando un poco sobre la reforma propuesta, vése que en principio obedece al concepto general que del Ejército tenían los soldados que, como Pizaño, habíanse educado en la Escuela del Gran Capitán y seguido las banderas imperiales por los campos europeos y africanos. Ejércitos pequeños, formados con voluntarios, gente apta para la guerra y que en ella se selecionaba, quedando rezagados los menos fuertes y animosos.

Los somatenes, como las milicias análogas que existían en otras regiones españolas (Vizcaya y Santander entre ellas), constituían en realidad una reserva nacional dispuesta para defender el propio territorio pocas veces atacado, pues el ejército activo, luchando en el exterior, alejaba de la Península los ataques a fondo, siendo los dirigidos a nuestras fronteras y costas, simples fintas de más efecto moral que de otro género.

La organización de Pizaño para los somatenes venía a ser una imágen de la que el ejército activo poseía. Con ella el Estado se encaraba con la región y la decía: «puesto que por ley consuetudinaria movilizas, en la ocasión, todos tus efectivos en hombres útiles, y esto la experiencia demuestra que no es conveniente, déjame escoger de entre éstos los más propios para la guerra, los cuales, siendo menos en número, será más fácil instruirlos, y, en resumen, harán el servicio exigido mejor y con menos molestia para la comunidad».

El punto difícil de esta organización no se tocaba en la carta del Virrey, que hemos copiado, y era la manera de verificar la selección.

Desde el momento en que desaparecía la esencia democrática del sistema, que era el de servir todos, corríase el riesgo de que los elegidos considerasen como una carga gravosa la misión que se les confiaba, que tenía como única compensación el respeto de los demás conciudadanos

no muy propensos, seguramente, a prestarla, por la preterición que para ellos representaba su alejamiento de las armas. Por lo demás, ninguna otra ventaja se les proporcionaba, pues no lo era el que se les alimentase únicamente en los días de su movilización.

La organización propuesta por Pizaño no prosperó y se debió seguir en forma igual a como se continuó en las regiones del Norte de España, en las que después de la reorganización de la Milicia, hecha por Felipe II en la última etapa de su reinado, el servicio general no tenía más limitación que la que proporcionaba el número de armas que cada pueblo estaba obligado a mantener en buen estado de funcionamiento y la costumbre de emigrar de los hijos del país, lo que reducía los efectivos de modo considerable.

Pero a pesar de sus alardes semanales y de la educación que le proporcionaban los Sargentos Mayores de los Partidos, que eran soldados profesionales, estas milicias dieron muy mal resultado, y así no es de extrañar que al advenimiento de los Borbones tratasen éstos de reorganizarlas creando los Regimientos Provinciales, contra los cuales extremó su acre ironía el Maestro Almirante tan admirador de Sadowa y Sedán, como enemigo de aquella dinastía.

Sin embargo, en el fondo, la propuesta de estos Regimientos no diferia gran cosa de la que Pizaño—español neto—proponía en 1543 para los somatenes catalanes. En aquéllos se fijaba en el sorteo la base de la selección, con el cual desaparecían los resquemores de la masa pero, naturalmente, no se obtenían los soldados más aptos como pretendía Pizaño con su mal esbozada organización.

Los Regimientos Provinciales de los Borbones fueron, desde luego, cosa muy distinta de la gran organización de reservas alemanas nacidas en Jena; pero también eran muy distintas las necesidades de las épocas y muy distinta la situación geográfica de España y Alemania.

Era muy lógico en la España del siglo XVIII buscar una organización barata, para un ejército que sólo debía defender su propio territorio, y que permitiera emplear el grueso de los recursos nacionales en el ejército de mar como hicieron Fernando VI y Carlos III. Fué esta la época más brillante de nuestra Marina de Guerra, y si variadas causas no hubieran despistado a la Nación, otra suerte hubiera corrido para ésta a pesar de Trafalgar y de los Regimientos Provinciales tan acervamente combatidos por Almirante. Sin reservas alemanas ha corrido Inglaterra los dos grandes temporales napoleónico y del siglo XX, y el resultado a la vista está.

¡Quiera Dios iluminar a nuestros gobernantes para que encuentren la organización más apropiada a nuestras futuras contingencias bélicas, te-

niendo presente los nuevos métodos de guerra, que no han cristalizado aún, como no ha cristalizado tampoco la nebulosa que se agita en la atmósfera y en la que se presiente el futuro ejército del aire!

Seguramente que para organizar el ejército de tierra no sería la más disparatada la solución de nuestras milicias y somatenes del siglo XVI corregida de sus defectos, como hoy es más fácil realizar, y dotada de un contigente de primera línea, para satisfacer las necesidades de instrucción y orden interior, obtenido como proponía Pizaño—el voluntariado podía proporcionar, si no los más aptos, sí los más animosos—o simplemente por sorteo como se hacía en los Regimientos Provinciales de los primeros Borbones.

Dejando a un lado este asunto y volviendo al Virrey, diremos que sus primeras instancias para que Pizaño no volviera por el momento a la Corte, no tuvieron ningún resultado, antes por el contrario, reiterósele la orden en 16 de diciembre para que *a la hora* se pusiese en camino con el objeto ya citado. Las obras proyectadas por Pizaño, y el empleo del tiempo transcurrido desde el ataque de Barbarroja, y mientras en Rosas se reunían los materiales, resulta detallado en los documentos de esta época, pero muy particularmente en la siguiente carta del Príncipe D. Felipe, en la que se extractan las obras propuestas por Pizaño, y se indica claramente haber proyectado un castillo en Colibre, sobre la llamada Torre de San Telmo, que ha llegado hasta nuestros días, si bien con modificaciones necesarias a las nuevas necesidades. He aquí la carta. Es la misma en que se le ordena reintegrarse a la Corte de que hemos hablado antes y dice así (1):

«El Príncipe:

Capitán Luis Pizaño y lugarteniente de Capitán General del Artillería. Dos cartas vuestras habemos recibido, de 14 y 30 de noviembre, y he holgado de entender lo que decís particularmente en todo; aquí se os responderá a lo que requiere respuesta.»

«En lo de las obras de Perpiñán, conforme a vuestro parecer, escribimos al Visorrey que haga dar toda la mayor prisa que fuere posible, y así lo debéis vos acordar para que con efecto se haga, pues se ha proveído de dineros y no quedará de hacerse por falta de ellos.»

«En Elna le escribimos, conforme a lo que vos decis en vuestra carta, que se acabe con gran diligencia de allanar el padrastro; que se reparen los muros por el sitio que fuere menester; que se haga la casa de munición en el foso del castillo hacia la parte de la ciudad que es donde vos

(1) S. E. 1.° 286.

señalais; y se proveyere de hacer terraplén en la muralla del burgo como a vos os parece y que provea de dinero para lo que se hubiere de hacer.»

«En Colibre mandamos que se gasten los 800 ducados para el reparo del castillo; que se haga la torre conforme al designo que vos enviásteis *de los seis cantones* que decís que costaría 2.530 ducados, y que asimismo se haga terraplén en la muralla de la villa vieja donde fuere menester: vos habéis de decir la forma que se ha de tener en todo para que se haga.»

«En lo de Salsas el Duque de Alba nos ha dicho lo que será menester; por ahora no se puede hacer todo como convenía, bastará de presente que se hagan asientos donde pueda jugar el artillería y abrir el paso para que se pueda andar alrededor por toda la muralla; al Visorrey lo escribimos así, vos también lo acordad para que se haga.»

«He holgado de entender que se haya dado principio a la obra de la torre de Rosas; vos dejad la orden que convenga para que se acabe, y en lo demás que decís que os parece que convenía ya os está escrito cómo la fortificación principal no se puede hacer por ahora; adelante se verá lo que se deba y pueda hacer.»

«En la fortificación de Castellón de Ampurias habéis de acordar al Visorrey que haga dar mucha prisa, y que constriña a los de las veguerías conviene más que ayuden en ello pues es beneficio universal y donde se podrán recoger en caso de necesidad.»

«Habiendo dado orden en estas cosas, conviene *que a la hora* os partáis y vengáis a entender en lo que está acordado, que aunque vuestra presencia para lo de allá sería provechosa, lo de acá no se puede escusar *y no debéis diferir más vuestra venida,* que así cumple al servicio de Su Majestad.»

Todavía por añadir nuevos detalles, en que se especifican las obras por Pizaño proyectadas, copiamos a continuación otro documento, que es el extracto de la correspondencia de Pizaño presentada a D. Felipe, y cuyo título y texto es el siguiente: «Relación del estado en que están las obras y fortificaciones del condado de Rosellón y de Colibre y Rosas por relación de Luis Pizaño de 20 de diciembre de 1543.»

«Hase dado a los 5 de diciembre pasado a destajo a Maestre Enrique (1) lo que estaba por acabar de los dos baluartes que se hacen en Perpiñán, los cuales serán hechos en cuatro meses desde el dicho 5 de diciembre hasta 5 de abril de este presente año. Dásele a razón de seis ducados y medio por cana de Mompeller por tener los materiales cerca, con que

(1) Se refiere a Enrique Gilabert a quien aludía Cean en el párrafo que copiamos en la página 96 de este trabajo. (*Nota del autor.*)

de parte de Vuestra Majestad se le abran los fosos y cimientos y hinchen de terraplén.»

«Asimismo se le han dado a destajo las obras que de aquí adelante se hicieren en Perpiñán, Elna y Colibre a razón de ocho escudos y medio de Castilla por la cana con que sea obligado a poner los materiales y hacer las obras donde y como se las ordenaren, y el cimiento a su costa; hánsele de dar 50 herramientas y 12 carretones, y que acabada la obra vuelva esto tan nuevo como se lo dieren, y hase puesto un veedor para las obras, hábil y de experiencia, y dánsele tres reales cada día de los que se labraren, y al dicho Maestre Enrique se le dan 500 ducados para comenzar a labrar, y acabados aquellos se le han de dar otros tantos, y así no hay necesidad de pagadores ni contadores.»

«El abrir los fosos de Perpiñán será hecho en el dicho término de los cuatro meses continuándoles el dinero; dióse orden que la villa diese 35 hombres cada día para ello y para lo que hay que hacer en los terraplenes; después pareció que era mejor que cada fiesta saliese a labrar una parroquia, y a este respecto, sale aún más de doblada gente, porque hay algunas parroquias de más de 500 hombres.»

«En Elna se aderezan algunas cosas que son menester reparar en torno de la muralla y cimientos y alzar los baluartes, que están comenzados, y se hace una casa para conservar las municiones.»

«En Colibre se ha mandado reparar y terraplenar la villa vieja porque tiene buena muralla, y que ayuden a ello los de la villa.»

«Hase mandado asimismo que se repare el castillo para lo cual será menester poco y luego se ha comenzado a labrar aquéllo.»

«También se ha comenzado la torre de San Telmo de Colibre al precio de ocho escudos por cana y será hecho en los dichos cuatro meses según escribe Luis Pizaño y costará hasta 2.530 ducados.»

«En Salsas que se hagan asientos para donde pueda jugar la artillería y se abra el paso para que pueda andar alrededor de la muralla.»

«En Rosas se ha comenzado a labrar en la torre de la Trinidad, y será hecha, según escribe Luis Pizaño, en tres meses, y un lienzo de ella se ha dado a destajo a razón de siete ducados y ocho reales de monedas de Castilla y hasta ahora no se ha hallado quien tome lo demás pero hallarse ha.»

«Por parecer tan provechosa la fortificación de Rosas, y estando el tiempo tan adelante que no se podía hacer muralla en tan breve tiempo ni haber dineros para ello, tentó el Visorrey a los Barones y gente del Ampurdán para que diesen de sus vasallos a 4 por 100, y a los que no los tenían que diesen lo que pudiesen y hallóse tan buena voluntad en todos, que lo otorgaron de manera que sin tocar en las tierras Reales son 8.000

peones (1). La ciudad de Gerona no quiso dar ninguno, diciendo que primero se quiere fortificar a sí y hacer una muralla nueva. El Obispo de Gerona y Vizconde de Rocaberti dan a este respecto más de 4.300 hombres (2): de los que no quisieron ir a labrar en lo de Castellón, hay prendas que diz que bastarán para fortificar la obra del frente de Rosas y alguna parte de lo otro de tierra y fajina y madera para que ayude a la torre, pues que muralla no se puede hacer. Comenzóse a labrar en ello día de San Esteban, y ahora escribe Luis Pizaño, y el Vizconde de Rocaberti, que la obra va muy adelante, y piden que luego se provea de gente y artillería, y el Visorrey escribe que ha mandado venir allí cerca dos compañías, porque las 20 galeras y galeotas que fueron a Argel a la vuelta a juntarse con Barbarroja no hagan algún daño.»

«En lo que queda de labrar en Castellón ha quedado el condado de Ampurias que darán cada día, hasta acabarlo, 200 hombres que labren que será hecho todo al mismo tiempo que lo de arriba» (3).

Muy interesantes noticias nos proporcionan los dos documentos copiados anteriormente. Vese en ellos, y en lo referente a las obras del Rosellón que fueron proyectadas por Pizaño, que éste las dió a destajo, de cuyo procedimiento administrativo era gran partidario, como por otros documentos suyos se comprueba. Para comprender las ventajas que Pizaño se proponía con ello, basta leer el siguiente párrafo de una carta del Virrey a este propósito, escrita el 22 de diciembre en Barcelona, de regreso ya del Rosellón y Ampurdán, en donde había dejado a Pizaño, y

(1) Con fecha 9 de septiembre (S. E. l.° 288) escribió el Tesorero Rávago al Príncipe D. Felipe lo siguiente, demostrativo de cuánto se prefería en el siglo XVI el servicio del Rey al de los señores:

«El Visorrey me ha scrito que ha visto con Luis Pizaño lo de Rosas y q̃ embiará a V. alt.ª lo q̃ parece para su fortificacion. Creo q̃ será cosa costosa especialmente habiendose de hazerse con la celeridad q̃ se requiere. Si a V. alt.ª le parece q̃ todo el condado de Ampurias contribuya para ello, podraseles persuadir con facilidad, poniendoles delante S. M.t toma aquel condado para si y quiere dar la recompensa al Duque de Segorbe, porque lo desean tanto que si creen que Su M.t lo ha de hacer como ya se ha platicado, haran cualquiera cosa que se les pida. Hame parecido advertir a V. alt.ª dello para en caso que se haya de tratar desta contribucion.»

(2) Todavía el Vizconde hace en 6 de septiembre (S. E. l.° 287) una última *protesta* en carta dirigida al Príncipe D. Felipe, en la que le dice:

Que ha recibido orden del Virey de ayudar a la fortificación de Rosas, y que ha respondido que lo hará, pero que quiere descargar su conciencia diciendo que la tierra esta estragada, que hay mucha pobreza, que los soldados viven sobre el pais y que los capitanes lo consienten para luego descontarles cuando vienen las pagas, y que esta gente no es bastante nunca para la defensa de la frontera, y que suplica que cuando se haya fortificado la plaza no quede más que la guarnicion ordinaria.

(3) S. E. l.° 289.

principiadas ya las obras proyectadas por éste: «Las obras de Perpiñán, Elna y Colibre se han dado a destajo y parece que será con mucha ventaja de dinero. Luis Pizaño escribirá sobre esto más largo, pues lo ha hecho todo por su mano. En oficiales que había sobre las obras, no que ponían las manos en ellas sino que se les pagaba porque uno mirase uno y otro otro, y sobrestantes, se ha ahorrado harto» (1). Para un estado así de cosas, y un tal exceso de *obra muerta,* se comprende que el destajo había de ser muy beneficioso y seguramente que habría que echar mano de toda la energía de Pizaño para poder desterrar semejantes abusos.

Es también interesante la noticia de haberse empezado a labrar piedra en el Castillo de la Trinidad el día de San Esteban, así como la de haberse comenzado la torre de San Telmo en Colibre.

Las negociaciones que dieron lugar a que la fortificación de Rosas se empezase inmediatamente, están especificadas en los muchos documentos de la época que tengo. El Virrey salió del Rosellón con Pizaño, y visto que la obra del castillo de Rosas no había de sufrir dilación, no obstante las dificultades primeras de abrir los cimientos, por ser todo el terreno de roca, se dejó convencer por Pizaño de que era convenientísimo el construir los terraplenes y poner la villa en estado de defensa, para que ambas fortificaciones se complementaran. Se propuso, pues, el Virrey, acometer esta empresa, y habló en Rosas con los que le acompañaban, caballeros y autoridades de aquellos contornos, poniéndoles por delante el servicio de Dios y del Emperador; más con estas pocas gentes, no se llegó a un acuerdo, en vista de lo cual, se trasladó el Virrey a Gerona, a donde hizo venir a representaciones de todas las clases sociales.

En la primera junta, los de Gerona, que desde 1542 estaban empeñados en fortificar su ciudad, no quisieron acceder a nada que no fuera para ella y mostraron en ello gran obstinación (2). Los demás lugares de realengo, manifestaron que harían lo que hiciese Gerona, con lo cual el Virrey, convencido de que sólo por pasión particular habíanse puesto en tal texitura, desistió de tratar con ellos, convencido además de que los había de reducir, pues con anterioridad, y en castigo de no haber querido acudir a la fortificación de Castellón el verano anterior, había ordenado

(1) S. E. l.° 283.

(2) En 22 de diciembre le dice el Virrey al Príncipe D. Felipe, a este propósito: «començe por la ciudad de Girona la qual estubo tan obstinada que nunca los pude hazer venir a nada de lo que qnería con predicarles tres dias lo mejor que pude y todo no me aprovecho por donde veo que no sali buen charlatan de Roma» (S. E. legajo 283).

Hace referencia el Virrey en este párrafo al tiempo que estuvo de Embajador en Roma, destino que sirvió antes de venir a Cataluña.

sacarles prendas, o sea confiscarles algunos bienes, para cuya devolución se proponía exigirles acudiesen a las obras de Rosas.

Dejando, pues, a los pueblos realengos, tornóse a los caballeros y todos de común acuerdo, decidieron dar para las obras, de cada 100 vasallos, cuatro, y esto por cuatro meses, de lo cual hecho el cómputo, y teniendo en cuenta lo que daban los caballeros, el Obispo de Gerona, y lo que por bien o mal se había de sacar de los lugares reales, se calculó en 400 hombres diarios y 100 acémilas, con sus correspondientes conductores. Los que más se distinguieron en adelantarse a ofrecer, fueron el Obispo de Gerona y nuestro antiguo amigo el Vizconde de Rocaberti, para quien ya no había nada más que el servicio del Rey, trocando sus antiguos bríos, en la más completa sumisión, para lo cual fueron parte, el mal éxito de su empresa contra los turcos, el ver que fácilmente podía tocarle análoga suerte que a su compañero D. Luis de Cardona (1), y por último, y acaso más que nada la ambición, pues fué el primero que solicitó la tenencia del Castillo de la Trinidad, cuando apenas estaba puesto en estado de defensa. Además, los tiempos habían variado mucho, y no era fácil ya intentar nada con el poder real, sin peligro de perderlo todo. Así es que, quien acaso en el siglo XV se hubiera hecho fuerte en su castillo, o coaligádose con los demás para resistir lo mandado por el Rey, a mediados del siglo XVI dobló la cerviz, y no se le ocurrió ya más volver a reclamar ni a escribir otra cosa a sus Reyes, que para pedirles mercedes (2).

Las cartas que en adelante se ven escritas por su mano, son interesantes

(1) Este magnate debió resultar complicado, muy especialmente, en los sucesos del verano en Castellón, o acaso interviniera en algún otro asunto que motivó que se le obligase a ir a la Corte castigado. Es buena prueba de ello, un párrafo del Virrey a D. Felipe en la última carta citada. Dice así: «y pues don Luis de Cardona esta ahi vra. al. le mandara dar las graçias de lo bien que los suyos sirven en todo aquello que del serviçio de su m.t y vra. altessa les manda; y pues aquellos que se justiçiaron no dixeron nada contra el, vra. alteza le debria hazer merced de dexarle servir a su casa, porque no havia mas de quatro dias que hera casado quando se partio a cumplir lo que su m.t mando; la muger es hermosa y desseale y pues ya vra. alteza ha gustado la vida de casado, la qual sea por muchos años como vuestros criados deseamos, vera quanta razon tiene vra. al. de hazerles esta merced a el y a ella y yo la resçiuire muy grande».

(2) A 4 de enero de 1544 escribe a D. Felipe y después de manifestar, o poco menos, que todo lo que en Rosas se hacía era debido a sus gestiones, y de hacer indicación de que debia nombrarse como Capitán General del Ampurdán, a un hombre que tuviera mucha mano con los naturales, y que por la carta parece no puede ser otro que él, concluye: «Yo deseo que mis ijos se ayen en la casa real como lo tiene de costumbre la casa de Rocaberty; por tanto, suplico a v. alteza me haga merced de recebyr por dama de la princesa nuestra señora a doña Isabel my ija» (S. E. legajo 294).

de leer, y destinadas a ser más papista que el Papa, como diríamos hoy, o lo que es lo mismo, a dejar atrás a Pizaño en amor al servicio del Rey, queriéndose adelantar ahora en asuntos de azada, a los que tanta repugnancia había mostrado el verano de 1543. En lo que fué constante el Vizconde, fué en su enemiga a Pizaño, a quien no perdonó nunca el haber dicho siempre la verdad, según frase del Virrey Aguilar. No procedió de modo análogo Pizaño que, autorizado por éste con el título de Capitán General, escribió siempre en adelante al Rey, Príncipe y Virrey recomendando la asiduidad del Vizconde en las obras de Rosas.

Resumiendo todo lo dicho, vemos que el año 1543 terminó para Pizaño, con la gran satisfacción de ver aceptada su idea de fortificar a Rosas, y con las obras del castillo y villa empezadas, y con gente dispuesta a trabajar con verdadero ahinco, y teniendo a sus órdenes para auxiliarle al veterano Benedicto, que vióse a sus años obligado a hacer fortificación sin baluartes, contra todo lo que él había proyectado en su vida, y todo por la voluntad de aquel soldado que, con cabeza sintonizada, hacía lo mismo que su compatriota Scribá al otro lado del Mediterráneo.

***

Mientras Pizaño luchaba denodadamente en el Rosellón y Cataluña, su jefe D. Pedro de la Cueva pasábalas muy amargas por Castilla, pues a los rigores de su enfermedad se unían los disgustos que le proporcionaban la falta de recursos y los encargados de administrar los pocos de que se disponía.

Con fecha 9 de diciembre escribe desde Roa (S. E. l.° 63) al Príncipe D. Felipe:

«Con toda la falta de salud que he tenido este mes de noviembre pasado, fuí a Burgos a ver la casa de la munición que Vuestra Majestad allí tiene, y a poner en orden lo que al servicio de Vuestra Majestad más conviniere si necesario fuere y *hallé gran falta de la persona del Capitán Luis Pizaño;* y pudiéndole Vuestra Majestad excusar, *pues tiene otros oficiales de reparos,* creo sin duda que haría Vuestra Majestad cosa conveniente a su servicio en mandarle residir acá.»

«Hallé fundidos 17 medios cañones, y para ser fundidores castellanos no me despluguieron no embargante que no observaron del todo la forma que les estaba dada» (1).

(1) Esta y otras expresiones análogas desmuestran la superioridad industrial de los países del Norte de Europa, de donde se traía de ordinario nuestra artillería. *(Nota del autor.)*

Continua la carta diciendo que no tiene el Rey, fuera de la frontera, más que estas piezas disponibles; que con estar Pizaño en Cataluña, García Carreño en Perpiñán y Rojas *en lo de acá*, no tiene tenientes y que con tener muchos como éstos se ahorraría dinero el Rey. Que no hay en la casa de munición de Burgos ni una guindaleza, ni diez brazadas de cordamen de provecho, ni una carreta caminera, ni un churrión para menear cosa de munición, y que se debía tener de todo esto proveyendo de dinero. Que no hay un solo *guarnimiento* de caballos ni mulas, pues todos los que había estaban podridos.

Es, por fin, toda ella una carta demostrativa de un estado de cosas lastimoso y poco propio para animar a un enfermo tan grave como lo estaba D. Pedro de la Cueva.

Otro de los asuntos que proporcionó muchos disgustos a D. Pedro fué las deficiencias que existían en los artilleros ordinarios, y que ya notó Pizaño en sus primeras visitas por la Península. El estado de aquéllos era desastroso; muchos eran viejos, no se les pagaba, servían por segundas personas y eran poco menos que inútiles (1). Por eso el Emperador, aconsejado por Pizaño, había ordenado se recibieran 30 nuevos artilleros para las plazas de la frontera, como se deduce del párrafo siguiente de una carta de D. Pedro de la Cueva al Emperador de 17 de enero de 1543 (2):

«Asimismo suplico a Vuestra Majestad mande proveer a Pamplona y San Sebastián, Fuenterrabía y Estella, de que reciban los lombarderos que por Vuestra Majestad está mandado, y que me desembaracen los ordinarios que en aquellas plazas están, porque ni yo los conozco ni se qué tales son, y es menester verlos primero que la necesidad venga, además que no están en libertad para servir en campaña de 70 que hay de los ordinarios los 35, y no podría Vuestra Majestad menear tan poca artillería que no los hubiere menester todos y aun otros tantos.»

De todos los artilleros que se debían recibir correspondieron a Pamplona ocho, y D. Pedro de la Cueva ordenó al Veedor Pedro del Peso, que residía en esta población, que los recibiera contando con el Virrey. Pero éste, que quería nombrarlos él, escribió a D. Pedro que no metería

(1) Véase, como muestra, lo que escribió el Virrey de Cataluña a D. Felipe con fecha 12 de Septiembre desde Perpiñán (S. E. 1.° 288):

«A barcelona vinieron 30 artilleros de los hordinarios están perdidos y muertos de ambre si v. alt.ª no les manda socorrer con algo ellos estan mal/ dizen que se les deben tres años/ antes que me partiese les hize socorrer de los tres mill escudos con cada dos y oy me ha embiado aqui luis piçaño seis que tiene consigo en castellón para que se les de algo porque estan de la misma manera/ abraseles de dar algo a buena quenta como a los otros.»

(2) S. E. 1.° 62.

en castillo de que prestare homenaje artillero recibido por D. Pedro, a lo cual no contestó el Capitán General de la Artillería, pero si escribió a D. Felipe (1) que no vendería al Virrey, artillero que él le proporcionase, ningún castillo; pero que en resumen le suplicaba resolviese en este asunto de la jurisdicción, y que en último extremo les suprimiese a todos empezando por él.

Por el momento no se resolvió nada, aunque la cosa se presentó difícil porque los 30 nuevos artilleros que se habían de recibir había de ser *consumiendo* 100 plazas de infantería y escogiendo los artilleros entre soldados arcabuceros que ya conocían la pólvora; los que sabiendo que a los artilleros no se les pagaba preferían marcharse al verse así seleccionados. Para resolver todo ello se dieron más tarde disposiciones por Pizaño; mas por el momento D. Pedro de la Cueva sufría las tristezas de la contradicción.

Pero el asunto que más puso a prueba el temple de alma de D. Pedro, fué el concierto que se hizo con el maestro Juan de Ermua y en el que entendió Pizaño en Roa durante la enfermedad de D. Pedro de la Cueva. según hemos dicho antes de ahora. Las contrariedades con el Tesorero Alonso de Baeza y con los señores del Consejo, están especificados en la siguiente carta dc D. Pedro de la Cueva al Príncipe D. Felipe escrita en Roa a 18 de diciembre (2):

«Cuanto a las armas de Maestre Juan de Ermua, que son 15.000 arcabuces y 20.000 picas las que ha de hacer, Vuestra Majestad entienda que aquel concierto se tomó con él en el mes de febrero pasado que se aprobó en el Consejo de Vuestra Majestad, el *cual se hizo por Luis Pizaño*, quedando muestra de los arcabuces y morriones y hierros de pica de todo lo que a Su Majestad ha de dar; y por ser tal cada arcabuz que Su Majestad puede tirar con él y tal cada morrión y pica que Su Majestad lo pueda tener en la mano, le dió el capitán Luis Pizaño a los precios que en Consejo de Vuestra Majestad se vió; en esa corte pareció mucho el precio y a mí y a Luis Pizaño parecíonos muy conveniente por la bondad que en las armas había de haber y diferencia de las que a Su Majestad suelen dar. Maldito el maravedí ni real que le cohechamos, antes descubriéndome a mí que el pagador de Vuestra Majestad quería tener parte con el dicho armero en las armas, supliqué en Consejo de Vuestra Majestad que fuese el pagador castigado, y habiéndolo pedido muchas veces, al capitán Luis Pizaño le pareció después que era mejor no hablar en ello.»

(1) S. E. 1.° 63. Fecha 9 de diciembre desde Roa.
(2) S. E. 1.° 63.

«En el tiempo que el capitán Luis Pizaño andaba en estas demandas en el Consejo de Vuestra Majestad siendo advertido de ello el dicho pagador, vendió en 100 ducados su parte a un maestro de armas de Guipúzcoa, y venido a mi noticia y quejado en el Consejo de Vuestra Majestad, otra vez dió cédula para que el dicho maestre, que había comprado aquella parte, no tuviese que hacer en las armas.»

«Aprobado el dicho concierto y quedado en poder del secretario Juan Vázquez en Madrid y mandado dar al Tesorero Alonso de Baeza la paga de la tercia parte de las armas que había de cobrar, trájole Alonso de Baeza en demandas y en respuestas hasta *el mes de junio o julio que yo fuí vuelto de Barcelona* unas veces diciéndole que no había dineros y otras veces que no daba fianzas bastantes, a lo cual el dicho maestre respondía que las daba de 50.000 ducados y bastantísimas; otras veces me decía a mí Alonso de Baeza que había sido caro aquel concierto, a lo cual yo le respondía que lo desbaratase mucho en hora buena, si así le parecía. Por supuesto, en verdad, que yo entendía harto mejor la negociación que no él. Fué ya Dios servido que al maestro se le dieron dineros y si fué sin recaudos bastante de fianza, no es a mi cargo, presupuesto que sé que de su parte no habrá falta. He dado esta cuenta a Vuestra Majestad por lo que se me ha escrito.»

«Sea Vuestra Majestad cierto, que si cuando se aprobó en vuestro Supremo Consejo y se mandaron dar los dineros se dieran, que tuviera Vuestra Majestad hoy la mayor parte de las armas en su casa de munición y así digo ahora que para el primer día de mayo había más cantidad, buena copia de la que ahora me ha escrito que tiene hecha, dándole dineros.»

«El asiento que con él se hizo está en poder del Secretario Juan Vázquez, o del Tesorero Alonso de Baeza, y la copia en poder del capitán Luis Pizaño; de lo cual todo lo que allí he dicho dió muy particular cuenta, como se debía de dar, el *dicho Luis Pizaño a su señoría del Duque de Alba.*»

«*Vuestra Majestad me parece que me escribe que hay necesidad que se nombren dos personas para que vean las armas que éste diere. Yo, muy poderoso señor, pensaba que bastábamos para verlas el capitán Luis Pizaño y los otros tenientes de capitanes y vuestro contador y mayordomo de la casa de munición. Pero si de nosostros no tiene Vuestra Majestad la confianza que se debe tener, ponga Vuestra Majestad todos los contadores y veedores y examinadores que Vuestra Majestad fuere servido que yo holgaré muy mucho de ello con que Vuestra Majestad sea cierto que, hasta hoy, encargos u oficios que haya tenido del Emperador nuestro Señor, nunca hubo necesidad que me mirasen a las manos los oficiales que mandaban y yo tuve la*

muy grande de mirarles siempre a ellas a todos ellos. Y guarde Nuestro Señor la muy real persona, &, &. De Roa, a 18 de diciembre.»

El último párrafo de este documento es todo un poema y demostrativo del temple de alma del Capitán General de la Artillería. Alientan en esas líneas los últimos vagidos de fiereza de los nobles de la edad media, ahora contenidos por el Poder Real, pero que se revuelven airados aun, cuando este se envuelve con el manto de la injusticia. Es tanto más de notar la altivez de D. Pedro cuanto que con el Príncipe D. Felipe era profundamente respetuoso, pues en esta carta, como en otras anteriores, le distingue con el título de Majestad.

No contento con lo dicho en la carta anterior, escribió D. Pedro al Secretorio Ledesma, al día siguiente (1), otra en que le remite los documentos justificativos del concierto hecho, y echa, por tabla, sobre todo el Consejo, empezando por D. Felipe, el peso de la persona de Pizaño, que en este caso representaba inteligencia, competencia, y sobre todo honradez intachable, bien conocida del Emperador.

He aquí el documento:

«Muy magnífico señor:

Después de despachado el mensajero de Vuestra Merced me pareció que todavía era bien hacer sacar de casa del escribano esa escritura y obligamiento para que, pues esos señores la quieren ver, vean que se hizo con el miramiento que se debía hacer y con el cuidado que es justo que se tenga del servicio de Su Majestad. Y aunque yo, a la sazón que se hizo, estaba a la muerte, trabajé lo que pude, *aunque donde el capitán Luis Pizaño estaba había poca necesidad de que hablásemos los que sabemos menos que él.* Vuestra Merced me hará merced de hacer la relación de todo eso a esos señores y si hubiere en que yo escriba, etc., etcétera.—De Roa a 19 de diciembre.»

(1) S. E. l.° 63.

CAPITULO XIV

(1544.)

Se comienzan los terraplenes de la plaza de Rosas a 3 de enero y pónese la primera piedra en el Castillo de la Trinidad el 2 del mismo mes. Háblase de las gentes que en las obras intervinieron. Actividad de Pizaño durante la ejecución de éstas. Propone construir una «camisa» de mampostería a los terraplenes de Rosas y maña que se dió para interesar a los nobles catalanes en esta obra. No lo acepta D. Felipe por falta de tiempo. Consigue Pizaño que el Príncipe aplauda su desobediencia al quedarse en Cataluña. Dase cuenta de los disgustos pasados entre el Duque de Alba y el Virrey Aguilar, con cuyo motivo se exponen documentos por los que consta que el Príncipe D. Felipe estaba en esta época enfermo de sarna. Opinión que de Pizaño tenía el Duque de Alba, consignada al pedir para él un hábito. Obtiene Pizaño el de Calatrava. Terminan los terraplenes de Rosas a fines de febrero gracias a la actividad de Pizaño y buena voluntad de la gente de la tierra. Propone Pizaño, al saberse que Barbarroja había salido de Tolón, hacer una entrada en Francia. Cuéntase lo sucedido con este motivo y en otra entrada realizada por los Pirineos Occidentales. Muerte de D. Pedro de la Cueva. Paz de Crespy. Vuelve Pizaño a la Corte.

Fácil me sería extractar de los variados documentos que de principio de este año poseo cuanto concerniera a la mayor inteligencia de las incidencias que tuvo la construcción de la plaza de Rosas y castillo de la Trinidad, pero paréceme más oportuno entresacar de dichos documentos aquellos que al mismo objeto pueden conducir y que escritos al día nos hacen vivir las angustias de la época y ponen de relieve la actividad de nuestro biografiado, quien no se dió punto de reposo, previniéndolo todo

y dejando aquella obra a la entrada del verano en condiciones de resistir el temido ataque de los turcos. Con no menor actividad se siguió trabajando en el Rosellón en los destajos de que antes de ahora hemos hablado, como si la energía de Pizaño se hubiera transmitido a toda la frontera, pudiendo asegurarse fué esta corta temporada del año 1544, aquella en que las antiguas plazas de este Condado sufrieron una transformación más radical, poniéndose ya en condiciones, para en adelante, de recibir el nombre de verdaderas plazas de guerra.

El estado de las obras de Rosas en principios del año se deduce de las dos cartas que a continuación se copian, dirigidas por Pizaño al Virrey Aguilar, con fecha 5 y 9 de enero (1). Dicen así:

«Ilustrísimo Señor:

A los tres de este respondí a V. S. a la de 30 que de V. S. recibí, de lo que acá se hacía, y por ésta aviso a V. S. que, gracias a Dios, lleva tan buen principio esta obra, que espero en Dios que acudiendo todos los del obispado de Gerona, como V. S. lo tiene ordenado y mandado, que habremos hecho esta obra de la villa de Rosas en muy breve tiempo; porque se labora muy bien y especialmente, como he escrito por mis letras a V. S., en verdad el señor Vizconde no basta a hacer laborar a sus vasallos los días, mas a la fecha de ésta le prometo a V. S. que pasan de doscientos hombres los que laboran, que son más de tres horas de noche y con una alegría que parece que salvan sus ánimas. Y esto procede del amor y temor que tienen a su señor. Y el señor Barón, hermano del señor Vizconde, D. Francisco de Rocaberti, cada día está aquí a solicitar y paréceme, como le ha parecido al señor Vizconde y al señor Barón, que es bien lo que escribe su Señoría del señor Vizconde a V. S. acerca de la artillería y municiones que aquí se han de traer y gente de guerra, porque viendo que en breve tiempo, si perseveran en laborar como ahora, podremos traer la artillería y la dicha gente (*sic*). Y asimismo le parece al señor Vizconde que V. S. debería de escribir al Príncipe nuestro señor que anticipasen las galeras de venir por estas partes, estando la dicha fortificación acabada como espero en Dios será con la buena orden que V. S. I. ha dado que las gentes vengan.»

«Dos veces me ha escrito V. S. que vendría el Barón de Lagostera, digo su gente. Hasta aquí no ha venido y paréceme que el dicho Barón está en Barcelona con V. S. Vuestra Señoría les mande a él y a D. Hernando de Sandoval que manden su gente porque no se pierda tiempo y

(1) S. E. 1.ª 293.

sería dar grande avilantez a los que acá están y gran consuelo de ver que es todo general.»

«Los que hasta aquí son venidos van en esta lista sumariamente para que V. S. los vea. Será bien que V. S. mande, si fuere servido, que vengan las 100 acémilas de Vich que V. S. me ha escrito por dos letras que vienen, y nunca acá han arribado. Y pásase muy gran necesidad, para la obra de la Trinidad, de acémilas y de manobres, porque los de Figueras y su bailía tienen harto que traer cada día 100 mejeras de cal que son 50 bestias, y asimismo el Condado de Ampurias da 30 acémilas cada día y 50 hombres, y es tanto el trabajo que sienten dar esto por una banda y venir a laborar por otra, que aunque sea pagado por dineros no se pueden haber por lo que arriba digo. Y como las veguerías de Gerona y de Besalú y de todas las otras tierras del Obispado hubiesen de ocurrir a esto de Rosas, como he escrito por otra mía a V. S., me ha parecido de pasar algún día y, aunque estaba hecho el repartimiento para lo que tocaba a todo el Obispado, de templar y pasar adelante por no estorbar lo que digo.»

«Y viendo el señor Vizconde que se laboraba tan poco y diciéndole yo la causa porque se hacía, me respondió que su señoría medaría buen remedio para ello, siendo servido V. S. de mandarlo; y es cosa muy hacedera y justa, pues ello lo suelen hacer en el tiempo del segar que bajan tanta gente como quieren del Obispado de Vich y ahora será muy más aviniente que viniesen a esta fortificación de la Trinidad, así peones como acémilas, pues se paga y ellos al presente en aquellas partes no tienen hacienda que les estorbe. Suplico a V. S. sea servido, si le parece cosa razonable, mande que vengan con efecto, porque demos fin a esta obra y no perturbemos esto otro.»

«El señor Vizconde me ha movido esta plática y yo le supliqué a su señoría que escribiese a V. S. I. acerca de esto, y así su señoría lo ha hecho como verá V. S. por su letra. Y en tanto quedo rogando a nuestro Señor la Ilustrísima persona de V. S. guarde y estado acresciente como sus servidores y criados deseamos y hemos menester. De Rosas a 5 de enero de 1544.»

«Y pues V. S. habrá habido las nuevas, por vía del Sr. D. José (1) de los preparatorios que se hacen, por esta causa será bien que nos preparemos y que usemos del tiempo no perdiéndolo; porque no hay cosa peor que dejarle pasar porque no se puede tornar a traer. De V. S. I. menor criado que sus ilustrísimas manos besa. Luis Pizaño.»

(1) D. José de Guevara, Gobernador del Rosellón, que con frecuencia avisaba de las noticias que, por confidencias, tenía de Francia (*Nota del autor*).

De la anterior carta, y dejando a un lado cuanto con las obras de Rosas se relaciona, pues todo viene en ella bien especificado, me conviene hacer resaltar los aplausos que Pizaño tributa al Señor de Perelada por lo que ayuda a los trabajos llegando, en su deseo de limar asperezas, hasta hacerle primer inspirador de traer la artillería a Rosas, cuando es la realidad que todo se dirigía por su cerebro.

La otra carta de Pizaño, a que antes hemos hecho alusión, es la siguiente:

Ilustrísimo señor:

«Ayer que fueron ocho del presente, arribó aquí el señor de San Jorge, que vino hecho red barredera (1), trayendo toda la gente a la labor de Rosas—de la villa—e intimando a todos y mandándoles con las provisiones de V. S. Y ya por la otra letra mía habrá visto V. S. como había venido Ginesta, un muy honrado hombre y muy buen soldado, que ha muchos años que lo conozco, que el señor de San Jorge le ha mandado y rogado, como a amigo, que entienda en estas cosas, y él vino de parte suya a saber los que eran venidos y los que faltaban, y hecho la diligencia acá, de saberlo, volvió a hacerle relación al señor capitán Vivre; por lo cual él vino por todo y ahora estará un día o dos aquí y se volverá a los que faltaren a castigarlos. Y aunque en verdad, tratando yo y él este negocio, me ha dicho que no se sabe como los pueda peñolar (2), y va muy atentado en esto y me parece que tiene razón, según dice que ha acaecido en este Principado, haber capitanes de la manera que él es, y en las Cortes demandárselo a Su Majestad las tales cosas que habían peñolado o hecho y no mostrando por qué razón lo había hecho y por qué comisión mandarle en las dichas Cortes que lo pagase el dicho capitán y que después se lo demandase al Rey.»

«Y esta es la causa porque él no restringe este negocio sino muy moderadamente. Más hay otro inconveniente mayor; que a los de la veguería de Camporredondo ni moderadamente ni con orden ni sin ella no les ha mandado nada, y es del propio Obispado, y ya V. S. sabe que todo el Obispado ha de venir aquí; porque él dice que en las comisiones que

(1) Frase que más tarde empleó Cervantes—*Trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro I, capítulo XX—haciendo exclamar a la bella Auristela: «¿Qué red barredera es esta con que tejen los cielos todos los caminos de mi descanso?» El Señor de San Jorge, como se recordará, era Mosén Viure Capitán de Gerona y autorizado por el Virrey como lugarteniente suyo en la región (*Nota del autor*).

(2) Es decir, sacar prendas con que responder a la no asistencia al trabajo. (*Nota del autor.*)

tiene de V. S. que no se extienden más de las dos veguerías anchas de Gerona y Besalú. Y yo diciéndole que les mandase que viniesen a tomar su parte, respondióme que él no lo haría porque en las cuatro provisiones que V. S. le dejó para este efecto, que no dice más de las dos veguerías donde él tiene poder para ello; por tanto, suplico a V. S. I. le mande orden para que pueda hacerlos venir. Asimismo me ha dicho que ha hablado al Cabildo de Gerona y que han respondido que darían cuatro hombres cada día; asimismo me ha dicho que habló al Obispo y que le respondió que darían los clérigos, del Obispado, para adyutorio a este negocio. Hame dicho el dicho capitán que ha escrito a V. S. I, si se contentaba V. S. de esto que daban, y nunca V. S. le ha hecho respuesta a sus letras que dice que son tres; por tanto V. S. le responda lo que es la voluntad de V. S. que se haga, porque no estemos embarazados.»

«Ya V. S. I. sabe que por dos letras me ha mandado escribir que vendrían los del condado de Cabrera, y asimismo los del Barón de Lagostera, y hasta ahora no han venido, por lo cual les guardo su parte que les toca y por ser muchos es buen pedazo conforme a como toca a los otros. Yo le he dicho al capitán Mosén Vivre, que por qué no hacía venir esta gente, el cual me respondió que ya tenía requerido al Barón de Lagostera, y como no volviese le peñolería al condado de Cabrera. Me respondió [asimismo] que no tenía otra orden de V. S. ni les había dicho nada, salvo mandar una letra, a D. Hernando de Sandoval, de V. S.; por tanto, V. S. mande, si fuere servido, orden para que vengan estos que digo y los de la bailía y veguería de Camporrendondo, y asimismo para los militares una letra para que les hable el dicho capitán de parte de V. S.»

«De la obra de Rosas, se decir a V. S. *que lleva buen comienzo y habrá buen medio y fin con la ayuda de Dios,* si el favor de V. S. no nos falta de mandar que vengan esta gente que he dicho; esto es cuanto a la villa de Rosas.»

«Ya he escrito a V. S. otras dos veces acerca de lo de la Trinidad, que eran menester acémilas y hombres, para manuales, para ayudar los maestros en esta manera: 50 maestros cada día que laboren y seis manuales a cada maestro para que le ayuden, que son cada día 300 manuales; y acémilas cada día 269 para piedra y agua y calcina y arena. Y con todo esto no se podrá acabar manco de sesenta días de labor. Y mire V. S. que faltándonos como ahora nos falta—que en verdad no traemos 20 acémilas ni 30 manobres—por mis letras he suplicado a V. S. que mande venir las 100 acémilas, que V. S. me ha escrito por su letra, de Vich. Hasta ahora no ha venido ninguna.»

«Asimismo he escrito dos veces a V. S. que del dicho Obispado de Vich se podrían haber manobres—como me ha avisado el Vizconde que

escriba a V. S—. Suplico a V. S. mande proveer conforme a la necesidad, pues se han de pagar con dineros.»

«Ya he escrito la causa a V. S., como me había escrito el capitán Mosén Vivre, que no habían hecho este repartimiento para la torre de la Trinidad hasta que cada uno tomase su parte en esto de Rosas; en verdad como escribí a V. S. me pareció bien que no se hiciese al presente, y aunque la necesidad es grande, como digo; más de aquí adelante no se puede disimular, porque la mayor parte han tomado su parte y en esta hora parte el capitán Mosén Vivre para hacer que vengan acémilas y manobres. Y entretanto que acaban de venir y que acaben de hacer su obra, hemos concertado que por todo este Obispado se avisen los abades y oficiales para estos vagamundos que andan sin amo que los tomen y vengan a laborar aquí pagándoles su jornal; y este es el remedio que hallamos para el presente. Todavía suplico a V. S. que haga venir las acémilas del obispado de Vich y peones, porque en verdad tanto cargo sería a este Obispado, y aunque son pagados, traerlos ahora tanto número de acémilas y peones con lo que han hecho en Rosas, y lo han hecho de tan buena voluntad que es de agradecérselo. Y en esto no tengo más que decir sino que suplico a V. S. que mande recado de lo que arriba digo al capitán Mosén Vivre, que va a Gerona, que teniendo él la orden de V. S., bien puede descuidarse V. S. que no falta diligencia para lo que toca al servicio de Su Majestad y de V. S. ni habilidad a lo que yo he visto.»

«También aviso a V. S. cómo uno de Palamós ha escrito de Argel como verá V. S. por un capítulo de la letra lo que escribe; y estas cosas más vale creerlas y que no sean y remediarlas, que no no creerlas y que sean no remediadas. Por tanto, aviso a V. S. que esta cosa de Rosas está ya tan bien encaminada, que espero, con ayuda de Dios, que en breve tiempo será de manera que se pueda defender y es menester, si le parece a V. S., que venga otra compañía de gente aquí cerca con esta de Altarriba, para que sintiendo alguna cosa se pongan dentro en Rosas; y juntamente con esto es menester proveerla de harinas y carne y leña y vinos y sal y cosas de municiones tocantes a la artillería, porque sin esto poco aprovecharía lo que hemos hecho. Ya sabe V. S. que si no se traen de ahí de esa ciudad no hay de donde tomarla; porque lo que V. S. ahora mandare de ahí sacar se traerá de Alicante y Cartagena cuando vengan las galeras. Al presente, si le parece a V. S., se traerá la artillería que está en Castellón aquí, a Rosas, porque si a estas galeras les pareciere venir será bien que haya artillería aquí dentro. Por tanto, V. S. me escriba en esto y en lo demás lo que debo de hacer.»

«Ya V. S. sabe, pues habrá visto mis letras, lo que me manda el Prín-

cipe nuestro señor y me lo ha mandado por otras dos letras V. S.; le suplico que me mande lo que deba de hacer y si V. S. escribiere al Príncipe nuestro señor, podrá darle aviso, pues que en tan breve tiempo estará hecho esto de Rosas, que no sería malo a este lienzo de la marina que se ha hecho, quedándonos tiempo *de hacerle un enforro* (1), que lo demás se podria pasar, y asimismo que S. A, mandase proveer de hacer fundir artillería en Málaga, pues tenemos metal, etc., etc.»

Sin perjuicio de que más adelante hayamos de insistir sobre el asunto al describir las obras de Rosas, conviene para la más fácil inteligencia del lector, recordar el croquis, presentado en la página 336, en el que se nota la posición relativa de la plaza de Rosas y de la torre de la Trinidad, en la primera de las cuales construía Pizaño un reparo todo alrededor, y, en la segunda, envolvíala con una muralla de mampostería de forma de estrella de cuatro puntas.

La planta de la muralla antigua de Rosas la conozco por un plano que años andando remitió a la Corte el Ingeniero Juan Bautista Calvi, sucesor de Pizaño; y la de la torre de la Trinidad por el citado croquis, expuesto en la página 336. Rosas *grossomodo* tenía la forma rectangular con los lados mayores orientados a Levante y Poniente, y un desarrollo aproximado, de muros, de 320 canas (2).

El buen principio que las obras tuvieron y la actividad desplegada por Pizaño, dieron los frutos más saneados. A mediados de mes, la gente del Ampurdán acudía ya con tal constancia que, según expresión del señor de San Jorge, veíase mal Pizaño para repartir a cada uno su parte de terraplén (3).

(1) Es decir, una camisa o escarpa de piedra. En carta de Pizaño al Emperador fechada en Rosas a 21 de marzo (S. E. l.º 294), le dice ha propuesto hacer una camisa a todo terraplén «porque ya saue V. M.t que los terraplenes cada año son menester rrenobarlos por muy fuertes que sean». Añade que se lo ha escrito a S. A. y al Virrey, y éste le ha dicho que en Palamós se ha cogido una nao que iba a Francia cargada con especerías y que sostiene pleito con el Almirante sobre la propiedad de la presa, cuyo importe calcula en 30.000 ducados. Que si le corresponde al Rey la empleará en la camisa, con lo cual ayudando la tierra se podrá hacer. Da cuenta que ha desobedecido tres veces a S. A. por no ir a Castilla, pero que lo ha hecho por hacerlo mejor y que le castigue si cree lo merece. *(Nota del autor.)*

(2) Recuérdese que la cana de Montpeller usada por Pizaño equivalía, según sus noticias, y hecha la reducción al Sistema Métrico, a 1.985 metros, es decir, 2.000 metros aproximadamente.

(3) En la misma carta al Emperador, citada en nota anterior, dice Pizaño hablando de lo bien que trabajaban los payeses y recordando lo mal que habían combatido el año anterior: «y hansi me pareçe que nuestro señor ihuxpo hordeno bien los estados de las gentes para que se husase de ellos, para lo que el los hordeno/ el labrador para labrar y el soldado para pelear y para la guerra y el clerigo para hazer ofiçio que toca a su rreligion».

En éste trabajaban en el lienzo de la marina la gente del Vizconde de Rocaberti, que fué el primero que tomó su parte, las del Obispo de Gerona, D. Luis de Cardona, Barón de Finisterre y algunos otros lugares, formando un total de 700 hombres los que tenían repartido dicho lienzo. Por la parte del Levante trabajaban algunas veguerías y tenían señaladas sus partes otros, que aún no habían venido. Por la Tramontana (1) trabajaban igualmente los de Besalú y sus veguerías, los del Valle de Cornalla y Bañolas y otros, haciendo todos su parte con verdadero ahinco. Finalmente, los de Figueras y otros lugares habían tomado a su cargo la parte del frente del Poniente. Así no es de extrañar el *entusiasmo* del señor de San Jorge, el cual se expresa de este modo en carta que en parte copiamos para que se vea no ser exagerados los aplausos que a Pizaño tributamos y que, como procedentes de un noble catalán, merecen notarse para oponerlos al Vizconde de Rocaberti, al cual se le nota siempre en sus escritos la mala voluntad que a Pizaño tenía, hecha manifiesta en el silencio que en sus cartas guarda con respecto a él, así como en una junta posterior que en Barcelona tuvo lugar y de la que hemos de volver a hablar. He aquí lo manifestado en 13 de enero por el Señor de San Jorge al Virrey Aguilar (2):

«En la vila de roses lo terraple de front de la marina es ja casi acabat tenin CII canes de ampla y tres alguna cosa mes de alt/ en aquest quarter treballen los del bescompte de roca barti, los del bisbe de girona, los de don lohis de cardona y los del baro fenisterre y prenen les puntes dels caps de dit enfront de la marina/ traballen algus altres lochs/ fas estima que endit enfront de la marina traballen mes de cet çens homens lo dia e dells com dit he de cada dia sen van alguns lochs per auer acabat lo quels toca.»

«Al quarter de leuant esta senyalat algunes ballies que part y son vingudes y altres se esperen de cada hora y tenen sa part y no poden tardar que fan axi son deuer com los altros en acabar aquest quarter/ tindra dampla lo terraple tres canes de mompaller y los altros lo mateix saluo lo de la marina quente sinch com e dit/ lo de grech y tremintana esta asenyalat y partit als de besalu y la vegaria les quals son vinguts a prendre ja la part y ara fens y treballen y als de la vall de cornalla los de la bat do banyoles y molts altres que y fan fahena complidament.»

(1) Viento muy impetuoso que reina en el Ampurdán y que hoy día vuelca, en ocasiones, los vagones en la estación de Port-Bou. Para la plaza de Rosas sopla próximamente en la dirección del Norte. (*Nota del autor.*)

(2) S. E. l.º 293. He conservado, con gusto, este documento con su ortografía propia por análogas razones a las dadas, en la página 130 de este trabajo, ante un asunto semejante. (*Nota del autor.*)

«En lo ponent treballen los de la ballia de figueres y altres lochs de barons y de su m.t que entot fan com les altros/ lo numero de tots junts es insert porque de cada dia y allogarets que acaben y sen van y axi noya nombre sert pero pot creure V. S. que si fa molt cumplidament lo que si deu y acodit tanbe le terra alli abla gent que per adar los part *lohis pisanyo* a cada hu del que li toca no li basta dia que promet a V. S. que lo que a de escriure a de ser de nits y es tanto que li resta poch per adormir tan afincadament ho preu y treballa en aso mes que si cauas tota sa vida/ los dits terraplens saran molt prest acabats al que yo puch judicar *y estan tanben posats que si fosen a pedra y cals no parrian millor del que paren* y no pens que si V. S. lo ves dexas de dar orden a que si fes sa camisa de pedra y cals dintre y de fora per conseruar/ que nos perdes al poch temps una tan gran fahena com hi auria sis desfeyat y V. S. deu procurar y dar orde ques fasa» (1).

Como se ve por esta carta Pizaño trabajó en Rosas *más que si cavase toda su vida.* Este fué el éxito de Pizaño en Rosas. El ejemplo, tratándose de una raza tan laboriosa como la catalana, tenía que dar fruto copioso y lo dió.

La idea que en sus párrafos manifiesta el noble catalán respecto a la conveniencia de hacer una camisa a los terraplenes de Rosas, o sea a consolidar con mampostería las obras de tierra efectuadas, no era suya, sino de Pizaño—según se ha visto anteriormente—que así que vió que la construcción de los terraplenes era un hecho, se dió maña para que los mismos nobles demandaran la ejecución de aquélla para lo cual, a decir verdad, les encontró bien dispuestos, pues todos ellos, viendo los milagros que la disciplina había efectuado en sus propios duros caracteres, hicieron cosa suya aquello mismo a que tanto habían resistido cuando de Castellón se trató, y comprendieron finalmente que, si para la guerra eran indispensables los arrestos en campo abierto, el trabajo de cavar no era denigrante, sino arma nueva que empezaba a tomar vuelo con la presencia de las armas de fuego en los campos de batalla.

Mientras que en la plaza de Rosas se trabajaba, hacíase lo mismo en el Castillo de la Trinidad, al que, una vez limpios los cimientos, púsose la primera piedra en 2 de enero, continuándose las obras, aunque no con la celeridad que Pizaño deseaba, como hemos visto en sus cartas ya copiadas. Esto no obstante, el recinto exterior, que fué el primero hecho, adelantaba grandemente.

(1) Con la misma fecha escribió Aguilar al Príncipe D. Felipe diciéndole que la obra de Rosas va tan bién *que cualquiera honra merece* y que se debe hacer la camisa que propone Pizaño.

No anduvo el Vizconde de Rocaberti corto en pedir, pues apenas habíase replanteado cuando pidió la tenencia del Castillo, pretensión que recomendó el Virrey al Príncipe D. Felipe (1), pero que le fué negada por ser tierra del Duque de Segorbe; contestación a la verdad muy política del Príncipe y muy propia de su talento, pues que el Vizconde había dado como principal excusa de no trabajar en Castellón los bandos que con el Duque había sostenido.

A todo esto, Pizaño, como hemos visto anteriormente, seguía trabajando en contra de las órdenes recibidas que le ordenaban incorporarse a la Corte, y aun cuando su conciencia le manifestaba ser su proceder el más conveniente al Real servicio, debía tenerle esto preocupado, como consta de otros varios documentos en que suplica igualmente al Virrey escribiese al Príncipe D. Felipe disculpándole. Hízolo así el Virrey (2) y por fin, bien entrado febrero, pudo respirar Pizaño con tranquilidad al recibir la siguiente carta del propio Príncipe en que aplaude su conducta, concediéndole el permiso para continuar en las obras y ordenándole las active ante el temor de que las galeras de Barbarroja, que el año anterior habían atacado las costas de Cataluña, repitiesen la operación de regreso de Argel, a donde dijimos se habían dirigido. La carta del Príncipe, fechada en Valladolid a 3 de febrero, dice así (3):

El Príncipe:

«Capitán Luis Pizaño, Teniente de Capitán General de la Artillería. El Ilustre Marqués de Aguilar nos ha enviado vuestras cartas de 5, 6 y 10 de enero, y por ellas hemos visto lo que allá se hace en las obras de fortificación de Perpiñán y Elna, y en lo de Rosas y torre de la Trinidad que se hace para la guarda del puerto, y asimismo lo que se hace en la torre

(1) S. E. l.° 294. (Carta de 16 de enero.) En la misma carta dice el Virrey lo bien que va lo de Rosas y cuán acertado fué enviar allí a Pizaño. Que éste le escribe que S. A. le manda llamar, pero él lo detiene hasta ver su contestación. Que asimismo le dice debe meterse en Rosas gente y artillería y que le parece muy bien.

(2) Además de lo que en la carta copiada de 9 de enero se manifiesta, he aquí párrafos de una carta del Virrey al Príncipe de 26 de enero (S. E. l.° 294): «De Luys Pizaño no he rescibido carta diez dias ha: pues el calla las obras van a su voluntad. Ya tengo escripto a vuestra alteza que hasta que Rosas fuese acabada, que sera en todo el mes que viene, seria para dapño para las obras dejarlas Luys Piçaño porque ya tiene la pratica de la tierra y con los poderes que le he dado no tiene necesidad sino mandar lo que conviene a la obra y ahunque Venedito es buen hombre no tiene tanta autoridad para que por el hisiezen lo que hazenpor Luys Piçaño».

(3) S. E. l.° 291.

de San Salvador de Colibre (1). Agradecemos os mucho lo que en ello *trabajais y haceis que es lo que siempre soleis.*»

«El Visorrey nos escribió que os había mandado quedar ahí a entender en la fortificación de Rosas, de lo cual hemos holgado mucho, porque aunque para lo de acá es necesaria vuestra presencia, importa tanto que se acabe de fortalecer esa villa que tenemos por bien que residais ahí para ahora y hasta que se acabe, y nos tenemos de ello por muy servido y os encargamos que, pues veis lo mucho que importa, hagais usar en ello la diligencia que la necesidad requiere, que al Visorrey escribimos también encargándoselo mucho, y que haga añadir toda la gente que pudiere de todas partes a esa obra y asimismo para lo de la torre se eleve lo débil conforme a lo que vos escribísteis que nos ha parecido muy bien.»

«También le escribimos que la provea de gente y artillería, y por ahora, entretanto que llegare la artillería de Cartagena y Alicante, será bien que se ponga ahí, como habíais pensado, la de Castellón; y habéis de tener muy especial cuidado para que esté lo de ahí sobre aviso y con gran recaudo porque, según lo que se entiende, podría ser que las galeras que fueron a Argel volviesen por ahí como ya tienen conocida la flaqueza de esa tierra, y para esto es menester que hallen buena resistencia.»

«En las obras de Elna y Colibre también conviene que se dé muy gran prisa; vos acordadlo siempre por lo mucho que importa aquellas plazas y avisarnos de contino particularmente de lo que se hiciere en todo y del estado en que estuviere. De Valladolid a 3 de febrero de 1544.»

En el mismo correo que la anterior carta escrita a Pizaño, y con la misma fecha, fueron otras (2) para el Virrey Aguilar, en las cuales le dice haberse enterado, por cartas de Pizaño, del estado de las obras de Rosas y demás de la frontera, así como del proyecto que tiene de hacer una camisa en la primera citada plaza. Respecto a esto le ordena que no se haga dejándolo para más adelante, cuando haya más tiempo disponible, dedicando todos los esfuerzos que se puedan a concluir el Castillo de la Trinidad, a cuyo fin debe el Virrey enviarle todas las acémilas que pide. Ordénale también D. Felipe se concluya lo que falta de los terraplenes de Castellón, pero sin embarazar a la obra de Rosas, y aplaude finalmente el que Pizaño se haya quedado, pues gracias a su actividad las obras adelantan considerablemente.

Esto no obstante, y en otra carta del mismo día 3, se le ordena al Virrey nuevamente que, en cuanto las obras estén adelantadas, salga Piza-

(1) Debe querer decir de San Telmo. *(Nota del autor.)*
(2) S. E. l.º 291.

ño para la Corte dejando a Benedicto al frente de ellas a fin de que aquél «pueda poner en orden lo de acá», prometiendo el Príncipe que, en cuanto arregle esto, volverá Pizaño a Cataluña para encargarse de las obras. Finalmente, le ordena que no consienta que los de Gerona se fortifiquen, pues no importa por el momento y deben dedicarse con los demás del Ampurdán a concluir las fortificaciones de Rosas.

Aun cuando no le considero probable, dada la alteza de miras del Duque de Alba, no creo de más manifestar que esta constancia en reclamar a Pizaño, pudiera estar relacionada—sin contar con las órdenes concretas del Emperador— con las disputas que, a la venida del Marqués de Aguilar a encargarse del Virreinato de Cataluña, hubo entre los dos citados próceres. A nuestros lectores habrá podido chocar la poca intervención que en los pasados sucesos ha correspondido al Duque de Alba, que no obstante quedó como Lugarteniente del Emperador en España en todos los asuntos correspondientes a la guerra. Pero es el caso que de los poderes que como Virrey trajo el Marqués, creyó deducir éste que el Duque no tenía que intervenir en su Virreinato para nada y sí sólo en el caso de encontrarse aquél cercado, en el cual debía ir a prestarle auxilio. Esto originó una tirantez de relaciones entre ambos magnates que no se hizo muy patente gracias a la habilidad del Príncipe D. Felipe y a la elevada conducta de aquéllos, de los cuales el de Alba parece no hizo hincapié en sus pretensiones, convencido de que el Marqués de Aguilar era hombre para salir airoso en todos los asuntos de que tratara, y éste, por su parte, manifestó que no tenía inconveniente en dejar el cargo, no haciéndolo desde luego por el peligro que se corría de un próximo ataque, pero suplicando se le relevase en cuanto los turcos abandonaran las aguas francesas.

Estos disgustos, que cesaron pronto gracias a la interveción del Emperador (1) pudieran, como antes hemos dicho, ser la causa de que el

(1) Entre los varios documentos que en Simancas hemos encontrado referentes a este asunto, figuran los siguientes :

El 4 de febrero escribe Cobos al Emperador que en cuanto llegue Luis Pizaño de Cataluña se le mandará a Madrid y a Toledo como quiere S. M. Que D. Juan de Castilla no tenia más misión en Toledo que la de proveer de dineros. Esta última indicación obedece a la insinuación de que dimos cuenta en nota de la página 386, en que se manifestaba temor de quitar a D. Juan de Castilla de las obras de Toledo al ir Pizaño.

Que el Principe D. Felipe tenía sarna, por lo cual no hacía vida marital con su esposa. (Dice esto contestando a otra carta que el Emperador había escrito antes a Cobos recomendándole que el Príncipe no abusase de los placeres del matrimonio para que no perdiera la salud.)

El mismo dia 4 de febrero escribe el Duque de Alba al Emperador dándole las

Duque de Alba desease tener a su lado a Pizaño para en caso de necesitar valerse de sus conocimientos en algún ataque a la frontera por parte de los franceses, o por el contrario, en los que se intentaran realizar por nuestra parte en la de los Pirineos Occidentales. Aun cuando, como antes hemos manifestado, no lo creemos, dadas las condiciones del Duque de Alba, es bueno que se sepa, por lo que honra a Pizaño, cuál era el concepto que éste le merecía. En ningún lado se muestra mejor que en el siguiente párrafo de una carta del Duque al Emperador escrita desde su Casa de Alba a 22 de julio del año anterior de 1543. Dice así:

«En Barcelona supliqué a Vuestra Majestad me hiciese merced de un hábito para el capitán Luis Pizaño. Ya Vuestra Majestad sabe lo que ha servido y sirve y que en ninguna cosa de cuantas hay que toque a artillería y provisiones de reparos *no me sabría yo menear sin él porque hay pocos que lo entiendan como él.* Suplico a Vuestra Majestad le haga merced de él, que será darle gran contentamiento de lo que trabaja, y para mí será merced muy señalada.»

Esta carta, que fué contestada por el Emperador accediendo a los deseos del Duque (1), prueba lo dicho respecto a la posibilidad de que éste

gracias por haber resuelto sus diferencias con Aguilar, relativas a los poderes de ambos. Dice que él nunca trató de meterse en asuntos de justicia en Cataluña, sino sólo en lo que tocaba al cargo de Capitán General. Que a él (al Duque) no le gusta quitar derechos ni autoridad a nadie, mucho menos al Marqués de Aguilar de quien cree que S. M. será muy bien servido. Que por le demás el Príncipe lo hace todo y cuida de todo. (S. E. l.° 64, segunda parte.)

El mismo día 4 de febrero, y en otra carta, dice el secretario Cobos al Emperador que el Marqués de Aguilar cuando vino a Cataluña entendió que el Duque de Alba sólo iría a Cataluña en caso de estar él cercado, pero que no siendo así no tenía para que ir.

Que Aguilar sólo sigue en Cataluña por el peligro inminente de los turcos, pero que suplica que en cuanto pase aquél se le envíe a otra parte. (S. E. l.° 64.)

(1) Entre los documentos que, con la letra más infernal que hemos visto en nuestras investigaciones, se conservan en la Academia de la Historia y que pertenecieron al erudito Mayans, referentes al Duque de Alba, figura una carta del Emperador al Duque, fechada en Rávena a 27 de octubre de 1543, en la cual hay el párrafo siguiente:

«Al capitan Luys Piçaño habemos tenido por bien de dar el habito como nos lo suplicasteys y se enbia cedula dello al Comendador mayor de Leon para que la hinche.»

Aun cuando el hábito concedido no se especifica en esta repuesta, me consta haber sido el de Calatrava, tanto porque él lo cita en algunos documentos, como porque, según el Sr. Foronda, el Emperador dió en Bruselas a 16 de octubre de 1544 una cédula concediendo dicho hábito al capitán Luis Pizarro (*sic*).

La concesión por el Emperador, de un hábito a Pizaño, por sus servicios militares, y la repetición de hechos análogos, que he contemplado en mis investigaciones,

quisiera tener a su lado a Pizaño, toda vez que, como veremos, se hizo alguna intentona por la frontera de Guipúzcoa. Por lo demás, en todos los documentos que tenemos a la vista se habla siempre de la necesidad de la venida de Pizaño a la Corte para entender en las obras de los Alcázares de Madrid y Toledo, lo cual preocupaba a S. M. desde el año 1535.

Continuando ahora con lo que a la plaza de Rosas se refiere manifestaremos que Pizaño, dando una prueba más de su actividad, así que a principios de febrero se convenció, por la marcha que las obras llevaban, que pronto habían de estar en condiciones de poderse defender, extendió un detalladísimo memorial con fecha 11 de febrero, en el cual manifiesta lo necesario para armar y proveer la plaza y el castillo, no escapándose el más pequeño detalle que al municionamiento de boca y guerra pudiera referirse. Este extenso documento, que publicamos en el Apéndice, le hace honor y es una prueba de lo penetrado que estaba en todos cuantos asuntos se referían a la guerra de fortalezas, no escapándosele nada de cuanto a los servicios de Ingenieros, Artillería y auxiliares se refiere.

Gracias a esta energía, consiguió que el último día de febrero estuvieran terminados todos los terraplenes que a Rosas rodeaban y representaban un trabajo enorme, sin que para los trabajos emprendidos tuvieran necesidad de gastar del dinero Real sino muy poca cosa. Las del Castillo, que, como por las cartas de Pizaño hemos visto, exigían algún gasto, por ser todo obra de fábrica, pudieron seguirse con el auxilio de 700 ducados que recibió del tesorero Puch, el cual, a su vez, los había recibido, con otros 300, de manos del Obispo de Lérida, que los había

me confirma en la idea de que los hábitos fueron considerados por el Emperador, con muy buen criterio, como verdaderas recompersas militares. En los Indices de Prueba no aparecen los nombres de muchos de estos caballeros, alguno de los cuales no sabía siquiera quiénes eran sus padres, lo cual demuestra que la Compilación de Sevilla de 1503 en la que se indica—Vignau y Uhagon en las *Pruebas de Santiago*—que sólo se concedan hábitos a personas «que sean hijosdalgo y prendan caballo», no se siguió en muchos casos y ello es natural, pues al Rey no se le podía coartar el derecho de crear hidalgos de privilegio, encargándose por su parte los militares de poseer uno, cuando no varios caballos.

Eu mi modesta opinión, tal criterio se debió seguir sustentando después de la desamortización—rotos ya los intereses de clase que los siglos subsiguientes, de decadencia, habían amontonado—con lo cual aparte de evitar la creación de Ordenes nuevas, hubiérase convertido a las cuatro tradicionales españolas en algo vivo y arraigado en las entrañas del país.

A ningún mediano observador se le podrá escapar el hecho extraño de que un héroe no pueda ostentar una insignia que a sus sucesores se les concede, algunas veces, por el sólo mérito de serlo.

hecho efectivos con multas por diversos motivos en su Obispado (1).

Aun cuando los terraplenes habían quedado terminados, permaneció Pizaño en Rosas atendiendo a las obras del Castillo y solicitando por medio de cartas la prosecución de las del Rosellón.

A esta época corresponde un informe que dió, a instancias del Virrey, acerca de la mayor o menor conveniencia de desmantelar el castillo de Tautabel en el Rosellón, de cuya destrucción no se mostró partidario por muchas razones que en el informe pueden verse, y entre las cuales dice que el dicho castillo «es como viñadero, que si no mata espanta» (2).

Mientras él seguía trabajando habían acudido a Barcelona gran número de nobles del Principado, así como las gentes de los otros Brazos reunidos por solicitud del Virrey y con objeto de tomar providencias para la defensa de la tierra, pues íbase ya acercando el momento que, con el mejor tiempo, podía esperarse el ataque de Barbarroja. La asamblea fué muy movida, distinguiéndose en su exaltación el Brazo militar que decidió no se dieran más de 30.000 ducados y acordaron nombrar una comisión que fuese a hablar al Príncipe, la cual debía presidir el Vizconde de Rocaberti que había sido de los más exaltados, pero que, al verse objeto de aquella distinción, decidió volverse atrás, dando lugar a que el Virrey calificase a la Asamblea como llena de pasiones y rencores. Por lo que nos interesa, manifestaremos, por boca del Virrey, que una de las razones, para no contribuir, dadas por el Vizconde en una de las sesiones era «que viendo las vejaciones que al Reino se hacían, no le parecía que era bien sin primero ser desagraviados; y que para esto se enviase un caballero a Vuestra Alteza y de un Luis Pizaño que les maltrataba sus vasallos y tenía el arca llena de prendas porque no querían ir a Rosas y esto con sólo la autoridad de Capitán General, contra las Constituciones de Cataluña, y que Vuestra Alteza les diese Capitán General catalán porque no *hubiesen de ser siempre gobernados de castellanos*» (3).

Al dar cuenta el Virrey de estas apreciaciones del Vizconde añade, por cuenta propia, lo siguiente: «Luis Pizaño siempre fué mal quisto del Vizconde porque ha dicho siempre la verdad». Este párrafo del Virrey nos levanta la obligación de tratar del asunto o mejor de juzgarlo, pero

(1) Carta de D. Felipe al Tesorero Puch de 11 febrero (S. E. l.° 291) ordenándole haga la entrega a Pizaño.

(2) S. E. l.° 294. En carta del Príncipe al Virrey de 5 de abril (S. E. l.° 291), le dice:

«En lo de Tutaud, pues a todos parece no se debe derrocar, que se siga como hasta aquí, y que habiendo de estar allí soldados, no parece debe tenerlos Villalonga y que le procure contentar diziendole que de avandonarlo habría que derrocarlo.»

(3) Simancas E. l.° 294.

a la verdad, si no fuera por temor de dejarnos arrastrar por la pasión, nos veríamos obligados a hacerlo duramente de la conducta del noble catalán, a quien vemos nadar siempre entre dos aguas, queriendo aparentar delante de sus paisanos una energía de que carecía cuando se trataba de hacerla efectiva delante del poder Real. Con Pizaño fué desde luego ingrato, pues si bien es verdad que éste escribió al Emperador y al Príncipe D. Felipe todo lo ocurrido en Castellón, después, y cuando en Rosas trabajó como el primero, no se le quedó a Pizaño nada en el tintero y agotó todos los ditirambos que en obsequio del Vizconde pudo encontrar en su tosca pluma de soldado. Acaso encontremos en la herida sufrida por su vanidad, no siendo nombrado Capitán General del Ampurdán, el secreto de su constante enemiga a Luis Pizaño, enemiga que, a decir verdad, no podía influir en lo más mínimo en la conducta de soldados como éste, que nacidos y educados en las más modestas filas de las compañías españolas, fueron el brazo de que se valieron nuestros Reyes para abatir y extinguir los últimos alientos del feudalismo triunfante en el siglo XV (1).

Y por cierto, y ya que del Vizconde hablamos, y como comprobación del doble juego que traía en busca de medros personales, es interesante examinar algunos documentos que con la construcción de un castillo en Monjuich se relacionan. No se a punto fijo cuándo se ocurrió por primera vez ocupar la altura de Monjuich con objeto de evitar un tan terrible padrastro como era para la plaza de Barcelona. Pero es indudable que la necesidad surgió en la primera mitad del siglo XVI, en que ya la artillería había experimentado los progresos de que antes de ahora hemos hablado y la población, por otro lado, se había acercado a la falda del monte rompiendo la muralla de la Rambla, proyectada en tiempo de Pedro IV y de que también hemos ya tratado. Dentro, pues, de aquel siglo y probablemente en el año de 1543 por primera vez, ocurrióseles a los inteligentes en la materia, sin que pueda precisar si en ello tomó parte Pizaño, que de no fortificar a Monjuich había de tener la plaza de Barcelona en su altura un peligroso enemigo en cuanto se tomase con intento de atacarla. Lo cierto es que la primera noticia que del asunto tengo, me la ofrece una carta del Vizconde de Rocaberti al Príncipe D. Felipe

(1) Recuérdese la llegada a Burgos del ejército mandado por Pedro Navarro de orden del Rey D. Fernando en el año 1507.

Allí en carta escrita en Melgar a 17 de octubre se lee este párrafo, que no tiene desperdicio: «Viernes seremos ante su Real presencia con la gracia de nuestro Señor Dios y con las armas en la mano para cumplir su mandamiento y abatir y aniquilar, gastar, abrasar y destruir los que desobedezcan sus mandamientos.» (Heros en la *Historia del Conde Pedro Navarro*. Documento núm. 6.)

escrita el 2 de abril (1), es decir, poco después de habérnosle encontrado en la Asamblea de Barcelona a la cabeza de los descontentos, y en la cual carta dice—después de asegurar haberse hecho las obras de Rosas gracias a él que había llevado al ánimo de los ampurdaneses el convencimiento de la utilidad de ellas—que está tratando con los concelleres a fin de hacerles ver la necesidad de hacer un fuerte en Monjuich *como desea Su Majestad* (2), por ser tan mal padrastro para Barcelona, manifestando además que el dinero para él podía sacarse, según opinión del Virrey, de los clérigos, obligándoles a que por diez años pagasen los mismos derechos que por comer y beber pagaban los legos, expediente que el Virrey había usado ya en Italia, para lo cual le había bastado solicitar un Breve del Papa que, sin objeción, se lo había concedido, aún tratándose de asuntos de menos importancia para la Cristiandad que el que la estancia de Barbarroja en Tolón representaba.

Esta carta, que en extracto hemos publicado, nos sirve, como hemos manifestado, para comprender el carácter del Vizconde de Rocaberti; pero además nos proporciona la agradable noticia de ser uno de los más caracterizados catalanes del siglo XVI, él, si no autor, por lo menos gran patrocinador de la idea de construir una fortaleza en Monjuich, que tuvo su completo desarrollo a principios del siglo XVIII (3). Y por cierto que esta opinión del Vizconde me reconcilia algo con él, pues por lo menos me demuestra tenía buen ojo clínico en asuntos de posiciones militares, pues, aun en el día, es Monjuich indispensable si se quiere evitar algo de lo que por mar y aire pueda venir, y esto lo digo a pesar de haber oído opiniones en contrario, y no de las que deben echarse en saco roto. Los que no sé si se reconciliarían tan fácilmente con el Vizconde serían los clérigos catalanes, a los cuales se echaba el mochuelo, y que no sé como se defenderían. El Breve se solicitó y a Perelada no se le olvidaba el asunto, como lo prueba la carta que escribió al Príncipe con fecha 30 del mismo (4) que comprueba lo anterior, remachando el clavo, por decirlo así, no obstante que a la primera sólo había obtenido de D. Felipe las gracias, pero manifestándole con fecha 21 de abril que en lo de Monjuich había que estudiarlo detenidamente antes de decidirse, pues el dinero necesario acaso haría más falta en la ciudad (5).

(1) S. E. 1.º 294.

(2) Esta expresión del Vizconde demuestra que el Emperador había hecho cosa suya—si ya no fué él mismo el inventor—lo de construir un fuerte en Monjuich, por lo cual debemos creer no andaría lejos el parecer de Pizaño.

(3) Las obras construídas durante el siglo XVII fueron de relativa poca importancia. En 1544 existía un semáforo.

(4) S. E. 1.º 294. Aparici.

(5) S. E. 1.º 291.

Volviendo ahora a Pizaño, diremos que prosiguió en Rosas atendiendo a las obras y a su armamento y avituallamiento. Los trabajos realizados durante el primer trimestre del año, los especifica en una larga carta escrita al Emperador con fecha 21 de marzo, en la cual remitió las trazas de lo hecho en la villa de Rosas, en el castillo de la Trinidad y en la torre de San Telmo de Colibre, las cuales no he encontrado, creyendo yo que esta falta de dibujos que en el Archivo se nota es debida a que sin duda se debía tener por los encargados de los asuntos de guerra un depósito de estos planos que, conviniendo tenerlos secretos, se desglosaban de las cartas donde se remitían para poderlos utilizar a tiempo, entregándoselos a nuevos ingenieros cuando no había habido tiempo de ejecutarlas o los dibujos correspondían sólo a nuevos proyectos.

Remitió también Pizaño noticias de lo hecho al Almirante Andrea Doria, que necesitaba conocerlo para saber hasta donde podían encontrar protección sus naves en las costas catalanas y del Rosellón (1). Y por cierto que ello motivó que recibiese parabienes del célebre genovés, que, como ya hemos tenido ocasión de ver, distinguíale extraordinariamente, pues que de antiguo conocía su valer.

Por la citada carta al Emperador nos formamos idea de cómo había Pizaño empleado su tiempo desde principios de año, pero creemos más conveniente, a fin de que se pueda formar idea de lo hecho y del estado de las obras, transcribir otra carta de Pizaño al Príncipe con fecha 26 de marzo (2) que, por corresponder a fines del trimestre, podríamos considerarla como un progreso trimestral de los hoy reglamentarios y que abarca las obras, proyecto del mismo ingeniero. Héla aquí (3):

(1) Con fecha 5 de abril había escrito D. Felipe al virrey (S. E. l.º 291) que él o Pizaño, cuando fuese alguien a Italia, avisasen a Doria de lo que se había hecho en Rosas y Colibre y de la artillería que en estas plazas se había montado.

Con fecha 13 de mayo contesta el Virrey al Príncipe D. Felipe (S. E. l.º 294) lo siguiente: «al príncipe Doria se le ha dado quenta de todo lo que en este principado se fortificaba hasta oy y Luis Pizaño le ha enviado el dessyno de Rosas y el me ha escrito el contentamente que tiene de lo que esta hecho y assi mismo me escribe que para que del todo aquello de alli este bien que vuestra alteza debería mandar hazer una torre en Cadaques que me parece que Luis Pizaño y el lo habían platicado y tanteado antes de su partida allí mismo en Cadaques.»

(2) S. E. l.º 294.

(3) Esta carta, que fue copiada de orden mía en un momento intenso de hallazgo de documentos, tiene tales defectos de redacción que no me atrevo a echarlos todos a buena cuenta de la modesta instrucción de Pizaño y premura ocasional con que la escribió. (*Nota del autor.*)

«Muy alto y muy Poderoso Señor:

Cuatro letras de Vuestra Real Alteza he recibido, la primera de 30 de noviembre y la otra de 14 del dicho y la otra de 13 de enero y la última de 3 de febrero, y veo que por las dos primeras Vuestra Real Alteza decía que le pareció bien de la fortificación y orden que se había de tener en lo de Perpiñán y Salsas y Elna y Colibre y que yo lo recordase y diese orden para cómo se había de hacer. Yo lo he recordado, como Vuestra Alteza lo manda, muchas veces, y si pudiera haber ido lo hiciera; mas habiendo mandado Vuestra Alteza proveer de dineros, como dice por su letra, gran culpa será no haber hecho como Vuestra Alteza manda si el tiempo no lo ha estorbado por causa de las aguas, porque ha llovido aquí diecisiete o dieciocho días, y creo así habrá hecho en Perpiñán, según yo soy informado.»

«Cuanto a lo que Vuestra Alteza me mandaba, por sus letras, que dejando recado acá que convenga, y encaminada la obra, Vuestra Alteza me replica dos veces que quede todo a buen recaudo y que lo encomiende todo a Micer Benedito, o a otra persona cualquiera que me parezca, para que con brevedad se haga y haciendo esto yo me parta donde Vuestra Alteza está; el sobredicho Benedito trabaja en ello muy bien y hace todo lo que puede y acostumbra hacer en todo lo que sus fuerzas bastan muy bien y con mucha diligencia; y también en esto fuí desobediente, porque luego me debía ir a cumplir lo que Vuestra Alteza mandaba. Y yo pequé por esperar; porque veía que no había recado como convenía a la fortificación de esta villa de Rosas, porque harto tiene y ha tenido Micer Benedito que hacer en lo de arriba del Castillo de la Trinidad, que tanto importa, como Vuestra Alteza me mandaba por su letra; y si en esto, como en lo demás, soy culpado, suplico a Vuestra Real Alteza me mande castigar.»

«Y a ninguna de las letras de Vuestra Alteza no he osado responder, porque no tenían respuesta ninguna que dar ni osaba disculparme, porque, como digo, no había excusa ninguna para ello, sino hacer lo que Vuestra Alteza me mandaba. Y también lo dije al Virrey, de mi partida, mostrándole las cartas de Vuestra Alteza, y me dijo que no me partiese, porque él escribiría a Vuestra Alteza diciéndole que así convenía me quedara acá para el Real servicio de Vuestra Alteza. Mas esta no es causa lícita, porque yo no había sino de obedecer a los mandatos de Vuestra Alteza; mas no me ha hecho errar otra cosa sino pensando de acertar y que convenía al Real servicio de Vuestra Alteza para lo que se ha hecho y porque ví, cuando las galeras de los turcos vinieron, la

perdición en que estaban estas partes de acá, teniendo un tan buen puerto como éste. Y no habiendo posibilidad para la fortificación de Rosas y mandando Su Alteza que se hiciera la fortificación de la torre de la Trinidad, como el Duque lo había visto lo que importaba, y viendo que sola la torre no era parte para defender el puerto sin ayuda de la villa, siempre he tenido esperanza que podríamos hacer alguna cosa en esta villa de Rosas, y con esta esperanza he estado hasta que Nuestro Señor ha querido traerlo en el término que ahora está, que es que se empezó a laborar a 3 de enero y a la hora de ahora estarán hechas 479 canas de terraplén por fuera de la muralla de tierra y de fajina en esta manera:

«El frente de la marina que quedan 20 cañas en ancho de plaza hasta el reparo que es de largo 80 canas de una punta a otra. El lienzo del puerto tiene un caballero de terraplén a la una punta que mira a Poniente de 16 canas en ancho y desde allí va el lienzo hasta la punta que mira a Levante de cinco canas en ancho de grueso y queda una puerta enmedio al un cabo para la mar. Y llegados al otro baluarte tiene de plaza 16 canas de terraplén porque estamos cerca del puerto. Desde allí va el lienzo de la muralla hasta la iglesia que mira al Levante de tres canas en ancho de terraplén por fuera del foso que era de antes. Llegado a la iglesia en aquella muralla que había vieja se hinche de tierra pleno cinco canas de ancho que hace través a la mar y porque era disforme esta muralla se hace en una torre pequeña que tiene un cantón enforrada para que haga través para guardar la misma muralla y tiene de largo este muro 28 canas. Desde allí que se hace el cantón que mira a Tramontana va la muralla hasta el otro cantón que mira a Poniente de grocesa de tres canas, y enmedio se hace un caballero de grocesa de ocho canas que responde a un cantón y al otro. En el cantón que mira al Poniente será de grocesa de 13 canas la plaza del caballero, porque allí hay batería. Desde allí comenzando y yendo por el lienzo que mira a Levante está la mitad del lienzo fuera del foso que era antes de la villa; va de cuatro canas y de tres en ancho y en la mitad hay un caballero de seis canas de ancho de terraplén que responde a las dos puntas, a la de la marina y a la otra que está a la otra banda. De este medio lienzo hasta la marina, de donde empezamos, va de cuatro canas en grueso fuera del foso de la villa y de esta manera son cumplidas las 479 canas de plataforma.»

«Va todo esto de altura de tres canas donde es menester, y en otras cuatro, y dos canas de pretil en algunas bandas, y en otras según que es menester. Lleva sus palos hincados en tierra, de cana en cana uno, para tener el terraplén; y de cana y media en cana y media una trabadura de madera, de modo que son dos trabaduras en la altura de tres canas y otra

en el pretil; que cada cana de éstas ha menester tres palos gruesos de pie y medio, y de alto cuatro canas, y para las trabaduras de medio pie de grueso, y lleva 22 palos. Esto se entiende por cada cana de frente, que las 479 canas han menester 11.000 maderos; y tanto llevan los reparos» (1).

«Y esta madera se ha cortado donde la hemos hallado con propósito que se les pagara conforme a como acostumbran a pagar las maderas que se compran para Su Majestad y *Su Real Alteza* en las otras partes y creo montarán poco dinero. La fajina se ha traído de donde se ha hallado, que hay mucha por aquí de estepa, y ha sido la vida, porque es muy buena fajina.»

«La orden que se ha tenido y tiene para hacerlo es que el Obispado de Gerona que tiene 12.000 fuegos que diesen 4 por 100; y así yo miré que tanto me podía alargar para que lo hiciesen en término de tres meses, y repartí cuanto tocaba por hombre en tres meses, y di su parte en cada lugar, sin agraviar a ninguno, conforme a como tenía cada uno la tierra cerca o lejos para hacer lo que les tocaba. Y vista y dada a cada uno su parte, lo que habían de hacer en tres meses lo hacen en quince días o en veinte cada uno su parte desde que lo empiezan, si no les estorba el agua; y unos por otros laboran de noche y de día por acabar y hácenlo de tan buena gana que parece que Dios les da la gracia para ello. De manera que como se ha repartido Vuestra Alteza lo verá por esta lista y repartimiento a como les toca a cada uno.»

«Cuanto a donde sacan la tierra para hacer el foso, en torno de la villa a una cana, lo más hondo, es arena y tras la arena luego viene el agua; y por este respecto no se ahonda más, porque buscamos la tierra porque hay poca por aquí para hacer los bestiones.»

«Esto es en el término que está ahora lo de la villa de Rosas y esta ha sido la causa de no irme de acá esperando de hacer esto porque vería la gran necesidad que había de ello, y creo que no lo habiéndo principiado no se hubiera hecho esto. Y como arriba digo, por esto he errado;

(1) En la carta al Emperador escrita el 21 de marzo (S. E. 1.º 294) le dice Pizaño a este respecto lo siguiente, que justifica el mayor gasto de maderos: «Hase echo de tierra y faxina y de cana a cana tres maderos enhiestos de grocesa a de dos pies y altos quatro canas de mompeller y algunos mas o menos/con sus trabaduras de palos de grueso cada uno de vn pie y largo tres o quatro canas segund como heran menester/que solamente han entrado en los dichos terraplenes xvm/ maderos *con çinco escalas que se an echo para subir a ellos*/y oy que son xx del presente ay dentro en la villa veynte pieças de artillería y aunque V. Mt verá por el desiño que ay lugar que puedan estar xxx que no den enpacho una a otra y estas pieças son de las que estaban en barcelona y ay al presente las municiones que V. M.t mandara ber por este memorial.»

si he errado Vuestra Alteza me mande castigar conforme a mi pecado, pues como arriba digo ha sido pensando de servir a Vuestra Alteza.»

«Esto es en cuanto a lo que toca a la villa de Rosas. Y porque más claramente lo vea Vuestra Señoría Ilustrísima y el Príncipe nuestro señor, le mando el desino en el término que ahora está, que es de la manera que va que no hay por cerrar en toda la villa si no es las puertas de las escalas. Hanse de hacer dos arcaduras de puerta, la una a la marina y la otra a la banda de la tierra, y no tenemos dineros para hacerlas.»

«Creo, que con la ayuda de Dios, que con 1.200 soldados se puede defender, seguramente, teniendo veinte piezas de artillería dentro en esta manera: en el baluarte que mira a Poniente dos cañones, y una media culebrina; en el lienzo de más abajo para un través [un medio sacre], otro medio sacre para otro través; más adelante en el lienzo [un medio sacre] y otro medio sacre en otro través que hace para guardar la punta del baluarte que mira a Levante; en el baluarte de Levante dos cañones y una media culebrina; y en el lienzo que vuelve la vuelta de Tramontana un medio sacre a un través y en la muralla de la obra nueva de la Iglesia un cañón y una media culebrina; más adelante, y en el mismo lienzo, en otro través que hay para guardar otra punta que hay en la parte de Tramontana, un medio sacre; en el mismo lienzo para guardar la punta de dicho baluarte otro medio sacre que guarda la otra guardia del través; en el baluarte que mira a Poniente una media culebrina y en el caballero que está en el dicho lienzo, al medio, un cañón y un medio sacre; más adelante, en un través que guarda el dicho lienzo a la punta del baluarte de Poniente a la marina, un medio sacre. Estas piezas son las que ha menester la villa a mi parecer—que son veinte piezas—seis cañones, tres medias culebrinas, cinco sacres y seis falconetes; y aunque serían menester dos culebrinas para la dicha villa, si las tuviésemos, porque harían mucho al caso» (1).

«Las pelotas que son menester para las dichas piezas son 5.400, de esta suerte: para seis cañones 1.200 pelotas a razón de 200 por pieza; para tres medias culebrinas 900 pelotas a razón de 300 por pieza, y pesa cada una ocho libras de Castilla; para cinco sacres 1.500 pelotas a razón de 300 pelotas por una, de a cuatro libras y media; para seis falconetes 1.800 pelotas a razón de 300 por pieza.

(1) Como se nota, aun teniendo en cuenta las dos piezas que hemos añadido entre paréntesis, no resulta la cuenta exacta.

Es probable que en el caballero que, dice Pizaño anteriormente, construyó en medio del lienzo de Levante, se colocara la pieza que falta para la cuenta. Al describir más adelante la obra de Pizaño, volveremos a insistir sobre esto. (*Nota del autor.*)

«Para tirar las sobredichas pelotas son menester 519 quintales de pólvora de cañón; y para 600 arcabuceros 100 quintales de pólvora de arcabuz, y de plomo 135 quintales, porque en treinta días, tirando 11 tiros por día cada hombre, tiran los de arcabuceros los 100 quintales de pólvora. Y la artillería gruesa, en treinta y tres días, ha de tirar cada día seis tiros, tiran 198 pelotas los seis cañones, que todos tiran a la mar; en el dicho término tirarían 1.188 pelotas de cañón; y las medias culebrinas, que son tres, tiran 900 pelotas en el dicho término de los treinta y tres días a nueve tiros por una; los sacres, que son cinco, tiran en el dicho término 1 985 pelotas a 300 por pieza a nueve tiros por una; los falconetes, que son seis, tiran en el dicho término a razón de nueve tiros por pieza 1.882 pelotas, más éstos no tiran a la mar. De manera que a esta dicha razón serían menester los 519 quintales de pólvora para tirar estas pelotas, y esto es para treinta y tres días en caso de necesidad. Y más es menester pólvora para hacer fuegos artificiales como Vuestra Alteza mandará ver por este memorial; la provisión que se hizo por el memorial es para siete meses, a 700 hombres, que para cuatro meses bastarían para 1.200 hombres.»

«El castillo de la Trinidad está hecho hasta hoy a 13 de marzo lo siguiente: la punta que mira a Rosas está en la altura de cuatro canas y media, y la otra punta que mira a San Pedro cinco canas y tres pies, y la punta que mira a las Medas cinco canas, y la punta de la Trinidad—que mira a la montaña—tres canas y un pie; los dos lienzos están altos como las dos puntas, los otros dos están altos la mitad de ellos tres canas y la mitad del uno está una cana de alto y el tercio del otro está por cerrar; que en seis días está cerrado si place a Dios todo de altura de tres canas y se meterá parte de esta artillería dentro y soldados.»

«Es menester para el dicho castillo cuatro cañones y cuatro medias culebrinas y, si se hubiere, una culebrina y cuatro medios sacres, que son por todas 13 piezas. A más son menester 24 mosquetes y picas, y arcabuces y lo demás; y esta artillería ha de tener las municiones conforme como arriba digo a Vuestra Alteza, y será bien como la nao de Alicante llegue se traigan aquí. El castillo ha menester 100 hombres en tiempo de guerra que le defiendan; en paz será menester poca cosa. Lo que se ha despendido en las obras de la dicha Trinidad hasta hoy, y en algunas otras cosas según va por este memorial, verá Vuestra Alteza los dineros que se han dado para ello, y lo que hasta hoy está despendido para que mande Vuestra Alteza que se provean de ellos; la puerta del castillo se hará luego, y al presente se hace la plataforma de madera dentro, que servirá para que estén los soldados.»

«Cuanto a lo que toca hacer en Perpiñán y en aquella frontera, yo

dejé el memorial de ello, así ni más ni menos como la mandé a Su Alteza y a V. S., de todo, muy particularmente de lo de San Telmo y lo del castillo de Colibre y lo que se había de hacer en la villa de Colibre de terraplén y muralla donde era menester, y de la manera que se había de hacer, mostrándosela a Maestre Enrique, cada cosa en su lugar.»

«Al 5 de éste me escribió el Veedor Francisco de Avila que estaban las tres puntas de la torre, que se hace en San Telmo, que miran al puerto de Portvendres y de la villa, en alto la muralla de dos canas encima de la tierra y una cana de grueso y boja todo en torno 64 canas, que ha de ser todo terraplén de dos canas de grueso, y lo otro ha de ser plaza. Y díceme que por todo este mes de marzo, en que estamos, será alto todo dos canas, que en el lugar que está se puede defender, para la cual torre demandaba artillería, porque ya había soldados, dentro en la torre que estaba hecha, de la compañía del Capitán Arce y la otra parte de la compañía estaba en la villa, y al presente está allá el Capitán Arce, el cual con su persona y sus soldados no pierde tiempo en ayudar al dicha castillo, y pone muy gran diligencia en ello porque él me lo ha escrito y todos los más que allí están; y en lo del castillo de Colibre me dicen que eran hechas 14 canas de largo de muralla y en alto dos y media con sus rebotantes o estribos y lleno de terraplén, según que quedó ordenado; y esto es hacia la parte del puerto.»

«Asimismo me escribe el dicho Veedor que los de la villa de Colibre empiezan a terraplenar el reducto de la villa, como les quedó ordenado, y que harían todo lo que pudiesen en esta cuaresma; y he escrito a Maestre Enrique que si los de la villa hacen el terraplén que él haga un través, como quedó ordenado, en una torre enforrándola conforme a un memorial que yo mandé a Vuestra Alteza. En lo de Elna me ha escrito D. José de Guevara, en respuesta de otras tres o cuatro mías, que se ha dado a destajo a un maestro el reparo de los cimientos de la muralla de Elna y tardaron tanto que se cayó un pedazo y ya lo hacen. En lo de los fosos los han empezado a abrir los de la ciudad, y lo que se cayó los canónigos ponen todas las cosas para tornarlo a reparar, salvo los maestros que pagan de la Real Hacienda de Su Majestad y de Vuestra Alteza. El padrastro se abaja siempre.»

«En lo de Perpiñán me escribe D. José, a 9 de éste, que por fin de este mes estará el baluarte de San Francisco de Perpiñán alto de todo cinco canas como el otro de San Antonio, y que se labora todo lo que se puede en los fosos; y aunque la gente de la villa lo hace ruinmente, yo he escrito siempre por mis letras a D. José y al Visorrey todo lo que Vuestra Alteza manda por su letra que se dé prisa en todo, pues no faltan dineros hasta ahora. Hame respondido el Virrey, por sus letras, que él ha

mandado que se haga como quedó ordenado conforme al memorial y que lo de Salsas se haga como quedó ordenado y no me escriben que lo hayan empezado.»

«El Maestre de Campo Baraez a los 10 de este pasó por aquí, que venía de Nuestra Señora de Monserrat, y le dije que solicitase allá de modo que se hiciese así lo uno como lo otro; yo siempre les escribo que lo hagan. Si pudiera haber ido allá, hubiera ido. Pídenme gente de ésta del Ampurdán, no se yo como se la dé. Vuestra Alteza vea lo que trabajan aquí y han trabajado, porque cada día del mundo andan en el castillo de la Trinidad 80 maestros en picar piedra y romper y emparedar y 80 acémilas para traer piedra y 200 manuales para el servicio.»

«En la Bellaguardia se labora un lienzo que se ha caído, que será presto acabado, más si no se remedian los otros dos que quedan, harán lo que han hecho los otros que se caerán en tierra.»

«Estas dos compañías que aquí están de Altarriba y Mondragón les tomé la muestra a 12 de este mes, y en ellas he hallado 497 plazas con los oficiales; en la de Altarriba 208 y buenos soldados y en la de Mondragón 289 y buena gente. Y ya los habría metido dentro en esta villa, más están a legua y media y a una legua de aquí las dos compañías, y más por respecto de no haber lechos en esta villa y haber hasta aquí tanta gente, dentro, alojada, de los que venían a laborar que pasaban de 2.000 hombres, no los he podido meter dentro y ahora estoy en lo mismo de no poder haber un lecho (1). Ni tampoco se han metido vituallas dentro, creo esta semana que viene se meterán hasta 4 ó 5.000 megeras dentro de la villa.»

«He mandado tomar la discreción (2) hasta 26 lugares de este Condado en torno a una legua y a una legua y media, y los más lejos a tres. Hanse

(1) La distribución de las tropas del Emperador por la Región consta por el siguiente párrafo de carta de Pizaño al Emperador, escrita a 21 de marzo (S. E. l.º 294): «De acá no ay que dar aviso a V. M.t al presente, salvo que la gente de guerra de de V. M.t que ay al presente en esta frontera que se an pagado en este mes son II ✓ Dccc tudescos que tiene el coronel/las tres banderas están en perpiñán con el coronel y las quatro en confrentte/ I ✓ Dccc ynfantes españoles en nuebe compañías/ las tres están en perpiñán que es el maestre de campo Varaez y el capitán rrobledo y el capitán bezerra y en colibre el capitán harze/y en elna don luys ycarte con su compañía y la del capitán bolibar en binçar y otra del capitán perot lupian que es de perpinán que guarda los pasos con gente de la tierra para avisar de que los franceses entren a correr y las otras dos compañías están junto a rrosas una legua que es la del capitán mondragón y la del capitán altarriba/ ay doscientos hombres de armas en seys capitanías que las quatro están dentro en perpiñán y la otra en elna y la otra en tuy.»

(2) *Sic.* Parece quiere decir requisar. *(Nota del autor.)*

hallado 19 (1) megéras de granos de las cuales se hacen traer a esta villa de Rosas las 6.000. Hasta aquí nunca se ha podido meter ninguna cosa por vía del Teniente del Procurador del Condado, que es hermano de Mosén Villarich, en su ausencia del dicho Mosén Villarich, que siempre ha ido con requerimientos y excusas, diciendo que no había grano en el Condado. Queda por hacer lo de Castellón y lo del Condado; no se que cantidad se hallará, creo que en Castellón hay mucha. De la carne se tomará también donde la hallaremos, y otro tanto de los vinos.»

«De todas estas cosas tengo avisado al Visorrey, y según me escribe se le han desvergonzado bravamente en lo que les pedía para esta necesidad.»

«Suplico a Vuestra Real Alteza que, pues que se ha hecho esto y se ha metido aquí la artillería y municiones, no permita que estemos tan mal apercibidos de gente así en esta villa como en el Castillo, y si han de venir no sea de manera que tarden tanto que no seamos a tiempo; porque las cosas de mar son muy breves y con estos soldados que aquí están ni hay para una banda ni para otra. Y a cumplimiento de todo esto me escribe el Virrey que ha escrito a Vuestra Alteza. De todo torno a suplicar a Vuestra Alteza lo mande proveer, que según las nuevas que tenemos por Francia ya las galeras trafagan y caminan hacia la vuelta Desplanderas y estotras de Argel son salidas tantos días ha que me parece que podemos ser convidados de hora en hora.»

«Un bergantín está aquí esperando tiempo y lleva un despacho de mercaderes a Génova. Su Majestad me escribió a últimos de diciembre por la cual me mandaba que se acabase de fortificar Castellón, pues no había posibilidad para lo de Rosas y que se hiciese la torre de la Trinidad y de las torres de Cadaqués y Puerto Lligat, y que escribía a Vuestra Real Alteza remitiéndolo así lo uno como lo otro para que Vuestra Alteza lo mandase proveer. Yo escribo a Su Majestad todo lo que se ha hecho en estas partes y le mando la traza con el memorial, todo como le mando a Vuestra Alteza. Creo que Su Majestad, de que lo vea, se holgará de entender que se haya fortificado Rosas.»

«Y así otro al presente no ocurre de nuevo, de que le hubiere se dará aviso a Vuestra Alteza. Y quedo rogando a nuestro Señor la muy alta y muy poderosa persona de Vuestra Alteza guarde y Estados y Reinos acreciente como los criados y vasallos de Vuestra Alteza deseamos y hemos menester. De Rosas a 26 de marzo de 1544. De Vuestra Real Alteza menor vasallo y criado que sus Reales manos y pies besa. Luis Pizaño.»

(1) *Sic*, pero debe querer decir 19.000. (*Nota del autor.*)

Una vez leída la carta anterior se ve que Pizaño había cumplido su compromiso y justificado su desobediencia al Príncipe, pues que sólo en tres meses consiguió poner la bahía de Rosas a cubierto de un nuevo ataque, y todo ello fruto exclusivo de su inteligencia y amor al servicio y teniendo que luchar con los recuerdos de lo pasado en Castellón, que bien pudo haberse repetido sin su tacto y ejemplaridad, principal motor ésta de las clases dirigidas (1). D. Felipe agradeció sobremanera lo hecho por Pizaño, y así se lo manifestó en varias ocasiones recomendándolo a su padre en términos halagüeños (2) cuando le escribió para darle cuenta de los trabajos realizados en Rosas.

Prosiguió Pizaño en esta villa el mes de abril y mayo, entendiendo siempre en rematar la obra del castillo no obstante la falta absoluta de dinero (3), por la cual hubo necesidad de cejar un poco en la construcción de los detalles interiores, sustituyendo parte de las bóvedas que habían de sostener la batería de mar con terraplen. Estuvo durante este tiempo en correspondencia con el Príncipe D. Felipe, con el Emperador, Virrey y Andrea Doria, quien al avisar lo satisfecho que estaba por lo hecho en Rosas, recuerda, según ya hemos visto, la necesidad de la torre de Cadaqués, que con Pizaño había convenido se hiciera cuando él se

(1) Para que vea el lector lo *escamado* que quedó Pizaño de la conducta del Vizconde de Rocaberti en Castellón, véase lo que escribía a D. Felipe a 8 de septiembre de 1543, y desde este lugar cuando se empezó a tratar de lo de Rosas (S. E. l.° 289):

«y ablando después yo con el dicho bizconde me dixo y tratando desta cosa quel lo haria, yo le rrespondi que si abia de ser como lo passado que me pareçia ser anguilla que no se nos saliese Dentremanos como la otra vez lo abia echo, y rrespondiome que el no haria anguilla que estaria muy constante y que lo haría, quiera Dios sea como San pedro que sea Repienta de lo passado, y que perseuere en esto mejor que en lo passado, mas prometto a vuestra alteza que yo no le creo segundo sea operado en lo passado, si esto biene en efetto sera vna gran cossa, porque meteriamos luego la gente para abrir el fosso que es lo Prinçipal y haorrar seyan (*sic*) siete mill y tantos ducados.»

(2) En carta del 4 de mayo de Valladolid, escribe a su padre (S. E. l.° 64) hablándole de lo hecho en Rosas por la diligencia de Pizaño, el cual, dice, vendrá acá cuando lo deje ordenado y añade: «sirviendo tan bien en aquello que es razón que V. m.t tenga memoria de gratificárselo».

(3) En 30 de mayo dice el Príncipe al Virrey, refiriéndose a noticias de Pizaño: «porque entendemos que la obra de la Trinidad que se haze en el puerto de Rosas cessa por falta de dineros sera bien que agora sea de los enprestitos o de otra cualquier cosa enbieys alla alguna quantidad de dineros porque se continue y de aca se mirara lo que se pueda proueer pero todabia no se debe tocar en los VIIIM ducados que os habemos mandado que empleys en la paga de la gente que de aca ha de yr.»

A esto contestó el Marqués (S. E. l.° 294) a 2 de junio que «con la torre de Rosas se terna la quenta que vuestra alteza mandè, y assy es que por falta de dinero la obra va un poco de espacio; no se hara assy de aqui adelante.»

marchó. No olvidándose Pizaño de los que habían bien servido para las obras realizadas recomienda, en una de sus cartas al Emperador, la conducta del Obispo de Gerona pidiendo para él la Abadía de San Salvador de Brella, a la sazón vacante. Para Benedicto de Rávena, que medio ciego ayudó a Pizaño con sus conocimientos en la construcción, tuvo constantes frases de elogio recomendándole a Su Majestad siempre que había ocasión, y a fe que bien lo merecía este veterano, cuyos medros fueron bien escasos, no obstante sus continuos trabajos y amor al servicio del Emperador.

Con verdadero entusiasmo escribe Pizaño sus cartas de principios de junio, en que, llegado el momento de despejar la incógnita que en Tolón representaba Barbarroja, y viéndose con sus obras artilladas y en condiciones de resistencia, no sueña sino con ser atacado y demostrar que su trabajo no era inútil, y al mismo tiempo conseguir la revancha de lo que para él, que nunca había huído sin combatir, representaban los sucesos desarrollados un año antes en las mismas llanuras del Ampurdán. No consiguió su objeto, pero, poseído de verdadero entusiasmo militar, no descansa un momento su imaginación en medios de dañar al enemigo, y así, ante la sospecha de haber levado anclas Barbarroja la vuelta de Constantinopla, procura que se le persiga lo mismo que a las naves francesas, y él, por su parte, propone al Príncipe ejecutar una entrada en Francia aprovechándose de las fuerzas que en la frontera se encontraban reunidas.

Comprobación de lo dicho es la carta de 16 de junio (1) escrita al Príncipe al solo anuncio de la partida de Barbarroja. Hela aquí:

«Muy alto y muy poderoso Señor:

La letra de Vuestra Alteza de 30 de mayo recibí a los 12 de éste en respuesta de otra mía que mandaba el aviso que me envió D. José de Guevara, lo cual no salió cierto según después salió por la experiencia.»

«En lo que Vuestra Alteza me manda que tenga cuidado de esta plaza y vigilancia, así lo he hecho y haré, como Vuestra Alteza manda, de aquí adelante. Asimismo en lo de la obra de la Trinidad que avisase al Virrey yo le he avisado muchas veces y hasta ahora no se ha proveído, no por falta que tenga de voluntad el Visorrey, más, según me escribe, por sus letras, es por no poder más.»

«Y en lo que Vuestra Alteza me manda que le avise continuo de todo lo de acá es al presente que hoy, que son 16 de éste, ha venido a este

(1) S. E. l.° 294.

puerto un bergantín y una fragata, que partieron de Génova a los tres de éste, y el Príncipe de Doria me escribe una letra por la cual verá Vuestra Alteza lo que me escribe, cuanto más que escribirá más por extenso a Vuestra Alteza, de lo de la armada y Lombardía; aunque no me escribe lo que dice el patrón del bergantín, porque se hizo mi letra dos días antes. Y después me dice el dicho patrón que arribó un correo, en casa del Embajador de Génova, como había roto el Marqués la gente que el Príncipe Doria dice que iba a juntarse con la gente de Francia que llevaba Felipe Stroce, y asimismo me lo certifica un patrón de otra fragata lo mismo que rompió el Marqués del Gasto y lo de la armada. Mas me dicen; que Juanetín Doria iba tras ellos con las galeras del Príncipe por *ver veamos (sic)* donde iba. Ya Vuestra Alteza ve las opiniones que hay diciendo que va a una parte y otra. Por propio ha venido un bajelo de Francia con uno que dice lo mismo.»

«No sería malo, si la armada fuese la vuelta de Constantinopla, pues está aquí esta gente que se paga, si no la ha de mandar Vuestra Alteza a Italia alguna parte de ella, darles por la banda de acá, pues el tiempo es aparejado para ello, así por mar como por tierra, porque en tales coyunturas no se ha de perder tiempo. Digo esto, siendo ciertos de ser ida la armada, dejando recado para esta costa por mor de algunos corsarios que podían hacer poco andando nuestras galeras por acá, y las de Francia estar como están, que no hay más de 12 y éstas son idas con las tres galeazas y una nao que van a Normandía, y van las 12 galeras a acompañarlas hasta el Estrecho de Gibraltar; y van por la costa de Berbería y van muy bien armadas las galeazas y la nao, más las galeras mal.»

«Yo he escrito al Virrey para que escribiese a D. Bernardino de Mendoza para si los hiciese alguna mala burla, porque ha 12 días que partieron de allá. En caso que Vuestra Alteza no mandare entrar por estas bandas, siendo cierta la ida de la armada como digo, sería bien reformarse esta gente y acabar de fortificar esta frontera con los dineros que a estos se les han de dar; porque esto quedaría por perpetuo, pues hay tanta necesidad de acabar de cerrar esta frontera como Vuestra Alteza es informado. Y esto atrévome a decir a Vuestra Alteza como su vasallo; Vuestra Alteza mande lo que fuere servido. El Príncipe Doria hace todavía instancia de lo de Cadaqués; Vuestra Alteza mande lo que fuere más su servicio.»

«Ayer llegaron acá los 400 soldados (1) que vinieron por Francia de

(1) Debe referirse a los soldados españoles hechos prisioneros por los franceses en la batalla de Carignano y de los cuales trata Sandoval en el tomo VII. *(Nota del autor.)*

los del Bobarato del Piamonte, de los cuales han quedado aquí hasta 100 de ellos, y los demás van a Perpiñán con D. José de Guevara a repostarlos en aquellas compañías. Juan de Vega pasó por Génova y está en Pavía con el Marqués del Gasto; y esto lo se porque me lo ha dicho el Procurador General de San Benito, Frau (*sic*) Diego de Lerma, que viene ahora de Roma.»

«Y con tanto quedo rogando a nuestro Señor la muy alta y muy poderosa persona de Vuestra Real Alteza guarde y estado acrescente con muchos más reinos y señoríos, como los criados y vasallos de Vuestra Alteza deseamos y hemos menester. De Rosas a 16 de junio de 1544. De Vuestra Alteza muy cierto y menor vasallo y criado que sus reales manos beso. Luis Pizaño.»

A esta carta contestó D. Felipe con otra de 23 de junio (S. E. l.º 291), en la cual se leen los párrafos siguientes:

«Vuestra carta de 16 de junio recibimos y con ella la que os escribió el Príncipe Andrea Doria y holgamos de verla por algunas particularidades que contenía. Las nuevas han sido tan buenas que habemos dado muchas gracias a nuestro Señor por ellas. ¡Plegue a El que las que más vinieren sean tales!»

«Tenemos os en servicio lo que decís que os parece que podría intentar en Francia con la gente que está en esas fronteras. Al Visorrey escribimos sobre ello para que nos envíe su parecer de lo que se deberá y podrá efectuar, y con él se tomará la resolución que más convenga.»

«En la obra de la Trinidad haréis dar prisa; que ahora escribimos al Visorrey que os envíe dineros de los que se han habido de los empréstitos. *Lo que se habrá de hacer en la obra de la torre de Cadaqués* sobre que el Príncipe Doria os escribe se mirará lo que se podrá hacer y se os escribirá la resolución.»

No contento Pizaño con los servicios que ya había prestado, como si nada fuese lo que, de *motu proprio*, se echaba encima, pareciéndole poco lo que aquí en España podría esperarse en materia de guerrería, escribió al Emperador, del cual sabía encontrábase luchando por las fronteras francesas, que le llevase a su lado para combatir «este poco de vida que me queda». ¡Frase hermosa, ansia sublime, compendio glorioso de una raza y una época, y prototipo honroso que poner a todo el que a la lucha por las armas se dedique (1).

(1) S. E. l.º 294. Carta de 14 de junio. En carta a D. Felipe, de 17 de julio (Simancas E. l.º 294), le repite el mismo concepto diciéndole que si no se ha de trabajar, que lo lleven a otra parte. Le comunica también las noticias que tiene de Italia y de Barbarroja.

Agradeció mucho D. Felipe, a Pizaño, la propuesta que de hacer la entrada le hizo y remitió, como hemos dicho, el asunto al Visorrey, al cual había ya hecho Pizaño partícipe de sus ideas. Las fuerzas que en la frontera existían por esta época y su colocación las conocemos por carta del mismo Pizaño al Emperador, que por nota hemos publicado anteriormente, y eran las siguientes, tales como cobraron las pagas del mes de marzo: Siete banderas de alemanes al mando de su coronel, formando un total de 2.800 hombres; de ellas tres con el coronel estaban en Perpiñán y las otras cuatro en Conflent. Nueve compañías de españoles, mandadas por el Maestre de Campo Varaez, repartidas del siguiente modo: tres compañías en Perpiñán; que eran la del Maestre, capitán Robledo y capitán Becerra; en Colibre la del capitán Arce; en Elna la de D. Luis Icart, en Brincar la del capitán Bolivar. La del capitán Perot Lupián guardaba los pasos de la frontera para avisar de la entrada de los franceses. Por último, las de los capitanes Mondragón y Altarriba residian a una legua de Rosas, prestas a su defensa, pero no residiendo en ella por falta cómoda de alojamiento en esta villa.

Había, además, 200 hombres de armas, distribuídos en seis capitanías, residiendo, como es natural, cerca de la frontera francesa. Así estaban cuatro en Perpiñán, una en Elna y otra en Tués.

La entrada en Francia, propuesta por Pizaño, pareció bien no sólo al Virrey, sino al Maestre Guevara, Gobernador del Condado de Rosellón, al Coronel de los alemanes y a cuantos algo representaban en la frontera; y así el Virrey pensó salir de Barcelona para esta, aun cuando la escasez de recursos aumentaba, sobre todo desde que un empréstito que se había solicitado en Cataluña había dado poco resultado, por cuya razón las obras de Rosas continuaban con gran lentitud, siendo también dicha escasez causa de que desde luego no se empezase la *camisa* en los terraplenes de la plaza, que nadie como el mismo Príncipe deseaba, según dice en una de sus cartas (1) al Vizconde de Rocaberti, que también tomó a su cargo el recomendar esta obra con la misma solicitud que el castillo de Monjuich.

Propúsose el Virrey, con objeto de que la entrada en Francia fuese fructífera, esperar la incorporación de 1.000 infantes que en el reino de Aragón se habían de levantar con los auxilios en metálico que, con anticipación, se habían pedido a Zaragoza.

Pero los aragoneses, visto que los de Barcelona no habían dado dinero

(1) De 30 de junio. (S. E. 1.º 291.) En el mismo legajo hay cartas del Príncipe al Virrey Aguilar en que constan asimismo las afirmaciones hechas en el párrafo del texto.

para la empresa, echaronse también para atrás, con lo cual el Virrey, que se había arrimado a la frontera, pasando por Rosas (1), para ver las obras y recoger a Pizaño, no pudo reunir las fuerzas y dejóse pasar todo el mes de agosto sin hacer nada por la frontera, ni por tierra, ni por mar, a pesar de la orden del Príncipe D. Felipe, que, sabedor de la llegada a las costas de Cataluña de la armada española de 17 galeras, que mandaba D. Bernardino de Mendoza, dispuso que coadyuvase al mejor éxito de la empresa. Sin embargo, la armada se acercó para el Norte, pues en 26 de julio la encontramos en Cadaqués, desde donde D. Bernardino escribió al Príncipe que: «Luis Pizaño ha venido aquí a comunicar conmigo dos torres que quiere hacer para guardar este puerto y el puerto Lligat. Será cosa muy provechosa y que Vuestra Alteza debe mandar hacer, porque los navíos de enemigos no tendrían donde repararse en toda la costa de Cataluña y con sólo esto quedaría segura sin ninguna otra guardia.»

De vuelta Pizaño de Cadaqués a Rosas, realizó la interesante ceremonía de tomar pleito homenaje, con solemne juramento, a Francisco de Escobar, natural de la villa de Tarazona, en cuyas manos se puso la tenencia del castillo de la Trinidad, que debía guardar en lo sucesivo para su Majestad. Diéronse al Escobar 50.000 maravedises de salario, pasándole además dos plazas, una de capellán y otra de mozo para el servicio de su persona.

Llegado el Virrey a Rosas, recogió a Pizaño, y se dirigió a Perpiñán, dispuesto a emprender la operación sin los auxilios que se esperaban de Aragón. Señaló el 5 de septiembre para entrar en Francia, en cuya fecha tenían todo preparado y dispuesto para empezar en campaña.

Pero estando para montar a caballo recibió orden urgente del Príncipe D. Felipe de entregar tres compañías de infantería a D. Bernardino de Mendoza, con la de pasarlas a Italia, con lo cual el Virrey, viéndose así debilitado, decidió suspender la entrada (2). Dió la orden de detener la incorporación de las milicias catalanas que habían de tomar

(1) En carta, del 27 de julio al Príncipe (S. E. l.° 289), dice que sale *mañana* de Barcelona para Perpiñán, para preparar la entrada y que se detendrá en Rosas y Castellón de Ampurias.

(2) Carta del Virrey a D. Felipe de 28 de septiembre (S. E. l.° 294):

En otra del Príncipe D. Felipe al Emperador (S. E. l.° 64), su fecha 17 de septiembre, le manifiesta que la entrada en Francia qué se debía hacer por el Rosellón se dejó por falta de dinero y no por falta de voluntad suya. Que como los de Aragón vieron que los de Barcelona, a pesar de lo mucho que se lo rogó Aguilar, no querían dar dinero para sostener gente, tampoco hicieron los 1.000 soldados que se les había mandado. Que ahora con los pocos elementos que hay y aunque sea sin llevar artillería, se hará la entrada aun cuando no sea más que para distraer al enemigo.

parte en aquélla, y algunos de cuyos grupos llevaban ya dos días de marcha, las cuales regresaron en seguida a sus hogares. Ordenó igualmente al Maestre de Campo Varaez, que a modo de vanguardia había entrado ya en Francia (haciendo en ella algún daño), que se replegase a Perpiñán. Por último, envió a Rosas las tres compañías que había de llevar D. Bernardino a Italia (1). Estuvieron éstas en Rosas quince días esperando la llegada de D. Bernardino, el cual entró en dicho puerto el 22 de septiembre, el mismo día que Pizaño lo hacía procedente de Perpiñán y demás puntos de la frontera, cuyas obras visitó. Asistió Pizaño al embarque de las tropas, y habiendo recibido 1.000 ducados de manos del Virrey, que se había adelantado para Barcelona (2), pagó lo que se debía de las obras del castillo a los caleros y mamposteros, dejándolos a todos contentos, y a los primeros «comenzando hacer cal con furia para que haya abundancia cuando se empiece a laborar» (3).

Pero habían ocurrido mientras tanto dos sucesos importantes, y uno de ellos de gran transcendencia para Pizaño. El primero, fué la muerte del Comendador Mayor de Alcántara D. Pedro de la Cueva, y el otro, la paz firmada en Crespy entre Francisco I y el Emperador, que cerró para siempre la enconada lucha entre los dos rivales existente.

Aun antes de ocurrir la muerte de D. Pedro, había ordenado D. Felipe a Pizaño, en 26 de agosto, que se incorporase a la Corte, orden que o le llegó tarde o no pudo obedecer o, acaso mejor, no quiso, entretenido, sin duda, con la esperanza de las operaciones que iban a realizarse en Francia. Lo probable es, sin embargo, que teniendo el correo que avanzar hasta Perpiñán, recibiese Pizaño la orden hacia el mismo día 5 de septiembre y, que aun cuando suspendida la entrada, quisiera recorrer

(1) En Simancas (Estado, Legajo 68) existen algunos documentos por los cuales se ve que al mismo tiempo que debia realizarse la entrada en Francia por los Pirirneos Orientales, se organizó otra por el lado opuesto a las órdenes de D. Sancho de Leiva, Alcaide de Fuenterrabía. Hízose la entrada el día 8 de septiembre, yendo delante 200 hombres en tres grupos, mandados por los capitanes Luxan, Urbina y el Alferez Mansilla. y detrás D. Sancho con 350 hombres para hacerles las espaldas.

El objeto de la expedición era el sorprender a los franceses que estaban en Orriñán (¿Urrugne?) con Madame de Ortubia. Los franceses tuvieron confidencia de la marcha y se prepararon para recibir a los expedicionarios. Además, Mansilla, que llevaba el camino más largo, no llegó a tiempo, así es, que, viendo imposible la sorpresa, tuvo D. Sancho que retirarse. Fueron perseguidos por los franceses hasta Behovia, en constante escaramuza y sin poder hacer los españoles uso de sus arcabuces, por haberse acabado la pólvora. Fué herido en la retirada en un hombro el capitán Urbina. No obstante esto, hicieron los españoles algunos prisioneros.

(2) El 29 se encontraba el Virrey en Mataró, desde donde escribió al Príncipe detalles de la fracasada entrada en Francia.

(3) Carta citada del Virrey que hace referencia a la camisa de Rosas.

las obras, para estar en mejores condiciones de informar al Príncipe al incorporársele en Valladolid.

Pero una vez muerto D. Pedro, ya se hacía imprescindible la vuelta de Pizaño, y así D. Felipe le envió la siguiente carta, a la cual no había otra contestación que montar a caballo, y así lo hizo Pizaño, y sin perder el tiempo, pues el mismo día 29 estaba ya en Barcelona. La carta citada que conozco por su minuta, dice así, con fecha 17 de septiembre (1):

«Capitán Luis Pizaño:

Vuestra carta de 17 de julio no se ha respondido hasta ahora habiendo visto lo que decís en lo de la obra de la Torre de la Trinidad. El Visorrey nos escribió que había proveído alguna cantidad de dineros y con aquello tenemos por cierto que se habrá continuado. Con un correo que partió de aquí a los 26 del pasado os escribió, por orden nuestra, el Duque de Alba que dejada aparte todas cosas os viniéseis luego, porque acá era muy necesaria vuestra presencia para las cosas que Su Majestad dejó ordenadas. Ahora, habiendo sucedido la muerte del Comendador Mayor de Alcántara, conviene tanto más que luego os vengáis dejando encomendado lo de la Torre de la *Trinidad* a Micer Benedito. Yo os encargo y mando que lo hagáis así, y que si no fuéseis partido al llegar ésta os partáis y vengáis lo más presto que vuestra salud y disposición diese lugar, que acá se os dará orden de lo que habéis de hacer. Y no hagáis otra cosa por razón ninguna, que así cumple al servicio de Su Majestad» (2).

A esta carta, pues, obedeció Pizaño inmediatamente y, a la verdad, parece que la Providencia le tuvo compasión permitiéndole emprender el viaje con la mayor satisfacción que a un hombre como él podría proporcionar; la de saber que al separarse de la frontera no dejaba detrás de sí nada que militarmente le obligase. Así lo dice el Virrey con fecha 29 de septiembre y desde Barcelona: «Estando para cabalgar el Capitán Luis Pizaño recibí la noticia de la paz entre el Emperador y el Rey de Francia» (3).

Provisto de cartas del Virrey, con la alegría de que no huía de la pólvora, y acaso, acaso, con la de esperar de la muerte del Capitán General de la Artillería el ascenso a tan elevado cargo, partió Pizaño de Barcelo-

(1) S. E. l.° 291.

(2) Con la misma fecha escribió el Príncipe al Virrey que ha ordenado a Pizaño que venga por la falta «que haze aca» y que si no ha salido que salga en seguida. En esta carta se habla también de la entrada en Francia.

(3) S. E. l.° 294.

na, sin duda, dicho 29 de septiembre, llegando a la Corte de D. Felipe el 9 de octubre o poco antes.

He dicho que *acaso* Pizaño soñase con ser elevado a la categoría de Jefe supremo de la Artillería y conviene que aclare este concepto. Nada he visto en mis investigaciones que pueda dar lugar a esta sospecha, pues seguramente hombre alguno habrá habido más parco en pedir para sí que este heroico militar. Su modestia era tan grande como sus méritos, y, sin duda, no se le ocurrió que se le diera lo que en justicia era suyo, entre otras razones, porque la época no lo toleraba, porque el cargo era entonces, como por desgracia ha ocurrido también después, patrimonio de los nombres y no de los hombres, y porque él comprendía bien que habíale tocado el papel de cavador de la viña técnico-militar que otros explotaban. Por ello, sin duda, habrá que borrar el *acaso* antes escrito y pensar con la mayor amargura que lo que él, que lo merecía, no pidió se le vino a la mano, o poco menos, precisamente por el exceso de pretendientes al cargo, muchos de los que, sin duda alguna, no sabían lo que tenía *un cañón por dentro.*

Afortunadamente un hombre, que debía a su trabajo su elevación, se encontraba al lado del Príncipe. Este hombre era el Secretario Cobos. Muerto D. Pedro (1), escribió inmediatamente al Emperador tan desagradable nueva, que lo era y mucho, pues éste apreciaba de veras al difunto Capitán General, diciéndole quedan vacantes todos sus puestos que son muy ambicionados, y enviándole una relación de los pretendientes. Recomienda a algunos para el oficio de Mayordomo del Emperador, que tenía D. Pedro, y añade: «En lo del oficio de la Artillería,

(1) El historiador Sandoval cita a D. Pedro como uno de los plenipotenciarios, que intervinieron en la paz de Crespy. Lo que nosotros estamos historiando demuestra el error de aquella apreciación.

No corresponde a nuestro estudio el hacer una necrología digna del difunto General de la Artillería D. Pedro de la Cueva. Los varios documentos que hemos expuesto y que con su gestión se relacionan nos lo presentan como un hombre muy honrado, de mucho temple y muy querido del Emperador como muy buen servidor suyo.

D. Pedro correspondió dignamente a esta distinción, y en su testamento dejó heredero de todos sus alcances a su Rey y Señor.

El Emperador Carlos V fué un verdadero ídolo para todos los españoles que en sus andanzas le siguieron. El Capitán e Ingeniero Juan Alonso Rubian escribía a los 89 años de edad que todos sus servicios los había hecho *por la bendita ánima del Emperador*, y Pizaño al escribirle en Rosas con fecha 14 de junio de 1544 (Simancas E. 1.° 294), le dice: «Pluguiese a Dios Vuestra Magestad me hiziese merced de servir a Vuestra Magestad esto poco de vida que me queda, pues aca no hay en que servir al presente y es todo nada en comparacion de ber la cara de Vuestra Magestad.»

yo envío nombradas las personas que me parecen para que Vuestra Majestad, entre ellas y las que allá le ocurriera, escoja el que fuese servido. Más paréceme que se podría bien dilatar esta provisión hasta la buena venida de Vuestra Majestad, pues para lo que en ella hay que hacer y se ofreciere está *Luis Pizaño*, que es la persona que Vuestra Majestad sabe, y los dos tenientes que son Carreño y Rojas que son también muy buenas personas» (1). Con la carta citada de Cobos la cual no excluye, a decir verdad, otras que el Duque de Alba, por ejemplo, pudiera escribir, se paró el golpe por el momento y se dió tiempo a que, con más calma, decidiera el Emperador.

Pero no adelantemos los sucesos y digamos que el día 9 de octubre ya había cumplimentado Luis Pizaño, en Valladolid, al Príncipe D. Felipe, y entregádole las cartas del Virrey, por las cuales y por labios del primero supo la buena voluntad en que para hacer la camisa de Rosas se encontraban la ciudad de Gerona, el Vizconde de Rocaberti (2), D. Luis y don Carlos de Cardona, Barones de Finisterre y Lagostera y Mosén Villarich.

En su consecuencia, escribió D. Felipe al Virrey, dicho día 9, acusándole recibo de la carta que había traído Pizaño, y ordenándole que en cuanto pasase la vendimia, o sea en el mes de octubre, se empezasen los trabajos, diciéndole además que ordena al Almirante de Castilla, Duque de Segorbe y Aytona y al Almirante de Nápoles que envíen también sus vasallos. Añádele que, como ya está casi decidido que Rosas pase a la Corona por cambio con el Duque de Segorbe, los ampurdaneses serán más gustosos de trabajar (3), y, por último, que remita todo el dinero

(1) Uno de los pretendientes al cargo era D. Sancho de Leiva. *(Nota del autor.)*

(2) De éste tenemos una carta escrita al Príncipe en 23 de septiembre (S. E. legajo 293) que consideramos de justicia extractar.

Manifiesta que cuando vino la gente a trabajar en Rosas, le dijo el Virrey, que la camisa se haría a costa de S. M. Que ahora le dice aquél que la camisa la harán los mismos que hicieron los terraplenes y que aunque él, el Vizconde, no quiere que S. M. gaste dinero, teme que la gente se le desvergüence y perder el crédito que con ellas tiene. Suplica que para este trabajo dé orden que lo hagan los que no fueron a la obra del terraplén y que se les pague como se hizo con los que trabajaron en el Castillo de la Trinidad.

Como se ve, por la carta, el Vizconde procedía en esta ocasión como un buen súbdito de su Rey y padre de sus vasallos. Pidiendo con verdadera justicia, pues que la construcción de la camisa, si necesaria, no era urgente, protegía a éstos lo que en él era una obligación y recordaba al Monarca la posibilidad de perderlo todo perseverando en el camino de la injusticia.

(3) Para los conocedores del estado social del siglo XVI y siguientes, no es de extrañar, como ya hemos apuntado en nota anterior, lo que esperaba D. Felipe de los ampudarneses al solo anuncio de dejar de ser Rosas tierra de señorío, para pasar a serlo de realengo.

que pueda para preparar materiales, dando por bien dado lo que a Pizaño entregó con el mismo objeto.

Finalmente, escribió también D. Felipe cartas muy laudatorias para aquellas personas citadas anteriormente y cuya buena voluntad veía respecto a las próximas obras de Rosas. En cuanto a éstas, y a pesar de los deseos del Príncipe, no se les puso mano en el resto del año y se siguió sólo preparando cal con el escaso dinero, si ello fué algo, que remitió el Virrey (1).

(1) Con fecha 16 de diciembre dice el Príncipe a Aguilar, que en lo de Rosas se verá si hay medios de poder mandar algún dinero, aunque según son las necesidades no podrá ser mucho, y que le avise cuando considere que será bien empezar la obra. (S. E. l.° 291.)

CAPÍTULO XV

(1544-1545.)

Se discute la estancia de Pizaño en Burgos, Logroño, San Sebastián, Fuenterrabía y Málaga, durante los últimos meses de 1544 y primeros de 1545. Hácese referencia a un largo Memorial de Artillería dado por Pizaño en Valladolid. Orden dada a los artilleros de Fuenterrabía en 14 de mayo de 1545. Recibe Pizaño la de marchar a Toledo a corregir un supuesto error de Covarrubias en las obras del Alcázar y a encargarse de éstas. Emprende la marcha. Nombramiento de Jefe interino de la Artillería española hecho a favor de Pizaño en 6 de junio. Visita hecha por Pizaño a las obras del Palacio de Madrid, a las del Pardo y a las del Alcázar de Toledo. Deshace el supuesto error de Covarrubias, justificando a éste. Proyecto de fortificar el Alcázar y el castillo de San Cervantes o San Servando. Las arboledas de Aranjuez despiertan, un momento, el sentimiento bucólico de Pizaño. Regresa éste a Toledo, donde establece su residencia.

En el capítulo anterior hemos dejado a Pizaño, de regreso de su trabajada vida en Rosellón y Cataluña, en la corte del Príncipe D. Felipe, a la cual, según lo dicho, debió de llegar hacia el 10 de octubre, fecha esta que reclaman, así la de su salida de Barcelona, como la de la carta del Príncipe al Virrey Aguilar, anunciándole la llegada de nuestro héroe.

Ocurre, al llegar aquí, algo análogo a lo pasado a fines del año 1542. La llegada de Pizaño a la Corte viene marcada en los archivos, por una ausencia casi completa de documentos a él referentes. Hombre de guerra, y nacido para ella, suena más su nombre cuando el cañón y rumores bélicos suenan más, y, sin embargo, es seguro que en aquella no encontró el descanso necesario, que bien ganado tenía tras una campaña tan

ruda como la pasada, en la cual, si no fueron muchos los hechos de armas, fué grande la zozobra de un ataque siempre inminente, y no contando para rechazarlo con los elementos que él consideraba más convenientes, y con los que más familiarizado estaba desde antiguo. Por otro lado, los trabajos de movimiento de tierras de Castellón y Rosas fueron considerables y en poquísimo tiempo realizados, y sin contar con que es aquel terreno bajo y hubo que trabajar de noche, condiciones favorables al desarrollo de enfermedades, estaba ya Pizaño de antiguo aquejado del mismo mal que su Rey Don Carlos, de la terrible gota, plaga y paradero seguro de los mílites de todos los tiempos; pero mucho más de los de una época como la que cogió Pizaño, en que las campañas se multiplicaron, y en que todas las marchas estratégicas era preciso hacerlas a caballo y al paso de la infantería, y en la misma forma las de reconcentración y viajes particulares, independientes de los del ejército, de los cuales hizo muchísimos nuestro héroe, que a ello le obligaban las múltiples comisiones que en su accidentada vida desempeñó.

El primer documento auténtico que a Pizaño hace referencia, en esta época, corresponde a 26 de marzo de 1545 (1) en cuya fecha escribe al Emperador, desde Valladolid, Enrique Presoas, encargado de las obras del Alcázar de Madrid, diciendo ha consultado *aquí* con Luis Pizaño, sobre ciertas diferencias, que en lo relativo a la colocación de la puerta principal del Alcázar de Toledo existían, y que Luis Pizaño le ha contestado, que en pasando la Pascua irá a Toledo, a ver cómo se ha de hacer dicha entrada. Desde esta fecha, y en lo sucesivo, es ya fácil seguir a Pizaño. Pero aunque él, en varias ocasiones, y especialmente en 24 de mayo, escribió al Emperador que quería terminar sus días a su lado, pues en España no hacía nada, conociéndole, como ya le conocemos, por su vida pasada, puede asegurarse que esta afirmación es de un valor muy relativo, pues él no concebía la vida sino entre el estruendo de la lucha, llamando descansar al desempeño ordinario de sus obligaciones; y esto hecho a conciencia, cosa que otros muchos hombres hubieran reputado como de exceso en el cumplimiento de ellas. Se hace, pues, preciso buscar aplicación a sus energías en los meses trascurridos, hasta la última fecha citada, desde la de su llegada a la Corte.

Para llenar este hueco de la vida de Pizaño, tenemos algunas referencias que, aunque no precisas, pueden servirnos de guía para el objeto que perseguimos de escudriñar aquélla en sus menores detalles. Dice el erudito artillero Oliver Copons, en su bella Monografía sobre el castillo de Burgos, que en enero de 1544 escribió D. Pedro de la Cueva al Príncipe

(1) S. E. l.º 72 antiguo.

D. Felipe, desde Helguera, haciéndole presente la necesidad de hacer algunos reparos en el citado castillo. Añade el dicho autor, que, en su consecuencia, el Príncipe comisionó, en marzo de dicho año, a Luis Pizano (*sic*) para que revistara dicho castillo y le diera su parecer sobre las obras más convenientes que en él debieran ejecutarse. Añade luego que «desempeñó Pizano su cometido con gran celo, ayudado de su mucha práctica, adquirida en los años que había sido teniente de contador y contador de la artillería, no siendo infructuosa su visita, pues se remediaron algunos defectos, tomándose las oportunas medidas para poner el castillo en disposición de recibir los considerables efectos del material que se reunía allí».

De todo lo anterior, y descartando el error del nombre, tan corriente entre los que de Pizaño han escrito, así como el de los supuestos destinos por él desempeñados, tampoco ciertos—a lo cual, sin duda, condujo la contemplación del documento de Corón de 1533 firmado por Pizaño, de que antes de ahora hemos hablado, y que, con los demás copiados por el Coronel Salas y que se hallan en el Museo de Artillería, sirvieron de guía al Sr. Oliver en esta parte de su bello trabajo—queda en pie la afirmación de la visita de Pizaño a Burgos. No es fácil, sin embargo, relacionarla con motivo de una orden directa, dada en marzo de 1544, pues en esta época estaba Pizaño por Cataluña y no era entonces Burgos cosa que preocupara lo suficiente para hacer que Pizaño dejara por ello, sólo, la frontera catalana. En todos los documentos y cartas en que D. Felipe reclamó a Pizaño durante su estancia en Cataluña, en esta etapa, se hace referencia a órdenes recibidas de Su Majestad, aclarándose en algunas, según ya hemos dicho, que se trataba especialmente de Toledo, en donde, efectivamente, le vamos a ver intervenir en el año de 1545. En alguna carta se dice, también, que venga Pizaño a dar orden *en lo de acá,* y claro está que en la vaguedad de esta frase bien podemos incluir lo de la visita a Burgos, aun cuando fuera esto poco al lado de todo lo relacionado con la artillería y fortificación de la Península, que caía de lleno sobre los hombros de Pizaño (1). Pero aun cuando la acumulación de material—que dice el Sr. Oliver Copóns—estaba aún un poco distante de 1544, pues fué motivada especialmente por el envío a España, y traída por el propio Pizaño, de la artillería cogida a los pro-

(1) Cuando D. Pedro de la Cueva murió, desesperaba ya de tener a sus órdenes directas a Pizaño. Tal se deduce de una carta que escribió al Príncipe en 7 de julio desde Talavera (Simancas, copiada por Salas) hablando de los defectos que tienen unos arcabuces, con cuya ocasión dice que ha comprendido que S. A. quiere que Pizaño se ocupe en ser Ingeniero, quedando para la artillería los Tenientes Rojas y Carreño.

testantes alemanes, como consecuencia de las campañas de 1546 y 1547, todavía no nos oponemos a una visita de Pizaño a Burgos a fines de 1544 o principios de 1545, pues que, residiendo en Valladolid, lógico era que girase una visita al castillo citado, centro entonces de los artilleros ordinarios, y que, aunque mal provisto, según hemos visto, a principios de 1543, debía llamar siempre la atención de Pizaño, que a la muerte de D. Pedro de la Cueva quedaba, por sus conocimientos, el más caracterizado de los Tenientes de Capitán.

Ni tampoco sería difícil creer fuera por esta misma época a Logroño, de cuya fortificación, me consta, se preocupaba durante su estancia en Rosas (1).

Algunos más visos de certeza tiene la visita de Pizaño, a principios del año 1545, a las plazas de la frontera occidental, o sean San Sebastián y Fuenterrabía. Para ello contamos con el siguiente párrafo, de un extracto presentado, con fecha 3 de marzo, al Príncipe, de lo que escribe D. Sancho desde Fuenterrabía y que dice así (2): «El capitán Luis Pizaño quitó muchas herrerías que estaban cabo la casa de la munición por el peligro de la pólvora, de lo cual han recibido muy notable daño los de aquella villa. El dicho D. Sancho y Luis Pizaño han tornado a hablar en ello y les ha parecido que convendría sacar la pólvora de allí y ponerla en tres o cuatro partes, porque estaría más segura estando repartida y hay lugares para ello muy convenientes en ciertas torres que hay del muro viejo, que con muy poco que en aderezalla (*sic*) se tendría bien y las herrerías servirían y los vecinos contentos.»

Leído el anterior párrafo, bien se comprende que no nos atrevamos a afirmar, como cierta, la visita de Pizaño a esta frontera, pues nada se opone a que la conferencia que en ella se refiere, entre Pizaño y D. Sancho de Leiva, tuviera lugar en Valladolid, a cuya población es natural se arrimara también D. Sancho, una vez firmada la paz de Crespy, para dar calor a sus pretensiones al cargo de Capitán General de la Artillería, que a la muerte de D. Pedro de la Cueva solicitó, según hemos dicho.

De todos modos no cabe duda de que por la presencia de Pizaño en

(1) En la carta que antes de ahora hemos citado de Pizaño al Emperador, fechada en Rosas a 21 de marzo de 1544 (S. E. l.° 294), hay el siguiente párrafo: «El duque de Alba me ha mandado la traza de la ciudad de Logroño, que quieren poner en effeto lo que V. m.d les mando. Yo querria yr alla antes que empeçazen para que siguiesen lo que V. m.d bido y mando que se hiziese en aquella tierra porque muchas veces se hierran las obras al principio. Según el sitio se podría con pocos dineros [hacer] si se açierta y si se yerra seran menester muchos.»

(2) S. E. l.° 72.

la Corte, y con más razón si a San Sebastián y Fuenterrabía visitó, diéronse en el mes de abril 3.000 ducados para proseguir las obras de las dos plazas. Repartióse por igual esta suma entre ellas, cosa de que protestó D. Sancho, por considerar más necesario el dinero en la de Fuenterrabía, una vez que en San Sebastián sólo era necesario concluir el tan asendereado muro de la Zurriola, para el cual reconocía necesaria esta suma y aún más, pero siempre resultaban más perentorias las de Fuenterrabía, pues (1) «mayor es la necesidad de aquí, porque hay necesidad de labrar en el cubo de la Reina y en el lienzo de San Nicolás hasta el cubo de Leiva que está bajo y reparado de cestones y en terraplenar los cubos, que no hay donde se ponga una pieza de artillería y en esta plataforma del castillo; y de los 1.500 ducados se le libraron allá 300 al Maestro y otros tantos que tenían hechos de obra que se le libran luego y más de otros 200 que ha hecho ahora, de manera que no quedan más que 600 ó 700 ducados que se gastarán muy presto.»

Queda, por último, que tratar de otro punto, que pudiera deducirse de un documento, copiado por el Coronel Salas en Simancas, y que, por un momento, me hizo pensar si acaso Pizaño habría visitado en alguna ocasión la plaza de Málaga. El citado documento, que es, entre paréntesis, una demostración más de lo mucho que el Cuerpo de Artillería debió a Pizaño en asuntos que a su organización se refieren, no tiene fecha ninguna, pero al dorso, y con letra análoga a la del documento, pone: «Málaga 1549. El memorial que dió Luis Pizaño sobre cosas de la Artillería». Parecióme a primera vista no dar lugar a duda el tal epígrafe a la estancia de Pizaño en Málaga, pero como en 1549, es casi seguro, hallábase el ilustre militar en Flandes, comprendí, desde luego, error en la fecha o mala interpretación la mía, al suponer a Pizaño en Málaga por esta época. Como consecuencia estudié el documento con cuidado, y pronto, y sin necesidad de mucho esfuerzo, comprendí no ser preciso suponer a Pizaño en Málaga en ninguna ocasión, pues el citado título sólo hace referencia a una copia de las prevenciones de Pizaño, dadas indudablemente en Valladolid y por la época a que nos estamos refiriendo, es decir, a fines de 1544 o principios de 1545, aun cuando algo de lo que en él se dice parece referirlo a dieciséis meses después de mayo del 43, en que se dictó por el Emperador la célebre reformación inspirada por Pizaño, y, por lo tanto, a los primeros momentos de la llegada de Pizaño a Valladolid procedente de Cataluña. Descartada, pues, esta supuesta estancia de Pizaño en Málaga, que nada de particular hubiera tenido siendo esta población, desde su conquista en 1487, un gran centro artille-

(1) Carta de D. Sancho al Príncipe. (S. E. l.° 70 antiguo.)

ro, entraremos de lleno en los párrafos siguientes, en el terreno de la certidumbre, abandonando de una vez el tan espinoso de las suposiciones, al cual, en cuestiones de Historia, no debe recurrirse sino a falta de un tema más solido de qué tratar.

En Valladolid, y a 14 de mayo, nos encontramos a Pizaño residiendo en la Corte, y acusando su presencia con un documento de la mayor transcendencia; tal es la orden dada con aquella fecha a los artilleros Petri de Iguiniz, Antonio de Ubilla y Pedro de Irmegui, para que examinen a 11 artilleros que debían admitirse para la plaza de Fuenterrabía, los cuales 11 con los tres primeros, serían el total de la fuerza de esta Arma en dicha plaza. Hácese en el documento un programa de lo que debían saber en el término de cuatro meses, transcurridos los cuales, los que no fueran hábiles debían *irse con Dios* y no perder tiempo, según graciosa expresión del autor de las instrucciones.

Entrando ahora de lleno en el asunto principal que motivó el regreso de Luis Pizaño de Cataluña y Rosellón a Castilla, diremos que no resulta bien explicada la razón de la detención de Pizaño en Valladolid sin haberse arrimado a Toledo, causa principal como hemos dicho de la prisa del año anterior en reclamarle.

Es lo cierto que el célebre Alonso de Covarrubias—que según Llaguno estaba encargado con Luis de Vega de una manera comanditaria, y desde 1537, de las obras del Alcázar de Toledo, dirigiéndolas después él solo, según órdenes del Emperador—tuvo la desgracia de que alguien con mala intención, o acaso mediando error de interpretación, diera al Emperador la noticia de que dirigía la obra en oposición manifiesta con las órdenes que de éste había recibido.

Cuando nosotros nos encontramos con estos arquitectos, parecen estar encargados Covarrubias de las obras de Toledo, Luis de Vega de las del Palacio del Pardo y un Enrique Presoas—algunas veces se lee en los documentos Persoens—de las que se hacían en el Alcázar de Madrid.

No se aclara bien, sin embargo, el grado de independencia técnica con que trabajaban estos arquitectos, pues con fecha 26 de marzo escribe Presoas desde Valladolid (1) al Emperador una carta, a la cual pertenecen los párrafos siguientes:

«El llevador de la presente es D. Francisco de Toledo, el cual dirá a Vuestra Majestad en qué términos andan las obras de Toledo, Madrid y El Pardo, como testigo de vista.»

(1) S. E. l.º 72. En esta carta, aparte de lo que en el texto se copia, dice Presoas ha venido a Valladolid en busca de dinero y pide merced pues que «hace treinta años que sirvo a V. M.», añadiendo que es viejo y gotoso.

«En el año pasado nos faltaron los pertrechos, como cal, ladrillo, teja, los cuales no se pudieron hacer ni traer por la mucha agua y humedad que ha hecho; pero si Dios quiere, en este año, haciendo buen tiempo, supliremos la falta del año pasado.»

«En las obras de Toledo se dará toda la prisa que sea posible de dar, y hasta ahora se han gastado en ellas 14.000 ducados.»

«Yo envío a Vuestra Majestad las trazas de los dichos Alcázares con el dicho D. Francisco, las cuales, Alonso de Covarrubias, Luis de Vega y yo habemos mostrado y comunicado con el dicho D. Francisco para que informe a Vuestra Majestad de todo y sobre un cierto diferente que hay a dónde se ha de hacer la entrada y puerta principal del dicho Alcázar. A mi parecer, se debe hacer la entrada a donde Vuestra Majestad lo tiene ordenado, aunque la subida será bien áspera, la cual parecerá bien en una casa fuerte. Yo he hablado aquí con Luis Pizaño, el cual me ha dicho que en pasando la Pascua irá a Toledo para ver cómo esto se ha de hacer, y tomaremos en esto su parecer y de todo Vuestra Majestad será enterado.»

Es posible que fueran—como de lo que más adelante expondremos parece también deducirse—los párrafos copiados los que hicieran creer al Emperador que Covarrubias había errado las trazas que él había dejado.

Este supuesto error de Covarrubias, indignó al Emperador, quien ordenó, a 5 de mayo desde Maestrícht, a Luis Pizaño, que llevando una traza que con la carta traía el Capitán Pedro de Solís, partiese a Toledo y comprobando el error, quitase a Covarrubias de la dirección de las obras y se encargase de ellas, asimismo.

Pizaño en cuanto recibió la carta del Emperador le contestó con la siguiente—fechada en Valladolid el 24 de mayo (1)—en que explica las razones de no haber ido aún a Toledo, y su extrañeza por lo que acerca de sus obras le escribió aquél. He aquí la carta:

«S. C. C. Majestad:

Una letra de Vuestra Majestad recibí a 16 de mayo, hecha en Maestricht a 5 del presente, por la cual Vuestra Majestad me manda si no estuviere en Toledo que vaya allá [y] conforme a la voluntad y traza de Vuestra Majestad que ha traído el Capitán Solís, lo que fuere errado se enmiende de la escala (2) y se pase donde Vuestra Majestad manda y asi-

(1) S. E. l.º 72 antiguo.

(2) Debe entenderse la escalera del Alcázar. *(Nota del autor.)*

mismo la puerta y todo lo demás se hará como Vuestra Majestad manda; e ido allá lo veré y enviaré la relación de todo como está, de que lo haya visto, como lo manda Vuestra Majestad. Y no ha sido culpa mía no haber ido a Toledo; porque seis meses ha que vine de Rosas a esta Corte que pudiera haber ido allá y enviado relación a Vuestra Majestad, como ahora Vuestra Majestad manda que se mande, y no se perdería este tiempo; que a mí más me pesa estar holgando y perdiendo el tiempo, pues Vuestra Majestad me dejó acá para que sirviese en lo que fuere menester, quería hacerlo así y que me lo mandase. Ahora que me lo ha mandado Vuestra Majestad no perderé tiempo sino partirme, y luego, a hacerlo.»

«Y aunque hago saber a Vuestra Majestad que hallo muy grande inconveniente en lo que D. Manrique de Silva me ha dicho—que ha cuatro días que vino de Toledo—y dice, diciéndole que habían avisado a Vuestra Majestad que la obra iba errada según que Vuestra Majestad escribe, que no sabe en qué la ha errado, porque no han hecho nada ni hacen, porque no labran seis maestros en toda la obra; y habiendo 14.000 ducados o más, que no sabe que es la causa y que si así va que no se acabará estos veinte años. Esto dijo al Duque de Alba delante de mí; si es así o no, no se que decir a Vuestra Majestad, pues no lo he visto.»

«Yo voy ahora, como Vuestra Majestad manda, no más de a ver, conforme a lo que Vuestra Majestad manda por su letra, si va bien o mal; más no me manda Vuestra Majestad que dé prisa que se labre. Viendo esto yo lo dije al Comendador Mayor de León y me respondió que allí había orden quien lo había de hacer; por tanto, si Vuestra Majestad otra cosa me manda que yo tenga más de conforme a lo que me manda Vuestra Majestad por su letra, yo así lo haré no mandándome otra cosa más.»

«Por lo que he visto y se ve cada día en las obras de Vuestra Majestad en Castilla, como criado de Vuestra Majestad, aviso a Vuestra Majestad que para hacer las obras y fortificaciones que es bien que se busquen personas que las tomen a su cargo, dándoles tanto por cana, y que las hagan a su costa, y dentro en tanto tiempo como se lo mandaran y queden francas de hacerlo así a contento, y que esté la dicha muralla o edificio en pie veinte años como se acostumbra, y si se cayere que sea obligado a hacerlo a su costa; y de esta manera se hacen más barato de gran parte y más presto y mejor hecho. Y esto dígolo porque lo he visto por experiencia, y lo veo ahora que lo han hecho en Pamplona, que se ha caído, en acabándola de hacer, la muralla nueva, y ahora está una gran parte de ello por tierra; que si se hubiera hecho de jornales, como digo, si se cayera tornárala a hacer el que la tomó a destajo y así habrase de tornar a hacer de la hacienda de Vuestra Majestad. Y, asimismo, en el tiempo

que he estado en la frontera de Perpignan y en Rosas lo que he dado a destajo está muy mejor hecho y más barato y seguro; que si falta en término de veinte años, si no es por caso fortuito, lo tornarán a hacer de su costa y no de la hacienda de Vuestra Majestad. Y si esto de Toledo se ha de hacer presto, y hay dineros como dicen, no faltarán maestros y se podría dar a destajo, porque de otra manera nunca se acabarán con sobrestantes. Vuestra Majestad mande lo que más su servicio fuere.»

De la misma confusión que Luis Pizaño, respecto a las obras de Toledo, participaba el Príncipe D. Felipe, pues no se explicaba que se hubiera errado en nada haciendo tiempo que no se trabajaba (1); pero obedeciendo las órdenes de su padre dictó, con fecha 27 de mayo, la siguiente Instrucción para Pizaño y Solís (2):

(1) Con fecha 24 de mayo escribió el Secretario Cobos al Emperador desde Valladolid (S. E. l.° del 69 al 92), lo siguiente:

«El capitan solis y luis piçaño parten a toledo y se hara y exequtara lo q̃ v. m.d manda aunque sy es uerdad lo que don manrrique de sylua q̃ viene agora de alla dize no deue estar el yerro de couarruuias sino en su pensamiento y palabra por q̃ diz q̃ avn no esta començado aquello en q̃ v. m.d scriue q̃ esta errado, pero luis piçaño y solis lo ueran, etc., etc.»

«Como he scrito a v. m.d la traça de seuilla no tiene couarruuias ni quedo en poder de gelues/ dizen q̃ Adrian la tiene.»

Del mismo modo el Príncipe escribió a su padre el 7 de junio lo que sigue:

«en lo de los alçazares de toledo en recibiendo la carta de v. m.d se dio orden que partiessen el capitan Luis piçaño y el capitan Solis con la misma traça y se les mando particularmente y por cedula aparte q̃ siguiendo aquella y lo q̃ v. m.d manda por lo q̃ a mi me scriue y por la instruccion q̃ truxo el capitan Solis se enmiende lo q̃ se huuiere errado en la obra de la traça q̃ v. m.d dexo por hauer seguido couarruuias su voluntad como quiera q̃ por lo q̃ dize el cardenal de toledo y don manrrique de sylua no ay hecho nada o poco de lo en q̃ paresce q̃ ha hauido error/ con la llegada de luis piçaño y solis se entendera el estado en q̃ todo se halla y asi se pondra el remedio dello como v. m.d lo manda/ lleuaron cargo de indicar a couarruvias q̃ no entendiere mas en las obras y tambien se le quitara el salario hallandose q̃ a faltado en lo q̃ v. m.d dexo mandado y ordenado.»

«tambien se scribió con ellos dando prissa en las obras de madrid y del pardo y aranjuez/»

(2) Esta Instrucción fué publicada por Camino, el cual la encontró en el Archivo de la Corona de Aragón.

Le atribuyó la fecha 27 de marzo, pero yo he encontrado el original de la minuta en Simancas, y tiene la de 27 de mayo, hacia cuya época fueron los citados Capitanes a Toledo, como se ve por los otros documentos. Acaso se encuentre la Instrucción en el Archivo de Aragón, procedente de los papeles de Pizaño, que quedaron en Perpiñán, cuando marchó a Alemania en 1546.

«El Príncipe:

Capitán Luis Pizaño, Teniente de Capitán General de la Artillería de Su Majestad, y Capitán Pedro de Solís: Porque el Emperador, mi Señor, me ha escrito, de más de lo que vos el dicho Capitán Solís trajistes en instrucción, que Covarrubias a quien estaban comendadas las obras de los Alcázares de Toledo, no ha seguido en ellas la traza que Su Majestad le había dejado; antes ha porfiado en deshacer el cuarto y tras cuarto de dicho Alcázar para poner allí la escalera y hacer un mirador sobre la puerta, y para esto rodea de mudar la entrada por un callejón muy angosto con 32 vueltas, y quiere hacer una plaza muy grande para poner gente en escuadrón donde es menester que esté detrás de las murallas, y que las hace de poca espesura, para lo que convenía; y que es su voluntad, y manda, que siendo esto así y habiéndose errado la dicha obra por seguir él la suya, que tomándose de él la información, que será menester, de lo que tiene entendido de ella no entienda más en la dicha obra, ni en otra ninguna de Su Majestad, y aun se le quite el salario que por ello lleva, y que se haga información de lo que se podrá haber labrado de obra perdida por no haberlo hecho según las trazas que le dejó; y asimismo manda que se haga lo que vos, el dicho Capitán Solís, traeis a cargo de Su Majestad por vuestra instrucción juntamente con el parecer de vos el Capitán Luis Pizaño, y que conforme a ello se remedie y se dé orden en las espesuras y alturas de las murallas y cañoneras que conviniere y se remedie lo mejor que se pudiere, haciendo la entrada y escalera como Su Majestad lo tenía ordenado y mandado.»

«Queriendo cumplir en todo, como es razón, la voluntad y mandamiento del Emperador mi Señor; os mando que tomando la traza de los dichos Alcázares vais a la dicha ciudad de Toledo y veais particularmente las dichas obras, y señaladamente lo que se ha labrado y hecho en ellas por el dicho Covarrubias, no siguiendo la orden en la dicha traza. Y siendo así que él, siguiendo su voluntad, ha dejado de hacer lo que por Su Majestad le fué mandado y ordenado que hiciese en ellas, informándoos ante todas cosas muy particularmente, de él, de todo lo que tiene entendido en ellas, para lo que se habrá de labrar adelante, le mandaréis de parte de Su Majestad y de la nuestra que no entienda más en las obras, declarándole en ello la causa porque Su Majestad lo manda. Y que no ha de gozar más del salario que tiene por ello, entendiendo particularmente que tanta será la obra que se ha perdido por no seguir la traza, y procurando de ver que forma y orden se habrá de dar para remediar y enmendar lo que está errado, y reducirlo a la dicha traza conforme a la volun-

tad de Su Majestad; haciéndolo poner luego por obra sin exceder ni apartaros en cosa ninguna de la dicha traza, y de lo que Su Majestad expresamente manda por su instrucción; y si en alguna cosa os pareciere que se debe hacer mudanza consultárnoslo habéis con vuestro parecer y las razones que os mueven a ello para que, o de acá se os responda, o se dé aviso a Su Majestad.»

«Y hecho esto quedando vos el dicho Capitán Luis Pizaño en aquella ciudad a asistir en las dichas obras hasta que se os mande otra cosa—que luego que sea venida la relación os enviaré a mandar lo que haréis—vos el dicho Capitán Solís volveréis aquí trayendo información particular de todo lo que se habrá hallado y proveído y de lo que parece que se debe hacer, para que podáis ir a llevar la relación de ello al Emperador mi Señor.»

«Y pues teneis entendido el servicio que él recibe en esto, no será menester encargaros que hagais en ello—lo que Su Majestad y yo de vosotros confiamos—con el cuidado y diligencia que soléis. Y para que en todo se haga y cumpla lo que vosotros y cualquier de vosotros, en las obras de los Alcázares de Toledo, ordenáreis: por la presente mandamos a cualquiera oficiales que entiendan en las dichas obras, que obedezcan y cumplan todo lo que por vosotros, o cualquiera de vos acerca de ellas les fuere ordenado y mandado de parte de Su Majestad y de la nuestra, y que de aquello no exceda en ninguna manera; y asimismo mandamos al Corregidor de la dicha ciudad de Toledo, y otras cualesquiera Justicias de ella, que en todo lo que a esto tocare y por vosotros, o cualesquiera de vos, fuere requerido, os den todo el favor y ayuda y asistencia necesaria. Fecha en Valladolid a 27 de mayo de 1544. Yo el Príncipe. Por mandado de Su Alteza, Gonzalo Pérez.»

En cumplimiento de las órdenes del Emperador y del Príncipe, salió Pizaño para Toledo en compañía del capitán Solís.

Pero antes de que sigamos adelante, creo procedente hacer una observación interesante sobre la citada carta de Pizaño, ya que ella marca una de las cualidades que más distinguían a este esclarecido militar. A pesar de los infinitos trabajos pasados, las muchas heridas recibidas y de tanto servicio prestado, y acaso precisamente por todo ello, no me ha sido posible hasta aquí encontrar ni un solo documento en que conste que Pizaño pidiera para sí, siendo así que son varias las ocasiones en que, para los demás, le he encontrado impetrando la gracia de sus superiores. Pues bien, en la carta, en parte copiada, de 24 de mayo, y al final, Pizaño, constreñido por la necesidad, se atreve a solicitar sus atrasos, haciéndolo en la más respetuosa forma, como indica el siguiente párrafo:

«Beso pies y manos de Vuestra Majestad por las mercedes que me

ha hecho en dejarme acá en su servicio: así suplico a Vuestra Majestad, si es su servicio, pues acá al presente no hay en que sirva a Vuestra Majestad, me mande dar licencia para ir allá si hay en que sirva a Vuestra Majestad; y así mismo para ir a suplicar a Vuestra Majestad me haga mercedes de mandarme pagar lo que se me debe de lo que serví en el Estado de Milán, y de los 1.000 escudos que Vuestra Majestad me mandó hacer merced en Bruselas, que entre todo se me debe más de 2.000 ducados; y así mismo de la renta que Vuestra Majestad me mandó hacer merced en Nápoles, ha tres años, que no puedo cobrar ninguna cosa, de manera que la necesidad me constriñe de pedirlo a Vuestra Majestad, porque con 200.000 maravedises que Vuestra Majestad me manda hacer merced por Teniente de la Artillería, no me bastan para comer andando como ando de una parte a otra sirviendo donde me mandan.»

«Y viendo esto el Comendador Mayor de Alcántara, que no me bastaba, de los 1.000 ducados que Vuestra Majestad le mandaba dar por Capitán General de la Artillería me daba 300 ducados de ellos cada año; y como falleció, yo estaba en Rosas y de que vine pensando de hallar 600 ducados de dos años, demandeles en el Real Consejo de Vuestra Majestad y me respondieron que escribiera a Vuestra Majestad, porque el dicho D. Pedro de la Cueva, Dios le perdone, había legado a Vuestra Majestad lo que se le debía. Suplico a Vuestra Majestad que de esto o de otro Vuestra Majestad me mande hacer merced para que pueda servir a Vuestra Majestad sin necesidad como ahora la tengo; porque mientras he tenido y me he podido sustentar no lo he pedido a Vuestra Majestad ni ahora lo pidiera sino sobrara la necesidad. Nuestro Señor la Imperial persona de Vuestra Majestad guarde *y haga monarquía del mundo* (1). De Valladolid, a 23 de mayo de 1545.»

No me consta, pues que ningún documento poseo relacionado con el asunto, si Pizaño pudo cobrar algunas de las cantidades que se le adeudaban, de las situadas en Nápoles, ni de los 1.000 escudos que por cédula extendida en Bruselas, concedióle el Emperador. Me inclino a creer que no, pues no se vuelve a hacer referencia a ellos en ninguna parte. En cambio de los 300 ducados anuales, que según confesión de Pizaño, le debía la testamentaría del difunto D. Pedro de la Cueva, si bien por el pronto no se le dieron—pues nada resultó en claro de las primeras informaciones, sustituyéndoles por 300 ducados al año, a partir de la muerte de D. Pedro de la Cueva concesión, aunque miserable, hecha en términos

(1) Esta expresion demuestra que si D. Carlos no soñó con la Monarquía Universal su simpático súbdito Pizaño se encontraba con alientos aún para ayudarle a conseguirlo. *(Nota del autor).*

honoríficos—al fin, por cédula de 1548, se dispuso se le pagasen dichos 300 ducados, desde el día de su asiento en la Artillería en España, pero descontándole los 600 que ya había recibido por consecuencia de la orden citada de D. Felipe (1).

He dicho concesión miserable y así debe calificarse, teniendo en cuenta lo mucho y bien que había servido y servía. Y que la necesidad de Pizaño era cierta, y no fingida, que es la que a menudo emplean los espíritus bajos para atraerse la protección de los poderosos, quedará plenamente demostrada con la ocasión solemne de su muerte.

Dejando a un lado esta digresión, a la cual me ha conducido mi espíritu, rebelado contra las sociales injusticias, y en cuyo remedio va la sociedad a paso de tortuga, y por el cual diera yo un poco de electricidad y otro poco de aviación, no obstante amar el progreso material como nadie, sigamos adelante.

Salió Pizaño de Valladolid para Toledo, visitando de paso el Palacio de Madrid y el inmediato de El Pardo, y durante su ausencia, dictóse una Real Cédula, que aunque reconocedora de los méritos de Pizaño, es a su vez otra solemne injusticia, pues que sólo por la necesidad fué dictada, y que resolvió, durante el resto de la vida de Pizaño, el problema de encontrar un Capitán General de la Artillería barato, más idóneo que ninguno en los Estados del Emperador y sin el inconveniente de disgustar, por completo, a los señores pretendientes a todo cargo. Esta Real cédula no ha sido encontrada, pero se sabe su existencia por otra dictada en 24 de octubre de 1550, después de la muerte de Pizaño. Dice así:

(1) Con fecha 27 de septiembre dice Cobos al Emperador (S. E. l.os 69 al 72), y a este propósito:

«en lo que toca a los DC ducados que dice el capitan luis piçaño que se le deuen pagar del salario de capitan del artilleria que lleuaua don p.° de la cueua deziendo que el le daua CCC ducados dellos cada año, y v. m.d manda que se auerigue y siendo assi se le paguen/ lo que se puede saber es que el duque dalua dice que el dho com.or m.or le dijo que queria dar de su salario CCC duoados al año a luis piçaño, y pareçeme que tambien a mi me solia dezir q.to dos mill ducados le auia dedar/ pero no paresçe scriptura dellos mas de que de palabra lo deuió ofrecer, ni en el testam.° quando ordeno q̃ no se cobrase su salario hizo mencion destos CCC ducados i visto esto v. m.d mandara lo que sera seruido que el sirue de manera que toda la merced que se le hiziere sera bien empleada/ en lo demas que v. m.d manda que se le libren los CCC ducados de ayuda de costa cada año, en tanto que fuere la voluntad de v. m.d en las nominas del artilleria sin darle c.ta dellos, sino ordenado a los oficiales de palabra que se les libren assi se hara. El supca agora scriue al duque dalua v. m.d crea que toda la md. que se le hiziere sera bien empleada/»

En la cédula manifiesta D. Felipe que habían resultado ciertas las manifestaciones de Pizaño.

«El Rey:

Por cuanto por dos cédulas nuestras firmadas del serenísimo Príncipe D. Felipe, nuestro muy caro y muy amado hijo, Gobernador que fué de estos Reinos, fechas en esta villa de Valladolid a seis días del mes de junio del año pasado de 545, ordenamos y proveimos que el Capitán Luis Pizaño, ya difunto, Teniente General que fué de Capitán de nuestra Artillería, hasta tanto que hubiere Capitán General de la dicha artillería u otra cosa proveyeremos, hínchase las plazas que a la sazón había vacas de oficiales y artilleros en la dicha nuestra artillería y las que adelante vacasen; y mandamos al nuestro pagador de ella, que todos los maravedises que hubiese recibido y recibiese de allí adelante, así para la paga de la gente ordinaria de la dicha artillería como para gastos extraordinarios de ella, los gastase por orden y libranzas y recaudos firmados del dicho Capitán Luis Pizaño, y por ser fallecido el dicho Capitán Luis Pizaño y no haber aún proveído el dicho cargo de Capitán General de la dicha artillería, etc., etc» (1).

Por el anterior documento queda comprobado el nombramiento de Pizaño como Jefe interino de la artillería en España, pues, en 6 de junio de 1545, se le conceden las atribuciones propias de aquel cargo, y, al mismo tiempo, resulta haberlo ejercido durante el resto de su vida, cosa honorífica sin duda, como ya lo apreciaron los hijos de Pastrana, que en 1576 hicieron el documento a que en el Capítulo I hicimos referencia, en el cual dicen aquéllos y *sin haber en su tiempo capitán*. Pero este honor es sólo relativo, y en el fondo vive la injusticia, aun cuando tratándose del siglo XVI y de las ideas en él dominantes, era bastante menor que las análogas que en el día se cometen, pues las ondas hertzianas hacen, sin duda, mayor el pecado de escándalo (2).

Aun cuando el nombramiento de Pizaño fué posterior a su salida de

(1) El resto de este documento contiene el nombramiento de los Tenientes de Capitán Garcí Carreño y Rojas, en comandita, para sustituir hasta nueva orden a Pizaño. Este documento fué ya publicado por Arantegui procedente de los encontrados por Salas.

(2) Escrito este libro hace años, al irlo revisando para su publicación me he visto precisado a suprimir párrafos que habían perdido su oportunidad y que fueron inspirados en sentimientos análogos a los en que lo fué el párrafo del texto. Pero pensando un poco más profundamente he creído conveniente conservar algunos de aquellos párrafos, pues escritos por quien nunca fué considerado por sus superiores como espíritu exaltado, servirán acaso para que la posteridad pueda juzgar con uno menos severo el movimiento militar que se concretó en las llamadas Juntas de Defensa.

Valladolid, no es dudoso creer supiera habérsele concedido en la mente de D. Felipe, al marchar de la Corte. Nada he visto, sin embargo, que demuestre en él satisfacción ni disgusto por tal nombramiento, pues que el resto de su estancia en España, dedicolo con preferencia a servir como ingeniero. En cuanto a los detalles de su visita a Madrid, El Pardo y Toledo, nadie mejor que él nos lo puede contar, y así copiaremos a continuación la carta que con fecha 13 de junio dirigió desde Toledo el mismo Pizaño al Príncipe D. Felipe (1).

«Muy alto y muy poderoso señor.

Esta será para besar los pies y manos de Vuestra Alteza y dar cuenta después que de allá partí; que fué llegar a Madrid y ver el Alcázar con Enrique Presoas, que tiene cargo de aquella obra, y ella va ya en muy buenos términos—la orla de encima de la puerta y todo aquel cuarto alto y bajo y la portada con la frontera—y se acabará presto todo. Y dí las letras de Vuestra Alteza, que traía, a Enrique Presoas y a Luis de Vega, y otro día de mañana fuímos al Pardo todos tres, y el capitán Solís, y ví aquellas dos casas que allí se hacen y van muy buenas; y la casa que está fuera del circuito de la vieja está muy bien entendida y se acabará para Navidad, que está dada a destajo, que las den con llaves en mano, y la de dentro del circuito viejo están los dos lienzos con tres torres a cantones, sacados buena parte de los cimientos en alto y de los aposentos de dentro asimismo: y no se pueden dar mucha prisa en ésto, porque no osan cargar encima hasta que seque la obra. Y la otra torre y los otros dos lienzos, la obra va muy buena conforme a la traza de Su

(1) S. E. l.º 71. En el mismo legajo hay otra carta de Pizaño al Emperador fechada en Toledo a 11 de junio en la que le cuenta lo mismo quo al Príncipe, añadiendo el párrafo siguiente:

«a aranjuez yre con el capitán Solis para dar relación de todo a v. m.t y de alli me volvere al alcaçar de toledo a donde estare como el principe nro señor me mando que este alli solicitando lo que sea de hazer sin que se pierda tiempo hasta que se me mande otra cosa y me mande v. m.t lo que se ha de hazer conforme a su real voluntad».

Cinco días más tarde vuelve Pizaño a escribir al Emperador repitiendo lo mismo, añadiendo solo de particular el siguiente párrafo de recomendación de un subordinado: «Como yo sea obligado como vasallo y criado de Vuestra Majestad de decir lo que veo, suplico a Vuestra Majestad, pues es informado de cómo le ha servido el Capitán Carreño en la artillería de Vuestra Majestad como teniente de ella, especialmente en la jornada de Perpiñan cuando estuvo cercado y ha suplicado a Vuestra Majestad en recompensa de sus servicios y los que entienden en hacerlo no lo hacen.....»

Majestad, que para casa no puede ser mejor. Anduve por el monte y hay muchos venados, y puercos, perdices, liebres y conejos.»

«Otro día me partí de Madrid y llegué a Toledo y vimos las obras del Alcázar y en cuanto a la escala no estaba errada porque no estaba hecho nada ni tenía culpa Covarrubias—y bien lo decía Vuestra Alteza—más de cuanto él y Luis de Vega y Enrique Presoas tratando de la escala que no podía venir allí, que se perdían muchos cuartos, como ahora lo dicen todos tres y se ve, claramente, que no puede venir allí porque se corta el tránsito; porque de la otra parte de la escala no puede haber pieza ninguna además de las otras que se pierden y al cuarto de medio día puede venir la escala muy bien y queda pieza de tránsito más allá de la escala. Y viéndolo todos juntos por estas causas, y otras muchas que van en el memorial para Su Majestad y Vuestra Alteza, si Su Majestad y Vuestra Alteza todavía quisieran, vistas las adiciones se hará, porque hasta ahora ni está gastado nada ni en la una banda ni en la otra ni tampoco todos tres no lo hicieran hasta que viniera la orden de Su Majestad y de Vuestra Alteza. Y para eso se concertaron todos tres para avisar de ello y si no avisó bien a Su Majestad Enrique Presoas, que tiene el cargo de escribir todo esto, y el Covarrubias y Luis de Vega le han dicho delante de mí y del capitán Solís, que él tenía la culpa por no haber escrito y avisado a Su Majestad como ellos habían concertado. Y en lo de dentro, que todo lo que está hecho está muy bien hecho y lo demás bien encaminado; y antes Su Majestad y Vuestra Alteza le debían de hacer mercedes que no mandarle echar de la obra, porque para esto de repartimentos de casas lo entiende bien, según veo, por la obra que hace éste y asina Luis de Vega.»

«Solamente hallo en todo lo de dentro, es que el aposento de la torre nueva ser un poco estrecho; y todos tres dan disculpa de ésto que Su Majestad fué contento que fuese así porque fuesen iguales las dos torres y que ellos no se han partido de la traza por este respecto; esto es cuanto a lo de dentro de la casa del Alcázar, que Vuestra Alteza verá por el memorial, pieza por pieza, para lo que y lo que está hecho y lo que ha costado hasta ahora, y asimismo mandará Vuestra Alteza lo que se ha de hacer en los aposentos.»

«De la fortificación quiero dar cuenta a Vuestra Alteza que el mudar de la puerta, que decía Covarrubias, y subida, dice lo mismo que la escala de dentro; que en presente todos tres lo consultaron, y que lo daba por parecer, más no que lo puso en obra ni en una banda ni en otra; y la misma culpa dan a Enrique de Presoas porque no escribió a Su Majestad que no estaba nada hecho, de manera que no tiene culpa de nada. Y viendo esto, hasta avisar a Su Majestad y a Vuestra Alteza, me parece

no echarle de la obra conforme a la orden de Su Majestad y de Vuestra Alteza que mandan echarle luego si estaba culpado. En cuanto a lo que decía de mudar la puerta y la subida, en esto no tiene razón, porque mejor viene por donde Su Majestad manda y así se hará.»

«Ahora quiero hablar, en lo que toca a mí, a Vuestra Alteza, que me pintaban este Alcázar que era una cosa la más áspera del mundo y más de peñas, y hay gran diferencia de verla pintada en papel y con todas las haldas de la traza como Su Majestad la manda; porque yo hallo que la mitad del Alcázar que mira a Cierzo al volver al Corral de los Pabones hasta volver a la mitad del lienzo de Mediodía—que es la mitad del Alcázar—como digo, hemos de ir a buscar donde hacer el cimiento 65 pies y desde el medio Alcázar andando desde la iglesia de Santa Leocadia a volver por el lienzo de Poniente hasta la dicha puerta del Alcázar, se hallan los cimientos encima de peña 65 pies más alto que la otra mitad del Alcázar que he dicho, de manera que lo uno sube 90 pies en la mitad del Alcázar hacia el Corral de los Pabones, y el otro medio Alcázar 25 pies, y así queda todo igual lo uno con lo otro.»

«También verá Vuestra Alteza lo que este Alcázar puede guardar, después de hecha la fortificación, y asimismo lo que no alcanza a guardar habiendo de venir el socorro por la puente de Alcántara; porque la puente que está rota costará mucho hacerse, y además de esto de que fuese hecha—por los inconvenientes que Vuestra Alteza verá en el Memorial, que son verdaderos—no se si sería segura por en cabo la coracha que diz envuelve una parte de la ciudad donde se ofende mucho aquella puente y el Alcázar no lo ve ni lo puede descubrir. Y lo mejor que me parece a mi juicio, y de menos costa y a más provecho, [es] servirnos del puente de Alcántara y fortificar, que costará pocos dineros, el castillo de San Cervantes; porque todo lo que perjudica a la puente, y el Alcázar no lo descubre, lo descubre el dicho castillo sin quedar ninguna cosa que le perjudique a la puente. Esto es de lo que a mi parece, no para decir que se haga ni lo uno ni lo otro.»

«Hago saber a Vuestra Alteza que este Alcázar, por donde ha de ir la fortificación, contiene la plataforma, computando los cuatro baluartes y cuatro lienzos, como verá Vuestra Alteza por la traza, 227 tapias de plataforma (1); y esto todo ha de ir de terrapleno. Y la mitad del castillo ha de ir en 90 pies de alto y lo otro de 25, y no me aseguraría si llevase 20 pies de grueso para una tan gran altura que lo sustentase y, por tanto,

(1) La *tapia* que solía ser la unidad cúbica usada en Castilla era también unidad superficial como se lee en Fr. Lorenzo—*Arte y uso de Arquitectura*—. La tapia Real tenía 50 pies superficiales, pues era un rectángulo de 10 × 5 pies. (*Nota del autor.*)

me parece que 16 pies de grueso rafas o rebotantes y cadenamiento que se hace en medio de 35 pies de largo cada rasa, y de a tres pies la trabadura y rebotantes, y cuatro de frente, que computado lo uno con lo otro serían los 16 pies poco más o menos, me parece que será muy segura para sufrir el terrapleno y batería y mina (1).»

«Vuestra Alteza lo mandara ver el modelo como va trazado si le pareçera bien. Aquí me entenderé, entre tanto que viene las respuestas de Su Majestad y Vuestra Alteza, en las cosas que no hay contradicción que se hagan; porque en lo fuerte de fuera no se puede entender hasta que Su Majestad y Vuestra Alteza determinan lo que mandan que se haga. Si Vuestra Alteza no me manda otra cosa el capitán Solís, como digo, lleva toda la relación a Vuestra Alteza y el modelo y Memorial y los inconvenientes que hay. Con tanto quedo rogando a nuestro Señor la Real persona de Vuestra Alteza guarde y en estado de mayores reinos acreciente, como los vasallos de Vuestra Alteza hemos menester. De Toledo a 13 de junio de 1545.»

«Los reales pies y manos de Vuestra Alteza besa vasallo y criado, Luis Pizaño» (2).

(1) *Rafa*, según la acepción 3 del *Diccionario de la Lengua*, es «Macho que se ingiere en una pared para reforzarla o reparar una grieta». Mariátegui, en su *Glosario de Arquitectura*, no trae esta palabra. De documentos de Pizaño, que se exponen en nuestro trabajo, se deduce que aquel ingeniero usaba la palabra *rafa* en sentido parecido a la acepción 3 de la Academia, pero más precisamente en el de contrafuerte, que eran indispensables en los muros de revestimiento de las escarpas y que para la altura corriente de muro situaba de diez en diez pies.

La palabra *rebotante* no aparece en el Diccionario citado. Mariátegui, en cambio, dice es «riostra, tornapunta.»

Cadenamiento no aparece en el *Diccionario* ni en el *Glosario*, pero el primero en la acepción 10 de la palabra *cadena* dice que es «machón de sillería conque se fortifica un muro de mampostería o ladrillo.»

Trabadura en el *Diccionario* no tiene acepción apropiada a nuestro objeto y no aparece en el *Glosario*. En cambio, *trabazones* dice Mariátegui que son «dientes o puntas que se dejan en algún muro para enlazar la parte hecha con la nueva construcción.» En el capítulo siguiente de este libro verá el lector empleada, por el Emperador Carlos V, la palabra *trabazón* como el conjunto de edificaciones necesarias para sostener la plataforma superior de un baluarte, es decir, bóvedas, aristones, etcétera. (*Nota del autor.*)

(2) Con fecha 18 de junio y desde Toledo (S. E. l.° 72) escribió Enrique Presoas, que por lo visto era algo lioso, lo siguiente al Emperador, con cuya carta quiere disculpar a Covarrubias, pero pretendiendo meterse con Pizaño:

«En lo de las obras de toledo luys de vega e yo abemos estado alla con los capitanes luys piçaño y el dho solis y abemos largamente platicado sobre todo y en lo que toca a las fuerças paresceme que piçaño sea mucho estendido en acresçiendo los bulabartos y que las casas que sean de derrocar costaran mas de cient myll

He incluído en el texto todo este documento, porque aparte de constituir una página de la vida de Pizaño es importante para la Historia del arte monumental español.

No hago comentarios sobre las obras de los Palacios de Madrid y del Pardo, por la pequeñísima intervención que tuvo Pizaño en ellas. Sus noticias acusan sólo dos momentos de la vida de dichos edificios, siendo lo referente al Pardo cosa viva aún, mientras que lo del Alcázar de Madrid perdió su existencia al realizarse en el siglo XVIII las obras que han hecho del Palacio de nuestros Reyes uno de los edificios más hermosos de Europa.

No sucede lo mismo en lo referente al Alcázar toledano. Tratando primeramente de la misión que llevó a Toledo Pizaño, o sea la de investigar lo que hubiera de cierto en la conducta de Covarrubias, el documento es un reflejo del espíritu justiciero de aquél y de su conocimiento de los hombres. El concepto que formó de Covarrubias en 1545 tuvo años andando completa corroboración como no ignoran los que conocen la biografía del ilustre artista. Esta opinión de Pizaño fué parte para que con el tiempo continuara al frente de las obras aunque por el momento no siguiera con su dirección (1).

ducados a vra. m.d como vra. m.d podra ber por las dhas traças y pues v. m.d a de benir en este año que biene a estos rreynos si dios quiere paresçeme que no debe determinar luys picaño de hacer tanto gasto y tan escesiva costa en las mudanza de los bulabartes asta que v. m.d lo biere con sus ojos y en este medio que diesen mucha priesa en hazer la casa y los aposentos.»

«En el hierro que vra. m.d pensaba que cobarrubias abia echo en las mudanças de la puerta principal y la escalera no estaba hecha cosa alguna ni se hara tampoco de aqui a un año / la entrada de la puerta principal queda a donde v. m.d lo abia ordenado y la mudança de la escalera que habemos hecho es por muchos rrespetos y enmiendas que abemos allado en ello como le e dicho al capitan solis que lleva relación».

(1) He aquí lo que dice el Príncipe al Emperador en 30 de junio: «ya scriuy a V. M.d como eran ydos a Toledo el capitan luys piçaño y el capitan Solis. Agora scriue luis piçaño lo q̃ V. M.d vera por la carta q̃ yra con esta como lo dira mas particularmente el capitan Solis a quien he mandado q̃ vaya con este despacho por q̃ pueda mejor informar a V. M.d de todo, en lo de las obras del alcaçar de Toledo. como vera V. M.d por la carta de Luis Piçaño no se hauia labrado nada de lo q̃ es pensaua q̃ se hauia errado y assi pareciendo q̃ no tenia culpa Couarruuias pues no fué el yerro mas de palabra no se ha exequtado contra el lo q̃ V. M.d mando y por q̃ el capitan Solis va muy bien informado de lo q̃ en todo ay y de lo q̃ paresçe a Luis Piçaño q̃ se deueria mudar en la traça no me alargo en ello más de remitirme a las cartas y a lo q̃ el dira mas particularmente.»

«En las obras de Madrid, del Pardo y de Aranjuez, se ha usado y usa de la diligencia q̃ se puede y estoy muy contento de lo q̃ Luis Piçaño scriue y Solis ha dho de lo bien q̃ va todo.»

Según ya habíamos anunciado, del documento de Pizaño se deduce que la culpa de la indignación del Emperador contra este arquitecto corresponde principalmente a Enrique de Presoas, al cual, delante de Pizaño, acusaron Covarrubias y Luis de Vega. No es costoso creerlo, porque tenemos otra prueba en lo que el mismo Presoas escribió al Emperador, después de la entrevista con Pizaño, con fecha 18 de junio, de cuya carta hemos copiado algunos párrafos en nota anterior. Léese en la carta: «Paréceme que no debe determinar Luis Pizaño de hacer tanto gasto y tan excesiva costa en la mudanza de los bulabartes (*sic*), hasta que Vuestra Majestad lo viere con sus ojos.»

Si Pizaño no hubiera tenido el cuidado de especificar en sus informes, con toda claridad, que no haría nada en fortificación hasta que se recibiera respuesta del Rey y del Príncipe, es fácil que éstos hubieran sido presa—visto el párrafo de Presoas—de análoga indignación, y aún acrecentada por la duplicación, que la que experimentó el primero ante el error, supuesto, de Covarrubias.

¿Fué el tal parrafito hijo de un espíritu tortuoso en todo momento, o simplemente resultado de una momentánea molestia contra Pizaño por algún repelón que el veterano soldado le soltara por su conducta con Covarrubias?

No puedo contestar con seguridad a esta pregunta y he de limitarme a exponer mi opinión sobre que Presoas no era un espíritu rectilíneo; y en ello podemos englobar todo cuanto de poco honorable hubiera en su conducta. Pizaño por su parte, hablando de las obras de Madrid que corrían a cargo de Presoas, manifiesta en su carta que ella *va ya en muy buenos términos* y también aplaude las obras del Pardo, en las cuales acaso le correspondiera alguna intervención, pues como se deduce de toda la carta de Pizaño, la tenía en las de Toledo en forma comanditaria.

Esta intervención es fácil se redujera a la de simple miembro de una Junta ocasional para la resolución de un problema determinado como, por ejemplo, el de la escalera del Alcázar. Los conocedores de la historia de nuestra arquitectura, saben bien lo corriente que era la celebración de estas Juntas—para las obras de nuestras catedrales se podrían citar bastantes—patrocinada por magnates, prelados o cabildos y convocadas para resolver un problema difícil de construcción, en el que se quería oir la opinión de los artistas más preclaros que trabajaban por la región. Nada de particular tiene, por consiguiente, que tratándose de obras del Rey se procediera conjuntamente, en casos difíciles, por los encargados de obras tan próximas como las de Toledo, Madrid, El Pardo.

En párrafo de la misma carta, y después de las escenas de Toledo, Pizaño defendiendo a Covarrubias, dice que éste entiende muy bien lo

de repartir habitaciones y *asina Luis de Vega*, en cuya extensión no me atrevo a asegurar hubiera censura para Presoas al no citarlo. Bien es verdad que Pizaño debió salir convencido de que el papel de acusador y sin razón, correspondía a Presoas y, por lo tanto, no había porqué defenderlo en ningún momento.

Antes de continuar comentando el escrito de Pizaño, y para su mayor inteligencia y de lo que sobre él escribió al Emperador, ofrezco al lector el plano de una parte de Toledo que es aquella sobre la que está asentado el Alcázar. Este plano, hecho a base del que el año 1861 fué confeccionado por D. Francisco Martín del Yerro, presenta la planta del Alcázar tal como salió de las manos de Covarrubias, Villalpando y Herrera en el siglo XVI, pues las modificaciones del siglo XVIII debidas al Cardenal Lorenzana, al convertirlo en *Casa de Caridad*, no tuvieron influencia principal en la parte que a nosotros nos interesa (1).

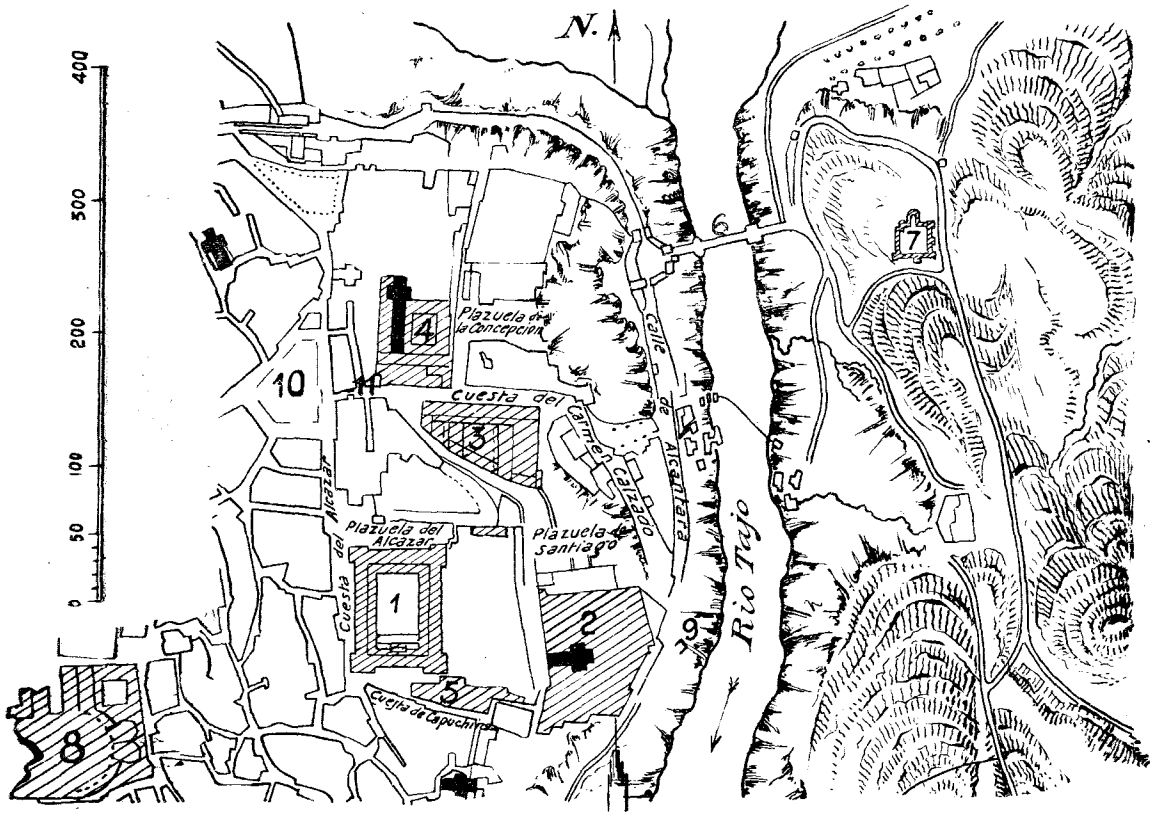
El Alcázar, como es sabido, domina la ciudad imperial y está perfectamente orientado con relación a los cuatro puntos cardinales. Del lado del Este, el terreno cae con gran declive sobre el río Tajo, estando muy cerca, en planta, éste y el Alcázar.

Los puntos más importantes sobre que versaban las discusiones de los arquitectos en 1545 eran el de por dónde se había de hacer la entrada principal del Alcázar y la escalera también principal. Tanto en un asunto como otro se lleuó a cabo lo que entonces se decidió. Predominó en el primero el criterio del Emperador y en el segundo el que a Pizaño le pareció después de sus conversaciones con los tres arquitectos ya citados. En su consecuencia, la entrada se situó al Norte y la escalera, que construyó Villalpando, al Sur, constituyendo ésta la magnífica pieza constructiva en la que Carlos V se consideraba más Rey de España que en ninguna otra parte.

Es muy de notar, en el escrito de Pizaño, la frase de «esto es cuanto a lo de dentro de la *casa* del Alcázar» dicha momentos antes de hablar de su fortificación, que corrobora nuestra afirmación, expresada en el Discurso preliminar, sobre el significado de la palabra *casa* en Castilla.

Entrando ahora en el proyecto de fortificación hecho a base de la idea del Emperador de rodear al Alcázar con un recinto rectangular con cuatro baluartes en las esquinas, diremos lo sensible que es no haber encontrado la traza de Pizaño y sus planos sobre lo que batía el Alcázar

(1) Las obras que en tiempos de Carlos V se realizaban eran restauraciones de el primitivo Alcazar que desde el tiempo del Conquistador Alfonso VI existía. Por eso en los documentos que se presentan se hace referencia a otras torres distintas de las cuatro de los cantones que en la época de Pizaño se construían, y que aún existen.



1, **Alcázar,** cuyo ángulo N.E. estaba rodeado por el Corral de los Pabones.

2, **Hospital de Santiago de los caballeros.** Edificio del siglo XII con ampliaciones posteriores.

3, **Casa de la Caridad.** Construída en el siglo XVIII por el Arzobispo Lorenzana en el solar de la vivienda antigua de San Juan de los Caballeros.

4, **Hospital de Santa Cruz.** Obra del Gran Cardenal Mendoza, construído en la primera década del siglo XVI.

5, **Iglesia Colegial de Santa Leocadia.** Existía en 1545.

6, **Puente de Alcántara.**

7, **Castillo de San Servando o San Cervantes.**

8, **Catedral** o Iglesia Mayor.

9, **Restos del Acueducto.**

10, **Plaza de Zocodover.**

11, **Arco y Capilla de la Sangre de Cristo.**

y el Castillo de San Cervantes, verdaderos tanteos de artillería y fortificación. Con cláridad expone nuestro héroe la dificultad de aplicar al terreno la traza propuesta y en su deseo de que resultara una fortaleza perfecta se extiende por todos lados, lo cual exigía en verdad derribar por el Sur y el Oeste mayor número de casas que con la traza propuesta por el Emperador.

Al tratar de buscar el plano de erección de la fortificación propiamente dicha, se encuentra con que tiene que construir muros de sostenimiento que, del lado Este, llegan a alturas de 90 pies y, con razón, dice que no está seguro con un espesor para ellos de 20 pies—resultaría $e = 0{,}225\ h$, lo que es muy poco para obras de fortificación—.

Esta afirmación, unida a la que hace al final del párrafo, de que con toda su disposición se queda seguro ya contra el empuje de tierras, artillería y mina, nos afianza en la idea —teniendo en cuenta además lo que hemos expuesto en la nota correspondiente a dicho párrafo— de que Pizaño conservaba el muro con 20 pies de espesor, muy propio para que sobre su coronamiento se situaran baluartes y cortinas, cuyo espesor propio no solía ser muy inferior a dicha cantidad, y que lo refuerza con contrafuertes que en la base tenían 35 pies y que pudiendo rematar arriba con longitud no diferente de cero, tenían una media de 17,5 pies, muy próxima a la de 16 que él indica, y cuyo exceso se iría en los otros refuerzos entre los cuales aparecen como muy propios unas bovedillas de arriostramiento de los contrafuertes a las que no les viene mal las dimensiones de 4 para el espesor y 3 de longitud media en sentido de los contrafuertes.

El deseo de fortificar al Castillo de San Cervantes obedecía, como se comprende, a conservar al Alcázar su papel de ciudadela, asegurándole la entrada desde el campo exterior aun en el caso de estar la población por el enemigo. Para esto escoge, con muy buen acuerdo, el puente de Aleántara y propone fortificar el Castillo de San Cervantes para que aquél no pueda ser combatido impunemente.

No he deducido a que puente derruído se refiere Pizaño al ponerlo en parangón con el de Alcántara para el objeto perseguido. El de San Martín realmente estaba muy lejos, y aunque se arregló en tiempos de Carlos II, no me consta estuviera arruinado en 1543. Algo análogo, en lo referente a la distancia, ocurre con el puente árabe, efectivamente ruinoso, y sobre el cual realmente tenía acción la coracha toledana, como se puede ver en un precioso trabajo de mi entrañable amigo González Simancas (1).

(1) *España militar en la Edad Media*, página 7.

Aun cuando nada de lo propuesto se realizó, constituye ello una página inédita de la historia de los tres preciosos monumentos toledanos y realza, un momento, la figura del viejo castillo de San Cervantes, objeto de las burlas de muchos de nuestros preclaros ingenios del Siglo de Oro (1), y ello demuestra, además, el ojo de Pizaño pues siglos después las tropas napoleónicas dieron gran importancia a su posesión.

Volviendo ahora a Pizaño, diremos que con el objeto de concluir la primera parte de su comisión, que era la de visitar también lo de Aranjuez, apenas se enteró bien de lo que en Toledo había ocurrido, salió para este lugar, cuyas posesiones había ya recorrido el 17 de junio, fecha en que escribió desde el Real sitio al Príncipe D. Felipe, haciéndose lenguas de lo que allí había visto. Creemos que nuestros lectores nos dispensarán que publiquemos esta carta, por las noticias que contiene y porque, lógicamente, constituye una página de la vida de Pizaño, y de las pocas en ésta que respiran tranquilidad y sosiego apacible. Y puesto que siempre le hemos encontrado envuelto en el humo de la pólvora o desangrándose en los campos de batalla, no estará demás que descansemos, con el asendereado espíritu de nuestro héroe, a la sombra de las frescas alamedas, que a orillas del Tajo se hacen en los alrededores de la antigua posesión de nuestros Reyes. He aquí la carta (2):

«Muy alto y muy poderoso señor:

Esta será para besar los pies y manos de Vuestra Alteza y darle cuenta, cómo he hecho por la otra mía, de lo que Vuestra Alteza mandó que viésemos el capitán Solís y yo. Y así como he visto todo lo otro hemos visto ahora lo de Aranjuez; y hemos visto tanto y tan bueno, que prometo a Vuestra Alteza que no se puede imaginar ni poder escribir la grandeza y las cosas que hay en Aranjuez y que tiene aquí Vuestra Alteza y Su Majestad; que hay la más hermosa arboleda y calles hechas de chopos, y bosque, con regadío, de olivos y moreras en tres partes y en dos de secano que son almendros y olivos y majuelos; y huerta muy hermosa, y bosque de la una parte y de la otra, y tantos conejos y liebres y perdices, que prometo a Vuestra Alteza que no puedo creer sino que salen del polvo de la tierra y qué se aran de él. Ciervos, gamos y jabalíes hay muchos, porque este año ha sido muy buena cosa, y hubiera más sino que la avenida del río mató mucho según nos hemos informado del Veedor que tiene aquí Vuestra Alteza y del Alcaide y guardas. Y asimismo

(1) Véase a Amador de los Ríos en *Toledo pintoresca.*
(2) S. E. l.º 70 antiguo.

dicen que [es] perjuicio para el monte y caza la labor de los millares de cotos que se han arrendado, y asimismo lo que se labra del regadío de Vuestra Alteza y Su Majestad, porque es tanta la gente que viene que desasosiega la caza. Y asimismo los arrendadores, de que los ríos vienen e idos, los légamos que quedan descubiertos los arriendan para melones; donde no puede hacerse bosque por esta causa, como se ve por esperiencia que en breve tiempo se crían álamos y taray como nos lo han demostrado por experiencia. Y por esto la caza mayor se ha pasado al Rebollo por donde no anda gente, y está la yerba, aunque no es regadío, hasta las sillas de los caballos; y esto lo hemos visto hoy. Y dicen que Su Majestad mandó que a este bosque no se arrendase a pasto y esto de esta otra banda, ahora que arrendó D. Juan (1) ¿por adelantar? la renta dicen que en término de diez años ni habrá labor, ni bosque, ni caza, por lo que se ha principiado ahora por experiencia; y de esto podrá informar a Vuestra Alteza D. Juan, pues está allá, más acá según nos hemos informado y hemos visto, conforme a la razón que dan, nos parece que así de lo uno que de lo otro ha de gozar Vuestra Alteza y Su Majestad.»

«Asimismo hemos visto la presa y está muy buena, salvo dos o tres partes que están desmayadas algunas piedras de la halda de la presa y fuera, y no se ha aderezado sino por la mucha agua que tiene; en bajándose se aderezará.»

«A la parte del acotadejo de esta presa se plantaron ciertos salces para reparo y remedio de la presa, porque el agua había roto por allí, que como no era aquel término de las dehesas de Vuestra Alteza, sino que es término de los del Colmenar, con sus ganados los ha comido y roído y no se le ha podido vedar por ser en su término. Hemos visto que lo que alegan que es abrevadero de sus ganados, que tienen otros abrevaderos de allí arriba, y que a ellos les viene más provecho que daño porque a más del daño que a la presa de Vuestra Alteza haría a ellos les llevaría una gran parte del terreno sin que lo pudiesen remediar. Por tanto, viendo que lo hacen de malicia no mirando los inconvenientes dichos, concertamos con el Veedor Carrión que les hablase y de que no quisiesen venir en ello que lo hiciesen, pues no tienen razón. Si se viniesen a quejar, Vuestra Majestad lo mande proveer como convenga a su Real servicio.»

«De todo lo demás va Memorial, el cual Vuestra Alteza mandará ver: y la acequia está muy buena y lleva mucha agua, y en ella se acabaron esta semana dos molinos que eran de G.° Chacón se aderezan *(sic)*, y la

(1) Debe referirse a D. Juan de Castilla que, según hemos dicho antes de ahora, corría con la administración de las posesiones reales (*Nota del autor.*)

traza de la casa lleva el Capitán Solís, el cual, como testigo de vista, dará relación a Vuestra Alteza. Con tanto nuestro Señor prospere y guarde a Vuestra Alteza con mayor acrecentamiento de reinos como los vasallos de Vuestra Alteza deseamos y hemos menester. De Aranjuez a 17 de junio de 1545.»

«Los reales pies y manos de Vuestra Alteza besa menor criado y vasallo. Luis Pizaño.»

Una vez escrita esta carta, retornó Pizaño a Toledo, a proseguir su comisión, que era muy principalmente atender a la fortificación del Alcázar, y para lo cual se hacía preciso esperar la decisión de Su Majestad, una vez enterado de lo que en la Imperial había sucedido, y de las ideas de Pizaño sobre aquella.

CAPITULO XVI

(1545-1546.)

Permanece Pizaño en Toledo encargado de las obras del Alcázar. Contesta el Emperador a sus proyectos. Marcha del Duque de Alba para la Corte del Emperador. Viaje de Pizaño a Valladolid con este motivo. Vuelven a surgir temores de guerra con Francia. Ordénase a Pizaño informe sobre el estado de las fortificaciones de la frontera francesa. Emite su informe. Regresa a Toledo. Proyecta obras en San Juan de los Reyes. Recibe orden de incorporarse en Madrid a la Corte del Príncipe. Lo hace en noviembre de 1545. Consejo de guerra celebrado en enero de 1546, en que se decide activar las fortificaciones del Rosellón y que Pizaño se encargue de ellas. Gran importancia que como Ingeniero había tomado Pizaño por esta época. Ejerce análoga misión a la que en tiempos posteriores tuvo el Ingeniero General. Un fuerte ataque de gota le impide marchar a Perpiñán hasta marzo. Visita a las obras de Barcelona, Rosas y Perpiñán. Pónese al frente de éstas. Reclámale el Emperador desde Alemania. Se incorpora en Ratisbona a la Corte Imperial.

Una vez terminada la visita a los palacios de Madrid, Pardo y Toledo, y provisto de la traza que de las fortificaciones del Alcázar había hecho Pizaño, regresó el Capitán Solís a Valladolid (1), llevando también las cartas que este último había escrito al Príncipe y al Emperador. En se-

(1) Con fecha último de junio escribió el Secretario Cobos al Emperador (S. E. legajos 69 al 72) que había vuelto el Capitán Solís de Toledo y traía cartas de Luis Pizaño, por las que se ve que Covarrubias no ha errado en nada, y añade: «No quiero dejar de dezir a v. m.d que Luis piçaño me scriue que esta contentisimo de lo bien que se ha labrado en el alcaçar de Madrid y en el Pardo lo qual por falta de dineros no se dejara de continuar. En lo de Aranjuez, D. Juan de Castilla scriuira a v. m.d particularmente.»

guida de informar a D. Felipe emprendió el viaje para Alemania, llegando a Colonia y haciendo entrega de los proyectos. Mostró Su Majestad gran contento de todo e hizo sobre las noticias recibidas, las apreciaciones que, con gran detalle, están contenidas en los siguientes documentos. En carta que el citado Capitán escribió al Secretario Cobos, con fecha 16 de agosto, y desde la ciudad de Colonia, dice así (1):

«Muy ilustrísimo señor:

Su Majestad vió lo que traje y oyó la relación de ello, y conforme a lo que ha dicho tiénese por servido y ha mostrado contento. Háse resolvido en lo que aquí a V. S. escribo. Acerca de la obra de Madrid y El Pardo manda que se labre todo lo que se podrá y de la nueva de la mucha caza se alegró. Recibió mucho placer de la relación de Aranjuez, y acerca de ello escribe lo que es su voluntad y servicio, y en las obras de Toledo manda lo que aquí se sigue.»

Continúa la carta exponiendo la impresión del Emperador sobre las obras de Toledo, pero no lo copiamos por poseer otro documento más oportuno para el caso.

La impresión que sobre las obras de Toledo sacó el Emperador, y sus decisiones en la materia, están consignadas más por extenso, en un documento cuyo título es «Lo que Su Majestad ha resuelto vista la traza y modelo que el Capitán Solís le trajo de la fortaleza del Alcázar de Toledo es lo siguiente» (2):

«Que como quiera que para la fortificación fuese perfecta convendría alargar lo que el modelo muestra, su intención es de no arruinar gran cantidad de casas como de necesidad convendría alargándose los terraplenes y baluartes a la parte de la ciudad.»

«Item que la subida al Alcázar sea desde la Capilla de la Sangre de Cristo, y que se haga con su escarpa del uno y del otro lado, la cual no sea agria y que se haga descubierta.»

«Item que la puente levadiza y foso está bien como lo escribió Luis Pizaño, y que se hagan la casamata o casamatas para que le defiendan, y que el foso tenga su contrafoso y el ancho de veinte pies y que haga las

(1) S. E. l.° 69 antiguo. Esta carta no está fechada, pero en el dorso pone: «Del Capitán Solís, 16 de agosto de 1545».

(2) Este documento (S. E. l.° 69) no tiene fecha, pero en el dorso pone «Copia del Memorial que su Maj.t envió de las obras de los Alcázares de Toledo, en respuesta de lo que llevó el Capitán Solís julio 1545.»

dos sarracinas (1), y que la subida al terrapleno sea a mano izquierda como en el modelo vino designado, la cual se haga lo más llana y espaciosa que cupiere y ser pueda, que la artillería pueda meterse por allí o una carreta por la puerta falsa. Y parécele que no sólo se alarguen los baluartes y lienzos que miran a Levante, que son los que dan sobre el Corral de Pavones, los 120 pies que vinieron señalados en el modelo para (2) que se tiren más afuera sobre el Corral de Pavones los 30 pies que ha parecido a Luis Pizaño, y todo lo que más conviniere. Y cuanto a lo ancho hacia el alhóndiga y hacia la cortina que está cerca de Santa Leocadia, se haga conforme a la traza que se envía, porque si después se determinan de tomar más anchura sea poca la costa que se hará en acrecentarlo. Y manda Su Majestad que en cada baluarte se haga un magacén con la trabazón que conviniere para que sufra el terrapleno y artillería que sobre ellos ha de estar, los cuales dichos magacenes han de servir para artillería y pertrechos de ella.»

«Item que del un baluarte al otro en todo lo que toma el largo de la caballeriza y zaguanes de las dos escaleras sea plaza (3), y la cual quede baja y venga al piso de la puerta falsa del zaguán de la caballeriza, haciéndole un tránsito del un baluarte al otro para artillería y lo demás que hubiere de pasar por allí, y que todo el otro terrapleno que ha de servir el Palacio sea de nivel y piso de la entrada de él. Y a causa de esta plaza se podrán hacer ventanas muy buenas a las caballerizas y guardarropa y guarda joyas, y a los dos zaguanes de las escaleras que suben a las bóvedas.»

«Item parece a Su Majestad que desde el baluarte que cae sobre San Antonio hasta el *¿ocemira?* que cae sobre la puerta de Santa Leocadia, y el que cae sobre Zocodover (4), vayan los terraplenos y baluartes de aquella anchura y forma que están trazadas en la traza que llevó Solís, y que no se alarguen fuera por respeto de no arruinar tantas casas; y por esto

(1) Palabra más propia, como sustantivo, que la de *sarracinesca* que trae Almirante en su *Diccionario*, y sinónima de *peine*. Defensa accesoria para cerrar, independientemente de las puertas, las comunicaciones de las obras. Caía a manera de compuerta y podía ser llena, formada con barrotes unidos entre sí, o con barrotes sueltos. La primera forma era meramente pasiva; la segunda podía inutilizarse interponiendo antes de caer un objeto—un carro por ejemplo—entre el suelo y el peine. (*Nota del autor.*)

(2) *Sic*, pero forma mejor sentido sustituyendo el *para* por *sino (Nota del autor)*.

(3) Es decir, no haya obstáculo. *(Nota del autor)*

(4) San Antonio está en la misma dirección de la Catedral, y por tanto, parece que hace en este párrafo el Emperador referencia a los tres baluartes del N.O., S. E. y S.O y a los lienzos de Oeste y Sur; construcciones todas que obligaban a tirar bastantes casas. *(Nota del autor).*

manda que el lienzo que mira a Mediodía, que es el que tiene frontero a San Juan, y el que mira a Poniente que es el que tiene frontero a la Iglesia Mayor vayan conforme a su traza, y que si algo se alargare sea no perjudicando a las casas.»

«Item también ha Su Majestad trazado y quitado un poco del cuerpo al baluarte que ha de estar sobre San Antonio como se verá por la traza que se envía; y quiere que se labre al presente, sin perder ningún tiempo, en todo lo que se podrá labrar en el Palacio, pues se ha resolvido en que la escalera se haga en el cuarto frontero de la puerta del patio, que es en el de Mediodía, porque se ve claramente el daño de los aposentos y la desmembración de ellos.»

«Item y habiendo el dicho Capitán Solís informado a Su Majestad lo que señorea y aprovecharía si se pudiese fabricar, en el Cuarto de las Damas o en la Torre del Atambor o en la otra que se ha de hacer a la esquina del Palacio que viene sobre la puerta de Santa Leocadia, alguna cosa fuerte, la cual pudiese sustentar alguna artillería, le parece que pudiéndose hacer se haga, porque servirían de caballero para algunos padrastos que dice que hay allí cerca.»

«Item que en lo demás de la fábrica de Palacio no hay que enmendar y que se dé prisa en la obra. Y quiere que la capilla que se pierde, a causa de hacerse en el lugar de ella la escalera, que Luis Pizaño y Covarrubias ordenen que se haga en la sala grande en parte que no se aleje del aposento de Su Majestad; porque dice que es tan grande que allí podrá caber y no la quiere de mucho cuerpo, sino hermosa y devota.»

«Item que lo que al presente se labrare en la fortificación sea en lo frontero de la puerta y en lo del Corral de Pavones, que es lo que mira a Cierzo y a Levante, porque en este medio se espera en Dios que irá Su Majestad a verlo y mandará lo que más hubiere de hacer; y para entonces quiere que quede la fortificación de San Cervantes.»

«Item que teniendo la sala grande alta subida por los caracoles o escaleras de las torres se quiten los tres cubos (1), pareciéndole a Luis Picaño, porque dejen desembarazado el lienzo y vista de la dicha sala.»

«Item que las puertas de los dichos magacenes que se han de hacer al llano del piso y suelo de la dicha plaza han de tener un poco de subida a causa de las aguas y lluvias.»

Como en el citado documento se especifican bien las partes del Alcázar donde Su Majestad ordenaba trabajar con ahinco, se aclaran además algunos puntos expuestos en el capítulo anterior, y como, por otra par-

(1) Estos cubos, así como las torres del Atambor y de las Damas, citadas anteriormente, eran del castillo primitivo. *(Nota del autor.)*

te, con la espera de la próxima llegada del Emperador a España sufrió un aplazamiento definitivo la obra, no creemos de necesidad insistir sobre ello. Basta que manifestemos, que por el momento, y en algún tiempo después, Covarrubias dejó de entender en dichas obras, por lo menos como director, quedando éstas a cargo de Pizaño, hasta su salida de España, y, aun así, no se le despojó de la dirección, como probaremos en seguida, ocurriendo lo propio con todas las demás que de fortificación se hacían entonces en España.

Mientras que Pizaño continuaba en Toledo, íbanse enredando las cosas por Alemania, pues, sin duda, el Emperador, que hasta entonces, y entretenido en sus empresas contra Francia, había disimulado con los protestantes, iba ya concibiendo el propósito de llegar por las armas al arreglo de las conciencias, tan perturbadas desde hacía bastantes años por la ingerencia de Lutero y por descuidos—de que no puede eximirse—de la Curia Romana. Así, pues, una vez en paz con Francisco I, aunque no muy seguro de él, reunió la Dieta en Ratisbona, y en ella consiguió muy poco de lo que se proponía, pues los protestantes alemanes, poderosos por la liga de Smakalda, en la cual habían entrado Príncipes tan potentes como el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, no estaban dispuestos a aceptar en materia de religión nada que no saliera de un concilio nacional alemán, y rehuían el congregarse en Trento por parecerles demasiado cercano de Roma, cuyas influencias temían tanto como odiaban cuanto de este lado pudiera venir.

El resultado de la política del Emperador por Alemania se tocaba en la Península, y así una de las primeras pruebas que entre nuestros papeles encontramos de ella fué la salida del Duque de Alba de la Península, llamado por aquél para aprovecharse de sus consejos en todos los asuntos a que las cuestiones del Imperio y negociaciones con Francia e Inglaterra dieran lugar.

En cuanto supo Pizaño que el Duque marchaba para Alemania, fué de Toledo a Valladolid con objeto de despedirlo, y aun no sería dudoso creer, aunque ello no trasciende, a que, como buen sabueso, le olería a pólvora la partida del Duque y no querría ser de los últimos en marchar al cañón. Por el momento no lo consiguió y tuvo que conformarse con verlo marchar y él regresar a Toledo, a continuar las obras del Alcázar. El sentimiento que experimentó D. Felipe por la marcha del Duque y el viaje, con este motivo, de Pizaño a Valladolid están consignados en los dos párrafos siguientes de una carta del Príncipe al Emperador hecha a 3 de septiembre en Valladolid (1). Dicen así tratando de asuntos del Im-

(1) S. E. l.° 69 al 72.

perio, Inglaterra y Francia y de las prevenciones que hay que tomar para salir con bien de ellos:

«Y por todo lo que en ellas se ha de tratar ha sido muy bien lo que Vuestra Majestad ha acordado de llamar al Duque de Alba porque, con la cualidad de su persona y experiencia que tiene de los negocios, y con la grande afición y deseo al servicio de Vuestra Majestad, no podrá sino aprovechar mucho su presencia aunque acá hará mucha falta (1).»

«En lo de las obras de Toledo se hará lo que Vuestra Majestad manda. A Luis Pizaño se envió la traza (2) y la orden de ello, y él ha venido ahora aquí por la partida del Duque de Alba, y se hablará y proveerá lo que convenga, y lo mismo que lo del Alcázar de Sevilla conforme a lo que Vuestra Majestad escribe al Comendador Mayor como él dirá más largamente.»

Pero los sucesos se iban precipitando por el lado de Alemania, y receloso el Emperador de emprender nada en este país sin asegurar sus fronteras con Francia, escribió que Luis Pizaño le remitiera un Estado de las fortificaciones de la frontera, así como cuanto con su armamento se relacionara. Estas órdenes cogieron a Pizaño todavía en Valladolid, y, allí mismo, y sobre la marcha, hizo la relación que se le pedía y que es muy importante para conocer el adelantamiento que habían tenido, desde su salida del Rosellón, las obras por él proyectadas. Queda consignado lo anterior en los siguientes párrafos de una carta de Cobos al Emperador (3). Dicen así:

«A Luis Pizaño se ha dicho que escriba a Vuestra Majestad el estado en que están las obras de Perpiñán y Rosas y otras fortalezas de aquella frontera, y especialmente lo del baluarte de San Lázaro de Perpiñán para saber lo que en todo se ha de hacer; Vuestra Majestad mandará lo que fuere servido.»

«Asimismo el escribirá largo y particularmente a Vuestra Majestad todo lo que se ha platicado y se provee para las obras de Toledo, y se ha de hacer en ellas conforme a lo que Vuestra Majestad envía a mandar; y yo le proveo y hago dar prisa para que se parta allá, y él tiene tanta voluntad de servir que no perderá tiempo y pone toda diligencia y recaudo.»

En cuanto a la relación que, sobre las citadas plazas, hizo Pizaño sir-

(1) En 4 de octubre ya estaba el Duque al lado del Emperador, según se lo escribió aquél a Cobos. (Carta en los mismos legajos.)

(2) Se refiere, sin duda, a la que debió remitir el Emperador al mismo tiempo que las instrucciones que se han detallado anteriormente. (*Nota del autor.*)

(3) Fechada en Valladolid a 27 de septiembre (S. E. 1.° 69 a 72).

ve, especialmente, para asegurarnos de que todos los trabajos en ellas realizados pasaban por su mano y que estaba en correspondencia con los Maestros y Veedores de ellas encargados. Y no solamente comprende el citado documento lo relativo a las plazas del Rosellón, sino también las de la frontera occidental, pudiendo asegurarse por ello que ejerció en estos años un cargo análogo al de Ingeniero General de la organización que nosotros hemos alcanzado y al que ejerció, en el final del siglo XVI y principios del siguiente, el célebre Ingeniero napolitano Tiburcio Espanoqui.

Como consecuencia del documento de Pizaño se empezaron a activar las fortificaciones de la frontera, y, mientras, él volvíase de Valladolid a Toledo, a cumplimentar lo dispuesto por Su Majestad, referente a las obras del Alcázar. Algo de lo que entonces se labró está consignado en una carta del Emperador al Marqués de Montemayor, escrita en Venelo a 16 de febrero del año siguiente de 1546 (1), carta que, como se ve, es contestación a otra anterior escrita por este magnate. Copiamos esta carta aquí, no sólo por lo anteriormente dicho, sino por comprobar que fué Pizaño el encargado de las obras por esta época. Hela aquí:

«El Rey:

«Marqués pariente: vi vuestras letras de 25 de septiembre, 19 del pasado y el Memorial que con ella venía, de lo que se ha hecho y labrado en las obras del Alcázar después que partió de ahí el capitán Solís; y Luis Pizaño nos ha escrito ahora largo lo que en todo hay, aunque no lo habemos podido ver por ir de camino. Cuanto a lo que decís que la torre nueva del cuarto real se ha acabado de cerrar el paso de piedra blanca con sus cuatro puertas, y que no se deberían derribar los cubos que enviamos a mandar que se derrocasen, porque hacen gran estribo al dicho cuarto, según la altura que tiene y ser el fundamento muy hondo, porque podría resultar algún daño, especialmente que siendo macizos se pueden vaciar y hacer en ellos dos piezas para Oratorio o para lo que más apropósito viniere. Y porque, como sabéis, yo tengo remitido todo esto de las obras a Pizaño que tiene entendida nuestra voluntad, según las trazas y lo que habemos escrito, si estuviese ahí comunicárselo así, y si no avisad de lo que acerca de esto pareciere para que se haga lo que más convenga; que aunque queríamos que residiese ahí así para la prisa y continuación de la obra como para lo demás, no se podrá todas veces hacer por lo que se ofrece en otras partes.»

(1) S. E. l.° 74.

«He visto lo que escribís en lo que toca al brocal que parece que se debería hacer en medio del patio para servir a los dos algibes. Y porque esto sería cosa que embarazaría para cuando se hubiese de hacer alguna fiesta y causa de que no estuviese limpio, creemos que sería más apropósito que se hiciese la mina que escribís que vaya a parar debajo de la escalera o que el brocal fuese en uno de los cantones y no enmedio. Allí se podrá mirar y elegir de estas dos cosas lo que pareciere más convenir. De Venelo a 21 de febrero de 1546. Yo el Rey. Por mandado de Su Majestad. Francisco de Eraso.»

No solamente entendió Pizaño por esta época en las obras del Alcázar, sino que proyectó obras en San Juan de los Reyes como consta en el siguiente párrafo de una carta del Emperador a Cobos que, aunque no tiene fecha, debe de ser de principios del año de 1546, pues en otro de los párrafos de la misma carta manifiesta el Emperador que dejó de contestar a lo que Pizaño le escribe sobre las obras del Alcázar, al salir para Ratisbona a donde se dirigía por esta época para celebrar la célebre Dieta de donde se engendró la guerra que en este año y el siguiente de 1547, hizo el Emperador a los protestantes alemanes. El párrafo de que hemos hablado dice así (1):

«En lo que toca al Monasterio de San Juan de los Reyes, de Toledo, habemos visto la relación que nos envió de lo que Luis Pizaño dice que será menester para remediar lo de la capilla mayor y claustro y otras cosas menudas, y para el escarpe que le parece que se debe hacer en la pared del Monasterio que mira a Poniente que lo uno y lo otro montara casi 3.800 ducados. Y para lo que toca a la capilla y claustro, que es lo que menos costaría, tenemos por bien que se libren los doscientos y tantos mil maravedís que para ello serán menester de rentas de esos reinos o en otra parte donde se puedan haber, y para lo demás, aunque nos parece que el Monasterio debería gastar lo que pudieran de la limosna y otras cosas que tienen en repararlo y conservarlo y no dejarlo para que nos lo mandemos hacer, todavía miraréis allá de donde se podría proveer alguna moderada cantidad para esto y hágase despachándose para ello las cédulas necesarias firmadas del Príncipe.»

Como la necesidad de fortificar la frontera del Rosellón acrecentábase a medida que la intención del Emperador de dar la batalla a los protestantes iba tomando cuerpo, nuevamente ordenó éste que Pizaño pasase al Rosellón para dirigir las obras, cuya necesidad había reconocido en el documento que, según anteriormente hemos dicho, redactó en el mes de septiembre.

(1) S. E. 1.º 642.

Pero antes de que le acompañemos en su nuevo viaje, y puesto que ya no hemos de volver a verle en Toledo, bueno será que consignemos que acaso durante su estancia en esta ciudad, no muy lejana a su pueblo natal, Pastraña, tendría ocasión de verlo de nuevo después de tantos años de vida accidentada y que seguramente le sería dado experimentar ese placer interno con que contemplamos los mismos lugares y sitios en donde de niños jugamos. Y este placer, seguramente, sería mayor en este ilustre veterano que ahora, cargado de años y con todos los honores del vencedor, podía presentarse tranquilo y satisfecho ante los mismos hombres y sitios que tantos años hacía le habían visto salir con la pica al hombro en busca de aventuras guerreras, a que su natural le llevaba. ¡Pero bien caro había pagado los honores adquiridos!

A esta visita también podía animarle la circunstancia de ver igualmente el inmediato lugar de Zorita de los Canes, capital de la Provincia de este nombre en la Orden de Calatrava y de cuyo Castillo, y desde 1545, poseía la Tenencia según antes de ahora hemos indicado (1).

Pero, es lo cierto, que poco tiempo pudo disfrutar, si a ello llegó, la agradable vista que desde lo alto del Castillo se contempla.

Apenas enterado el Emperador de las necesidades que en la frontera del Rosellón se notaban, ordenó se proveyera con solicitud y se atendiera, con recursos pecuniarios, a su continuación. Recibida por D. Felipe la orden, escribió a Pizaño volviese a Valladolid, para consultar con él el orden que en todo había de darse. Esto ocurría hacia el 20 de noviembre de este año de 1545, en cuyo día se escribieron al Emperador estos párrafos, que copio de dos cartas, una del Príncipe D. Felipe y otra del Secretario Cobos. El primero dice así (2):

«En lo de las obras de las plazas de la frontera se hace todo lo que se puede y se ha enviado a llamar al capitán Luis Pizaño (3) para hacer

(1) Como un aumento a lo dicho, con este motivo, en la página 335, manifestaré que el cargo estaba vacante desde el 1542, pues este año, y después del sitio de Perpiñán, pidió la Tenencia el Capitán General del Rosellón Acuña para un hijo del Maestre de Campo Antonio Moreno, pidiendo al mismo tiempo el Hábito de Calatrava. Este se le concedió, pero no la Tenencia que, como hemos dicho, se la dió el año siguiente a Pizaño.

(2) S. E. l.° 69 al 72.

(3) Había vuelto a Toledo después de su estancia en septiembre en Valladolid. Las decisiones a que hace referencia de S. M., son sin duda contestación al documento de Pizaño que hemos copiado.

La necesidad de un Ingeniero para el Rosellón la hace presente el Virrey a don Felipe en carta de 18 de Enero (S. E. l.° 299). Dice en un párrafo: «en las obras de perpiñán me dize don josepe que por no hauer Ingeniero para lo que se ha de comenzar no se pone mano, y que los materiales se ponen en horden y juntos al pie

conforme a lo que Vuestra Majestad escribe todo lo que convenga, así en lo de Perpiñán como en lo de Rosas, y de todo se dará aviso a Vuestra Majestad.»

La carta del Secretario Cobos dice: «Y para lo de las obras de Perpiñán y Rosas y las otras de aquella frontera yo espero al capitán Luis Pizaño para comunicarlo con él lo que Vuestra Majestad manda y proveer lo que convenga».

Más adelante continua:

«Los seiscientos ducados se libraron al Capitán Luis Pizaño como Vuestad manda, y toda la merced que Vuestra Majestad hiciese es bien empleado por lo que ha servido y sirve y trabaja» (1).

En cuanto Pizaño recibió las órdenes, salió de Toledo incorporándose a Madrid, y aun cuando no parece que por el momento se pensara en utilizarlo en el Rosellón, es lo cierto que no volvió a la Imperial ciudad. Esto no obstante, mientras vivió siguió al frente de las obras. Durante su ausencia, y para que estas no se detuvieran, encargóse de ellas Persoas, que, como sabemos, estaba encargado también de las obras de Madrid, el cual, viejo y gotoso, y no dotado del temple de Pizaño, reclamó contra este recargo de trabajo y sin que a pesar de ello se le diere la dirección a Covarrubias, a quien no obstante los buenos informes de Pizaño, no parece hubiera el Emperador aún perdonado del todo el disgusto recibido aun contra la voluntad del citado preclaro artista (2). El Emperador dispuso, por su parte, al saber que Pizaño se partía para el Rosellón, que se siguiese trabajando en Toledo con arreglo a las trazas, y puesto que había dinero para ello, «así en lo fuerte como en el aposento» (3).

Que Pizaño no dejó la dirección inmediata de las obras, consta por un párrafo de una carta fechada en 26 de abril de 1550, en la cual don Pedro de Córdoba escribe al Príncipe lo siguiente (4):

«El Arzobispo platicó de hacer un hospital general en San Juan de

dela obra como conuiene para comenzarla como aya Ingeniero, vra. al., como por otras mias tengo scrito mandara en que venga alguno porque haze alli mucha falta y se pierde tiempo.»

(1) Estos seiscientos ducados son los que, según hemos dicho antes de ahora, se le concedieron a Pizaño—300 al año—mientras se aclaraba lo que hubiera en el propósito de D. Pedro de la Cueva sobre este asunto.

(2) La decisión del Emperador, contenida al dar su opinión sobre las obras del Alcázar, que hemos copiado en este capítulo, y que hace referencia a la Capilla que había de construirse, demuestra que Covarrubias fué conservado on las obras de Toledo.

(3) S. E. l.º 642.

(4) S. E. l.º 642. Por la misma carta se ve que las obras en que se trabajaba en 1550 en el Alcázar, eran las dos salas, cuadras y en el patio.

los Caballeros, que es junto al Alcázar, y el Capitán Pizaño sabrá si es perjuicio para lo que se ha de fortificar y a la obra del Alcázar.»

Por la llegada de Pizaño a Madrid, ya cruelmente atormentado de la gota, y puesto que el Emperador apremiaba en lo de asegurar las fronteras, celebróse, en los primeros días de enero de 1546, un Consejo de guerra presidido por D. Felipe, en el cual se convino en que aunque parecia, por las noticias que de Francia se tenían, que nada había de temer, no obstante era conveniente cumplir las órdenes recibidas del Emperador, y, en su consecuencia, se acordó escribir al Virrey de Cataluña, que seguía siéndolo el Marqués de Aguilar, y a los Maestres de Campo Varáez y Guevara, a fin de que reuniesen en Perpiñán materiales al pie de obra para empezarla en cuanto llegase Pizaño, cuya ida se decidió también en el mismo consejo.

Estos pormenores constan por una carta del Príncipe a su padre (1) de 27 de Enero de 1546, en la cual existe el párrafo siguiente y a continuación del acuerdo citado de reunir materiales:

«Para que en llegando Luis Pizaño se pudiere dar prisa en ella conforme a lo que Vuestra Majestad ahora manda, el cual partirá luego, porque su indisposición de la gota le tiene impedido después que volvió de Toledo, y siempre se irá proveyendo de dineros lo más que se pueda para esto de las obras» (2).

A pesar de los buenos deseos de Pizaño, el ataque de gota que le aquejaba se le exacerbó, en tales términos, que le fué imposible ponerse en camino hasta la segunda quincena de marzo, en la que seguramente lo hizo más por su buen espíritu que porque estuviera en condiciones de marchar.

Pero las órdenes del Emperador apremiaban, para lo cual, sin duda, era gran parte el temor de nuevas complicaciones con Francisco I, ocasionadas por la muerte dal Duque de Orleans, hijo segundo de éste, y que fué uno de los ejes sobre que giró el pasado tratado de Crespy (3). En el mismo sentido impulsaba al Emperador el temor de que los protestantes alemanes, a los cuales iba ya apretando, reclamasen el auxilio

(1) Fechada en Madrid (S. E. l.° 73).

(2) Con la misma fecha escribió Cobos al Emperador diciendo que Luis de Vega le escribe (a S. M.) sobre las obras del Alcázar de Sevilla, Persoas sobre el de Madrid y Luis Pizaño sobre el de Toledo.

(3) Murió en 8 de septiembre de 1545. En el capítulo XIII de la Concordia de Crespy se decía que «El Emperador, en favor y firmeza de esta paz dé su hija la Infanta Doña María, para que case con Carlos, Duque de Orleans, hijo segundo del Rey», y «que si el Emperador quisiere casar su hija con el Duque Carlos, les dé los Estados de Flandes, con más el Ducado de Borgoña y Charrelois en dote.»

de Francisco I, como más tarde lo hicieron, aunque sin resultado, y era necesario el asegurar la frontera para quedar en libertad de atacar con toda energía en Alemania.

La enfermedad de Pizaño sirvió, como ocurre siempre con los hombres útiles, para demostrar la necesidad que de él había, así es que se esperó a que estuviera en condiciones de marchar, disponiendo, mientras tanto, que Carreño y Micer Benedicto fuesen acopiando materiales, tanto para lo de Perpiñán como para lo de Rosas, en la cual aun no se había empezado la camisa proyectada por Pizaño.

La necesidad que de Pizaño había, resulta demostrada con los siguientes párrafos que mejor que nada demuestran cuanto en su favor pudiéramos decir.

A 27 de enero dice el Virrey al Príncipe:

«Cuanto a las obras se hace lo que Vuestra Alteza manda. Grande falta hace no haber quien lo entienda, a lo menos para lo que se ha de comenzar de nuevo; si Luis Pizaño tuviere salud para ello, sería gran bien para todo en que viniese» (1).

El mismo, a 15 de febrero, se expresa del siguiente modo:

«Cuanto a la obra de Perpiñán ya Vuestra Alteza habrá visto por otras mías, como por no haber acá Ingeniero para lo que de nuevo se ha de laborar, se juntaban solamente los materiales que fuesen necesarios para ello al pie de la obra para cuando viniese Luis Pizaño o Micer Benedicto; y pues dice Vuestra Alteza que será aquí tan presto Luis Pizaño, hállase en Perpiñán a punto lo que será menester y así se pondrá mano en ello como venga» (2).

Más importante que los anteriores es el siguiente párrafo escrito por D. Felipe a su padre, a 18 de febrero, y que demuestra la superioridad que en asuntos de fortificación le reconocía el Príncipe a Pizaño (3).

«El Capitán Luis Pizaño partirá luego a entender en las obras de Perpiñán conforme a lo que Vuestra Majestad ha mandado y ya son partidos para ayudar en lo mismo y servir en lo que más se ofreciere Micer Benedicto, Ingeniero, y Garcí Carreño, y escriben de allá que han hecho

(1) S. E. l.° 299. De la misma carta es el párrafo siguiente:

«en lo de rosas no ay que dezir pues vra. alteza esta auisado de la gran nesçesidad que ay y por ella no conuiene que al presente se comiençe aquella obra hasta la cosecha.»

Hace, además, referencia el Virrey a otra multitud de prevenciones, como reforzar las compañías, recomponer arcabuces, comprar trigo, como si se temiera algo por parte de Francia.

(2) S. E. l.° 299.

(3) S. E. l.° 73.

juntar materiales al pie de la obra para que comience luego como llegue Luis Pizaño, el cual no ha ido antes por causa de su indisposición por la gota.»

Por fin cedió un poco el ataque de gota que a Pizaño aquejaba, y en la última decena de marzo púsose en camino, llegando a Barcelona el 29 del mismo mes. Reconoció, en seguida, las obras que en esta plaza se hacían, que avanzaban bastante, gracias al Duque de Segorbe que había mandado a sus vasallos a trabajar en ella (1), y después de conferenciar con el Virrey sobre los asuntos de fortificación que a Perpiñán lo llevaban, partió para este lugar, el día 2 de Abril, a donde llegó sin novedad, visitando de pasada las obras del castillo de la Trinidad, de Rosas.

Llevaba Pizaño, no sólo el cargo que hoy podríamos llamar de Ingeniero de punto de obra, sino el que igualmente llamaríamos de Ingeniero Comandante de la Plaza, como se demuestra por el siguiente párrafo de carta del Virrey al Príncipe D. Felipe, que copiamos por lo honorífico que resulta para nuestro biografiado, al cual hace referencia, y por ser una demostración más de sus nobles cualidades.

«Y cuanto a lo que Vuestra Alteza manda en que no se libre cosa ninguna para las obras sin firma suya, se hará así y ha sido muy buen mandamiento, porque entendiendo él con tan buen celo en la hacienda, como entiende, se puede bien descansar con él y así se le dará todo el favor y ayuda que será necesario y es razón como se ha hecho siempre con él.»

Se deduce de todo lo dicho anteriormente lo difícil que es la asimilación perfecta de los antiguos cargos a los más tarde usados, pues hemos encontrado a Pizaño haciendo al mismo tiempo de Ingeniero General, Ingeniero Comandante de una frontera, y hasta Ingeniero de punto de obra. Bien es verdad que caso como el de Pizaño era caso muy extraordinario. No en balde el Virrey hablando de él decía que «cierto, su persona es para todo».

Una vez llegado a Perpiñán y después de alojado, para lo cual encontró serios inconvenientes, nacidos del mal espíritu de los habitantes

(1) En carta del Virrey al Príncipe, en Barcelona, a 15 de abril (S. E. 1.º 299), se lee lo siguiente:

«Luis piçaño es llegado a perpiñan y ayer recibi carta suia en que me dice como comenzaba hazer la traça por donde se hauia de fortificar, y que con el primero me avisaria de la determinación que huuiese tomado.»

«Los vasallos del duque de segorbe y de cardona entienden ya en la fortificación desta ciudad como estaba ordenado agora es menester que v. alt.ª mande avisar al almirante de castilla que sus vasallos hagan lo mismo.»

de la población para todo lo que fuera servicio del Rey (1), púsose a trabajar en los proyectos que por el momento eran más necesarios a la buena fortificación de aquella plaza.

Desde luego, se siguió trabajando en el baluarte de San Lázaro, que ya había sido principiado (2), y en seguida redactó el proyecto para construir otro baluarte, en el portal llamado de Elna, y para el lienzo de muralla que desde este baluarte había de dirigirse hasta la Iglesia de Santiago. Tropezó en seguida con serias dificultades para verificar las expropiaciones necesarias, especialmente por ser preciso para las obras el derribo del Convento de Monjas de Santa Clara.

Los trabajos realizados por Pizaño para ver de buscar acomodo conveniente a las monjitas de dicho convento, no fueron pequeños, como se deduce de los siguientes párrafos de una carta de 18 de mayo desde Perpiñán (S. E. l.° 299) en que relata al Virrey cuanto en este punto había trabajado y de otros documentos en que se comprueba que las órdenes religiosas no estaban, por los años de 1546, dispuestas a perder nada de lo que a sus derechos correspondiere. Si a esto añadimos el buen espíritu religioso de Pizaño, no nos debe quedar duda de que sudaría la gota gorda para conciliar los intereses de los religiosos con los de Su Majestad, a los que tanto culto rendía.

Los citados párrafos dicen así (3):

(1) Este mal espíritu de los habitantes de Perpiñán, lo hizo presente el Virrey en una carta de 25 de febrero (S. E. l.° 299), dirigida al Príncipe, en la cual le dice que los de Perpiñán no quieren tener alojados los soldados en sus casas *como ahora conviene por las sospechas que hay*, sino que pretenden que se suban todos a la Ciudadela, en la cual no hay más que casas yermas, y que él les ha dicho que en cuanto pase el peligro les hará justicia, pero que ellos *son muy mediana gente* y basta que se les ponga delante el servicio de S. M. para que piensen lo contrario.

Más tarde, y en otra carta del mismo Virrey, escrita a 6 de abril (S. E. l.° 299), añade, que no se haga caso de las reclamaciones de los Síndicos de Perpiñán, pues no quieren tener alojada la gente y, últimamente, al darles D. Jose la orden de aposentar a Pizaño, Carreño y Baraez, dijeron que si querían posada que la pagasen; que es gente la de Perpiñán muy mala y muy contra el servicio de S. M., y no se les debe hacer favor en nada y debe hacérseles comprender que deben tener alojados a todos, pues es bien común y que no es mucho en sitio donde tanto dinero se gasta.

(2) En carta desde Barcelona del Virrey al Príncipe de 19 de mayo (S. E. l.° 299), existe el siguiente párrafo:

«don josepe de gueuara vino ayer y me dize que las obras de perpinan van como deben y con la prisa que se requiere, y que ya las puntas del baluarte de san lazaro las deja altas de tierra dos varas.»

(3) S. E. l.° 299.

«Muy ilustrísimo señor:

Esta es para responder a las letras de V. S. I., la una de 5 de mayo recibida a 11 del dicho, y la otra de 9 de mayo recibida el dicho día 11 de mayo.»

«Primeramente, acerca de lo que V. S. me manda, por su letra, que se viese donde podría acomodarse lo de las monjas de Santa Clara, hasta aquí he entendido, después que se partió el Sr. D. José para V. S., en hacer la tasa de Santa Clara de los preparatorios y pertrechos de piedra y madera que hay allí, que derribándola como se ha de derribar, se halla que nos podríamos aprovechar de piedra y madera de lo que V. S. podrá ver por este Memorial, que aquí va.»

«Y asimismo he procurado de ver a San Martín y paréceme casa cómoda para estas monjas tomando la casa de Hostafa, al cual yo hablé, y, en conclusión, me respondió que la casa no era suya sino de su madre, que está ahí en Barcelona, a la cual Vuestra Señoría mandará hablar que es su voluntad si quiere vender su casa. Y yo diciéndole a su hijo que se resolviese en caso que fuese menester que por cuanto daría la casa, y él me respondió que de que la hubiese de dar no la daría menos de 2.000 ducados; y yo le dije que si se contentaba con que se apreciase por maestros y díjome que sí. Otra casa que se toma allí, a par de esta, que es de uno que se llama Antique Andreo, que es la casa donde está el Gobernador—que está todo incorporado, San Martín y la casa de Hostafa, y esta que todo ha de servir para el Monasterio de allí se pasen las monjas (*sic*)—y respondió el dicho Antique Andreo que no daría menos su casa de 1.000 ducados; yo las hice apreciar poniendo hombres Pablo y Juan Martínez de Salazar que intervino a ello.»

«Y asimismo miramos donde pasar los frailes de San Martín. No se halla otro más cómodo lugar que San Guillén, una capilla, la cual está en la plaza del Blate, que es lugar muy cómodo; y esta capilla no tiene casa, sino es un pedazo de un corral que se ha caído la casa. Fué menester tomar cuatro casas, que están junto a la Iglesia, pequeñas, y apreciáronse por maestros, digo cabe Iglesia de San Guillén, donde se hará casa para los frailes, porque de otra manera no se les podría tomar a San Martín. La dicha Iglesia, es de hasta obra de doce vecinos que están allí junto a ella, que es de ellos propios porque la hizo un bisabuelo de Mosén Pajes. Y demandando que con quien se había de tratar dijo un sobrino de un Abad de Valbona, de cabo Colibre, que ahora está arruinado, que el año 18 hasta 22 la sirvió este Abad, el cual fué muerto cabo Colibre y este su sobrino dijo y dice que demostrará, de que fuese menester, como el

Abad su tío, que es muerto, ni el que ahora es, que es Mosén Tuete, Abad de Valbona como lo era el otro, y Mosén Pedro que es Procurador general suyo—porque al presente el dicho Abad, que sirve la dicha Iglesia de San Guillén, está en Roma—que esta Iglesia no tiene propio ninguno ni renta, sino la pitanza que dan de misas que dicen. Y aunque el Abad pasado quiso apropiarla a sí y a la Abadía de Valbona, con título de la Abadía de Valbona, y entonces hubo pleitos y dice que mostrará la escritura, cuando sea menester, Mosén Jaime Villarrasa, clérigo, de cómo se concluyó que la dicha Iglesia no es del Abad sino de los sobredichos vecinos; y esto se ha tanteado.»

«Y asimismo se vido el Monasterio de la ¿Erbi?, que la vido el señor D. José, el cual informará a Vuestra Señoría que ni es para las que están dentro ni para otras, porque pensaba de pasar allí las de San Salvador, y las de Santa Clara a San Salvador, y no es cosa para las unas ni para las otras, porque la casa se quiere caer y lo que tiene es poco, y si hubiesen de comprar casas allí costaría mas que hacer el Monasterio de nuevo.»

«Y como digo a V. S. después de haber demandado Cortafa (*sic*) los 2.000 ducados, por este Memorial vea V. S. en cuanto tasaron su casa, y asimismo la de Antique Andrea; todavía creo que si pasan por la tasa así éstos como los de San Guillén, que será muy mejor tomar a San Martín y pagarles sus casas, porque aunque digo en el Memorial que costaría 1.000 ducados aderezar las casas de San Martín, podríanse conferir las monjas por algunos días y asimismo los frailes, pagándoles las dos casas de San Martín y las otras cuatro de San Guillén, porque allí concurren muchas limosnas. Y hacer Iglesia de nuevo, hago saber a V. S. que nunca se acabaría y estorbaríase a la obra más de lo que costase, y aunque las monjas no están bien en ir a San Martín, más en verdad que lo yerran, porque después que lo he visto me agrada mucho. Vuestra Señoría determine en ello conforme a lo que fuere servido y lo consulte con Su Alteza el Príncipe nuestro Señor, para que se haga lo que Su Alteza mande y V. S.» (1).

(1) A 6 de junio escribió el Virrey al Príncipe desde Barcelona (S. E. l.º 299):

«Las obras de fortificacion de perpiñan ban muy bien y con la prisa y diligencia y cuidado que conviene como por letras del capitan *luis piçaño* v. al. habra entendido y al dho. capitan sea scripto en lo que toca al monasterio de S. Martin que torne auisar si todauia esta en ello para que se procure aca con el general de la merced como v. al. lo manda la qual sera avisada de lo que se hara.»

«quanto a las f.es desta ciudad quando pase la siega se pondra mano en ello.»

Antes le había escrito en 14 de mayo (S. E. l.º 299) lo siguiente, a propósito de las expropiaciones en Perpiñán:

«en las obras de perpiñan se da toda la prisa posible segund que v. alt.ª haura visto por lo que luis piçaño scriue y quanto al monesterio de Sta. clara que se ha

«En esto no tengo más que decir sino remitirme al Sr. D. José, que informará a V. S. o le habrá informado, yo no he podido después que el señor D. José se partió mandar más aina esta relación.»

Pero no solamente eran las obras de Perpiñán las que a Pizaño preocupaban, sino que como siempre, e interesado vivamente en la terminación del castillo de la Trinidad, que, como proyecto suyo, quería ver terminado cuanto antes, escribía con frecuencia a Fernando de Hoces, encargado administrativo de dichas obras, el cual andaba revuelto con nuestro antiguo amigo el Vizconde de Rocaberti, que, sin duda, con la presencia de Pizaño en el Rosellón, volvía a las andadas. Pero más que la presencia de Pizaño, es posible que le escociera el no haber podido sacar partido en las obras realizadas, pues, como ya hemos dicho antes de ahora, aunque fué el primero en solicitar la Tenencia del castillo de la Trinidad, no consiguió su objeto, pues ya se iban percatando nuestros Monarcas de la conveniencia de sujetar a su poder exclusivamente cuanto fuera necesario para la defensa de la Nación (1).

de derrocar y de que aquellas monjas se pasen al de S. Salvador, pues no ay en el sino çinco o seys monjas me marauillo como han informado asi a v. alt.ª por que se yo que ay en aquel monesterio de Sant Salvador XII o XIIII monjas por lo que no solo consentirian ellas siendo tantas en que las de Santa clara fuesen alli pero ahora digo a v. alt.ª que hauiendo los dias pasados solo una monja en el mones.º donde estan oy los frayles de S. Agustin donde les mando entrar su mag.d por auerle derriuado el suio que estaua fuera de la villa no lo quiso consentir y ay pleyto sobre ello en esta real audienzia entre aquella monja y los frayles a los quales segund a ella le dan la rrazon huuiera echado del monesterio sino se pusiera mano en ello y por esto se ha mirado otro cabo que paresciera conveniente que es la yglessia de San Martin donde estan solos dos o tres frayles de la md. a quien se podria dar a donde esten que aunque fuesen fuera de la villa harian poca falta y con tomar dos casa de particulares que esten junto al monasterio serian las monjas bien acomodadas.»

«Podiendose esto hazer paresçe que seria a menos costa/ que fundar de nuebo un monesterio seria el trauajo y coste que V. alt.ª puede significarse y paresciendole a v. alt.ª esto mandara scrivir al g.al de la horden de la md., que dandole la recompensa justa donde esten, pues son solos dos o tres de aqui y remitiendolo a lo que p ca se les diera.»

(1) Otro de los que pidieron la Tenencia fué el Duque de Segorbe, cuya era Rosas, para su administrador nuestro antiguo conocido Mosen Jofre Villarich. En junio de 1545 escribió Cobos al Emperador que la contestación está detenida para que sea torcedor para el Duque y venga a mejor partido en lo de la permuta de Rosas.

Este asunto lo había ya recomendado D. Felipe a su padre, pero, como vemos, el sagaz secretario quería sacar partido de la petición.

El Emperador contestó al Príncipe que se disimulase, y según una carta de Cobos a aquél (S. E. l.º 73), el Duque de Segorbe estuvo enfermo por el desaire.

Más adelante, ya concedió el Emperador—viendo el buen camino que llevaba la

Estas dificultades están consignadas en los siguientes párrafos de la misma carta de Pizaño al Virrey, de fecha 18 de mayo, ya copiada en parte, por cuyos párrafos se ve que no solamente en Rosas, sino también en Puigcerdá se construían por entonces obras de fortificación. Dicen así:

«En lo de la obra de Rosas hago saber a V. S. que me ha escrito Hernando de Hoces, tres o cuatro veces, que el Vizconde de Peralada no quiere consentir que sus vasallos anden a tirar la cal para el castillo; y paréceme que viendo los demás que él sale con ésto, los otros hacen lo mismo. Suplico a V. S. mande proveer de un alguacil si acaso viniere por ahí porque sean castigados, porque ya, según Hoces me ha avisado muchas veces, V. S. se lo ha mandado y no se les da nada. Avísame Hoces que serán menester hasta 4.000 mijeras de cal para acabar el castillo y sino las traen antes que empiecen a segar, hago saber a V. S. que parará la obra y paréceme que será tan larga como la de Santa María de Toledo; suplico a V. S. mande proveer en ello, pues V. S. conoce al Vizconde (1).»

«También suplico a V. S. me avise si es servido que se tome más cal para lo de Rosas; porque a más de esas 4.000 mijeras me avisa Hoces que hay cocida y para cocerse una buena cantidad de cal y si ha de tomar V. S. mande que se tome; sino darse ha licencia a los que la hacen para que la puedan vender y como se ha mandado hacer si ahora no se toma perderá el crédito para adelante, y están esperando la respuesta de V. S. para esto.»

«Así mismo aviso a V. S. que el Veedor me ha dicho cómo V. S. le mandó que hiciese hacer cierta cantidad de cal en Puigcerdá, y ahora me parece que tiene aviso de allá cómo está cocida, y que no será menester sino pagar dos sueldos y nueve dineros de esta moneda por carga a los caleros que la han hecho; que el traer dice que, si V. S. es servido darle licencia que vaya a hacerla traer, que sin que cueste nada, la hará traer. Y ahora no está esperando sino la respuesta de V. S., porque ya fuera ido a pagar los castillos; y duélele tanto de ver perder esta ocasión, pues tiene encaminado el negocio para servir a Su Majestad y a V. S., como me ha dicho que hizo en abrir los cimientos con 7.000 peones que no costaron nada. Creo el señor D. José habrá hablado a V. S. sobre ello y

permuta de Rosas—dicha Tenencia al Duque de Segorbe, según he visto en una carta de D. Felipe escrita en Colibre a 7 de noviembre de 1548 (S. E. l.° 189), en viaje para Flandes. En dicha carta dice D. Felipe que ya ha escrito al Duque, la merced que se le había hecho en lo del Castillo de la Trinidad.

(1) En 15 de febrero (S. E. l.° 279) había dicho ya el Virrey al Príncipe que «el castillo de Rosas anda ya al cabo / creo que en poco tiempo será acabado que no haurá más que hazer en él.»

sobre otras cosas que el dicho veedor pide. Y acuerda en tanto esperar respuesta de esto y la venida del señor D. José, porque estamos todos acá solos, y Su Señoría de mi señora D.ª María es la que nos gobierna a todos y me hace mil mercedes como a criado (1); y el señor D. José me dejó por Alcaide. Y con tanto quedo rogando a Dios la Ilustrísima persona de V. S. guarde y en estado acreciente como los servidores de V. S. deseamos y hemos menester. De Perpiñán 18 de mayo de 1546.»

«Muy cierto criado de V. S. que sus Ilustrísimas manos besa, Luis Pizaño.»

Pero cuando más entretenido andaba Pizaño en los proyectos y construcción de las obras de que hemos hablado, empezaron por las orillas del Danubio a notarse los primeros síntomas de la tempestad que sobre los protestantes alemanes se cernía, y así el Emperador, que en esta ocasión hacía de Júpiter Olímpico, viéndose en Ratisbona sin los elementos necesarios a la magnitud de la empresa que premeditaba, circuló las órdenes convenientes para realizar la hermosa concentración que a orillas del alto Danubio tuvo lugar, y en la cual, no cabe duda, se nota mejor que en ninguna otra empresa suya, el *quid divinum* que con tanto fuego iluminó la frente del gigantesco Napoleón tres siglos después.

Tocóle a la Península contribuir con unas cuantas compañías que a Italia habían de pasar de guarnición, en reemplazo de las que de Lombardía se sacaban. Además de esto, y como demostración de lo que era y representaba aun el viejo alcarreño, envióle orden el Emperador de que dejando todo lo que tuviera entre manos, y empleando todos los medios de comunicación posibles, se le incorporase a la mayor brevedad en Ratisbona.

Recibiéronse las órdenes del Emperador en primeros de junio e inmediatamente D. Felipe le ordenó que, dando el mejor orden que pueda a las obras y dejando memoriales, de lo que considere preciso, a Micer Benedicto y al Capitán Carreño, se ponga en marcha inmediatamente (2).

Lamentó el Virrey la partida de Pizaño, aunque comprendiendo que en otro sitio sería de más utilidad por el momento y así dispuso lo que en el párrafo que se copia a continuación se verá, que no puede resultar más honroso para nuestro héroe, pues sólo con objeto de resguardar su

(1) Hace referencia Pizaño a D.ª María Manrique, esposa del Gobernador D. José de Guevara de quien tanto hemos hablado. D.ª María pertenecía a la ilustre familia de su apellido.

Subrayamos el cargo de Alcaide interino de la fortaleza de Perpiñán que desempeñaba Pizaño. (*Nota del autor.*)

(2) Consta por carta del Príncipe al Emperador de 7 de junio (S. E. l.º 73).

persona de posibles insidias en Francia, se le autorizó para fletar un bergantín y se le dió carta blanca para hacer lo que mejor le pareciere. Dice así (1):

«He visto lo que Su Majestad y Vuestra Alteza mandan de que el capitán Luis Pizaño se parta luego y con diligencia para su corte cesárea. Y aunque la ausencia del capitán hará acá falta, por lo que tenía entre las manos, y solicitud grande que tiene en las obras, es de creer que a donde va podrá servir en más, *que cierto su persona es para todo.* Yo le escribí a la hora que, como recibiese los despachos de Vuestra Alteza, dejando los memoriales de los tanteos y orden que allí se ha de tener a Micer Benedito y Garci Carreño para que se prosiga en las obras como conviene y se parta luego sin que ninguno lo sepa, porque al salir del Languedoc y por la frontera, conociéndolo, no le hiciesen algún estorbo; y si le pareciese que para más seguridad sería bien tomar un bergantín hasta Aguas Muertas o donde quisiere lo haga.»

Cumplió Pizaño, en cuanto recibió la orden de marchar, con lo que se le ordenaba, y así en 14 de junio firmó un memorial extenso de lo que se había de ejecutar en las obras de Perpiñán, recorriendo asímismo, en compañía de Benedicto, el Maestro Gilabert y el Veedor Dávila, los lugares por donde habían de desarrollarse las obras, a fin de que, bien entendidas, pudieran proseguirlas en su ausencia.

Hizo entrega, también, al Maestre de Campo Guevara, con objeto de que no se le extraviaran, de todos los documentos oficiales que en su poder existían y cuya enumeración, que consideramos necesaria, es una prueba de lo mucho que sobre sus hombros había caído durante su estancia en España, así como de la confianza que en su honorable persona se hacía. El documento, que no tiene firma ni más fecha que la que en el título pone, dice así (2):

Las escrituras que dejó el señor capitán Luis Pizaño en poder del señor D. José de Guevara, son éstas a 15 de junio de 1546.

Un libro grande de la relación de las municiones y artillería que hay en las ciudades y castillos de España y qué cantidad, desde el año de 1544 en adelante.

Otro libro de los asientos de los artilleros.

Otro libro de las cosas tocantes a la artillería y municiones.

Otro libro de los asientos y cargos que se hacen a los mayordomos de la artillería y otros oficiales y de lo que es menester proveer para la dicha ar-

(1) Carta al Príncipe de 12 de junio (S. E. l.° 299).

(2) S. M. y T. l.° 32, copiado por Salas.

tillería; y entre ésto está el asiento y gasto de lo de Toledo, del Alcázar, y de otras cosas.

Otro libro que está la cuenta de Rosas y asientos de artículos y de cosas tocante a la obra de Toledo y los asientos de Maestre Lope y Maestre Domingo.

Estos cinco libros son horados (sic); *los dos con sus cubiertas de pergamino, que es el mayor, y el primero que está aquí, y los tres son horados sin cubiertas de pergamino; y todos con sus cintas.*

Un envoltorio de papeles con la traza del ¿Colegio? de Perpiñán para hacer a las monjas un monasterio y lo de las casas de Betafa y Ge.on (1) *y de San Martín y San Guillén.*

Otro envoltorio de lo tocante a las cuentas de Rosas y su tierra.

Otro envoltorio que hay una petición del Veedor Francisco Dávila sobre el reparar los castillos de este condado de Perpiñán y lo que se respondió; y están en éste otros pliegos de otras cosas.

OTRO ENVOLTORIO DE LA RELACIÓN QUE ES MENESTER DEL PESO Y DE LA ARTILLERÍA Y MUNICIONES Y LO QUE TIRA Y CUÁNTO PESA.

Otro envoltorio en que están atados de muchas partes y traslados de cartas y de otras cosas.

Otro envoltorio de lo tocante a Rosas y entre ellos algunos gastos y cuentas de Barcelona.

Otro envoltorio que trata de las cosas tocante a lo de Toledo.

Otro envoltorio redondo de trazas.

Ciertos memoriales atados sobre lo de la madera de Junes de Aguirre que cortó en Barcelona.

Otro envoltorio de libranzas y peticiones.

Un envoltorio de cartas mensajeras respondidas y otro por responder.

Otras letras de Su Majestad y del Príncipe nuestro Señor y del Marqués de Aguilar y del Gasto y Duque de Alba y D. José de Guevara.

Otras Memorias atadas de diversas cosas quedó todo en una caja que se hizo aposta en poder del Sr. D. José, y si se va él han de quedar en poder del Maestre de Campo Varaez.

Gutiérrez está en el castillo con el Sr. D. José, y tiene su plaza de soldado. Y el borgoñón por soldado, y con Maestre Enrique está y come por cabo de escuadra, y el otro mozo le puse con el Veedor (2).

(1) (*Sic*) pero en vista de lo dicho anteriormente, es posible trate de las casas de los que se ha llamado, en anteriores documentos, Hostafa y Antique Andrea. (*Nota del autor.*)

(2) Gutiérrez, el borgoñón y el otro mozo debían ser los asistentes—que diríamos hoy—de Pizaño.

El vino se dejó al señor Maestre de Campo y las ejarcias de casa y las camas que había de fuera de aposento y otras cosas se le quedó, porque se quería pasar allí de aposento en la posada de Vuestra Merced. Y dijo que él había menester las camas y así quedó con los aposentadores.

De los nueve escudos que Vuestra Merced dejó al Maestre de Campo que me diese, los seis se gastaron en poner en orden a Gutiérrez un cuero y jubón y espada y dos camisas y calzas y otras cosas.

El paño de la capa y sayo y calzas se dió al Maestre de Campo, y lo mismo al pagador.

El cuartago se envió a Rosas al pagador. Los francolines se dieron al Sr. D. José que los pidió. Las cartas de Vuestra Merced fueron a Castilla y yo torné a escribir al señor Pero Ruiz (aquí está cortado el papel, y concluye):

Los arcabuces de Vuestra Merced se dieron al Sr. D. José dos arcabuces y una maleta verde.

De la capa de Vuestra Merced se hizo una a Gutiérrez.

De todos los documentos que en poder de Pizaño estaban, merece llamar nuestra atención el que publicamos con letra VERSALITAS que es, como dijimos en el Discurso Preliminar, la relación célebre que, contemporánea del libro de Tartaglia (1), puede considerarse como un tratado de artillería y servir de comprobación de la influencia que en el desarrollo del arte militar hay que reconocer a los militares españoles que en este siglo lucharon en Italia.

Fué este documento encontrado por Aparici, copiado por Salas y publicado, en parte, por Arantegui. Atribuyéronle los primeros la fecha de 1538 por haberlo encontrado entre documentos que supusieron de esta fecha. Pero como ya dijimos en la página 341, uno de los principales, entre éstos, es el de las disposiciones tomadas por D. Felipe al saber, en 1543, que Barbarroja había pasado el cabo de Columnas. Ello demuestra que nada cierto podemos saber sobre la fecha en que fué confeccionado, y al encontrarnos ahora entre los papeles de Pizaño dicho documento y conociendo, como conocemos, sus saberes artilleros, no supera-

Como se ve por el documento, no obstante su título, extiende éste a modo de certificado alguien que no es el Gobernador Guevara. Acaso se trate del Pagador Juan Muñoz de Salazar, que mantuvo correspondencia con Pizaño durante su estancia en Alemania. El documento, como se deduce de su lectura, está hecho para mandárselo a Pizaño, quien debió salir para Alemania como quien dice con lo puesto. *(Nota del autor.)*

(1) Tartaglia imprimió su *Nuova Scienza* en Venecia año 1537. Más adelante, en 1546, la amplió con el título de *Quesiti ed invenzioni diverse.*

dos por ningún otro militar de los ejércitos imperiales, no nos cabe duda de que era cosa suya. Todo el documento está expuesto en forma que acredita es sólo obra de la experiencia. Nada hay en él que demuestre conocimiento profundo de las matemáticas, pero nada se escapa tampoco de lo que era necesario para sacar buen partido de las piezas.

Por todo ello, y como un monumento bibliográfico español de la misma altura artillera que la que en fortificación tiene el libro de Pedro Luis Scribá, escrito en 1538, lo exponemos en el Apéndice.

Otro de los legajos que dejó Pizaño en Perpiñán y que se destaca de la relación que hemos copiado anteriormente, es el que lleva por título «Otro envoltorio redondo de trazas». ¡Cuán doloroso es que no haya llegado a nuestras manos este Archivo sin par! ¡Como si dijéramos, el Archivo del Ingeniero General desde 1541 a 1546!

Una vez cumplido con sus deberes primeros de hacer la entrega, según se le mandaba, y favorecido de la Providencia en cuanto a la salud se refería, partió Pizaño de España en el mes de junio, y segundo día de Pascua, llegando sin novedad a Milán, donde se encontraba el 21 del mismo mes en disposición de proseguir su viaje, como lo hizo, sin duda, por la única comunicación viable entonces a través de los Alpes Centrales, o sea por Trento, pasó del Brenner, a Innsbruck, llegando por fin y sin pérdida de tiempo a Ratisbona, donde consiguió verse reunido con su amado Rey para demostrarle de cuanto podía servirle aún, y que no había errado al reclamarle en cuanto consideró preciso que cesaran las notas y empezase a jugar la última razón de los Príncipes (1).

(1) A 2 de julio escribió el Virrey Aguilar al Príncipe lo siguiente (S. E. 1.° 299):

«El capitan Luys Piçaño partio segundo dia de pasqua y segund Joanetin dize era ya llegado en Milan quando el partio de Genova, y aunque la pressencia del Piçaño haze falta en la fortificacion de Perpignan, se entiende en ella por la memoria y instrucciones que el dicho capitan dexo a Garci Carreño y Mizer Benedicto y cuanto a el Monesterio de Santa Clara se a scripto a don Josepe y Juan Muñoz de Salazar conforme a lo que V. alt.ª manda y el Obispo de Elna al Comendador Mayor de Leon ecribio de las casas de Mosén Lupian para que esten advertidos dello.»

En el mismo Simancas y legajo 30 de Mar y Tierra se encuentra una carta del Pagador Juan Muñoz de Salazar al Príncipe, fechada a 3 de julio en Perpiñán, uno de cuyos párrafos dice así:

«el capitan luys piçaño scrivio desde Mylan que yva bueno de los *veynte uno de junio* y que se partia luego para donde estava su m.t »

Hay además varias cartas del mismo Pagador al Príncipe, por estos meses, en que se ve que las obras que se hacían eran proyecto de Pizaño, y que aquél le enviaba frecuentes relaciones de los progresos de las obras.

CAPÍTULO XVII

(1546-1547.)

Campaña de 1546 contra los protestantes alemanes. Concentración de tropas ordenada por el Emperador en Regensburg (Ratisbona) (1). Llegada de Pizaño a esta población antes de empezar las operaciones. Reconocimiento hecho de sus alrededores con intervención de Pizaño, Avance a Landshut. Regreso a Ratisbona. Avance a Ingolstadt. Célebre cañoneo de este campamento. Intervención de Pizaño en su fortificación y defensa artillera. Retirada de los protestantes. Reconocimiento de Neuburg. Incorporación del Conde de Buren con las tropas flamencas. Célebre y peligroso reconocimiento del campamento protestante de Marquesen (2) hecho por Pizaño y Alvaro de Sande. Reconocimiento hecho desde el campamento de Solten. Ocúpase el campamento llamado del Emperador. Deshácese el ejército de la Liga y rendición de las ciudades y villas sublevadas. Campaña de 1547 contra el Elector de Sajonia. Batalla de Mühlberg y prisión del Elector. Fin de la guerra.

Son demasiadamente conocidos los motivos que obligaron al Emperador Carlos V a dirimir, con las armas en la mano, las disputas que en el Cuerpo germánico se habían manifestado desde que el carácter altanero de Lutero había señalado a los alemanes como principales enemigos

(1) Con objeto de seguir los pasos de Pizaño, indicaremos todos los nombres geográficos alemanes en este idioma y según están expresados en el Atlas de Stieler.

Por excepción conservaremos en castellano algunos nombres geográficos que tienen ya valor consagrado entre nuestros compatriotas.

(2) Habiendo encontrado dificultad para situar algunos nombres de lugares alemanes, españolizados por nuestros escritores del siglo XVI, y que tienen importancia para nuestro estudio, solicité de mi ilustrada amiga Frl. Lina Riesch auxilio en

de su prosperidad y libertad a los Pontífices romanos. Todos los esfuerzos del Emperador para conciliar los caracteres, agriados con la disputa, habían resultado fallidos y los protestantes, confederados en Smalkalda, no estaban dispuestos a transigir, según antes de ahora hemos manifestado, con nada que representase sumisión a Roma. El Emperador había contemporizado con ellos por no serle posible otra cosa, pues otros asuntos, como sabemos, habían reclamado su atención. Pero en los primeros meses de 1546, encontrábase ya en situación más despejada. La paz de Crespy parecía asegurada y nada hacía creer seriamente en que Francisco I, por otra parte muy gastado ya, tuviese intenciones de volver a las andadas. Un tratado firmado con Solimán, haciéndole algunas concesiones en la Península de los Balkanes, libró al Emperador de este terrible enemigo, y así es de creer que al comenzar la Dieta de Ratisbona, estaba decidido a llevar a los protestantes, por la persuasión, al concilio reunido en Trento, para dirimir sus diferencias con Roma o a obligarles por las armas a rendirle sus voluntades, castigando, de paso, algunas demasías de la lengua, que en desdoro de su dignidad Imperial habíanse permitido algunos de los confederados de Smalkalda.

Consiguió con su natural circunspección tranquilizar, en parte, el es-

la materia. Como consecuencia, tuvo la amabilidad de remitirme el informe proporcionado por los Archiveros Dr. Schrötter y Dr. Eberl, del Real Archivo Bávaro del distrito de Schwaben y Neuburgo, que, copiado a la letra, dice así:

«Die Ortsnamen Marquesen Acabiosen und Argentinien können nicht identifiziert werden; es fehlt hier an Kriegsberichten aus der Zeit des Kaisers Karl V.»

«Nur als Vermutung wird ausgesprechen, dass das kleine, 2 tagreisen von Neuburg entfernte Marquesen vielleicht der Ort Markstetten im Oberpfälz. Bezirklamte Parsberg ist. Acabiosen nicht weit von Nordlingen, dürfte identisch sein mit Appelshofen. Argentinien kann, wenn damit nicht Strassburg, römisch Argentoratum, gemeint ist, nicht gedeutet werden.»

El resumen de lo informado manifiesta en relación con los tres lugares de Marquesen, Acabiosen y Argentina, lo siguiente:

«Los nombres de los lugares *Marquesen, Acabiosen* y *Argentina* no pueden ser identificados; faltan en este archivo los informes de las guerras del tiempo del Emperador Carlos V. Nada más que por conjeturas podemos decir que el lugar que dista dos jornadas de Neuburgo, *Marquesen* pueda ser Markstetten, que está en el territorio de Oberpfalz (Parsberg). *Acabiosen,* no lejos de Nordlingen, debe ser el mismo que Appetshofen. *Argentinien*—si no es Strassburgo, que es la que se tiene por la romana Argentoratum—no se puede interpretar.»

Para terminar esta nota, y después de mostrar mi reconocimiento más profundo a la distinguida Frl. Lina Riesch y a los doctores Schrötter y Eberl, diré que efectivamente nuestros historiadores quieren expresar a Strassburgo con la palabra Argentina.

píritu receloso de los confederados acerca de sus intenciones, para lo cual fué grande parte la limitada escolta con que había llegado a Ratisbona después de atravesar toda la Alemania. Con esto, y con el moderado discurso que en su nombre se leyó en la primera sesión de la Dieta, creyó sería bastante a convencer a los alemanes de que sólo el espíritu de verdadero padre del Cuerpo germánico le movía a celebrar las sesiones de la Dieta. Pero, como, dado el gran vuelo que la Reforma había ya tomado, era imposible ponerse de acuerdo en lo esencial, el resultado no pudo ser otro que el rompimiento, en el cual hay que confesar estuvo el Emperador valiente en demasía, pues, cuando a ello se llegó, estaba muy lejos de contar con los elementos necesarios para hacer frente a los confederados, que dominaban en la mayor parte de Alemania y tenían a su frente, entre otros Príncipes, al Landgrave de Hessen y al Elector de Sajonia, muy bien vistos en el Cuerpo germánico y dotados de condiciones que les hacían verdaderamente temibles.

El momento crítico en que el Emperador decidió recurrir a las armas nos lo puede marcar con exactitud aquél en que ordenó que Pizaño se le incorporara en Alemania. Hombre éste nacido sólo para la guerra, ningún auxilio podía prestarle que no fuera en trances de ella. Así pues, como por los documentos en el capítulo anterior insertos, se ha visto que el 7 de junio ya había recibido el Príncipe D. Felipe la orden de enviar a Pizaño para Ratisbona, podemos fijar en quince días antes la orden del Emperador, plazo que acaso hubiera que acortar. Dedúcese, por consiguiente, y como era de esperar, que la llamada de Pizaño debió coincidir con los primeros aprestos que en Alemania hizo el Emperador, ordenando a algunos coroneles alemanes el levantamiento de tropas en las orillas del Rhin, y de cuyos aprestos diéronse cuenta los protestantes, como consta de la petición presentada por la Dieta en 21 de junio suplicando al Emperador aclarase el objeto de la supuesta concentración de tropas, pues ello había producido en las ciudades y villas alemanas la alarma consiguiente.

Hemos insistido en este punto por demostrativo, si ya no fuera bastante lo que acerca de nuestro biografiado hemos escrito, del concepto que de Pizaño tenía el Emperador, puesto que, apenas pasó por su mente la idea de lucha armada, procuró tenerle a su lado.

En todo lo que voy a relatar procuraré ajustarme a la conducta antes de ahora seguida por mí, huyendo de repetir detalles de una campaña sobradamente estudiada, y sólo haciendo relación a cuanto a Pizaño pueda referirse. Es sabido que la principal fuente que para el estudio de estas campañas ha existido ha sido el *Comentario* de D. Luis de Avila y Zúñiga, persona muy cercana al Emperador y sucesor de D. Pedro de

la Cueva, en el cargo de Comendador Mayor de Alcántara. Pero esta obra de Avila, en fuerza de su clasicismo y de la admiración justamente sentida hacia su Príncipe que en toda ella se revela, deja en la oscuridad multitud de hechos realizados por subordinados de éste, y así en balde he buscado en toda ella el nombre de Pizaño, no obstante los importantísimos servicios realizados por éste. ¿Hubo alguna animadversión entre Avila y Pizaño? Lo ignoro, y aun inclínome a creer que no, pues que no sólo fué Pizaño víctima del silencio de Avila (1).

Pero Pizaño en esta campaña no debió de tener que resentirse sólo de este silencio de Avila, sino de la injusticia social que, por mano del Emperador, nombró Capitán General de la Artillería del Ejército al Marqués de Marignan, que probablemente sabría de artillería lo que su colega de España D. Pedro de la Cueva. Y así en Alemania ocurrió lo mismo que en España hemos visto, esto es, que fué Pizaño el técnico del arma mientras el sueldo corría para otro, sin que me sea dable apreciar para Marignan el mismo generoso desprendimiento de D. Pedro, que nombró heredero de sus alcances al Emperador Carlos V.

Afortunadamente, lo que el clasicismo de D. Luis de Avila se dejó en el tintero, sacólo a relucir el pedantesco y ridículo estilo del Capitán Pedro de Salazar, el cual, en su no muy divulgado libro (2), nos presenta a Pizaño como quien era y nos deja margen para comprender que, en todo cuanto en el campo del Emperador se hizo en cuestión de artillería y fortificación de campaña, fué su mano la directora; pues no en balde había manifestado en 1545 el Duque de Alba, brazo derecho del Emperador en esta campaña, que en cuanto concernía a artillería y fortificación de reparos no se sabría menear sin nuestro biografiado.

Dediquemos, pues, un recuerdo de gratitud al Capitán Salazar, lo cual si no bastará a defenderle de las acerbas críticas que su libro ocasionó (3), será gran parte para que los admiradores de Pizaño le demos por libre de cuanto pudo errar, *pues acertó en lo principal.* Este libro, pues, el de D. Luis de Avila, en aquello que lógicamente se relaciona con actos de Pizaño, los historiadores del Emperador y algunos docu-

(1) El Capitán Bernardo de Aldana, cuya talla militar era muy inferior a la de Pizaño, se quejó también del silencio de Avila, como puede verse en una carta suya publicada por Barrantes Maldonado—*Ilustraciones* a la Casa de Niebla—y más tarde por Rodríguez Villa en la *Expedición del Maestre de Campo Bernardo Aldana a Hungría en 1548.*

(2) *Historia y primera parte de la guerra que Don Carlos V, Emperador de los romanos, Rey de España y Alemania, movió contra los Príncipes y ciudades rebeldes del Reino de Alemania.*

(3) Es conocido el varapalo que, con el seudónimo del «Bachiller de la Arcadia», le propinó Hurtado de Mendoza.

mentos que en los archivos he encontrado, serán nuestros guías en los párrafos que van a seguir.

***

Dijimos, en el capítulo anterior, que la concentración hecha en el alto Danubio, de orden del Emperador, alcanzaba los vuelos de una operación napoleónica y es fácil convencerse de ello sabiendo de cuan lejanos territorios convergieron las tropas por el Emperador reclamadas, bien de sus estados patrimoniales, bien de los que como auxiliares le ayudaron en esta ocasión. Además de las tropas alemanas, levantadas por los coroneles Aliprando Madrucho y Jorge de Renspurch en las montañas de Baviera y en la Selva Negra (1), debían acudir a Ratisbona los españoles de Lombardía (2), Nápoles y Hungría, estos últimos a las órdenes del Maestre de Campo D. Alvaro de Sande que, en defensa del Rey Don Fernando, hermano del Emperador, y contra los turcos, residían en aquel Reino. Además, concentráronse las tropas del Papa y de otros Príncipes italianos, la de algunos potentados alemanes afectos al Emperador y, por último, tropas flamencas que había recibido orden de reclutar el Conde de Buren. Menos éste, que se incorporó en septiembre, todas las demás en diversos tiempos, y con corta diferencia de ellos, reuniéronse hacia el mes de agosto en las orillas del Danubio superior.

Por lo que antes de ahora hemos dicho, se sabe que Luis Pizaño andaba el 21 de junio por Milán sano y bueno y en marcha para Ratisbona, por lo cual hay que suponerle en los primeros días de julio al lado del Emperador, y, por lo tanto, corriendo los mismos peligros que éste, que, a decir verdad, no fueron pocos, pues, en rebelión declarada los protestantes, que también dominaban en aquella ciudad, y sin tropas que

(1) Se levantaron cuatro coronelías de 4.000 hombres, de las que se hicieron dos regimientos, mandados por los Coroneles Madrucho y Renspurch, siendo las otras coronelías las de Jamburg y el Marqués de Marignan, nombrado también Capitán General de la Artillería.

(2) Por algunos documentos que en Simancas (legajo 299 de Estado) he visto, consta que, para sustituir a las tropas que con el Maestre de Campo Arce se sacaron de Lombardía, se enviaron de España 2.000 hombres. Joanetin Doria, que fué el que trajo a Barcelona la noticia de haber llegado Pizaño sin novedad a Milán, salió de Génova el 26 de junio, llegando el 2 de julio a Barcelona. Salió para el Sur y embarcó 1.540 hombres entre Benicarló y Vinaroz, regresando a Barcelona el 11, en cuyo día salió para Génova nuevamente, conduciendo además, de orden del Príncipe D. Felipe, al Doctor Sebastián y a D. Juan de Figueroa. El día 16 salió D. Bernardino de Mendoza de Barcelona, conduciendo para Génova el resto de la infantería, hasta 2.000 hombres, y gran cantidad de bizcocho.

oponerles, sólo debió su salvación a la falta de energía de los levantados, cosa que por otro lado no debe llamar la atención, pues, en el fondo, no tenían motivo serio para odiar a Don Carlos, y aun su augusta persona les inspiraba un cierto sagrado respeto que les vedaba cometer contra él acto alguno de violencia.

Preocupado en Ratisbona, y por este tiempo, nos le presenta Salazar buscando medios de defenderse, en caso de un ataque a la ciudad. Exprésase de este modo en párrafo que copio por ir en él envuelto el nombre de Pizaño, si bien debiendo advertir que algunos de los prohombres citados no debían aún de haberse incorporado, tal como el Maestre de Campo Arce, y que el D. Francisco Tobar, a quien el autor, como se verá, da mucha mano en el consejo, debió de ser gran amigo suyo. Achaque viejo de periodista amigo y que nos recuerda las celebridades análogas, que diariamente surgen en publicaciones modernas, con o sin ilustraciones, y que envuelven en un mar de confusiones a los testigos de los hechos que se narran, que no vieron a las personas aludidas por parte alguna. He aquí lo que dice Salazar:

«De todo lo que Langraf, Duque de Jassa (1) y ciudades ordenaban, el Emperador tenía aviso por sus espías y mandó que hubiera buena guardia en su Real persona y Corte y en la ciudad artillería, pólvora y municiones; y algunas veces el de Alba, Marqués de Mariñano, D. Francisco de Tobar, Juan Bautista Gastaldo, Luis Pizaño, D. Alvaro de Sande y Arce, Maestres de Campo, andaban las murallas de la ciudad, porque como no tenía castillo miraban si había defensa para defenderse de los enemigos si sobre ella fueren, y no la hallaban fuerte de manera que contra grande ejército se pudiesen defender, aunque a Juan Bautista Gastaldo le parecía que tomándose una montaña que estaba junto a la ciudad, cerca de donde dicen el paso de Carlo Magno, y plantando artillería en ella para batir de allí estando gente de guerra dentro con trinchera que la fortificase y quedase guardada, el Emperador podía estar en la ciudad fuerte y aguardar allí a sus enemigos, y a D. Francisco de Tobar le parecía lo mismo y lo aprobó, aunque el Duque de Alba, Marqués de Mariñano, Maestres de Campo no les cuadró por otros inconvenientes que miraron.»

Añade luego Salazar que el Emperador fué a verlo con todos y dió la razón a Tobar, pero no dice se hiciese nada.

Mientras el Emperador se revolvía en Ratisbona sin más elementos que 3.000 alemanes, que, de los mandados levantar, se le habían incorporado, y el Tercio español de D. Alvaro de Sande que, como procedente

(1) Se refiere Salazar al Langrave y al Elector. (*Nota del autor.*)

de Hungría, ningún inconveniente había encontrado en la marcha, los protestantes, acaudillados por el tabernero Schertel (1), y en número de 15.000 hombres, en lugar de irse directamente a la cabeza, representada por el Emperador, y sin duda poseídos de aquel religioso respeto que por él sentían aún, lo dejaron libre y se empeñaron en una empresa que, a su parecer, conciliaba el interés de la guerra con el que por aquel Príncipe manifestaban. Tal fué la intentona hecha para apoderarse de Innsbruck, sobre el Inn, llave de las comunicaciones que, al través de los Alpes Centrales, enlazaban la Lombardía y la Baviera (2), y punto preciso de paso de los refuerzos que de aquella región esperaba el Emperador.

Trataron con esta empresa los protestantes de cohonestar, como hemos dicho, sus intereses y el respeto al Emperador, pues, proclamando lo hacían solamente para impedir el acceso a Baviera a las tropas del Papa, que suponían poseídas del deseo de exterminar a Alemania, cortaban al Emperador sus principales recursos y lo aislaban en Ratisbona, dejándolo por completo expuesto a lo que nuevamente combinaran para oponerse a sus designios. La defensa hecha por el Coronel alemán Gastelalto del acceso a Innsbruck les privó de tan importante punto, y así se vieron sólo dueños de una de las dos comunicaciones que desembocan en la llanada del Danubio, o sea la que por Füssen y Kempten se dirige a Augsburg (Augusta), quedando libre, por consiguiente, la otra, o sea la que por el Inn abajo y pasando por Kufstein y Rosenheim lleva luego a Landshut.

No habiendo conseguido su objeto los protestantes, y después de guarnecer a Füssen, se tornaron a Donauwörth en la orilla izquierda del Danubio, donde se reconcentraron también las tropas del Landgrave y del Elector de Sajonia, ya en absoluta rebelión, formando así un numerosísimo ejército de 100.000 infantes, 15.000 caballos y uno de los más poderosos trenes de artillería que haya rodado jamás por las orillas de aquel río.

En tales operaciones pasóse el mes de julio, durante el cual se atendió, probablemente por Pizaño, al arreglo de la artillería que, proce-

(1) Quevedo en *Las zahurdas de Plutón* supone habérselo encontrado, en el infierno, sobre una peana retratándole con estas palabras: «Sebastián Gertel, General en Alemania contra el Emperador después de haber sido su alabardero, tabernero en Roma y borracho en todas partes».

(2) Cuatro son los pasos que en ellos se hacen, los cuales se llaman, de Oeste a Este: Maloia, Bernina, Rechen y Brenner. Todos ellos van a concurrir al Inn, y, por tanto, a Innsbruk si se sigue el camino natural aguas abajo de este río. Innsbruk recoge directemente la comunicación que se hace al través del Brenner, paso el más apropiado para ejércitos en operaciones.

dente de Viena y embarcada por el Danubio, había remitido el Rey Don Fernando, el cual, con Mauricio de Sajonia, entendieron luego en apoderarse de los estados del Elector, proclamado enemigo del Emperador y del Imperio.

Temeroso Don Carlos de que los enemigos cortaran el camino a sus refuerzos de Italia ocupando a Landshut, por donde, como hemos dicho, se desenvuelve el camino que había quedado libre, salió de Ratisbona el 3 de agosto para aquel punto, llevando consigo al Tercio de Sande y algunas piezas de artillería cuyo mando seguramente tendría Pizaño. Facilitada así la concentración, por conservar libre el paso, permaneció en Landshut hasta el 15 de agosto. En este punto se le incorporaron, el 12 de agosto, las tropas de caballería enviadas por el Papa y los Duques de Florencia y Ferrara, mandadas por Juan Bautista Fabelo, Rodulfo Vellón y D. Francisco de Este; y el 13 la infantería del Papa con el Duque Octavio de Camarino. El 14 llegaron igualmente las siete compañías de Lombardía (1).

Reunidas ya las tropas que por este lado esperaba, salió el Emperador nuevamente para Ratisbona el 15, llegando el 18, en cuyo día se le incorporaron las compañías de Nápoles, al mando del Maestre de Campo Alonso Vivas, que habían hecho el viaje por mar desembarcando en la Península de Istría, en Fiume, y luego por tierra del Rey Don Fernando a Ratisbona. Por último, al día siguiente llegaron las cuatro compañías que restaban de Lombardía, pues los españoles que, procedentes de la Península, debían sustituirlos, llegaron a Milán poco después de salir las siete primeras, con lo cual, y con el retraso que por el motín tuvieron éstas, se diferenciaron poco de las otras cuatro.

Con la incorporación de estas tropas encontróse el Emperador al frente de un poderoso ejército de 43.000 infantes, de ellos 19.000 arcabuceros y 4.000 caballos. Flaqueaba en cambio, y mucho, por el lado de la artillería, pues no tenía más de 36 piezas, la menor parte de campaña, con las cuales había de tenérselas Pizaño al ejército protestante, cuyo nervio, por el buen material, era precisamente esta arma (1). Por

(1) Las compañías que en Lombardía había a las órdenes de D. Hernando de Gonzaga, sucesor del Marqués del Gasto, eran once, de las cuales salieron al primer aviso siete, que son éstas a que hace referencia el texto. Las otras cuatro quedaron en Lombardía, en espera de los 2.000 hombres que hemos dicho que se llevaron de España. Las siete compañías, a unas 12 millas de Milán, se sublevaron por cuestión de pagas y no dieron un paso más hasta que se les pagó, para lo cual tuvo Gonzaga que empeñar sus joyas. Por fin, arrancaron el 12 de julio, haciendo su camino por Brescia y Trento y el paso del Brenner, llegando, como decimos, el 14 a Landshut.

(1) Las piezas que presentaron en Ingolstadt fueron 130, y 800 los carros en que conducían la pólvora y proyectiles.

último, contaba el Emperador con un buen tren de puentes, que su hermano le había remitido, material necesario para asegurarse en cualquier momento el dominio de ambas orillas del Danublo.

Con este ejército, pues, y decidido a avanzar sobre los enemigos salió de Ratisbona siguiendo la orilla derecha del Danubio, y en dos jornadas llegó a Neustadt, en donde aprovechando el puente del lugar y los que de barcas se hicieron, pasó a la orilla izquierda poco después de que los protestantes—que habían amagado por esta orilla a Ratisbona y habían retromarchado, temerosos de ser cogidos por la espalda al anuncio de este movimiento— hubieran pasado por el mismo lugar. Una vez en la orilla izquierda el Emperador, y puesto en orden su ejército, avanzó sobre Ingolstadt tras el ejército protestante, con cuyo avance, al par que levantaba el concepto de su ejército, poníase en mejores condiciones de conseguir la incorporación con los flamencos, que, mandados por el Conde de Buren, acudían a la concentración en marcha airosa por lo larga y no exenta de peligros.

Para nada necesito empacharme en describir la marcha hasta ocupar el célebre campamento de Ingolstadt, colocado aguas arriba en este punto y de espaldas a él, con el flanco izquierdo apoyado en el Danubio y derecho en un pantano, quedando el frente despejado y a seis millas del que los enemigos ocupaban. Algunas escaramuzas ocurrieron en la marcha, en las que no me consta la intervención de Pizaño y sí la del Duque de Alba, por lo cual, no sería difícil suponer a éste en ellas, si no es que la artillería le daba que hacer, ya que el Marqués de Marignan en nada suena que a su cargo tenga directa relación.

Apenas llegado el ejército al lugar elegido, empezóse a fortificar con una simple trinchera, pues la pujanza del enemigo hacía seguro el ataque; que aquí, según la ya vieja táctica española glorificada en Italia, hízose estrategia ofensiva y táctica defensiva. Los lugares del frente donde no alcanzó la fortificación en el primer momento, se cerraron con barcas y donde no pudo emplearse este recurso, quedó la caballería cerrando la brecha.

No se hizo esperar el ataque de los protestantes. Pasaron el último de agosto un pequeño riachuelo que se interponía entre los dos campos, y cuyas márgenes habían sido testigos de frecuentes escaramuzas en los pocos días del contacto. Avanzaron resueltamente sobre el campo imperial, llevando sus piezas en batería, pues el terreno lo consentía y, dada su superioridad, sólo buscaban el cerrar la distancia y empezar el fuego allí donde el alcance de las piezas lo hiciera eficaz. Realmente este célebre cañoneo ha sido tantas veces descrito que no me creo autorizado para detallarlo, bastando que digamos que a partir del día citado se repitió

con una constancia aterradora, llenando el campo imperial de sólidos proyectiles (1), sin que ello fuese motivo para que los imperiales, animados con el ejemplo de su Soberano, retrocedieran un solo paso.

Sólo un hecho tengo que hacer presente. Este duelo tan desigual, cual lo era el material que poseían los contendientes, fué sostenido de parte del Ejército imperial por Pizaño. Según consta por Avila, el Marqués de Marignan había sido nombrado Capitán General de la Artillería, y el título lo ha publicado Arantegui. Esto no obstante, hay pruebas sobradas de la ninguna intervención de este magnate en semejante cargo. Momentos antes del cañoneo, o sea el 30 de agosto, le vemos disponiendo un bergantín en el Danubio, con una compañía de arcabuceros, con el cual trataba de quitar al enemigo la posibilidad de avituallamiento. Hacia el 31, es decir, en pleno combate de artillería, ordena el Duque de Alba al Marqués, que con el Tercio de Vivas y el Regimiento de Madrucho vaya a degollar a 3.000 suizos que se alojaban en Neuburg.

Estas empresas, que serían explicables a falta de algo que hacer en la artillería, no tienen aquí justificación, pues fueron estos días, como es sabido, un perfecto *affaire* artillero. Lo mismo Avila que Sandoval, que le copió, ponderando la intensidad del fuego enemigo, cuentan el número de proyectiles recogidos en la tienda del *Capitán de la artillería,* de los que en el campamento habían caído. Este Capitán, cuyo nombre no aparece por ningún lado en aquellos autores, es, a no dudarlo, nuestro Luis Pizaño, que, escondido en las páginas de Avila aparece claro, con la intervención que lógicamente había de tener, en el siguiente párrafo de Salazar en que se refiere a la noche del segundo día de bombardeo. Dice así:

«Las mujeres, mozos y acemileros llevando fajina y rama y los soldados fortificando en toda la noche; y éste día y tarde se alzaron y fortalecieron los dos bastiones, y la trinchera fué fortificada por algunas partes doce pies de ancho y estado y medio de hombre de buena estatura de alto; más la que los alemanes y trentinos hicieron era mucho más fuerte. Hechos los bastiones, el Emperador mandó a *Luis Pizaño* plantase en el uno cuatro piezas de artillería y en el otro tres; la artillería de los enemigos jugaba y se les respondía de los bastiones y trinchera y se les hacía daño aunque en el campo del Emperador no dejaban de recibirle.»

Como se ve por este párrafo, en el que no se admite intermediario entre el Emperador y Pizaño, éste ejerció el mando de la artillería; de lo cual tenemos otra prueba más decisiva, cual es la que de aquí en ade-

(1) Parecía que llovían pelotas, dice Sandoval.

lante se le llama en infinidad de documentos que a España hacen referencia, Capitán de la Artillería del Emperador, y él mismo, en un documento público hecho en Laredo al llegar de Alemania, lo encabeza titulándose Capitán General de la Artillería del Emperador. Probablemente, razones políticas llevarian al Emperador al nombramiento de Marignan para aquel cargo, convencido de que Pizaño le serviría en cualquiera de condiciones en que le colocara, pero si no para cobrar la paga, de hecho lo fué y en el concepto de tal se le tuvo por los muchos militares que allí lo conocieron y probablemente por Avila, que indudablemente hubiera citado al Marqués de Marignan por su nombre, si él hubiera estado encargado de la artillería.

Dejando esto a un lado, pues hemos de volver sobre el asunto más adelante, y reconociendo por entero en Pizaño como el alma que sostuvo este duelo desigual, recordemos un párrafo de Salazar, ya que él da la medida de lo que fué la resistencia de este ejército de piezas de acero, soldadas por el esfuerzo y ánimo del nieto de Isabel la Católica. Hablando del día último de agosto dice: «La artillería del Emperador jugaba y hacía el daño que podía matando algunos hombres de armas y soldados de Langrave, porque como la gente era mucha y en el campo sin ninguna defensa, las pelotas no pasaban en valde; y jugando muy aprisa faltó una pieza que mató cinco soldados, y aunque esta pieza faltó y los mató, no por ello ningún capitán ni soldado se movió del sitio donde estaba; porque no se tenían por más seguros en una parte que en otra.» Duró el cañoneo de este día desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde, disparando los enemigos 1.000 pelotas y rebentándoseles ocho piezas de gran calibre, siendo tres las que sufrieron igual suerte en el campo imperial.

Con pequeñas variantes se sucedieron en los dos días siguientes análogos sucesos, pero no queremos dejar de recordar que el segundo día fué cuando el Duque de Alba, por consejo de sus Maestres, decidió hacer aquella célebre trinchera *encubierta* que en busca del enemigo, y para desalojarle de su campo a cubierto de su potente artillería, se empezó a hacer, no concluyéndose, por la retirada del enemigo el día 4 (1). Esta idea genial, que convirtió un campo de batalla en un glacis de fortificación, se ha repetido tres siglos y medio después en los campos de la Manchuria, y se repetirá siempre que las circunstancias sean análogas; que cuando sobra ánimo no bastan diferencias de material a hacer impo-

(1) Es conveniente hacer notar las diferencias entre la cronología de Avila y la de Salazar, pues no coinciden ni en el número de días que duró el bombardeo ni en el de la retirada de los protestantes.

sible la ofensa del enemigo (1). Tratándose del Duque de Alba, nada de particular tendría que dicha idea obedeciera a consejo de Pizaño; pero no constando cierto no puede asegurarse si la idea nació de él, aunque sí es seguro que con su anuencia se hizo, que a oponerse él opusiérase también el Duque.

Para los conocedores de este suceso de Ingolstadt, en el que hay que fijar, sin duda, todo el origen de los triunfos sucesivos de Don Carlos en Alemania, resultará patente el buen juicio del Emperador al llevarse a Pizaño a su lado antes de empezar las operaciones, así como lo digno que aquél se mostró de semejante honor. ¿Y que mucho que se portara bien Pizaño si siempre lo había hecho, aun en encrucijadas como la de Casale, y ahora tenía por testigo de su trabajo y esfuerzo al propio Emporador, cosa por la que tanto había suspirado durante su permanencia en la Península? (2).

Con la retirada del ejército de la liga sobre Donauwörth, motivada acaso por la necesidad de impedir en pleno campo de batalla la unión del ejército imperial con el Conde de Buren, que con los flamencos avanzaba ya sobre el Danubio, quedó hasta cierto punto libre el camino de la izquierda de este río hasta aquella plaza.

Al mismo tiempo que Donauwörth ocuparon los protestantes el paso del Lech frente a Rain, con lo cual quedaron muy fortalecidos en la lengua de tierra que en la confluencia de los dos ríos se hace. El citado paso fué defendido con un fuerte y guarnecido y análogamente hicieron con Neuburg, aunque débilmente; y así fué juzgado esto como un error de los protestantes, pues este punto, además de haber detenido al Emperador para su expugnación, era muy aparejado para la resistencia por la abundancia de víveres y forraje.

Para reconocer esta plaza salió el Duque de Alba, y probablemente

(1) Este párrafo, escrito poco después de la guerra ruso-japonesa y demostrativo de la opinión del autor sobre la persistencia de los métodos de guerra en circunstancias favorables, tuvo mayor extensión en el siguiente, publicado en 1909 (*Minas Militares Terrestres.* Tomo II, pág. 341): «En la guerra de sitios, se llegará siempre, en la inteligencia de una enérgica defensa, a encontrarse los beligerantes separados por un espacio de pocos centenares de metros y con los frentes—el del defensor por lo menos—bien pertrechado de defensas accesorias.»

«*A una situación semejante puede llegarse en el campo de batalla, si la tenacidad del que ocupa una posición defensiva no se doblega por la acción lejana de la artillería y por la más próxima de la fusilería, y el atacante vése obligado a acercarse favoreciéndose con el terreno más o menos modificado.*»

(2) Recuérdese el aforismo que pone Cervantes en la pluma de Periandro (*Trabajos de Persiles y Segismunda,* capítulo I, libro IV); «Dichoso es el soldado que cuando está peleando sabe que le está mirando su Príncipe».

Pizaño con él, y la anduvo todo alrededor y al día siguiente el Emperador salió a hacerlo personalmente, constando en este día la presencia de Pizaño en el reconocimiento, pues unido al Duque de Alba le da Salazar mientras el Emperador lo hacía por otro frente y aguantando todos el fuego de la artillería de la plaza sin más amparo que los árboles que en los alrededores existían (1). Bien reconocida la plaza, se dispuso el Emperador a atacarla, lo cual no hizo necesario la decisión de los enemigos de entregarse. El castillo fué entregado igualmente y saqueado, según Salazar, con gran ganancia de los cabos principales, pues a ellos regaló el Emperador lo alcanzado, entre lo cual figuraban gran cantidad de joyas y telas de plata y brocado. Aquí en Neuburg, y a 15 de septiembre, se incorporó el Conde de Buren, con lo cual el ejército, que en este punto pasó muestra, se elevó a 56.000 infantes 11.000 y 64 piezas de artillería (2).

Decidido el Emperador a atacar a los enemigos por Donauwörth pasó por Neuburg el Danubio, utilizando el puente de la ciudad y otros de barcas, y en dos jornadas puso su campamento a una legua de Donauwörth, en una pequeña aldea que nuestros historiadores llaman Marquesen (3), la cual se fortificó. Desde ella hasta aquel punto existía un bosque casi impenetrable, pues sólo tres pequeños caminos, del ancho de un carro, lo atravesaban. Con objeto de reconocer el bosque y la posición de los enemigos, hizo el Duque de Alba algunos reconocimientos que demostraron que el bosque llegaba cerca del campo enemigo, pero sin que en lo descubierto quedara espacio para nuevo campamento, como pretendía el Emperador establecer. Reconocióse también el ejército enemigo, pero tan imperfectamente, que sólo se llegó a averiguar haber parte al otro lado del Danubio, por lo cual apelóse a una decisión extrema, que exigía la existencia de hombres como Pizaño, que ponían todos sus entusiasmos en servir de soldados al lado del Emperador *este poco de vida que me resta* (4). La decisión a que nos referimos fué la de mandar a Pizaño y a D. Alvaro de Sande, disfrazados de alemanes, a meterse dentro del propio campamento protestante. Este reconocimiento está prolijamente descrito en el libro de Salazar y a su descripción nos atendremos, aun cuando el estilo deje mucho que desear:

«Como no se podía alcanzar a saber como Langraf tenía sentado su campo ni se hallaba orden para ello ni por donde le dañar, así por esto

(1) En este reconocimiento quedó herido el Capitán Aguilera.

(2) Sandoval lo reduce a 29.000 infantes y 9.000 caballos, por causa de las enfermedades.

(3) Recuérdese lo dicho en la nota de la página 492.

(4) Palabras de una de sus cartas desde España.

como porque el ejército del Emperador estaba suspenso sin hacer ningún efecto, el Duque de Alba estaba muy congojado y pensando nuevas maneras para saberlo mandó a D. Alvaro de Sande y *Luis Pizaño* que se disfrazasen como alemanes y, con un alemán a quien se confiasen que llevasen por guía, hiciesen por entrar en su campo y le paseasen y mirasen particularmente los sitios y fuerzas de él. D. Alvaro y Luis Pizaño le respondieron que por servirle lo harían; y así se despidieron de él con voluntad de ponerlo otro día por obra. Asimismo el Duque de Alba mandó llamar a César de Nápoles y Juan Bautista Fabelo y les dijo que, con 400 lanzas, hiciesen por recorrer también el campo el día siguiente.»

«D. Alvaro de Sande dió parte, de lo que el Duque le mandó, a los Capitanes Villandrando y D. Francés de Alava, y a un soldado llamado *D. Sancho de Londonio* (1), apercibiéndoles se aderezasen para ir con él. Y como otro día fué el alba todos se disfrazaron remedando el traje tudesco, lo mejor que pudieron, en las ropas, chapeos y retorcer de las barbas, y cabalgando en sus caballos, con 30 hombres de caballo españoles llevando guía que sabía la lengua y tierra, caminaron hasta llegar a un bosque donde D. Alvaro mandó quedar los de caballo, y que le aguardasen tres horas, y que si dentro de ellas no volviesen se fuesen al campo porque correrían peligro, y él y Luis Pizaño y los demás con la guía fueron al reconocimiento. Y como llegaran al campo de Langraf entraron, lo primero, por donde tenían la vanguardia y anduvieron por ella mirándola, D. Alvaro delante y Luis Pizaño, Capitanes y soldados siguiéndoles muy despacio. Y temiendo la guía que serían reconocidos y le darían muerte se cortó de tal manera que no pudo pasar adelante, y sintiendo D. Alvaro su flaqueza, porque no les sucediese daño, con buen ánimo y mucha disimulación pasó delante de la guía guiando él. Y siguiendo la vanguardia y reconociéndola, los alemanes los miraban como a manera de sospecha que no eran de su campo, y como iban despacio y con mucho sosiego se la hacían perder; unos les hablaban, otros les quitaban las gorras, y como ellos no sabían la lengua no osaban hablar porque no los conociesen y en señal de astucia bajaban las cabezas y pasaban de largo, siempre mirando lo que convenía. Vista la vanguardia, fueron donde estaba la batalla (2) y la anduvieron y pasearon toda; y bien reconocido cobraron la guía y salieron del campo y fueron al bosque donde

(1) (*Sic*). Hace aquí referencia Salazar, sin duda, al que más tarde fué célebre Maestre de Campo y escritor militar D. Sancho de Londoño. En cuanto al D. Francés de Alava, fué con el tiempo Capitán General de Artillería y padre del artillero y escritor D. Diego. *(Nota del autor.)*

(2) Es decir, el grueso o centro. *(Nota del autor.)*

los de caballo habían dejado y no los hallaron porque se habían detenido en el reconocimiento cinco horas. Apeáronse e hicieron alto aguardando a que fuese tarde, porque si conocidos fuesen en la noche se pudiesen salvar, y estuvieron en el bosque hasta puesto el Sol, y más tarde, y poco antes que anocheciese, volvieron al campo y entraron en él cuando la guardia salía a hacer la vela y pasaron por donde estaban los centinelas y caballos de la artillería, y fueron a la retaguardia y la pasearon y vieron como por la parte de la tramontana el campo estaba vecino a un bosque en gran fuerte de manera (1) que no podía recibir ningún daño. Bien visto, ya que anochecía, se salieron y dieron vuelta al campo del Emperador, mandando a la guía que si alguno preguntase quiénes eran, dijese que caballería que iba a correr.»

Describe luego Salazar el reconocimiento hecho, a lo que llama la Abadía, por César de Nápoles y Juan Bautista Fabelo, que fueron con las 400 lanzas, y que dió lugar a una escaramuza muy sangrienta sin conseguir resultado de él.

Y continua, «D. Alvaro de Sande y Luis Pizaño y los que con ellos venían, a las diez horas de la noche fueron a pasar por la Abadía donde la escaramuza se había trabado, y llegando cerca, el centinela preguntó *¿Quién vive?* El guía dijo, *¡caballería que vamos a correr el campo! ¿Cierto?* dijo el centinela. *¡Sí, cierto!* dijo el guía. *¡Adios!* dijo el centinela. El guía dijo, *¡con El quedéis!* Y como a tal hora venían de hacia el campo de Langraf, creyó el centinela que el guía decía verdad y así pasaron sin ningún revés. Los 30 de caballo que habían ido con D. Alvaro fueron al campo (2); y como era ya de noche, y D. Alvaro y Luis Pizaño y los que con ellos habían ido y (3) no habían vuelto ni se sabía nueva de ellos, siendo muy tarde, el Emperador y el Duque de Alba los tenían por perdidos. Y estando en esta confusión, llegaron y dijeron al Emperador y Duque de Alba lo que habían reconocido y el fuerte y de la manera que estaban los alemanes, y que por ninguna parte les podían hacer daño. El Emperador holgó de saberlo para dar orden a mudar su ejército y ponerse en parte donde pudiese sacarlos de allí.»

Este reconocimiento, difícil, como se ve, por las circunstancias en que tuvo lugar y por la necesidad de pasar por alemanes en un campamento donde todos lo eran, tuvo gran resonancia en su época, pues que él fué causa de que el Emperador comprendiese la necesidad de mudar el suyo como lo hizo inmediatamente. Fué lástima que D. Luis de Avila se lo

(1) (*Sic*). Pero quiere decir «de tal manera fuerte que». (*Nota del autor.*)
(2) Debe querer decir *volvieron al campo o campamento.* (*Nota del autor.*)
(3) Parece sobra esta *y*. (*Nota del autor.*)

dejase en el tintero, pues que no le pudo pasar desapercibido; por lo cual me inclino a creer fué este escritor de los que, a pesar de los elogios que merecidamente ha recibido por su estilo, no gustan de emplear el tiempo en aquello de que no puede resultar beneficio propio, y esto no podía esperarlo de Pizaño, que de su obligación tenía concepto claro. Es trabajo inútil el de quemar incienso allí donde el espíritu de justicia reina, pues es pequeño el peso del humo para torcer la vara recta que la representa. Escollo grande de las almas justas el de no encontrar justicia y menos favor, donde ellas no pueden menos de hacerla de continuo.

La resonancia que el reconocimiento hecho desde Marquesen por Sande y Pizaño tuvo, nos lo comprueba, no sólo lo descrito, sino las referencias que a él hace en dos ocasiones Zapata en sus *Miscelláneas*. De una de ellas ya hemos hablado en el Capítulo I, y es, cuando refiriéndose a los discípulos del Gran Capitán, escribe, enumerándolos: «y, finalmente, Luis Pizaño, que yendo a reconocer a Marsella mató allí dos franceses y entraron en hábito tudesco en el campo *horrendo* de la liga de los alemanes, él y D. Alvaro de Sande.»

En otro lugar distinto en que trata de las ventajas que algunas veces reporta el disimulo, escribe igualmente Zapata: «como disimulando en hábito tudesco D. Alvaro de Sande y Luis Pizaño reconocieron el campo *espantoso* de los alemanes que importó mucho.»

No cabe duda de que el continuo roce que con los alemanes tenian entonces nuestros soldados pudo facilitar el disimulo de Sande y Pizaño, especialmente en el primero que llevaba mucho tiempo en las orillas del Danubio; pero de todos modos es de admirar el buen espíritu de semejantes valientes que no dudaron de exponer la vida por el mayor logro de la empresa en que andaban enredados. Buena prueba es ello también de que el espíritu de Pizaño no había decaido con los años a pesar de andar estos trabajados por el maligno influjo de la gota que, con las humedades de los campamentos, le atormentaba en esta campaña de un modo cruel e inusitado. Y ocasión es esta también de que recordemos los hechos del verano de 1543, en que Pizaño se vió obligado a huir delante de los turcos, y absolverle de aquella huida dando crédito a sus palabras, pues que nada podía evitar con no escapar y se lograron los muchos servicios que después prestó, entre los cuales no fué el menor éste del reconocimiento de Marquesen de que acabamos de tratar.

Demostrado por él la imposibilidad de acometer a los protestantes en las condiciones favorables que el Emperador deseaba, levantó éste su campamento, y tras un alojamiento en Monhm vino a acampar entre Wemding y Nördlingen. Este movimiento originó el del ejército protestante hacia este último punto favorecido por la niebla y con todos los

visos de querer chocar con el Emperador y decidir por una batalla lo que del continuo escaramuceo no conseguían. Pero el choque no tuvo efecto y ello fué causa de no pocas murmuraciones en el campo imperial, que a indecisión del Duque de Alba achacó aquel desfile de los protestantes hacia Nördlingen, sin llegar a trance de batalla. La verdad es que, probablemente, al Emperador no le conviniera el decidir por una batalla, cosa siempre incierta, lo que esperaba conseguir por la política y por el respeto que su nombre inspiraba, aun entre los mismos alemanes rebeldes. Quiso dar al tiempo la solución de la campaña y, a la verdad, no se equivocó. Aplaudámosle, pues su persona sola valió en esta campaña por un poderoso ejército. Y a la verdad que bien merecido tiene los aplausos, que, acometido por la gota y pasando malos ratos, anduvo por la humedad de los campamentos como el más joven de sus soldados.

Según Salazar tuvo este día Don Carlos consejo con sus capitanes, entre los cuales anduvo Pizaño, sin duda. De tal consejo debió de salir la decisión de no luchar, aunque ello sólo consta por el resultado y por las murmuraciones de Buren y los alemanes.

Sin duda, para evitar el mal efecto de éstas, acercó el Emperador al otro día su campo media legua más cerca del de los protestantes (1), lo que dió lugar a una escaramuza en que perdió la vida el Duque de Branzuique (¿Brainschweig?).

Pero no decidiéndose el Emperador a atacar a los protestantes en el lugar donde se habían situado, apeló al recurso de aislarlos del Danubio, para lo cual envió con gran sigilo al Duque Octavio, el cual, con 12 piezas de artillería, que no hubo necesidad de emplear, se apoderó de Donanwörth, que fué gran pérdida para los de la Liga. Inmediatamente el Emperador con su ejército trasladóse a este punto, y consecuente con su idea de dominar el Danubio aislando la Baviera, remontó este río rindiéndosele Höchstädt, Dillingen, Lauingen (una legua de Dillingen aguas arriba) y Gundelfgn y tras unas escaramuzas con Schertel— que en socorro de Lauingen había venido encontrándola ya rendida y viéndose obligado a huir a Augsburg—vino el Emperador a situar su campamento en Solten (a tres leguas de Ulm), pequeña aldea situada a las orillas del río Brenz (2).

Pensaba el Emperador apoderarse de Ulm en poco tiempo o cuando menos amagarla de cerca y en situación favorable para recibir al ene-

(1) En un lugar que Salazar llama Acabiosen. Recuérdese lo que hemos dicho en nota de la página 492.

(2) El lugar de Solten citado por nuestros historiadores, debe ser el llamado en alemán *Sontheim* que reúne las condiciones que a Solten le atribuyen éstos.

migo, si pretendía salvarla, como era de esperar, y para ello decidió mudar su campamento en demanda de aquella plaza; pero los enemigos, a quienes el movimiento emprendido por el Emperador sobre el Danubio había cogido de sorpresa, avanzaron ahora sobre él con ánimo de combatir sin llegar a hacerlo y situáronse alojados en la aldea de Giengen sobre el Brenz y una legua aguas arriba del campamento de Solten donde el Emperador se hallaba.

Nuevamente hablan con esta ocasión los autores de murmuraciones en el campo imperial y hacen de ellas cabeza al Conde de Buren y blanco al Duque de Alba, que tampoco en esta ocasión quiso combatir. Pero, pues el éxito final fué favorable, aplaudamos esta prudencia donde, si faltara, fuera posible censurásemos ahora el demasiado atrevimiento.

Fortificaron los protestantes su campamento de Giengen artillándolo con sus numerosas piezas. Pensaba el Emperador entretenerlos allí y caer sobre Ulm, cuya posesión era muy importante, tanto por su posición sobre el Danubio, como por lo que significaba en poder de los reformistas. Malográronse los deseos del Emperador, que quería repetir con Ulm lo hecho en Donauwörth, porque los enemigos, sospechándolo, reforzaron su guarnición, y así, descartada esta solución, dedicóse el ejército a fatigar con continuas escaramuzas y encamisadas a los que en el alojamiento de Giengen se encontraban. Entre estas escaramuzas fué importante la que el 23 de octubre, en la noche, intentó el Duque de Alba en persona —por lo cual debemos suponer la compañía de Pizaño—. Llegó el Duque en su reconocimiento a media milla del campo enemigo, y aunque llevaba fuerzas suficientes para acometerlo y habíase quedado el Emperador en Solten armado en espera del resultado, nada pudo hacer, pues los enemigos, que habían tenido noticias, por un tránsfuga, de lo que se intentaba, se hallaban apercibidos. Tuvo, pues, que replegarse sin combatir.

En vista del poco fruto que de estos intentos se obtenía, y encontrándose maleado el campamento por las aguas y ser el terreno bajo, decidió el Emperador mudarlo hacia el enemigo en situación de hacerle difícil la vida en Giengen. Decidió, pues, que se reconociese una montaña cuya ocupación podía producir los efectos deseados, y para ello mandó a Juan Bautista Gastaldo y a Pizaño. Este reconocimiento lo refiere también Salazar (1) en los términos siguientes:

«En el campo del Emperador morían gente y caballos y había otras

(1) Al Capítulo 119 cuyo título es: «Cómo el Emperador mandó a Juan Bautista Gastaldo y Luis Pizaño y D. Alvaro de Sande y Mos de Barbançon a reconocer un alojamiento y como mudó su campo.»

inmundicias que causaban mal olor. Y porque no se congelase algún mal contagioso el Emperador quiso mudar su campo a otra parte, y por este efecto, y por buscar como romper sus enemigos, mandó a Juan Bautista Gastaldo, Luis Pizaño, D. Alvaro de Sande, Mos de Barbazón que con 600 hombres de armas de Flandes y 1.000 arcabuceros españoles, reconociesen una montaña una legua del campo de Langraf, y mirasen si era alojamiento convenible para poder alojar su ejército, y desde allí hacer daño a sus enemigos; los cuales, con la gente que les mandó y compañía de caballo de D. Alvaro, partieron a la montaña, y a las nueve horas de la mañana llegaron cerca de ella y a la tarde vieron un estandarte de 300 hombres de caballo y 200 soldados alemanes que iban por forraje y como D. Alvaro de Sande iba delante con 12 caballos descubrió la gente alemana.»

Continua luego Salazar diciendo cómo los alemanes huyeron a su campo siguiéndoles D. Juan de Alava con 20 caballos y 12 arcabuceros en constante escaramuza con ellos, hasta que metidos en el campo se retiraron D. Juan y los suyos, uniéndose con Gastaldo y Pizaño, con lo que todos «fueron a reconocer la montaña y la anduvieron y reconocieron y les pareció conveniente para lo que el Emperador quería hacer, y volvieron y dijeron lo que habían reconocido».

Enteróse el Landgrave del reconocimiento practicado y sospechado el intento ocupó la montaña y fortificóla, con lo cual quedó el Emperador sin saber que partido tomar. Y como la estancia en Solten se hacía imposible, decidió trasladarse al campamento de Lauingen, como lo hizo sin ser molestado de los reformistas, no obstante que, según nuestros autores, el ejército imperial estaba muy debilitado por las bajas que enfermedades y destacamentos habían producido.

Tampoco este campamento reunía las condiciones necesarias para lo avanzado del tiempo que tenía encharcado todo, por lo cual trasladóse el Emperador con su ejército a otro campamento inmediato al de los enemigos (1), al cual los soldados llamaron «campamento del Emperador» sin duda por haberse ocupado por su voluntad y en contra de la del Duque de Alba que lo reconoció probablemente con Pizaño y los otros Maestres de Campo. La ocupación de este campamento es muy alabada por nuestros escritores, no se si por ser cosa del Emperador, o porque, en efecto, varió el rumbo de los sucesos. Ello fué que los reformistas, que esperaban que el invierno echaría al ejército imperial de los campamentos, cosa que también pretendian muchos cabos de éste—que querían suspender la campaña alojándose—viéronse desagradablemente sorprendidos

(1) Narixtetdm le llama Salazar.

con la vecindad de aquél, y así empezóse aquel gran cuerpo a descomponer, descomposición cuyo primer síntoma fué lo remisos que en las escaramuzas se encontraban, faltándoles el antiguo ardimiento que a los nuestros había tenido hasta antonces a raya.

Todavía, para más obligarles, reconoció el Duque una montaña inmediata, pero no llegó a trance de ocuparla, porque cuando todo estaba dispuesto para ello, los enemigos, que ya habían tanteado las paces con el Emperador, levantaron su campo pronunciándose en retírada a 27 de noviembre. Llegó tarde al campo imperial el aviso de ésta y así, aunque el Duque de Alba con toda la caballería les picó la retaguardia y el Emperador, aprovechando la noche, avanzó con el resto del ejército, no fué posíble darles alcance, como a todo trance quería el Emperador, que en esto también se demostró napoleónico. Pero la dureza del tiempo, el cansancio de las tropas y, más que nada, lo estragado que el terreno estaba, por las muchas viandas y forrajes que de él había sacado el ejército de la Liga, obligaron al Emperador a detenerse y retraerse al campamento, bien contra su voluntad. Es de notar, también, que de las descripciones que de esta retirada hacen nuestros historiadores, se deduce fué esta hábilmente dirigida por los caudillos protestantes, pues sacóse gran partido del terreno y de los armas y del tiempo, cosas todas ellas necesarias al buen logro de una empresa de esta índole.

Rehecho el Emperador, y con noticias del intento de los enemigos—que era el de fraccionarse repartiéndose entre la Franconia y la Baviera, intento que pusieron por obra yéndose los de esta región hacia el otro lado del Danubio y el Elector de Sajonia con el Landgrave hacia Rottemburg—decidió lanzarse tras de éstos, como cosa que más le importaba, y así a gran velocidad echóse sobre esta plaza que se le entregó como a su paso se le había entregado también Nördlingen y otras de menor importancia. Con esto se acabó de disolver el ejército de la Liga, marchando el Elector para su tierra, de la cual habíanse apoderado el Rey Fernando y Mauricio de Sajonia, y el Landgrave, por Frankfurt, hacia el Hessen, diciendo de paso a sus gobernadores, que le pidieron consejo de lo que habían de hacer *que cada raposo guardase su cola* expresión gráfica, que, en términos menos comedidos, hizo célebre más tarde un profesor de la Academia de Guadalajara.

Deshecho así el campo de la Liga, le fué fácil al Emperador recoger el fruto de su constancia, pues no estaban ya las ciudades y villas en condiciones de defensa. Permaneció, pues, algún tiempo en Rottemburg, a donde acudieron los representantes de gran número de éstas, quedando pacificada la Suabia y todo el territorio hasta el Rhin (Reno). Entre las ciudades rendidas figuró la de Halle, para la cual salió el Emperador y

en donde recibió a los representantes del Conde Palatino y los de la ciudad de Ulm que se le rindieron.

Quedó así pacificada gran parte de Alemania, no restando, para poderse dirigir libremente sobre las tierras de Sajonia y Hessen, a donde habían huído sus dos principales enemigos, otra cosa que Augsburg, en donde residía Schertel con parte del ejército, el ducado de Württemberg y la ciudad de Strasburg (Argentina).

Contra el ducado de Württemberg envió el Emperador al Duque de Alba, con tropas ligeras, sin que pueda consignar si con él fué Pizaño, como es de sospechar, o si se quedó atrás con la artillería, la cual, con el resto del ejército, marchaba, con Su Majestad, siguiendo el mismo camino que el Duque. La entrada de éste por Heilbronn fué la señal de la rendición del Duque de Württemberg, el cual tuvo que poner en manos del Emperador tres de sus más importantes plazas de guerra, y con ellas gran cantidad de artillería, entre ésta la perteneciente al Elector de Sajonia y al Landgrave de Hessen.

Iniciada la rendición general, lo hicieron también Angsburg, de la cual huyó Schertel para facilitar la gestión de sus conciudadanos, y después Strasburg; haciéndolo igualmente Frankfurt ante las armas del Conde de Buren a quien, de vuelta para Flandes, había el Emperador encargado de esta facción.

Estableciόse el Emperador en Ulm el resto del invierno preparando la próxima campaña, y allí seguramente quedóse también Pizaño, que sin duda entendería en lo necesario al buen orden de la artillería, ahora más abundante, pues las ciudades alemanas estaban muy bien provistas de artillería fundida y con gran delicadeza, demostración palpable de la superioridad industrial que aún hoy mantienen aquellos laboriosos e inteligentes ciudadanos.

No fué largo el descanso que en Ulm encontró el Emperador ni menos Pizaño, si alguno tuvo, pues el Elector de Sajonia a quien hemos dejado, roto el campo de la Liga, en marcha para su tierra a punto de dominada por el Rey Fernando y Mauricio de Sajonia, dióse tan buena maña que en poco tiempo recobró todo lo perdido, y con el auxilio encubierto de los bohemios puso en gran peligro este Reino. No bastaron a llevar la cosa por buen camino los auxilios que desde Ulm mandó el Emperador, entre los cuales fué el Maestre de Campo Alvaro de Sande con su Tercio, y así, a pesar de lo mal que la gota le trataba, y antes de que el daño fuese mayor, decidió el Emperador salir nuevamente a campaña. Hízolo en el mes de marzo (1) haciendo su marcha por Gienssen

(1) Robertson asegura que la campaña la emprendió el Emperador una vez ase-

(el antiguo campamento de la Liga), Nördlingen, Nürnberg (Nuremberga) y Eger. Hízose toda la marcha yendo el Duque de Alba en vanguardia y escogióse a Eger como punto de reunión de las fuerzas imperiales con las que con el Rey Don Fernando y Mauricio andaban por la Bohemia. Verificada la concentración, y decidido el plan de lanzarse sobre el Elector de Sajonia, allí donde se supiera hallarse, con objeto de no darle tiempo de encerrarse en las plazas que en la Alemania del Norte tenía, hízose la marcha, siempre con Alba delante, en dirección a Mühlberg, pequeña aldea situada en la orilla del Elba (Albis), en la cual se supo esperaba el Elector por tener ya el río condiciones de anchura y corriente bastante a constituir un obstáculo serio y de fácil defensa.

Pero, antes de seguir, conviene que manifieste que, a partir del reconocimiento de Solten, hecho por Pizaño en el año anterior, se hace el silencio en nuestro guía el Capitán Salazar. Su libro, que contiene detalles interesantes respecto a la campaña de 1546, es en esta de 1547 una ligerísima relación en que muy de lejos se sigue a Avila, pero con mucho menor número de detalles. El silencio de Avila en todo su libro y ahora el de Salazar nos hubieran impedido decir nada de Pizaño en esta campaña; pero como Dios ayuda a los que con buen fin le buscan, tenemos un documento que nos le presenta y en el momento culminante de la batalla de Mühlberg único hecho de armas de ella. Por este documento, pues, se puede colegir haber avanzado desde el Ulm con la vanguardia y al lado del Duque de Alba, cosa que por otro lado debió sospecharse.

Como es sabido, la batalla de Mühlberg cogió al Elector de Sajonia desprevenido, pues no sospechaba la decisión del Emperador y creyó que de pasar el Elba lo haría aguas arriba del Meiszen en Meiszen, donde él había estado acampado anteriormente. Pero lo cierto es que cuando el Emperador estaba dispuesto para marchar a este sitio, supo que el Elector había marchado río abajo por la orilla derecha, sin duda para asegurarse la retirada hacia la plaza fuerte de Wittenberg capital de los estados hereditarios de la rama Electoral. Nuevos avisos le denunciaron en Mühlberg, y así el Emperador no perdió tiempo y marchó camino derecho llevando con todo su ejército un espíritu de arrojo que se diferenciaba bastante del prudente seguido en la campaña anterior, no obstante

gurado con la muerte de Francisco I, de que nada tenía que temer de este Príncipe, que con las victorias del año 1546 andaba envidioso y preocupado buscando alianzas para oponerse al Emperador. Pero la muerte de Francisco, ocurrida el día último de marzo, cogió ya al Emperador en plena campaña, pues Sandoval nos le da en Eger a 20 de marzo, en cuyo mes llegó a este punto el Rey Fernando con sus tropas.

no ser su ejército, en cuanto al número, ni sombra del que había operado en las orillas del Danubio.

Marchaba en vanguardia siempre el Duque de Alba y allí en Mühlberg tuvo lugar el contacto con el destacamento que para defensa del paso había dejado el Elector situado detrás de él. El sitio que para pasar el río se eligió de primera intención no reunía las mejores condiciones, pues dominaba la orilla contraria no sólo el río, sino una gran extensión de la imperial que era muy llana y con sólo algunos árboles por todo reparo.

Con objeto de desalojar al enemigo estableciόse la artillería, sin duda mandada por Pizaño, aunque este extremo no me consta cierto; e igualmente los arcabuceros de los Tercios españoles dedicáronse a combatir a los contrarios. El gran ardimiento de aquéllos, que se metieron en el río con el agua al pecho (1), debió de ser causa de que la artillería cesase pronto en su fuego y esto puede explicar el que, según el documento que hemos citado, Pizaño aparezca al lado del Duque de Alba al encontrar el vado, y con él, y con la caballería, puesto en persecución del enemigo formando una ola arrolladora, lógica vanguardia de un ejército que tan agresivo se había mostrado desde los primeros momentos de su salida a campaña.

Estos extremos constan por el documento a que hemos hecho ya referencia y que se encuentra en la Biblioteca Nacional, sala de Manuscritos (2). Es una carta escrita a 26 de abril, desde la provincia de Sajonia, por D. Alonso Enríquez a la mujer del Secretario Cobos Doña María de Mendoza. Dice en ella que primeramente pasó el río el Duque de Alba con otros varios, no queriendo que lo hiciera el Emperador, sin duda por el peligro que en ello podía correr. Que inmediatamente fué a reconocer el Duque a los enemigos, y que no quiso que le acompañaran más que Juan Bautista Gastaldo, Maestre de Campo General (3), y Pirro Colona italianos, y el Capitán Luis Pizarro *(sic)* y el autor de la carta. Al publicarse este documento, el comentarista, con muy buen acuerdo, hace una llamada en el nombre Pizarro y escribe ¿por Pizaño? Por todo lo que nosotros hemos visto ya desde que este libro empezamos, podemos comprender cuán acertado estuvo en esta sospecha, pues efectivamente nadie

(1) Por cierto que el primero que pasó a nado el Elba en busca de las barcas que había en la otra orilla fué un paisano de Pizaño llamado Juan de Bolea, natural de la villa de Uceda, al cual Felipe II concedió el uso de escudo, por este servicio, en 1558. En 1579 vivía retirado, de capitán, en su pueblo natal.

(2) Ha sido publicado en el tomo 85 de la colección de *Documentos Inéditos para la Historia de España.*

(3) Cargo análogo al que hoy llamamos General Jefe de Estado Mayor.

más que Pizaño, cuya presencia en la campaña y amistad con el Duque conocemos, podía acompañarle en semejante ocasión, y así aparece en una tan solemne pasando el río Elba cuando ya la artillería resultaba inútil, pues confiado en la caballería el Duque de Alba lanzóse en busca de los contrarios. Puesto en contacto con ellos y aguantando el fuego, de arcabucería y piezas, que desde un bosque hacían, fué enviado el autor de la carta a avisar al Emperador y manifestarle habiase el Elector metido por el bosque, y con prisa, pues había abandonado cuatro cañones, señal de que no las llevaba todas consigo. Hízolo así y el Emperador, que mandaba el grueso, avanzó, encontrándose con el Duque que luchaba con los enemigos ya metido entre ellos, pronunciándose éstos en franca huída.

Hubo momentos, según Sandoval, en que se echó de menos la artillería imperial para desalojar a los enemigos del bosque, pero reconoce esto imposible, pues como el paso había sido tan precipitado y sin concluir de echar el puente, no había podido pasar ésta. La verdad es que desde el momento en que, con el arrojo de los infantes españoles, habíanse cobrado las barcas que los enemigos tenían—para lo cual fué preciso nadar con la espada en la boca—y luego, más tarde, descubierto el vado, lo pasó el Duque y tras él el Emperador, llevando los infantes a la grupa, puede decirse que ya no se trató más que de una cacería. Tal era el ardor con que acometian a los enemigos que parecía no tenerse que temer nada de ellos. El haber ordenado el Duque a Pizaño que fuera con él, desprendiéndose de su auxilio como artillero, demuestra que se llevaba la decisión de cerrar la distancia no dando lugar a combate de artillería. La defensa que con la suya hizo el enemigo del bosque, si un momento detuvo al Duque de Alba fué, puede decirse, para respirar, pues luego fué completa la dispersión del enemigo, siguiéndose, como es sabido, la prisión del propio Elector que pagó con su libertad su impremeditación y malas disposiciones para la defensa del paso.

Resumiendo, pues, podemos decir que la batalla de Mühlberg no fué otra cosa que el asalto a una brecha, la cual se encargaron de hacer en la orilla enemiga la artillería y arcabuceros, desempeñando la brillante misión del asalto la caballería, de la cual los autores elogian grandemente a los húngaros que con el Rey Fernando habían acudido a la campaña (1). Y, puesto que a la cabeza de dicha caballería marchaban el Du-

(1) He aquí como expresa Sandoval el momento culminante a que hacemos referencia:

«El duque de Alba con la gente de la vanguardia, yendo escaramuzando siempre, estaba tan cerca que los enemigos hicieron alto, y comenzaban a tirar toda su

que de Alba y Pizaño con él, bueno será que saludemos en tal ocasión al valiente anciano que con la artillería primero, y con la espada después, no se dió punto de reposo en toda la jornada, demostrando que contra su temple guerrero no prevalecían ni años ni enfermedades.

La victoria de Mühlberg obtenida el 24 de abril, dió al traste con la resistencia opuesta por los dos grandes campeones de la Reforma, o sean el Elector, que quedó prisionero, y el Landgrave de Hessen, que voluntariamente se entregó más tarde. Es verdad que la esposa del primero intentó aún defenderse en Wittemberg, una de las mejores plazas alemanas, fortificada con arreglo a los adelantos de la época, y que ante este propósito el Emperador decidió atacarla, y así debemos aquí suponer a Pizaño, interviniendo con su consejo sobre el mejor medio de hacerlo. Pero lo cierto es que a aquello no se llegó, por haberse rendido antes la esposa del Elector, temerosa de que el Consejo de Guerra, al cual había el Emperador sometido a éste, pudiera tener un terrible desenlace. Esta es la opinión de algunos escritores, por más de que, sin que haya necesidad de suponer que el Emperador llegara a un extremo que hubiese empañado su gloria, bastaba la que a la sazón había adquirido y el poder que ella representaba para que lógicamente esperara obtener más la mujer del Elector, de su gracia, que de la resistencia que en Wittemberg pudiera oponerle.

Después de los sucesos descritos, nada vuelvo a saber de Pizaño por este año; pero como en el siguiente le encuentro en la Corte del Emperador, en Augsburg, creo no equivocarme si aseguro que desde Mühlberg le siguió constantemente, pues así lo hizo también el Duque de Alba. Iría, pues, con él despues de los sucesos de Wittemberg ya dichos, a Halle de Sajonia, donde vino a rendirse el Landgrave, y luego, más tarde, a Augsburg, donde el Emperador pensaba celebrar la nueva Dieta y cuyo camino hizo atravesando la Turingia.

Es posible, también, que ya desde el primer momento entendiese en la comisión en que le hemos de ver en el capítulo siguiente, pero nada puedo asegurar de modo cierto, pues, aunque muy trabajosa fué ella,

artillería, lo cual los alemanes saben hacer muy bien, y por esto el Emperador dió más prisa a igualar con la vanguardia. La infantería imperial no parecía, ni seis piezas de artillería que con ella habían de venir, y no era maravilla, porque al presente no se pudo hacer con tanta diligencia, ni el pasarla tantos pudo ser en breve tiempo. Esto era ya tres leguas tudescas del Albis, y el Emperador se daba gran prisa con la caballería, porque con ella emprendió deshacer al enemigo, y si se esperaba a la infantería tuviera lugar [el enemigo] de ponerse en el lugar que quería; donde se ve claramente cuanto pueden en las cosas grandes los consejos determinados.»

más la conozco por los resultados que por los pasos dados por Pizaño para desempeñarla.

Bueno será, por último, indicar que los documentos que desde la salida de Pizaño de Perpiñán hasta la terminación de la guerra he encontrado en Simancas, si no sirven para añadir dato biográfico alguno que a éste se refiera, demuestran que no había abandonado la alta dirección de las obras del Rosellón y del Ampurdán. Son estos documentos cartas dirigidas a Pizaño del Veedor Avila, del Pagador Juan Muñóz de Salazar, de los Maestres de Campo Guevara y Varaez, de Micer Benedicto de Rávena y del Alcaide del Castillo de San Telmo D. Antonio de Olmos. En todas estas cartas se habla de la marcha de las obras, manifestándole en una de ellas que el baluarte de la Puerta de Elna, que Pizaño había trazado, estaba concluído y había resultado el baluarte *más galano* de los que por aquellas tierras existían. De dichas cartas, en alguna de las cuales se le llama «el muy mágnifico señor» y en otras se hace referencia a lo muy trabajado de la gota que estaba en esta campaña, hacía Pizaño extractos para presentarlos al Emperador, que, sin duda se preocupaba de sus fronteras, por los temores, que, según hemos dicho, le había inspirado la conducta de su rival Francisco I, antes de rendir éste el común tributo a la muerte, paradero natural de todas las ambiciones, rencores y mentiras que asaetean al corazón humano en su paso por este campo de miseria que se llama vida terrenal.

CAPÍTULO XVIII

(1548-1550.)

Comisión desempeñada por Pizaño acerca de la reunión y distribución de la artillería cogida a los protestantes alemanes y de la construída, en Augsburg, de orden del Emperador. No abandona la alta dirección de las fortificaciones de España. Su estancia en Flandes y regreso a la Península. Desembarca en Laredo y reconoce los caminos de este lugar a Burgos, y de Burgos a Santander. Muere repentinamente en Laredo el 5 de octubre de 1550. Publícase un documento que puede servirle de honroso epitafio. Dase noticia de los familiares de Pizaño y de las incidencias que tuvo la hacienda que dejó en Laredo. Trátase del puesto oficial que corresponde a Pizaño en la Artillería española y en la Imperial.

En el *Comentario de la guerra de Alemania* que escribió D. Luis de Avila y Zúñiga, y al cual nos hemos referido en el capítulo anterior, hay un párrafo que nos interesa copiar, porque él es la clave de los trabajos a que Pizaño anduvo dedicado desde el momento en que se finalizó, con la prisión del Elector y rendición del Landgrave, la campaña sostenida por el Emperador contra los luteranos los años de 1546 y 1547. El citado párrafo dice así, copiado a la letra:

«Acabadas estas cosas, el Emperador partió de Hala (1), habiendo proveído cómo se derribase Gota y se trajese él artillería de ella a Francfort; y también provelló cómo se derribasen todas las fuerzas de Lantgrave, excepto una que su Majestad le dejó, y la artillería y municiones se llevasen de la una parte y de la otra a Francfort, porque allí hace

(1) Hace referencia Avila al acto de sumisión que en esta ciudad hizo el Landgrave, y después del cual quedó prisionero del Emperador. De la estancia de éste en Halle ya hemos hablado en el capítulo anterior. (*Nota del autor.*)

juntar toda la artillería y municiones ganadas en estas dos guerras, sino son las 100 piezas de Vitemberg, que envía 50 a Milán y 50 a Nápoles. Las 200 que se tomaron a Lantgrave y las 100 de Gota, y 100 que dan las ciudades que el Emperador rindió cuando deshizo el campo de la Liga, se juntan allí para llevarlas a Flandes. De estas 400 el Emperador envía a España 100, con otras 100 y 40 que él tenía para enviar allí. En Flandes quedan 300, porque es muy justo que en todas las partes de sus estados donde se sabe la fama de esta victoria se vean las insignias de ella.»

El primer documento que, con relación a este material artillero, he encontrado en Simancas, es una relación titulada «Relación del artillería y municiones que Su Majestad tiene en las infrascritas tierras y del camino que se pueden llevar al Rhin y de los caballos y carros que serán menester para ello y de lo que costará el acarreo de ello poco más o menos» (1). Dicho documento está firmado en Augusta a 19 de enero de 1548 por el Duque Fernando, que no es otro que el de Alba, y abarca una relación de poblaciones alemanas, de las cuales se habían obtenido piezas y municiones, indicando de paso, como del título se deduce, el mejor camino para llevarlas al Rhin, por cuyo río se las podía llevar directamente a Flandes o remontando el Main a Frankfurt, punto primero de reunión acordado por el Emperador, y desde el cual pensábase proceder al reparto.

Publicamos a continuación, por su mucha extensión, sólo un extracto de este documento, copiando al pie de la letra un párrafo que, por referirse a Pizaño, y ser demostrativo de la comisión que se le dió, hemos creído merece que se haga. Advertiremos de paso que en el citado documento existen notas puestas con letra del mismo Duque que son aclaratorias de algunos extremos, y que se añadirán poniéndoles delante la palabra *nota,* siendo también de su puño y letra el párrafo que se refiere a Pizaño. He aquí el documento extractado (2):

Ulma (Ulm). Dió a Su Majestad, al tiempo de volver a la obediencia, 12 piezas, de las que 6 (según una nota marginal) estaban ya en Flandes, habiéndose llevado primero a *Francoforte* (Frankfurt) y las otras seis que quedaban eran dos culebrinas y cuatro medias culebrinas. Además, existían muchas municiones. Se han de llevar a *Helpra* (Heilbronn) y allí embarcarlas en el *Necar* (Neckar) hasta el Rin (Rhin) y si no a *Spira* (Speyer) por tierra si fuera tiempo de no poder embarcar.

(1) S. M. y T. l.° 58.

(2) Escribo, por una vez, con bastardilla los nombres tal como figuran en el documento y entre paréntesis el que hoy les corresponde. (*Nota del autor.*)

Quirquen (Kirchheim) 2 sacres. *Xarandorf* (Schorndorf). 4 cañones, 4 culebrinas y 2 morteretes. Las piezas de estas dos villas del Ducado de *Virtemberga* (Württemberg) se llevarán a *Helprun* (Heilbrom) y luego por el Necar al Rhin, y si no por tierra a Spira como las anteriores (1).

Argentina (Strasburg). Tiene que dar 6 cañones y culebrinas y 6 piezas de campo. Embarcarlas allí en el Rhin y llevarla donde hubieren de ir.

Lindo (Lindau). Tiene que dar 2 piezas que se comprometen a mandar hacer. Las tienen que hacer en *Nuremberga* (Nürnberg) y se podrán llevar a *Bamberga* (Bamberg) y por el *Mena* (Main) se llevarán a Francoforte con las 14 que vendrán de *Vitenberga* (Wittenberg) en Sajonia; ya se hablará de ellas.

Nerlinga (Nördlingen). Tiene que dar 1 culebrina y 2 sacres. Se deben llevar a Helprun para embarcarlas y, si el tiempo no permite navegación, a Spira por su camino.

Eslinga (Esslingen). Han de dar 1 cañón, 1 media culebrina y 3 sacres. Se llevarán a Helprun para embarcarlas o a Spira por tierra.

Helprun (Heilbronn). 2 medias culebrinas y 3 sacres. Embarcarlas o llevarlas a Spira.

Hala (Halle). 2 culebrinas y 2 sacres. A Helprun a embarcar o a Spira.

A *Meningue* (Meiningen) 10 piezas, *Yny* (¿Isny?) 7 piezas, *Janespurg* 16 y *Vibrad* 4 no se señaló número de piezas, con que habían de servir, por el Abad de *Benigartin* (Weingarten), que fué el que las reconoció. Tienen muy poca munición y una vez que se haya asignado número de piezas se llevarán a Helprun (2).

Virtinberga (Wittenberg). 2 culebrinas, 4 medias culebrinas, 2 medios cañones, 2 falconetes y 4 piezas que aún no se han visto. Total 14. Se pueden traer por la vía de *Coburgo* (Koburg)—por donde salió Su Majestad de Sajonia—a Bamberga y allí por el Mena a Francoforte. Otra mucha munición que había, que costará mucho el acarreo, se propone

(1) En Simancas (M. y T. l.º 58) hay otro documento que se titula: «Relación de la artillería que se ha hallado en las fuerzas de Schorendorff, Quirquen y Asperg, del Ducado de Wiertemberg, y se ha de llevar a Flandes». No tiene fecha pero debe ser del 1548, y se manifiesta en ella el número de piezas siguientes, procedentes de las plazas de Schorndorf, Kirchheim y Asperg, de las cuales las dos primeras son las mismas que figuran en el documento incluído en el texto: tres cañones grandes, un cañón, cuatro culebrinas, dos pedreras, Schorndorrf; dos falconetes, Kirchheim; un falconete, Asperg. Además municiones, pelotas, carros, etc.

(2) Los números de piezas que siguen a los nombres se añadieron después de haber escrito el texto en que consta no se les había asignado. *(Nota del autor.)*

vender al Duque Mauricio (1) o dejárselo en depósito. «Nota: ¡Ojo! A Nápoles y Milán fueron las 119 piezas que se hallaron en esta villa.»

Augusta (Augsburg) y *Ratisbona* (Regensburg). De las 4 culebrinas, 4 medias culebrinas y 4 cañones que los de Augusta dan a Su Majestad con pólvora y pelotas y 36 barcas, se tendrá memoria para que partiéndose Su Majestad de Augusta se lleven a *Noyombourg* (¿Neuburg?) para que con lo demás que hay allí y con las 20 piezas del Rey de Romanos que están en Ratisbona, se forme un parque para lo que se ofreciere hasta que Su Majestad disponga de ello. «Nota: Que esta artillería y puente se ha entregado ya a los ministros del Rey.»

Viene ahora otra nota firmada por el Duque de Alba, y de su letra, en Augusta, fecha citada de 19 de enero de 1548, que dice:

«Será menester despachar una persona que vaya a reconocer el artillería que se ha de tomar en las villas que no está declarada.»

«Asimismo, será menester despachar otras dos personas con recado de dineros que sepan dar buen recaudo para que hagan conducir toda esta artillería en Flandes. La que hubiere de quedar en el Rhin antes de *Maguncia* (Mainz) podráse juntar con la otra y hacer cargo a los que allí tienen la que se ha traído allí por mandato de Su Majestad.»

«Si se hubiere de encaminar alguna por otra vía, el mismo que de aquí se despachare la podría llevar hasta Flandes.»

«Mandará Su Majestad hablar a *Luis Pizaño* y encargarle tenga mucha cuenta con lo de la artillería, entendiéndose siempre con Eraso para que se provea lo necesario» (2).

Sigue luego una relación de las municiones halladas en Virtemberga que es muy numerosa, y se hace constar había muchas en una cámara secreta del Castillo, lo cual no se pudo averíguar bien porque el Elector Mauricio dió su palabra de caballero de que aquello no era de Su Majestad.

Continua a seguida el documento que extracto:

Branzuich (Braunschveig). Ha de dar 6 piezas grandes y 6 de campo. Esta artillería se ha llevar, a costa de la villa, a un lugar de Holanda por todo el mes de junio.

Goslar. 6 grandes y 6 de campo y llevarlas a su costa a un lugar de la jurisdicción de Su Majestad en un mes que se hizo el compromiso.

(1) Mauricio de Sajonia obtuvo el Electorado por sus servicios al Emperador. *(Nota del autor.)*

(2) El Secretario Eraso estaba encargado del despacho de guerra, y como tal figura en el Anuario Militar Español, ejerciendo el cargo de Ministro de la Guerra. *(Nota del autor.)*

Hildehami (Hildesheim). 5 grandes y 5 de campo. No se sabía el acuerdo de donde había que llevarlas.

Hannover. 4 culebrinas y 3 medias. Tampoco se sabe donde entregarlas.

Son en total 41 piezas las que han de entregar *estas cuatro ciudades bajas*.

Del citado documento que hemos extractado—el total de las piezas que abarca es de 159—se deduce el cargo dado a Pizaño de entender en el asunto de las piezas, y formase por él idea de las dificultades que había que vencer para conducir tan pesado material a tan larga distancia.

Debe observarse, también, que al hablar de Wittenberg, manifiesta el Duque haber sido 119 las piezas llevadas a Nápoles y Milán, y no 100 como escribe Avila, cuya diferencia se notará también en la distribución que este autor indica; lo cual nada tiene de particular, pues se comprende en él el deseo de redondear las cifras, cosa que en nada sustancial modifica el punto de verdad de su Historia. Por otra parte, el transporte ya hecho de estas piezas en enero de 1548, aun cuando no consta de cierto fuera realizado por Pizaño, nos hace sospechar un trabajo suyo con que rellenar la segunda mitad del año anterior de 1547, pero, no constando cierto nos contentaremos con la citada observación.

Hay también que fijarse en que las piezas que en el documento anterior se indican pertenecían, unas a lo adquirido como consecuencia de la disolución de la Liga a fines de 1546, y otras son ya de las adquiridas en la segunda campaña, entre las cuales se cuentan, desde luego, las 119 piezas halladas en Wittenberg, que demuestran un poderoso artillado en esta plaza; lo cual, unido a sus hermosas fortificaciones, explica el deseo del Elector de buscar refugio en ella y el de su esposa de defenderla, una vez aquél prisionero.

Por último, del citado documento deducimos hallarse Pizaño en Augsburg en enero de 1548, constándome también que en 1.° de julio seguía en la misma plaza, pues allí fecha una carta dirigida al Secretario Vázquez de Molina, residente en España, en la que le habla de asuntos de artillería y de las dificultades que el Tesorero le ponía en España, para pagarle los 300 ducados anuales que el Emperador le había asignado, según hemos dicho, a partir de la muerte de D. Pedro de la Cueva, como sobresueldo (1).

A partir de la citada fecha del año 1548, en que contemplo a Pizaño

(1) Como consecuencia de esta carta el Príncipe D. Felipe extendió una cédula ordenando se le pagase esta cantidad.

en Augsburg, no vuelvo a encontrarle hasta el 22 de febrero de 1549, en cuyo día, según nota del mismo Pizaño puesta en una carta recibida del Veedor Francisco de Avila, se hallaba en la ciudad de Bruselas. Esta carta, como todas las recibidas por Pizaño que hacen referencia a las obras del Rosellón y Ampurdán, es muy interesante, pues demuestra que lejos de España continuaba siendo el inspirador de dichas obras. Pero la citada carta lo es aún más, pues en ella el Veedor le refiere la impresión causada *de visu* en el Príncipe D. Pelipe, a la sazón de viaje para Italia, de las obras realizadas en aquellas provincias. Manifiéstale Avila que el Príncipe había quedado satisfecho de todo, pero muy especialmente del baluarte de Elna y del Castillo de la Trinidad. Estas noticias seguramente alegrarían a Pizaño, que de este modo veía recompensados sus esfuerzos y le servirían de lenitivo a su padecimiento de la gota que, por dicha carta se deduce también, habíale dado mucho que hacer en las campañas anteriores.

En marzo del mismo año le encontramos en Malinas, como se desprende de un documento cuyo título es: «Memoire des boulets que le Comandeur Sr. Louis Picano, Cappitaine de l'artillerie nous a faut faire pour sa ma.te le 14 jour di marso l'an 1549» (1).

Pero antes de que Pizaño llegase a Bruselas y Malinas, debió de permanecer algún tiempo en Frankfurt, que fué el primer paradero de la artillería, según consta por D. Luis de Avila, por el documento que hemos extractado al principio de este capítulo y por otros muchos que obran en nuestro poder.

Además de la artillería que, por el documento consta se recogió de las ciudades alemanas, fué preciso conducir desde Ausgburg 152 piezas que el Emperador había mandado hacer en 1543 a Gregorio Loefler, y que debían estar ya concluídas. Estas 152 piezas, cuyo recibo corrió a cargo de Pizaño, son, sin duda, las 140 que dice Avila tenía el Emperador para llevar allí y figuran en una relación de Simancas encontrada por Salas (2).

Condújose igualmente, por intermedio de Frankfurt, a Malinas 259 piezas de las cogidas al Landgrave y al Elector de Sajonia, cuyo detalle

(1) Los proyectiles son: 85.266 balas con peso de 4.852 quintales y 7.129 con peso de 167.766. Al dorso pone «la artillería que mandó hazer Luys Piçaño en Malinas.» (S. M. y T. l.° 58.)

(2) El Brigadier Aparici copió en Simancas y publicó, extractadas, las relaciones a que hacemos referencia en el texto. Copiólas igualmente el General Salas. Estos documentos se salvaron todos por haberlos traído Pizaño de Flandes y fueron recogidos a su muerte en Laredo. Figuran en el legajo 32 de Mar y Tierra. Las 152 piezas mandadas fundir por el Emperador, eran 27 cañones, 24 medios cañones, 11 culebrinas, 20 culebrinas cortas, 12 medias culebrinas, 18 sacres, 36 falconetes y 4 morteretes.

consta en un documento que se titula «Relación de la artillería que trajeron de Alemania de las tierras de Lanzgrave y Duque de Sajonia a Malinas el Comisario Juan de Andares y Capitán Becerrillos en el año 1548. Es ésta el que sacó el dicho Juan Andares a su discreción de la dicha artillería y está al contento del Capitán mi Señor, aunque hay algún yerro en el peso y balas de las piezas» El total de estas piezas era de 259 y en su transporte, como se ve, parece no tuvo intervención Pizaño, por lo menos material, si bien la tuvo en su recuento, pues él es a quien se le llama *el Capitán ni Señor* (1).

Una vez reunida la artillería en Frankfurt, trasladóse a Malinas (Malines), Vilvorde y Rupelmonde, en donde se encontraba ya el material en el mes de abril de 1548, coincidiendo con la estancia de Pizaño por esta época en esta región de Flandes. La artillería en estos puntos reconcentrada se conoce por una relación de Simancas, en la cual, especificando que las piezas procedían de la conquista de Alemania y de la mandada construir por el Emperador, se dice que estaban en aquellas poblaciones a cargo de Juan de Escoriaza y Pedro Pérez de Luzuriaga, Mayordomos de la artillería. El total de las piezas allí acumuladas era de 376, o sean 32 cañones, 15 medios cañones, 7 piezas de bronce, 34 culebrinas, 38 medias culebrinas, 56 falconetes, 86 medios falconetes, 36 esmeriles, 5 pedreros, 8 pezesuelas pedreras, 1 de otro calibre, 2 iguales de otro calibre, 9 morteretes pequeños, 10 lombardas, 5 versos y 32 pezesuelas para muralla. Había además 504 mosquetes y 150 arcabuces.

De todo este material se separaron 258 piezas, que se destinaron para España y Sicilia, y cuya conducción a España constituyó la última comisión que Pizaño había de desempeñar en su vida.

(1) En extracto, el detalle de este material es el siguiente:

La artillería del Duque Federico [de Sajonia], o sea el Elector, era 12 cañones; 5 medios cañones; 9 culebrinas, 3 de ellas reforzadas; 3 medias culebrinas; 2 pasavolantes; 6 sacres; 21 falconetes, 1 de ellos reforzado; 18 medios falconetes; 9 morteretes, 2 de ellos reforzados; 5 esmeriles; 1 pieza de reparo y 1 cañón pedrero: en total 92 piezas.

La artillería del citado Lanzgrave era 23 cañones, de los cuales 11 son reforzados, 5 dobles, 1 tercerol de cañón y 4 cañones pedreros; 17 culebrinas de las cuales una es reforzada y 6 mayonas; 6 medias culebrinas de las cuales 3 mayonas; 7 sacres; 21 falconetes; 22 medios falconetes; 9 esmeriles; 2 morteros; uno grande; 7 morteretes, uno reforzado; 8 pedreras y 2 pedrezuelas, total 124 piezas.

La palabra mayona derivada de la *moyene* francesa debe traducirse *medianas*.

A continuación del texto que hemos extractado hay el siguiente párrafo:

«Toda esta artillería hasta aquí es la venida del Estado de Lanzgrabe a la ciudad de Franfort, de la cual juntamente con la del Duque Federico que vino de Gota, se formó inventario en la dicha Fracaforte y se ynbio a su m.d agusta.»

Por un documento que he encontrado en Simancas (1), consta que este material, con sus ruedas y cureñas y desencabalgado, se metió en una granja que se alquiló a un vecino de Malinas, llamado Gisbert, y parte también en el mercado de la villa. Allí estuvo desde el 13 de abril de 1548 hasta el 13 de octubre del mismo año, en que se sacó al campo encabalgando los cañones para que pasase revista el Emperador a todo el material. Después de pasada la revista, llevóse la artillería a una granja de que era propietaria la vecina de Malinas Clara de Vares, y allí estuvo un año, o sea hasta el 13 de octubre de 1549, día en que se sacó nuevamente para llevarla a la misma Malinas y casa del vecino Giles de Richque. Aquí quedó hasta julio de 1550, época en que se mandó sacar para proceder a su embarque para España y reparto para Flandes.

Entregóse el 4 de julio por orden de Su Majestad, y en su nombre por la del Capitán de artillería, del Estado de Flandes, Mos Glajon a Jaques Félix (en nombre de Maestre Tiracola, Maestro recibidor de la artillería de Flandes), 89 piezas de artillería y gran cantidad de armas manuales (2) que debían quedar en aquel Estado. Diéronse igualmente por orden de Glajon a Ruger Ugues, oficial de artillería, vecino de Malinas, 7 piezas (3), que debía tener en su poder hasta que se pudieran embarcar para Sicilia, a donde se destinaban, y, por último, se descartaron otras 6 piezas (4), que se entregaron al Capitán Hernando de Quesada,

Luego continua la relación del material que es en extracto:

Relacion de la artillería que despues sea sacado de los castillos de Derryseain questa en la Ribera del rio *Mecio* (Mosa) y de la de Risuelcho y Frubach questa a la rebera del Rin, de la cual aun no se habia ynbiado relacion a su m.d

Artilleria de Ruysesayn: 1 culebrina, 1 media culebrina, 1 pasabolante y 7 falconetes y 2 morteretes; total 12 piezas.

Artilleria de Tomsuelques: 6 falconetes; total 6 piezas.

Artilleria del castillo de Bruva: 3 falconetes; total 3 piezas.

Artilleria que traxo Xacobo Canton, de Pauberge: 2 medios cañones, 4 medias culebrinas. cuatro medios sacres; total 10 piezas.

Artilleria de su m.d que llevo el Conde Brarra a Francaforte: 2 medios cañones, 4 medias culebrinas y 6 sacres; total 12 piezas.

(1) Son las cuentas presentadas por Pedro Pérez de Luzuriaga (S. M. y T. legajo 39) que vino con Pizaño de Flandes.

(2) El detalle es el siguiente: 1 cañón, 4 medios cañones, 2 culebrinas, 2 medias culebrinas, 2 falconetes, 3 medios falconetes, 42 lombardas de hierro con sus servidores, 13 lombardas enteras, 7 falconetes, 4 esmeriles, 7 morteretes pequeños, 42 servidores de respeto, 26 mosquetes de metal, 154 arcabuces de bronce, 350 mosquetes de hierro y 1526 arcabuces del mismo metal.

(3) Eran 2 culebrinas, 3 medias culebrinas y 2 medios falconetes.

(4) 2 culebrinas, 2 medias culebrinas y 2 falconetes.

quien las recibió a nombre del Duque de Alba, al que se las había regalado el Emperador.

***

Resumiendo, pues, resulta que de la artillería que se reconcentró en Malinas y Rupelmonde y que estuvo a cargo de Escoriaza, con la alta inspección de Pizaño, y que, según hemos dicho, eran 376 piezas, se distribuyeron 89 en Flandes, 7 a Sicilia, 6 al Duque de Alba y 258 para la Península y algunas también para Sicilia, no pudiendo averiguar qué se hizo de las restantes, ni siendo ello tampoco cosa de gran importancia. Sin embargo, diré que a España se llevaron para el Duque de Alba 13 piezas (1), según consta por otros documentos, y que Pizaño traía en su equipaje, como propias, dos piezas regalo del Emperador, sin duda, y obsequio por sus merecimientos. Algunas piezas consta, también, que se encontraban inutilizadas (2).

A partir de julio de 1550, quedó Pizaño ya con la comisión de marchar a la Península, para seguir ejerciendo su cargo en ella y proceder desde luego al reparto de las 258 piezas, con gran número de proyectiles y pólvora, entre las diversas plazas de España. Este reparto lo hizo Pizaño, en el papel, antes de emprender el viaje y escribió a la Península con objeto de que se procediera al arreglo de las casas de munición, para que estuvieran en condiciones de recibir el material que se remitía (3).

(1) 1 culebrina larga, 10 medias culebrinas y 2 sacres.

(2) Es posible que el Emperador hiciera aún otro regalo al Duque de Alba, que bien pudo proceder de nuevos hallazgos de material en Alemania. Digo esto porque en Simancas (M. y T. l.° 177) consta que el año 1554, mandó el Príncipe a varios justicias y regidores que auxiliasen a la persona que fuere a Laredo, de parte del Duque de Alba, a buscar, para llevarlas a Alba, las 10 ó 12 piezas que en Laredo quedaban de las 30 que le regaló el Emperador y que habían venido desde Flandes con las de éste. Por carta de Garci Carreño consta que el Capitán Quesada, que recibió en Flandes la artillería del Duque de Alba, estuvo en 1551 en Laredo, pero luego se marchó sin dejar quien lo representase.

(3) He aquí, en extracto, las prevenciones tomadas por Pizaño y que copio de un documento de Simancas (E. l.° 83):

«A Burgos. Hacer casa de municion y un cobertizo, y el mejor sitio sera en la coraça fuera del Castillo donde esta la casa de la fundicion.»

«En San Sebastián. Repasar la casa que hay de la municion y hacer un cobertizo en la banda del puerto junto a la muralla vieja.»

«En Fuenterrabia. Repasar la casa de la munición y hazer un cobertizo.»

«En Rosas había necesidad de un magazen para la munición pero por haberse llevado a Castellon hay que mirar donde convendra hazerle.»

«En Elna que se haga la casa de municion que esta traçada y para la cual esta cortada madera.»

En Simancas (E. l.° 83), he encontrado un cuadro muy detallado hecho por Pizaño, en el que se especifica, con fecha 8 de enero, toda la artillería que había en España y que resultaban 799 piezas. Este cuadro le sirvió de base para el reparto de las que ahora se traían (1).

Decidido el traslado a España del material a ella destinado, pasóse todo, sirviéndose de barcas y utilizando los ríos Rupel y Schelde (Escalda), a Middelburg, en la isla de Walcheren, en donde se procedió al reparto en nueve naos, de las cuales cinco, llevando por Sobrecargo a Pedro de Larrigada, vecino de Sestao, iban consignadas a Santander conduciendo 102 piezas de Su Majestad, las cuales debían trasladarse, por de pronto, a Burgos (2). Otras dos naves, de las cuales era Sobrecargo el Mayordomo Pedro Pérez de Luzuriaga, debían descargar en Pasajes y conducían la artillería de Pamplona, San Sebastián, Fuenterrabía y Estella, y, por último, las otras dos naos iban consignadas a Cartagena y Barcelona, y conducían el material para la costa del Mediterráneo.

Consérvanse en Simancas, y copió Salas, las cartas de valoración hechas en Middelburg firmadas por los patronos de las naves y con la conformidad de Pizaño, teniendo estos documentos la fecha de 28 de julio

«En Perpiñan reparar las casas de municion que esta muy perdido el material por no haber buena casa; hay parte de la madera cortada.»

«Escribir a los Reyes de Bohemia [se refiere Pizaño a D.ª María, hija mayor de Carlos V, y a su esposo y primo carnal Maximiliano, que gobernaban a la sazón estos reinos por hallarse ausentes el Emperador y su hijo el Príncipe D. Felipe] manden dar provisiones para la corta de la madera y preparar hombres, herreros, carpinteros, carretas, azemilas, &., para el tirar parte de la artilleria. Y que preparen el dinero necesario.»

«Mandar cumplir el asiento hecho con M.e Juan de Hermua sobre el limpiar de las armas, pues se pierden cuando estan en poder de los mayordomos.»

(1) La forma en que este material se proponía repartir por Pizaño era la siguiente—que fué publicada por Aparici en extracto—: Pamplona 56 piezas (3 cañones, 2 medios, 3 culebrinas, 6 medias, 15 falconetes, 12 medios, 3 esmeriles y 12 piecezuelas); Estella 19 piezas (2 medias culebrinas, 2 falconetes, 4 medios, 5 esmeriles y 6 piecezuelas); San Sebastián 28 piezas (1 cañón, 1 medio, 2 culebrinas, 2 medias, 2 falconetes, 7 medios, 6 esmeriles y 7 piecezuelas); Fuenterrabía 33 piezas (2 cañones, 1 medio, 2 culebrinas, 2 medias, 3 falconetes, 10 medios, 6 esmeriles, 7 piecezuelas de muralla); Rosas 32 piezas (3 cañones, 2 medios, 5 culebrinas, 2 medias, 15 falconetes, 5 esmeriles); San Telmo de Colibre 6 piezas (2 culebrinas, 4 medios falconetes); Elna 19 piezas (2 cañones, 1 culebrina, 11 medios falconetes, 5 esmeriles); para la batería (¿material de sitio?) 40 piezas (6 cañones, 4 medios, 4 culebrinas, 6 medias, 10 falconetes, 10 medios); Sicilia 25 piezas (3 cañones, 2 culebrinas, 3 medias, 10 falconetes y 7 medios).

(2) Estas piezas eran 17 cañones, 16 medios cañones, 8 culebrinas, 12 culebrinas cortas, 8 medias culebrinas, 12 sacres, 24 falconetes y 4 morteretes.

de 1550 (1). Especifícanse en ellas todas las piezas que en las naves se conducían, su peso, el de los proyectiles y pólvora, hecho todo con gran cuidado y con la conciencia que ponía en todas las cosas, en que intervenía, Luis Pizaño. He encontrado también en Simancas la cuenta del peso del equipaje de éste, y que publico en el Apéndice como una curiosidad.

Una vez embarcado todo el material, púsose en marcha la expedición, formando tres grupos. Pizaño embarcó en una de las cinco naves que debían arribar a Santander, pero que lo hicieron en Laredo por circunstancias del tiempo. Algunos detalles del viaje, que no fué bueno, están consignados en la siguiente carta del Mayordomo Pedro Pérez de Luzuriaga, que, aunque con destino a Pasajes, recaló en Laredo el mismo día, 4 de septiembre, que Pizaño. Dice así (2):

«Ilustre Señor:

Anoche, tarde, llegué en este puerto de Laredo con las dos naos, que traigo a cargo, que traen la artillería y municiones de Su Majestad para las villas de San Sebastián y Fuenterrabía y la ciudad de Pamplona y fortaleza de Estella. Y con la una de ellas, en la que yo venía, he traído harto trabajo desde los bancos de Flandes acá; porque el día que de allí salimos, que era a 13 del pasado, tocamos en un banco que se dice la *Motrica* cuatro veces, que la última pensamos que ya allí fenescían nuestros días; pero Dios fué servido que salimos de él, y con la mucha agua que hacía la nao vinimos a una playa de Inglaterra y sin perder tiempo dímosle allí unas velas con estopa, por bajo, por todas partes, y por donde hacía la agua tomó una poca de estopa; y después, también, en un puerto de ella hicimos lo mismo. Y con esto, con harto peligro, hemos navegado hasta aquí, teniendo por mejor de aventurarnos con esta diligencia que hicimos y otros aparejos que traíamos para lo que podía suceder que quedarnos allá a hacer otros aparejos; porque de otra manera poníamos en condición la hacienda y por mucha diligencia que se pusiera se tardara en ello harto tiempo.»

«Por manera que aquí arribé, anoche, por no poder pasarme al Pasaje a donde iré a descargarlas si a Dios place; y si pudiere y viere que mejor sea iré a San Sebastián.»

«En esto se hará aquello que más convenga al servicio de Su Majestad; y al primero tiempo que hiciere bueno me partiré de aquí sin esperar otra cosa.»

(1) La entrega a las dos naves que fueron a Cartagena, fueron hechas en Malinas y Tamaise (Tamise) a 20 y 25 de junio, la del Patrón Bernardo de Galdames, y en Ramna (¿Hamma?) a 20 y 22 de junio y 30 de julio la del Patrón Ochoa de Asua.

(2) La carta va dirigida al Secretario Ledesma y está en S. E. l.° 81, Salas.

«Monta lo que han de haber estas dos naos, para acabar de pagar de su flete, 140 ducados, de 400 maravedises cada uno, sobre otros tantos que primero han recibido en Flandes; que se les paga a razón de 400 maravedises por el flete de un tonel de 24 quintales, los cuales traen el peso de 279 toneles.»

«Más, se han de pagar dos lombarderos alemanes que vienen en ellas a 5 ducados al mes; que serán menester por lo menos 15 ducados para acaballos de pagar de su sueldo.»

«Más, se han de pagar a las naos algunas averías que se han hecho hasta ahora, que es el coste de un batel, que hemos perdido en la mar, de la nao donde yo venía—que la traíamos fuera por si algo sucediese para que se salvasen en él las personas—y algunas costas que se han hecho en la estopa y en la comida de ciertos marineros que traigo de más en esta nao, y lo que se les ha de dar por su trabajo; que para todo esto será menester hasta 50 ducados, porque yo haré pagar a la misma razón a la ropa de mercaderes que vienen en la dicha nao, como se acostumbra a hacer en averías de mercaderes.»

«En lo que toca al daño de la nao—de los golpes que dió—trabajaré se pague de los aseguradores el dinero de ella; y hasta que se descargue no trataré de ello y de lo que se hiciere daré aviso a Vuestra Merced.»

Continúa la carta pidiendo dinero para necesidades de su comisión y termina:

«Las cinco naos que traen la artillería de la fundición de Su Majestad para Santander, llegaron también anoche aquí, y en ellas viene el Capitán Luis Pizaño, el cual escribe a Vuestra Merced lo que convendrá que se provea para la expedición de ellas; que por esto yo no escribo acerca [de ello] más.»

«Las dos naos que van a Cartagena, con la artillería de Su Majestad, se partieron de nosotros este martes pasado a la tarde más acá de Uxente, desembocados de la canal de Flandes, y van su viaje; las cuales van en orden y en la hora de ahora estarán más allá del cabo de Finisterre si a Dios place.»

«Al presente no se ofrece otra cosa más de que avise a Vuestra Merced, sino que Nuestro Señor la Ilustre persona de Vuestra Merced guarde y estado acreciente como Vuestra Merced desea y sus criados y servidores lo hemos menester. De Laredo, a 5 de septiembre de 1550 años. De Vuestra Merced, verdadero criado y servidor que sus ilustres manos besa. Pedro Pérez de Luzuriaga» (1).

(1) De varios documentos correspondientes al año 1550 que he encontrado en Simancas (E. 1.º 83), se deduce: que de las dos naves que venían con Luzuriaga, una de

Una vez en tierra Pizaño, y con su acostumbrada actividad, decidió, antes de desembarcar el material, reconocer personalmente el camino de Laredo a Burgos y el de esta población a Santander, con objeto de hacerlo en el puerto que más facilidades ofreciese luego para su conducción. Salió, pues, de Laredo el 8 de septiembre, por el camino de Burgos, y tal prisa se dió que para el 13 debió de estar de regreso en dicha villa (1). Pero si en esta fecha no había regresado a Laredo, lo efectuó

ellas se llamaba la *Marieta* y su patrón Ochoa de la Sierra, y el de la otra Juan de la Aya. La artilleria que conducian se desembarcó en Pasajes en quince días y se llevó a San Sebastián, colocando la pólvora en el Cubo Imperial hasta que se distribuyó toda entre San Sebastián, Fuenterrabía y Estella.

La gente que venía con Pizaño, en las cinco naves, era, aparte de la marinería y patrones, Juan de Uguan como lugarteniente de Pizaño y capitán de las naos con 50 escudos de sueldo, por composición con Pizaño; Antonio Martín de Amezaga, Veedor de las naos; Larrigada, que traía el encargo de llevar la artillería a Burgos, y, finalmente, varios soldados con arcabuces para guardia del convoy.

Igualmente se deduce de los documentos copiados por Salas, que los patrones de las cinco naos que vinieron con Pizaño se llamaban Martín Jhuan de Aróstegui, vecino de Bermeo, que llevaba en su nao 4 cañones, 4 medios cañones, 3 culebrinas largas, 3 ídem cortas, 2 medias culebrinas, 2 sacres, 4 falconetes y 1 morterete; Juan Cachopín Somado, vecino de San Sebastián, llevaba en la suya 6 cañones, 4 medios cañones, 2 culebrinas largas, 3 ídem cortas, 3 medias ídem y 4 falconetes; Cristóbal de Vereyarca, vecino de San Sebastián, llevaba en la suya 2 culebrinas, 2 medias ídem, 3 sacres, 4 falconetes y 4 morteretes; Pero Hortiz de Montellano, vecino de Portugalete, llevaba en la suya 4 cañones, 4 medios cañones, 2 culebrinas largas, 2 ídem cortas, 2 sacres y 5 falconetes; y Juan de la Serna, vecino de Colindres, que conducía 4 cañones, 5 medios cañones, 3 culebrinas cortas, 1 ídem larga, 8 medias culebrinas, 15 sacres y 7 falconetes. Conducía esta nave, además, 6 medias culebrinas y 2 sacres propiedad del Duque de Alba.

Finalmente, las dos naos que iban para el Mediterráneo, tenían por patrones a Ochoa de Asua, vecino de Usto, que llevaba en su barco 2 cañones, 4 culebrinas, 4 medias ídem, 2 pedreros y 36 lombardetas cortas de hierro y Bernabé de Galdames, vecino de Portugalete, que llevaba el suyo, 2 medios cañones y 36 lombardetas de hierro.

(1) He aquí unos párrafos de carta de Juan Martínez de Recalde, al Secretario Ledesma, fechada en Bilbao a 13 de septiembre, (S. E. l.° 81, Salas):

«Muy mag.co Señor:

Como V. mrd. abra sabido las naos del artilleria que abian de venir de Flandes de Su mg.d llegaron en laredo la semana pasada que las dos dellas que benieron a cargo de Pero Peres de Luçuriaga ayer partieron de laredo para el Pasaje que ya la ora en que estamos deuen de estar alla y de alli segund me scriuio el dcho Pero Perez encaminara el artilleria e municiones que an de yr a Panplona y a Estella y la que biene para Fuente Rauia y para San Sebastian por su horden como creo que el mesmo le avra escripto a V. mrd.»

seguramente para el 19, en cuyo día dirigió un mandamiento en Laredo al Teniente Corregidor de las Cuatro Villas de la Costa (1), documento que es muy importante por su encabezamiento, pues que en él se da Pizaño el título de Capitán General de la Artillería Imperial. Dice así (2):

«Yo el Capitán Luis Pizaño, *Caballero de la Orden de Calatrava y Capitán General de la Artillería de Su Majestad*, por la presente y por virtud del poder que de Su Majestad tengo, y que por su proligidad no va aquí incluso, os ruego, y de parte de Su Majestad mando, a vos el licenciado Churrón Teniente General en este Corregimiento de las Cuatro Villas de la Costa de la mar, que luego, vista esta mi patente, sepais qué bueyes y gente hay en todo este Corregimiento de las Cuatro Villas de la Costa de la mar y Merindad de Trasmiera y Valle de Mena, y en todos los otros

«Las otras naos que quedan en Laredo con la artilleria que son a cargo del capitan Luys Piçaño sestaran alli asta que buelua Luys Piçaño que fué el lunes pasado a VIII del presente aber los caminos carretiles que ay desde Laredo para Burgos y la disposicion que abra por alla para pasar el artilleria e municiones y avia de dar la buelta por el otro camino que ay desde Santander a Burgos para ber qual seria mexor o el camino de Laredo o el camino de Santandor y ago quenta que esta noche sabado o mañana domingo sera buelto a Laredo de visitar los unos caminos y los otros y berna Resoluto por donde querra pasar el artilleria y el lo ara saber a Su Alteza y a vuestras mercedes, y entretanto las naos deterna en Laredo sin mudarlas de alli ny llebarlas à Santander.»

«Yo no he ido alla en persona por mi mala disposicion y enfermedades que padezco. Enbie luego que supe que las naos eran benidas a Laredo a Sancho Lopez de Recalde, mi hijo, para que se juntase con el capitan Piçaño y le acompañase y entendiese por la horden que el dcho capitan quisiere y le hordenare en lo que conbenia hazer en ello para en servicio de Su mg.d y asi anda con el e quando bolvieren como digo de aber bisitado los caminos que pienso sera entre oy e mañana sabremos en lo que se determina.»

Hasta aquí la carta. La familia Recalde, procedente de Guipúzcoa, se estableció en Bilbao y dió a Vizcaya muchos buenos marinos. El P. Henao *Antigüedades de Vizcaya* y Labayru *Historia de Vizcaya*, hablan de ellos. Juan Martínez de Recalde el autor de esta carta, era Veedor General de la Armada de Cantabria y como él dice, y repite en otras cartas, su falta de salud le impedió salir de Bilbao para Laredo a auxiliar a Pizaño en el desembarque de la artillería, por lo cual envió a su hijo Sancho López de Recalde.

Otro hijo del Veedor fué Juan Martínez de Recalde que tomó parte, mandando la escuadra vizcaína, en la expedición de 1588 contra Inglaterra, que es conocida en la Historia con el nombre de la «Armada Invencible». Recalde mandó la retaguardia y se batió solo con su nave *Santa Ana*, desesperadamente, contra siete galeones enemigos. Afectado por el desastre murió a fines de octubre en la Coruña.

(1) Las cuatro villas de la mar de Castilla eran, según ya hemos dicho antes de ahora, Laredo, Santander, San Vicente de la Barquera y Castro Urdiales.

(2) S. M. T. l.° 49.

lugares y juntas y valles que hay en este corregimiento como de otra cualquiera parte y jurisdicción, así de señorío como de abadengo, en estos Reinos de Su Majestad, en cuyos lugares y pueblos y jurisdicciones y tierra de Su Majestad y señorío y abadengo podais entrar y entreis con vara de justicia, mandando un alguacil para el efecto de suso contenido; y así, sabido los bueyes que hay en las dichas jurisdicciones y tierras y traigáis de cada lugar y junta y valle y jurisdicciones la relación y lista de todos los bueyes que hay en cada jurisdicción y lugares con toda brevedad; porque así conviene al servicio de Su Majestad para el aviamiento de su artillería que está en esta villa de Laredo. Y para todo lo susodicho hacer y ir también, si necesario fuere, de parte de Su Majestad, y de la mía en su nombre [y] podáis mandar y poner penas a todas las justicias y regidores y presidentes y oficiales y vasallos, y a otras cualesquiera personas de los dichos lugares y valles, juntas y jurisdicciones sobre dichas, para que vengan a vuestros mandamientos y obedezcan a ellos en lo que para lo susodicho fuera menester, y que cualesquiera penas que vos pusiérais acerca de lo susodicho, yo, de parte de Su Majestad, he por puestas y que podáis hacer constar que para todo lo susodicho y para cosa y parte de ello vos doy todo mi poder cumplido, como yo le tengo de Su Majestad, con todas sus incidencias y dependencias ¿inmanencias?, y anexidades y conexidades, y con libre y general administración; lo cual os mando que así hagáis y cumpláis so pena de 200.000 maravedís para los gastos de la dicha artillería. Fecha en la villa de Laredo a 19 días del mes de septiembre de 1550 años. Luis Pizaño, por mandato de Su Majestad. Sancho de la Puente, Scribano» (1).

Al mismo tiempo que la anterior orden, y convencido ya Pizáño, por el reconocimiento que había hecho (2), de que no se podría en el invierno

(1) Este documento forma parte de un expediente que el licenciado Churrón hizo después de cumplida su comisión, y ya muerto Pizaño, con objeto de reclamar de Su Majestad los gastos que por aquélla había hecho de su propio peculio. Encabeza el documento que hemos copiado el párrafo siguiente:

«Este es un traslado bien y fielmente sacado de vn mandamiento de comysion que el capitan Luys Pizaño Capitán General de la Artilleria dio al licenciado Churron tenyente general del corregimiento de las quatro villas de la costa de la mar el qual dicho mandamiento paso ante mi el presente escribano y testigos y es este que se sigue.»

(2) El erudito artillero Oliver Copons en su monografía, ya citada, sobre el Castillo de Burgos, publicó a la página 117 un párrafo de carta que supone escrita por Pizaño después de recorrer los caminos a Burgos y de conocer los obstáculos que había que vencer. Dicha carta no fué escrita por éste, sino por Garci Carreño, que fué el encargado de la comisión de Pizaño a su muerte. Esta ocurrió el 5 de octubre de 1550, y la citada carta es de 16 de marzo de 1551, como consta por los docu-

trasladar todo el material a Burgos, se propuso, mientras el Teniente Co-



Puerta de la Iglesia Parroquial de Pastrana. En esta Iglesia, elevada en el siglo XVI al rango de Colegiata, debió recibir Pizaño las aguas del bautismo.
(Fotografía enviada al autor por su compañero el Sr. Palanca.)

rregidor Churrón cumplía su comisión de embargar todo el material de arrastre disponible, reconocer los alrededores de Laredo para buscar

mentos de Salas. El poder que del Emperador traía Pizaño, y más que nada su carácter le facilitaban el cometido de su comisión sin que pudiera nunca caer en desmayos, que ni por asomo aparecen en toda su vida militar.

El citado escritor sufrió, sin duda, en esta parte, trastrueque de papeles que le originó la comisión de algunos errores, como ya advertimos en las páginas 442 y 448 de nuestro trabajo.

sitio adecuado donde colocar el de artillería que venía de Flandes. Fijóse, desde luego, en la torre de Limpias, situada a dos leguas de Laredo y aguas arriba de la ría, lugar que le pareció muy a propósito para colocar la pólvora, y que tenía la ventaja de adelantar camino para Bur-

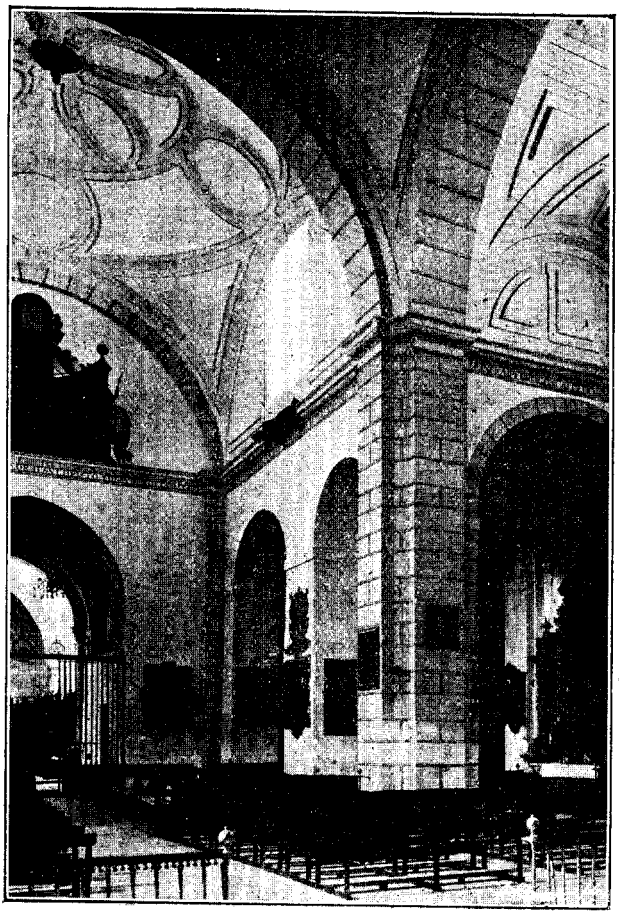


Interior de la Colegiata de Pastrana tomado desde el coro.
(Fotografía enviada al autor por su compañero el Sr. Palanca.)

gos, pues este lugar se hallaba sobre el que desde Laredo conducía a esta población. Al mismo tiempo ordenó a las justicias de esta villa construyesen un cobertizo y lonja para resguardar el material, lo cual consta se verificó.

En uno de los viajes a la torre de Limpias, le cogió la muerte en

condiciones fatales, por venir repentinamente y sin darle tiempo a disponer nada de los asuntos que al alma y cuerpo se relacionan. Los deta-



Otro interior de la misma Colegiata tomado también desde el coro.
(Fotografía enviada al autor por su compañero el Sr. Palanca.)

lles de su muerte están consignados en la siguiente carta escrita por Sancho López de Recalde al Secretario Ledesma. Dice así:

«Muy Mag.co Señor:

Este mazo de cartas cerré para enviarlas a Vuestra Merced ha 9 días que ya pensé que para la fecha de esta Vuestra Merced las hubiera recibido, porque las dí al señor Capitán Luis Pizaño, que Dios llevó de

esta vida anteayer *sábado a 4 de octubre*, para que las enviare con las suyas y no he sabido de ellas hasta su muerte que Nuestro Señor ha sido servido que haya sido harto desastrada; porque el jueves estuvo, aunque harto delicado, con tanta disposición, que fuimos dos leguas de aquí al lugar donde digo que se descarga la artillería a ver lo que se hacía y volvimos la misma noche, aunque algo tarde y oscuro, y luego que llegó en su posada le dió una enfermedad que súpito le quitó el habla; y duró de esta suerte, sin poder hablar ni tener casi sentido, el viernes y sábado hasta las once horas de la noche que, abintestato y sin confesión, dió el alma a Dios. ¡Plega a El de tenerle en su gloria! Hame parecido hacerlo saber a Vuestra Merced porque como él murió de la suerte *(sic)* no dejó cobro en su hacienda la que trajo consigo, y lo mismo creo habrá sido de la que en otras partes tenía; porque sus criados dicen que no saben que tenga hecho testamento en ninguna parte. Unos cuatro cofres suyos he yo recogido, porque todo no se pierda, hasta que venga alguno que se duela de ello. Su persona se ha sepultado, en depósito, con toda la honra que en este pueblo se le ha podido dar.»

«Y después que escribo las que con éstas van no hay ninguna novedad, porque en la descarga de esta artillería y en ponerla en cobro y en lugares cómodo, se entiende con toda diligencia como de todo se dará a Vuestra Merced entera cuenta. Nuestro señor la muy magnánima persona de Vuestra Merced, etc., etc. De Laredo y de octubre a 6 de 1550. Sancho López de Recalde» (1).

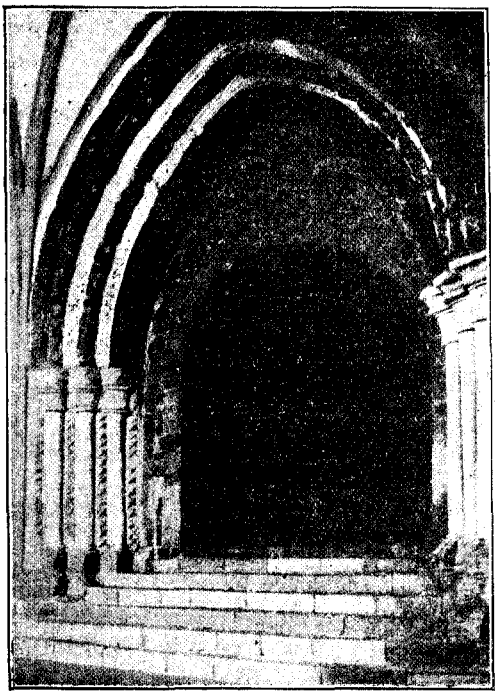
Sucumbió, pues, el valiente Pizaño, de modo inesperado; pero al pie del cañón y después de haber pasado por miles de peligros en mar y tierra y de haber soportado trabajos inauditos. Acometióle la muerte traidoramente, que sólo así parecía poder vencer a su naturaleza privilegiada y al ángel que le había custodiado en los campos de batalla. De-

(1) S. E. l.° 83. Según la carta de Sancho López de Recalde que he copiado en el texto, Pizaño murió a las once de la noche del sábado que fué 4 de octubre. Pero según otra carta de su padre (S. E. l.° 81) al Secretario Vázquez de Molina, su fecha 8 de octubre, «el capitán Luis Pizaño falleció este domingo pasado a la tarde, Dios le aya su anima que desastrada fue su muerte syn confesión e sin hazer cosa ninguna de su anima como v. mrd. bera por las cartas que se escriuen al señor secretario ledesma.»

Asimismo en el documento oficial, que se copia a continuación, dirigido por el Príncipe D. Felipe al Capitán General de la Artillería, se dice, con gran claridad, que Pizaño murió el 5 de octubre.

Parece natural que Sancho López de Recalde fuera el mejor informado, puesto que estaba al lado de Pizaño al morir; pero como un error de una hora conducía ya al día 5 es fácil que oficialmente figurase esta fecha como la verdadera y por eso la acepto.

bió ser enterrado, según la costumbre de la época, en la Inglesia Parroquial de Laredo, de modo provisional, que seguramente lo sería definitivo, pues los recursos que dejó no permitían que con él se pudiera hacer otra cosa. En balde, en busca de un recuerdo suyo, he registrado libros y rincones del templo. Su memoria quedó desvanecida en la in-



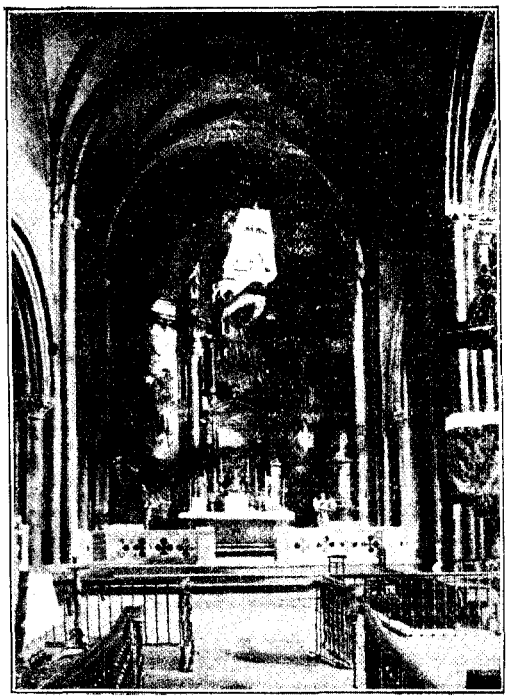
Puerta principal de la Iglesia Parroquial de Laredo. En esta Iglesia debió recibir cristiana sepultura Luis Pizaño.

(Fotografía Cevallos, publicada en la *Montaña Artística*, edición de la Diputación Provincial de Santander, con texto de Elías Ortiz de la Torre.)

mensidad del tiempo; pero su alma guerrera seguramente encontró al lado del Altísimo el puesto que sus virtudes y ánimo le habían conquistado.

Todavía, seis años después de muerto, debieron de agitarse sus cenizas al sentir sobre ellas la planta de su ilustre Jefe, el ínclito Emperador, que también rendido a las fatigas de la lucha, volvía de Flandes en busca de la paz del claustro, de que tan necesitado estaban sus asendereado

espíritu y trabajado cuerpo (1). Las lágrimas por el Augusto soberano derramadas—con esta ocasión—debieron estremecerle de alegría, así como la contemplación de su extenuado cuerpo, que todo ello era síntoma cierto de su próxima reunión en la presencia del Todopoderoso. Alegría tanto mayor si mereció de él, a quien tanto había reverenciado, un re-



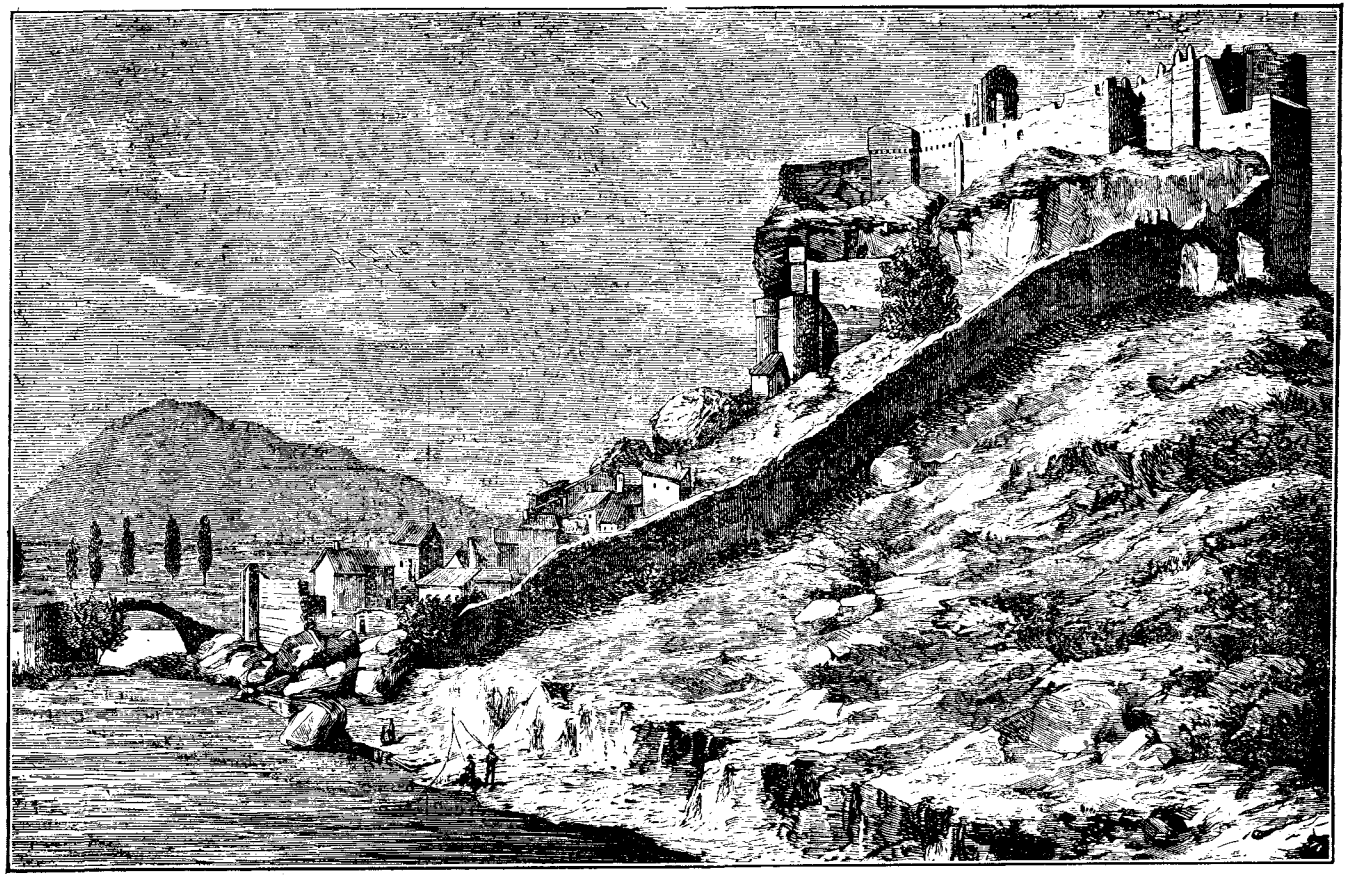
Nave principal de la Iglesia Parroquial de Laredo.

(Fotografía Cevallos, publicada en la *Montaña Artística*, edición de la Diputación Provincial de Santander, con texto de Elías Ortiz de la Torre.)

cuerdo cariñoso envuelto en una piadosa oración consagrada a su memoria.

Bueno fuera que aquí, y a manera de epitafio, sentáramos en compendiosa síntesis las virtudes y méritos de Pizaño recordando que fué soberbio infante en Marsella, Roma, Andrusa y la Goleta; artillero sin igual en Corón, Túnez, Marsella, Lombardía, Argel a Ingolstad; jinete en Mülberg, ingeniero en España, jefe de Estado Mayor en Marquesen

(1) Carlos V llegó a Laredo en 28 de septiembre de 1556 a bordo del *Espíritu Santo*, barco de 565 toneladas y salió, para dirigirse a Yuste el 6 de octubre.



Castillo de Zorita de los Canes, cuya tenencia concedió el Emperador a Pizaño.

(Tomado de un grabado publicado en *La Ilustración Española y Americana* núm. 24, año 1877 y dibujo del Sr. Salcedo.)

y Sulten y siempre heroico sabio y decidido. ¿Pero a qué hemos de insistir sobre ello, si sólo la lectura de los epígrafes de este libro dan la medida de sus virtudes y esfuerzo? Hagamos algo más por él con la publicación de un documento, que es sin duda el mejor epitafio que a su memoria podemos dedicar:

«El Príncipe:

Capitán General de la Artillería de Su Majestad, o vuestro Lugarteniente, y Antonio del Peso Contador de ella: Por parte de D.ª Ana Pizaño hija de Luis Pizaño, Teniente de Capitán de la Artillería de Su Majestad, nos ha sido suplicado que el dicho capitán falleció a 5 de octubre del año pasado 52 y que porque quedó pobre le hiciéramos merced de mandar librar lo que monta su salario y ayuda de costa que el dicho capitán tenía desde que falleció hasta fin de diciembre del dicho año, que son tres meses menos cinco días o como la nuestra merced fuere.»

«Y nos, acatando lo que el dicho capitán sirvió, habemos habido por bien, y vos mandamos, que en la primera nómina que hiciéseis para la paga de la gente de la dicha artillería, libreis y hagais pagar a los herederos del dicho capitán o a quien su poder hubiere, los maravedises que se montaren en el salario y ayuda de costa que tenga con el dicho oficio en los dichos tres meses menos cinco días que no vivió del dicho año, solamente por virtud de esta mi cédula fechada en la Coruña a 5 de julio de 1554. Yo, el Príncipe. Rubricada del Secretario Ledesma.» (1).

***

Bien hubiera querido soltar la pluma allí donde la muerte cortó la carrera de Pizaño (2); pero la afición que a su memoria tengo me obliga a

(1) Nota de Salas, de quien hemos copiodo el documento: «Según este documento, Luis Pizaño murió el 5 de octubre de 1552, más en otra de 8 de octubre de 1550, aparece lo había hecho en este mes y antes de esta fecha. Y en otra de 31 del mismo octubre de 1550, que, por haber fallecido, fué reemplazado por Garci Carreño, por consiguiente, puédese, con fundamento, creerse haberse padecido en el original alguna equivocación de poner 1552 en vez de 1550, mucho más cuando por otra porción de documentos resulta haber muerto en 1550.»

El documento original está en Simancas (M. y T. 1.° 22) y la apreciación de Salas, comprendida en el párrafo anterior, es perfectamente exacta según se deduce de lo que yo he copiado.

(2) Como una prueba de lo muy trabajosa que debió ser la comisión desempeñada por Pizaño en Flandes, y después en España, respecto a la reunión y conducción de la artillería, diremos que todos los que ello intervinieron sacaron muy mermada su salud, muriendo en poco tiempo la mayor parte.

En un párrafo de carta, de Juan Martínez de Recalde, fechada en Bilbao a 30 de

seguir adelante hasta dar fin con los documentos que por ella he reunido. Hay, por otro lado, algunos puntos que no ha habido hasta ahora ocasión de tratar y que conviene a todas luces dilucidarlos. Tal es, entre otros, cuanto a la familia de Pizaño se refiere.

Nada he encontrado entre mis documentos que haga referencia al matrimonio de Pizaño, ni siquiera a si éste abrazó el estado de casado. La primera noticia que con ello se relaciona es precisamente el documento copiado últimamente, por el cual consta haber tenido una hija llamada Doña Ana, sin que me haya sido posible averiguar nada más relacionado con este punto.

Respecto a su demás familia consta, como hemos dicho antes de ahora, haber tenido Pizaño un hermano llamado Gonzalo Pizaño, Alférez suyo hacia el 1536, y muy entendido también en cuestiones artilleras.

De dos sobrinos de Luis Pizaño, que no se si fueron hijos de su hermano Gonzalo, tengo noticias por el libro de Fray Juan Villela sobre la expedición de Aldana a Hungría en 1548. En él figura, en efecto, un Luis Ordóñez, sobrino de *Luis Pizaño Capitán del Artillería del Emperador,* y el cual sobrino, al mando de su compañía, se distinguió extraordinariamente en dicha campaña muriendo en ella, aunque no parece que en el campo de batalla. Por su muerte se encargó de su compañía su hermano Gaspar Pizaño, hasta que más adelante se dió ésta a D. Gaspar de Castelví. Para los conocedores de la cuestión de apellidos en el siglo XVI, no es de extrañar el encontrar dos hermanos con apellidos distintos, sin que ello sea prueba de no haberlo sido de padre y madre; por lo cual no es posible deducir si fueron los citados Luis Ordóñez y Gaspar Pizaño hijos de Gonzalo, o de algún otro hermano o hermana de Pizaño.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que, después de muerto Pizaño, quedó la poca hacienda que de Flandes traía y lo demás que tuviera, si ello era algo, en el mayor abandono, sin que nadie se presentara a reclamarlo. Respecto a la primera proveyó Sancho López de Recalde, al morir Pizaño, ponerla a buen recaudo, dotándola de curador honrado.

He aquí una carta de aquél, al Secretario Ledesma, dando cuenta de sus disposiciones, y fechada a 22 de octubre de 1550 (1):

noviembre de 1550 (S. E. l.° 81, Salas), dirigida a la Reina Gobernadora, se dice, al dar cuenta de la muerte de Larrigada: «tanbien morio en flandes a la partida de estas naos del artilleria el pagador prinçipal que tenia el cargo de los gastos de esta artilleria y que tenia el cargo de todo ello en conpañia deste que agora es muerto que se dezia Juan de Andares, de manera que todos los que benyan con el artilleria que tenyan cargo dello han librado mal las animas dios les aya guardado/ no queda ninguno bibo que sepa dar rrazon sino es pero perez de luçuriaga.»

(1) S. E. l.° 81, Salas.

«Muy Mag.co Señor:

Con un criado de Jerónimo Ruiz, con quien recibí la que Vuestra Merced me hizo merced de escribir, respondí a Vuestra Merced a ella y di cuenta de lo que hasta la hora se ofrecía. La carta tengo por cierta en ser el mensajero propio.»

«Por ella habrá Vuestra Merced visto como luego que el capitán Luis Pizaño, que Dios tiene en gloria, murió, se probeyó, a mi petición, por la justicia de esta villa, de un hombre muy de bien y acreditado para que curase el ítem de la hacienda que el difunto dejó en esta villa, lo cual todo se le entregó en presencia de un Escribano y ante la dicha justicia, y él lo tomó todo ello sin faltar cosa por inventario que ello se hizo en presencia de los dichos Escribano y Justicia; de manera que por ninguna vía puede haber disminución en ella. El inventario de ella envié al dicho Jerónimo Ruiz y también la cuenta de lo que aquí se debe y se ha de pagar de la dicha hacienda. Escribile que si todavía se determinaba a querer que se le enviase esta dicha hacienda, que enviase persona que fenesca cuenta con los que aquí se muestran acreedores del dicho capitán y les pague lo que hubieren de haber; y que le dé poder para obligarle con toda fuerza de sacar a paz y salvo al dicho curador de cualquiera demanda que se le pueda poner por cualquier persona por la dicha hacienda; y de esta manera se podrá hacer lo que me manda, porque por otra vía, hasta que parezcan herederos, no creo que se podrá mudar de donde está puesta por la dicha Justicia. Tres cuartagos y una mula y dos azores, todo ello estragado y fatigado de la mar, y tras esto de caminar, vendió el dicho curador en esta villa, al remate, porque no hiciesen más costa de lo que valían. Hízose aquí la venta de ello, porque en ninguna parte podían valer más ni venderse a menor costa; de lo cual el dicho curador tiene cuenta y las dará a quien lo hubiere de haber. También se pusieron por inventario, y a recaudo, todas las escrituras y papeles que suyos se hallaron sin falta ninguna; que Vuestra Merced ordenará en ello lo que mandare y más cumpliere al servicio de Su Majestad. Esto es lo que en este negocio se ha hecho.»

El citado Jerónimo Ruiz, que era un artillero, tenía un poder de Pizaño que, por lo visto, le autorizaba para proceder en los bienes de éste; pero no se preocupó mucho de ello, como lo prueba el siguiente párrafo de otra carta de Sancho López de Recalde al Secretario Ledesma, fechada en Laredo a 27 de enero de 1551, que dice así (1):

(1) S. E. 1.6 f. 1.

«Maravillado estoy del señor Jerónimo Ruiz no haber, en tanto tiempo como ha que murió el señor Capitán Pizaño, que Dios tiene en gloria, proveído de lo que cumple al beneficio de esta poca hacienda que acá dejó.»

«Porque aunque, como a Vuestra Merced he escrito, ella está proveída de curador, todavía sería bien que pareciese persona que mostrare dolerse más de esta hacienda que los de acá; dígolo para que Vuestra Merced, si fuese servido, lo pueda decir al dicho Jerónimo Ruiz.»

Pero por lo visto, Jerónimo Ruiz, ni hacía ni dejaba hacer. Poco después se presentó otro artillero, llamado Fuentepenilla, con otro poder de Pizaño, posterior al de Ruiz, y entendió en Laredo, donde se encontraba con Garci Carreño, en arreglar lo de la hacienda de Pizaño (1). Ignoro cual fué el resultado de las gestiones del Fuentepenilla que probablemente terminarían con enviar a Doña Ana lo poco que valía el equipaje de su padre.

***

Para terminar este capítulo haremos referencia a otro punto ya estudiado y que ahora, con más conocimiento de causa, podemos tocar nuevamente. Tal es el del puesto oficial que hay que dar a Pizaño entre los Jefes de la Artillería española en el siglo XVI.

Como ya hemos dicho, desde el 1545, Pizaño desempeñó en España el cargo de Capitán General interino de la Artillería, o séase el de Jefe supremo de ella. Esta interinidad se prolongó hasta su muerte, por lo que se refiere a la Península, pues el Emperador, sin duda, no quería proveer el cargo en propiedad en Pizaño por no disgustar a los muchos nobles que lo pretendían. Tampoco quería desprenderse de Pizaño, que con menor renta le servía, y así dejó correr las cosas hasta la muerte de éste, en que lo pidió, y en primer término, D. Sancho Martínez de Leiva, que continuaba en Fuenterrabía, y que, al saber la muerte de Pizaño, escribió al Secretario Ledesma que se lo diesen, pues que muerto aquél

(1) He aquí un párrafo de carta de Garci Carreño al Secretario Ledesma, fechada en Laredo a 3 de marzo de 1551 (S. M. y T. l.º 42):

«Luego como vi la carta de v. mrd. mande a Fuentepenilla que se partiese y el para que, y tambien le dixe como Jeronimo rruiz estaba quexoso de el, y Fuentepenilla muestra tener muy mayor quexa de Jeronimo rruiz, y dize que el no tenia porque dar cuenta a Jeronimo rruiz, pues el tiene poder de *Luis piçaño* en que reboca el que tiene Jeronimo rruiz. V. mrd. me la haga en oyrle porque es honbre honrado y no es justo que Jeronimo rruiz le trate mal ni le disfame deziendo que no quiere dar quenta de la hazienda de *Luis piçaño* y que se quiere alçar con ella.»

se proveería seguramente (1). Por este párrafo se comprueba la verdad de lo que hemos afirmado anteriormente, o sea que el respeto a la personalidad de Pizaño impidió hacer el nombramiento en propiedad durante su vida.

Pero queda todavía una duda, y es el título que el propio Pizaño se da al llegar a la Península, según hemos visto anteriormente, así como lo que dice Vilella en su también citada obra.

Además. en el libro de Registros de Guerra (S. l.° 18), existen registradas dos órdenes a Pizaño referentes a un artillero llamado Pedro de Porras. En la primera, que es de 19 de febrero, de 1550, se le llama Teniente de Capitán de la Artilleria, y en la segunda, que es de 6 de mayo, se le llama ya Capitán de Nuestra Artillería.

Análogamente, en 14 de agosto (S., R. de G., l.° 18), se dirige el Emperador en una cédula referente al fundidor Fernando de Mena a «Nuestro Capitán de la Artillería o a sus Lugartenientes».

En Simancas (M. y T., l.° 39) he encontrado también una minuta del Rey a Pizaño en que se encabeza así: «Luis Pizaño Capitán de nuestra Artillería.»

Por todo ello he llegado a creer si el Emperador pensaría, como justa recompensa a Pizaño por los servicios de la campaña de Alemania, darle el cargo definitivo, y aun que le diese el título a su salida de Flandes, no llegando a correrse las órdenes a España por la prematura muerte de Pizaño en Laredo. De todos modos, y conocido su carácter íntegro y poco amigo de oropeles, no cabe duda de que bajo su firma podemos asegurar que Luis Pizaño debe figurar en el Escalafón de los Capitanes Generales de la Artillería Imperial, ya que no tengamos el mismo fundamento para incluirle entre los Capitanes Generales efectivos de la Artillería Española.

(1) La carta que tiene fecha de 10 de octubre, desde Fuenterrabía, (S. E. l,° 83), tiene un párrafo que dice:

«con entender esto en saviendo la muerte de *luis piçaño* parecyendome que aora por fuerza se abra de prover el cargo d) ell artyllerya escrivy luego a su mg.t y a aquellos señores sobre ello no se lo que aprovechara doy cuenta de todo a v. mrd. como a muy señor y tanvien le suplico que en lo que se ofrecyere por alla endereçar esto lo encamine como haze en todo lo demas.»

En la misma carta D. Sancho se da por agraviado por no haberle concedido el cargo de Alcaide de la Goleta, que había solicitado con anterioridad, muy particularmente por lo mal que le sentaba el clima de Fuenterrabía. Tampoco ahora se le concedió lo que pedía, pues se nombró como sucesor de Pizaño a D. Juan Manrique de Lara.

CAPITULO XIX

Trata de las obras ejecutadas por Pizaño y se describen aquellas de las cuales el autor ha podido conseguir datos precisos.

Terminada, con la noticia de su muerte, la que pudiéramos llamar, con sentido limitado, *Biografía del Capitán Luis Pizaño*, no quedaría rematado este trabajo si no tratáramos de exponer cuanto de su obra artillera e ingeniera se ha salvado para la posteridad o, mejor, se ha salvado para mis trabajos de investigación.

Como el lector podrá comprender, no es tarea fácil la de separar los pasos de la vida militar de Pizaño de su obra misma, y así, en los capítulos anteriores, se ha ido exponiendo, cuando aquéllos se han relatado, mucho de lo que debe incluirse como privativo de esta última.

Aun en ella hay parte que resulta expuesta en Proyectos y Memoriales que vienen a constituir la obra bibliográfica de Pizaño. De esto último no quiero que se malogre ni un solo renglón y serán, por tanto, incluídos aquéllos, tal como a mi han llegado, en el Apéndice. Siendo muy poco abundantes los escritos de artillería y fortificación correspondientes a la época en que Pizaño los formuló, y menos abundantes aún los hombres que alcanzaran la competencia de su autor, no es prudente eliminarlos de este trabajo.

Pero, fuera de lo que en el Apéndice se copie y de lo que se ha expuesto en los anteriores Capítulos de este libro, hay algo que manifestar y ese es el objeto del presente estudio.

Como el lector habrá podido observar, desde la llegada de Pizaño a la Península hasta su muerte en 1550, diez años después, incluyendo el período de estancia en Flandes y Alemania, se vivió en la Península en materia artillera e ingeniera de la sustancia de Pizaño; pues éste no dejó la dirección de las obras que en España se realizaban hasta que Dios tuvo a bien atraer su alma privilegiada hacia Sí.

Voy, pues, a exponer, en la medida de lo posible, el desarrollo que las

obras proyectadas tuvieron hasta la citada fecha, y a describirlas en aquello que mi suerte de investigador me ha permitido realizarlo.

Así, los párrafos que siguen constituirán, en cuanto con la ingeniería se refiere, pequeños estudios monográficos de las plazas españolas, durante un periodo de diez años, que tienen su raigambre en los Capítulos de este libro a partir del que hemos titulado con el IX.

Otro tanto ocurrirá en lo referente a Artillería, si bien esta materia, por su indole misma, irá en su totalidad expuesta en el Apéndice. Tan sólo cuanto se relacione con las piezas que bajo su dirección se construyeron podría ser incluído en esta parte, pero no me ha sido posible encontrar otros datos que los expuestos por Arantegui (1), con respecto a unos medios cañones fundidos por orden de Pizaño, en Pamplona, los cuales tenían por características 40 quintales de peso de la pieza, 14 calibres de longitud, 19 libras (de hierro) como peso de la pelota y otro tanto peso para la carga. Estas piezas estaban en Burgos en 1547, y no puedo asegurar si entre ellas había alguno de los medios cañones que me consta se fundieron también, por orden de Pizaño, en la capital castellana. Los datos expuestos acerca de los medios cañones de Pizaño son muy parecidos a los que figuran en su Memorial célebre que exponemos en el Apéndice, lo cual es una comprobación más de la paternidad de aquél en tan importante documento.

En vista de lo expuesto, nos hemos de limitar en este Capítulo a lo que en la obra de Pizaño se refiere a la fortificación. Para desarrollarla he de tener muy presente la advertencia, hecha en la nota primera de la página 210 de esto trabajo, sobre la facilidad de cometer errores acerca de la paternidad de una obra de fortificación juzgando por una simple noticia o documento, y, por lo tanto, he de procurar aportar cuantos sean precisos para la justificación de la paternidad de Pizaño de las obras que le atribuimos.

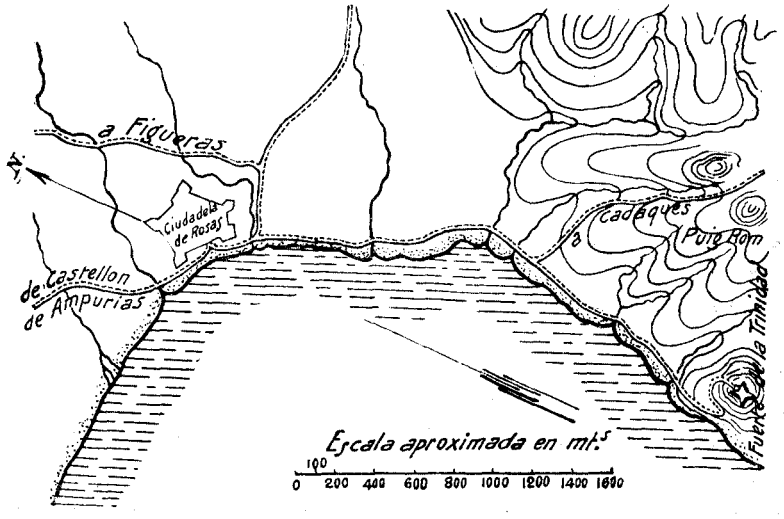
LA PLAZA DE ROSAS

En la figura adjunta, que es complementaria de la presentada en la página 336 de este trabajo, puede apreciarse la posición relativa de la plaza de Rosas—tal como quedó después de la intervención de Juan Bautista Calvi ingeniero italiano y sucesor de Pizaño—y el Castillo de la Trinidad obra de este último.

Vamos, con otros documentos, a proseguir la información sobre la

(1) S. M. y T. 1.º 29, Salas.

plaza, recordando que en 1544 Pizaño había rodeado las murallas de la plaza antigua—aumentando bastante su perímetro—con un magnífico reparo, obra toda del momento (madera, fajinas y tierra), proyectando



también, sin que ello se llevara a efecto, cuatro baluartes de mampostería, que habían de situarse en los ángulos del rectángulo que los reparos formaban, y el revestimiento, con el mismo material, de la cortina del frente de mar; dejando para más tarde el revestir las escarpas de los tres frentes restantes con mampostería.

El proyecto de los cuatro baluartes y cortina de mar lo exponemos en el Apéndice. Vése allí que el desarrollo de aquellos era de 45 canas o séase aproximadamente 90 metros, lo cual los asemeja al baluarte de Levante de la plaza de Barcelona, proyectado por el Emperador Carlos V, según se expone en la página 286. Claro está que el parecido es solamente en cuanto al desarrollo de la magistral, pues por lo demás no se ha conservado el dibujo que al Príncipe D. Felipe envió Pizaño.

Suponiendo una longitud de 10 metros para los flancos, quedaba una longitud para las casas de 35 metros, no grande por cierto, y desde luego inferior a otros baluartes que Pizaño construyó.

El espesor medio que daba Pizaño, en Rosas, a los muros de sus baluartes era de cuatro metros para una altura de 14. El foso lo proponía de 6 metros de profundidad por 29 de anchura, dimensiones impuestas por la poca profundidad a que aparecía el agua en el asentamiento de la obra.

Recordemos, finalmente, que según frase del señor de San Jorge (página 411 de este libro), los reparos quedaron terminados en 1544, *de manera que si fueran hechos de mampostería no parecerían mejor,* y que según manifestación de Pizaño (nota primera de la página 409) los terraplenes—en general—había que repasarlos cada año, porque si no corrían el riego de desaparecer por los agentes atmosféricos.

Vamos ahora a exponer la marcha subsiguiente de las obras a partir de aquella fecha.

***

«En lo de la villa de Rosas hay la artillería y municiones que he escrito, por mis letras, a Vuestra Majestad y gente y vituallas, y aunque vengan la Armada y Ejército tenemos poco pensamiento de él con el ayuda de Dios y de Nuestra Señora; a las cuales letras y relación, aunque por esta digo esto, me refiero, pues Vuestra Majestad las habrá mandado ver que lo escribí todo en mis letras más por extenso cada cosa de por sí. Y fueron las dichas letras por tierra, y ésta va por vía de un bergantín que va a Génova (1).

. . . . . .

«En lo de la villa, como Vuestra Majestad habrá mandado ver, por la plataforma de él, si Vuestra Majestad manda que se pueda echar una camisa quedará perpetua en perfección para siempre, y como ahora estamos puede Vuestra Majestad descuidar que se les defenderá el puerto, etcétera» (2).

. . . . . .

«Lo que se ha de hacer en la villa de Rosas es determinarse si se ha de echar camisa a los terraplenos; porque soy avisado que hacia la marina se ha empezado a caer un pedazo; y así podría ser que cayese todo con el tiempo y las aguas». (Decreto marginal. «Que con los 2.000 ducados lo entretenga lo mejor que se pueda») (3).

. . . . . .

(1) Carta de Luis Pizaño al Emperador, fecha en Rosas a 9 de mayo de 1544 (S. E. l.° 274).

(2) Carta de Pizaño al Emperador fechada en Rosas a 14 de junio de 1544 (S. E. l.° 294).

(3) Documento hecho por Luis Pizaño sobre asuntos de artillería y fortificación. No tiene fecha pero corresponde a los últimos días de septiembre de 1545 cuando se le mandó informar sobre el estado de las obras de la frontera. (S. M. y T. l.° 44.)

«Sobre lo que en Rosas se ha de hacer, como parece que conviene, y por otra he escrito a Vuestra Alteza, sería bien que con tiempo se comenzase a poner mano en la obra y que la gente que ha de venir a ella viese que se entiende en juntar los materiales y se toma con calor» (1).

. . . . . .

«Los terraplenos de Rosas se caen y están de mala manera; y pues sabe Vuestra Alteza lo que la fortificación de aquella villa importa, pues el *Castillo está acabado*, suplico a Vuestra Alteza lo mande mirar, y proveer con tiempo en ello, porque después, haciéndose en tiempo de necesidad y con prisa, sería la costa mucho mayor y no tal la forteza» (2).

. . . . . .

«Cuanto a lo de Rosas, no hay que decir sino que la cosa es muy acertada, y en lo que Vuestra Majestad y Vuestra Alteza mandan en que la obra de aquella villa se acabe, yo quisiera que este mandamiento hubiera venido algunos meses atrás, porque la carestía no estaba tan adelante y fuera más fácil traer la gente; que como esta necesidad crece cada día más, por fuerza habrá alguna dificultad. Yo trabajaré de hacerlo lo mejor que se pueda, aunque pienso, por lo que arriba digo, que sería mejor no llevar la gente de golpe hasta ser cogida la recolta que viene; porque, al presente, Vuesta Alteza sea cierto que la costa sería tan grande que los que han de venir de siete, ocho y diez leguas sería imposible sufrirlo por haber de traer de comer de sus casas; porque aunque en Rosas y en torno lo quisieran comprar, no lo hallarían por la gran falta que en todo el Ampurdán ha habido; y así se proveen de Urgel nada más que para lo necesario, y para no perder tiempo mando que se reunan materiales y se mande cal» (3).

. . . . . .

«Dice que antes de empezar la obra de Rosas (el revestimiento del terraplén), que costará 35 ó 40.000 ducados, conviene se manden 6 ó 7.000 para hacer provisiones de cal, etc., pues así la gente verá que se toma la cosa con calor y ayudará. Que aquél precio es en la hipótesis de esta ayuda del paisanaje en hombres y bestias. Que están enterados del pro-

(1) Párrafo de carta del Virrey Aguilar a el Príncipe sobre las obras; fecha en Barcelona a 15 de agosto de 1546 (S. E. l.° 299).

(2) Párrafo de carta del Virrey Aguilar al Príncipe, fecha en Barcelona a 19 de diciembre de 1546 (S. E. l.° 299).

(3) Párrafos de carta del Virrey Aguilar al Príncipe, fecha en Barcelona a 26 de diciembre de 1546 (S. E. l.° 299).

yecto Benedicto y Hernando de Hoces, Pagador de la Artillería, que lo comunicó con el Capitán Luis Pizaño» (1).

. . . . . .

«Ya avisé a Vuestra Merced cómo el Virrey había mandado sacar la artillería de Rosas y subirla en el castillo; y a los de la tierra se les puso un nublado tan grande, que pensaron que por él armada del turco se hacía, y que todos eran perdidos. Y después yo fuí a Rosas é hice sacar tres piezas para Rosas y llevar 4 a Castellón, y saqué 80 barriles de pólvora y 4 balas de mecha y 200 arcabuces y 200 picas y 200 morriones y los 12 arneses de la ligera y las lanzas que allí había [e] hícelas llevar a Castellón. De los 80 barriles que digo que llevaron a Castellón, quedaron en Rosas 26 y lo demás envié como digo a Castellón, con 50 pelotas para cada pieza. Las piezas que quedan en Rosas se puso una en la carnecería, en la torre, y las dos en la iglesia, encima de la capilla de nuestra Señora; y con esto la villa quedó muy contenta y así mismo los de la tierra, viendo que no los desamparaban. Así, que en la fortificación de Rosas no se debe de descuidar y será bien hablar a Su Majestad en ello, porque es la llave de toda España; y toda la tierra, según me dicen, ayudarían para ello» (2).

. . . . . .

«Y si para los terraplenos de Rosas hubiese recaudo de dinero, se podría ahora darles la camisa con más comodidad que nunca, según la disposición del tiempo. *Bien sé que es hechura de vuestras manos;* no estaréis, *Señor,* olvidado de ello» (3).

. . . . . .

Dice que las fortificaciones de Rosas y Perpiñán se podrán ahora hacer mejor por haber ganado Su Majestad la preeminencia en el fortificar, pues los jueces de Greujes se la habían adjudicado. Que los pueblos tendrán que acudir a donde los mandaren, y que, por lo tanto, se han mandado hacer las Pragmáticas de la fortificación de Rosas, Perpiñán,

(1) Extracto de una información hecha para el Príncipe; corresponde al año de 1547 (S. E. l.° 75, folios 142 y 143).

(2) Parte de un interesante documento hecho en Alemania (S. M. y T., l.° 35), en que se copian cartas dirigidas a Pizaño. El párrafo copiado lo es de una carta escrita en Perpiñán a 14 de mayo de 1547 por el Maestre de Campo Miguel Pérez de Varaez.

(3) Carta del Marqués de Aguilar a Luis Pizaño de 7 de septiembre de 1547. Forma parte de un documento hecho por Pizaño para presentarlo al Emperador en Alemania de todo lo que le escribian desde España sobre las obras. (S. M. y T., l.° 35.)

Barcelona y Tarragona señalando los pueblos que han de acudir a cada cosa (1).

. . . . . .

«Cuanto a lo que Vuestra Alteza manda se avise en qué estado está la fortificación de Rosas y de Castellón y si aquellas plazas están para defenderse o qué tiempo y dinero sería menester para ponerlas en defensa, digo que Rosas, como Vuestra Alteza tendrá entendido, se cercó toda de terrapleno los años pasados, por ser la muralla vieja débil, con designio que aforrándola después de piedra, la fortificación quedara firme, y como esto no se hizo, sobre que diversas veces he instado a Vuestra Majestad y al Príncipe Nuestro Señor, los dichos terraplenos se han revenido con las aguas poco a poco sin poderse remediar, de manera que la plaza está al día de hoy al riesgo y peligro que solía estar antes que se hiciesen los dichos terraplenos; a cuya causa se han pasado la artillería y municiones que en ella había a Castellón de Ampurias, que es lugar que está en buen puesto y que tiene razonable modo de defenderse y le podría tener mejor quitándole algunos embarazos de monasterio, casas y huertas que hay en torno de la muralla y rehaciendo los terraplenos de ella, que por alguna parte están en buena disposición, con lo que se trabajó en ellos el tiempo que el armada del turco estuvo estos años pasados en la costa de Francia. En lo del dinero y tiempo que sería menester para poner en defensa lo de Rosas, que es lo que más importa, no se podría dar escrita relación, porque para que la fortificación quedase en buena proporción y correspondiese mejor al castillo, se había tratado de alargarla un buen pedazo. Bien me parece, si mal no me acuerdo, que el capitán Luis Pizaño hacía cuenta que el aforro de los dichos terraplenos, en la forma que estaban, podría costar de 18 a 20.000 ducados y otros han juzgado que estará en más.» Sigue la carta manifestando la importancia del puerto y la necesidad de no empezar no estando pronto el dinero (2).

. . . . . .

(1) Extracto de carta del Príncipe al Emperador, fechada en Colibre a 7 de noviembre de 1548 (S. E. l.º 189). Respecto al paso a la Corona, de Rosas, que era, según sabemos, del señorío del Duque de Segorbe, he encontrado lo siguiente:

En carta del Emperador, al Príncipe, desde Augusta a 11 de febrero (E. l.º 644), dice que, a pesar de lo mucho que pide el Duque de Segorbe por el condado, lo vuelva a ver bien, pues a él le interesa mucho por lo de Rosas. En otra del mismo al mismo, le dice que para lo de la permuta de Rosas será bien esperar a el año 1550, en que termina la prorrogación de las *luyçiones* de Cataluña, porque entonces se podría ofrecer desempeñar tierras que el Duque se contentase de tomar o que «él tuviere algunas que se le diesen en parte de la recompensa».

(2) Párrafos de carta del Virrey Aguilar a la Reina de Bohemia sobre las forti-

«Por otras he significado largamente lo que importa la fortificación de Rosas, por la importancia del puerto, y cómo ordené comenzar a poner mano en ella; y viendo que la armada del turco se va entreteniendo de la otra parte del Faro y que con sobrevenir el invierno nos podrá enojar poco por este año, no puedo dejar de reducir a memoria, si Vuestra Alteza es servido, que se ponga mano en esta fortificación como conviene se haga. La razón no puede ser mayor, porque todos tienen gran voluntad de ayudar con lo que pudiesen según he colegido de lo que he platicado con los principales, y mandando Vuestra Alteza proveer de 10 ó 12.000 ducados para emplear anticipadamente en materiales, yo me iría allí a dar calor a la cosa y en breve tiempo se podría hacer mucho» (1).

. . . . . .

***

En los párrafos copiados anteriormente aparecen, expuestas con claridad, las vicisitudes sufridas por la plaza de Rosas después de la construcción del reparo por Pizaño.

A la muerte de éste se hizo necesario proveer su vacante desde el punto de vista de la ingeniería, y así fué contratado el ingeniero italiano Juan Bautista Calvi, hombre muy trabajador y conocedor de su profesión.

Su intervención primera se conoce, precisamente, porque tuvo lugar en Rosas. Se ha salvado, y la encontró Aparici en Simancas, la planta que para esta plaza propuso Calvi, así como un documento (2), igualmente encontrado por Aparici, que tiene fecha de 13 de septiembre de 1552, y que es complementario o como si dijéramos la Memoria correspondiente al proyecto expuesto en la citada planta.

ficaciones de Rosas y Castellón de Ampurias, fechada a 5 de julio de 1551 (Simancas, E., l.° 307; copiada por Aparici).

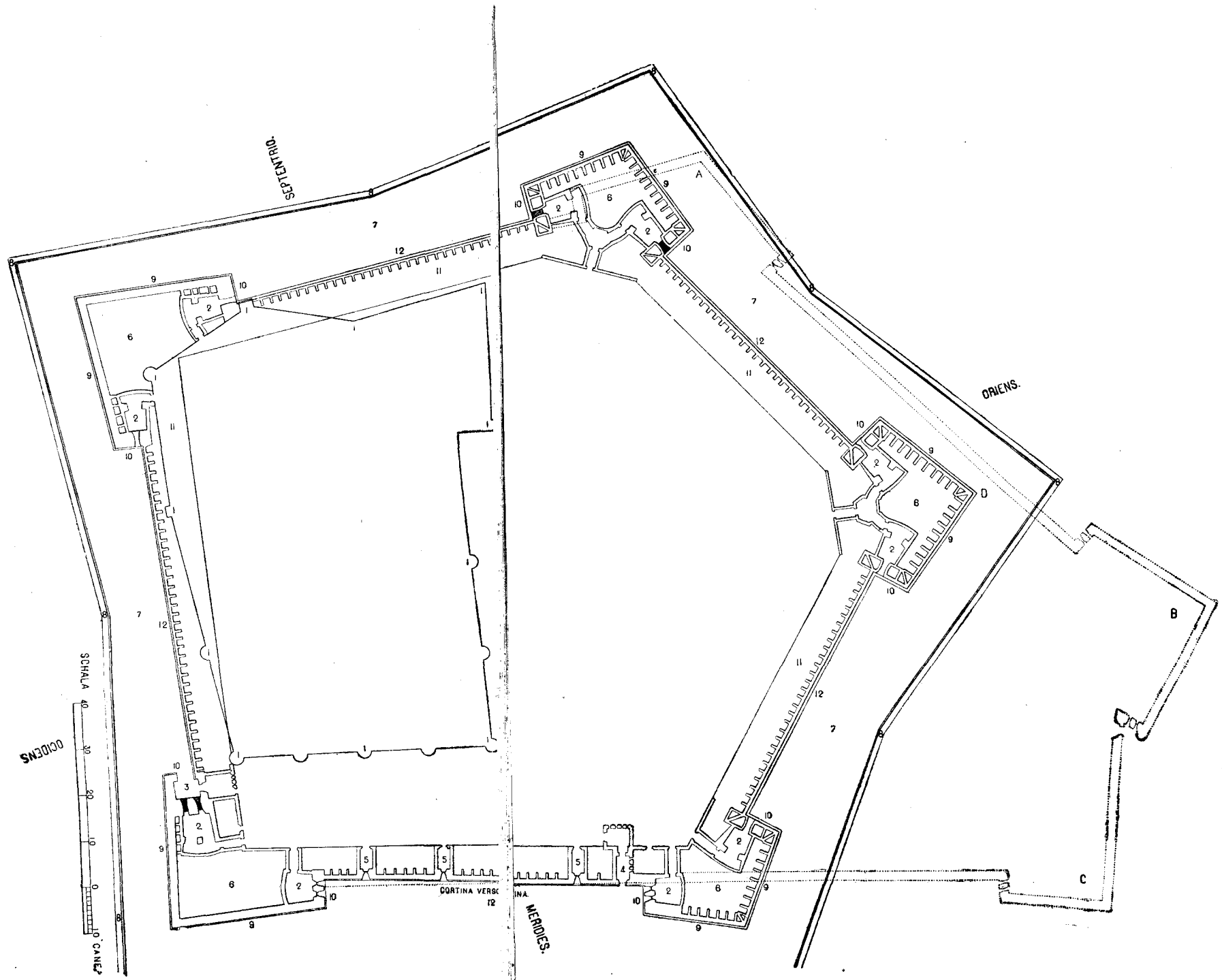
Recuérdese que los terraplenes de Castellón eran obra de Pizaño y que el Virrey no recordaba bien la opinión de éste sobre el valor de la mampostería de Rosas, Pizaño pedía más; como se nota en uno de los documentos que hemos presentado anteriormente.

(1) Párrafo de carta del Virrey de Cataluña Marqués de Aguilar al Príncipe sobre las fortificaciones de Rosas, fechada el 10 de septiembre de 1551 en Barcelona (S. M. y T. l.° 41 copiado por Aparici).

(2) S. E. l.° 308 Aparici. El título traducido dice de este modo:

«Descripción de lo que se ha hecho en Rosas para fortificarla y de los reparos de bastiones que se han hecho por orden de Su Alteza para defenderse en la presente necesidad de la armada y en qué estado se encuentran ahora y de lo que habrá nececidad de hacer.»


5
CQR



1, 1, 1, 1, 1, 1, 1..... Muraglia vechia de la terra. (En el interi[o]ne *terra vechia de Rosas*: longa cane, 92; larga cane, 60.)
2, 2 2, 2, 2, 2, 2..... casa matta.
3, porta.
4, porta verso il mare.
5, 5, 5, 5..... canoniere coperte.
6, 6, 6, 6, 6..... Piazza di sopra.
7, 7, 7, 7..... fosso intorno.
8, 8, 8, 8, 8..... strada coperte intorno al fosso di fuori.
9, 9, 9, 9, 9..... faccia [de los baluartes].
10, 10, 10, 10, 10..... fiancho [de los baluartes].
11, 11, 11, 11..... teraglio di dentro intorno.
12, 12, 12, 12..... Cortina [cuyas dimensiones son, empezando por la de *verso il mare* y siguiendo, como las agujas del reloj, cane 72, 70, 70, 60, 60.]
En los dos baluartes que miran a Occidente pone *Baloardo principiato* (1).

(1) Los paréntesis de la leyenda son puestos por el autor.

En la adjunta lámina exponemos ésta con las leyendas que acompañan el dibujo, y con arreglo a ella se construyó la plaza, subsistiendo así hasta el siglo XVII en que se le aumentaron por la parte de fuera medias lunas y otras obras de tierras, inspiradas en la llamada fortificación holandesa, nacida en nuestras contiendas en los Países Bajos.

En el documento de Calvi se hace referencia a modificaciones hechas en los reparos de Pizaño ante el temor de ataques de las escuadras combinadas de Francia y Argel, y se hace constar que los dos baluartes de Poniente estaban ya, en la fecha de la Memoria, con una altura de 11 metros (aproximadamente), y faltaban los otros tres que para la forma de pentágono, que proyectaba Calvi, eran precisos. No puede aclararse si los citados baluartes de Occidente habían sido proyecto de Calvi o cosa anterior. Es este asunto de importancia, porque en este último caso serían inspiración de Pizaño.

La forma primera que había pensado Calvi dar a la plaza, partiendo de la existencia de los baluartes, ya muy adelantados, de Occidente y de la cortina de reparos de la Marina, era la que se indica con líneas puntuadas, o sea construyendo otros dos baluartes *A* y *B* y un medio baluarte *C*. Pero razones de asentamiento, de padrastros cercanos y de estética le decidieron por adoptar el pentágono representado en la figura (1).

Dedúcese, del documento de Calvi, que los dos baluartes de Occidente habían sido construídos un poco retirados con relación al reparo de Pizaño, que servía de cortina en este frente y que, por tanto, hubo que retra-

(1) He aquí las razones que condujeron a Calvi a la adopción de la forma aceptada:

«Li balvardi seg.ti A et B con il mezzo balvardo segnato C con le sue cortine contigue come qui apare con linee oculte o uero pontegiato era la forma del sito che haueuano preso prima et mi soño retirato aquesta forma di pentagono per discostarmi dal padastro che viene apresso a cane 40 al balvardo seg.to A et perche doue io mi ritiro con il balvardo de la punta del pentagono segnato D vi e un sito ¿risenato? qual e piu alto che la Marina cane 2 ½ et n'sta solo piu basso che il padastro cane 2 per esser il padastro piu alto che la marina cane ¿7 ½? et fra detto sito risenato et il padastro vi e una valetta doue e situato il balvardo sigto B onde si fugge questo inonueniente di questo basso et di porse sotto il padastro perche hora con il retiramento vi sara discosto cane 120 et si resterá copertissimo et le due cortine che formano la punta del pentagono ¿seranno? fuori del diritto del alto doue potriano esser batute per linea doue non bisognera tanto altezza di muraglia per coprirsi et la forma viene piu bella et piu difesa et di minor guardia per esser un corpo vnito et la fabrica di minor spesa altre che fachendosi con muraglia sottile con li suoi contraforti como si vede signato in li 3 balvardi che non sono comenzi et in le cortine con il suo terapieno o vero teraglio será piu forte et piu acta a sostener batteria et di minor spesa assai. gio Batt.a Calui.

sar éste aproximándolo a la muralla antígua de Rosas por este lado, con objeto de que aquéllos cruzaran sus fuegos.

De la parte de Septentrión se arregló el reparo de Pizaño, reforzándolo y dejándolo en disposición de servir de cortina para el frente de este lado en la fortificación pentagonal propuesta. Por el lado de Levante se utilizó igualmente el terraplén de Pizaño arreglado para mientras durase el temor de turcos, si bien después había que trasportarlo hacia adelante. Por último, se utilizó del lado del mar el reparo de Pizaño construyendo el revestimiento de piedra, el cual, en septiembre de 1552, tenía ya dos metros de altura.

Con la construcción de la plaza en la forma propuesta por Calvi, que consiguió ver realizado lo que había sido un sueño irrealizable para Pizaño, dispuso España de un baluarte de importancia contra Francia. Rosas adquirió un relieve considerable después de la paz de los Pirineos, pues que perdido para España, por ella, el Rosellón, quedó en primera línea y al flanco de la invasión del Pertus, no atreviéndose, en general los ejércitos franceses a seguir adelante sobre Gerona y Barcelona sin tomar esta plaza, o por lo menos sin observarla poderosamente.

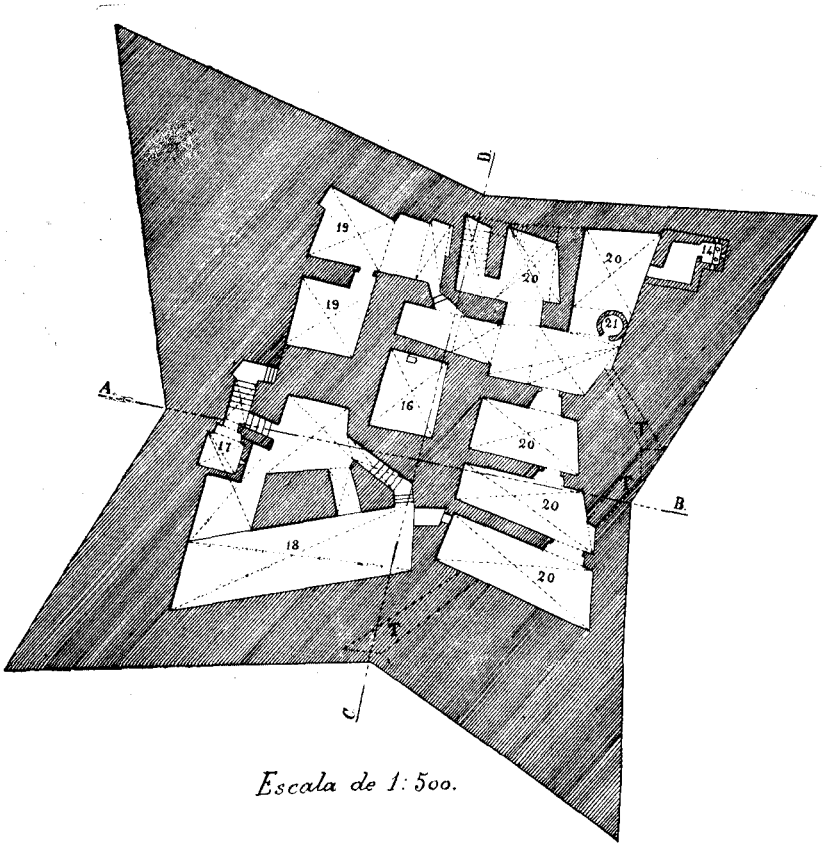
En el siglo XVIII se consideró no bastaba esta observación y se construyó la plaza de Figueras, la cual, no obstante el caudal en ella empleado, no fué afortunada.

CASTILLO DE LA TRINIDAD DE ROSAS (1)

«El castillo que Vuestra Majestad mandó hacer en la entrada del puerto, se comenzó a meter la primera piedra el segundo día de este año y lleva de plataforma 92 canas. Está hecho, hasta hoy, 465 canas de cuadro *conforme a la traza que Vuestra Majestad mandara ver.* De la altura que al presente tiene y cada parte como es menester y la grocesa conforme a este Memorial que va que no ha habido tiempo de hacer más de las paredes de fuera. Y esta semana que viene, con ayuda de Dios, lo cerraremos todo. Y haremos la puerta y meteremos la artillería, dentro, y los soldados, y después poco a poco iremos haciendo la plataforma donde ande la artillería; porque al presente se hará de terrapleno y en algunas bandas de madera. Y en otras haremos algunas casas, donde puedan estar los soldados, de madera. La artillería que es menester dentro [es] 4 cañones y 4 medias culebrinas y 4 sacres; y si hubiere alguna culebrina como arriba digo, al presente haría mucho al caso; y todo lo demás que

(1) Se le llamó más adelante, también, el Botón de Rosas.

es menester como Vuestra Majestad mandara ver así de artillería y municiones y soldados que lo guarden. Y me parece que para Rosas, en tiempo de necesidad, es menester 1.200 soldados y para el castillo



Castillo de la Trinidad—*Planta inferior.*

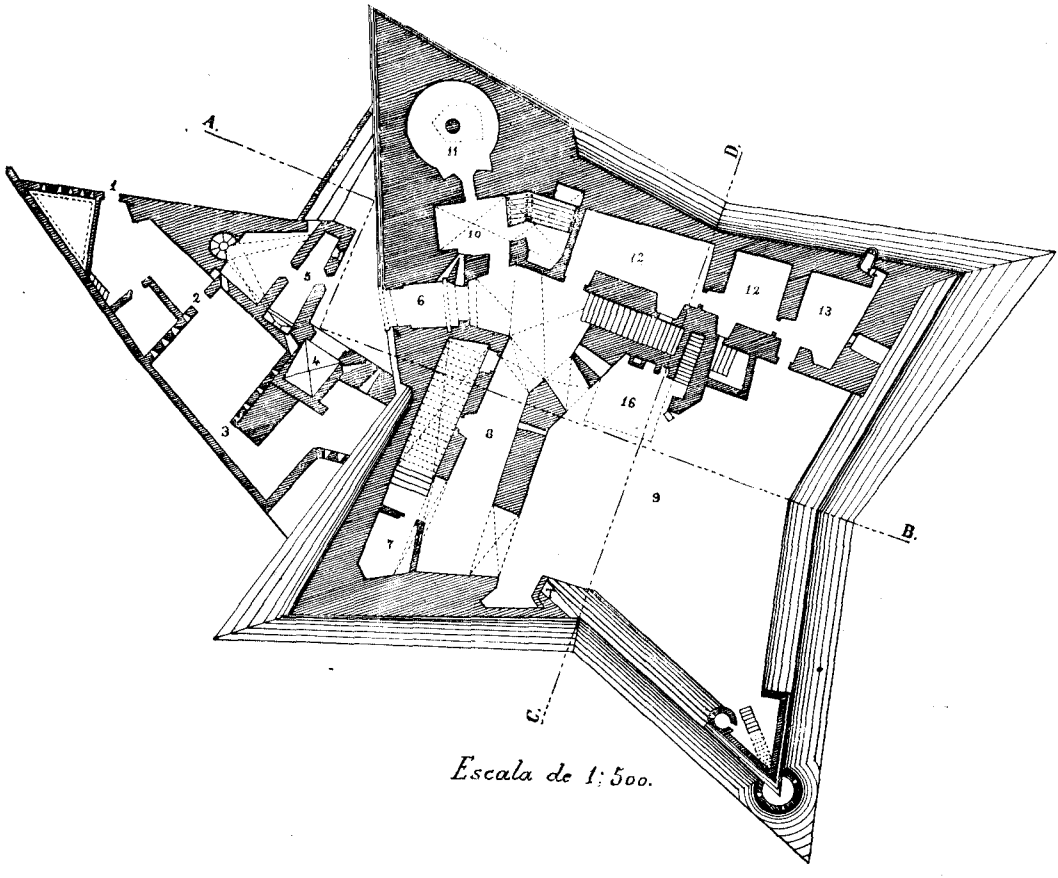
Leyenda: 14, Letrinas. 16, Aljibe. 17, Almacén para pertrechos de artillería. 18, Subterráneo, el cual, posteriormente a su construcción, se dividió en dos pisos por un suelo de madera (1). 19, Almacenes de pólvora. 20, Subterráneos. 21, Horno. *T*, Troneras para flanquear un frente completo y la mitad de otro.

(1) En este subterráneo se conservaba intacta la piedra en la cual, según tradición, estuvo sentado Carlos V cuando visitó la bahía de Rosas y ordenó su fortificación.

100; y esto en tiempo de necesidad que en otro tiempo poca gente basta.»

Habla después la carta de las provisiones de boca hechas y que no se

ha proveído de dineros, pues sólo se han dado hasta el día 4.700 ducados, de los que se han gastado 4.000, pues solamente la obra del castillo a ra-



Castillo de la Trinidad.— *Planta principal.*

Leyenda: 1, Primer rastrillo. 2, Segundo rastrillo. 3, Tercer rastrillo. 4, Puente levadizo. 5, Cuerpo de guardia avanzado. 6, Puerta principal del castillo. 7, Cuarto de guardia del oficial. 8, Cuartel que se dividió, posteriormente a su construcción en dos locales, por medio de un piso de madera. 9, Plaza de armas. 10, Cocinas para la tropa. 11, Calabozo; debajo existe otro expresado con línea de puntos y con entrada por la clave. 12, Habitaciones del Gobernador; entre ellas y el adarve de defensa se puso un piso de madera, para pertrechos de artillería, en época posterior a su construcción. 13, Cocina del Gobernador. 14, Letrinas. *T*, Tronera que flanquea medio frente.

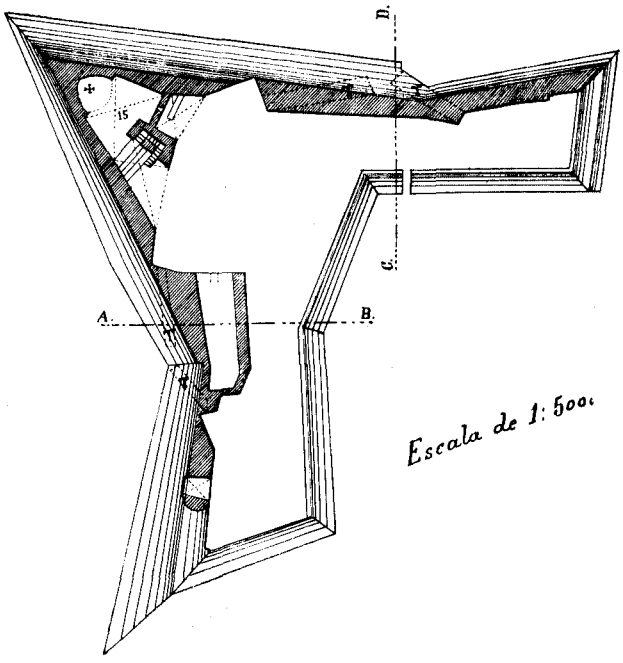
zón de siete ducados y medio montan 3.487 ducados y el resto en la cal que está comprada. Y de todo lo demás que se ha hecho no se ha gastado

más de 100 ducados, salvo cierta madera que se debe. Luego recomienda a Benedicto (1).

. . . . . .

«Sacra Cesárea Católica Majestad:

Esta será para besar las manos y pies de Vuestra Católica Majestad, y dar cuenta a Vuestra Majestad de lo que, después que Vuestra



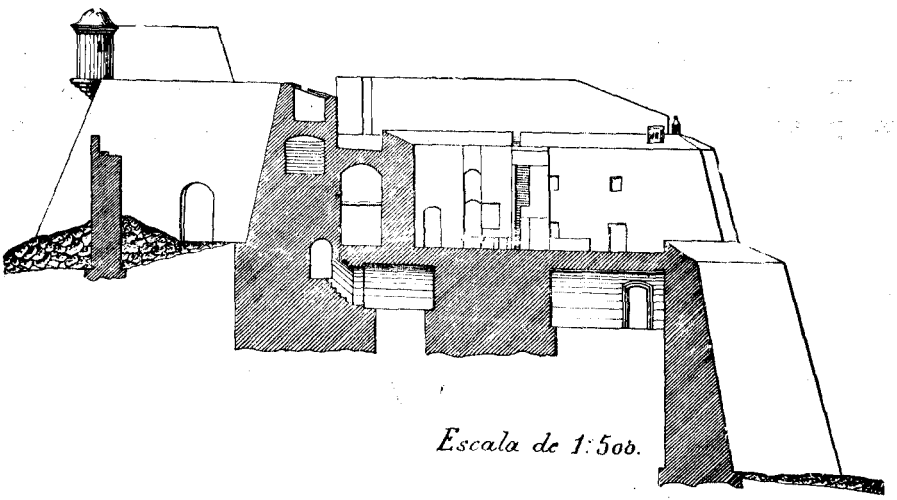
Castillo de la Trinidad.—*Planta segunda.*

Leyenda: 15, Capilla un poco más alta que el adarve, salvándose la altura con dos escalones. Desde la capilla se sube, por medio de la escalera indicada en la planta, a la plataforma del Macho o torreón, que con su garita en el ángulo puede verse en el perfil y vista por *A B*. *T*, Troneras de flanqueo de dos frentes completos.

Majestad habrá mandado ver de lo de Rosas y Castillo de la Trinidad, según doy relación por mis letras y designo, así lo que se ha hecho en la villa como en el castillo. Hasta allí, al presente, se entiende en el pretil del castillo y en acabar las bóvedas que se hacen en la parte de dentro

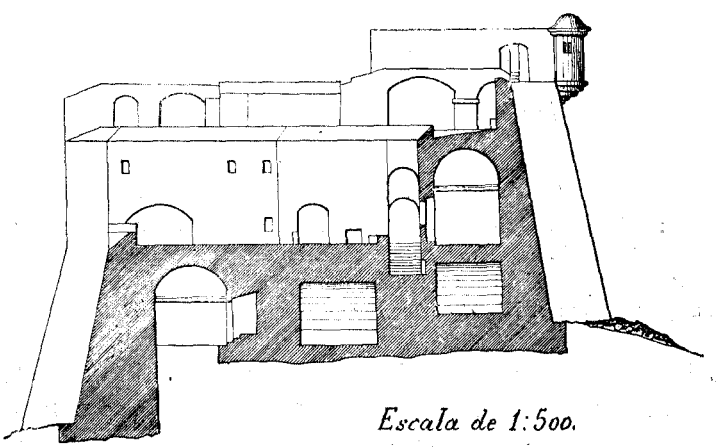
(1) Copia de párrafos y extracto de otros menos importantes de una carta de Luis Pizaño al Emperador. Fecha en Rosas a 21 de marzo de 1544 (S. E. l.° 294).

del medio hacia arriba; porque no puede jugar la artillería si no de encima de ellos para ayudar al puerto, y la mitad de él es de terrapleno,



Castillo de la Trinidad.—Sección y vista por *A B*.

que también ayuda al puerto y a la entrada con tres piezas; y las bóvedas sirven para alojamiento de gente y tener vituallas. Al presente



Castillo de la Trinidad.—Sección y vista por *C D*.

hay dentro cuatro piezas de artillería, dos cañones y dos sacres, hanse metido estos más. Más hay dentro 400 pelotas de sacre y 200 de cañón y

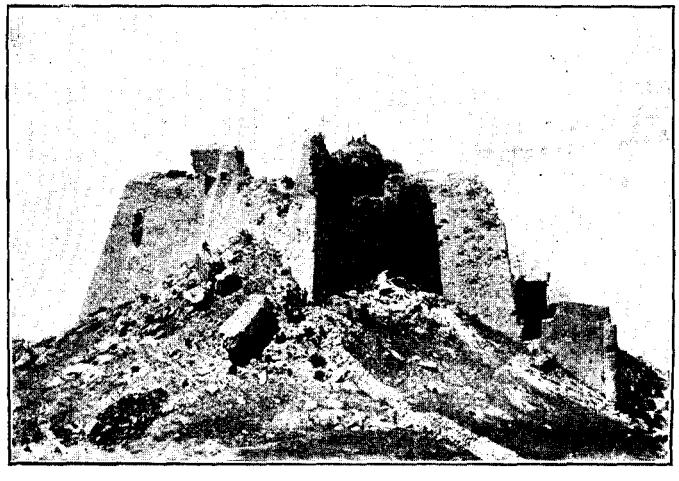
25 quintales de pólvora. De municiones de comer hay para 100 hombres, que al presente están dentro; hay una cisterna de agua que basta para la dicha gente» (1).

. . . . . .

«Las obras del castillo no se hacen por falta de dineros, de lo cual he dado aviso continuo al Visorrey, como Vuestra Alteza manda, y hasta ahora no se ha proveído» (2).

. . . . . .

«Al capitán Luis Pizaño: La carta que me escribisteis a los 25 de éste, recibí con el aviso que os envió D. Josepe, que es el mismo que nos



Castillo de la Trinidad.—Vista de las ruinas del castillo tomada, en 1909, desde las laderas de Puig Romá. (Foto Canales.)

envió el Marqués de Aguilar; yo os encargo mucho que en esa plaza estéis con el buen recaudo y vigilancia que conviene y de continno nos aviséis de lo que se ofreciere.»

«En lo de la obra de la Torre de la Trinidad, que decís que cesa por falta de dinero, escribimos al Visorrey que provea de alguna cantidad;

(1) Carta de Luis Pizaño al Emperador, fechada en Rosas a 9 de mayo de 1544 (S. E. l.° 294.)

(2) Carta de Luis Pizaño al Principe. Fecha en Rosas a 25 de mayo de 1544 (S. E. l.° 294).

vos lo solicitad y haced dar prisa en la obra, que de acá también se mirará de proveer algo para que se acabe» (1).

. . . . . .

«En el Castillo de la Trinidad no está por hacer salvo el pretil y una bóveda, que se ha de hacer en la mitad de él para plataforma y para alojamiento, porque la otra mitad es de terrapleno y está hecho» (2).

. . . . . .

«Item, en el Castillo de la Trinidad, me avisa D. Josepe de Guevara que habían *dado 2.000 ducados* para que labren en él y hanse dado a



Castillo de la Trinidad.—Vista de la puerta principal del castillo tomada, en 1909, desde el interior de éste. En el fondo se ve la puerta correspondiente al puente levadizo. (Fotografía Canales).

Hernando de Hoces, como pagador, para que pague como lo otro; y ha venido maese Enrique y Micer Coll a entender en ello como hombres que

(1) Minuta de carta del Principe a Luis Pizaño. Fecha en Valladolid a 30 de mayo de 1544 (S. E. l.° 291).

(2) Carta de Pizaño al Emperador fechada en Rosas en 14 de junio de 1544 (S. E. l.° 294).

han visto en presencia de ellos y de Micer Maestre Benedicto, cómo se ha de acabar el dicho castillo. Será bien que se mande por Micer Benedicto para que vaya a entender en ello, pues hay dineros.» (Decreto marginal «ya se llama») (1).

. . . . . .

«El castillo de Rosas pienso será acabado en todo el mes que viene, y se hubiera hecho ya sino que en el mes pasado y en este no se ha podido obrar en él a causa de la cosecha y de los grandes calores» (2).

. . . . . .

«El pagador de la artillería ha sido llamado, para dar sus cuentas, por los contadores mayores. Y porque tiene entendida la traza y orden que se sigue en la obra del Castillo de la Trinidad de Rosas y no haber, por ahora, quién supla por él, le he hecho detener hasta que el dicho castillo quede en perfección; resta poco por acabar, Vuestra Alteza lo tendrá a bien, etc.» (3).

. . . . . .

«En lo del revellín que es menester para la puerta del Castillo de la Trinidad de Rosas, se dará la orden necesaria para que se haga con la brevedad que se pudiere.»

«El revellín del Castillo de Rosas se ha dado a destajo a 7 ducados de oro cada cana de Mompeller; yo procuraré que se dé diligencia en él si nos envían dineros, que con la mucha prisa que aquí damos a las obras se gasta mucho» (4).

. . . . . .

«El revellín *que se había de hacer* delante de la puerta del Castillo de la Trinidad de Rosas, se ha dado a destajo a Maese Luis, cantero, a

(1) Documento hecho por Luis Pizaño sobre asuntos de artillería y fortificación a que se hizo referencia en el texto con motivo de los temores de guerra con Francia (S. M. y T. l.º 44.) No tiene fecha, pero corresponde a los últimos días de septiembre de 1545 desde Valladolid.

(2) Párrafo de carta del Virrey Aguilar al Príncipe D. Felipe. Fechada en Barcelona a 15 de agosto de 1546 (S. E. l.º 295).

(3) Párrafo de carta del Virrey Aguilar al Príncipe. Fecha en Barcelona a 3 de septiembre de 1546 (S. E. l.º 299).

(4) Copia de párrafos de un documento en que, a su vez, Pizaño copia otros dirigidos a él en fechas variables (S. M. y T. l.º 35).

El primer párrafo es de una carta a Pizaño del Marqués de Aguilar fechada en 7 de septiembre de 1547, y el segundo de carta, al mismo, de D. José de Guevara a 6 septiembre.

7 ducados de oro la cana de Mompeller cuadrada; y según la traza que está trazada, creo tendrá 100 canas de muralla cuadradas en todo. Yo le enviaré a Vuestra Merced la traza con el Memorial de lo que han trazado Benedicto y Maese Enrique, que por no lo tener sacado a la sazón que hubo quién lo podía llevar, no se envió a Vuestra Merced. Este revellín, no es obligada la hacienda de Su Majestad a darle otra cosa sino 7 ducados de oro por cada cana cuadrada de Mompeller; y al presente está el Maestro haciendo trabajar en hacer el fundamento para comenzar a fundar, al cual se le ha dado 2.000 mijeras de cal que estaban junto a los terraplenos de Rosas, en diez basas amorteradas, para comenzar la muralla, y, porque no se perdiese, me pareció dársela, a la cuenta, al precio y costas que Su Majestad allí tenía hechas. Esto es cuanto a la obra de Rosas. En otra parte de este Condado no se labra ninguna cosa ni labrará hasta que haya con qué. Suplico a Vuestra Merced mande se me de dinero» (1).

. . . . . .

«Asimismo Su Alteza, antes que se embarcase en Rosas, fué a ver el Castillo de la Trinidad, *que Vuestra Merced mandó hacer* y entró dentro alto y bajo y le contentó mucho y mandó que se acabase de hacer un revellín que se hace para cubrir la puerta de dicho castillo; y de allí, de Rosas, Su Alteza mandó despachar un correo a Castilla para que trajese dineros para las obras y para los soldados que residen en esta frontera. Hasta ahora se esperan. El señor Virrey ha escrito que por todo este mes de enero vendrán. Nuestro señor los encamine como aquí son menester. En esta frontera no se hace cosa ninguna, como digo a Vuestra Merced, por la gran falta de dinero, sino que cada día se nos encarecen los bastimentos de esta tierra» (2).

. . . . . .

Que, en la Trinidad, el revellín se debe acabar brevemente y que se ha hecho la puerta del castillo con planchas de hierro, y que hechas estas dos cosas queda como conviene por la parte de fuera «y por de dentro se ha de subir un poco la muralla que responde a la punta del puerto y hacerse allí una de dos cosas, o se ha de terraplenar para juntarlo con la plaza ¿segunda?, o se ha de hacer bóveda para el mismo efecto; y la bóveda costará algo más que no el terraplén aunque haciendo bóveda se

(1) Párrafo de una carta del Veedor Francisco Dávila a Luis Pizaño, fecha en Perpiñán a 12 de diciembre de 1547 (S. M. y T. 1.º 35).

(2) Carta del Veedor Francisco Dávila, fechada en Perpiñán en 18 de enero de 1549 y dirigida a Pizaño (S. M. y T. 1.º 35).

puede dar anchura de vivienda que a la verdad es un poco escasa» (1).

. . . . . .

***

Expuestos los anteriores documentos y figuras correspondientes al Castillo de la Trinidad (2), nada hay que añadir; resultando comprobada su ejecución por Pizaño. El revellín que se hizo durante su estancia en Alemania tiene, como se ve en la figura, la forma de verdadero revellín tal como se ha entendido la palabra en nuestros días.

En el poquísimo espacio de media docena de años vemos aplicada la palabra *revellín*, y con referencia al mismo Castillo de Rosas, en las dos acepciones de que hablamos en el *Discurso Preliminar*, o sea la de recinto bajo (página 337 de este libro) y la de obra cubridora de la puerta que últimamente, hemos visto, se le asigna.

Por último, debo llamar la atención del lector—por ser el punto para nosotros más interesante—sobre el trazado atenazado del Castillo, y sobre el flanqueo de las tenazas por simples troneras situadas en el centro de éstas.

PLAZA DE PERPIÑAN

Esta plaza tenía, además de las murallas que la rodeaban —y a uno de cuyos torreones se le decía el Castillete—, un castillo a ellas unido, y lo que se llamaba la Ciudadela, en la cual no había, por la época a que nos referimos, más que *casas yermas* según expresión del Virrey Aguilar, que ya hemos copiado.

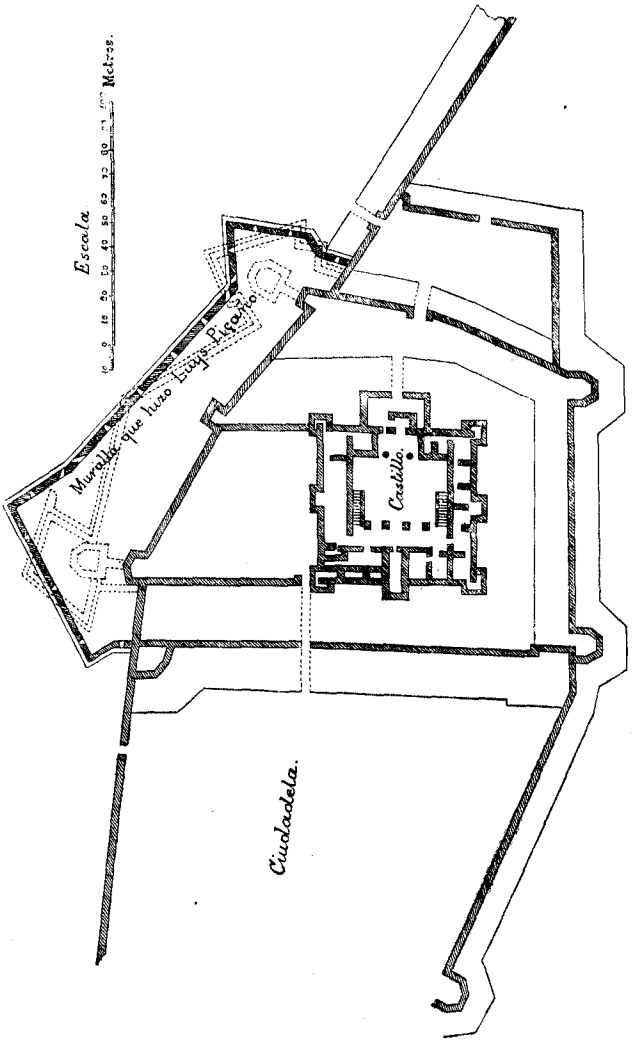
La posición relativa de plaza, castillo y ciudadela se hace bien patente en el plano que expusimos en la página 282 de este trabajo, y que conviene tener presente, pues se hacen en él visibles las antiguas murallas, lo que de ellas se proponía derribar y lo que de nuevo se proyectaba por Benedicto en su concepción de 1535. Con más claridad se nota la posición relativa del castillo y ciudadela en el plano *A* que expongo a propósito de la obra de Pizaño (3).

(1) Párrafo de carta y extracto de otros de una de Juan Muñoz de Salazar a la Reina Gobernadora. Su fecha en Barcelona a 8 de junio de 1551 (S. M. y T. l.° 41).

(2) Estas figuras—menos las dos fotografías—están tomadas de planos existentes en el Museo de Ingenieros, y correspondientes a la primera mitad del siglo XVIII. La escala en toesas ha sido sustituída por otra numérica.

(3) Este plano lo he constituído uniendo, para comparar, el de Benedicto con uno encontrado por Aparici (S. M. T. l.° 75) y correspondiente al año 1570 en que se patentiza una *muralla que hizo Luis Pizaño*.

Finalmente es también muy de tener en cuenta otro plano *B*, que insertamos, encontrado también por Aparici y que es copiá de uno re-



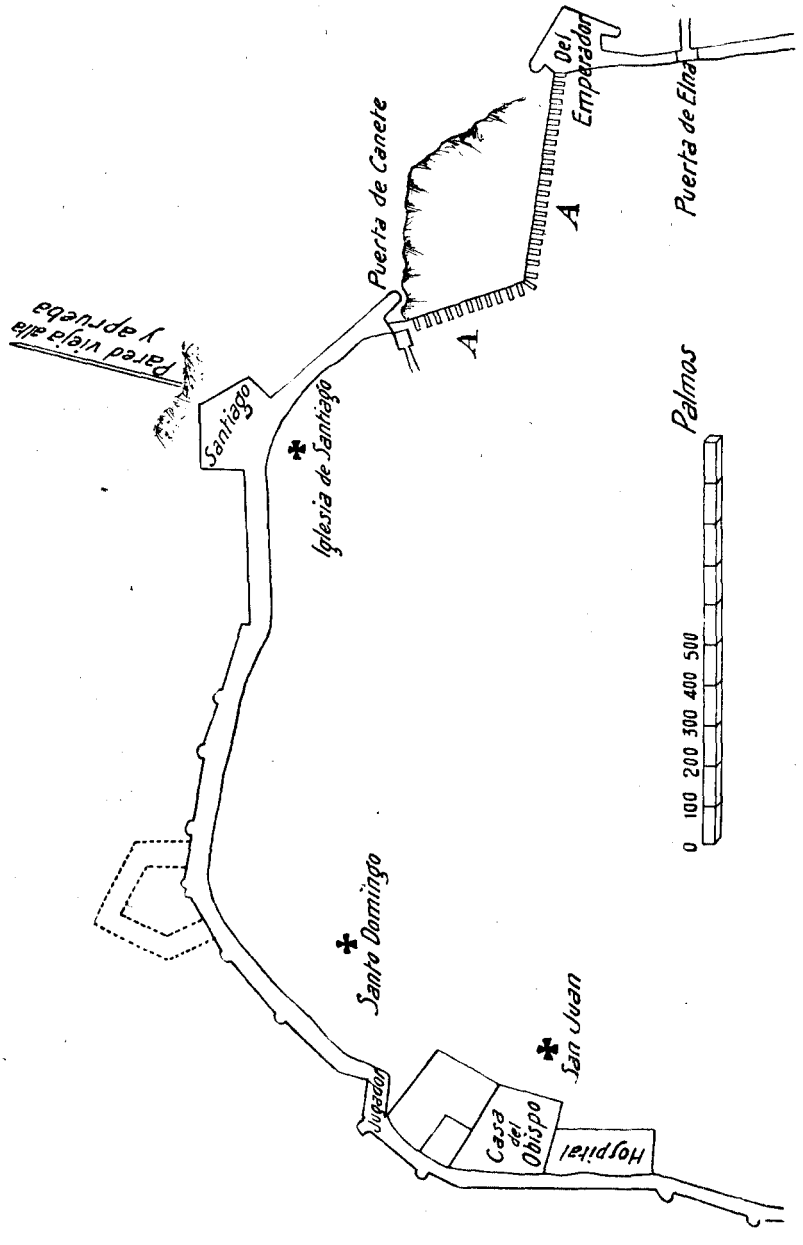
Plano *A*.

mitido a la Corte acompañando a una carta escrita por el Marqués de los Balbases en 10 de abril de 1641 (1).

***

(1) Acompaña al plano una leyenda que dice: «La parte *A* no está terraplenada sino poco y la pared esata».

Dice que se ha reedificado el baluarte de la Ciudadela; que el de San



Plano *B.*

Martín va fuera de tierra más de un estado; que los terraplenos y punta

de San Lázaro se tornan a reparar y que el padrastro de San Lázaro se ha bajado en dos semanas seis palmos en 52 canas de largo y 39 de ancho (1).

. . . . . .

«Micer Benedicto llegó aquí y para las obras de Perpiñán se han buscado hasta 1.200 ducados y con harto trabajo, porque acá no se halla un real. Con los cuales partirá para allá. También se busca lo que se puede para proveer otras cosillas.» (2).

. . . . . .

«En lo de Perpiñán los dos baluartes están hasta el pretil hechos; Elna está reparada y con vitualla y gente y artillería dentro, la que es menester, como Vuestra Majestad habrá mandado ver por la otra relación que es así» (3).

. . . . . .

«Sacra Católica Cesárea Majestad:

Por todas las vías que se han ofrecido he dado cuenta a Vuestra Majestad de las obras que se hacen en esta frontera, las cuales Vuestra Majestad habrá visto, por mis letras, el estado en que estaban; y al presente en los dos baluartes de Perpiñán están altos cinco canas y se hacen ahora los pretiles y serán acabados, del todo, presto con ayuda de Dios» (4).

. . . . . .

«Y asimismo tiene a destajo [Maestre Enrique Gilabert] el baluarte de San Francisco de Perpiñán, que es acabado, y el de San Antonio de muralla, salvo que falta terraplenarla; empiézase ahora a abrir el cimiento desde San Lázaro donde es menester que Vuestras Señorías manden escribir a Su Majestad antes que se haga el dicho baluarte *porque Su Majestad, en Valencia* (5), no se determinó si se haría por allí por temor de

(1) Extracto de párrafo de una carta de D. Juan de Acuña, Capitán General del Rosellón, a Su Majestad, su fecha a 6 de marzo de 1542 desde Perpiñán (Simancas, M. y T. l.° 23).

(2) Párrafo de carta del Secretario Cobos a Vázquez de Molina que debía ir con la Corte. Su fecha Barcelona a 13 de mayo de 1543. (S. E. l.° 289.)

(3) Párrafo de carta de Luis Pizaño al Emperador, fechada en Rosas a 9 de mayo de 1544 (S. E. l.° 294).

(4) Párrafo de carta de Luis Pizaño al Emperador, fechada en Rosas a 14 de junio de 1544 (S. E. l.° 294).

(5) Esta frase de Pizaño es la que me hizo suponer (Capítulo X) que nuestro héroe había acompañado al Emperador a la ciudad del Turia (*Nota del autor*).

los padrastros que tiene, y Su Majestad mandó a D. Juan de Acuña, que al presente estaba allí, que probara a ver si se podrían llevar los padrastros, como decía D. Juan Cerbellón que los quitaría con 3.000 ducados. Y paréceme que lo probaron y que hicieron muy poco efecto como yo lo vi después que lo empezaron a bajar que fuí allá y no bastaron cuatro tantos ni seis tantos dineros que decía D. Juan; y de que fuesen despendidos queda todavía sujeto. Y sería muy mejor, si Su Majestad no manda otra cosa, retirarnos a Santiago, como está platicado con Su Majestad, por los inconvenientes que a Su Majestad se le han dicho. Esto es cuanto a San Lázaro.» (Decreto marginal «que se escriba a Su Majestad particularmente»).

«Item y entre tanto que viene la respuesta de Su Majestad se puede escribir a Perpiñán que se labore en las otras partes que se les ha ordenado, conforme a como tiene el Memorial y lo entendió Maestre Enrique, que lo tiene a destajo, pues hay bien en que laborar.» (Decreto marginal «que se escriba») (1).

. . . . . .

«Relación de las obras del baluarte del Portal de Elna y de la muralla y atajo que se hace desde el dicho baluarte a Santiago de esta villa de Perpiñán; la cual relación se hizo a 14 de junio y la hicieron el Capitán Luis Pizaño y Micer Benedito de Rávena y Francisco Dávila, Veedor de Su Majestad, y Maestre Enrique Gilibert, Maestro Mayor de las obras de esta frontera de Perpiñán.»

«Maestre Enrique Gilibert, Maestro Mayor de las obras de Su Majestad en esta frontera de Perpiñán, a cuyo cargo están las obras que ahora se hacen a destajo en esta villa de Perpiñán, ha dado a destajo a Juan Pujol, vecino de la ciudad de Barcelona, que abra los cimientos de las dichas obras y saque la tierra de ellos por precio de tres reales que le ha de dar por cada cana, de Barcelona, cuadrada que abriese en los dichos cimientos. Y porque la tierra que el dicho Juan Pujol de allí sacare la ha echar entre las rafas y el muro de la muralla que ahora se hace desde el portal de Elna hasta la iglesia de Santiago, se le da, de la Real Hacienda de Su Majestad, medio real más por cada cana de Barcelona, con tanto que la tierra que se echase entre las dichas rafas se ha de pisar y mazonear y echar agua a costa de la Real Hacienda de Su Majestad; así

(1) Documento hecho por Luis Pizaño sobre asuntos de artillería y fortificación. No tiene fecha ni firma pero al dorso pone «de Luis Pizaño». Debió ser hecho en Valladolid *en los últimos días de septiembre de 1545*, en cumplimiento de la orden a que hace referencia Cobos en su carta, que se copió en el texto, al Emperador de 27 de septiembre de 1545 (S. M. y T. 1.º 44).

que le sale a tres reales y medio cada cana de Barcelona de las que abriere en los dichos cimientos y foso, conforme al asiento que de ello tiene hecho. Y asimismo el dicho Juan Pujol hace a costa de la Real Hacienda de Su Majestad, además de los 10 pies de ancho que es obligado Maestre Enrique [a] abrir, según la traza que hace ahora en los lienzos de la dicha muralla, todo lo que más se hallare de los 10 pies hacia fuera del foso en el fundamento [y]se le ha de pagar, al dicho Juan Pujol, a razón de los dichos tres reales y medio por cada cana de Barcelona, contando que, como dicho es, ha de echar la tierra entre las rafas y frontera de muralla y a costa de Su Majestad se ha de pisar y mazonear y echar agua; lo cual se ha de cumplir con el dicho Juan Pujol conforme al asiento que con él está hecho. Y esto es cuanto al abrir de los fundamentos y sacar de la tierra.»

«En el baluarte que se hace al Portal de Elna, por la parte de fuera de la muralla de la villa están hechas hasta hoy dicho día 217 canas y dos palmos de muralla de Mompeller y hase de subir 11 canas en alto, que son 88 palmos; y el dicho baluarte tiene sus guardias bajas, para las cuales se ha de hacer una puerta con su bóveda por debajo de la torre que está en el dicho baluarte.»

«De la parte de dentro del lienzo que va desde el dicho baluarte a Santiago están hechas 201 canas y seis palmos de muralla; y de cimiento están abiertas otras 30 canas de largo con sus rafas, y ha de seguir la muralla, conforme a como ahora va el lienzo, hasta el huerto del hospital de Santiago, en la esquina donde se ha señalado; guardando que no se toque al dicho hospital. Y la guardia ha de venir en el muro viejo de la Puerta de Cañete y si no puede venir—porque al presente no se puede ver por causa del monasterio de Santa Clara— será todo una cana más o menos. Y desde el dicho huerto se ha de tirar un lienzo hasta el cementerio de Santiago, con sus rafas de en 10 en 10 pies, como vienen las que ahora están hechas; y esta dicha muralla ha de llegar conforme a como está trazada y platicada entre nos los dichos Capitán Luis Pizaño y Micer Benedicto de Rávena y el Veedor Francisco Dávila y el dicho Maestre Enrique, que la tiene de hacer.»

«Asimismo ha de quedar la puerta que ahora está hecha, que es el Portal de Cañete, y la que se ha de hacer debajo del ala, dejándoles sus bóvedas y troneras como están platicadas y el través ha de tener cuatro canas de alto conforme a los traveses del baluarte del Portal de Elna y encima su juego *por barba.*»

«Y la sobre dicha muralla del lienzo que se hace para el atajo ha de ser alta—hasta las 50 canas de largo, partiéndose del baluarte del dicho Portal de Elna— 11 canas de Mompeller de alto con su terrapleno detrás y rafas; y desde las dichas 50 canas, poco más o menos, hasta llegar al di-

cho hospital de Santiago y hasta la dicha Puerta de Cañete que está cabo el molino, va la muralla vieja con su talud. La cual muralla, mesurándola por la parte de dentro de la dicha puerta, tiene de altura nueve canas y tres palmos de Mompeller en esta manera: la casamata de la puerta o zaguán tiene dos canas y media de alto y de allí arriba tiene seis canas y siete palmos, en los cuales hay cana y media de pie cuadrado, el cual se ha de derrocar y tornarle a hacer de nuevo encima del talud hasta que suba en altura de 10 canas al pretil *con sus rafas de 10 en 10 pies.* Y esta muralla se ha de seguir en esta manera hasta venir al ala del baluarte y juego que es en la misma puerta del Cañete de dentro. Y esto es cuanto a lo que está hecho en la dicha muralla por la parte de dentro.»

«Item en la parte de fuera, en empezando de la dicha Puerta de Cañete hasta a los molinos encima de la puerta, se ha de cerrar la casamata por arriba a media naranja, dejándola arriba su lumbrera y troneras por todo en torno como ahora está.»

«Asimismo la muralla que viene de San Lázaro a la dicha casamata, donde pasa el conducto del agua, se ha de dejar hasta la segunda tronera, y hacerle al mismo conducto del agua, entre la bóveda y el muro, una puerta caladiza para tener el agua y otra puerta caladiza más arriba en el cabo de la bóveda y sus troneras, de la parte del enforro de la bóveda de dentro, y el foso ha de ser 112 pies de ancho desde el forro del talud o chapadura que ahora está hecha. Y hase de echar la tierra que se sacase del dicho foso en el cementerio de la Iglesia de Santiago para el caballero que allí se ha de hacer; y asimismo se ha de echar la tierra de la parte de dentro tres canas en ancho y otras tres que quedan para el tránsito de la puerta, todo en torno, hasta llegar a la otra puerta que mira a Nuestra Señora del Agullón, que también se llama la puerta de Cañete, porque son tres puertas de Cañete *entre ángulo* (1), en la cual puerta se ha de hacer lo mismo. En el zaguán cerrar la casamata e incorporarlo con otra que está en el mismo foso que va hacia Santiago, y asimismo guarda la vuelta del foso de fuera que mira a la puerta ¿del euna? a otra casamata que está allí junto que se responde a la dicha puerta, y asi-

(1) Probablemente querrá decir *en triángulo.* Las tres puertas de Cañete parecen figurar en el plano de Benedicto. En los documentos se lee indistintamente Canete y Cañete, siendo la probable esta última acepción. La primera figura en el plano *B.*

Esta parte del documento no se puede seguir con claridad por la ausencia de plano detallado. Afortunadamente los documentos posteriores que se exponen, aclaran la obra de Pizaño en Perpiñán.

Las obras que, por esta parte última del documento se proyectaban, eran originadas por la necesidad de suprimir, según el proyecto de Pizaño, los muros empezados por la parte de San Lázaro y que figuran en el plano de Benedicto *(Nota del autor).*

mismo responde a la guardia del baluarte del Portal de Elna y la guardia y baluarte responde a las dichas casamatas el foso abajo. Y esto es en el foso viejo porque el nuevo, que va a San Lázaro, hase de derribar, y el viejo se vuelve desde el dicho baluarte hasta las dichas dos puertas de Cañete, de la parte del Hospital de Santiago; la cual muralla no se ha de derribar hasta que todo el lienzo de dentro, como arriba está dicho en este Memorial, esté alzada tanto que sea desde el cimiento cuatro canas en alto. Y estando en este término se puede derrocar la muralla y lienzo que mira hacia Salsas, de lo nuevo de San Lázaro, y asimismo todo el otro lienzo nuevo que mira hacia Mediodía; y el viejo no se ha de derribar ninguna cosa de él salvo que de aquel baluarte del portal de Elna se ha hecho, se ha de quitar del muro viejo hasta dejarlo en una cana de alto en el talud.»

«El dicho muro, entre las dos puertas de Cañete, se ha de bajar, entre el un foso y el otro el muro hasta que quede de una cana de alto con su pretil y troneras, a manera de saeteras, con su terrapleno detrás hacia el foso nuevo que se ha de hacer en Santa Clara, que ha de ser ancho 112 pies, dejando los 12 pies, que es cana y media de Mompeller, y una cana en alto ataluzado bajo en el cimiento como ahora está empezado.»

«Y ha de haber este foso de dentro y otro, que es ahora el viejo, de fuera; y en todos estos ha de haber sus sostenes de agua para que no se la puedan quitar, y esto ha de ser mirando que el agua le entre por la banda de el baluarte del portal de Cañete, dejando un conducto como está el conducto del baluarte de la Ciudadela, porque poniéndole el antepuerta, que ahora está hecha, suba el agua para entrar en el dicho foso. Y este foso se ha de seguir conforme a la traza que de ello se manda a Vuestra Alteza, y además de esto se enviará un modelo, el cual asimismo quedará acá, y esto se ha escrito a Su Majestad que se quede con estos contrafosos, porque se puede poner en ellos el agua de una cana en alto por todas estas partes.» (1).

. . . . . .

«Relación del estado en que hoy 16 de julio de 1546 años están las obras que se hacen en esta villa de Perpiñán al baluarte del Portal de Elna, por la parte de dentro y de fuera de la muralla de la villa.»

«Las obras que se hacen en el *baluarte del Portal de Elna* de esta villa de Perpiñán, por la parte de dentro y de fuera de la muralla de la dicha

(1) Proyecto de obras para Perpiñán, fecha a 14 de junio de 1546 (S. M. y T., legajo 35).

villa, van por *la orden que Vuestra Merced dejó* y están hoy día, de la fecha de esta, que se cuentan *16 de julio de 1546* años, en estado que Vuestra Merced por esta relación verá.»

«El baluarte del portal de Elna, por la parte de fuera, están hechas, en el ala de muro que mira al baluarte de San Lázaro, siete canas de muralla de larga y seis canas de alto con sus rafas del mismo altario y terraplenadas todas.»

«La otra ala del dicho baluarte que mira a la Ciudadela, tiene de largo 10 canas y de alto cinco canas con sus rafas del mismo altario y terraplenadas todas como las sobre dichas; y la tierra va toda mazoneada y mojada.»

«Ahora se abre el fundamento, de la parte del portal de Elna, de la punta del dicho baluarte, y está hecho de fondo de tres canas y faltan otras dos canas de hondo para acabarse; y de la parte del portal de Cañete está el mismo fundamento de la misma manera que el sobre dicho.»

«En este baluarte trabajan 30 maestros pedreros y ocho amorteradores y 100 hombres manobres y 60 mujeres y los borricos que tiran los materiales, que son 158 tamboreles. Dase todo el recaudo y diligencia posible porque no falten materiales de ladrillo y piedra, los cuales no faltarán si no falta dinero.»

«El *lienzo de muralla que va desde el Portal de Elna a Santiago,* está [hecho] desde el dicho baluarte hasta juntar con la puerta de Santa Clara, que son 40 canas de largo, de alto de cinco canas y media; y hase comenzado a abrir el foso del dicho lienzo de cuatro canas y media de ancho y de la tierra que de allí se saca se hinchen las rafas del dicho lienzo y la tierra se pisa y echa agua como a la sobre dicha. Y trabajan en este lienzo 20 maestros y 8 amorteadores y 120 trabajadores y 80 mujeres y 50 borriqueros que tiran los materiales con 100 borricos. En todo se dará el recaudo y diligencia posible porque la obra no falte.»

«Este dicho lienzo de la muralla de la villa como se haya igualado, el largo que ahora tiene, de seis canas de alto, se pasará toda la gente que en él trabaja a trabajar en el baluarte, por la parte de afuera y entre tanto que se abrirán los fundamentos del dicho lienzo, para que como sea acabado el baluarte se tornen los maestros a trabajar en él.»

«Y porque [como] está dicho, el dicho lienzo ni la muralla del dicho baluarte no está igualada, no se le envía a Vuestra Merced la relación de todas las canas de muralla que están hechas. Como se iguale se caneará y con el primero [que vaya] se enviará la relación de las canas que tiene toda la dicha obra.»

«A Maese Enrique se le han dado, después de la cuenta que Vuestra Merced le tomó, 5.000 ducados para en cuenta de las dichas obras; como

se canee se fenecerá otra vez cuenta con él para ver como estamos y saber en qué tiene gastados los dineros que se le han dado.»

«Y porque hasta ahora no ha venido la orden de lo que se ha de hacer del Monasterio de Santa Clara, se entiende en qué Pujol se pase [a] abrir los fundamentos de la parte del Hospital de Santiago *donde Vuestra Merced dejó señalado* y en viniendo la orden de lo que se ha de hacer se seguirá la obra adelante como ahora va.»

«Aquí hay siete hornos de ladrillo, con los tres nuevos que se han hecho, y todos cuecen al presente; y según parecen por la cuenta cuecen todos ellos cada hornada todos juntos 60.000 ladrillos poco más o menos. Y esto es una vez al mes y no les dejando cocer teja ni razola; porque el ladrillo no falte para las dichas obras.»

«Los trajineros de esta villa y los de los lugares de este Condado y los 20 tamboreles traen la cal de los hornos donde se cuece para las dichas obras, y *por la orden que Vuestra Merced dejó cuando se fué;* y según la cal que hoy dicho día hay en las obras y la que hay en los dichos hornos cocida, no faltará cal ni acémilas para traerlo, porque ya todo el trigo de Su Majestad está recogido, y asimismo la mayor parte de lo de la cosecha de este Condado.»

«A Maestre Pedro Baera el Genovés, se le ha dado a destajo el abrir de los fosos del dicho baluarte del Portal de Elna, por la parte de fuera, a razón de nueve reales cada cana cuadrada de Mompeller con que ha de subir tierra que fuere menester en el caballero alto, y echarlo en el dicho baluarte y entre las rafas de él y pisarlo y echarlo agua. El se da gran prisa con su ingenio a sacar tierra y ponerla donde ha de estar» (1).

. . . . . .

«En las obras de Perpiñán se trabaja como Vuestra Alteza lo tiene mandado y se usa en ella toda la prisa posible» (2).

. . . . . .

«Cuanto a lo que Vuestra Alteza manda que de nuevo se labre en Perpiñán dejando fuera el baluarte de San Lázaro y lo más que está hecho, si de principio se hubiera mandado esto fuera bien porque se

(1) Relación hecha por el Veedor Dávila a 16 de julio de 1546 (S. M. y T. l.° 35) para Pizaño. En el dorso del documento pone, con letra de éste, «Está trasladada en otro memorial para darlo a su mag.t a VIII de agosto de 1547.»

(2) Párrafo de carta del Virrey Aguilar al Príncipe sobre las obras, fechada en Barcelona a 15 de agosto de 1546 (S. E. l.° 295). Con fecha 1.° de agosto escribió el Emperador al Virrey diciéndole que sabe, por Pizaño, lo mucho que se interesa por las obras, lo cual le place grandemente. (E. l.° 642).

ganaran muchos dineros y la frontera estuviera más al propósito; más pues Su Majestad y Vuestra Alteza están tan informados de todo, ello es lo mejor, y así escribí a la hora a Perpiñán que se comenzase la obra conforme al pareecer de Su Majestad y Vuestra Alteza y el memorial de Luis Pizaño, que Vuestra Alteza manda que se guarde, aunque no haber ingeniero allá para ello hace mucha falta, por ser muchos los dineros que allí se gastan y no puede dejar de ser mucho la costa, por ser muy gran trecho lo que de nuevo se ha de hacer. Para que del todo esté bien se ha de derribar lo hecho, y creo que será muy poco menos la costa del derribo de lo que costó hacerse y no derribándose quedaría allí un reparo para los enemigos» (1).

. . . . . .

Dice que al tiempo que Pizaño trazó el baluarte de la Puerta de Elna, lo hizo contando con echar a las monjas de Santa Clara. Que la obra va adelantando y ya va entrando en el convento y las monjas piden se les arregle la casa donde han de ir, para lo cual conviene se manden 3.000 ducados (2).

. . . . . .

«*Lo que escribió Juan Muñoz de Salazar en una carta fecha a 8 de mayo sobre las obras de Perpiñán en qué estado están.*»

«Que el baluarte del Portal de Elna está ya en todo el alto que ha de tener y ahora hacen el pretil sobre sus arcadas y vendrá a tener el pretil 12 pies de ancho que parece que está en buena comodidad. El foso está hecho gran parte de él y ahora se va sacando la tierra que hay desde el Portal de Elna hasta el bestión de la Ciudadela para que se puedan ver estos dos bestiones.»

«La muralla que se hizo, por de dentro de la villa, para atajar a San Lázaro, llega hasta confrontar con las paredes del huerto de Santa Clara; y por no tener resolución de lo que había de hacer con las monjas, no ha pasado adelante; y por este respecto se empezó a labrar la muralla que viene desde el Portal de Cañete Alto. En este estado están las dichas obras, en las cuales se gastan cada semana 600 ó 700 ducados con lo de San Telmo, que se labrarán las tres puntas que faltaban para ponerla en de-

(1) Párrafo de carta del Virrey Aguilar al Príncipe, fechada en Barcelona a 26 de diciembre de 1546 (S. E. l.º 299).

(2) Extracto de una información hecha para el Príncipe por el Virrey Aguilar. Corresponde al año de 1547 (S. E. l.º 75, folios 142 y 148).

fensa; y hasta ahora se ha gastado del dinero que había del trigo 1.000 ducados. Y ya yo he avisado a Su Alteza que mande proveer.»

«Acabado el bestión del Portal de Elna y la muralla que va desde el dicho bestión a Santiago, deseo mucho que Vuestra Merced enviase memorial donde se labrará para mayor necesidad; porque el bestión que se empezó en el Castillo Mayor, que cuando Vuestra Merced vino aquí estaba empezado, parece que sería bien que se acabase; porque estando acabado todo aquel cuartel estaría de manera que no sería menester hacer más en ello y viniendo de allá la orden se seguirá como convenga.»

«*Lo que escribe el Maestre de Campo Miguel Pérez de Varaez sobre las obras de la frontera de Perpiñán en una carta hecha a 14 de mayo de 1547.*»

«El bestión del Portal de Elna será acabado por todo este mes, porque ya le hacen su pretil y señorea mucho la campaña.»

«En el de la Puerta de Cañete no se puede entender hasta tener donde meter estas monjas; Vuestra Merced lo debe procurar por allá, porque acá mala maña se dan para ello si el Virrey no lo remedia ahora con su venida, que ya es de vuelta de su casa.»

«*Lo que escribe Francisco Dávila y la Relación que va abajo de todo a 4 de mayo de 1547.*»

«El lienzo de tierra que está por el medio del Castillo Mayor de la parte del campo a *donde Vuestra Merced hizo echar el cordel* y hacer una (*sic*) en el medio, se cayó toda la tierra con las aguas y está de tal manera, que si no se pone una muralla escarpada de tres palmos o cuatro en el largo de aquel lienzo, costaría mucho más poner la tierra, después, que no costará la muralla, que será de poca costa. Y pues a Vuestra Merced le pareció que echándole un chapaduco de tres palmos o cuatro de muralla entrelazada con la tierra que bastaría, Vuestra Merced envíe lo que se ha de hacer en ello y en lo demás, porque esto importa mucho que no esté abierto el castillo.»

«*Lo que escribe Micer Benedicto de Rávena sobre las obras de Perpiñán en una carta hecha a 14 de mayo de 1547.*»

«El Cubo del Portal de Elna está de altura de 10 canas y no le falta sino el pretil. Ahora se entiende en hacer las bóvedas sobre las troneras bajas. La muralla del atajo no pasa del huerto de las monjas hasta que Su Majestad o Su Alteza les provean de aposento. El Cubo del Portal de Elna esta semana se igualará con la muralla vieja y no está comenzado, de parte de dentro de la villa, el ala. El Cubo del Portal de Elna tiene hecha ya la cava que está en defensa y se hace la cava hasta el cubo de la Ciudadela.»

«Don Josepe de Guevara escribe lo que se ha hecho en las obras de

aquella frontera y dice que así lo avisa en una carta que escribe a Su Majestad.» (1).

. . . . . .

«Relación de las obras que al presente se labran en la frontera de Perpiñán y el estado en que están. Y del dinero que a Maese Enrique, Maestro Mayor, tiene recibido para ello y del dinero que al presente hay en esta villa para ellas. La cual relación se hizo en 17 de mayo del año de 1547.»

«El baluarte del portal de Elna por la parte de fuera.»

«Tiene de alto, todo a la redonda, desde el ala del Portal de Elna hasta el ala del Portal de Cañete, con la punta del dicho baluarte y rafas, diez canas y alas nueve canas de alto. De la parte del Portal de Cañete se comenzó a engrosar el lienzo de fuera y hacerse el pretil y se engruesa y carga la muralla de la mitad del pretil sobre las murallas de las rafas y tiene cana y media de Mompeller de grueso y subirá de alto las 11 canas de Mompeller, que Vuestra Merced dejó por orden, o lo que más fuere menester que suba; porque al presente se está nivelando la altura de la montaña de San Lázaro con el pretil dol dicho baluarte.»

«De la parte del Portal de Elna se comenzó a engrosar el pretil a las siete canas y media y como el pretil no está acabado de ninguna parte hasta ver si Vuestra Merced manda que el pretil sea, todo alrededor de la parte de dentro del baluarte, de piedra picada, no se ha obrado en él ni se obrará hasta la respuesta de ésta; pero no se perderá tiempo, que siempre se obran en las bóvedas de los juegos, y también no es bien cargarle la muralla toda de un golpe; porque lleva gran peso de tierra. Y porque en los otros baluartes del portal de San Martín y San Francisco y la Ciudadela y Castillete y Castillo Mayor están así, se da aviso a Vuestra Merced para que envíe a mandar lo que fuese servido.»

«En este baluarte están hoy caneadas y hechas 884 canas cuadradas de murallas, sin las bóvedas de los juegos de bajo que no están acabados de cerrar, y a esta causa no se pueden canear lo que en ellas hay; todavía se labra en ellas y se labrará, que no se quitará la mano, hasta lo

(1) Copia de un interesante documento cuyo título es «Lo que se ha escrito sobre las obras de Perpiñán y Frontera y la relación de ello a 17 de mayo 1547», (S. M. y T. 1.° 35). El título, del documento que hemos copiado, es de letra de Pizaño, el cual extracta en él las cartas recibidas de España de Juan Muñoz de Salazar, el Maestre de Campo Miguel Pérez de Varáez, el Veedor Francisco Dávila, Micer Benedicto de Rávena, el Maestre de Campo D. Josepe de Guevara y D. Antonio Dolmos Alcaide de San Telmo. El extracto estaba destinado a que lo viera el Emperador en Alemania (*Nota del autor*).

puesto en la orden que Vuestra Merced dejó mandado. Y Vuestra Merced me mande avisar lo que se le ha de hacer en lo del pretil porque se acabe más presto.»

«El terrapleno de este baluarte se hace muy aprisa y muy mazoneado y hacinado; y siempre estamos Micer Benedicto o yo encima del terraplenar, viendo que vaya *conforme a lo que Vuestra Merced dejó mandado.*»

«El foso de alrededor de este baluarte tiene de ancho seis canas, sacada toda la tierra de él y puesta arriba en el terrapleno, y de alto cuatro canas de Mompeller en partes y en otras partes cinco canas.»

«Este foso se va sacando la tierra desde el dicho baluarte del Portal de Elna hasta el de la Ciudadela, y la tierra que de él se saca se pone de dentro de la villa contra la muralla que va desde el dicho Portal de Elna hasta la Ciudadela.»

«El lienzo de muralla qne va desde el dicho baluarte, por la parte de dentro, está hecho seis canas de alto y de largo 56 canas; y están hechas y caneadas este dicho lienzo con 30 rafas, que tiene de la misma altura de seis canas como el dicho lienzo, 460 canas cuadradas de Mompeller. Este lienzo tiene de grueso cinco palmos. Y las rafas tres palmos y cada rafa tiene de largo cuatro canas de Mompeller y llega este lienzo a la muralla del huerto de Santa Clara y allí ha cesado y no se ha sacado más adelante fundamento ninguno hasta la respuesta de Vuestra Merced y también por ver lo que se ha de hacer de las monjas de Santa Clara.»

«La muralla que se ha hecho desde la punta o esquina de Santiago hasta el portal de Cañete tiene de largo 52 canas y de alto seis canas y con sus rafas detrás de la dicha muralla y están de la misma altura de dicho lienzo 360 canas cuadradas de Mompeller y se va siempre labrando en ella y su terrapleno maceado en contra las rafas y murallas.»

«El foso de delante de este lienzo, de donde se saca la tierra que se pone en el terrapleno, está de alto cuatro canas y de ancho seis canas de Mompeller.»

«Estas son las obras de muralla y fosos que hasta hoy están hechas en esta villa de Perpiñán, y no hay fundamento ninguno abierto para poder fundar *ni se hará sin que no venga mandado de Vuestra Merced de avisarnos si pasaremos adelante.*»

«Para todas las obras, que ahora están hechas, de muralla en esta villa, tiene recibido Maese Enrique 6.000 ducados de a 11 reales y un maravedí cada uno.»

«Al presente hay aquí, en la tabla de la villa, 5.000 ducados para las obras, y no más. Su Alteza nos ha escrito que mandará proveer de dine-

ro y que no faltara y a esta causa, y por otras, el pagador Pedro del Aguila es ido a la Corte por dineros.»

«De cal tiene Maese Enrique, en las balsas y montones de la obra, 5.000 cargas y siete ¿ ? al presente cocidos en Salsas y Baxas (¿Baixas?) y Laurón (¿Latour?).»

«De ladrillos siempre tenemos falta aún que hay 10 hornos, que cada quince días nos dan un horno» (1).

. . . . . .

»Muy Magnífico Señor:

Por haberme mandado Vuestra Merced, en la postrera que Vuestra Merced me ha escrito, que yo hiciese saber a Vuestra Merced lo que pasa en esta villa en lo de las obras, y pues se ha ofrecido el señor don Juan de Acuña que va adonde Vuestra Merced está, he tenido por bien de hacer lo que Vuestra Merced me manda y así le hago saber a Vuestra Merced como siempre se trabaja reciamente en el baluarte del Portal de Elna. Está ya todo el alto que ha de tener; entiéndese ahora en el pretil y en el talud y piénsolo acabar por todo septiembre.»

«Quedaba muy poca plaza en el baluarte sino por unas bóvedas que he hecho, sobre el juego de las traviesas, desde la pared del terrapleno hasta la pared vieja de la villa por donde queda harta plaza; y como se ve ahora que queda bueno están todos contentos, aunque es verdad muchos han hablado simplezas sobre este baluarte, mayormente el capitán Carreño que está ahora en la Corte. Cuando viniere yo trabajaré que hallará el baluarte de manera que no tendrá qué decir él ni otro ninguno de por acá. En la obra del Portal de Cañete está el lienzo en cuarenta canas de largo desde la parte de bajo hasta la muralla vieja, que se atraviesa desde el portal viejo hasta el otro portal nuevo, y está en alto de seis canas a la igual de la muralla vieja de la villa. Ahora no se trabaja en este lienzo y trabajaré *en el baluarte y en el lienzo que Vuestra Merced dejó comenzado.*»

«A 16 días de abril último pasado, caneamos toda la obra que tengo hecha hasta el dicho día y asimismo contamos los dineros que tenía recibidos, que son 16.000 ducados, y, toda cuenta hecha, hallamos que no me debía el Rey ni yo a él contando la munición que tengo, en la obra, de cal y los dineros que tengo distraídos a los caleros y ladrilleros. Hay en las obras 6.000 ó 7.000 cargas de cal y algunos hornos prestos en Salsas

(1) Esta relación fué enviada a Pizaño por el Veedor Francisco Dávila (S. M. y Tierra l.° 85), y es la que se cita en el documento anterior como remitida por éste.

y en Baixas; después de este caneamiento acá se ha hecho buen pedazo de obra y en esta semana estamos por canear y contar otra vez; pero tengo para mí que estaremos a la cabal. Yo prometo mi fe a Vuestra Merced que yo no puedo ahorrar solo un real con todo lo que hago y trabajo. Empero [me sostiene] la esperanza que Vuestra Merced me favorecerá para con Su Majestad, para que me dé algún acostamiento para más adelante, pues Vuestra Merced sabe y conoce mejor que ninguno lo que yo trabajo y con qué voluntad sirvo a Su Majestad.»

«En lo de la muralla que se cayó, del baluarte, nunca me han concluído nada; de día en día lo pasan no sé porqué. Suplico a Vuestra Merced que provea den alguna carta para se me pague lo que yo gasté en tornarla a alzar; que son 280 ducados poco más o menos.»

«En Santa Clara no se ha tocado hasta ahora. Hará mes y medio que vino un mandato del Príncipe que se derribe Santa Clara y que se pase adelante la obra. Y luego las monjas proveyeron al Príncipe, pues que la casa les quería quitar, que les diese a San Martín; y ayer, a 24 de éste, vino otro mandato que luego se entendiese en hacerles la casa en San Martín, y hame mandado D. Josepe que luego entienda yo en hacerles la casa en San Martín. Hanse tasado las casas que están junto a San Martín, la del Gobernador y la del Sr. de Ortasan; como se ha tasado por menudo no se ha sumado hasta ahora todo; por esto no envio a Vuestra Merced a decirlo.» (1).

. . . . . .

«*Lo que se escribe sobre las obras de Perpiñán y frontera.*»

«En una carta del Marqués de Aguilar, de 7 de septiembre, dice que habiéndose acordado de dar a las monjas de Santa Clara la Iglesia de San Martín con las casas que están al costado de Cortafa y Antica Andreva, y queriéndose poner mano en ello, se ha acordado, por la mucha costa y dificultad, de mudar de propósito. Y en tres o cuatro sitios que se han mirado y reconocido, se ha hallado uno tan al propósito que hace gran ventaja al de San Martín, el cual es en las casas de Maestre Enrique y de Ginover, y cuesta 1.200 ducados menos que el de San Martín con tener muy mayor anchura y espacio; y así nos habemos resuelto en ésto y se ha dado orden para que se comience luego y se haga a furia. Y los maestros que lo han tomado a destajo lo han de dar acabado dentro de un año conforme a lo que con ellos se ha asentado. Y en esto no habrá incomodidad ninguna porque las obras se pueden proseguir sin que haga estorbo ni las monjas sean agraviadas según de Perpiñán me escriben.»

(1) Carta del destajista Enrique Gilabert a Luis Pizaño. Fecha a 26 de julio de 1547 en Perpiñán. (S. M. y T. 1.° 35.)

«Los de Perpiñán han estado tan porfiados en que los soldados se pasen a la Ciudadela, que por no dar pesadumbre a Su Alteza y por despacharlo de aquí, que lo impiden, con esto, se ha hecho lo que pidieron y así se ha dado orden en que los soldados se pasen luego. Y les dan 100 camas tasadas y el dinero que montaren se ha de descontar del jornal de los treinta hombres que dan para las obras, como parece haberse hecho en tiempo de D. Francés, y esto se ha hecho así porque ninguna otra cosa se ha podido acabar con ellos. También pretenden que los soldados han de pagar sisa y no dejan de instar cuanto pueden en ello; pero esto se disimulará con maña, porque no es negocio que sufra otra cosa.»

«*Lo que escribe D. Josepe de Guevara en una carta de 6 de septiembre.*»

«El baluarte del portal de Elna está en toda perfección acabado y es una muy hermosa pieza, y la muralla va muy adelante y está a la altura de la muralla vieja. Y el monasterio de las monjas en pie y se ha hallado otro en mejor sitio que el de San Martín y se ha informado a Su Alteza; esperamos la respuesta para darles el asiento que Su Alteza mandare.»

«En este Castillo de Perpiñán no se ha labrado *después que Vuestra Merced partió de aquí* aunque tiene harta necesidad, y este invierno recibirá gran trabajo; sería bien que se le acordase a Su Majestad para que en todo mande proveer como no haya falta.»

«*Lo que escribe Micer Bendito de Rávena en una carta de 12 de septiembre.*»

«En cuanto a lo de mirarse bien la puerta que se ha de hacer al cubo del Portal de Cañete que esté cubierta, así se hará, que de ninguna parte se le podrá hacer daño. Y si esta puerta fuese de las principales, sería bien hacer las dos puertas y bóveda en ella. Y allí no es menester sino una puerta pequeña, y a esta causa se hará la puerta debajo del ala como he escrito a Vuestra Merced y creo que le contentará cuando Vuestra Merced lo vea.»

«En lo de las monjas de Santa Clara se ha hecho traza en las casas de Maestre Enrique y de Genover, y se envió con un maestro al Príncipe Nuestro Señor, y tenemos aviso como Su Alteza lo tiene despachado para ponerse por obra.»

«El cubo del Portal de Elna que está acabado en toda perfección, y la muralla de la parte de dentro de Santa Clara va adelante y está sacado el cimiento hasta dentro del huerto de las monjas, y parte de ella está más alta que la muralla vieja de la villa.»

«*Lo que escribe Juan Muñoz de Salazar en una carta de 11 de septiembre.*»

«El baluarte de Elna ahora hemos acabado con él por todo lo de

arriba; porque los pretiles y definición está acabado. Y ahora se trata de hacer los dos traveses bajos, los cuales se acabarán por toda esta semana en que estamos. Queda la obra muy a voluntad de todos los que la ven. Y el foso que está desde el baluarte de Elna al de la ciudadela va aventajadamente de bien hecho, porque le queda muy buen hondo y ancho.»

«La muralla pasa adelante por su término *por la traza que Vuestra Merced dejó*. Está de alto, por las más partes, de ocho canas, y ya nos vamos llegando a Santa Clara y se procura con toda instancia de proseguir con diligencia este negocio.»

«En lo que toca a la mudanza de las monjas, ellas han estado en decir que no se querían meter en casas viejas, pareciéndoles que cada día tenían que reparar; y así se ha procurado que se hiciese el Monasterio en parte que no tuviesen que reparar cada día, y es el sitio en la casa de Maestre Enrique y de Ginover y aquel cuartel bajo. Porque los frailes de San Martín se pusieron en pedir otra casa como la suya y los caballeros no quisieron pasar por las tasaciones, antes se clamaban y daban fastidio a todos, y el Abad de San Guillén, que está en Roma, hacía sus diligencias en descomuniones y otras cosas; y asimismo pedían que se les diere otra tal casa y sitio como San Guillén, y por esto se ha querido más pelear con un enemigo que con tantos» (1).

. . . . . .

«Muy magnífico Señor:

«Después de haber escrito a Vuestra Merced y enviado las relaciones con un correo de la casa del Duque de Alba, mi señor, de todas obras de esta frontera, no [he] habido respuesta.» Añade que está con cuidado, y que por aquélla supone habrá visto lo que se ha hecho y gastado.

«Yo escribí a Vuestra Merced cómo al presente aquí no había dineros para la obra ni para otras cosas y pensé que con el dinero de la infantería se enviaría alguno para acabar estas obras, «pero sólo se envió tres meses para la infantería y ningún dinero más y por esto las obras han cesado, pues no hay ni para ladrillo, cal, etc.» Que Benedicto y Maese Enrique se han ido a Monzón a ver a Su Alteza con las relaciones de lo hecho y lo que falta y que avisará de los que éstos traigan.

«Después que yo escribí a Vuestra Merced, con el que ha traído las

(1) Copia de un documento cuyo título y contenido es de letra de Pizaño. El título es «lo que se escribe sobre las obras de Perpiñán y frontera». No tiene fecha, pero las cartas escritas a Pizaño y de las cuales el documento es extracto o copia de párrafos para presentarlo al Emperador, tienen fechas variables entre *6* y *el 12 de septiembre de 1547* (S. M. y T. l.° 35).

postreras relaciones, se ha alargado más el lienzo que va del baluarte a Santa Clara la vieja y está al cabo de la muralla a la parra de los frailes, al pie del pozo, y desde allí a donde se ha de principiar el lienzo que viene de dentro del ala del portal de Cañete a juntar con el de junto Elna, tiene de largo 44 canas de Mompeller y de altura lo que se viere que había menester.»

«El ala del Portal de Cañete tiene de alto ahora 4 canas de Mompeller y allí ha cesado, y de largo 5 canas y media y de ancho 4 canas.»

«El fundamento del lienzo que ha de ir desde el ala del Portal de Cañete a juntar con el que viene del baluarte de portal de Elna, no he dejado hacer hasta ver si viene dinero u orden para que se haga acá creo de lo que deben del trigo de Su Majestad. Esto es cuanto a la obra que Maese Enrique tiene tomada a su cargo.»

«El monasterio que se hace para las monjas de Santa Clara está la mayor parte de los fundamentos de ella 2 canas de alto y se da prisa en ella y con la ayuda de Nuestro Señor creemos que se hará más pronto que no pensábamos si el dinero para acabarlo no falta (1).»

. . . . . .

«Muy magnífico señor:

Como ha mucho tiempo que yo no he sabido ningunas nuevas de Vuestra Merced, y mi deseo es siempre saber de la salud de Vuestra Merced, escribo esta suplicándole como servidor que Vuestra Merced, me haga merced de escribirme. Y también escribo por hacer saber a Vuestra Merced de las obras de esta villa en quo estado están; porque me hallo muy culpante en tan largo tiempo no haberle hecho saber. *El baluarte que Vuestra Merced dejó empezado en el portal de Elna* ya se acabó muy cumplidamente, y está muy galano que todos los de la tierra dicen que *no hay baluarte más galano* en todos los que hay como es éste, y *el caballero* que está de parte de dentro, junto al baluarte, está alzado y terraplenado a la igual del baluarte, que hay una plaza en lo alto muy linda. Y, asimismo, el lienzo que tira hacia Santa Clara ¿hasta? el ángulo de la vuelta, está casi tan alto como es menester, y estuviera acabado sino por falta de moneda. Ni tampoco está terraplenado como habría de estar y ahora a causa de no terraplenarme, como voy subiendo la muralla, recibo gran daño en el trabajar de la gente. De este ángulo o vuelta que digo

(1) Párrafos y extracto de otros de una carta del Veedor Francisco Dávila a Luis Pizaño. Al dorso pone, con letra de Pizaño, «recibida el 15 de abril» (de 1548). Fechada en Perpiñán a 12 de diciembre de 1547 (S. M. y T. l.º 35).

hasta la Iglesia de las monjas está la muralla en alto de siete canas y queda el cuerpo de la Iglesia sin tocar nada en ella, y desde la Iglesia hasta donde ha de ser el portal tengo abierto el fundamento más de siete meses y no se ha labrado porque me dicen que no hay dineros. Y ha querido Dios que no ha llovido en esta tierra en todo este tiempo, que si hubiera llovido todo este fundamento que tengo abierto se me tornara a hundir y cegar. Vuestra Merced mire si yo recibiré daño en ello. El portal está señalado al costado del otro portal viejo de la parte de Santa Clara, y tengo hecho una ala para cubrir el portal que es algo gruesa, y desde esta ala tira el lienzo de la muralla alta tras Santiago, a donde se junta con la muralla vieja de la villa y está de la alzaría que es menester que no le falta sino el pretil. Yo no he querido entender en el pretil de este lienzo ni del otro que viene desde el baluarte hasta saber si Vuestra Merced manda que se hagan algunos *morgones* (1) o si se dejará *que se tire de barba.*»

«Y [si] Vuestra Merced manda que se hagan morgones en el pretil Vuestra Merced me envie cuan grandes han de ser y de cuanto a cuanto, porque yo no entenderé sin el mandato de la intención de Vuestra Merced.»

«Entiéndese ahora en acabar los dos baluartes, el de San Martín y de San Francisco. El de San Martín ya es acabado [y] hase hecho en él la arcada en la puerta para entrar la artillería, y está terraplenado muy bien y se puede poner artillería en él y tirar. Asimismo he crecido el morgón del juego *porque Vuestra Merced me dijo un dia que era muy chico;* ahora creo que estará bien. En el de San Francisco se entiende en hacer las arcadas de las troneras de la traviesa y he hecho una garita en la punta de medio y también he hecho una pared de un ladrillo y medio sobre la muralla vieja de la villa para cubrir el baluarte de los padrastros que tiene; estará muy bien.»

«En lo de la muralla que se cayó del baluarte jamás me han querido hacer caso, aunque Vuestra Merced les ha escrito, ni me han querido restituir sólo un dinero ni tampoco el real que Vuestra Merced me mandó que se me daría de cada cana de tierra que Maestre Pujol sacaría en los fundamentos; nunca he podido alcanzar nada y si algunas murallas o paredes hago derribar Juan Muñoz me hace pagar la piedra que no me deja tomar nada que no la pague. Vuestra Merced sabe lo que pasó cuando se hicieron los capítulos. Suplico a Vuestra Merced me favorezca

(1) (*Sic.*) Debe querer decir merlones o sea las partes de parapeto que separan las cañoneras cuando se hace el tiro por éstas, el cual es contrapuesto al tiro a barbeta o de barba o por barba (*Nota del autor*).

que se me pague lo que se me debe y que no se me hagan estos agravios. Bien soy cierto que si Vuestra Merced estubiera aquí que yo no tuviera de quien quejarme. Y, también, si tengo de abrir algún fundamento, Juan Muñoz no quiere que abra más de lo que es menester para mi muralla; y así recibo gran daño porque el lugar está hondo y estrecho [y] no puede trabajar la gente como debería. Paréceme a mí que en partes que se ha de abrir para foso si yo saco la tierra, pues así que así se ha de abrir, que se me pagase la tierra que yo saco; empero nunca he podido acabar con Juan Muñoz nada. Estos y otros muchos agravios se me hacen qne mil veces he estado con determinación de dejarlo todo e irme a donde Vuestra Merced está a darle parte de todo y para que Vuestra Merced me favoreciese sobre mi razón. Y así suplico a Vuestra Merced me favorezca, que yo no tengo a quien encomendarme sino a Vuestra Merced. La obra que yo tengo hecha y los dineros que tengo recibidos, creo que son más los dineros que no la obra, y no se maraville Vuestra Merced que de tal modo me tratan que yo no puedo más.» (1)

«Muy magnífico Señor:

Esta será para traer a la memoria a Vuestra Merced que sea servido de nos mandar dar parte de la salud de Vuestra Merced, que es lo que todos los servidores de Vuestra Merced deseamos; y como acá hayamos tenido nueva que a Vuestra Merced le ha maltratado la gota, siempre hemos tenido pena, porque las grandes frialdades de esa tierra sea la causa de que Vuestra Merced padezca tanto mal. Nuestro Señor dé a Vuestra Merced tanta salud como los servidores de Vuestra Merced deseamos.»

«Su Alteza (2) vino aquí a Perpiñán y visitó todo a la redonda de esta villa y vido toda la fortificación *que Vuestra Merced ha mandado hacer* y con el Almirante y el Sr. Duque de Alba y algunos otros señores. Y a Su Alteza le ha parecido todo muy bien y mucho más el baluarte que se ha hecho al Portal de Elna, del cual fué muy contento, y así mandó que este cerramiento de la muralla que va al Portal de Cañete a juntar con el ala y muralla que viene de Santiago se acabase de cerrar y se terraplenase de dentro *como Vuestra Merced lo dejó ordenado.*

«Muchos días ha que yo tengo escrito a Vuestra Merced cómo en ésta frontera no se obra ni se acabará cosa ninguna; porque siempre al mejor

(1) Carta de Enrique Gilabert al capitán Pizaño fecha en Perpiñán a 14 de julio de 1548 (S. M. y T. 1.° 35).

(2) Se refiere aquí el Veedor al Príncipe D. Felipe que pasó de viaje para reunirse con su padre el Emperador. (*Nota del autor*).

tiempo faltan los dineros y tambien ha muchos días que no ha venido un dinero. Vuestra Merced sea servido de que se mande dinero para que se acabe de cerrar esta muralla, porque, a la verdad, estamos muy abiertos y en poco tiempo se podría cerrar, porque al pie de la obra Maestre Enrique tiene mucha cal y ladrillos y piedra y el agua y arena que para ello ha menester. Y la cal no gana nada estar tanto tiempo al sol y al viento. Yo hablé al Sr. Duque de Alba que su señoría mandase proveer de dinero para estas obras y así lo prometió de mandar que se proveyese luego para que se labrase lo de aquí de Perpiñán y San Telmo.»

«Yo tengo enviado a Vuestra Merced los memoriales y cuenta y razón de todo el dinero que aquí se ha gastado después que Vuestra Merced *mandó sacar este baluarte y muralla,* y la razón de lo que cuesta cada baluarte y murallas, los cuales llevó un correo que iba a Su Majestad, y si a Vuestra Merced no la han dado, Vuestra Merced me mande avisar, que yo las tornaré a enviar. Y porque este lacayo de Su Alteza, que quedó aquí herido, es persona cierta que llevará esta carta a esta causa escribo; porque de todas las que yo he escrito a Vuestra Merced no deben llegar.» (1).

. . . . . .

***

De la lectura de los documentos anteriormente expuestos, así como de cuanto en los Capítulos X y siguientes se ha dicho, resulta—dejando a un lado lo proyectado por Pizaño en 1542 con carácter de urgencia y su gran intervención en dimensiones de fosos, progreso de obras por otros comenzadas, etc., etc.—que nuestro héroe fué el autor del proyecto, y constante inspirador de las obras, de él emanadas y construídas, que habían de sustituir a las murallas medievales de la plaza de Perpiñán en el espacio comprendido entre la Ciudadela y la Iglesia de Santiago.

Afortunadamente, el plano *B* que hemos presentado, parece hecho al propósito de darnos a conocer estas obras si no con gran detalle, con el suficiente para juzgarlas desde el punto de vista expuesto en nuestro Discurso Preliminar.

Nótase en aquél la desaparición de lo que en el plano de Benedicto se llama baluarte de San Lázaro que tenía por objeto contrarrestar un

(1) Carta del Veedor Francisco Dávila «al muy magnífico Señor el Sr. Luis Pizaño, Capitán de Su Majestad y Teniente de la Artillería de Su Majestad», fechada en Perpiñán en 18 de enero de 1549. (En el dorso, pone con letra de Pizaño, «de Francisco de Avila, escrita en Perpiñán a 18 de enero de 1549 y recibida en Bruxelas a 22 de febrero del dicho año») (S. M. y T. l.° 35).

padrastro que a su vez había de ser rebajado, con cuyo doble expediente se pensaba asegurar la plaza por este costado. No habiéndose conseguido la rebaja pretendida en el padrastro, Pizaño se mostró partidario, al intervenir, y siguiendo la opinión del Emperador, de retraerse a Santiago y bajo su dirección se construyó el baluarte de la puerta de Elna, que en el plano *B* se llama del Emperador, y que resultó *el baluarte más galano* de cuantos había en la frontera. Construyóse igualmente el ala y través del portal de Cañete que juntos constituían un medio baluarte que cruzaba sus fuegos con los del flanco izquierdo del Baluarte del Emperador. La cortina *A A* que sustituyó al recinto medieval resultó quebrada al interior, constituyendo en todo el conjunto un frente mixto, o sea uno atenazado con los ángulos salientes fortalecidos por los baluartes, disposición no exenta de ventajas aun cuando retrotraigamos las obras a tiempos más modernos.

Nótanse también en la figura *B* las *rafas* o contrafuertes de que tanto hablan los documentos que hemos expuesto, y que, por lo visto, no quedaron por completo cubiertas por el terraplén en tiempos de Pizaño ni aun en bastantes años después achaque, éste, muy corriente en obras de fortificación que sólo se quieren cuando hacen falta.

Estas rafas se construían igualmente en las *alas* o caras del baluarte, el cual tenía en los *traveses* o flancos sus *guardias bajas* o séase un orden de fuegos acusamatado con sus *lumbreras* o salida de humos en la parte superior de las bóvedas. La altura de los flancos era de cuatro canas o séase aproximadamente ocho metros, a cuya altura venía ya el flanco alto con su pretil, en donde las piezas jugaban por barba o séase a barbeta que decimos hoy o bien por cañoneras, las que parecen emplearse con preferencia en las alas del baluarte como más expuesto, en ellas, el personal. La longitud de las alas del baluarte del Emperador era algo menor de 50 metros.

El foso del baluarte tenía 12 metros de ancho y 8 ó 10 de profundidad, con lo cual quedaba la mitad del baluarte sobresaliendo por encima del terreno natural.

Es de notar también el empleo que se propone de juegos de compuertas para tener los fosos inundados, lo cual era un expediente de gran utilidad contra las minas, y el de *caballeros* o sea la obra interior y dominante para cotrarrestar el fuego de alturas próximas y proporcionar fuegos fijantes en las proximidades de las obras.

Por último, el plano *A* nos hace conocer una obra de Pizaño que no aparece por completo especificada en los documentos, y es la muralla construída para cubrir el Castillo de Perpiñán del lado de la campaña. En esta figura he superpuesto, como ya he dicho antes de ahora, para

poder compararlos, la obra de Pizaño y el proyecto de Benedicto, y nos hace ver con el doctrinarismo de éste que propone dos baluartes clásicos, el oportunismo de Pizaño que emplea dos medios baluartes para sacar flancos que barren las cortinas adyacentes, y después construye una doble tenaza con un lado común, con lo cual obtiene un espacio mayor para la colocación de las piezas destinadas al combate lejano, obteniéndose el flanqueo de las tenazas por cañoneras situadas en los entrantes.

CAPITULO XX

Continua y termina la misma materia. Consideraciones finales.

EL FUERTE DE SAN TELMO DE LA PLAZA DE COLIBRE

La plaza francesa de Collioure—llamada Colibre por nuestros militares, mientras fué español el Rosellón—se componía, en el siglo XVI, de la plaza propiamente dicha y de un castillo agregado, ambos en la rada de Collioure. En la montañita que se hace entre esta rada y la de Port Vendres, y para batirlas, se construyó, por Pizaño, a base de una torre ya existente, el fuerte de San Telmo de que vamos a ocuparnos principalmente, por merecerlo por esta última circunstancia, amén de otras que se expondrán más adelante. He aquí algunos documentos relacionados con aquélla.

***

«El Príncipe:

Ilustre Marqués, Primo, Lugarteniente y Capitán General. Por parte de D. Antonio Doms, Alcaide de Colibre, nos ha sido suplicado que mandásemos proveer que se ejecutase lo que vos, con parecer del *capitán Luis Pizaño*, habiades acordado que se hiciese en la fortificación de la Villa y Castillo de Colibre y que se proveyere para ello el dinero necesario. Y le habemos mandado responder que acuda a vos a quien habemos escrito y encargado que se dé muy gran prisa en ello, pues sabeis lo que conviene. Y que, asimismo, pues se manda fortificar la Torre de San Telmo, mandemos proveer y poner en ella la gente necesaria y un teniente con salario competente; y que porque no hay más de 35 hombres en la guarda de aquella villa, mandáramos que se pusiese cumplimiento a 200 y que se diese el cargo de ellos a Mosen Pedro Pastor que los ha otras veces tenido. En todo le habemos remitido a vos y os encargamos mucho

que lo veais y proveais como viéreis convenir al bien y seguridad de aquella tierra, teniendo por muy encomendado al dicho Mosen Pastor, en lo que por él se suplica conforme a lo que ha servido y pueda servir.»

«Hanos así mismo suplicado que le mandásemos pagar lo que gastó *en reparos de aquella fuerza el año 1542 y por mandado del Duque de Alba* y lo que dió a 80 soldados que se añadieron, demás de los ordinarios, por mandado del dicho Duque y sirvieron tres meses y medio. Y porque acá no tenemos información de lo que en esto pasa, os encargamos que vos lo hagáis averiguar y saber la verdad de lo que en ello pasó y daréis la razón de ello al dicho D. Antonio Doms para que podamos proveer sobre ello lo que convenga. Dado en Valladolid a 13 de febrero de 1544. Yo, el Príncipe. González Pérez, Secretario.» (1).

. . . . . .

«En San Telmo de Colibre, como Vuestra Majestad habrá visto por el diseño, se empezó a laborar en torno de la torre a 14 de febrero. Y Maestre Enrique quedó por hacerla, porque se le dió a destajo de la manera que le ordené antes que de allá partiese. Dávila, el Veedor de Vuestra Majestad, me escribe que está solicitando la obra a 5 de ¿febrero?, que estaban las tres puntas de la torre, que miran al puerto de Port-Vendres y de la villa, en alto la muralla de dos canas en alto encima de la tierra y una cana de grueso; y boja todo 64 canas que ha de ser todo terrapleno de dos canas de ancho y lo otro ha de ser plaza. Y díceme que por todo este mes de marzo, en que estamos, será alto todo dos canas, que en el lugar que está se puede defender. Para la cual torre demandaba artillería; porque ya había soldados dentro, en la torre que estaba hecha, de la compañía del Capitán Juan Arce» (2).

. . . . . .

«A la torre de *San Telmo* se han ya subido cuatro piezas de artillería. Al parecer de todos ha sido cosa muy acertada haberse hecho aquella fuerza» (3).

. . . . . .

«..... y la Torre de Colibre especialmente, y asimismo del castillo, porque la torre, con lo que se ha hecho, tiene dentro artillería que basta

(1) Carta del Príncipe D. Felipe al Virrey Aguilar. Fecha en Valladolid a 13 de febrero de 1544. (Archivo de Aragón núm. 3.981, folio 11. Copiado por el coronel Camino.)

(2) Copia de párrafo de una carta de Luis Pizaño al Emperador, fechada en Rosas a 21 de marzo de 1544 (S. E. l.º 294).

(3) Párrafo de carta del Virrey al Príncipe, fecha en 2 de abril de 1544 (S. E. legajo 294).

para responder a la una parte y a la otra del puerto y gente que la defienda, y la obra se ha hecho *conforme al diseño que a Vuestra Majestad mando,* el cual habrá mandado ver» (1).

. . . . . .

«En lo de Colibre está lo de San Telmo, que se puede muy bien defender, y ofender a los dos puertos, y lo que está hecho es la mitad que no tiene por hacer sino el pretil en esta hora» (2).

. . . . . .

«Item porque Maestre Enrique vaya a entender en las obras que tiene a destajo, que es en la *Torre de Colibre,* que lo acabe como tiene la traza y está ordenado, y están hechas tres puntas y faltan otras tres» (3).

. . . . . .

«En el Castillo de San Telmo se ha comenzado a alzar las otras tres puntas y están altas todas tres, con los lienzos de ellas, de una cana de alto sobre la tierra y no se han caneado hasta ahora. Como se hayan caneado, sabremos lo que tendrá hecho y siempre se va labrando porque tiene mucha provisión de materiales; y para esto tiene recibido Maese Enrique 500 ducados de más de los 16.000 ducados.»

«El talud que falta de poner en las otras tres puntas que Maese Enrique lo hizo, yo lo canee, y monta 30 canas cuadradas de cana de Mompeller y pues ahora obra en el dicho castillo de San Telmo, si Vuestra Merced me da por orden que se lo hiciese hacer a su costa, pues no hizo el talud al tiempo que la hizo, Vuestra Merced me lo envie a mandar lo que en ello se ha de hacer porque así se hará.»

«En esta villa hay mucha necesidad de un molino de armas y de pólvora y al tiempo que Vuestra Merced aquí estuvo tenía por bien que se hiciese; suplico a Vuestra Merced, pues es cosa tan justa y quita de el tanta costa a Su Majestad, que se haga.»

«Así mismo conviene mucho que se haga una casa de munición para la artillería y municiones, porque la que ahora hay no basta para tenerla ni para conservarlas. Suplico a Vuestra Merced de todo dé razón a Su

(1) Carta de Luis Pizaño al Emperador, fecha en Rosas a 9 de mayo de 1544 (S. E. l.° 274).

(2) Carta de Luis Pizaño al Emperador, fecha en Rosas a 14 de junio de 1544 (S. E. l.° 294).

(3) Documento hecho por Luis Pizaño sobre asuntos de artillería y fortificación. No tiene fecha ni firma pero al dorso pone «de Luis Pizaño». Debió ser hecho en Valladolid *en los últimos días de septiembre de 1545*, en cumplimiento de la orden a que hace referencia Cobos en su carta al Emperador de 27 de septiembre de 1545 (S. M. y T. l.° 44).

Majestad y Vuestra Merced me mande responder y con esto es menester el principal, que es el dinero para ello» (1).

. . . . . .

«*Lo que escribe en una carta de D. Antonio Dolmos,* Alcayde del castillo de San Telmo de Colibre. En una carta de 2 de junio que se acuerde a su Excenlencia del Sr. Duque de Alba para que mande proveer de artillería que tire de lejos y más gente para custodia y guarda del castillo, porque no se puede guardar con 12 soldados, con lo que se labra y se ha labrado en él» (2).

. . . . . .

«Ha cuatro meses que se comenzó trabajar en San Telmo y todavía se trabaja en las tres puntas que quedaban, y para el fin de agosto estarán tan altas como las otras tres puntas. Hame mandado Micer Benedicto que yo haga la bóveda de estas tres puntas muy altas, porque haya un entresuelo en ellas, porque hay muy poco aposento en las otras. Merced recibiría yo que Vuestra Merced me enviare su parecer de esto; y otra cosa no hay que hacer saber a Vuestra Merced. Mi mujer besa las manos a Vuestra Merced por mil veces. Continuo ruego a Dios por la salud y buena venida de Vuestra Merced cuya vida Nuestro Señor guarde y estado acreciente como [de] sus servidores es deseado. De Perpiñán a 26 de julio de 1547. De Vuestra Merced muy cierto servidor, Enrique Gilabert» (3).

. . . . . .

«El Castillo de San Telmo está en toda defensa, porque las tres puntas que le faltaban están ya subidas en la altura de las otras tres y ahora se entiende en hacer ciertas bóvedas para aposento y no se alzará la mano de ello hasta ser acabado» (4).

. . . . . .

«En lo de la obra de San Telmo Vuestra Merced sabrá como ha ¿tres?

(1) Relación del estado de las obras de la frontera del Rosellón. Fecha a 17 de mayo de 1547 por el Veedor Dávila (S. M. y T. l.° 35).

(2) Párrafo incluído en el documento de Pizaño titulado: «Lo que se ha escrito sobre las obras de Perpiñán y frontera y la relación de ello, a 17 de mayo de 1547» (S. M. y T. l.° 35).

(3) Carta del destajista Enrique Gilabert a Luis Pizaño, fecha a 26 de julio de 1547 en Perpiñán (S. M. y T. l.° 35).

(4) Copia de un documento cuyo título y contenido es de letra de Pizaño. El título es: «lo que se escribe sobre las obras de Perpiñán y frontera».

No tiene fecha, pero las cartas escritas a Pizaño y de las cuales el documento es extracto o copia de párrafos para presentarlo al Emperador, tienen fechas variables entre *6 y el 12 de septiembre de 1547* (S. M. y T. l.° 35).

meses me mandaron trabajar en ella. Y así comencé [a] trabajar y a cabo de un mes que trabajaba me dijeron que no había dineros. Y está la obra muy peligrosa, a causa que tengo empezadas las bóvedas y puestas las cimbrias para ellas y dejándose ahora de trabajar, no puede ser menos que yo no reciba gran daño, porque se desbaratarán las cimbrias. Y está en peligro de caer todo lo que se ha trabajado ogaño, y a más de esto está abierta la fuerza que pueden entrar a pie llano. Todo lo hago saber a Vuestra Merced, porque tengo esperanza que Vuestra Merced lo remediara.»

«Mi mujer besa las manos de Vuestra Merced por mil veces y siempre ruega a Dios por la salud de Vuestra Merced. Nuestro Señor la vida y salud de Vuestra Merced guarde y en estado acreciente. De Perpiñán a 14 de julio de 1548, Enrique Gilabert.»—Al dorso: «Al muy magnífico señor el Señor Luis Pizaño, Teniente General de la Artillería de Su Majestad» (1).

. . . . . .

Que en San Telmo se sigue la obra *conforme a la traza de Pizaño*, y está ya en defensa y ahora se seguirá alzando los pretiles y ciertas bóvedas que se han de hacer, y este verano se podrá acabar yendo la obra adelante como está ordenado (2).

***

Los anteriores documentos demuestran, prolijamente, la paternidad de Pizaño respecto al fuerte de San Telmo.

No habiéndome sido posible encontrar, en España, un plano del fuerte, torre o Castillo de San Telmo, requerí la intervención del difunto e inolvidable General Echagüe, a la sazón Teniente Coronel de Ingenieros y agregado a nuestra Embajada en París. No tratándose de poseer más que lo que hiciera referencia a la obra de Pizaño, lógicamente anticuada, no era la demanda *de las no deseables*. Echagüe encontró facilidades para investigar, más sólo pudo remitirme el dibujo adjunto que, si no completo, es bastante a mostrar las seis puntas de que tan abundantemente se habla en nuestros documentos.

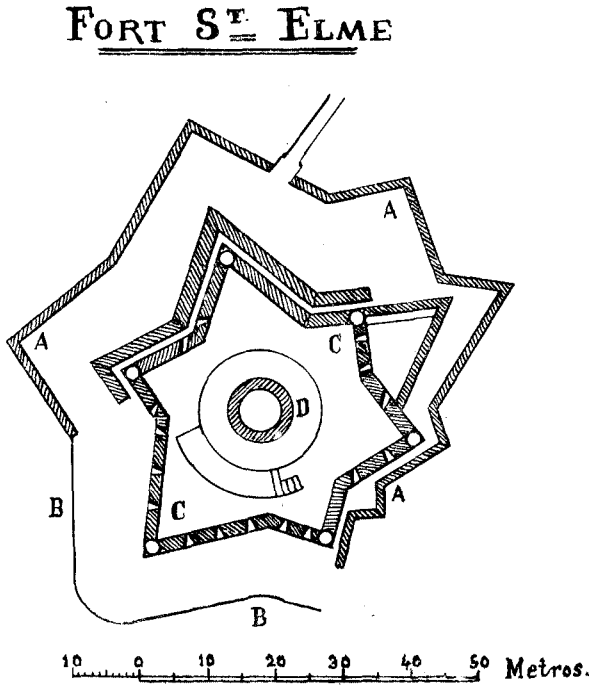
Este plano, ejecutado entre 1720 y 1750 por Pontmartín, figura en el Archivo de Ingenieros, de París, con la signatura J. 10 C.—N. 410.

(1) Carta de Enrique Gilabert al Capitán Pizaño, fecha en Perpiñán a 14 de julio de 1548 (S. M. y T. l.° 35).

(2) Extracto de párrafos de una carta de Juan Muñoz de Salazar a la Reina Gobernadora, su fecha en Barcelona a *8 de junio de 1551* (S. M. y T. l.° 41).

Según un grabado que existe en el Museo de Ingenieros (1), el fuerte de San Telmo al finalizar el siglo XVIII continuaba con el mismo aspecto exterior con que lo había proyectado Pizaño.

La nota más importante que me conviene hacer resaltar aquí, es el de la forma estrellada del fuerte y, por lo tanto, su trazado puramente atenazado.



Llamo la atención sobre los reparos que en uno de los documentos se dice se hicieron en 1542 en Colibre por orden del Duque de Alba, los cuales fueron, sin duda, obra de Pizaño.

Por último, no poseyendo datos precisos sobre la intervención de Pizaño—que consta—en las obras de la plaza de Colibre y su castillo, no creo necesario insistir aquí sobre el particular.

(1) Se titula *Plano geométrico del Puerto y Villa de Colibre*, y fué hecho con motivo de su toma por los españoles en 1793. San Telmo fué tomado por capitulación el 20 de diciembre y arrastró con su caída a la Plaza y Castillo.

LAS PLAZAS DE PUIGCERDA Y SALSAS Y EL CASTILLO DE TALTAUD

La plaza de Puigcerdá cierra, como es sabido, el boquete que el Segre abre en nuestra frontera y que permite descendiendo por él—bien que tropezando con obstáculos militares serios—desembocar por Pons sobre Calaf, cogiendo de revés las defensas catalanas de la extrema derecha de nuestra frontera pirenáica.

La intervención de Pizaño en su fortificación resulta comprobada por algunos documentos que se copian a continuación, sin que me sea dable precisar la importancia de las obras y la intervención exacta que en ellas tuvo aquél.

La plaza de Salsas obra, como dijimos en el «Discurso Preliminar», de Ramiro López, no sufrió modificaciones de importancia después de construída, pues aunque con los defectos que entonces expusimos, ofrecía una masa resistente poderosa.

He encontrado, sin embargo, en Simancas un documento, sin fecha, correspondiente a la primera época de Pizaño en España—habla de don Frances de Beaumont y de Maestre Enrique—, en donde se especifican obras que debían realizarse en Salsas, según la opinión del Emperador.

He aquí este documento así como los otros que poseo que hacen referencia a Puigcerdá, Salsas y Castillo de Taltaud:

***

«Lo que dice Maese Enrique que dejó Su Majestad mandado que se hiciese en la *fortificación de Salsas* en un memorial que dió a D. Frances es lo siguiente:

«Mandó Su Majestad que en los cuatro cubos se hiciesen ocho troneras, en cada uno dos, conforme a la traza que el dicho Maestre Enrique tiene, que me mostró.»

«Asimismo dejó mandado Su Majestad, según dice el dicho Maestre Enrique, que se hiciesen, en los cuatro cubos arriba dichos, cuatro puntas de diamantes con sus alas que cubran las troneras [y] que se ha de crescer el foso al derecho de las puntas al respecto de ellas y conforme a la traza.»

«Asimismo, dice el dicho Maestre Enrique, dejó mandado Su Majestad que en estos cuatro cubos se hiciese por lo alto sus pretiles para cubrir la artillería.

«Asimismo dice Maestre Enrique que dejó mandado Su Majestad que

en la Torre del Homenaje que se hiciesen cuatro pretiles de buen ancho, con sus troneras, para que sirviese de caballero contra el padrasto de la serreta del Colmenar, que es de donde se recibía muchos daños de los franceses cuando estuvo cercada esta casa de Salsas.»

«Asimismo dice que mandó Su Majestad hacer una bóveda de ladrillo en lo alto de la muralla, a donde está el molino de la pólvora, para guarda del molino y para que sirviese la bóveda para andar por encima piezas de artillería para tirar por barba. Esta dejé yo avenida y se hace acabarse o puesta *(sic)*; en todo lo demás arriba dicho ninguna cosa se ha hecho, y envíese a mandar lo que se ha de hacer.»

«Asimismo dice el dicho Maese Enrique que en el memorial que Su Majestad dejó para lo de Salsas, dejó mandado se hiciese una escalera y una buena puerta, para poder servir la artillería a lo alto de la muralla, y que estuviese cerrada para que no subiese nadie sino cuando necesidad hubiese; esto no se ha hecho. Dice el dicho Maestre Enrique, que Su Majestad mandó que, después de acabado lo contenido en estos capítulos de arriba contenidos, se hiciese la dicha escalera y puerta» (1).

. . . . . .

«Las obras de Puigcerdá se han dado a destajo a dos maestros pedreros de esta villa [Perpiñán] a razón de cinco ducados y diez reales la cana, dándoles la piedra que allí tiene Su Majestad; y los otros materiales y trabajadores que los paguen como Su Majestad los paga. Ya son idos a comenzarla [y] no alzarán mano de ella hasta que la acaben.»

«Asimismo las obras del castillo de Taltaud se han dado a destajo a Maestre Luis, pedrero, a razón de 6 ducados la cana y, asimismo, comienza a poner mano en ella y no alzará, como los sobredichos, hasta que lo acabe. Y esta obra es 30 canas cuadradas de muralla, de una torre y bóveda, donde han de estar los soldados y bastimentos para ellos, y, por ser obra que no se podía excusar, se dió a destajo como dicho es.»

«Las obras de los corredores de Salsas andan en pregones. Hasta ahora no están rematadas. De todo lo que se hiciere yo daré aviso a Vuestra Merced, yendo do se dará el recaudo y diligencia que conviene al servicio de Su Majestad y bien de su Real Hacienda» (2).

. . . . . .

«Lo de la frontera de Puigcerdá se ha dado a destajo a ciertos maes-

(1) S. E. 1.º 270.

(2) Importante documento que trata de las obras de fortificación del Rosellón y Cerdaña, fechado a 16 de julio de 1546 (S. M. y T. 1.º 35). Es una relación hecha por el Veedor Francisco Dávila, en aquella fecha, para remitírsela a Pizaño.

tros, los cuales se han obligado a darlo acabado por todo el mes de noviembre» (1).

. . . . . .

«El un corredor de Salsas se acabó y no se ha labrado más en los otros [hasta] que Vuestra Merced los ¿vuelva? mandar y se caneó y tuvo 42 canas, de muralla, cuadradas» (2).

***

Como he dicho, anteriormente, no he podido averiguar la importancia de las obras propuestas por Pizaño para Puigcerdá; expresando ahora también análoga duda respecto a lo hecho en el Castillo de Taltaud (3).

En cuanto a Salsas, de todas las obras indicadas en el primero de los documentos que hemos expuesto—que se refiere a las órdenes del Emperador—, la que parece tener más concomitancias con la de los *corredores,* que por los otros se deduce se llevaba a efecto, es la de la bóveda de ladrillo en el alto de la muralla para que anduviera por encima la artillería y que jugase por barba.

Con esta disposición se tendía, sin duda, a salvar los *chicanes* que, como manifestación medieval, había preparado Ramiro López en Salsas para impedir la movilidad del enemigo una vez apoderado de la obra.

PLAZA DE BARCELONA

La intervención de Pizaño en las obras defensivas de Barcelona, está comprobada, además de por lo dicho antes de ahora, por los documentos que a continuación se copian, de los cuales el primero fué obra de aquél durante sus visitas de 1542. Igualmente intervino en el año siguiente de 1543, imprimiendo su vigor a las obras como se comprueba por el tercer documento que exponemos. Helos aquí:

***

(1) Párrafo de carta del Virrey Aguilar al Príncipe sobre las obras, fechada en Barcelona a 15 de agosto de 1546 (S. E. l.º 299).

(2) Relación mandada a Pizaño por el Veedor Dávila a 17 de mayo de 1547 (S. M. y T. l.º 35).

(3) El nombre de este castillo lo escriben en tiempo de Pizaño de muy diversas maneras. Yo lo pongo como figura en los documentos a que hacemos referencia. Este castillo se pensó demoler y Pizaño fué partidario de que se conservase, como dijimos antes de ahora y se ve en un documento que publicaremos en el Apéndice,

«Memoria de lo que su Ilustre Señoría del Duque de Alba, Capitán General de Su Majestad, vea que es necesario para la fortificación y buena custodia y guardia de esta ciudad de Barcelona, es lo que se sigue: Primeramente hacer limpios los fosos y echar la tierra por parte de dentro, en las partes que es más necesario, que es desde el baluarte de la marina de Levante hasta el Portal de San Daniel; asimismo todo lo demás alrededor. Y fuera, en el Burgo, sería menester retirar la muralla por donde se ha visto; más al presente será menester limpiar el foso y meter la tierra dentro, y hacer algunos bancos de la parte de dentro con su fajina y tierra, y hacerle su pretil y traveses a las torres para que se guarde el dicho muro, y cúbrase [de] el padrastro de arriba y hacer algunos caballetes de la parte de dentro, según donde sea menester, de tierra fajina.»

«Item: de la banda de marina hacia Poniente será menester aquella torre que está rota y así mismo la otra muralla rota de cabo la Atarazanal quitarla, y remediar de hacer algunos traveses por la presente, *porque después será menester hacer un baluarte por la parte de fuera de la Atarazanal* (1).

«Item: las dos torres más acá del Atarazanal cortarlas, y hacer su terraplén al presente, que sirvan por través. Así mismo [a] un pedazo de muro que está en San Francisco hacerle la muralla con sus rafas detrás y terraplenos, de manera que hará través por todo el nervio de la mura.»

«Item: a donde dejan ahora para la puerta y una pared para el travieso del terraplén, cumplir el muro que va al baluarte grande, y si no se pudiera hacer, repararla con fajina, tierra y madera.»

«Item: el dicho baluarte grande que ahora adresan (2) que no le hagan troneras sino que juegue por barba y que le alcen todo lo que pudieren y que alcen el suelo del terraplén para que las piezas alcancen a jugar por barba.»

«Item: que el muro que va de un baluarte a otro, que es a la parte de Levante, inchirle de tierraplena por dentro, mirando lo que pueda comportar el muro *que me parece delgado* y que juegue por barba. Para hacer esto con la brevedad que conviene, serán menester echar 3.000 hombres gastadores que labren en ello, y si se ha de hacer bien, a la larga será menester echar 2.000 hombres. Es menester para la dicha ciudad y guarda de ella 150 piezas de artillería de bronce entre cañones y culebrinas y medias culebrinas y medios cañones y falconetes. Son menes-

(1) Es decir, las Atarazanas cuyo nombre aún perdura en el Cuartel de este nombre (*Nota del autor*).

(2) Debe querer decir *aderezan* (*Nota del autor*).

ter 12 000 hombres extranjeros para la defensa y guarda de esta dicha ciudad, 8.000 castellanos, 4.000 tudescos y más los de la ciudad. Es menester tengais 2.000 arcabuces, 1.000 mosquetes y 1.000 picas y más 4.000 coseletes y celadas.»

«Más que tengan pólvora y balas para la artillería sobredicha, a razón de 100 pelotas por cada pieza gruesa y 200 para las culebrinas y sacres y falconetes,»

«Más mechas de arcabuces.»

«Más plomo para los arcabuces y esmeriles.» (1).

. . . . . .

«Teniendo escrita otra carta que va con esta, llegó Luis Pizaño con quien recibí tres cartas de Vuestra Alteza de 16, 19 y 20 del presente. Aunque Micer Benedicto está aquí dos días ha y él y el Coronel de los alemanes, que entiende bien esto de las fortificaciones, tienen trazado lo más necesario para la fortificación de esta ciudad, lo tornaron a ver con Luis Pizaño como Vuestra Alteza lo manda, y los concelleres con haber visto la necesidad al ojo parece comienzan a hacer lo que pueden» (2).

. . . . . .

«En el día de hoy están construídos los tres baluartes de *Levante*, delante de la *Torre Nova* y la plaza del *Vi*; terraplenados y hechos muchos caballeros en los cuales se conserve la artillería, y hecho traveses en los parajes donde han parecido conveniente; y se está trabajando en cerrar el boquete del *Plas dels frares menors*, en el que el verano anterior se había hecho un bestión de tierra, a donde se debe hacer una gruesa pared con traveses de una parte y otra. Y si la mar, por causa de los fundamentos que se han de construir en la arena, hubiera dado lugar, hace días se hubiera cerrado. Y en lo que toca de los fosos y terraplenos, en lo que ha correspondido a los vecinos de la ciudad, todo lo demás se va acabando y queda poco y está todo en tal disposición que holgaríamos que Vuestra Alteza lo viera, en lo cual se han invertido fondos del común de la ciudad y de particulares, etc.»

Más adelante dice haber dispuesto fundir una pieza de bronce de 120 quintales de peso y dos culebrinas de 60 quintales, según pareciere a

(1) Copia de una Memoria que hizo Pizaño para la fortificación de Barcelona y que el Duque de Alba ordenó al Concejo de Barcelona se ejecutase. Fecha a 31 de agosto de 1542. (Archivo Municipal de Barcelona. Libro titulado *Dietari del antich Consell Barceloni.*)

(2) Párrafo de carta de Aguilar al Príncipe, fecha en Barcelona a *26 de julio de 1543* (S. copiado por Aparici).

personas inteligentes, para lo cual y para las fortificaciones se había hecho un empréstito de 50.000 ducados (1).

. . . . . .

***

De todo lo que de los anteriores documentos se deduce como más importante en la intervención de Pizaño, es la propuesta de construir un baluarte en Atarazanas, cosa que más adelante llevó a efecto Juan Bautista Calvi. Respecto al proyecto de fortificar a Monjuich, que, como hemos visto a su tiempo, preocupaba al Príncipe D. Felipe, es muy probable fuera cosa de Pizaño; pero no puedo honradamente asegurarlo.

PLAZA DE FUENTERRABÍA

Partiendo de lo que hemos dicho acerca de esta plaza en los capítulos IX y siguientes, así como de la planta que expusimos en la página 280, puede el lector seguir con facilidad lo que se dice en los documentos que a continuación se copian y acompañarnos después a sacar de ellos consecuencias acerca de la obra de Pizaño en la Península.

***

Da cuenta de lo que se ha hecho en el Cubo de la Reina hasta la fecha; que están labrados cinco y medio pies de altura y que aún hay que labrar 43 pies y medio para la altura total; que costará la obra 9.222 ducados. Que le recuerda lo que ya le dijo cuando pasó por allí sobre lo conveniente que sería hacer un caballero, con bóveda, en el castillo para que señoree toda la campaña y que a D. Sancho le parece que en lugar de esto se hagan cuatro terrados sobre los muros que están ya hechos y que juegue la artillería a todas partes y que él (Olózaga) no lo encuentra mal (2).

. . . . . .

(1) Extracto en castellano de una carta de los Concelleres de Barcelona al Príncipe D. Felipe, fecha en Barcelona a 15 de mayo de 1544 (S, E. l.° 294). El extracto fué hecho por Aparici, del cual se copia.

(2) Extracto de carta del Contador Juan Martínez de Olózaga a S. M., fechada en Fuenterrabía a *último de febrero* de 1542 (S. M. y T. l.° 25).

Dice sabe por Maese Lope, *que al presente está en Navarra,* que Su Majestad ha dado 5.000 ducados para la obra de Fuenterabía y que se hará algo aunque faltara dinero a lo mejor que es el verano.

Que no deje de ordenar se hagan los cuatro terrados que escribió había disposición para hacerse, pues es obra muy importante que domina mucho por todos lados y cabe cuatro veces más artillería de lo que cabía en otra obra que habían diseñado y pensaban hacer (1).

. . . . . .

Que recibió la de Su Majestad del 19, el 23. Que ha sido muy bien el mandar proveer al Comendador Mayor de Alcántara en lo de la artillería de las dos villas, pues es muy poca y mala.

«La traza de los terrados que en el castillo de esta villa se pueden hacer habrá Vuestra Majestad ya visto que los envié con Antón de Ubilla, artillero de Vuestra Majestad, en un lienzo, donde fué la traza de la mayor parte de esta tierra. La razón de lo que poco más o menos podrá costar llevara el capitán Luis Pizaño juntamente con su parecer.» Que los 1.000 ducados se gastan en el Cubo de la Reina, en la puerta que se ha de abrir en el Cubo Imperial y en el foso que Su Majestad mandó» (2).

. . . . . .

«Las obras de esta villa de Fuenterrabía han parecido bien al Capitán Luis Pizaño, y en lo que se ha de hacer nos hemos conformado; a su relación me remito.»

«Los terrados de este castillo le ha parecido bien que se hagan, y ha añadido en ello lo que Vuestra Majestad verá por su relación. Con lo que él ha añadido, crece más la costa; que por eso yo lo excusaba aunque me pareció siempre bien, que yo aseguro a Vuestra Majestad que obra más provechosa a esta villa no se podrá hacer ni de tanta importancia; porque no hay rincón ni seno en torno de esta villa que del Castillo no se descubra, de tal manera que si en los terrados hay la artillería que se le podrá poner, que serán 10 y 12 piezas gruesas y más, no pueden en ninguna manera los enemigos asentar campo a donde otras veces que esta villa ha sido cercada lo han asentado.»

Dice que el coste de esta obra—los terrados del castillo propuestos por Pizaño—según la tasación del maestro será 1.500 ducados, y que Luis Pizaño envía el dibujo de ella. Suplica no se deje de hacer.

(1) Extracto de carta de D. Sancho Martínez Leiva a S. M. fechada en Fuenterrabía a 9 de marzo de 1542 (S. M. y T. l.° 25).

(2) Extracto y párrafo de carta de D. Sancho de Leiva al Emperador, fechada en Fuenterrabía a 24 de marzo de 1542 (S. M. y T. l.° 25).

Dice también que el foso del Cubo de la Reina y el del de San Nicolás y el del lienzo que los une, que Su Majestad ha mandado que se abran, se empezarán en seguida; pero que no se podrá ir muy deprisa porque se gastará pronto el dinero, y además porque éste está en San Sebastián en poder de la Borda, Pagador de las obras, el cual dice que tiene una Cédula para que no pague nada sin certificación de él (de don Sancho), y del Contador Juan Martínez de Olózaga, y que sin nueva orden no pagará nada que no sea a Maestre Lope. Añade: «El Castillo de Behovia ha visto el Capitán Luis Pizaño: por su relación verá Vuestra Majestad cuan perdido está y cuanta necesidad hay de hacerle o deshacerle.»

Dice también que la artillería que tiene Fuenterrabía es muy mala (1).

. . . . . .

«En la obra de esta villa se da toda la prisa posible y háse levantado algo el Cubo de la Reina; pero como es la obra grande parece poco todavía. Hace ya, [sin embargo], buena muestra.»

«También se trabaja en el foso del Cubo de San Nicolás; pero como los dineros son pocos y la obra mucha, presto serán acabados; yo suplico se envíen más.»

«Lo primero y más principal es en levantar este Cubo de la Reina. Lo segundo abrir los fosos. Lo tercero hacer los terraplenos de dentro. Lo cuarto adobar muchos remiendos muy necesarios, como Vuestra Majestad habrá visto por la Relación y Modelo del Capitán *Luis Pizaño*. Hay necesidad de abrir los fosos, porque en alguna parte está la tierra tan alta, especial en el Cubo de San Nicolás y de la Reina, que al uno, aunque está acabado, le tiene la tierra sumido, y en el otro no se parece la obra que está hecha. Conviene mucho abrir estos fosos así por lo que es menester la muralla como por hacer el terrapleno de dentro; que hallará Vuestra Majestad por verdad que en toda esta villa no hay donde asentar ninguna pieza de artillería, si no es en solos los traveses del Cubo de San Nicolás, y esto en los altos, que en los bajos ni puede entrar artillería ni hay plaza donde esté. En el lienzo nuevo de entre el Cubo de San Nicolás y el de la Reina hay cuatro troneras, las cuales yo no quisiera que hubiera, pero pues están hechas, pasen por ahora; en las dos de ellas hay plaza para tirar artillería y en las otras dos no. En el Cubo Imperial hay plaza para tirar por los traveses. En toda esta villa no hay otro lugar donde se pueda poner sola una pieza de artillería para hacer defensa

(1) Párrafos y extracto de otros de carta de D. Sancho de Leiva al Emperador, fecha en Fuenterrabía a 21 de abril de 1542 (S. M. y T. 1.º 25).

ninguna. A la parte de Hendaya hay plaza para cuatro o cinco piezas. Y todos los que han venido a trazar estas obras no han tenido otro fin sino hacer defensa y no ninguna ofensa y, como Vuestra Majestad mejor sabe, el que viniere a tomar alguna fuerza, si no halla quien le ofenda, lo que haría en cuatro días hará en uno; pero si halla quien por todas partes le ofenda, hará al revés, en cuatro días lo que hiciera en uno. Lugares hay en esta villa para poner artillería donde hagan mucho daño a los enemigos, y especial desde el castillo, y por esto conviene esta obra y la de los terraplenos.»

Añade que por no existir, en las fortificaciones, terraplenes no hay caminos ni sitios a cubierto para tener la artillería, por lo cual tiene que ponerse ésta en la villa, con peligro, cuando llega la ocasión, de que se rompan las ruedas por ser las calles empedradas.

Manifiesta, por último, que ha comenzado la obra por el foso de San Nicolás, y que en la muralla vieja hay una torre detrás de la puerta de este nombre, en cuyo sitio se construye *ahora* el Cubo Imperial, la cual torre, según el parecer de Pizaño, debe destruirse (1).

. . . . . .

«En lo de las obras y fortificación de esa villa por el Modelo y Relación que nos envió el Capitán Luis Pizaño y por lo que entonces y después vos nos habéis escrito, hemos particularmente entendido el estado en que están y lo que conviene hacerse y aderezarse de nuevo y lo que podría costar hasta dejarlo en perfección. *Y todo ha venido tan bien apuntado y declarado que hemos holgado de verlo* y nos parece muy bien lo que se ha ordenado que se haga y que lo más necesario sea lo primero por el inconveniente que decís que podría traer si se dilatase. Y así os encargamos que, con los dineros que hay ahí, proveais que se ponga gran diligencia en la continuación de las dichas obras conforme al parecer del dicho Luis Pizaño; que para que aquéllas no cesen mandaremos proveer del dinero necesario. Y que os ha parecido más conveniente empezar a abrir el foso por el Cubo de San Nicolás que por el de la Reina, por las causas que apuntáis; está bien. Y así lo será, que la tierra que se sacare se eche en el terrapleno de dentro como está acordado.»

«En lo que decís que también es necesario que la tierra que se sacare del foso del Cubo de la Reina no se eche en el terraplén de dentro, sino apartarla a parte de fuera, haciéndolo de manera que quede foso entre

(1) Copia de párrafos y extracto de otros de una carta de D. Sancho de Leiva a Su Majestad, fecha en Fuenterrabía a *11 de mayo de 1542* (S. M. y T. l.º 25).

la tierra y el mismo, porque quitándola aquélla sin hacerse esto quedaría todo tan descubierto que se podrían batir, está bien y así se haga, pues decís que importa tanto. Y que en otras partes hay cantidad de tierra a propósito para echar en el dicho terrapleno.»

«En lo que decís que detrás de la puerta que ahora se abre en el Cubo Imperial hay, en la muralla vieja, una torre que se puede bien excusar y que vos y el Capitán Pizaño y Maestre Lope sois de opinión que se derrueque; proveeréis que así se haga aprovechándose de la piedra y tierra de ella para las otras cosas que escribís.»

«En lo del castillo de Behovia, visto vuestro parecer y el del dicho Capitán Pizaño, nos hemos resuelto en que se derrueque y así proveeréis que se haga luego y que los soldados que allí están vayan a residir con la infantería de Navarra, y será bien que pudiendo aprovechar la piedra del dicho castillo para la obra de esa villa hagáis que se traiga y se convierta en ella.»

«En lo que toca a la artillería y municiones, de más de lo que vos decís, nos ha escrito el Capitán Pizaño en la mala orden que está y lo que conviene remediarse para poderse servir de ella y habemos mandado a D. Pedro de la Cueva, nuestro Capitán General de ella, que provea de persona que vaya a entender en ello, y así se hará brevemente.»

«Decís que al Maestro de las obras de Fuenterrabía se le deben hasta 400 ducados de lo que se ha labrado los dias pasados, y que cuando tardan de ir dineros para ellas suele labrar hasta en cantidad de 1.000 ducados, y que en llevando dineros se le paga aquello lo primero y torna a labrar, porque con esto conserva su crédito, y como él espera le esperan los oficiales teniendo por cierto que la paga les ha de ser cierta; y que ahora guardando la orden que Nos enviamos no se puede hacer así a cuya causa el dicho maestro no labrará si no le pagan primero. Y lo que en esto proveímos [y] mandamos se entiende solamente para con nuestros oficiales que tienen cargo de la paga de las dichas obras y de otras cosas tocantes a ellas; porque fuimos informados que lo primero que hacían era cobrar de las dichas obras. Porque en lo que a él toca nuestra voluntad es que se tenga la orden que hasta aquí, porque en la paga de las dichas obras no haya la dificultad que decís. Os mandamos enviar la Cédula que veréis para que el Pagador pague lo que vos le libraredes en él juntamente con el Contador. Pero habeis de mirar, y asi os lo encargamos, que no le libreís ninguna cosa sin que primero se mida la obra, excepto cuando se ofreciere cosa que no se pueda esperar.»

«En lo que decís que habiendo enviado a llamar a Pedro de la Borda, Pagador de las obras y Mayordomo de la artillería y municiones de San Sebastián, para saber de él los dineros que tenía, y para otras cosas de

nuestro servicio, no lo quiso hacer. Si de aquí adelante no hiciere en las cosas tocantes a su oficio de Pagador lo que le *mandáreis* y es obligado, vos lo podréis reprender y castigar. Porque nuestra voluntad es que seais obedecido y acatado como es razón» (1).

. . . . . .

Manifiesta D. Sancho que para la defensa de Fuenterrabía había tomado dos piezas de una nao de la Religión de San Juan, que estaba anclada en Pasajes, y luego más tarde añade que los artilleros estaban contentísimos con ellas y que podrían quedarse en la plaza y darles a los caballeros de la Religión otras dos que podrían ser de las que en Cartagena había procedentes de la rota de Argel (2).

. . . . . .

«La artillería de esta villa [Fuenterrabía] está ya muy buena; los reparos vánse acabando. El Cubo de la Reina está en razonable altura y en defensa; pero no obstante esto, he reparado el cubo viejo de dentro y hecho la plaza para artillería. Está muy bueno y era esto muy necesario, porque en el nuevo no hay donde poner artillería ni donde esté gente a la defensa. Héle abierto el foso de manera que le guarde ya el Cubo de San Nicolás. El Cubo de Leiva (3) reparo de cestones y detrás del cubo he hecho una plataforma alta donde estará la artillería segura.»

«El castillo de Behovia ha sido tan malo de derribar, que nos ha dado bien que hacer; ya va en buenos términos» (4).

. . . . . .

«En el Cubo de la Reina y en los fosos de Fuenterrabía se ha hecho mucho, y que los terrados del castillo se comenzarán el mes que viene.»

«Que la artillería está toda acabada y muy buena, y tendrá cuidado de su conservación» (5).

. . . . . .

(1) Copia de párrafos de un «Despacho que se envió a D. Sancho de Leiva», fechado en Valladolid a 22 de mayo de 1542 (S. E. l.° 57).

(2) Extracto de carta de D. Sancho de Leiva a Su Majestad, su fecha 15 de agosto de 1542 (S. E. l.° 57).

(3) Recuérdese que hemos dicho que el Cubo de Leiva debe ser el mismo llamado de la Magdalena. *(Nota del autor.)*

(4) Párrafos de carta de una de D. Sancho de Leiva a Su Majestad, en que le habla de la fortificación de San Sebastián, Fuenterrabía y de la destrucción del castillo de Behovia, fechada en Fuenterrabía a 3 de septiembre de 1542 (S. E. l.° 57).

(5) En un resumen hecho para el Emperador de cartas de D. Sancho de Leiva, de 8, 20 y 21 de enero de 1543 (S. E. l.° 62).

«En las obras se ha hecho poco estos días, porque el tiempo ha sido más recio que nunca se vió. Maestre Lope, el que hace las obras de esta villa, dice que en este año si se diese recaudo de dineros bien acabaría él el Cubo de la Reina» (1).

. . . . . .

Dice que hace mucha falta proveer para las obras de aquella plaza. Que los cubos de Leiva, Reina e Imperial están sin concluir, de tal modo que en ninguno se puede poner artillería. Que tampoco está concluído el lienzo desde el Cubo Imperial al de la Reina, ni el que va del Cubo de San Nicolás al Cubo de Leiva. Que la puerta nueva de Santa María no está acabada. Que a las plataformas se le han hecho ya los cimientos y pronto se acabarán, pues son lo más necesario. Que hay que remendar las puertas de Santa María y a la de San Nicolás hacerla una antepuerta. Que los fosos aunque están empezados no se han concluído, y que en los cubos de la Reina y Leiva no puede la gente estar a la defensa, por no estar terraplenados (2).

. . . . . .

«En la villa de Fuenterrabía no se labra porque no hay dineros y hay mucha necesidad de acabarse muchas cosas en ella, como por diversas veces se ha hecho relación a Su Alteza, y son cosas que a una necesidad no se puede remediar, porque son murallas y terraplenos. En ninguna parte hay carro donde poner una pieza de artillería a causa de no haber terraplenos ni haberse acabado ningún cubo, sino el de San Nicolás, ni están abiertos los fosos. Convendrá que se entendiese en todo, especial en el Cubo de la Reina y en la plataforma que se hace en el castillo, y sobre todo conviene poner remedio en la puerta de San Nicolás, que está muy peligrosa y esto es de muy poca costa. A Vuestra Alteza suplica se mande proveer en todo y responderle en esta petición o mandarla guardar, porque a él quede de descargo» (3).

. . . . . .

(1) Párrafo de carta de D. Sancho de Leiva a Su Majestad, fecha en Fuenterrabía a *2 de febrero de 1543* (S. E. l.° 62).

(2) Extracto de dos cartas de D. Sancho de Leiva al Príncipe, y noticias de varios documentos sobre las obras de Fuenterrabía, sus fechas a *2 y 5 de septiembre de 1544* en Fuenterrabía (S. E. l.° 68).

(3) Copia de párrafo de un extracto o resumen de lo que escribe D. Sancho de Leiva desde Fuenterrabía hecho para que lo viera el Príncipe, fecha de 3 de marzo de 1545 (S. E. l.° 72).

«Yo he hecho en esta villa, en la puerta de San Nicolás, la casapuerta que deseaba, porque es la más peligrosa puerta que he visto; con esto se ha asegurado y hanos ayudado harto la madera y tabla que hice sacar y guardar de los reparos que hicimos al principio de la guerra. Aquélla se gasta en aquella casilla y en el aposento de este castillo y en cuantas cosas hay que ha excusado gastar hartos dineros» (1).

. . . . . .

«Item en lo que toca a las obras de San Sebastián y Fuenterrabía y Pamplona, que las tenía Maestre Lope, Dios le perdone, parte de ellas a destajo. Y el destajo está en precio razonable para la hacienda de Su Majestad y asimismo para el maestro que las tenía y ahora con su muerte ha cumplido. No me parece que hay obligación según escribe el Contador que tiene cargo de las obras de San Sebastián y Fuenterrabía. Y quedó un yerno del dicho Maestro Lope, el cual ha labrado con él y estaba presente cuando se trazó lo de Pamplona y se le dió a su suegro cómo lo debía hacer, y creo lo entiende bien según avisan de allá; y si le dan las obras las tomará como las tenía su suegro, así las de Pamplona como las de Fuenterrabía y San Sebastián. Avisan que el dicho Domingo Destala ha hecho cuenta con el Veedor de Fuenterrabía y que él alcanza a Su Majestad en la obra de Fuenterrabía en 346 ducados y cuatro reales y medio, y no hay ningunos dineros allá y tiene hechos este dicho Maestro hornos de cal y por esto no se labora; y esto avisa el Veedor de Fuenterrabía.»

«Item será bien que se mande llamar a Domingo Destala y a Maestre Pedro de Echaburo para lo de Pamplona y lo demás si vuestras señorías son servidos y también Pedro del Peso sabe lo que hay en Pamplona» (2).

. . . . . .

«Sacra Católica Cesárea Majestad:

La obra nueva que en *Fuenterrabía* se ha hecho después que se cobró de los franceses es desde el Cubo de Leiva al Imperial y los mismos cubos. De lo que está acabado y por acabar es la relación siguiente:

(1) Párrafo de carta de D. Sancho de Leiva al Príncipe, fechada en Fuenterrabía a 13 de mayo de 1545 (S. E. l.° 72 antiguo).

(2) Documento hecho por Luis Pizaño sobre asuntos de artillería y fortificación. No tiene fecha ni firma, pero al dorso pone «de Luis Pizaño». Debió ser hecho en Valladolid *en los últimos días de septiembre de 1545* en cumplimiento de la orden a que hace referencia Cobos en su carta al Emperador de 27 de septiembre de 1545 (S. M. y T. l.° 44).

«El Cubo de Leiva se ha de alzar igual al Cubo de San Nicolás, el cual está acabado, y la muralla de uno de estos cubos al otro está asimismo por acabar.»

«El Cubo de San Nicolás está acabado; fáltale solamente una escalera para bajar a las bóvedas y defensas de artillería.»

«Desde este Cubo de San Nicolás hasta el Cubo de la Reina está el lienzo acabado, pero quedó bajo, y en lo alto de él no puede andar ninguna persona cubierta; sería necesario para esto y para que la villa no esté tan descubierta como está por aquella parte que se subiese el lambor (1) todo lo que tiene de ¿canda?, que será un estado y con hacerse esto ¿le queda? pretil, y la misma necesidad tiene el Cubo de San Nicolás.»

«El Cubo de la Reina está por acabar, desde el cual a el Cubo Imperial está un lienzo por acabar y el mismo Cubo Imperial no está acabado. Y aquí se acaba la obra nueva. Costará ponerla en perfección y abrir los fosos y chaparlos (2) y terraplenar los cubos 10.000 ducados; y quedará el foso con media pica de agua natural que mana dentro de él.»

«La obra vieja es desde el mismo Cubo de Leiva hasta el Imperial (3); aquí no hay hecho nada salvo trazado lo que conviene hacerse la cual traza yo traigo. Costará 11.000 ducados y es necesario hacerse porque es la muralla muy flaca y no tener defensas no embargante que es la mayor parte por donde la mar la bate en aguas vivas; pero parte hay por donde no llega el agua en doscientos pasos y esto es lo más flaco y más necesario de proveerse. La relación de aquella traza es la siguiente:»

«La obra nueva acaba en el Cubo Imperial, junto al cual está la puerta, que se llama *de Santa María,* y desde esta puerta *hasta la Lonja* (4) está acordado de hacer una muralla pegada a la vieja, que es ruin y está a la parte de Francia.»

«Frontero de esta lonja está acordado que se haga un cubo con su *punta de diamante* donde esté artillería y juegue para guardar este lienzo.»

«Desde el dicho cubo al *Cubo de Diego López* ha de ir otro lienzo pegado a la muralla vieja, que es a la parte de Francia y de este cubo que se ha de hacer se guarda este lienzo.»

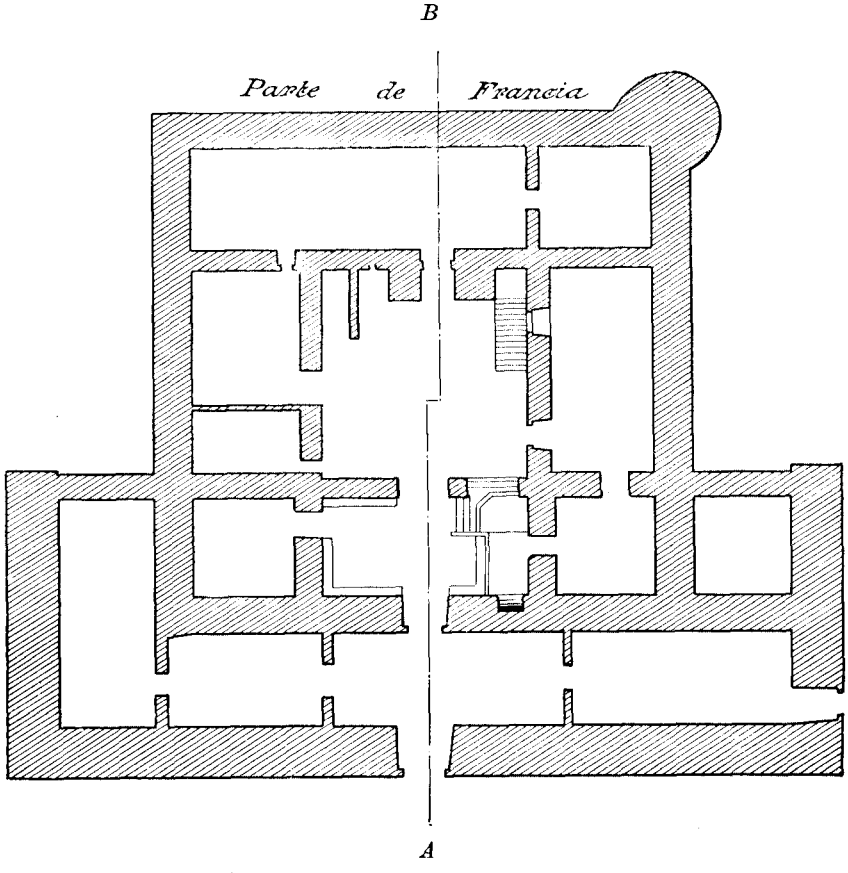
(1) Es decir, el muro de escarpa. *(Nota del autor.)*

(2) Entiéndase revestir la contraescarpa. (*Nota del autor.*)

(3) Debe entenderse por el lado de Francia y de la ría. Por este lado no se hizo nada en tiempo de Pizaño aunque es provable que él proyectara las obras y arreglos que considerase necesarios y que figurasen en la *traza* de que se habla en seseguida. (*Nota del autor*).

(4) En el siglo XVIII la Lonja estaba fuera de murallas y al S. E. de la Iglesia Mayor. *(Nota del autor.)*

«Desde este cubo de Diego López hasta la *Garita Sorda* se ha de forrar el lienzo hasta lo alto de la villa y en esta Garita Sorda se ha de hacer *un*

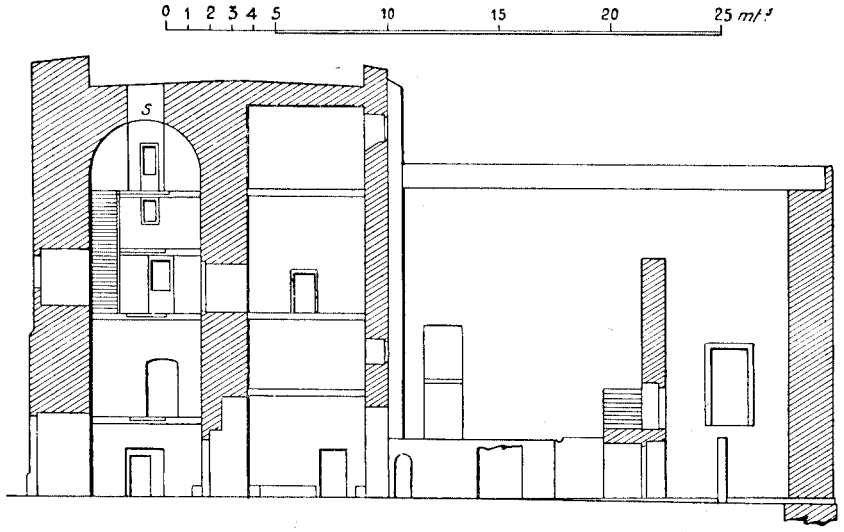


Fortaleza de Fuenterrabia. Planta baja.

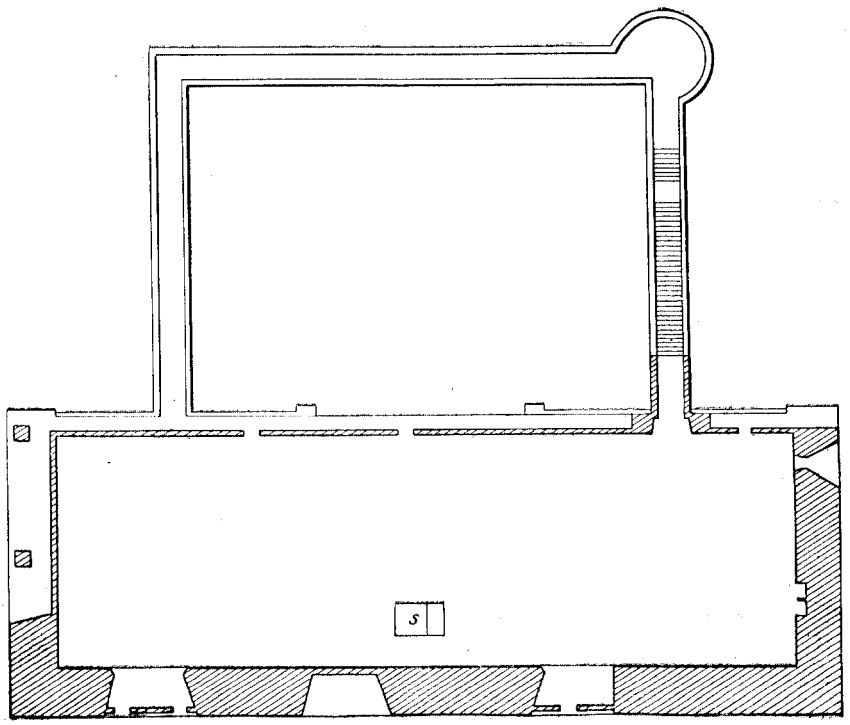
caballero (1) con su punta y desde este caballero hasta el Cubo de Leiva ha de ir un lienzo pegado al viejo como está comenzado; y este caballero barre y guarda entrambos lienzos y es a la parte de Francia y no tiene batería a causa de la mar y no puede estar gente; y aquí se remata todo el circuíto de la villa.»

«La *plataforma* está hecha en perfección cómo ha de ser; falta de cubrir la tecera parte de ella y subir el suelo donde ha de jugar la artillería y con esto se acaba del todo.»

(1) Aquí se emplea la palabra caballero como sinónima de baluarte bien que alto, dominante como corresponde a su acepción esencial. (*Nota del autor.*)



Fortaleza de Fuenterrabía. Corte y vista por *A B*.



Fortaleza de Fuenterrabía. Plataforma superior y vista del resto.

«Faltan de hacer los sobrados y aposentos del castillo donde esté el bastimento; aunque se han hecho dos cámaras, donde está ahora el trigo, conviene que se haga lo restante.»

«En la casa de la munición nueva están hechas dos torres en perfección donde está la pólvora segura, y toda la plaza cerrada con sus puertas; falta de hacer el cobertizo donde esté la artillería y también los carpinteros con su pozo de agua *(sic)* que se ha de hacer, y con esto se acaba y se descuida Su Majestad de gastar más dinero.»

«Está en el Reino de Navarra hecha muy buena hacienda de tablones, para cureñas, hecha por Maestre *Juan de la Paca* y por Maestre *Pedro de Ormaechea,* maestros carpinteros en la artillería, la cual está en el monte y se daña por no haberla traído y es la mejor que nunca se hizo.»

«Lo que hay de bastimentos en Fuenterrabía son 1.500 fanegas de trigo y hasta 50 arrobas y no hay cosa de lo que es menester que es.....» (Sigue una relación de vituallas y picos, etc., y se piden falconetes y piezas menudas.)

En el dorso pone: «Para el señor Secretario Ledesma» (1).

.....

***

Con conocimiento de todo lo expuesto resulta que, durante la estancia de Pizaño en la Península, la atención principal, en cuanto a la fortificación se refiere, se dirigió en Fuenterrabía a la parte de recinto comprendida entre los cubos o baluartes de La Magdalena e Imperial, y a la modificación de la antigua fortaleza para que en ella se pudieran asentar piezas que, con tiro fijante, batieran todas las inmediaciones de la plaza, y con[illegible]ran además los muchos padrastros que ejercían su acción dominante sobre el recinto así como la ría y parte de Francia.

En cuanto a éste se refiere, cuando llegó Pizaño a Fuenterrabía la primera vez ya estaba todo trazado; pero el baluarte de la Reina sólo tenía cinco pies de altura y los fosos y contraescarpas apenas estaban iniciados. Fué, pues, el trabajo de Pizaño, que se desarrolló durante la década 1541-1550 el terminar las obras, procurar asentamientos para artillería, ensanchar los fosos y terminar o proseguir los detalles que faltaban para la mayor utilidad de aquéllas.

(1) Relación de las obras proyectadas y ejecutadas en Fuenterrabía y San Sebastián. No tiene fecha, pero debe corresponder a los años 1552 ó 1553, pues la letra es la misma que la de cartas dirigidas por esta época por un D. Diego de Carvajal, que debió ser el sucesor de D. Sancho de Leiva (S. M. y T. 1.º 37).

Conocemos, del trabajo de Pizaño, la terminante afirmación de que proyectó obras y de que mandó al Príncipe D. Felipe un Memorial y un Modelo o plano de lo propuesto, y que iba todo muy bien apuntado y aclarado. Pero para conocimiento de los detalles no tenemos más que las referencias de D. Sancho de Leiva, el cual, como hemos visto a su tiempo, le fué hostil, y además tenía grandes deseos de darse por muy enterado en asuntos de artillería y fortificación, pues ya pasaba por su imaginación el deseo de sustituir a D. Pedro de la Cueva, muy enfermo a la sazón.

Así, si es fácil leer entre líneas, en los escritos de D. Sancho, la hostilidad a Pizaño no lo es averiguar, entre las ideas que da como propias, las que habían sido sugeridas en sus entrevistas con éste. Una de las que me atrevo a asegurar pertenecieron a Pizaño fué la que expone en la carta de 21 de abril de 1542, acerca del espíritu puramente defensivo que dominaba a los ingenieros que en las obras de Fuenterrabía habían intervenido. Pizaño llevó a sus construcciones un espíritu francamente ofensivo, procurando, como magnífico artillero que era, sacar el mayor rendimiento posible de las piezas, utilizando para ello el tiro a barbeta contra la opinión general de los ingenieros de su tiempo. Este espíritu tuvo que rebosar en sus conversaciones con D. Sancho, y así, éste, que en sus cartas al Emperador y a sus Ministros dice *todo lo que sabe,* no deja de manifestarlo.

En cuanto a la obra de la fortaleza, consta predominó el criterio de Pizaño en la construcción de los terrados, haciéndose una plataforma, y así doy, en las tres figuras adjuntas, una idea de aquélla, tal como quedó y estaba en el siglo XVIII (1). He prescindido de incluir en los planos unas cuantas construcciones débiles defensivamente, y que se adosaron a la fortaleza para servicios auxiliares. Como esta estaba situada dentro de murallas, no hubo gran preocupación de flanqueos, y así la obra quedó, simplemente, como una batería con acción relativamente lejana.

La terraza servía, principalmente, para luchar del lado de Francia y contra los socorros por la ría y, como tan alta y tan *a caballero* de toda la plaza, servía también para luchar contra los padrastros que del lado de tierra la sujetaban duramente.

A esta batería superior se elevaban las piezas y municiones por un agujero *S* abierto en la bóveda. Los pisos que dividían el torreón eran simplemente de madera, acusándose, en la construcción de éste, que sólo el deseo de obtener dominación habia sido su engendrador.

Por último, nada puedo indicar, por que nada sé, sobre la intervención

(1) Planos existentes en el Museo de Ingenieros.

que pudiera haber tenido Pizaño en la propuesta de hacer un baluarte *frontero* a la Lonja y un caballero en la Garita Sorda que ya tenía estado en 1552.

PLAZA DE SAN SEBASTIÁN

Para formar idea de los documentos que van a seguir, conviene tener presente lo que se expuso en el Capítulo IX y siguiente sobre la plaza de San Sebastián y de la intervención en ella de Pizaño. Ahora vamos a ver corrobaradas las disputas de D. Sancho y Villaturiel con Pizaño, así como la suerte que corrieron las obras por éste proyectadas. Asimismo aparece justificada la paternidad de Villaturiel sobre la traza que, estilizada, expusimos en la página 276, y que es muy oportuna para seguir cuanto se expone.

*
* *

«Y asimismo nos ha parecido bien el modelo de San Sebastián y lo que se ha tratado y acordado que se haga de nuevo para acabarla de fortificar y poner en perfección. Y para la continuación de las dichas obras, mandaremos también proveer de dineros y entre tanto se podrá ir haciendo lo más necesario conforme al parecer del dicho Capitán Pizaño» (1).

. . . . . .

«Sólo el reparo de Zurriola no se ha hecho en él nada por dos cosas: la una y más principal, porque habiendo necesidad, y teniendo todas las otras cosas acabadas, en cuatro días, y en menos, se hará allí el reparo que conviene; y la otra, porque en hacerse sin necesidad hay inconveniente si se hace como a Vuestra Majestad han informado, y como me lo ha enviado a mandar, que es hacerle un terrapleno y que comience de cabo el muro y se vaya apartando. No me ha parecido cosa que conviene, porque si los enemigos por allí vienen y hacen batería, aunque sea lejos, en muro tan ruín harán mucho efecto, y derribando el muro irá la tierra tras él y quedará hecha escala para entrar; cosa de gran inconveniente. A mi me parece que el muro quede de la manera que está y que 10 ó 15 pies apartado del muro se haga un reparo, de tal manera que si

(1) Copia de párrafo de un «Despacho que se envió a D. Sancho de Leiva», fechado en Valladolid a 22 de mayo de 1542 (S. E. l.° 57).

baten el muro hasta el suelo quede el reparo en pie. El muro caerá hacia fuera y quedarán los 15 pies de lienzo y luego el reparo» (1).

. . . . . .

Dice que fué a San Sebastián y que acataron la orden, pero que la sintieron y que él ha hecho otras llaves y ha usado de ellas y al marcharse las dejó a Villaturiel.

«Ví el estado en que están los reparos y artillería; todo está muy bueno, aunque nunca falta que hacer. No hay lugar que no esté reparado sino lo de Zurriola, que está en el término que a Vuestra Majestad he escrito. A aquello me remito. Y están hechas plazas para la artillería y toda la Mota se ha reparado también y considerando las partes donde podrían hacer batería, que es en dos cubos el uno el del Ingente y el otro el de Torrano, está en disposición de reparo por dentro muy bueno y seguro. El muelle se pone en buenos términos» (2).

. . . . . .

«Yo fuí a San Sebastián, como a Vuestra Majestad escribí, y tornamos a ver aquel muro de Zurriola el Capitán Villaturiel y yo con los otros Capitanes y algunos Oficiales, y hallamos tan mal remedio en aquel muro, que no parece que podría sostener ningún terrapleno de ninguna manera que sea por dos cosas. La una, porque aquellas casas fueron otro tiempo quemadas, y la cerca no ganó nada en aquello, [y] lo otro, por haberse metido tanto en el muro los que en él tenían casas, que por crecer su sitio cavaban la muralla, y ha quedado tan delgada que a partes no hay más de un palmo de grueso, de manera que ningún terrapleno sufriría. Y así nos ha parecido, si Vuestra Majestad [lo] manda, que se quede en este estado y tengamos recado aparejado para hacer el reparo que yo he dicho si la necesidad se ofreciere; porque si esta no hay este año pienso yo que Vuestra Majestad excusará mucho gasto allí, porque a la verdad lo que en aquello el Capitán Luis Pizaño trazó, a mi parecer, recibió engaño, porque con la costa de las casas que se han deribado o con poco más se hiciera afuera un muro nuevo cual convenía, y entre el un muro y el otro se pudiera hacer el terrapleno y fuera tan fuerte y con menos daño de la villa y mucho menos costa de Vuestra Majestad. Y porque en

(1) Párrafos de carta de D. Sancho de Leiva a Su Majestad sobre la obra de San Sebastián, su fecha 28 de agosto de 1542 (S. E. l.º 57).

(2) Párrafo de carta y extracto de otros de una de D. Sancho de Leiva a Su Majestad, en que le habla de la fortificación de San Sebastián, Fuenterrabía y de la destrucción del castillo de Behovia, fechada en Fuenterrabía a 3 de septiembre de 1542 (S. E. l.º 57).

ello podrá haber remedio, si Vuestra Majestad es servido, enviaré más larga relación de esto» (1).

. . . . . .

«En lo del reparo de Zurriola se hará como Vuestra Majestad manda, aunque si en lo que yo escribí no hay otro inconveniente sino, el que a Vuestra Majestad han informado, de ser la mar tan brava que no se podría sostener la muralla que se hiciese, no han hecho a Vuestra Majestad buena relación. Y por ser cosa que a mi ver importa mucho al servicio de Vuestra Majestad, le suplico lo mande tornar a ver que cuanto a la seguridad de la mar no hay duda sino que se puede sostener muy bien, y de esto enviaré a Vuestra Majestad parecer de todos los buenos oficiales de esta tierra, y visto todo mandara proveer lo que sea su servicio» (2).

. . . . . .

«En las obras se da toda la prisa posible conforme a lo que Vuestra Majestad tiene mandado, y con ayuda de Dios se rematará el lienzo de Zurriola esta semana que viene y luego se comenzará y dará gran prisa.»

Se duele de que no se haya acertado en la empresa de Bayona, pues teme les será aviso para más adelante a los franceses (3).

. . . . . .

«En las obras se va haciendo poco y brevemente se dejarán del todo; porque no quiere trabajar nadie sin que les paguen. El lienzo de *Zurriola*

(1) Párrafos de carta de D. Sancho de Leiva al Emperador fecha 17 de septiembre de 1542 (S. E. l.° 57).

De otras cartas de D. Sancho, se deduce que los vecinos de San Sebastián tenían antes las llaves en su poder, y que abrían y cerraban cuando les convenía, y que aunque puso una guardia, el Alcalde la atropelló una noche por llevar 20 hombres armados. Por ello Su Majestad mandó a D. Sancho se apoderase de las llaves, como lo ejecutó.

(2) Párrafo de carta de D. Sancho a Su Majestad sobre las obras de la Zurriola, su fecha a *10 de diciembre de 1542* (S. E. l.° 57).

(3) Párrafo y extracto de otros de carta de D. Sancho de Leiva a Su Majestad, su fecha a *3 de abril de 1543* (S. M. y T. l.° 26). Por esta época hubo serios disgustos —a los cuales no son ajenos los informes que sobre las obras da D. Sancho— entre éste y el encargado de ellas el Veedor Pedro del Peso. Esta enemiga, por lo visto, venía de antiguo, pues ya la habían tenido el padre de D. Sancho, de su mismo nombre, y el Pedro del Peso. Este, por su parte, denunció al Príncipe que D. Sancho empleaba a los soldados en su servicio particular.

En el último párrafo hace referencia D. Sancho a un fracasado ataque a Bayona hecho de concierto con el Virrey de Navarra. Poseían un plano de las fortificaciones de la plaza que está en el mismo legajo.

se ha ya comenzado y traído muchos materiales, y si se dejare así perder sería mucho porque la mar llevará todo lo que se ha hecho. La traza de Luis Pizaño no declara nada de este lienzo como Vuestra Alteza verá por el capítulo que de ello dejó, cuyo traslado envio. El lienzo se hace por la orden *que él dejó*, salvo que no se puede en ninguna manera hacer a línea derecha; pero hase dado muy buena orden y muy provechosa. Hacerse ia lo más peligroso este año, si no faltare dinero.»

«Traslado del capítulo que dejó el Capitán Luis Pizaño para hacer el lienzo de Zurriola.»

«Item desde el Cubo de D. Beltrán hasta la plataforma *que se hará* junto a San Telmo, se haga un lienzo con su guarda mar que sea de largo 285 varas y de alto 11 varas y un tercio y de ancho tres varas y un tercio, que son por todo 96.720 varas y 581 tapias y 66 varas y dos tercios, que al dicho precio montan 4.199 ducados» (1).

. . . . . .

«Otras veces he dicho el peligro del desembarcadero de San Sebastián; y el remedio que se ha dado de peinar la montaña es burla, porque desembarcados con azadones pueden hacer los mil caminos, como lo hacen los de la villa, y está a muy gran peligro y lo mejor es impedir que ni navío grande ni chico desembarque por allí y asegurarla de sobresalto; que tal como están ahora hay un serio peligro» (2).

. . . . . .

«Item en San Sebastián tiene a cargo la muralla que se hace en Zurriola Maestre Martín de Legorreta, que la tiene a destajo y va hecho lo más y no hay dineros para acabarse» (3).

. . . . . .

Empieza manifestando que el Emperador mandó hacer en la Zurriola un lienzo de muro, el cual va ya en buenos términos. Que el peligro para la plaza está en la montaña, pues aunque Su Majestad mandó que se peinase, los vecinos no lo han hecho bien, y que como los franceses

(1) Párrafo de carta de D. Sancho de Leiva al Príncipe. Se acompaña el traslado de un capítulo que hizo Pizaño sobre la fortificación del muro de la Zurriola en San Sebastián. Fecha de la carta en San Sebastián a 21 de julio de 1543 (S. M. y T. legajo 26).

(2) Párrafo de carta de D. Sancho de Leiva a el Príncipe, fechada en Fuenterrabía a 24 de abril de 1545 (S. E. l.° 70 antiguo).

(3) Documento varias veces citado, hecho por Pizaño a últimos de septiembre de 1545 (S. M. y T. l.° 44).

andan por el mar con barcos y acostumbran, entre paz y guerra, a hacer *tales cosas,* tiene miedo no se cuelen por allí, pues la gente de la ciudad ha hecho caminos con el tráfico diario, los cuales podrán utilizar aquéllos.

Que él ha hecho una traza que envía adjunta y que antes enseñó a Pizaño; pero que éste no quiere que nadie le diga nada *que no salga de su ingenio,* y le manifestó que la tal traza era cara y exigiría aumentar muchas guardias, cosa que, en opinión de Villaturiel, no es cierta, pues sólo son necesarios tres hombres más.

Termina manifestando que desearía que se hicieran las obras que él propone (1).

. . . . . .

Manifiesta que la muralla de la Zurriola *está casi concluída* y que sólo faltan 200 tapias, cada una de las cuales cuestan 6 ducados y tres cuartos de ducado (2).

. . . . . .

Dice que uno de los herreros que tenía su establecimiento cerca de la Casa de la Munición lo ha vuelto a levantar, causando grave perjuicio. Que esta herrería fué destruída siguiendo la traza de Pizaño, el cual ordenó que no hubiera edificio ninguno en 16 pies delante de la muralla y las que hubiere se derribasen.

Que los vecinos entran en la población subiendo por la montaña a vista de los franceses que están en el muelle, lo cual es un grave inconveniente, porque no hay que fiarse de las treguas de los franceses, que suelen en tales épocas aprovecharse con mal fin. Que lo mejor que se puede hacer es el proyecto que él envió hace un año de hacer dos muros desde el castillo a la población, sobre lo cual no se le ha contestado. Que lleva doce años en San Sebastián y siempre es de este parecer (3).

. . . . . .

«*San Sebastián* está ordenado que se haga medio cubo al cubo llama-

(1) Extracto de dos cartas del capitán Villaturiel, Alcayde de la fortaleza de San Sebastián, a los secretarios Ledesma y Cobos, fechadas en San Sebastián a 17 de febrero de 1546 (S. E. l.° 74). La traza a que hace referencia Villaturiel es la que estilizada hemos publicado en la página 276 de este trabajo, y en la cual se ven los muros que proponía Villaturiel para cerrar, desde la Mota, el Monte Urgull *(Nota del autor).*

(2) Extracto de un párrafo de carta de Pedro de la Borda al Príncipe, fechada en San Sebastián a 8 de enero de 1547 (S. E. l.° 75.)

(3) Extracto de carta del capitán Villaturiel al Príncipe, fechada en San Sebastián *a 2 de febrero* de 1547 (S. M. y T. l.° 68).

do del *Ingente* para que guarde la Concha y lienzo hasta el *Cubo Imperial.* Y el lienzo que va de aquí a él está hecho en perfección y el dicho cubo, y desde este cubo hasta la *puerta de Zurriola,* asimismo está hecho el lienzo en perfección. Y en esta puerta se ha de hacer *otro medio cubo* para la guarda de este lienzo y al que va *al cubo de San Beltrán;* y desde este cubo de San Beltrán *hasta la Mota* está hecho un lienzo en perfección que es a la parte de la mar y a la parte de Zurriola y en este remate se ha de hacer un caballero bueno para que juegue la artillería y guarde este lienzo y pueda jugar a la otra parte del río que baja por allí a entrar en la mar. Y haciendo esto y poniendo buena gente se pueden descuidar.»

«Es necesario que se encabalgue la artillería, porque toda ella está desencabalgada de manera que no se puede tirar» (1).

. . . . . .

***

De todo lo expuesto se deduce que, salvo detalles de fortificación pasajera y semipermanente, en las que tan inteligente era Pizaño, su intervención principal en San Sebastián fué la de hacer el muro de la Zurriola—contra la opinión de Leiva—y la de disponer se hiciera la plataforma o batería de San Telmo cuya necesidad ya había sido reconocida antes de él.

Con carácter de fortificación semipermanente debió disponer que se *peinase* o escarpase la ladera del Monte Urgull en la parte que mira a la Concha—cuando menos—. Villaturiel, que por lo visto no se oponía a que los vecinos hicieran lo que, a este respecto, les viniese en gana dejándoles despeinar el terreno y construir caminos con azadas, era partidario de la idea, no muy genial, de construir dos muros que cerrasen el monte a partir del Castillo de la Mota. Es indudable que, si como remate del escarpe se construían muros, resultaba el acceso a la plaza más difícil; pero lo es también que con un simple trabajo de azada se conseguía, económicamente, y dadas las circunstancias de 1542, análogo efecto, ya que muy descuidada había de ser una guarnición que permitiera subir a fuerzas de importancia por un escarpe casi vertical. Sobre que nada se oponía a que, como veremos propuso Pizaño en Pamplona, se ayudase algo el trabajo de la azada con ligeras obras de mampostería allí donde la necesidad lo hiciera obligatorio.

(1) Relación de las obras proyectadas y ejecutadas en Fuenterrabía y San Sebastián. No tiene fecha, pero debe corresponder a los años 1552 ó 1553, pues la letra es la misma que la de cartas dirigidas por esta época por un D. Diego de Carvajal, que debió ser el sucesor de D. Sancho de Leiva (S. M. y T. 1.º 37).

Como ya hemos dicho, conocemos en estas plazas la obra de Pizaño en sus detalles, por los que nos proporcionan los que le fueron contrarios, y no es fácil juzgar con completa exactitud.

Lo más curioso de todo ello es la acusación de Villaturiel sobre lo apegado, a su parecer, que era Pizaño. Como hombre éste de acción y de gran experiencia, es posible que lo fuera; pero como la información que poseo es también unilateral, no puedo fallar el pleito con justicia; mayormente no habiendo encontrado apoyo para Villaturiel en otros antecedentes.

Tratando, ahora en particular, del muro de la Zurriola, vése, en los documentos copiados, claramente corroborada la lucha sostenida, con la tenacidad propia de la raza vasca, por D. Sancho con Pizaño, a que hicimos referencia en el Capítulo X. Pizaño se encontró, al visitar a San Sebastián, con un muro muy débil adosadas al cual había una porción de casuchas que desde luego mandó derribar disponiendo, al mismo tiempo, construir el muro nuevo en el mismo lugar del viejo, con lo cual no hay duda se podría aprovechar gran parte de éste, pues él solo hace referencia en su nota a las dimensiones finales con que había de quedar.

D. Sancho, para salvar las casuchas, propuso construir un muro más afuera rellenando de tierra el espacio entre los dos. Para que esta solución no fuera mucho más cara, era preciso no tirar las casas; pero no se comprende que se dejara el terraplen final con tales pegotes que interrumpían la circulación por un camino de ronda que desde los primeros balbuceos de la fortificación se ha considerado preciso en las obras militares.

Por otro lado, el apoyo que recabó D. Sancho de los muy buenos maestros de obras que entonces, como siempre, ha habido en Guipúzcoa, demostraba que era posible construir el muro sobre la ría; pero en cambio (documento de 21 de julio de 1543), en cuanto se detiene un poco el envío de dinero para la obra del muro que se construía como Pizaño había dispuesto, retrasado, ya amenaza con la posibilidad de que el mar se lo lleve todo.

Además, a poco que se piense se verá—documento de 17 de septiembre de 1542—que había una contradicción palmaria en la proposición de D. Sancho, pues si el muro viejo no era apto para resistir el empuje del terraplen estando solo, lo mismo había de ocurrirle, y aun en mayor escala, al resistir el que se proponía entre él y el nuevo que había de construirse.

La animosidad de D. Sancho contra Pizaño se demuestra en la constancia (véase el mismo documento de 21 de julio) en poner de relieve las deficiencias de Pizaño, realmente sin necesidad. Dada la rapidez con

que éste hizo su visita a la plaza, bastaba con lo dispuesto sobre el muro de Zurriola, cuyas dimensiones se especifican en la nota que dejó. No se decía en esta que el lienzo fuera recto; bastaba acomodarse al terreno uniendo las dos puntas extremas que se indicaban; pero D. Sancho no perdonaba ocasión de destacar su personalidad, probablemente con los fines que ya he citado anteriormente.

La nota más interesante de entre lo expuesto por D. Sancho es su proposición de construir—por la premura del momento—un reparo detrás del muro de Zurriola, quedando éste destacado. Esta disposición que recuerda tanto al muro proyectado por el gran Carnot—las aspilleras del ingeniero francés equivalían a las almenas del muro de San Sebastián—y que como invento de éste corre en los tratados de fortificación, demuestra lo difícil que es averiguar la paternidad de las cosas a través de los tiempos.

No me es posible manifestar que intervención tuvo Pizaño en ello, ya que tampoco puedo asegurar si a él se refería D. Sancho al oponer su solución a la de terraplenar detrás del muro viejo harto débil para resistir el empuje de la tierra. Pizaño, desde luego, dominaba esta materia como lo demostró en otras muchas obras; como sabía también que haciendo el reparo con maderos, desaparecía el empuje de la tierra y, por tanto que, aunque destruído el muro por la artillería enemiga, quedaba en pie el reparo y aumentada la plaza interior, cosa que tanto preocupaba a D. Sancho cuando del muro de Pizaño se trataba. Por lo demás, la disposición del muro destacado delante del terraplén ya la conocía Pizaño desde el asalto de Chieri en 1537, en el cual fué la artillería de su mando la que hizo la brecha en el muro detrás del cual quedaba el reparo multiforme que hubo que asaltar, después de asaltar aquella.

PLAZA DE PAMPLONA

Como hemos dicho antes de ahora, Pizaño hizo un proyecto en febrero de 1542 con gran carácter de urgencia para las obras de esta plaza. Abarcaba, efectivamente, obras urgentes y de detalle y se apuntaba las que con carácter de permanencia habrían de realizarse en la plaza y en el castillo.

El proyecto de Pizaño, dada su gran importancia, lo incluímos en el Apéndice, y ahora exponemos a continuación algunos documentos que tratan del desarrollo de las obras proyectadas, principalmente las de carácter permanente que se ejecutaron en el Castillo, en el baluarte de Caparroso y en el lienzo que unía ambas obras.

La contemplación del plano presentado en la página 272, servirá grandemente a la comprensión de lo que sigue.

***

Que en las obras se trabaja y que en el cerro que se mandó rebajar se halló en seguida tufa, así que no cree que pueda el enemigo poner batería por no poder hacer trincheras. Que las obras de cal y canto de la fortaleza no cree haya tiempo de hacerlas y que se harán de tierra (1).

. . . . . .

Que se nota mucha alteración en la parte de San Juan (2) y que suplica a Su Majestad le mande más infantes con capitanes prácticos. Que se trabaja en los fosos y en el castillo en hacer las arcadas. Que ha hecho traer mucha madera y que con tantos gastos se acaba el dinero y se provea de más (3).

. . . . . .

«En las obras se trabaja lo posible en abrir las cavas, y parece que se ha hecho algo en ellas, y en la fortaleza se ha acabado de subir el un cubo de hacia el campo como los dos que están hacia la ciudad y se ha comenzado a subir el otro; y en el uno de hacia la ciudad se han hecho las arcadas y se va terraplenando. En todo se da la prisa que se puede» (4).

. . . . . .

«En lo demás que toca al Memorial que el dicho Duque (5) dejó de lo que se ha de hacer y proveer para la defensa y fortificación de la ciudad, aunque soy cierto que en la ejecución de todo habéis puesto y ponéis la diligencia que de vos confiamos, todavía os tornamos de nuevo a encargar que no se pierda tiempo en ninguna cosa de las que se hubieren de hacer, proveyendo que el pan se acabe de meter luego en ella y avisarnos eis de cómo se hubiere hecho.»

(1) Extracto de carta del Marqués de Cañete a S. M. Su fecha en Pamplona a 25 de febrero de 1542 (S. M. y T. l.° 25).

(2) Saint Jean-Pied-de-Port villa de los Bajos Pirineos (*Nota del autor*).

(3) Extracto de carta del Marqués de Cañete a S. M. Fecha en Pamplona a 11 de marzo de 1542 (S. M. y T. l.° 25).

(4) Párrafo de carta del Virrey de Navarra a S. M. Fecha en Pamplona a 19 de marzo de 1542 (S. E. l.° 350).

(5) Hácese referencia al Duque de Alba y a lo proyectado por Pizaño. (*Nota del autor*).

«En lo de las obras está bien irse entendiendo en abrir el foso en la Judería, y en cerrar el camino que hay entre él y el cerro y el cubo que va al camino de Caparroso, y en hacerse las otras cosas que decís, pues es conforme a lo contenido en el dicho Memorial. Y así debéis proveer que en todo se dé gran prisa; y yo he mandado al Capitán Pizaño que se parta luego y vaya a visitar a San Sebastián y Fuenterrabía, y que, deteniéndose allí lo menos que ser pudiera, pase a esa ciudad a dar orden en las obras de ella (1). Y pues, según lo que escribís se halla por experiencia que los gastadores que da esa ciudad y reino hacen poco efecto en la obra de la cava por ser de tufa tómense como os parece canteros y minaqueros a jornal para que trabajen en ella, aprovechándoos de lo que esa Ciudad y Reino dan y han ofrecido para el sacar de la tierra y otras cosas que pareciere.»

«Decís que luego se comenzaría a obrar en la fortaleza para que se pueda poner en ella artillería, y [que] lo que se dejó ordenado que se hiciese de cal y canto os parece que no se podrá hacer, y que se hará el antepeto de tierra y lo mismo lo que se mandó subir el muro en el cuartel de la Judería. Y porque no es bien gastarse los dineros en estas cosas de prestado, proveeréis que esto y lo que más se labrare sea de perpetuo, y no de otra manera; que lo de tierra, habiendo necesidad de ello, se podría hacer con brevedad» (2).

. . . . . .

«Copia sacada de la traza que Luis Pizaño dió sobre cómo se había de ir y chapear la muralla de entre el Cubo de Caparroso y la Tejería.»

«Item: desde el Cubo de Caparroso hasta la fosa del castillo todo aquel lienzo, desde el postigo a la parte del Barrionuevo, hasta el cantón de una torrecilla que está a la mano izquierda de la dicha puerta de la Tejería, se ha de pasar a derecha línea hasta cerca del foso en par de una tronera que está en el castillo—en el lienzo junto a un cubillo—quedando la tronera de la parte de fuera hacia el Cubo de Caparroso (3). Y el lienzo de muro ha de subir en alto, con lo que ahora está, hasta 46 pies, empezando de la *tufa* donde ahora tiene el cimiento y ásele de dar un

(1) Hácese referencia a la segunda visita de Pizaño a Pamplona. *(Nota del autor)*.

(2) Párrafos de carta del Emperador al Marqués de Cañete, fecha a 19 de marzo de 1542 (S. E. l.º 57). Trata de las fortificaciones de Pamplona y anuncia la próxima ida de Pizaño.

(3) Esta tronera se nota perfectamente en la vista lateral que ofrecimos, en la página 271, del Castillo o fortaleza de Pamplona. Nótase también en ésta el *cubillo* a que hace referencia el documento, que sirve para fijarnos el significado de la palabra (*Nota del autor*).

alambor y chapadura de la parte de fuera de siete pies de grueso en el cimiento y que vaya perdiendo por cada siete pies uno y encima faselle su pretil que juegue por barba. Y debajo, hasta el plomo como va la cava, que se suba escarpando la *tufa* hasta llegar siete pies de largo del dicho cimiento y venir desde el nivel de la dicha cava chapando y cubriendo la *tufa* hasta llegar al cimiento, por caso que no le dé el aire ni el sol. Y la chapadura ha de ser ligera o de ladrillos o de guijarros menudos con *calcina* o de piedra, porque allí no requiere fuerza ninguna, salvo tener cubierta la *tufa*. Y pónese la dicha chapadura porque, si hubiésemos de bajar al nivel de la cava el cimiento, sería una muy gruesa despensa de gasto; porque lo que está hecho del dicho muro no podríamos servirnos de él sino muy poco. Por tanto me ha parecido que convenía a la fortaleza y seguridad de la dicha ciudad y será muy firme y no de tanto gasto como hacerlo de nuevo y sería tanto inseguro.» (1).

. . . . . .

«La labor de la ciudad y fortaleza va muy buena; porque los fosos están ya casi en perfección de lo que han de estar, y los pretiles de los dos cubos de la fortaleza que miran al campo están ya acabados, y el lienzo que mira hacia el molino de Caparroso, del Castillo, también va el el pretil en buenos términos, y asimismo el pretil del lienzo de la muralla que va desde el molino de Caparroso hacia el Castillo; porque por estar por aquella parte la tierra de fuera alta la hemos subido para viniendo necesidad poder brevemente repararle. Asimismo se hace al pretil del Cubo de San Martín y la muralla de la Rocha; y la labor del Cubo de Caparroso va también en buenos términos. Tierra he hecho meter dentro mucha y hacer tapiales, para que en tanto que no hay más nueva de la que tenemos, la obra perpetua no cese, y si viniere necesidad nos pudiéramos reparar brevemente, porque también hay mucha madera en esta ciudad y hecha mucha clavazón» (2).

***

De todo lo expuesto, lo más interesante es el parecer de Pizaño—posterior a sus proyectos de febrero de 1542—que afortunadamente he

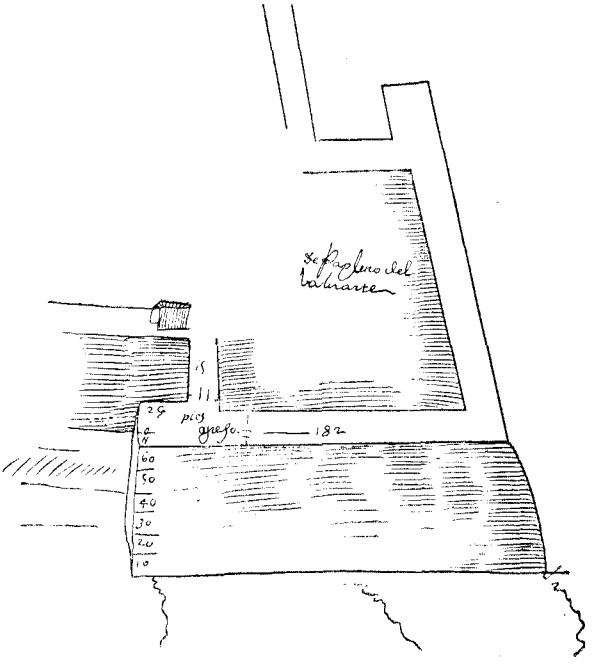
(1) Copia de parte de un documento que comprende un parecer de Pizaño sobre lo que se debía hacer en Pamplona en la muralla desde el Cubo de Caparroso hasta la Tejería. No tiene fecha y debe ser de la segunda vez que fué Pizaño a Pamplona (S. M. y T. 1.º 23).

(2) Párrafos de carta del Virrey de Navarra a Su Majestad, fecha en Pamplona a 2 de agosto de 1542 (S. E. 1.º 350).

encontrado sobre la manera que había de ejecutarse el muro entre el baluarte de Caparroso y la fortaleza. Este documento nos presenta a Pizaño como un verdadero ingeniero, atendiendo a la seguridad de la obra sin perjuicio de la economía.

El muro antiguo se asentaba sobre un banco de tufa, materia que, como sabemos los que hemos luchado con ella en Pamplona, es tan resistente a los medios de disgregación ordinarios de los aparatos de excavación como susceptible de ser influenciada a la larga por los agentes atmosféricos en aquel sentido.

Al profundizar el foso, cual convenía, quiso Pizaño aprovechar el muro viejo para evitar el tener que arrancar desde el nuevo fondo de aquél con otro muro; lo que hubiera resultado mucho más caro. Por eso procura defender la escarpa de tufa con un revestimiento de mampostería o cal y deja una berma que utiliza para base del revestimiento de $^1/_1$ de inclinación que había de cubrir el muro antiguo.



Este sistema de adosar a los muros verticales medievales un prisma de base triangular que ofreciera al exterior la escarpa inclinada, se usó bastante en los tiempos de tratamos, y aún hay algún documento—de Perpiñán los hemos presentado—que hace sospechar si en alguna oca-

sión se hicieron intencionadamente verticales las escarpas, con el propósito de añadirlas después el citado prisma. Tal sistema no podía en mi concepto ofrecer ventaja alguna, pues se oponía a la homogeneidad del conjunto, tan necesaria en los muros destinados a resistir el choque de los proyectiles fundidos.

Aparici encontró en Simancas un dibujo, que copió, hecho en 1548, en el cual aparece representado, de frente, todo el muro y en sus extremos el castillo en vista lateral—es el dibujo que reprodujimos en la página 271—y el baluarte de Caparroso en el estado que entonces estaba. Este lo reproduzco en la figura adjunta para que se vea cómo se construían entonces los baluartes. Contémplase en ella los muros que llamaban alas y los otros dos que eran los traveses. No se notan las bóvedas que se construían para formar las casamatas que proporcionaban el flanco bajo o plaza baja, y sobre las que se rellenaba de terraplén todo lo hueco, constituyendo las plazas o flancos altos. En la figura, se aprecia que no estaban construídos en 1548 los pretiles o parapetos ni enlosada la parte superior del terraplén para colacar las piezas.

En cuanto a las obras que en la fortaleza se ejecutaron, proyectadas por Pizaño, nada tenemos que añadir, porque en los documentos expuestos aparecen claramente especificadas.

CONSIDERACIONES FINALES

La exposición anterior de documentos, unida a lo dicho en todo este trabajo, y muy especialmente en el «Discurso Preliminar», facilita grandemente el trazado de estas líneas postreras.

Cuando Luis Pizaño llegó a la Península, al finalizar el año 1541, era ya, cuando menos, un oficial de ingenieros, semejante a los hoy afectos al servicio de Zapadores, completísimo. Nos lo dice el gran Duque de Alba en una de sus cartas al Emperador: «en cuestión de artillería y fortificación de reparos no me sabría menear sin él».

La guerra, subsiguiente, con Francia obligó al Emperador a recurrir con premura a los recursos de la fortificación en gran escala, y Pizaño intervino con rapidez y la energía que no poseían otros muchos ingenieros que, como el Paduano, eran más constructores pero menos militares que él.

No puede negarse que esta última circunstancia, hecha patente con la graduación de Pizaño en la Milicia, le facilitaron su cometido por la autoridad que ella representaba, la cual veíanse obligados a acatar no sólo los

soldados del Ejército, sino el elemento paisano que veían en ella un reflejo —en Pizaño muy potente—de la autoridad Real. De esta representación carecían la mayor parte de los ingenieros profesionales de los que hemos llamado de la Escuela de Minerva, y de ello se derivaron muchos inconvenientes, para salvar los cuales fué preciso crear, andando el tiempo, las tropas de ingenieros aun cuando pasaran muchos años hasta que tal cosa tuvo lugar (1).

En 1541 los proyectos anteriores de Benedicto, el Paduano y aun del Prior de Barleta, se hallaban paralizados o medio estancados. Fué en la década siguiente, o sea precisamente en todo el período de la intervención de Pizaño, cuando las plazas de la frontera francesa entraron en actividad, ensanchándose y profundizándose los fosos, regularizándose los frentes y construyéndose o terminándose los baluartes proyectados o empezados en épocas anteriores.

Los proyectos y construcción—por Pizaño o por sus órdenes e intervención—de las obras semipermanentes de Pamplona, Castellón de Ampurias y Rosas, fueron una obra maestra de ingenieria militar. En la de Rosas, sobre todo, precedió a el trabajo de los reparos un cálculo perfectamente estudiado, para en virtud de los elementos, en hombres y material, disponibles, y del tiempo durante el cual habían de desarrollarse, llegar al conocimiento de la longitud de reparo que había de poderse construir, y, por tanto, lo que había de extenderse en los alrededores de las murallas viejas de la plaza.

No he podido averiguar las obras de la misma índole ejecutadas por orden de Pizaño en 1542 en la plaza de Perpiñán, que permitieron a esta plaza resistir victoriosamente a los franceses, ni las que igualmente se hicieran en Salsas, Colibre y Elna; pero por las otras podemos juzgar de su importancia.

Pizaño fué un representante legítimo de lo que hemos llamado Escuela de Palas. Con una instrucción primaria deficientísima salió de Pastrana y progresivamente fué adquiriendo todos los conocimientos útiles a la milicia. Durante su permanencia en España le encontramos ya familiarizado con los materiales de construcción, con su mejor aplicación en las obras, y aun con los métodos económicos más apropiados para su mejor rendimiento.

En este punto mostrose partidario de los destajos pagados al compás del cumplimiento de los destajistas.

(1) En el sitio de Gibraltar de 1782, los soldados valones se negaban ha acompañar a los ingenieros encargados de trazar las paralelas y ramales, y esto fué uno de los hechos que hicieron reconocer la necesidad de que aquéllos dispusieran de soldados a sus órdenes.

Era lógica su manera de pensar. Los abusos en las obras por administración, que notó Pizaño a su llegada a la Península, los hemos puesto de relieve en varias ocasiones, durante el transcurso de esta obra. Por otro lado, la falta de ingenieros—y los pocos que había desplazándose continuamente—impedía vigilar las obras como convenía. Además, la no completa posesión de los métodos constructivos, lógica en los ingenieros de la procedencia de Pizaño, les llevaba a escoger, para ayudarles, hombres honrados y buenos constructores en quienes fiar durante sus ausencias prolongadas, asegurándose así de que sus ideas habían de ser sabiamente interpretadas, y de que el afan de lucro no había de sobrepasar los límites que marca un decente trabajo controlado en los momentos oportunos.

En la parte técnica llevó Pizaño a las obras sus opiniones de artillero. En general, por la época de Pizaño—y aun también en las posteriores—los predominantemente ingenieros, o por mejor decir, los ingenieros de la Escuela de Minerva eran partidarios de las casamatas, en las cuales buscaban el máximum de protección para hombres y material; pero a los artilleros que habían de utilizar éstas no les era tan grato el revolverse en espacios restringidos en los que el humo no tenía salida fácil a pesar de *espiráculos* y lumbreras.

En las plazas altas algunos ingenieros—como Benedicto de Rávena—buscaban la doble protección de hombres y piezas con la adopción de parapetos elevados a través de los cuales disparaban las piezas por cañoneras o *troneras*. Esto quitaba a la posición algo de visualidad, de espíritu ofensivo, de condiciones de *fuerza* en suma, y por eso nuestro Pizaño fué partidario, en general, del tiro a barbeta, *por barba* como entonces se decía, expresión sin duda nacida por llegar los parapetos próximamente a ella.

Respecto a los trazados ya podemos hacer resaltar las grandes concomitancias de Pizaño con Pedro Luis Scribá. En efecto, le hemos visto proyectar—como a Scribá en Capua—baluartes y caballeros en Rosas, Perpiñán, Barcelona y aceptar los proyectados en San Sebastián, Fuenterrabía y Pamplona. Pero en la Trinidad de Rosas, en San Telmo de Colibre y en el castillo de Perpiñán—como Pedro Luis en San Telmo de Nápoles—se acoge al trazado atenazado movido sin duda por las razones que expusimos en el Discurso Preliminar.

Estudiando su obra se comprende cuán difícil ha de ser el aclarar a qué país o a qué ingeniero le corresponde la primacía en los descubrimientos que muchos se han atribuído en cuanto con la fortificación se refiere. Porque, en caso de necesidad, ¿qué dificultades no serían capaces de resolver hombres como Pizaño, tan experimentados en la guerra? ¿Y

cuánta no sería la sustancia técnica que en conversaciones e informes verterían, esperando sólo que alguien más experto en el manejo de la pluma o más desocupado trasladara al papel lo escuchado?

Tal consideración hace más verosímil la sabrosa anécdota que cuenta el erudito General e ingeniero belga H. Wauwermans, en su folleto dedicado a la *Arquitectura militar flamenca e italiana en el siglo XVI.* Esta anécdota la tomó aquél del libro *Verona ilustrata* de el Marqués de Maffei. Hela aquí:

En 1701, dice, dos ingenieros franceses llegados al Piamonte, con el ejército francés, visitaron al célebre ingeniero Bertola (1). Este se excusó de no hablar francés, que no sabía, según él, por no haber salido de Italia..... ¡Gran asombro de los franceses al ver había quien sabía fortificación sin haber leído los libros publicados en Francia! A su vez los franceses se excusaron de no saber hablar bien el italiano..... ¡El mismo asombro del italiano al ver que se podía ser ingeniero sin conocer la lengua del Petrarca! Se convino en que cada uno se expresaría en su idioma. Los franceses pidieron a Bertola su opinión sobre Vaubam y sus nuevas fortificaciones. El italiano que era un humorista, fingió, con objeto de divertirse a costa de aquéllos, que no conocía ni a él ni a sus obras. Los franceses, estupefactos ante tanta ignorancia, se miraron con aire burlón..... Bertola, siguiéndoles la broma, les suplicó le diesen una idea de los nuevos métodos de Vaubam, lo cual hicieron los franceses ayudándose de explicaciones verbales y dibujos. A medida que le indicaban una idea que en Francia se consideraba como nueva, el italiano discutía el pro y el contra como hombre a quien estas cosas eran familiares; y después, tomando un libro de su biblioteca demostró a los franceses que ya habían sido puestas en práctica en Italia aun antes del nacimiento de Vaubam.....

Semejante anécdota si no es cierta merecía serlo; y desde luego tiene su inmediata aplicación en cuanto dedica uno un rato a la Historia de Fortificación. ¿Quién inventó tal o cual disposición de las diversas piezas fortificativas? ¿Quién inventó estas mismas?

Desgraciadamente para España—y digo esto porque si el mayor bien que, en este mundo, nos ofreció el Redentor fué la paz, nosotros lo hemos rechazado con frecuencia—si hubiera tenido un representante en la conferencia de Turín en 1701, el tal, haciendo gala de análogo humorismo que Bertola, no fuera el que menos se sonriera de los cuatro colegas.

Para terminar, en el Apéndice exponemos una colección de opiniones emitidas, durante los años y siglos siguientes a 1544, sobre el Casti-

(1) Bertola se hizo célebre en el sitio de Turín de 1706.

llo de la Trinidad, por diversos ingenieros. Es curiosa la observación de esta serie de opiniones. A poco de construído el Botón (1), con el aplauso de muchos, y al consolidarse el doctrinarismo abaluartado, surgen ya ecnsuras para el pequeño fuerte acusándole de debilidad en los flanqueos.

En cambio, en los siglos posteriores, cuando éste ha cumplido con exceso su misión principal de batería de costa, y aún ha luchado con ventaja contra ataques terrestres, no obstante su dominación inmediata por Puig Romá, las opiniones reaccionan y se encuentran frases de elogio, para la obra, salidas incluso de las plumas de ingenieros del siglo XVIII, no obstante el predominio casi exclusivo en él de la Escuela de Vaubam.

Y es que la chispa divina que lleva el hombre en su cerebro ilumina, por entre el boscaje de los prejuicios y teorías, el espacio restringido donde la verdad se asienta sea cualquiera el lugar y época donde su percepción tenga lugar.

El fuerte de la Trinidad murió con honor volado durante la guerra de la Independencia. Vivió igualmente con honor, a pesar de su pequeñez y encogimiento, como si el espíritu indomable de su creador se hubiese infiltrado entre sus piedras, que deben ser veneradas en sus ruinas, como recuerdo imperecedero de Pizaño y de su Rey el ínclito Carlos I.

(1) Además de los nombres de la Trinidad y de Botón de Rosas con que este fuerte ha sido nombrado, los catalanes solían llamarle la *Poncella* y los franceses la *Pucelle*.

APÉNDICE

I

Copia de un documento que trata del linaje de los Pezañas de Portugal.

(Academia de la Historia, Colección Salazar, D, 62. folio 221.)

I. Micer Manuel Pezaña fue un cauallero ginoves muy honrado que vino a seruicio del Rey D. Dionis y lo hizo su Almirante y le dió muchos heredamientos. Casó con D.ª ginevra Pra hija de .... de que vuo Micer Carlos Pezaño que fue Almirante del Rey D. Alonso 4.º a quien ayudo a vencer la vatalla al Almirante de Castilla en el Rio ..... en que fueron tomadas a los moros 26 galeras; no dejo hijos. 2 Micer B.me Pezaña que por muerte de su hermano fue Almirante y caso con D.ª Leonor Gomez de Aceuedo hija de g'º gomez de Aceuedo Alferez Mayor del Rey D. Alonso 4.º de que vuo una hija que murio moza. Caso 2.ª vez Micer Manuel con doña Leonor Al.º hija de ..... de que vuo a Micer Lanzarote.

II. Micer Lanzarote Pezaña hijo tercero de la segunda fué tambien Almirante y señor de Mira caso con D.ª Cna hija de ..... de que vuo Micer Manuel que fue Almirante y no dejo sucesion 2.º Micer Carlos y 3.º Micer Joan Pezaña.

III. Micer Carlos Pezaña hijo 2.º fue Almirante en tiempo del Rey D. Juº el 2.º caso con D.ª Isabel Pra hija de Alu.º gs Pra Prior de Crato de que vuo hijos que murieron niños y D.ª ginevra P.ra mujer de D. Pedro de Meneses Conde de viana Conque llevo el Almirantado D.ª Beatriz P.ra mujer de Rui de melo da Cuña Almirante de Portugal por morir sin hijos el Conde su cuñado. Bastardos Aluaro Pezaña Beatriz Pezaña mujer de Aluaro da Cuña frontero mayor del Algarue Cna Pezaña que no caso, Isabel Pezaña, mujer de Duarte de Melo.

IV. Aluaro Pezaña hijo bastardo caso con Beatriz Valente hija de Rui Valente provedor del Algarue de que uuo Aluaro Pezaña de que no es sucesion y ..... mujer de Aluº de Aria. 2.ª vez Caso con D.ª Isabel da Cuña hija de D. Aluaro Vas de Almada, 1.º Conde de Abranch de que vuo Diego Pezaña y D.ª ..... Pezaña mujer de Pedro Vas Corterreal D.ª Juana mujer de Fernando Quiros. Caso 3.ª vez con D.ª Mencia hija de Vasqueanes Corterreal y no tuuo hijos.

V. Diego Pezaña hijo 2.º de la 2.ª caso con D.ª Simoa Correa hija de Pedro Correa Almoxarife de Tauila de que vuo Alvaro Pezaña que caso con D.ª Mencia, hija de Benito Perez que vivio en Redondo de que uvo a D.ª Simoa Pezaña que *esta en Castilla* con D. Antonio de Branches. 2.º Duarte Pezaña 3.º Pedro Correa Pezaña que en su mujer D.ª Simoa da Franca hija de Lanzarote da Franca desta hija

tuuo a Alvaro Pezaña que murió sin hijos D.ª Simoa da Branches D.ª Isabel Jacome Pezaña D.ª Isabel de Abranches mujer de francisco P ª señor de Tauila.

VI. Duarte Pezaña hijo 2.º caso con D.ª Leonor Machado hija de Carlo Machado Comdor de ..... de escribano de los q.tos de Taular de que uvo Diego Pezaña Jorge Pezaña Carlos Pezaña y 2.ª vez caso con D.ª Violante Cerdera de que vuo a doña Felipa.

VII. Diego Pezaña hijo 1.º Jorje Pezaña hijo 2.º de Duarte Pezaña y de D.ª Leonor Machado. Carlos Pezaña hijo 3.º de Duarte Pezaña y de D.ª Leonor Machado.

VIII. Jacome Pezaña hijo 4.º de Diego Pezaña y de D.ª Simoa Correa Caso con D.ª Simoa hija de Vasco Fernandez Almojarife de Taular de que uvo Duarte Pezaña D.ª C.na y doña Beatriz.

IX. Duarte Pezaña hijo 1.º

III. Mizer Juan Pesaña hijo 3.º de mizer Lanzarote y de D.ª Catalina caso con d. ginebra de Abreu hija de Martin Rod.s de Abreu Alcayde Mayor de Campo m.º de que vuo 1.º Juan R.s 2.º Martin de Abreu. C.na pezaña mujer de Martin Vaz de Castelobranco Alcayde mayor de Moura.

IV. Juan R.s Pesaña hijo 1.º caso con d. Isabel p.s Laduna hija o nieta de gil f.s el Bueno que defendio Eluas al Rey D. Juº el 1.º que uvo Manuel Pezaña d.ª ginebra de abreu mujer de Fernando Silva Alcayde mayor de Elvas jeronima de abreu 2.ª mujer de martin de Oliveira señor del mayorazgo de oliveira Catalina Pezaña mujer de Estevan Barroso, y por su muerte de Martin Perez Rauasco.

V. Manuel Pesaña hijo primero caso con Violante de Boin a manuel le mataron en la India en tiempo de Alonso de Albuquerque hija de Alvaro de Boin de que uvo D.ª Beatriz Pezaña mujer de Martin Alonso de Sousa de Elvas. Segunda vez caso con Maria R.s hija de Fernan R.s de Santarem Her.do de Rui Barba y de Jorje Correa, Comendador de Piñeiro de que uvo Juan R.s Pezaña que murio mozo en la India 2.ºJorge Pezaña que mataron los turcos con D. Lorenzo de Almeyda Francisco Pezaña tambien murio en la India Ambrosio Pezaña Fernan R.s D.ª Felipa de Abreu mujer de Sebastian de Sousa hijo de Rui de Abreu Alcayde mayor de Elvas D.ª Isabel de Abreu mujer de Juan Juzate Alcayde mayor de Auis y por su muerte de Francisco de Acevedo señor de Ponte=do=ser Aldonza pezaña mujer del Doctor Pedro Ferreira Oidor de la Suplicazon Jeronima de Abreu mujer de Henrique de Melo de Olivera y bastardos Alvaro Pezaña que murio en la India Clara Pezaña mujer de Estevan de Valadares y don Antonio de Valadares de Euora.

VI. Ambrosio Pezaña hijo 3.º caso con D.ª Beatriz de Sousa hija de alvaro de boyn de Brito de que uvo Manuel Pezaña Juan R.s Jorge Pezaña Antonio Pezaña que murio en la India.

VII. Manuel Pezaña hijo primero heredo el mayorazgo de su padre caso con D.ª Isabel hija de.... de que uvo D.ª.... mujer de D. Alvaro de Sousa.

VII. Juan R.s Pezaña hijo 2.º de Ambrosio Pezaña y de D.ª Beatriz de Sousa fue capittan de la Mina *(sic)* caso con d.ª.... hija de Antonio de Manzelos Comendador de .... de que uvo Ambrosio Pezaña.

VIII. Ambrosio Pezaña hijo unico caso con D.ª Catalina su prima hermana hija de su tio Jorge Pezaña de que uvo 1.º.... Pezaña 2.º.... 3.º....

IX. Pezaña hijo primero caso con D.ª .... hija de D. Manuel Pereira gobernador de la isla de la Madera.

VII. Jorge Pezaña hijo 3.º de Ambrosio Pezaña y de D.ª Beatriz de Sousa fue comendador de.... Capitan de Ceuta y del Concejo de hacienda siendo presidente. Caso con D.ª Beatriz Pereira hija de Francisco de Acevedo hermano del Almirante Lope

Vas de Acevedo de que uvo D.ª Catalina mujer de Ambrosio Pezaña su primo hermano.

VI. Fernan R.s Pezaña hijo 4.º de Manuel Pezaña y de M.ª R.s

Nota del autor.—Continúa enseguida el documento especificando la descendencia de Martin de Abreu Pezaña hijo 2.º de mizer Juan y de D.ª Ginebra de Abreu y termina.

II

Carta del Conde de Burrello al Emperador, fecha en Andria a 8 de junio de 1529.—Da cuenta del levantamiento del sitio de Monópoli y de lo demás ocurrido al Ejército Imperial.

(Academia de la Historia, Colección Salazar.)

Sacra Catholica, & &.

Dias ha que pense poder escriuir a v. mag.d dende napoles pero como el zelo que siempre al seruicyo de v. m.ad tuue y terne me hizo boluer a esto dende canosa para que la empresa de monopoli a la qual yba el Ilt.re Marqués del gasto no se dilatase a mi causa el mismo deseeo de seruir me ha detenido aqui mientras de aquello se ha visto el fin y pluguiera a dios que fuera el que se desseaua pero como por la mar con galeras no les han faltado infinitos socorros a los de monopoli y señaladamente al tiempo que se les hizo la bateria que de barleta y trane les enviaron tanta de gente que hauia dentro quasi tantos como los que en el seruicyo de v. m.ad estaban sobre ellos. Parecio al dicho marqués por consejo de los capitanes que cabe el siruen a V. mad que era poner la gente al degolladero y sin esperanza de vencer pues ni la bateria habia hecho el efecto que era necessario ni los de dentro se hauian mostrado menos guerreros y valerosos que otros de manera que dexo de combatir y consulto con el Ilt.mo P. de Orange visorrey y capitan gral. de v. mad auisandole de lo que le ocurria para que mandase lo que le pareciesse y hasta saberse la respuesta entretuvose con la gente en campaña como hasta entonces entendiendo en conservalla para poder emplealla en lo que menester fuese por servicyo de v. m.ad ce.a y hauida dicha respuesta viendo no poderse hacer en lo de aquella empresa mas de lo hecho y pasando la gente mucha necesidad de agua y mucha fatiga retirose con ella y con la artilleria y todo lo demas a Conversano que es aun lugar quatro leguas de monopoli y assento alli el campo por tener la gente junta y conseruar la reputacion della como cumple/ y dexo de dezir como los enemigos salieron al tiempo del retirar y como se volvieron descalabrados pues del dicho marques pienso habra seido v. mad auisada de lo mas particular a que por ser su cargo esta obligado.

En barleta vinieron luego el proueedor gral de venecianos que era en monopoli y con el camilo vrsino el de la mentana y supe que con Renço de Cery concertaron que con parte de aquella gente de monopoli y aun con pte desta de Barleta fuesse al camillo a tierra de otranto do estan nardo y castro por ellos y tienen alguna esperanza en la voluntad de los Ruynes que en todas partes ay algunos y ya el dicho

marques ha proueido con cierta gente para el remedio de aquello y tan bien creo ha proueido en lo de brindez que ven.os solian tener y hauia menester mirarse por ser cosa muy importante y puerto que no tiene ygual en esta parte.

Porque en monopoli pasan extrema nescessidad los que quedaron tambien sera fuerça rendirse con menguar la gente y no veo do puedan mejor emplealla que por aca do tienen la fuerça de sus cauallos y la tierra para ellos y por ende he scripto al dho marques desto que pienso, y le he rogado que dexando por alla la guarnicion que se requiere quiera venir a esta con lo mas del campo para acucir con lo mas de las fuerzas del ex.o do se puede juzgar que las de los enemigos han de ser mayores y creo que lo hara asi y de todo dara a v. m.ad la quenta deuida.

El Iltre don fer.do de gonzaga en los dias pasados vino con todos los cauallos ligeros a esto y hauia de encargarse de lo que yo he tenido encargo por hauello assi supp.do yo al Il.mo p.e de orange por poder llegarme hasta Napoles y como penso poder disponer de la gente amotinosele de manera qne huuo de yr a napoles a procurar dinero para las pagas y en ello soy auisado que alli se entiende pero la desorden de estos cauallos ha seido tan grande mal para lo desta guerra que no puede ser mayor porque con estarse do estan assi baldios y hallandome yo aqui sin vn cauallo porque se despidieron los que truxe de siçilianos a causa de la mucha costa que hazian a V. M.ad hauiendo los que hay de los viejos del exercito y estos no siruiendo salen los enemigos quando y por do quieren y por ser campaña todo lo de aca con sola infanteria ningun estoruo se les puede hazer y puesto que ogaño no se haya sembrado por aca hay tanto de pan y ceuada de lo que quedo del año pasado por coger que ha nacido mejor que si lo sembraran y dello los enemigos se aprovechan y bastecen cada dia que es daño para lo desta guerra el mayor que ser pueda y auiso a V. M.ad que eran venidos ya en tal extremo que han seido forçados embiar a tierra del turco por bitualla. Aunque algunos dizen que tan bien por los mismos turcos que piden vengan en socorro dellos.

Lo que en lanchano se siguio en daño de la gente darmas de v. m.ad dexo de escriuir pues de napoles lo hauran scrito de aqui se dio el auiso harto a buen tpo. y fue del Ilt.mo visorrey bien ordenado y proueido mas no tan bien executado que no fuese mayor la deligencia de los enemigos y de la parte deseruidora de V. M.ad. Lo de la montaña tampoco al conde de Miñano salio como deseaua y se esperaua de manera que estas cosas han bien menester del fauor y autoridad y concierto que pueda hauer como muchas veces lo he scrito al dicho Ilt.mo visorrey el qual no pudiendo faltar de napoles por lo que alli y en Roma concurre como del creo que V. M.ad ha seido auisada anda esto algo enbaraçado y a verse lo de milan en mas aprieto de lo de agora puede V. M.ad creer que lo uno y lo otro habra menester de lo que de sola V. M.ad le puede venir y porque pueda mandallo proueer con tpo. yo como su leal seruidor y vassallo quise ser largo de escriuir todo essto de que con su mucha prudencia podra considerar lo demas y señaladamente el daño que este Reyno padece de estar en lo que esta que por cierto es lastima de vello y crea V. M.ad que o por paz o por poner en lo de la guerra de sus Imp.es fuerças las que son menester es necessario que se prouea como cesse que de otra manera no pueden estas cosas estar como agora sin gran desseruycio de dios n. s.or y de v. ma.ad Ces.a por destronarle del todo de los propios suyos lo que es suyo y por ende quan humildemente puedo le supp.ec mande en todo lo que mas fuere su ces.o seruicyo y sea cierta que nunca dexare yo de seruir a V. M.ad en lo que se ofreçera que lo poco que yo soy Requiere y n. s.or la Imperial persona & &.

De Andria a VIII de Junio de MCXXIX.—*El Conde de Burrello.*

III

Copia de un documento hecho por Luis Pizaño en Corón.—No tiene fecha; pero, como se ve por el cuerpo de él, fué hecho en el mes de octubre de 1533.—Ha sido copiado por Salas, el cual le señaló la fecha 1532. Arantegui publicó una pequeña parte.—Trata de lo gastado en Corón en pólvora y municiones y de las necesidades que hay en la plaza en asuntos que se refieren a la Artillería, y en parte a Ingenieros.

(Simancas Estado legajo 1.012.)

A cinco dias de otubre del año de mil y quinientos y treinta y dos recibí yo el capitan Luis pizano el artilleria y municiones siguientes dejada por orden del señor Andrea Doria.

Item. Recibi de Juan de la Reina setenta y cuatro quintales de polvora de peso de Venecia, que es de peso de Cicilia treinta y siete quintales.

Item. Recibi a *nueve dias de Febrero* (1) del sobredicho año polvora de Juan michel, quintales sesenta de peso de Cicilia.

Item. Recibi de pedro fin palavesin ciento treinta y seis barriles pequeños que pesaron de peso de genova setenta y cinco quintales que reducidos al peso de Cicilia fueron cuarenta y cinco quintales netos.

Item. Se recibio a *cuatro dias de Junio* que trajo fuen-salida por la via del Visorrey de Nápoles quintales diez y ocho de peso de Cicilia netos de tierra.

Item. Recibi al *último de Junio* de mil y quinientos y treinta y tres años catorce barriles que pesaron, de peso de Cicilia, seis quitales netos de tierra.

Suma toda la sobredha polvora quintales ciento y sesenta y seis de peso de Cicilia.

Este es el recibo de la polvora que recibido hasta *ocho de agosto* del dho año hasta que arribo la Real armada de su cesarea y catolica ma+ en esta cibdad de coron cuando vino a socorrer.

Exito (2) de la sobredicha pólvora es lo siguiente:

Primo para los arcabuceros en el tiempo que estuvimos sitiados se dio á los arcabuceros, cincuenta quintales de polvora como parece por el libro de la municion por sus partidas según se mandaba dar.

Item para el artilleria de bronce y de hierro seson despendidos sesenta y cuatro quintales como se vera por el sobredicho libro de la municion por su exito.

Item de la sobredicha suma de polvora resta en cier en la municion cincuenta y dos quintales de polvora de peso de Cicilia.

Item á *diez dias de agosto del año presente* recibi del armada en cuatro maneras de barriles sesenta y cinco quintales de polvora neta de peso de genova en que los barriles sacada la tierra de los unos y de los otros resta la polvora reducida de peso de genova en el peso de Cicilia que cinco quintales de genova hacen tres de Cicilia que son por todos cuarenta y cinco quintales de manera que con los cincuenta y

(1) Se comprende que se refiere al de 1533 *(Nota del autor).*

(2) Es decir salidas, bajas, gastado *(Nota del autor).*

dos qq.ª de polvora que arriba abanzan seran por todas dos partidas noventa y siete quintales de polvora y no hay otra polvora en la dha municion sino esta al presente salvo sino salitre y azufre y carbon que se ha de meter mano luego a hacer polvora en el cual numero es lo siguiente.

Item. Recibi de la nao de juan michel á *nueve dias de hebrero* veinte quintales de salitre en frusta de peso de Cicilia neto.

Item. Recibi á *diez dias de agosto* del armada salitre quintales docentos y quince y rotules cincuenta y tres de peso de Cicilia en frusta.

Item. El sobredicho salitre hecho el sagyo del escandalo cala de cuatro partes la una de modo que de docientos y treinta y cinco y cinco quintales rrestan ciento y setenta y seis quintales y rrotules cincuenta y tres en que se haran del sobredho salitre dandole el carbon y azufre viene a hacerse docientos y sesenta quintales de polvora para cañon.

Item. Recibí de azufre á *diez dias de agosto* del armada quintales de Cicilia cincuenta y ocho y rrotules ochenta y cinco mas recibi de Juan michel nueve barriles que pesaron seis quintales de Cicilia neto que por todo sesenta y cuatro quintales y rrotules ochenta y cinco.

Item. Recibi de carbon veinte botas que pesaron cincuenta quintales de Cicilia para polvora.

Item. Hecho del sobredicho salitre hecha la sobredicha polvora ques numero de docientos y sesenta y cuatro quintales de manera que hecho un cuerpo de la polvora que es como arriba he dicho que son e ser en la municion noventa y siete quintales que por todos es quintales trescientos y sesenta y uno, digo de peso de Cicilia, de la cual polvora destrebuyendola conforme a la orden de sota escryta bastara para tres meses estando cercados como se vera por las partidas sotaescritas.

Exito de la sobredicha polvora.

Primo ay en defensa y guarda de esta cibdad de coron en la infanteria que al presente se hallan mil y ciento y ochenta arcabuceros para ofender y defender los cuales arcabuceros es necesidad dalles tres libras de polvora cada un mes por razon que van de tres en tres dias a la guardia y es menester estar alla noche y dia y los demas todos los otros dias quedan al muro estando los enemigo en ¿campo? y esto digolo porque si les paresciera ques mucho y no es nada porque de la sobredicha polvora no se tiran mas de cuarenta y cinco tiros al mes por hombre a razon de quince onzas por libra porque tira cada arcabuz a una onza uno con otro es menester quitarles qq.ª decisiete irrotules sesenta de peso de Cicilia, de manera que por tres meses seria menester quintales cincuenta y tres y rotules diez.

Item para cincuenta esmeriles tudescos de hierro que tiran cuatro onzas de polvora por cada uno que seria por cada dia por todos cincuenta tiros al dia y que sumaria por tres meses cinco quintales y rrotules ochenta y cinco del peso de Cicilia.

Item cincuenta esmeriles de bronce que tiran ocho onzas de polvora por cada uno que tiran al dia cincuenta tiros que son por todos trece rotules y diez onzas al dia de manera que son menester once quintales y rotules setenta por tres meses digo de peso de Cicilia.

Item tres medios falconetes de bronce que tiran de pelota cuatro libras con dado de hierro y cubierta de plomo en que tira otro tanto de polvora que a tirar un tiro por uno al dia seria doce libras al dia que serian reducidas al peso de Cicilia del de Genova es quintal uno y rotules cuarenta y cuatro de peso de Cicilia que seria por tres meses quintales cuatro y rotules treinta y dos de peso de Cicilia.

Item cuatro medios sacres que tiran de pelota cuatro libras y de polvora cinco li-

bras que tirando un tiro por uno al dia gastan polvora libras veinte cada dia que son al mes seiscientas libras que son quintales siete y rotules cuarenta de manera ques menester para tres meses quintales siete y rotules veinte de peso de Cicilia.

Item un falconeto turquesco que tira de pelota libras cinco y de polvora libras seis tirando un tiro cada dia gasta al mes libras ciento y ochenta de peso de genova y reducidas al peso de Cicilia que serian por tres meses un quintal y noventa y dos rotules.

Item seis sacres que tiran de pelota libras seis y de polvora libras ocho los cuales tirando un tiro por uno al dia son cuarenta y ocho libras de genova reducidas al peso de Cicilia son diez y nueve rotules que serian al mes cinco quintales y setenta y seis rotules que son por tres meses diez y siete quintales y rotules veinte y ocho de peso de Cicilia.

Item dos medios cañones que tiran de pelota veinte y una libra y veinte y una de polvora los cuales tirando un tiro por uno al dia son libras cuarenta y dos que son al mes mil y doscientas y sesenta libras de genova que reducidas al peso de Cicilia son cinco quintales y cuatro rotules al mes en que seria menester por tres meses quince quintales y doce rotules de peso de Cicilia.

Item cuatro medias culebrinas que tiran catorce libras de pelota y veinte y tres libras de polvora las cuales tirando un tiro por una al dia que seria por cada dia libras noventa y dos que son al mes libras dos mil y setecientas y setenta que son quintales diez y ocho y libras sesenta de peso de genova y reducidas al peso de Cicilia que por tres meses son menester quintales treinta y tres y rotules de peso de Cicilia doce.

Item media culebrina que tira de pelota doce libras y de polvora diez y ocho libras la cual tirando un tiro al dia a menester al mes polvora quinientas y cuarenta libras que son quintales de genova tres y libras noventa las cuales reducidas al peso de Cicilia son quintales dos y rotules diez y seis de peso de Cicilia de modo que para tres meses es menester quintales seis y rotules quarenta y ocho a peso de Cicilia.

Item siete canones que tiran de pelota cuarenta y nueve libras y onzas seis del peso de genova uno con otro tiran de polvora cuarenta y cinco libras uno con otro que son por todas trescientas y quince libras de genova que reducidas al peso de Cicilia son quintales uno y rotules veinte y cinco al dia que son al mes treinta y siete quintales y cincuenta rotules de peso de Cicilia por manera ques menester para tres meses ciento y doce quintales y cincuenta rotules de peso de Cicilia.

Item dos culebrinas que tiran de pelota la una veinte y seis y la otra veinte y siete tiran de polvora cuarenta y cinco libras por cada una que son quintales treinta y seis de genova al mes y reducidos al peso de Cicilia seria menester para tres meses sesenta y cuatro quintales y ochenta rotules de peso de Cicilia.

Item todo lo sobreescrito como por todas las partidas parece para treinta piezas de artilleria de bronce y para los sobredichos arcabuceros y esmeriles tenemos todo este fornimento de polvora tres meses que toda hace suma trecientos y treinta y tres quintales y rotules treinta y uno en que lo questaba arriba el salitre hecho en polvora me avanzaria quintales veinte y cuatro y rotules sesenta y nueve para el artilleria de hierro y siguiente.

Item lombardas de hierro gruesas treinta y cuatro un tiro por una al dia a razon de ocho libras de polvora por una al dia es menester docientas y setenta y dos libras de genova que son reducidas al peso de Cicilia quintales treinta y dos y rotules setenta al mes que son por tres meses quintales noventa y ocho y rotules diez.

Item treinta lombardetas que tiran cuatro libras por cada una de polvora es menester al dia ciento y veinte que son al mes tres mil y seiscientas de peso de genova

reducidas al peso de Cicilia quintales catorce y rotules cuarenta ques menester para tres meses quintales quarenta y tres y rotules veinte.

De manera que para el cumplimiento del artilleria de hierro conforme a la de bronce y arcabuceros para término de tres meses faltarian ciento y diez y seis quintales y setenta rotules al peso de Cicilia cada tres meses que tenemos de municion que son quintales trescientos y cincuenta y siete serian menester para cumplimiento de un año para el artilleria y arcabuceros de esta Cibdad de Coron quintales de Cicilia mil y quinientos y cincuenta y rotules cuarenta y tres.

Recibo de plomo panes veinte y tres los cuales se recibieron de Juan Reina los cuales pesaron quintales cuarenta y uno á peso veneciano el cual reducido á peso óe Cicilia son quintales veinte y rotules cincuenta.

Item se recibio que trajo la galera del *señor principe andrea doria el primero de jvnio* proximo pasado ocho panes de plomo que pesaron diez quintales al sobredicho peso reducido al dho peso de Cicilia son quintales cinco.

Item mas recibi *al ultimo de junio* que trajo la fregata de Juan de Sevilla cinco panes de plomo que pesaron de peso de Cicilia tres quintales y rotules treinta.

Item recibi de la real armada de su m+ *a diez de agosto* del año presente plomo quintales cincuenta y cuatro.

Item recibido de plomo cincuenta y siete quintales y libras sesenta de peso de Venecia de quince onzas la libra reducidos al peso de Cicilia veinte y ocho quintales y setenta y cuatro rotules de peso de Cicilia de manera que se ha despendido hasta la ora de agora diez y ocho quintales y m.º para los arcabuceros quintales tres para aconchar cisternas en que son por todos quintales veinte y uno y m.º de peso de Cicilia y quedan en la municion siete quintales y veinte y cuatro rotules ultra de la partida que parece ser recibida del armada en que por todos son quintales sesenta y dos de peso de Cicilia y rotules veinte y cuatro.

De manera que del plomo sobredicho es menester hacer exito para los arcabuceros conforme a la polvora de los tres meses cincuenta y tres quintales y rotules diez.

Item cincuenta esmeriles de hierro tudescos a razon de la polvora nombrada tiran de plomo cuatro onzas por cada tiro que suman por la subredicha razon por tres meses cinco quintales y rotules ochenta y cinco que tira los sobredichos esmeriles de bronce cuatro onzas de hierro y cuatro de plomo para cada tiro.

rrecibo de las pelotas del artilleria de bronce.

Item recibi de Juan Reyna pelotas de canon ochenta y cuatro mas recibi que traxo la nao de juan michel pelotas de canon trescientas y cincuenta que son por todas cuatrocientas y treinta y cuatro.

Item recibi del dho juan michel pelotas de culebrina noventa y dos.

Item recibi de media culebrina trescientas y setenta y ocho pelotas con dados de hierro cubiertas de plomo.

Item mas recibi pelotas de falconete turques con dado de hierro cubiertas de plomo docientas y cuarenta pelotas.

Item recibi ciento y treinta y dos pelotas de medios falconetes turquescos con dados de hierro y cubiertas de plomo.

Item recibi pelotas de sacre de hierro que dexo el armada cuando se tomo la tierra á *cinco de octubre* de mil y quinientos y treinta y dos cien pelotas y mas se recibio de juan michel á nueve de hebrero pelotas de sacre trescientas y cincuenta que son por todas cuatrocientas y cincuenta.

Item recibi de Juan de Villa al *último de Junio* ciento y dos pelotas de medios sacres y cuarenta y ocho de sacres que son todas ciento y cincuenta todas las sobredichas pelotas en las partidas arriba nombradas suman mil y ochocientas y curenta y cuatro.

Exito de las sobredichas pelotas dede diez denero *hasta oy veinte y dos de otubre.*

Item pelotas de canon que son despendidas en el asedio de coron hasta la dha jornada ciento noventa y cinco.

De culebrina sesenta y nueve.

De media culebrina cincuenta y cuatro.

De sacre cuatrocientas y cua.enta y dos.

De medios sacres cuatrocientas y noventa.

De sacre turquesco noventa y nueve.

De medios falconetes cincuenta y dos pelotas.

Suman todas las sobredichas pelotas gastadas en el sobredicho asedio mil y cuatrocientas dos las cuales sacadas de mil y seiscientas y cuarenta y cuatro restan cuatrocientas y cuarenta y dos.

Pelotas recibidas del armada a diez de agosto son las siguientes:

Primero de canon pelotas seiscientas.

Item recibi pelotas de media culebrina cuatrocientas y noventa y ocho.

Item recibi pelotas de sacre mil y ciento.

Item recibi pelotas de sacre turquesco trescientas y diez.

Item recibi docientas y treinta y ocho pelotas que son para medios sacres grandes y para sacres pequenas de modo que no hacen servicio por tanto de que manden pelotas mandallas an conformes a estos pasadores que aqui van con este memorial porque destas aca no hay ningunas y son mucho necesarias digo de los pasadores.

Son todas las sobredichas pelotas dos mil y setecientas y cuarenta y tres y mas cuatrocientas y cuarenta y dos que avanzan de la municion pasada son por todas las pelotas tres mil y quinientas y cuarenta y ocho pelotas.

De manera que conformes al numero de la polvora para tres meses seria menester de todas suertes de pelotas para las dhas treinta piezas de bronce cuatro mil y ochocientas y sesenta pelotas y para este número al presente para cumplimiento á los tres meses es falta mil y seiscientas y setenta las cuales serian necesarias porque no tienen ninguna al presente los cuatro medios sacres porque tiran á la razon de la polvora trescientas y setenta pelotas.

Item ansimismo los tres medios falconetes no tienen pelota ninguna y son piezas necesarias porques poco numero de polvora lo que gastan y hacen mucho util. Item ansimismo los dos medios canones no tienen pelota ninguna para tirar que tira de pelota veinte y una libra. Item una media culebrina que tira doce libras de pelota no tiene ninguna. Item una culebrina que mando dejar el principe que tira de pelota veinte y seis libras. no hay para ello mas de seis pelotas y por tanto mando los pasadores para que por ellos manden las sobredichas pelotas y se entiende de las libras que digo son de doce onzas la libra de manera que quiriendo proveer para un año la cibdad de pelotas digo nueve meses conforme a la polvora son menester catorce mil y cuatrocientas y diez pelotas de todas suertes. Iten es menester para los tres meses faltan mil y seiscientas y setenta pelotas de manera que son menester que se traigan para ser proveida la Cibdad para un año diez y seis mil y doscientas y ochenta pelotas.

Item plomo para los arcabuceros y esmeriles ciento de bronce y de hierro es menester para nueve meses para los arcabuceros ciento y cincuenta y nueve quintales y

rotules treinta de peso de Cicilia y para los esmeriles es menester treinta y cinco quintales y rotules diez de manera que con el complimiento que aca tenemos abria para todo un año.

Iten para el artilleria de hierro se hallaron que son recibidas pelotas de piedra mil y cuatrocientas y al presente exito se hallan docientas pelotas segun parece por las partidas del libro de modo que restan eneser de la dha municion mil y doscientas y tira la dha artilleria a razon un tiro por una al dia seria al mes mil y novecientas y veinte es menester que se mande para la dha artilleria de hierro pelotas que aquí no las ay mas de las arriba nombradas.

Recibo del leñamen que se ha traido de Cicilia con la nao de juan michel a *nueve de hebrero* tres encaxas de artilleria con sus ruedas una de un canon y dos de sacre las dos guarnecidas de hierro con sus tres pares de ruedas y mas doce piezas de leño para exes, mas recibi del armada a diez de agosto catorce tablones de doce pies en luengo que valdrian para casas de sacres.

Item mas dos tablones dadiez pies en luengo.

Item catorce cabos de palos para exes de sacres.

Item recibi diez cabos de palos para exes de canon.

Item doce tablones para molino ó para aconchar ruedas.

Item diez palos para taxelos de ruedas de los cuales ay veinte taxelos.

Esto es el lename que yo e recibido y tenemos menester que se mande leñame para cajas para siete cañones y dos culebrinas por todos son nueve piezas guesas, son menester tablones de veinte y dos palmos en largo, en ancho tres palmos y mas si se puede aver. Item es menester mandar leñame para las cinco medias culebrinas de largo da diez y nueve ó diez y ocho palmos en luengo.

Item es menester mandar para dos medios cañones da diez y seis palmos en largo y tres en ancho.

Item es menester mandar para seis sacres de catorce palmos en luengo y dos y m.º en ancho.

Item es menester para las otras piezas pequeñas leñame mas de lo que aca ay se remediara.

Item es menester una mucha copia de madera para exes porque aca no se halla y la cosa que mas necesidad tenemos es dellos, porque lartilleria no puede tirar sin ellos y asimismo ruedas hellas alla pues se pueden hacer mas no sean de aquellas que traxo el armada porque despensa perdida hechas ansi de tablones como son y no mande vuesa ylt.ma señoria que me mande la madera taxelos y cabos y las planchas de hierro porque aca no tenemos mas de dos herreros y no bastan á hacer una obra gruesa ansi que harto tienen que reparar la obra que dalla traen que toda viene hecha pedazos.

Item seria menester leñame para hacer molinos con una rueda que ande un hombre dentro ó dos y buena cantidad della y á un maestro que lo supiesen hacer y aunque acá tenemos uno más no basta a todo y aun prometo a vuesa señoria ylt.ma que si esto no se hace que la gente no basta a sufrillo aunque se an hecho ciertas atahonas de caballos que estando cercados no hay que dar a comer al caballo como lo hemos visto por esperiencia de manera que poco aprovecha tenellos.

Item recibi de juan michel dos quintales de mencha de arcabuz y seis quintales de mencha de arcabuz que traxo el armada que por todos son ocho quintales seria menester numero para los arcabuceros por cada mes un rotulo por cada uno digo estando cercados que seria menester cada mes once quintales y ochenta rotules.

Item cuerdas de cañamo de doce docenas de dos dedos de grueso se mande una